EL INTERIOR

DE

JESUS Y DE MARÍA,

POR EL

R. P. JUAN GROU,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

TRADUCCION AL ESPAÑOL DE LA DÉCIMA EDICION FRANCESA:

CUARTA EDICION,

CORREGIDA

por el R. P. L. Ramon Buldú,

franciscano.

BARCELONA:

LIBRERÍA CATÓLICA DE PONS Y C.ª, CALLE DE ARCHS,
y de Capellanes, 3.

1867.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE LIBRO.

	Pag.
Advertencia del traductor.	6
Noticia sobre el Padre Grou.	8
Preliminar del autor.	15
PRIMERA PARTE.—Interior de Jesus.	
Capítulo I. El Interior de Jesus correspondió á los designios de la Encarnacion.	17
Cap. II. Sacrificio que hace de sí Jesucristo al entrar en el mundo.	24
Cap. III. Qué padres escogió el Hijo de Dios para sí.	37
Cap. IV. De qué manera exalta Jesucristo la bajeza de su nacimiento.	41
Cap. V. Jesus en el seno de su Madre.	43
Cap. VI. Nacimiento de Jesucristo en Belen.	45
Cap. VII. Jesus llama á los pastores á su pesebre.	49
Cap. VIII. Cántico de los ángeles en el nacimiento de Jesucristo.	53
Cap. IX. Circuncision de Jesucristo.	56
Cap. X. Los Magos son llamados á Belen por Jesucristo.	61
Cap. XI. Presentacion de Jesucristo en el Templo.	68
Cap. XII. Huida á Egipto.	72
Cap. XIII. Consuelo de Jesus en su infancia.	76
Cap. XIV. Vida de Jesus en Nazareth.	80
Cap. XV. Jesus en el Templo entre los Doctores.	82
Cap. XVI. Jesus guarda obediencia á sus padres.	87
Cap. XVII. Jesus gana su vida con el trabajo de sus manos.	91
Cap. XVIII. Bautismo de Jesucristo.	95
Cap. XIX. Tentacion de Jesucristo.	99
Cap. XX. De qué modo Jesucristo rechaza la tentacion.	103
Cap. XXI. Fin de esta tentacion.	109
Cap. XXII. Eleccion de los apóstoles.	112
Cap. XXIII. Principios de la predicacion de Jesucristo.	116
Cap. XXIV. Manera de enseñar de Jesucristo.	118
Cap. XXV. Trabajos de Jesucristo en su predicacion.	122
Cap. XXVI. Milagros de Jesucristo.	126
Cap. XXVII. Reserva de Jesucristo en la manifestacion de su divinidad.	130
Cap. XXVIII. Conducta de Jesucristo con respecto á sus apóstoles.	134

Cap. XXIX. Vida comun de Jesucristo. 138
Cap. XXX. Acogida que dá Jesucristo á los pecadores. . 141
Cap. XXXI. Conducta contraria de los fariseos. . . . 146
Cap. XXXII. Llanto de Jesucristo sobre Jerusalen. . . 151
Cap. XXXIII. Oracion de Jesucristo. 155
Cap. XXXIV. Amor de Jesucristo hácia la cruz. . . . 163
Cap. XXXV. De la humildad de Jesucristo. 168
Cap. XXXVI. De la mansedumbre de Jesucristo. . . . 174
Cap. XXXVII. Del amor de Jesucristo para con su Padre.. 180
Cap. XXXVIII. Del amor de Jesucristo para con los hombres 188
Cap. XXXIX. El amor hizo á la vez la felicidad y el tormento de Jesucristo. 195
Cap. XL. Sencillez de Jesucristo. 198
Cap. XLI. De la abnegacion de Jesucristo. 203
Cap. XLII. Modo con que Jesucristo trató los intereses de su Padre. 210
Cap. XLIII. Jesucristo no se reveló sino á los pequeños. . 220
Cap. XLIV. Jesucristo enemigo del falso celo. 223
Cap. XLV. Aversion de Jesucristo á los falsos doctores. . 229
Cap. XLVI. Jesucristo objeto de contradiccion y motivo de escándalo. 237
Cap. XLVII. Jesucristo vino á traer el amor de Dios sobre la tierra.. 244
Cap. XLVIII. Jesucristo adorador en espíritu y en verdad. 250
Cap. XLIX. Jesucristo nada se apropió á sí mismo. . . . 255
Cap. L. Jesucristo no se glorificó á sí mismo.. 262
Cap. LI. Jesus lava los piés de sus apóstoles. 267
Cap. LII. De la institucion de la Eucaristía. 272
Cap. LIII. Pasion de Jesucristo ordenada por Dios. . . 278
Cap. LIV. Jesucristo sacrificó la vida por sí mismo. . . 284
Cap. LV. Agonía de Jesucristo en el huerto de los Olivos. 287
Cap. LVI. Traicion de Judas, y dulzuras de Jesucristo. . 291
Cap. LVII. Negacion de San Pedro. 295
Cap. LVIII. Silencio de Jesucristo en presencia de sus jueces 300
Cap. LIX. Padecimientos de Jesucristo en su Pasion. . . 306
Cap. LX. Jesucristo ruega por sus enemigos. 311
Cap. LXI. Doble abandono de Jesucristo espirante. . . 315
Cap. LXII. Resurreccion de Jesucristo. 320
Cap. LXIII. Descenso del Espíritu Santo. 323
Cap. LXIV. Vida Eucarística de Jesucristo. 329
Cap. LXV. De la devocion al Corazon de Jesus. 331
Cap. LXVI. Razones para unirse con el interior de Jesus. 336
Cap. LXVII. Ventajas de imitar el interior de Jesucristo. . 342
Cap. LXVIII. Falsas razones para dispensarse de imitar el interior de Jesus.. 348
Cap. LXIX. No puede entrarse en el interior de Jesus sino renunciándose á sí mismo. 354

SEGUNDA PARTE.—INTERIOR DE MARÍA.

CAPÍTULO I. De la Inmaculada Concepcion de María. . 359
CAP. II. De la Presentacion de María en el Templo. . . 362
CAP. III Su voto de virginidad. 364
CAP. IV. Su desposorio con S. José. 367
CAP. V. Embajada del ángel Gabriel. 370
CAP. VI. Anuncio del misterio de la Encarnacion. . . 373
CAP. VII. Declaracion del cumplimiento del misterio. . 375
CAP. VIII. Consentimiento de María. 377
CAP. IX. Cumplimiento del misterio de la Encarnacion. . 380
CAP. X. Reflexion sobre la Maternidad divina. . . . 383
CAP. XI. Visita de María á Elisabeth. 386
CAP. XII. Entrevista de María y de Elisabeth. . . . 389
CAP. XIII. Exposicion del Cántico de María. . . . 393
CAP. XIV. Regreso de María á Nazareth. 398
CAP. XV. Sospechas de José: silencio de María. . . . 400
CAP. XVI. María justificada por el mismo Dios. . . . 403
CAP. XVII. Partida de María y de José para Belen. . . 406
CAP. XVIII. Nacimiento de Jesus en Belen. 409
CAP. XIX. Adoracion de los Pastores. 412
CAP. XX. Adoracion de los Magos. 417
CAP. XXI. La Circuncision. 419
CAP. XXII. La Purificacion. 421
CAP. XXIII. Encuentro de Simeon. 424
CAP. XXIV. Prediccion de Simeon sobre Jesus y María. . 426
CAP. XXV. La huida á Egipto. 429
CAP. XXVI. Jesus perdido y vuelto á encontrar en el Templo 433
CAP. XXVII. Jesus sometido á María y á José. . . . 438
CAP. XXVIII. Vida de María en Nazareth. 441
CAP. XXIX. Aplicacion de María en estudiar á Jesus. . 444
CAP. XXX. Bodas de Caná. 448
CAP. XXXI. María desconocida en apariencia por su Hijo.. 451
CAP. XXXII. En qué hizo consistir Jesucristo la felicidad de María. 454
CAP. XXXIII. María escogió el mejor partido. . . . 457
CAP. XXXIV. María al pié de la cruz. 460
CAP. XXXV. Juan dado por hijo á María. 463
CAP. XXXVI. María muerta y sepultada con Jesucristo. . 466
CAP. XXXVII. María resucitada con Jesucristo. . . . 468
CAP. XXXVIII. María sube al cielo en espíritu con su Hijo. 471
CAP. XXXIX. María se prepara á recibir el Espíritu Santo. 473
CAP. XL. María recibe el Espíritu Santo.. 476
CAP. XLI. Vida de María desde este tiempo en adelante. . 479
CAP. XLII. Muerte y Asuncion de María. 482
CAP. XLIII. Reflexiones generales. 484

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

POCAS *obras ha producido la piedad cristiana comparables con la que presentamos al público, de la cual al parecer se hallaba privada España, á pesar de haberse publicado diez ediciones de ella en Francia. No conocemos otro modelo que le esté tan apropiado como la* IMITACION DE JESUCRISTO *del venerable solitario del siglo* XIV, *que por tantos siglos ha formado las delicias de las almas piadosas y escogidas. Ambas están trazadas sobre un mismo fondo, que es el alma de Jesus y sus inefables virtudes; añadiendo la presente, por purísimo reflejo, el alma y las virtudes de* MARÍA.

En pocos libros de piedad se hallarán, puestos al alcance de todos, puntos de la mas elevada teología tanto dogmática como ascética, cual aquí se proponen, por su íntima relacion con la conducta interior del hombre, que debe ser la imitacion de la conducta interior de Jesucristo. Los arcanos

mas adorables de la Religion se hacen aqui accesibles en su aplicacion á la práctica de las virtudes, y todos los preceptos y consejos de la moral evangélica se ven emanar del alma de Jesucristo como de su centro.

Es inexplicable la precision y la suavidad del estilo, calidades preciosas, cuya armonía forma el pasto delicioso de esta lectura, en la cual pueden saborearse las almas sensibles y purificadas, que aspiren por el sincero sacrificio de sí mismas al mas alto punto de la perfeccion cristiana.

Al leer un capítulo cualquiera de esta obra, podrá convencerse el lector si nos hemos excedido de la verdad, ó si nos hemos quedado cortos en el juicio de este libro. Hasta el hombre de mundo, el filósofo tal vez indiferente, admirará en estas páginas desenvuelto sin artificio, sin preocupacion, sin rodeos y con una embelesante candidez, el verdadero espíritu del Cristianismo, tan poco conocido no solo entre los impíos, sino aun entre la mayor parte de los cristianos, que hacen consistir la Religion en un conjunto de prácticas exteriores, ó en una ciencia de mera especulacion.

NOTICIA

SOBRE EL

P. JUAN GROU.

Juan Grou nació en la diócesis de Bolonia (ciudad de Bolonés en Picardía) á los 24 noviembre de 1731. Muy jóven aun entró en el colegio de jesuitas, y fué admitido en su noviciado á la edad de quince años. Desde su juventud manifestó ya gusto por las lecturas y prácticas de piedad, profesando una particular devocion á la santa Vírgen. Pronunció sus primeros votos á los diez y siete años, y fué empleado desde luego en la enseñanza, segun la costumbre de la Compañía. Allí se desplegó su gusto por la literatura; aficionándose especialmente á Platon y á Ciceron, en los cuales encontraba, sobre una gran riqueza de estilo, pensamientos bellos y una moral mas pura que en el comun de los antiguos autores. El primer fruto de su estudio sobre el filósofo griego fué la *República de Platon*, traducida en francés, año 1762, dos tomos en 12.° A esta traduccion siguió la de *las Leyes* del mismo autor, y un poco despues la de *los Diálogos*: las tres se publicaron en Amsterdam en 1769 y en 1770. Nos parece algo dudoso que el padre Grou fuese á Holanda, como se dice en el

Exámen crítico. Por muchos años habitó en Puente-á-Muson (en la Lorena); allí hizo sus últimos votos, en una época en que los jesuitas estaban ya suprimidos en Francia. Y viéndose precisado por la muerte de Estanislao á salir de la Lorena, pasó á París bajo el nombre de *Le Claire*, en donde llevaba una vida muy retirada, repartiendo el tiempo entre el estudio y los ejercicios de piedad.

En sus principios el señor de Beaumont le empleó en escribir sobre materias relativas á la religion, pasándole por algun tiempo una pension que cesó despues. Hallóse entonces el abate Grou en un grande conflicto. Vivia con mucha sencillez, y habitaba en la calle de Sevres, cerca de las Hijas de Sto. Tomás de Villanueva, á cuya casa iba á celebrar la misa. Uno de sus antiguos cohermanos, que era director del convento de la Visitacion de la calle de la Barca, Roberto Guerin du Rocher, le proporcionó el conocer á una religiosa de esta casa, cuya vida era muy extraordinaria, y que tenia la opinion de ser favorecida de gracias especiales. Esta religiosa que era muy piadosa y muy interior, movió al padre Grou á emprender la senda de la perfeccion. Se preparó con un retiro de ocho dias, y se consagró enteramente á Dios, y de aqui data la época de su conversion, como él la llamaba. El ejercicio de la oracion, la habitud de la presencia de Dios, un abandono total á la gracia, una entera renuncia á su propia voluntad, tales eran sus virtudes dominantes. Tenia puesta una confianza extrema en la madre Pelagia, nombre de la religiosa arriba citada, deferiendo en un todo á sus consejos para la direccion de su propia conciencia. La misma sumision y la misma sencillez exigia de las personas que estaban bajo su direccion, y por este medio les hacia adelantar en la piedad admirablemente.

El padre Grou dedicaba al trabajo todo el tiempo que le dejaban libre sus ejercicios espirituales y las tareas de su ministerio. El fruto de esta vida laboriosa fué el componer

varios libros sobre materias de piedad. Su primera obra en este género fué la *Moral sacada de las Confesiones de S. Agustin*, París 1786, 2 tomos en 12 °, el primero de 410 páginas y el segundo de 460, con una aprobacion del abate Guyot de 20 de diciembre de 1785. El autor se proponia oponer la moral cristiana á los sistemas de los incrédulos, tomando los principios en los escritos de S. Agustin, empezando, segun decia, por sus *Confesiones*, como la mas conocida de sus obras. Toma un cierto número de máximas del santo doctor, y las desenvuelve con mucha abundancia y uncion. A esta obra siguieron los *Caracteres de la verdadera devocion*, París 1788, en 18.°, con una grande aprobacion del doctor Laurdet de 8 enero del mismo año. En esta obra define el autor la devocion, señalando sus motivos, su objeto y los medios para conseguirla. Este libro fué seguido luego por las *Máximas espirituales con explicaciones*, París 1789, en 12.° de 394 páginas. El doctor Laurdet aprobó este escrito en 22 febrero de 1788. Contiene en su total veinte y cuatro máximas, cada una de las cuales contenida en una cuarteta, se desenvuelve despues en una explicacion en prosa.

Teniendo que tratar el autor de materias delicadas, creyó necesario prevenir á sus lectores. Hé aquí como termina su preliminar: «Por lo demás, protesto de la rectitud de mis in»tenciones. No tengo designio de proponer sino lo que ha en»señado y practicado Jesucristo. Al hablar aunque con toda »sobriedad de ciertos estados poco comunes, puede suceder »que no me explique con bastante exactitud y precision. »¿Quién se atreviera á presumir el explicar materias tan de»licadas de una manera que fuese al abrigo de toda censura? »Mas yo espero que se convencerá cualquiera de que abor»rezco todo espíritu de quietismo, y todo lo que puede con»ducir á él.» Esta declaracion no impidió el que se originasen algunas quejas, que veremos renovarse despues de algun tiempo en ocasion de otra obra de la misma naturaleza.

El *Suplemento á la Biblioteca de los escritores jesuitas* publicado en 1816, cita aun del padre Grou la *Ciencia del Crucifijo*, París, imprenta de Onfroy, y la *Ciencia práctica del Crucifijo en el uso de los sacramentos de Penitencia y de Eucaristía*, para servir de continuacion al precedente. Estando aun en Francia habia redactado algunos pequeños tratados de piedad. Una piadosa señora á quien dirigia, habia podido lograr de él que hiciese copiar para ella algunos de estos tratados que forman nueve pequeños volúmenes en 12.° Estos volúmenes existen todavía en poder de esta señora, que nos ha permitido examinarlos. Son capítulos sueltos, algunos de los cuales parecen reproducidos en las obras que el padre Grou hizo despues imprimir. Emprendió tambien un trabajo en grande, que le costó catorce años de investigaciones y de fatigas. M. B. supone que el abate Bergier se apoderó de estos materiales, los revisó, los aumentó, y publicó la obra con su solo nombre, titulada: *Tratado dogmático de la verdadera religion*. Mas esta anécdota, que inculpa un hombre muy apreciable y un apologista del Cristianismo, parece á lo menos muy aventurada. Cónstanos por conducto seguro, que el padre Grou habia dejado los materiales de su obra, cuando partió de este país; y los habia confiado á una señora á la cual prendieron en el reinado del terror, y cuyos domésticos, por temor de comprometer á su señora, entregaron el manuscrito á las llamas.

La existencia del padre Grou parecia feliz y apacible: era estimado, gozaba de una pension del rey, hacia bien por sus consejos y por sus escritos. Mas llegó la revolucion. Al principio habia formado el proyecto de quedarse oculto en París, y ejercer allí el ministerio en secreto. La misma religiosa de que hemos hablado, que entonces habia salido de su convento, y que vivia en un profundo retiro, le escribió invitándole á pasar á Inglaterra. Siguió esta indicacion, y uno de sus antiguos cohermanos, capellan de un rico católico inglés,

M. Tomas Weld, le convidó á que se le juntase. M. Weld habia edificado para su capellan una casa cerca de su quinta de Lullwort (y no Lutwort, como dice M. B.) El padre Grou pasó un año en esta casa, y habitó despues en la misma quinta á instancias de M. Weld. Toda la familia de M. Weld era piadosa, y tomó al padre Grou por director. Su dulzura, su sabiduría, su conocimiento de los caminos interiores fueron utilísimos á las personas que habian puesto en él su confianza. Entonces fué cuando supo que su grande obra, fruto de catorce años de trabajo, habia sido quemada en París. Sufrió esta pérdida con la mayor calma, y dijo sencillamente: *Si Dios hubiera querido ser glorificado por esta obra, la hubiera conservado.* Observaba tanto como le era posible la regla de los Jesuitas. Levantábase todos los dias muy de mañana sin luz y sin fuego, hacia una hora de oracion, rezaba en su breviario, y se preparaba para la misa, que nunca dejó de celebrar hasta su última enfermedad. Practicaba la pobreza no teniendo nada suyo, y pidiendo con sencillez libros ó vestidos cuand tenia necesidad de ello. Estaba casi siempre en su retiro, y ocupado en escribir, abandonándose á las ideas que le ocurrian, y parándose cuando nada le suministraban. En sus intervalos recreábase con algunos trabajos literarios. Habíase propuesto el llenar las lagunas de las obras incompletas de Ciceron. Lo mas notable en él era una fe viva, una alma siempre tranquila, mucha humildad, candor y celo.

En 1796 hizo imprimir en Londres, *Meditaciones en forma de retiro sobre el amor de Dios, con un pequeño tratado sobre la entrega de si mismo á Dios,* en 12.° de 380 páginas. Esta obra está dividida para servir á un retiro de ocho dias, con tres meditaciones para cada dia. Parece por la advertencia, que este retiro debia ser seguido de otro, que no creemos haberse publicado. Las *Meditaciones para el retiro* forman 290 páginas, y la *Entrega de sí mismo á Dios* llena el resto del volúmen. Esta obra no mereció la universal aprobacion. Algunos

teólogos creyeron ver en ella ideas favorables al quietismo; y el Sr. Le Mintier, obispo de Treguier, encargó á un eclesiástico muy respetable el escribir sobre ello al autor. Por otra parte sabemos que un obispo francés, que vive todavia, aprobó este libro, y juzgó su doctrina sana y exenta de toda censura. Esta obra es bastante rara en Francia, habiendo sido impresa en Inglaterra en un tiempo en que no habia comunicacion entre los dos paises. Publicóse tambien en Inglaterra otra obra del padre Grou, á saber: una traduccion inglesa de uno de sus tratados manuscritos, que no se ha publicado en francés, intitulado: *School of Christ* (*Escuela de Cristo*), Dublin en 12.° El traductor era un consocio de Grou, llamado Clainton ó Makensie. El mismo tradujo en inglés la *Moral de S. Agustin*, y los *Caracteres de la devocion*.

Dos años antes de su muerte fué atacado el padre Grou de un asma muy penoso, pero que no interrumpia sus piadosos ejercicios, hasta que una noche juntóse con él la apoplejía. Su doméstico le halló por la mañana sin conocimiento. Poco á poco se le hizo volver en sí, pero no tardó en declararse la hidropesía. Sus piernas se pusieron monstruosas, no podia estar en la cama, y pasó los diez últimos meses de su vida en una silla de brazos. Estaba sin cesar ocupado en la muerte, á la cual se preparaba por medio de la paciencia, no hablando sino de Dios, y mostrando una serenidad inalterable. No se afligia sino por el mal olor que sufrian los demás de sus piernas que se le habian abierto, y continuó hasta su fin oyendo las confesiones de la piadosa familia en cuya casa habitaba. Se le llevaba la Comunion dos veces la semana. Sintiendo aproximarse su fin, pidió y recibió los sacramentos en pleno conocimiento. Poco antes de exhalar el último suspiro, palpando su crucifijo entre sus manos, exclamó: *¡Oh Dios mio! ¡cuán dulce es morir en vuestros brazos!* Su muerte acaeció al 13 de diciembre de 1803, á las cinco de la tarde. Tenia 72 años cumplidos. En sus últimos años, dice una noticia ma-

nuscrita que se nos ha comunicado, Dios le habia retirado todos los consuelos sensibles: no obraba sino por la pura fe; pero no por esto tenian menos uncion sus discursos. Practicaba todo cuanto enseñaba, y su vida era el mejor complemento de sus consejos.

Sus manuscritos, que eran en número bastante considerable, fueron remitidos á sus antiguos cohermanos; y muchos, á lo que se cree, son dignos de publicarse, como se ha hecho ya con el *Interior de Jesus y de María*, París, en la imprenta de Beauce, 1815, dos tomos en 12.°, el primero de 490 páginas, y el segundo de 384 [1], en cuya edicion va unida alguna noticia sobre el autor. Algunos pasajes de esta obra se hallan en los manuscritos que posee la piadosa señora de que mas arriba hemos hablado; y estamos en la firme persuasion de que ya en estos manuscritos, ya en los remitidos á los consocios del padre Grou, se pudiera encontrar materia para nuevos libros no menos llenos de piedad que los precedentes.

[1] La que nos ha servido de original es la décima edicion, revisada y corregida, 2 tomos en 8.° París, librería clásica y de piedad de A. Poilleux editor, año 1856. (N. del T.)

PRELIMINAR DEL AUTOR.

JESUS es el único y el perfecto modelo propuesto á todos los cristianos, los que no son tales en sus sentimientos y en su conducta sino en cuanto se aproximan á aquel modelo. Su vida es la esplicacion mas clara y mas segura de su doctrina: él practicó en un grado excelente todo lo que enseñó; y no hay un solo punto ni de sus preceptos ni de sus consejos evangélicos, que no haya plena y constantemente cumplido. Nunca pues se estudiarán con bastante atencion hasta los menores rasgos de su vida, para aprender de qué modo hemos de comportarnos en las mismas circunstancias. Pero lo que mas reclama nuestra aplicacion, son sus disposiciones interiores, que fueron el alma de sus acciones. Jamás hablarémos, ni obrarémos, ni sufrirémos como él, si no pensamos ni somos afectados como él. En su espíritu, en su corazon es en donde debemos esforzarnos en penetrar; y esta es la parte en que mas nos importa parecernos á él. Y no esperemos entrar mucho en su divino interior por nuestras reflexiones. ¿Qué podemos conocer de lo que pasaba en su alma, sino lo que él mismo se digne descubrirnos? Este favor precioso, que es la fuente de todos los demás, no lo concede sino á los que lo desean con ardor, si lo piden con instancia, y á ello

se disponen con una extrema fidelidad á la gracia. ¿Somos nosotros de este número? aspiramos á conocer el interior de Jesus con el designio de imitarle? es este el grande objeto de nuestras súplicas? nos preparamos á ello por medio de una docilidad entera á seguir los movimientos del Espíritu Santo? ¡Oh! ¡Cuán pocos cristianos, aun entre los que hacen pública profesion de piedad, pueden darse á sí mismos semejante testimonio! Y de ahí viene sin duda, que los hombres espirituales é interiores son tan raros, cuando todos debieran serlo, quien mas, quien menos, segun el grado de su gracia.

En cuanto al interior de María, para desempeñar mi objeto, me referiré á lo que nos enseñan de ella el Evangelio y la Tradicion. Dios no tuvo por conveniente que tuviésemos noticia de todos los pormenores de su vida; mas lo poco que sabemos, basta para nuestra edificacion. Respetando el secreto de Dios, no debemos desear saber mas.

PRIMERA PARTE.

EL INTERIOR

DE

JESUS.

CAPÍTULO I.

El interior de Jesus correspondió á los designios de la Encarnacion.

Para formarse una idea del interior de Jesus, no hay mas que remontarse hasta el designio de Dios en el misterio inefable de la Encarnacion. Dios, despues de haber previsto y permitido la caida del primer hombre, la cual le conducia irremisiblemente á su pérdida eterna, y á la de su posteridad, no quiso que esta caida quedase sin remedio, como lo habia quedado la de los ángeles rebeldes; antes bien resolvió repararla de un modo doblemente ventajoso para su gloria, y para nuestra salud. Con esta mira, escogió entre los hijos de Adan un hombre que fuese el mediador de su reconciliacion con el género humano, que se consagrase en calidad de víctima á la expiacion del pecado de Adan, y de todos los de-

más pecados que despues de este se han cometido; que se encargase de satisfacer plenamente á su justicia, de desarmar su cólera, aceptando la muerte mas ignominiosa; y que, mediante su paciencia y su voluntaria inmolacion, le diese una gloria mayor de la que le habia quitado la culpa, y nos volviese á un nuevo estado, mejor que aquel del cual habíamos caido.

Mas si este hombre hubiese sido pecador como nosotros, incapaz de satisfacer á Dios por sí mismo, ¿cómo hubiera podido aplacarle á favor nuestro? Menester era, pues, que estuviese libre de todo pecado, hasta del que contraemos por nuestro solo orígen. Ni bastaba que fuese inocente, debia ser santo, y nada ofrecer en su persona, que no fuese agradable á los divinos ojos. Ni aun esto era suficiente: un hombre puro, por inocente, por santo que se le suponga, no podia presentar á la majestad infinita de Dios una satisfaccion proporcionada á la grandeza de la ofensa. Necesario era que una tal satisfaccion, finita en sí misma, sacase un valor infinito de la dignidad de la persona que la presentaba, y que por este título fuese digna de ser aceptada. Esta persona, de consiguiente, debia ser por precision una persona divina. Así pues, era indispensable que el mediador entre Dios y los hombres fuese Dios y hombre juntamente: hombre para humillarse, para someterse en lugar nuestro á la pena que teníamos merecida; Dios, para comunicar á esta humillacion y á esta pena un precio que igualase y que sobrepujase incomparablemente todas nuestras deudas.

Tal es el objeto que se propuso Dios en el misterio de la Encarnacion; misterio, que por su misma incomprensibilidad nos hace comprender cuan terrible mal es el pecado, tanto por respeto á Dios á quien ofende, como por respeto al hombre que lo comete. Es un mal tan grande, que fué menester nada menos que un Hombre Dios para repararlo; sin cuyo reparador, el ultraje hecho á Dios subsiste siempre, y

no fueran bastantes á expiarlo todas las penas que el hombre sufriese por toda una eternidad. Dios nada hace inútil; y si esto es una verdad con respeto á todas sus obras, lo es con mucha mayor razon respectivamente á su obra por excelencia, la mas grande que haya salido y pueda salir jamás de sus manos. La Encarnacion del Hijo de Dios no es sino un medio; el fin es, por una parte la gloria de Dios, no aquella gloria esencial que se dá á sí mismo, y que no puede perder jamás, sino la gloria que le deben dar sus criaturas, y que estas le pueden frustrar; y por otra parte la salud del hombre, su eterna felicidad, que es la recompensa de la gloria que este habrá dado libremente á Dios: y como todo medio es por su naturaleza subordinado á su fin, júzguese de la grandeza de este doble fin por la del medio que Dios empleó para conseguirlo; y júzguese tambien de la malicia del pecado, que por sí solo puede hacer faltar este fin, é inutilizar el medio.

En Jesucristo, pues, se han unido la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo, con una union que empezó desde el principio de su concepcion, con una union comun á su alma y á su cuerpo; union indisoluble, que ni la muerte podia romper; union en cuya virtud no habia en Jesucristo sino un solo *yo*, el yo del Verbo; de manera que todo lo que pensó, dijo, hizo y padeció segun su naturaleza humana, pertenecia personalmente al Verbo; y que á causa de esta unidad de persona fué tan verdadero decir, que el Hijo de Dios era Hijo de María, como decir que el Hijo de María era Hijo de Dios.

Este favor es, sin contradiccion, el mayor que Dios pudo hacer á nuestra naturaleza, y á las dos sustancias que la componen. Es puramente, gratuito, y era absolutamente imposible, que el alma, y aun menos la carne de Jesucristo, lo mereciesen en manera alguna, á no haber sido efecto de una predileccion única de Dios para con esta alma y esta carne, pre-

dileccion muy superior al amor que ha tenido y tendrá jamás á todos los ángeles y hombres juntos.

En virtud de esta union, Jesucristo, como hombre, recibió la plenitud de todas las gracias; y de esta plenitud recibimos las que se nos comunican [1]. Ellas le han sido dadas para que las derramase sobre nosotros; de las mismas nos hace partícipes sin empobrecerse, pues no disminuye la fuente por mas arroyos que de ella manen, porque nosotros tenemos el espíritu de Dios con medida, cuando él lo ha recibido sin ella [2]. Lleno quedó su entendimiento de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia [3]. El conocimiento que tuvo de Dios, de su naturaleza, de sus perfecciones, de lo que le es debido, de sus obras naturales y sobrenaturales fué superior sin proporcion alguna al de las inteligencias mas sublimes. Impecable su voluntad, incapaz de la menor imperfeccion, libre únicamente para elegir lo bueno, quedó formada con una disposicion perenne é invariable de hacerlo y de sufrirlo todo por la gloria de su Padre. En él la divinidad ejerció el imperio mas absoluto sobre la humanidad, y la tuvo en todo bajo la mas sumisa y voluntaria dependencia.

¡Qué sentimientos pues, qué virtudes habrán debido ser las de un alma semejante! Ni la fe, ni la esperanza, consecuencia de la imperfeccion de nuestra condicion presente, tenian lugar con respeto á él, pues veia siempre á Dios intuitivamente, y gozaba de la felicidad inherente á esta vision. Mas ¡qué amor para con su Padre! qué celo por su gloria! qué reconocimiento por sus beneficios, cuyo infinito precio conocia! qué humildad, ó mas bien que anonadamiento! qué caridad para con los hombres! Prescindo ahora del ejercicio de estas virtudes: entiendo hablar solo de su habitud tal como fué infundida en el alma de Jesucristo en el momento de su creacion y de su union con el Verbo. Esta habitud subió desde luego á un grado tan sublime de perfec-

1 Joan 1, 16.—2 Joan. III. 34.—3 Colos. II. 3.

cion, que ni podia crecer, ni recibir aumento por los actos que produjo despues.

En cuanto á las calidades naturales, correspondian en él á las sobrenaturales. Su alma fué dotada de facultades mas excelentes sin comparacion que las de los espíritus bienaventurados, y enriquecida de los mas elevados conocimientos, que bebia inmediatamente en el seno de la divinidad. Sus sentimientos eran tan rectos, tan nobles, tan puros, tan delicados, que exceden á toda comprension. Reducíanse todas sus pasiones al amor del verdadero bien, y al ódio del verdadero mal. No era susceptible ni de espíritu propio, ni de voluntad propia, ni de amor propio: todo lo sujetaba la persona del Verbo, todo lo animaba, todo lo dirigia, todo se lo apropiaba: la santa humanidad operaba ó sufria conforme á su naturaleza, sin poder atribuirse ni referirse nada á sí mismo. Dueño absoluto de su imaginacion, no sentia sus impresiones sino cuando y como queria; y en esta parte su voluntad era del todo conforme con lo ordenado por su Padre, y de consiguiente por él mismo como á Dios. Nada pasó en su alma, con dependencia del cuerpo ó sin ella, por su voluntad ó por la de otro, que no estuviese resuelto de toda eternidad, de que no tuviese previo conocimiento, que no se dirigiese al grande objeto de su mision, y que no hubiese libremente aceptado y cumplido con la mira de llenar este objeto. Su cuerpo formado por el Espíritu santo, tenia todas las disposiciones necesarias para secundar perfectamente todas las operaciones del alma. Admirables eran su union, su armonía, su subordinacion; y nunca instrumento alguno correspondió con mas fidelidad al resorte interior que le gobierna. En una palabra, Jesucristo, aunque sujeto por su voluntad á todas nuestras naturales flaquezas, era, ya en el alma, ya en el cuerpo, la obra maestra mas completa que haya salido de las manos del Criador: excedia sin comparacion al primer hombre; y por su union con el Verbo, la humanidad fue ele-

vada en él á una santidad que solo á la de Dios puede ser inferior.

Tales fueron las consecuencias necesarias de la Encarnacion con respecto á Jesucristo; juzguemos pues por ellas de su interior. No olvidemos estas ideas que han de dirigirnos en el exámen en que vamos á entrar.

Asombrados de una perfeccion que ni aun concebir puede ninguna inteligencia criada, me preguntaréis: ¿podemos nosotros imitar el interior de Jesucristo: tal como acabo de exponerlo? Os responderé, que esto no depende de nosotros, ni es lo que se nos propone á nuestra imitacion. Jesucristo, como hombre, nada ha puesto de suyo en las perfectas disposiciones que le ha dado su union con el Verbo. Esta union, que abrazaba la plenitud de todas las gracias, era un puro don de Dios; del cual no quedó revestida y adornada su santa humanidad, sino á consecuencia del gran designio que Dios sobre ella habia formado. Destinada estaba á ser la reparadora de la gloria de Dios, á pagar el precio de nuestra redencion, á satisfacer por todos nuestros pecados, á volvernos á la senda del cielo y á merecernos todas las gracias que á él conducen. Solo Jesucristo [1] es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo; es el único verdadero adorador que haya adorado á Dios en espíritu y en verdad, en su nombre y por nosotros. El es la única víctima que nosotros podemos ofrecerle, que sea la mas grata á sus divinos ojos, que le honra de una manera digna de él, que nos autoriza á pedirle todo cuanto puede contribuir á nuestra salvacion, y que no le deja lugar para negárnoslo.

Dios ni ha tenido ni tendrá jamás semejante designio sobre ninguno de los elegidos; así que, nada ha obrado ni obrará en su favor como lo que ha hecho por él. Pero es muy cierto, segun nos enseña la fe, que Dios, suma é infinita bondad, cuya sabiduría no tiene límites, y de cuya misericordia está

1 Joan. 1. 29.

llena la tierra, como canta el real Profeta, tiene sobre cada uno de los elegidos sus designios particulares desconocidos siempre á los presumidos de sabios y á los amadores del mundo; y que á mas de las disposiciones naturales relativas á estos designios, les tiene preparado un encadenamiento de gracias para elevarlos á su tiempo á un cierto grado de santidad, aguardando de ellos una proporcionada correspondencia. Estemos pues en la firme persuasion de que por parte de Dios nada nos falta, como nada faltó á Jesucristo; y que así como de éste, tampoco de nosotros nada exige sino en razon de lo que nos ha dado, y de lo que nos ha puesto en estado de hacer y de sufrir por él. El uno ha recibido cinco talentos, el otro dos, el otro uno, cada cual segun su capacidad. Lo que nos pide con justicia es que aprovechemos estos talentos, por lo que deben producir. El campo de nuestros corazones, en donde se ha sembrado el buen grano, no es en todos igualmente fertil: éste no puede dar sino treinta por uno; aquel puede dar hasta sesenta, y algunos hasta ciento. Estos diversos grados de fertilidad son un don de Dios, que pone en cada alma lo que le place, segun los designios que sobre ella tiene. Mas está en nuestra mano el hacer producir este don divino, á proporcion de lo que Dios tiene derecho de esperar de él; y nos hacemos mas ó menos culpables, si el producto no corresponde á la medida de los talentos, ni la cosecha á la fertilidad de la tierra por la falta de nuestra cooperacion. Hé aquí tan solo en lo que se nos propone imitar el interior de Jesucristo; y esto depende de nosotros.

Dejemos pues inútiles y dolorosos recuerdos sobre lo pasado, pidamos sinceramente perdon, que obtendremos si tenemos firme resolucion de portarnos mejor en adelante. Examinemos nuestro actual estado, y empecemos por hacer buen uso de la gracia presente. Sosténgase nuestra fidelidad; no desperdiciemos nuestras caidas, pues ellas, con tal que nos

levantemos lo mas presto posible, nos servirán para humillarnos, para alentarnos, para disminuir nuestra confianza en nosotros mismos, y aumentar la que debemos poner en Dios.

CAPÍTULO II.

Sacrificio que hace de sí Jesucristo al entrar en el mundo.

En el primer acto que hizo Jesucristo al entrar en el mundo, es decir, en el momento de su concepcion en el seno de María, se puso á la entera disposicion de la voluntad de su Padre. S. Pablo es quien nos lo asegura, y el que le hace proferir en aquel instante con toda la efusion de su alma aquellas palabras de un salmo que contiene esta ofrenda. *Por eso al entrar en el mundo dice* á su eterno Padre: *Tú no has querido sacrificio, ni ofrenda: mas á mí me has apropiado un cuerpo* mortal: *holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces dije: Héme aquí que vengo, segun está escrito de mí al principio del libro* de la Ley, *para cumplir, oh Dios, tu voluntad* [1]. El salmo añade: *Eso he deseado* siempre, *¡oh Dios mio! y tengo tu Ley en medio de mi corazon* [2].

Hé aquí pues á Jesucristo, que se sustituye á los sacrificios de la antigua ley, los cuales solo eran sombra y figura del suyo. Ofrece y consagra su cuerpo en lugar de los holocaustos, de las víctimas de expiacion, de las hostias de accion de gracias y de impetracion; víctimas que por sí mismas nada tenian que pudiese agradar á Dios, nada que fuese capaz de honrarle, ya reconociendo sus beneficios, ya expiando los pecados, ya atrayendo su gracia sobre los hombres.

Por este grande acto de espontáneo sacrificio, Jesucristo reconoce solemnemente que él no es dueño de sí mismo, que

1 Hebr. x. 5. 6. 7.—2 Psalm. xxxix, 9.

no existe para sí; y que si ha recibido un cuerpo, es para inmolarlo á la gloria de su Padre, y para la salud del género humano. Aun mas: lo inmola anticipadamente por medio de una voluntad pronta, generosa, y tan libre como sometida.

¡Cuántos actos encierra este solo acto! acto de adoracion la mas profunda; de homenaje tributado á la majestad suprema y al dominio de Dios por un Hombre Dios; acto de amor el mas perfecto, por medio del cual consagra su vida á aquel de quien la ha recibido; acto de obediencia á todas las voluntades de su Padre sobre él; acto de humildad, ó mas bien de anonadamiento, poniéndose en estado de víctima destinada á ser destruida y consumida sobre el ara del sacrificio; acto de una caridad incomprensible hácia los hombres, por quienes y en cuyo lugar se entregaba á fin de librarles del infierno, y de restablecerles en sus derechos á la herencia celestial. Todo el decurso de la vida de Jesucristo no fué otra cosa que el desarrollo y la ejecucion de este primer acto, el cual abrazaba en sí distintamente hasta sus menores circunstancias.

Por manera, que en este instante mismo vió clara y detalladamente todos sus sufrimientos interiores y exteriores; conoció su número, su variedad, su intensidad, su duracion: todo le fué manifestado, todo lo aceptó, y así entró en aquella larga cadena de penas, que debian terminarse por la cruz. Cruz, que tuvo siempre delante de sus ojos; cruz á la cual iba acercándose en cada paso que daba, sabiéndolo, queriéndolo, deseándolo ardientemente sin detenerse ni desviarse ni retroceder un solo momento.

Aquí es donde el interior de Jesus empieza á ser el modelo del cristiano: y no vacilo en decir, que este es el pnnto capital de su imitacion, del cual depende todo lo demás. El acto de consagrarse á Dios es el alma de la piedad; y ni aun es posible formarse sin esto idea de religion verdadera. *No se da culto á Dios*, dice S. Agustin, *sino por el amor, y es eviden-*

te que en tanto se le ama en cuanto cada uno se consagra á él. Así que, nadie es ni puede ser buen cristiano sino por este espontáneo y entero ofrecimiento del espíritu y del corazon; de modo que las demostraciones y prácticas exteriores no pasan de unos gestos inútiles, si no son la expresion de este sentimiento que debe manifestarse en toda conducta.

Para conocer la naturaleza y las calidades de este acto interior que nos pone á disposicion de Dios, estudiad el de Jesucristo, y conformaos á él, sometiéndoos como él en un todo y sin reserva á la voluntad divina, consagrándoos como él ante todo y sobre todo á la gloria de Dios; subordinando vuestros intereses, aun los espirituales y eternos, á los suyos, y no mirándolos sino como contenidos en los suyos. Pensar en la propia salud únicamente con relacion á sí; llenar los deberes de cristiano por temor de condenarse y con la mira de asegurar la propia felicidad, es, no hay duda, una buena disposicion, pero es una disposicion muy imperfecta; es consagrarse á sí mismo mas bien que á Dios. Y aunque no se excluya el interés de Dios, pues entonces seria criminal, no obstante este interés ocupa el segundo lugar, cuando en buen órden debe ser el primero. El temor es el principio de la sabiduría, cuyo progreso es la esperanza; pero el amor y el sacrificio del alma forman su consumacion. Tomad por objeto vuestra salud, vuestra perfeccion, vuestra santidad: Dios os lo manda; pero no pareis aquí vuestros ojos, levantadlos mas, y ved en vuestra santidad y en vuestra salud la gloria de Dios que es su último fin, y que debe ser el vuestro.

Así lo entendió y practicó Jesucristo; y no es este un punto de consejo, sino un precepto tan formal y tan expreso como el de amar á Dios de todo corazon. Esplicad como os plazca el precepto del amor de Dios; siempre hallareis que supone este sacrificio, y que solo por él puede ser cumplido, pues que mas hemos de amar á Dios que á nosotros mismos. Y si

esta falta no es el orígen de los desórdenes entre los cristianos, lo es á lo menos de su tibieza, de su relajacion, de sus imperfecciones; lo es tambien de sus escrúpulos, de sus dudas, de sus ansiedades, de todas las penas de conciencia que les atormentan. Un alma enteramente consagrada á Dios, se halla por la gracia superior á todas estas penas, que solo provienen de un corazon mezquino, interesado, que disputa con Dios sobre lo que debe concederle, ó lo que puede negarle. Si se halla atormentada es por motivo de purificacion y de prueba; es que Dios la ejercita, porque está dedicada toda á él, y no es ella misma la que se turba y se agita, *porque no lo está;* antes al contrario, por medio de su absoluto desprendimiento, entra en la senda de la perfeccion, y en tanto que en ella permanezca, no sentirá tibieza ni fastidio. Mientras se conserva dedicada á Dios, se halla bajo el imperio de la gracia, y la naturaleza no puede tener fuerza para dominarla, sino desde el momento en que ella afloje los nudos de su íntima sumision á Dios.

Pregúntase por qué los primeros cristianos eran casi todos hombres interiores, hasta el punto de no comprender que se pudiese ser cristiano sin ser interior; y por qué, al contrario, la mayor parte de los cristianos de nuestros dias, ni idea tienen de la vida interior, no creyéndola esencial al cristianismo, y mirándola unos como una hermosa quimera, otros como un peligroso misticismo, que debe huirse con horror. No es difícil dar la razon de esta discrepancia. Los primeros cristianos, que eran ó judíos ó paganos convertidos, estaban en la íntima persuasion de que abrazar la religion de Jesucristo y consagrarse á Dios, á imitacion de Jesucristo, era absolutamente lo mismo; que el cristiano era un hombre celeste que no tocaba en la tierra sino por necesidad, debiendo estar siempre pronto á sacrificar bienes, amigos, parientes, patria, reputacion, la vida misma cuando el interés de Dios lo exigia; que en nada debia escuchar ni seguir los movi-

mientos de la naturaleza corrompida, sino abandonarse enteramente á las impresiones de la gracia, dejarse gobernar por el espíritu de Dios, y conducirse en todo por principios sobrenaturales. El bautismo era para ellos una consagracion á Dios, un divorcio eterno con el mundo y el demonio, un desprendimiento absoluto de sí mismos, una muerte total al pecado, un compromiso irrevocable para una vida nueva, una investidura de Jesucristo. Bajo este concepto, lo recibian con un perfecto conocimiento de causa; y al salir de este baño saludable, todo su cuidado era mantenerse en la pureza de conciencia que en él habian recibido, y era el efecto que debia producir, huyendo las ocasiones, usando sin cesar de la oracion, de los sacramentos, de la palabra de Dios, y practicando exactamente las virtudes cristianas. En cuanto á sus hijos, que recibian el bautismo luego de nacidos, les recordaban sin cesar sus obligaciones, les conducian desde pequeños á las asambleas de los fieles, les procuraban, ó les daban ellos mismos las instrucciones necesarias, y nada cuidaban con mas solicitud que conservarlos en la inocencia. Estos hijos consagrados á Dios por sus padres, ratificaban las mismas promesas y sentimientos apenas despuntaba su razon, y la gracia no encontraba obstáculo alguno en corazones tan bien preparados.

¿Tiénense en el dia de hoy las mismas ideas del cristianismo? ¿Procuran los padres inspirarlas á sus hijos en sus primeros años? Casi tan presto cristianos como nacidos ¿nos acordamos despues de las promesas que en boca de otro hicimos en el bautismo, y que no estábamos en ocasion de conocer? las renovamos en nuestro propio nombre? nos tomamos el trabajo de instruirnos en lo que consisten? Si se nos dijese, con S. Pablo, que en virtud de nuestro bautismo no somos ya mas de nosotros, que pertenecemos á Jesucristo, que debemos revestirnos de Jesucristo, tener sus conceptos y sentimientos, y expresarlos en nuestra conducta; que no debe

tratarse de consagrarnos á él, pues que ya lo estamos por el mero hecho de ser cristianos, sino de portarnos en todo como dedicados enteramente á su servicio, es decir, de no vivir sino por él, y de ser muertos á todo lo demás; si se nos hablase, repito en este lenguaje, ¿lo comprenderíamos? ¿Creyéramos que á nosotros se dirige? y confrontando con él nuestro modo de pensar y de obrar, ¿no nos viéramos obligados á confesar que nos es del todo desconocido? Los que hacen profesion de piedad (pues aquí no hablo sino de éstos) son fieles á los deberes esenciales que les obligan bajo pena de pecado; los mas fervorosos añaden á esto algunas prácticas de devocion. Casi todos, aun en los estados mas santos, sirven á Dios para sí mismos, y no para él; no tienen por objeto sino salvarse; y si piensan en su santificacion, es para apropiarse su perfeccion, y hacer de ella secretamente el pasto de su amor propio. Mas el olvidarse de sí mismos, ó á lo menos el no mirarse sino despues de Dios, y en Dios, el referirse todo entero á Dios, el cuidar principalmente de los intereses de Dios, de su voluntad, de su beneplácito, como estando todos consagrados á su gloria, y no debiendo respirar sino su gloria; el estar en la disposicion habitual de hacerlo todo, de sufrirlo todo, de sacrificarlo todo por él, y de creer que tal es el primer deber, el último fin y lo que constituye propiamente la esencia de cristiano, esto es una moral no practicada, ni conocida, ni comprendida de muchos; porque para entenderla y practicarla seria menester elevarse sobre sí mismo, renunciarse, abandonarse enteramente á la gracia, y dejarse gobernar como verdadero hijo de Dios por el espíritu de Dios.

Semejante modo de pensar y de vivir, se replica, es superior á la naturaleza. Sin duda que lo es; pero ¿un discípulo de Jesucristo, un perfecto imitador de Jesucristo, no debe ser todo sobrenatural y divino? no se aparta de su modelo desde el punto en que sigue de cualquier modo la naturale-

za? puede á su ejemplo estar dedicado á Dios desde que se cree con derecho de conceder algo á la naturaleza? Si Jesucristo puso algun límite, alguna reserva á su desprendimiento, autorizados estamos á ponerlo tambien nosotros; pero si no ha puesto, ni podido poner ninguna, ¿á qué título queremos ponerlo nosotros? ¿No se ha consagrado él por nosotros? no nos representa? no se obligó por nosotros? ¿Seremos pues libres nosotros, despues de esto, de no consagrarnos del todo á Dios, ó de restringir como nos plazca este sacrificio de nuestra alma?

Pero un desapropio tan universal y absoluto ¿es, atendida nuestra miseria, practicable? Menester es que lo sea, pues este es el punto capital en el que Jesucristo nos sirve de modelo. Por este ha empezado él, y por este quiere que comencemos; ni entraremos jamás en la verdadera senda cristiana sino por esta puerta. Menester es que semejante desapropio sea, con la gracia de Dios, practicable; pues no se puede, sino practicándolo, amar á Dios de todo corazon. No amais á Dios sino con reserva, si no le estais consagrados sino con reserva; esto es evidente: vosotros pues, renunciais formalmente al cumplimiento del primero, del mayor de los preceptos, si no haceis llegar este espíritu de desapropio para el servicio de Dios hasta el punto á que debe llegar y que la gracia os inspira. Menester es que sea practicable, pues que todos los santos, esto es, todos los verdaderos y perfectos cristianos lo han practicado; y solo practicándolo, han podido ser santos. Leed sino sus instrucciones, y vereis que lo primero que han hecho, al sentirse movidos por la gracia, ha sido consagrarse á Dios, el cual, en consecuencia, ha tomado de ellos posesion, disponiendo de ellos á su querer y para su gloria. Unos se han dado á él mas presto, otros mas tarde; unos habian antes vivido en la inocencia; otros habian sido pecadores; unos abrazaron un género de vida; otros abrazaron otro, cada uno segun su vocacion; mas todos se han consagrado á Dios.

Por este primer paso han entrado en la senda de la santidad cristiana, y no han llegado á su perfeccion, sino por la perseverancia en este interior desprendimiento y sacrificio. Su gracia ha sido desigual, pero todos han sido fieles á la gracia, ó á lo menos lo han querido ser constantemente; se han aplicado á serlo con todas sus fuerzas, se han acusado de sus mas leves infidelidades, y han hecho servir sus faltas pasajeras para su santificacion.

Mas vosotros, me diréis, que no aspirais á ser santos, sino tan solo á ser buenos cristianos. ¡Cómo si los santos hubiesen aspirado á otra cosa que á ser buenos cristianos, ó que hubiesen creido poder serlo de otro modo que con una entera abnegacion de sí mismos! No; nunca distinguieron ellos, como haceis vosotros, la santidad de la profesion cristiana, ni concibieron esta profesion bajo otra idea que la de un total desprendimiento y una consagracion de todo su ser á *Dios*. No se han introducido la imperfeccion, el relajamiento y en seguida el desórden en el cristianismo, sino desde que se ha buscado esta falsa y perniciosa distincion, y que no se ha hecho consistir en este interior desprendimiento la esencia de la perfeccion cristiana.

Añadís, que el exigir semejante desprendimiento, es sujetar el cristiano á una vida tan dura como intolerable. Os engañais por cierto, y hablais así por falta de experiencia. Es precisamente todo lo contrario. No hay vida tan dulce y tan feliz como la de un cristiano dedicado y entregado á Dios, ó mejor, no hay otra vida dulce y feliz sino ésta. No os prevengais contra esta mi asercion, que os parecerá adelantada. Escuchadme, y consultad vuestro corazon. ¿De dónde nacen vuestras penas en la práctica de la virtud? ¿Acaso de la dificultad de los objetos? No seguramente. Dimanan de falta de buena voluntad, de vuestra resistencia, de no hallaros firmemente resueltos á abrazar todo lo bueno y huir todo lo malo, de querer transigir con Dios, concediéndole ésto y negándole

aquéllo, de haber fijado ciertos límites dentro los cuales quereis manteneros resueltamente, de pretender manejar la naturaleza, y conciliar, á lo menos hasta cierto punto, sus intereses con los que la gracia exige de vosotros; en una palabra, de que en el servicio de Dios no atendeis sino á vuestra salud, y que os dais por contentos con tal que no peligre vuestra alma. Fácil os será convenceros vosotros mismos, que tal es el orígen de vuestras penas, y que esto es lo que os hace tan duro el yugo de Dios, y tan pesada su carga. Añadid tambien, que así como os mostrais escasos hácia Dios, Dios lo es tambien hácia vosotros. No os concede aquellas gracias poderosas que os harian triunfar de todos los obstáculos; y como no os las concede, os hallais positivamente indignados por la bajeza de vuestros sentimientos, y por la manera con que le tratais. No os da á gustar sus dulzuras en vuestros ejercicios de piedad, pues las reserva para las almas que le están del todo consagradas. Siendo vosotros frios para con él, lo es él para con vosotros; y este mútuo resfriamiento os hace flojos y lánguidos en su servicio. Os arrastrais con esfuerzo por un sendero que todo conspira á hacéroslo hallar estrecho, difícil, erizado de espinas, y así sucumbís á cada paso.

Preguntad á los cristianos que se han generosamente entregado á Dios, si dejan de correr ó de volar en esta misma senda por donde con tanta fatiga caminais vosotros; si no se ensancha y allana para ellos á medida que van adelantando; si se hallan cansados, sin fuerzas, ó disgustados como vosotros, y con tentaciones á cada instante de volver atrás. Y no obstante, ellos hacen incomparablemente mas que vosotros, nada se dispensan, antes bien temen siempre no hacer demasiado; se cargan con todo el peso; y léjos de disminuirlo, añaden el consejo al precepto, y lo que es de perfeccion á lo que exige la obligacion. La vida que llevan espanta y estremece vuestra flojedad. Preguntadles si quisieran cambiarla por

la vuestra, si para ellos está llena de consolaciones, si una sola visita del Señor no les recompensa con abundancia todos sus sufrimientos, si dejan de disfrutar de una paz inalterable, de una paz que, en expresion de S. Pablo, sobrepuja á todo sentimiento, y es para ellos un gusto anticipado de las celestiales delicias. Vosotros les compadeceis, y no comprendeis como pueden sobrellevar una vida semejante: y ellos os compadecen á su vez con mucha mayor razon, se lamentan de vuestra ceguedad y de vuestra insensatez, no concibiendo como sea posible el hacerse desgraciado, pintándose, como haceis vosotros, tan mal un Señor tan grande y tan bondadoso como es Dios. Nombradme un solo santo que no haya abundado en estos sentimientos; uno solo que no haya mirado como la época de su felicidad el dia en que se consagró enteramente á Dios; uno solo que, como san Agustin, no haya sentido en el alma no haberse consagrado mas presto á él.

Esto supuesto, ¿hay cosa mas justa y racional que esta consagracion á Dios, que se os propone como la entrada á la vida cristiana? Y ¿qué se os exige para ello? Una disposicion sincera y generosa de espíritu y de corazon que os conduzca á entregaros á Dios, dejando con una llena confianza á su providencia el cuidado de disponer de todos los sucesos de vuestra vida; á dejaros enteramente á la direccion de su divina gracia, renunciando á conduciros por vosotros mismos, porque sois incapaces de ello, y no hariais sino perderos; á aceptar de antemano las cruces que su bondad tendrá á bien enviaros para vuestra salud, á fin de que, cuando vengan, no os causen sorpresa ni os hallen desprevenidos, y las recibais con mas sumision, llevándolas con mayor sosiego, paciencia y amor, en lo cual Dios sea mas glorificado; en una palabra, á secundar los designios que Dios haya formado desde toda la eternidad sobre vuestra predestinacion, y á quitar todo obstáculo á su cumplimiento, cuyo término será infaliblemente vuestra eterna felicidad. Hé aquí únicamente lo que

se os pide. ¿Podeis negaros á ello, ora considereis el negocio por parte de Dios, ora lo mireis con relacion á vosotros mismos?

¿De quién, decidme, recibís vuestro ser y la conservacion de vuestra existencia en todos los instantes? ¿No es de Dios? ¿Os crió para vosotros ó para él? ¿Puede dejar de ser vuestro dueño? ¿Podeis acaso sustraeros á su soberano dominio? ¿Y de buen grado ó por fuerza no habeis de depender de él? ¿Esta libertad de que le sois deudores, la habeis recibido para usar de ella á vuestro antojo? ¿Vuestra primera obligacion no es el consagrársela? Si le debeis, pues, vuestra libertad, nada os queda ya en poder vuestro. Si ya perteneceis á Dios por el mero hecho de ser hombre, le perteneceis por un nuevo título como cristiano. Oh tú, cristiano que me lees, mira lo que Dios ha hecho por tí, de qué inevitable abismo de desgracias te ha librado, lo que le ha costado tu alma, el inconcebible amor que te ha manifestado, el deseo que tiene de salvarla, su solicitud y cuidado para conseguirlo, los socorros ya en general ya en particular que le ha prodigado; recorre por fin todos los motivos que la religion te propone, y mira si hallas uno solo que no te impulse fuertemente á consagrarte á Dios, y que no te lo imponga como al mas estrecho de los deberes.

En cuanto á tu provecho espiritual, ya para el tiempo, ya para la eternidad, no puede hallarse en parte alguna sino en tu total abandono á Dios; con este está enlazada y de este depende tu felicidad. No vivirás dichoso sino en cuanto vivas consagrado á Dios: por este único medio asegurarás tu eterna salud; y cualquiera que sea tu estado durante la vida, si no mueres en esta feliz disposicion de abandono total á las manos de Dios, amándole sobre todas las cosas, hallarás el cielo cerrado para tí irremisiblemente.

Tú temes, me dirás, las consecuencias de este desprendimiento. ¿Y qué consecuencias? ¿Esta sujecion es la que te

atormenta? ¿No te acuerdas de lo que dice S. Pablo, que donde se halla el espíritu de Dios, allí está la libertad [1]? ¿Temes la privacion de todo humano consuelo? ¿Ignoras tal vez que el consuelo que se busca en las criaturas es vano; que puede lisonjear el amor propio, pero que no penetra hasta el corazon ni le llena de dulzuras, ni le satisface? ¿Dudas de que Dios consuele interiormente ó sostenga con su poder á un alma, que ha tenido la generosidad de desprenderse de sí misma para no recurrir sino á él en todas sus penas? ¿Recelas que Dios se aleje demasiado de tí, y que abusando de la entrega que de tí mismo le hayas hecho te trate como un amo duro é inexorable? ¿Es verdad que hayas podido concebir de Dios semejante idea? ¡Ah! mal le conoces, y no puedes hacer mas sensible ultraje á su amor. ¿Se complacerá pues en atormentarte? acaso lo que de tí exige, no lo exige en provecho tuyo? no tenemos el mayor interés en darle todas las pruebas posibles de nuestro amor? no recogerémos de ello el fruto aun en esta vida? y además ¿no puedes descansar sobre su sabiduría y sobre su bondad? Ten por cierto que no exigirá de tí mas de lo que te habrá puesto en estado de hacer ó de sufrir; lo que de tí quiera hará de modo que tú mismo lo quieras; aguardará tu expreso consentimiento: en una palabra, no usará de la menor violencia; y para determinarte no empleará sino la dulzura, ni mas fuerza que la del amor. Su gloria se interesa en ser de esta manera servido; no quiere él una obediencia forzada; y para que sea libre, exige ante todo el sacrificio espontáneo de tu voluntad.

Este sacrificio, me dirás por última réplica, me obliga á suportar ciertas cruces á las que sin él no estaria expuesto. Hé aquí lo que arredra efectivamente las almas tímidas; pero escúchenme siquiera un momento. No hay medio, ó se ha de renunciar al Evangelio, ó convenir en que nadie puede salvarse sin llevar su cruz á ejemplo de Jesucristo. Esta cruz

1. 2. Corint. III, 17.

nadie negará que la escoge Dios y no nosotros; él es quien á cada uno nos la impone, segun sus soberanos designios sobre nuestra particular santificacion. ¿A qué te obligas pues al consagrarte á Dios? Tan solo á llevar la cruz que te ha destinado, de la cual dependen tu salud y el grado de santidad á que Dios te llama. No conoces esta cruz cual sea; pero sabes en general que te es necesaria, y que no llevándola te pones en peligro de perderte, ó á lo menos, que no llegarás á la perfeccion que Dios espera de tí; y que si te salvas será tan solo por el arrepentimiento de no haberla llevado. ¿Por qué, pues, no aceptarla, no abrazarla de antemano, y no disponerse á tomarla de buen grado cuando se presente? ¿Y qué viene á ser esta cruz para el comun de los cristianos? Es la práctica fiel y constante de las máximas evangélicas; es la exactitud en cumplir los deberes del propio estado, á pesar de las penas que en sí llevan; son las contradicciones, las aflicciones, los accidentes y los males de toda especie á que nos sujeta la miserable condicion humana, y que ordena y permite la Providencia, sin que podamos de modo alguno sustraernos; son en fin los combates interiores que debemos sufrir, y las violencias que hemos de hacernos tanto para evitar el mal, como para practicar el bien. ¿Hay en todo esto una sola cosa á que un verdadero cristiano no deba anticipadamente someterse de todo corazon? ¿Y no es una verdad, que por esta sumision no aumentará el número y el rigor de sus cruces, antes bien las tornará mas suaves y suportables?

Confieso sin embargo que la vida interior tiene sus cruces que le son peculiares. Mas en el fondo la vida interior ha de ser la vida de todo cristiano; y dígase cuanto se quiera de ella, es compatible con todos los estados. Además, las cruces que le son propias se endulzan infinitamente por los consuelos que la acompañan. El amor á las cruces, por fin, es el verdadero carácter de las almas interiores, de modo que si

no tuviesen de contínuo algo que sufrir, la vida les seria insoportable.

En cuanto á las cruces extraordinarias, son el patrimonio de un corto número de almas escogidas. No es el desprendimiento y entera sumision á Dios lo que se las acarrea; pero Dios, antes de presentárselas, solicita de ellas esta absoluta renuncia á sí propias, como una disposicion indispensable. Les descubre como á Jesucristo, sino minuciosamente á lo menos en globo, las pruebas por donde quiere hacerlas pasar; y no las somete á ellas sino precediendo de su parte una voluntaria aceptacion. Si no estás destinado á semejantes pruebas, tu general sumision no influirá en nada para que las sufras, y todo su efecto será el procurarte hasta cierto punto el mérito de ellas, como si las hubieses sufrido. Si á ellas empero estás destinado, cometerias una falta inexplicable en temerlas, y rehusar bajo este pretesto el consagrarte sin reserva á la voluntad de Dios, á imitacion de Jesucristo.

CAPÍTULO III.

Qué padres escogió el Hijo de Dios para sí.

Todo cuanto concierne á Jesucristo, fué decretado desde la eternidad en el consejo de las tres Personas divinas; y él arregló como Dios hasta la menor circunstancia de todo cuanto debia pasar como hombre, todo con relacion al grandioso designio de dar á su Padre en nuestro nombre la gloria que le es debida, y de salvar el género humano.

El es el único entre los hombres que, árbitro de su destino, escogió su condicion y los padres de que quiso nacer. David habia recibido de Dios la promesa de que el Mesías saldria de su estirpe, y que se sentaria algun dia sobre su

trono. ¿Cómo se cumplió esta promesa? Entendiéndola en sentido humano parece que anunciaba á Jesucristo el mas brillante nacimiento; que por una larga serie de reyes sus predecesores, el cetro de Judá pasaria á sus manos, y que pondria el colmo á la gloria de tan ilustre familia. Mas ¡cuán distantes están las miras de Dios de las nuestras! Para dar al mundo á este Mesías tan prometido, aguarda Dios no solo que los descendientes de David hubiesen dejado ya el cetro por espacio de muchos siglos, sino que hubiesen ya caido en una oscuridad, en una indigencia que los hiciese, por decirlo así, desconocidos á sí mismos y á toda la nacion. María, que debia ser su madre, confinada á Nazareth en la Galilea, no tenia otra riqueza que bienes espirituales; y confundida entre la multitud, no se distinguia sino por su piedad, no teniendo para subsistir mas que el trabajo de sus padres y el suyo. José, destinado á ser su esposo, y á pasar en la opinion pública por padre del Mesías, era un simple artesano. Uno y otro habian salido de la sangre de David. Mas ¡qué inmenso descenso de la dignidad real hasta su pobre condicion! Tales son sin embargo los padres que escogió el hijo del Altísimo, cuando se dignó descender hasta tomar nuestra naturaleza. Tal es el primer grado por cuyo medio se elevó á la dignidad real, por medio de una condicion la mas miserable y la mas digna de horror segun nuestras miras, la mas sublime y la mas gloriosa segun las miras de Dios.

¿Qué nos enseña aquí Jesucristo, y en qué debemos imitarle? La condicion noble ó vil, rica ó pobre, brillante ú oscura en que nacemos, no depende de nosotros, y en esta parte estamos sujetos al órden de la Providencia. Mas lo que de nosotros depende es pensar de nuestra condicion, cualquiera que sea, como de la suya pensó Jesucristo. Si nacimos grandes, ricos, poderosos, no creernos con derecho de ser vanos y altaneros, y de hollar y mirar apenas como hombres á los que pertenecen á un estado muy inferior al nuestro; si naci-

mos en el abatimiento, en la bajeza, en la obscuridad, no avergonzarnos de nuestra cuna, ni hacer esfuerzos para olvidar y hacer olvidar á los otros nuestro orígen; no envidiar las condiciones mas elevadas, ni gemir interiormente de la nuestra como de una humillacion.

¿A quién se oculta lo que en esta parte piensa, no diré el mundo profano, sino hasta el mundo cristiano, el que hace profesion de una sincera piedad? ¿Hay ventaja que juzgue superior á la de un alto nacimiento? ¿Hay desgracia mas aflictiva á los ojos de aquellos, cuyos sentimientos están desarrollados por la educacion, que la de ser de una baja extraccion? Ni la razon ni el Evangelio pueden conseguir rebajar el orgullo de los unos, y sofocar la envidia y oculto despecho de los otros: todos mamamos con la leche esta preocupacion lamentable; y el primer uso que los niños hacen de su reflexion, es el conocer lo que son por su nacimiento, compararse con los de su edad, preferirse á unos con desdeñosa altivez, y contemplarse con disgusto debajo de otros. ¡Funesto efecto del orgullo, no menor en los pequeños que en los grandes, y que hace á unos y á otros igualmente desgraciados y culpables!

Y aun en los claustros, y en los demás asilos de la humildad cristiana, ¿en donde están las almas tan perfectamente curadas de esta preocupacion fatal que no se acuerden ya mas del rango que ocupaban ó que pudieran ocupar en el mundo, que en alguna ocasion no lo recuerden á los demás, y que no se envanezcan de las consideraciones que se les tienen? ¿En donde están las almas que no tengan su pensamiento mas ó menos ocupado, el corazon mas ó menos afectado de la bajeza de su condicion, que no se muestren sensibles, delicadas, recelosas sobre este punto, al cual todo lo refieren, figurándose ver en todo el desprecio que de ellas se hace? ¡Oh qué miseria, y qué tormento! Para librarnos de él, ¡cuánto no ha hecho Jesucristo! Esta es la primera leccion que nos ha

dado, y continuándola por toda su vida, la llevó en su muerte al mas alto punto de perfeccion.

Mas, para aprovecharse de toda la verdad, de toda la belleza, de toda la útilidad de esta leccion, para tomar gusto en ella, para abrazar su práctica con generosa alegria, en una palabra, para ser sólida y profundamente humilde en cuanto al nacimiento y la condicion de cada uno, preciso es el ser interior y dado á la oracion; preciso es reformar, segun la doctrina y el ejemplo de Jesucristo, nuestra manera de pensar y de sentir; preciso es penetrar hasta el fondo de su corazon, y dejar que su gracia obre en el nuestro con toda libertad. No es esto obra de un dia, y quedará imperfecta si las pruebas no ponen la última mano á lo que hayan principiado la gracia y las saludables reflexiones. Examinémonos de contínuo, y mientras sintamos alguna inclinacion á estimarnos á nosotros mismos, ó á temer el menosprecio de los demás, no cesemos de inculparnos nuestra poca semejanza con Jesucristo.

Si los discípulos pensasen como su Maestro, los que tienen un nacimiento distinguido, léjos de gloriarse por ello, se confundieran de no conformarse en este punto con su modelo, estarian prevenidos contra la altivez y la vanidad que les inspira esta miserable ventaja humana, y se complacieran en abajarse hasta el nivel de los pequeños, léjos de hacerles sentir su superioridad y abatirles bajo el peso de su grandeza; serian modestos, obsequiosos, afables, y no se mostráran tan puntillosos en lo que creen serles debido. Y al contrario, los que ocupan las últimas gradas de la sociedad, en vez de ruborizarse y afligirse por su bajeza, la tuvieran por una gloria, de la cual se felicitarian á sí mismos, como de un rasgo de semejanza con Jesucristo, que les concedió la Providencia; vivirian contentos y santamente ávidos de las humillaciones á que les expone su estado, en vez de temerlas y de huirlas; no tomarian tantas precauciones para disimular á

los otros lo que son, ni harian el menor esfuerzo para elevarse sobre su condicion, desterrando de su pecho la tristeza, las sospechas, la envidia, la malignidad, el odio y demás pasiones hijas secretas del orgullo. Los primeros no abusáran de su rango, de su poder, de sus riquezas; los segundos vivirian felices en su medianía y en su oscuridad; de este modo bien entendida y bien practicada la moral cristiana, introdujéra y conservára entre los hombres la única igualdad de que el estado social es susceptible, con la concordia, la union, la recíproca caridad que de ella nacen. ¡Oh Salvador mio! desde que nacisteis, y por vuestro nacimiento mismo, habeis trabajado en hacernos felices; y si no lo somos, es porque rehusamos entrar en vuestros designios y en vuestros sentimientos.

CAPITULO IV.

De qué manera exalta Jesucristo la bajeza de su nacimiento.

Seria abandonarse á pensamientos del todo indignos de Dios el imaginar que Jesucristo escogiese á David por uno de sus progenitores, porque era rey. No: no le concedió tanto honor, sino porque era un hombre segun el corazon de Dios; y como lo dije ya, la mayor prueba de que no consideró en él la dignidad real, es que para nacer de su posteridad, aguardó que ésta se viese reducida á la condicion mas oscura. No es pues por este lado por donde se propuso dar realce á su nacimiento, pues ¿qué hubiera tenido éste de divino y correspondiente al Verbo hecho carne? ¿Qué hizo? Se dió por madre una Vírgen á la que se complació en enriquecer con los mas preciosos dones de su gracia; una Vírgen que, por un privilegio único, concibió sin pecado, y que desde aquel momento fué y no ha cesado de ser el objeto de las compla-

cencias del Señor por su perfecta inocencia, por su eminente santidad, por el conjunto de todas las virtudes en un grado tan sublime que solo á ella conviene.

No para esto aquí: no ha querido nacer de ella como los demás hombres, sino que por un prodigio inaudito hasta entonces, y que no se repetirá jamás, ha formado en su casto seno por la virtud del Espíritu santo el cuerpo, al cual debe unirse su divina Persona; y por una continuacion del mismo prodigio, este cuerpo animado parecerá un dia sin haber menoscabado en lo mas mínimo la integridad de Maria. Arbitro de las leyes de la naturaleza, las suspenderá todas para dar á su nacimiento una grandeza digna de un Hombre Dios.

Mas para conciliar tan alta maravilla con la humildad cuyo ejemplo viene á presentar á los hombres, la tendrá oculta toda su vida, y solo despues de su muerte será revelada por María á los apóstoles, y por los evangelistas S. Mateo y San Lucas á toda la Iglesia. Aun mas, cubrirá este misterio augusto con el velo de la union conyugal, dando á María un esposo casto como ella, que será el testigo y el custodio de su virginidad. A la vista de los hombres José pasará por padre suyo, ejerciendo la autoridad de tal, con los cuidados y la ternura anexos á la paternidad, y él mismo estará dotado de una santidad aproximada á la de María.

Si la fé fuese como debiera ser la única regla de nuestros sentimientos ¿de qué se gloriarian, de qué darian gracias á Dios los hijos verdaderamente cristianos? ¿Seria de haber nacido en la grandeza y en la opulencia? No por cierto; sino de haber tenido padres virtuosos, de los cuales recibieron una buena educacion, y que por sus instrucciones, ejemplos y oraciones les formaron en la piedad. En los primeros años no se conoce lo bastante todo el valor de esta ventaja, de la cual depende el resto de la vida, y casi siempre nuestra eterna felicidad. Mas cuando se llega en edad de reflexionar; cuando se observan los peligros á que está expuesta la ju-

ventud, y de que hemos sido preservados; cuando se conoce toda la influencia que tienen sobre la conducta del hombre los buenos principios inculcados en la tierna edad, y cuan poderoso es el imperio de las buenas costumbres que precozmente se contraen; cuando se contemplan en los demás cuan funestos son los efectos de una mala educacion, los desórdenes á que precipita, sin que sea ya posible retraerlos del mal y conducirlos al bien, entonces es cuando nos penetramos de un profundo reconocimiento hácia Dios, y le bendecimos mil veces por un beneficio de que somos deudores únicamente á su inmensa bondad, pues que el procurárnoslo no estaba en nuestra mano.

CAPÍTULO V.

Jesus en el seno de su Madre.

No es el niño Dios como los demás niños, que en el seno de su madre solo tienen la vida animal, y esta aun muy imperfecta; y cuya alma, envuelta en órganos apenas formados, no es capaz de operacion alguna. El alma de Jesucristo, desde el momento de su union con el cuerpo, tuvo no solo el ejercicio libre de sus facultades, sino tambien el perfecto y entero conocimiento de los objetos sobre que debia ejercitarlas. Desde entonces pues, empezó á poner en práctica su entera sumision á Dios, que continuó sin la menor interrupcion. Ella adoraba á Dios su padre, le amaba, sometíase á su voluntad; aceptaba con resignacion el estado en que se hallaba, conociendo toda su debilidad, toda su humillacion, todas sus incomodidades. ¿Quién de vosotros, cristianos, decidme, quién de vosotros quisiera retroceder á un estado semejante con el pleno goce de la razon y de la reflexion?

¿Quién pudiera sostener un martirio tan prolongado, tan penoso, tan incómodo de todas maneras? ¡Qué prision tan terrible! qué calabozo tan oscuro! qué sujecion de todos los miembros! Por ahí entró Jesucristo en su dolorosa y humillante carrera; así empezó á anonadarse delante de su Padre, y á enseñarnos lo que Dios merece por la parte de su criatura, y el estado á que debiéramos sujetarnos para honrarle, si de nosotros dependiese. Lo que entonces consentia en ser, lo era para nosotros, y lo era en lugar nuestro: él expiaba nuestro orgullo, orígen de todos nuestros pecados, haciéndonos sentir toda su criminalidad y desórden.

¡Qué gloria para Dios el ver una persona divina reducida á un abatimiento tal para rendir homenaje á su majestad suprema! ¡Qué leccion para nosotros, si supiésemos á fondo meditarla! Jamás llegarémos á comprenderla perfectamente; y debia ser incomprensible para darnos una justa idea del orgullo humano: sí; necesario era que los dos extremos, las dos infinidades opuestas se reuniesen en una misma persona para hacernos comprender hasta que punto debe la criatura abatirse delante de Dios, y cuan culpable es cuando por su desobediencia osa igualarse y preferirse á él. ¡Oh humildad, primer deber y primera virtud del cristiano! ¿quién podrá temer excederse en los sentimientos que inspiras, viendo hasta que punto inconcebible Jesus te ha llevado, aun antes de nacer?

Unámonos á las adoraciones del Verbo encarnado en el seno de María, unámonos á su profundo abatimiento; y sea este el primer efecto de nuestro sacrificio á Dios. ¡Ah! Si nos damos á Dios, es para ser alguna cosa. ¡Cuánto orgullo, cuánto amor propio entra en nuestra consagracion! Démonos á él para no ser nada, para quedar enteramente consumidos y aniquilados, para renunciar de una vez á toda estimacion de nosotros mismos, á todo cuidado de nuestra propia grandeza, aunque sea espiritual; á toda mira interesada, á todo mira-

miento, á todo regreso á nosotros mismos. Desaparezcamos del todo á nuestros propios ojos, y que Dios solo lo sea todo para nosotros.

¿Deseamos hacer la verdadera oracion? Empecemos por formarnos de ella una exacta idea, y contemplemos á Jesus en el seno de su madre. Jesus ruega, y ruega del modo mas excelente. No habla, no medita, ni se deshace en tiernos afectos. Su mismo estado, aceptado con la intencion de honrar á Dios, es su oracion; y este estado espresa altamente todo lo que Dios merece, y de qué modo quiere ser adorado. La oracion que nos anonada, que nos confunde, que nos humilla delante de él, que nos deja una impresion viva de su grandeza y de nuestra nada; la oracion que abaja nuestro orgullo, que deja desolado nuestro amor propio, que mortifica y destruye la naturaleza, que nos arranca todo apoyo, toda confianza en nosotros mismos, es la buena, la perfecta oracion. Verdad es que nosotros no lo creemos así; á menudo quedamos de ella descontentos; y sin embargo esta es la mas grata á Dios, y la de que recibe mas gloria, por la razon misma de que nosotros quedamos en ella mas humillados. No juzguemos pues de nuestra oracion: nuestros juicios solo pueden engañarnos. Jesucristo no ha nunca reflexionado ni podido reflexionar sobre la suya. Hundida estaba en ella su alma, y abismada en la divinidad.

CAPITULO VI.

Nacimiento de Jesucristo en Belen.

Jesus habia sido concebido en Nazareth, domicilio de José y de María, y allí es en donde debia nacer segun todas las apariencias. Mas Dios lo tenia de otra suerte dispuesto, y los

profetas habian anunciado que el Mesías naceria en Belen de Judá, ciudad de David. Para que se cumpliese esta prediccion, Dios se sirvió de un medio, que al parecer ninguna relacion tenia con este objeto. El Emperador Augusto decretó un empadronamiento de todos los súbditos del imperio romano, y á consecuencia de este edicto, cada familia debia marchar al punto de donde era originaria. Así que, habiendo nacido David en Belen, María y José, como descendientes suyos, no pudieron dispensarse de ir á aquella ciudad, igualmente que todos los demás procedentes de la misma sangre. Ni el embarazo de María, que estaba muy adelantado, ni la necesidad del trabajo diario, de donde José sacaba su subsistencia, les eximió de este largo y penoso viaje en una estacion la mas incómoda.

Almas interiores, deteneos aqui un momento para considerar hasta que punto habeis de depender de la Providencia. Como no conoceis ni la série de los designios de Dios sobre vosotros, ni el modo con que deben cumplirse, si formais el menor proyecto sobre vosotros mismos, si dais algun paso sin consultar á Dios, si no os dejais gobernar absolutamente por las circunstancias, si bajo cualquier pretesto y por cualquiera razon que sea, no cedeis á los que tienen autoridad sobre vosotros; en tal caso, rompeis el hilo de los designios de Dios, os salís de su camino, turbais el órden por él establecido, y ¡á cuánto no os exponeis! No ignoraba Jesus en que lugar debia nacer; pero no permitiéndole su estado disponer de sí mismo, se abandona á la conducta de sus padres, á quienes inspira en secreto que se abandonen á la Providencia, concurriendo de este modo, sin saberlo, á la ejecucion de sus designios. Este es el punto mas importante de la vida espiritual. Desde que uno se ha consagrado á Dios, ya no es mas de sí, ya no tiene derecho de disponer de sí, ni ha de querer sino lo que Dios quiere á cada instante para nosotros, siguiéndole ciegamente, aun en las cosas exteriores, tales

como el cambio de lugar, donde quiera le plazca conducirnos. Ocasion tendreis de observar esta dependencia y esta fidelidad inviolable en toda la carrera de la vida de Jesucristo, y este es el punto sobre el cual se han esmerado mas en imitarle los santos verdaderamente interiores, renunciando absolutamente á su propia voluntad.

Llegan á Belen José y María, buscando hospedaje en los mesones; pero no lo encuentran, ó por hallarse todo ocupado, ó porque se les desechase á causa de su pobreza. Jesus era quien sufria principalmente estos reproches, y quien se los habia procurado. Lo que escribió S. Juan, que *vino en su propia casa y los suyos no le recibieron* [1], se verificó de él mismo antes de nacer. Sus padres partieron con él este oprobio con motivo de la dicha que tenian de pertenecer á él, y por él les fué mucho mas sensible que por ellos mismos.

Hélos aquí pues reducidos á retirarse á un establo arruinado, á donde él mismo les conducia. En este lugar era en donde el Rey, el Salvador del universo habia resuelto nacer de toda la eternidad, tendido sobre un pesebre, sobre un poco de paja, envuelto en pobres pañales, destituido de todo socorro, expuesto á todas las intemperies de la estacion rigurosa. El sufre en este estado todo lo que un niño puede sufrir, y se humilla antes aun que á los otros niños les sea posible humillarse. Pero acepta con alegría los sufrimientos y las humillaciones, porque se dirigen á la gloria de su Padre, y traen la paz á los hombres de buena voluntad.

¡Tierna é inocente víctima del amor! ¡Qué corazon será tan duro que no se conmueva, al contemplaros con los ojos de la fe, pensando que por nosotros habeis querido nacer así! ¡Quién no mezclará sus lágrimas con las vuestras! Mas no es una vana compasion ni sentimientos estériles lo que exige de nosotros; no quiere que se le compadezca, ni que se derramen á su presencia lágrimas de enternecimiento, sino que se

1 Joan. I. 11.

le imite y se le secunde en lo que hace para destruir nuestro orgullo y nuestra sensualidad. En estos dos vicios, uno del espíritu, y otro de la carne, tienen su raiz todos nuestros pecados. Unámonos al naciente Jesus, expiemos con él y por él los que nos han hecho cometer aquellos dos vicios capitales, y prevengamos todos cuantos nos exponen sin cesar á cometer. Arranquemos este mal funesto hasta sus raices, no contentándonos con cortar las ramas que van siempre brotando de nuevo. Abracemos la práctica de las virtudes contrarias, y pongamos nuestro primer cuidado en la humildad y en la mortificacion. La vida espiritual no tiene mas objeto que combatir y exterminar, si se puede, nuestra naturaleza orgullosa y sensual. Observadlo bien, y vereis que toda su tendencia es á hacer morir los sentidos, atrayendo el alma á lo interior por medio del recogimiento y del santo ejercicio de la presencia de Dios; á humillar el espíritu, ligando el espíritu, estrechando sus facultades mediante una oracion desnuda, oscura, vacía en apariencia de todo objeto, en donde el espíritu parece estar ocioso porque la imaginacion nada representa, la memoria nada recuerda, el entendimiento nada percibe y sobre nada raciocina; hasta la voluntad no produce acto alguno señalado de que pueda darse cuenta á sí misma. Si, esta oracion es dulce cuando Dios hace sentir en ella su suavísima presencia; desola y crucifica cuando parece que se retira; y ¡cuán prolongada es su ausencia! mas cuán útil nos es por el temor mismo que nos infunde! Porque entonces lo que en nosotros padece es el propio espíritu, la propia voluntad que la gracia se propone aniquilar para hacernos mas semejantes á Jesucristo. ¡Cuán humildes saldremos de una oracion semejante, de la cual tan descontenta queda la naturaleza, porque solo encuentra en ella su destruccion!

¿Nos admiraremos, pues, de que tantos cristianos, no buscando sino su satisfaccion propia en la práctica de la piedad,

manifiesten tanta aversion á la vida interior, que es una muerte contínua á nosotros mismos? De todo y en todas partes quiere vivir el amor propio; y voluntariamente renunciará á los placeres de los sentidos para gustar las dulzuras del espíritu, que tienen un sabor mucho mas dulce y delicado; y el espíritu orgulloso dejará sin pesar toda otra ocupacion por una razon sublime, llena de luces y de sentimientos elevados que le inspirará tanta estimacion á sí mismo como menosprecio para con los demás. Mas háblesele de una oracion árida, de una fe pura, en donde nada se ve, nada se siente: vereis que lo rehusa, y prefiere antes que entrar en ella, abandonarlo todo. ¿Qué será pues, de las otras cruces y de las otras pruebas de la vida interior, si no puede aguantar aquellas que se le presentan en la entrada del camino?

No nos alucinemos, pues, ni nos formemos ideas falsas, cuyo término seria el perdernos en funestas ilusiones. El estado interior y exterior de Jesucristo, desde el pesebre hasta el Calvario, no nos presenta mas que la humildad y la mortificacion llevadas por grados hasta su colmo. Si queremos sinceramente imitarle, pidámosle la fuerza necesaria, que no nos la negará. Si empero rehusamos seguirle por este camino, no esperemos que nos reconozca algun dia por discípulos suyos.

CAPITULO VII.

Jesus llama los pastores á su pesebre.

Todo sigue: nada se desmiente en la conducta de Jesucristo, porque es siempre fiel al plan que Dios su Padre trazó en la eternidad. Nace pobre; los pobres son los primeros á quienes se dá á conocer, para ellos es su predileccion.

Todos los descendientes de David habian acudido á Belen

para hacerse empadronar. ¿Quién no hubiera creido que la Providencia misma habia dispuesto esta reunion, para que el Mesías naciese en medio de su parentela, y fuese solemnemente reconocido por aquellos con quienes estaba enlazado por los vínculos de la sangre? Esto parecia indispensable para manifestar el cumplimiento de la profecía hecha á David, y disponer á los judíos para que reconociesen un dia á Jesus por su Mesías. Pero Dios lo ordenaba de otro modo. Las profecías se manifestarán á su tiempo, sin perjuicio de la oscuridad en la que debia nacer el Salvador, y de lo que debia ejercitarse la fe de los que en él creyesen. No solamente la casa de David sino Belen entera ignora el nacimiento de Jesus: María y José guardan en esta parte un profundo silencio; y si Dios no lo revela, quedará desconocido á la Judea.

Mas ya en la misma noche de acaecido, un ángel lo anuncia á algunos pastores que guardaban sus rebaños en este contorno. Asombrados por la claridad que les rodea, llénanse de pavor; pero el ángel les sosiega; y despues de haberles dicho: *Hoy ha nacido para vosotros un Salvador que es el Cristo del Señor en la ciudad de David*, añade: *Héos aquí la señal por la que podreis conocerle: Hallareis un niño envuelto en fajas y tendido en un pesebre* [1]. ¡Qué señal! ¡Y cuánta fe era menester para dejarse guiar por él sin mas raciocinio! ¿Hubiérase jamás ni remotamente creido, si un ángel no hubiese descendido del cielo para declararlo? Habian realmente dicho los profetas que el Mesías naceria en Belen; pero no habian dicho que viniese al mundo en un estado tan miserable, que parecia estar en contradiccion con las maravillas que de él habian publicado, y que tan mal correspondia con las ideas que el pueblo judío de él se habia formado.

¡Cuántas almas enamoradas de la vida interior viven en la misma ilusion! Buscan en aquélla á Jesus, segun dicen, y pretenden encontrarle; mas ¡en qué estado! en la magnificen-

1 Luc. II. 11. 12.

cia de su gloria, en la sublimidad de sus luces, en la abundancia de consuelos, en favores extraordinarios. Mas se engañan esperándole de este modo. No son éstas las señales por las que se dá á conocer en este mundo. ¿Quereis encontrarle? Buscadle en la infancia, en la pequeñez, en la debilidad, en la sencillez, en la desnudez. De tiempo en tiempo dejará escapar algunos rayos; mas presto volverá á hundirse en la oscuridad; y no le poseereis, ni gustareis de él sino velado bajo la imágen de la fe. Esto es todo lo que debeis esperar. Pues, ¿qué mérito tuvierais en poseerle de otro modo? ¿Qué gloria resultaria para él? ¿Qué amor le manifestariais?

Por último, para ser llamados al pesebre, no bastaba que fuesen pobres los pastores, si no se hubiesen contentado con su pobreza, si hubiesen envidiado á los ricos, y deseado tener lo que no poseian. La pobreza por sí misma no es una virtud, ni aun una disposicion próxima para la virtud, si el corazon se rebela contra ella, si murmura, si pone todos sus esfuerzos en librarse de ella. Jesucristo, pobre por afecto y por eleccion, no invita ni acoge sino á los que no hacen caso alguno de las riquezas, aun cuando no las tengan, pues solo entonces están sinceramente desprendidos de ellas; y si las tienen, usando de ellas como si no usasen, abriendo de buena gana su mano al indigente, y siendo tan ricos para los otros como para sí mismos. Mas aun: concede una acogida mas favorable á los pobres voluntarios, que todo lo han dejado para seguirle, y que por sus votos se han obligado á no poseer nada propio. Estos son sus perfectos imitadores, y los que tienen un derecho particular á sus caricias.

La pobreza empero, en cualquier sentido que se la tome, no introduce el alma en la vida interior; no hace sino prepararla á ella, y apartar los obstáculos. La sencillez es la que abre camino á ella, y en ella hace adelantar. Sencillos eran tambien los pastores. Dieron fe sin raciocinar á las palabras del ángel, por contrarias que fuesen á todas las apariencias

humanas: no vacilaron un momento, marcharon á Belen; y habiendo encontrado lo que se les acababa de anunciar, lejos de repugnarles el aparato de indigencia que les ofrecia el establo, cobraron un nuevo aliento para acercarse al Salvador, rendirle sus homenajes, contemplarle, darle pruebas de su afecto y de su agradecimiento, y ofrecer á María y á José los cortos auxilios que estaban en su poder.

¡Oh Niño Dios! quién pudiera referir lo que pasaba entonces en vuestra alma! cuánto os conmovió la fe de aquellos corazones rectos y sencillos, y cuán sensible fuisteis á los homenajes de vuestros primeros adoradores! con qué profusion les hicisteis partícipes de los tesoros de vuestras gracias! Ellos se volvieron llenos de alborozo, colmados de riquezas celestiales, y fueron publicando por todas partes lo que habian visto y oido.

Acerquémonos á Dios con sencillez, sí, con la mayor sencillez posible. Dejemos aparte los raciocinios, los discursos estudiados, los métodos y las fórmulas. Hable solo el corazon y exprese lo que siente; si nada siente, suspire de no sentir nada, dé por esto á Dios amorosas quejas, y dígaselo todo por su silencio. Cuando estamos en oracion, ¿qué es lo que Dios escucha? son nuestras palabras y nuestros actos? No: es nuestra intencion, nuestros sentimientos íntimos, es el modo con que se prepara nuestro corazon. Menos actividad, menos esfuerzos; mas sosiego y recogimiento, una simple exposicion de nuestra alma en su divina presencia, la expresion de los sentimientos que él inspira, y no de los que nos excitamos nosotros mismos: tal es la oracion que sobre todo le complace, porque es mas obra suya que nuestra, y porque nuestros afanes, que nos sugiere el amor propio, en nada estorban su operacion.

Estos buenos pastores estuvieron en oracion todo el tiempo que permanecieron en el pesebre; y al salir de allí, conservaron una impresion tan duradera, que les convirtió en hom-

bres nuevos. ¿Sabian ellos antes lo que era oracion? habian leido libros y métodos para aprender á hacerla? observó su curiosidad lo que en ellos se pasaba, y raciocinaron sútilmente sobre las operaciones de la gracia? Nada de esto: presentaron su corazon á Jesus; dejaron que obrase en él libremente; no hicieron mas que cooperar á su accion, no la violentaron, no la embarazaron con su propia actividad, con sus reflexiones, con su retroceso sobre sí mismos. Desde aquel momento ya renunciaron á sí, y Jesus disponia á su placer de toda su alma. Entremos en las felices disposiciones de estos pastores; y Jesus hará en nosotros la oracion como en ellos la hizo. Nuestro mal consiste en que la pretendemos hacer nosotros mismos, ó á lo menos que Dios la haga en nosotros segun nuestras ideas y deseos.

CAPÍTULO VIII.

Cántico de los ángeles en el nacimiento de Jesucristo.

Despues de haber anunciado el ángel á los pastores que les habia nacido un Salvador, unióse á él una multitud de la celeste milicia, alabando á Dios, y diciendo: *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad* [1]. No dejemos pasar sin esplicacion este bello cántico, tanto por lo que mira á Jesucristo, como por su grande referencia con la vida interior.

Sin examinar aquí si los ángeles no han glorificado á Dios sino por medio de Jesucristo, y no han debido su felicidad sino á Jesucristo, á quien han reconocido y adorado en el misterio de la Encarnacion; lo cierto es que Dios no ha recibido ni ha querido recibir gloria de los hombres sino por Jesucristo. Desde el orígen del mundo la fe en Jesucristo, es-

1 Luc. II. 14.

perado como libertador del género humano, ha sido el fundamento de la verdadera religion y del verdadero culto dado á Dios.

Antes de nacer, le glorificaba ya en su nombre y en el nuestro dentro el seno de su Madre; pero esto pasaba en secreto entre su Padre y él. Su consagracion era puramente interior, y no salia á fuera. El primer homenaje público y solemne que le rindió, fué en su nacimiento; y en este momento fué cuando cantaron los ángeles: *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos*. Este cántico fué el que Jesus naciente profirió en su corazon, y que expresó por su estado. El glorificaba á Dios de un modo eminente, por medio de esta forma de esclavo que habia tomado, uniéndose á nuestra naturaleza á pesar de ser Dios; le glorificaba por su pobreza, por sus sufrimientos, por sus lágrimas, por la oscuridad, por el abandono en que quiso nacer. Su Padre veia en el pesebre un Dios anonadado, é inmolado como víctima á la reparacion de su gloria; anonadado, digo, en una persona igual á él, que le adoraba, que le servia, que le estaba obediente, que por nosotros se ofrecia á los golpes de su justa venganza y que los sufria ya. Ni todas las criaturas juntas hubieran podido glorificar á Dios de esta manera, por su mas perfecta sumision; nada le hubieran ofrecido proporcionado á su infinita grandeza, nada que le indemnizase del ultraje cometido contra su soberana majestad por el mas mínimo pecado.

Pero, además del mérito infinito de su persona divina, ¿por qué parte principalmente glorificaba Jesucristo á su Padre? ¿Era por el aparato exterior de su nacimiento? No ciertamente. Era por su disposicion interior, por la entrega sin límites que le habia hecho de su alma.

Lo que era un principio de paz para Dios, era tambien un principio de paz para los hombres, no solo porque comenzaba desde entonces á reconciliarlos con su Padre, rompiendo

el muro de division que de él los separaba; sino tambien porque les enseñaba con su ejemplo en que consiste la verdadera paz del hombre, y por que medios puede procurársela. Jesucristo, naciendo en la pobreza, en el sufrimiento, en la humillacion, gozaba no obstante de una paz deliciosa, profunda, inalterable. La paz del hombre, pues, no está unida á las riquezas, ni á los placeres, ni á los honores; que son muy al contrario para él una fuente inagotable de inquietudes y de tormentos, tanto si los apetece, como si los posee. Los males de esta vida tampoco son obstáculo para la paz, y se puede muy bien ser feliz en el seno de la pobreza, del sufrimiento y de la humillacion. Jesucristo descubre en este dia á los hombres un secreto hasta entonces desconocido.

Mas ¿á quién lo descubre? á quién lleva la paz? *A los hombres de buena voluntad*; y la paz consiste en esta buena voluntad. Y ¿qué es un hombre de buena voluntad? Es una voluntad conforme con la voluntad de Dios; una voluntad que se somete por amor á lo que Dios guste disponer de ella, que acepta con alegría todo lo que le viene de su parte, persuadida que cuanto él ordena es lo mejor para ella. Tal es la disposicion de Jesucristo. A cada una de las circunstancias de su nacimiento, decia: *Dios mio, así lo quiero*, porque tú lo quieres; *y tengo tu Ley en medio de mi corazon* [1]. Padecia en él la naturaleza; pero él se tenia por feliz padeciendo, y realmente lo era por su union íntima con Dios.

La vida interior nos pone, debida proporcion guardada, en esta feliz disposicion de Jesucristo; nos tiene unidos á Dios, sometidos en todo á su voluntad; y por este medio ella le glorifica, y nos trae la paz. Fuera de esta voluntad adorable, no hay ni puede haber gloria para él, ni paz para nosotros. ¿Quereis ser felices? Considerad la gloria de Dios como superior á todo. ¿Quereis glorificarle tanto como merece y espera de vosotros? En nada tengais otra voluntad que la suya.

1 Psalm. XXXIX, 9.

Lo que se opone á nuestra felicidad es, que en nuestras intenciones, en nuestros designios no tenemos por objeto la gloria de Dios; y lo que se opone á su gloria, es lo que se separa de su voluntad. Creamos firmemente dos cosas: la primera, que en cualquier estado, interior ó exterior, que él nos coloque, no se propone sino su gloria y nuestra felicidad; la segunda, que si lo aceptamos de todo corazon, aseguramos su gloria y nuestra paz; y que con el auxilio de su gracia, que nunca nos falta, esta aceptacion depende de nuestra buena voluntad. Tendremos que sufrir, no hay duda, preciso es esperarlo así; sentiremos rebeldías interiores, violentos combates; no morirá la naturaleza sin dar grandes gritos y oponer fuertes resistencias. Mas si el alma se mantiene firme é inalterable en medio de este involuntario tumulto, nada perderá en ello la gloria de Dios, ni nuestra paz será turbada. Claros y sencillos son estos principios; unámonos con mas fuerza á ellos, y sean la regla de nuestra conducta.

CAPÍTULO IX.

Circuncision de Jesucristo.

LLEGADO *el dia octavo en que debia ser circuncidado el niño; le fué puesto por nombre Jesus, nombre que le puso el angel antes que fuese concebido en el seno de María* [1]. ¡Qué misterio tan grande, espresado en pocas palabras y del modo mas sencillo! Solo se anuncia el hecho, lo demás se deja á nuestras reflexiones. Tal es, y observémoslo una vez para todas, el relato de los Evangelistas. Ellos refieren los acontecimientos mas portentosos y divinos, y los refieren con tal concision y sencillez, que dejan muy atrás á todos los esfuerzos de la elo-

1 Luc. II, 21.

cuencia humana. Por poco profundamente que lo reflexionemos, nos veremos obligados á confesar que solo el Espíritu Santo pudo inspirarles semejante modo de escribir, y que el Evangelio es tan sobrenatural en el estilo como en la sustancia. Ni un solo versículo contiene que no admita esta observacion. Desenvolvamos para nuestra instruccion lo que se dice aquí con tan pocas palabras, y en general no creamos poder entender el Evangelio por otro espíritu que por aquel que lo ha dictado.

¿Qué cosa es la circuncision? quién es el que se hace circuncidar? estaba á ello obligado? qué deber contraia con esta ceremonia? qué relacion hay entre la circuncision y el nombre de Jesus que se le pone? qué nueva circuncision viene á establecer, aboliendo la antigua? Cuestiones son estas que deben ilustrarse para la inteligencia de este misterio, y para la de la vida interior, de que Jesus es el mas perfecto modelo.

La circuncision era la señal de la alianza que Dios habia establecido entre él y el pueblo judío descendiente de Abrahan. Este patriarca fué el primero que se sujetó á ella; y era tan severa la obligacion de circuncidarse, que cualquier israelita que no llevase esta marca sobre su carne, debia ser exterminado de en medio de su pueblo. Dios habia escogido esta señal para recordar á los judíos que nacian pecadores, y que el pecado original se propagaba por la generacion. Tal vez habia tambien unido su expiacion en esta ceremonia, junto con la fe de los padres en el Mesías. Era tambien el signo de su dependencia de Dios, y de su servidumbre, semejante al que los señores imprimian en los cuerpos de sus esclavos; ceremonia, de consiguiente, mas humillante que dolorosa, pues era el reconocimiento de una doble esclavitud, la de la naturaleza y la del pecado.

Esto supuesto, ¿no debe parecernos estraño que un Dios consintiese en hacerse circuncidar en la carne que habia to-

mado? no era ya una harto considerable humillacion para él el hacerse hombre? era indispensable que á esta forma de esclavo añadiese la semejanza de pecador? Los otros infantes no se sometian por sí mismos á esta operacion; solo la sentian por el dolor. Jesus conoce y acepta libremente su dolor y su ignominia.

¿Estaba á ello obligado? No, sin duda; si se considera la dignidad infinita de su persona, la santidad de su alma, y la pureza inefable de su concepcion. Aunque descendiente de Abrahan, segun la carne, existia antes que Abrahan fuese criado; ó mejor diremos, existe de toda la eternidad, es una misma cosa con su Padre, en todo igual á él. Bajo este respeto le pertenece el dominio soberano sobre las criaturas, así como á su Padre, pues por él fueron hechas todas las cosas, y es del todo independiente. Mas, inferior á Dios por su humanidad, se place en reconocer su dominio sobre él, se constituye el mas dependiente de todos los hombres, y quiere llevar en su carne el sello de esta dependencia. Su alma es asimismo santa é impecable en virtud de la union hipostática: su cuerpo formado por el Espíritu santo; y siendo cuerpo del Verbo, está esencialmente exento de toda mancha. Sin embargo, no ha olvidado que se hizo hombre para ser el representante y el fiador de los pecadores, y que no pudiendo contraer la mancha del pecado, es preciso á lo menos que su carne lleve la marca de la culpa, para manifestar con esto que él quiere prestarse por víctima. Por esta consideracion pues estaba mas obligado que ningun otro judío á la circuncision legal, no en su nombre, sino en el nuestro.

Así pues, él se comprometia voluntariamente, en primer lugar, á cumplir con exactitud toda la ley. Declara expresamente S. Pablo, que tal es la obligacion de cualquiera que se hace circuncidar; y Jesus la cumplió puntualmente hasta la muerte. Esta ley, no obstante, no era para él. En calidad de legislador, no le comprendia, antes bien era el árbitro de

ella; podia derogarla, pues que la habia instituido con el fin de figurar la ley nueva, de la cual debe ser el autor. Se obligó en segundo lugar, á derramar un dia toda su sangre para la expiacion de nuestros pecados, cuyas primicias derramaba ya. Verdad es que una gota sola de su sangre bastaba para rescatar el universo; mas lo que era suficiente para pagar nuestras deudas no lo era para satisfacer su inmenso amor. Obligábase en fin á su Padre, para que ejerciéra sobre él su absoluto dominio, y exigiéra de él hasta el último rigor cuanto era debido á su justicia. Tales eran los sentimientos que ocupaban el alma de Jesus en el momento de su circuncision. Sufríala como á niño gritando y derramando lágrimas, mientras que en su corazon veia con placer cumplidos todos sus deseos; y bajo una aparente repugnancia ocultaba el deseo ardiente que tenia de padecer.

Entre los judíos el nombre no se imponia al infante sino en el instante en que era circuncidado. El Niño Dios recibió pues entonces el nombre de Jesus, nombre que no le fué dado por los hombres, sino que le venia del cielo, como lo habia anunciado el Angel á María y despues á José. Evidente es la analogía de este nombre con la circuncision. *Jesus* significa *Salvador;* y ya en su circuncision Jesus empieza la obra de nuestra salud, que debia consumar sobre la cruz. Y de tal modo la empieza, que lo que entonces hacia bastaba por sí solo para cumplirla. Nunca hombre alguno fué tan digno de este nombre, pues lo compró con su sangre al momento de imponérsele; y en toda su vida, y hasta el último suspiro, no tuvo mas objeto que cumplir perfectamente su significacion. ¡Qué Salvador! Un Dios espirante en la cruz, y desde su nacimiento derramando sangre y lágrimas bajo el cuchillo de la circuncision. ¡Qué libramiento! El de la esclavitud del pecado, y de los suplicios eternos del infierno. ¡Qué salud! Una felicidad sin fin en la segura posesion del bien soberano. Otros antes de Jesus habian tenido el mismo nombre que él; pero

¿acaso les costó tan caro? ¿Procuró á los hombres ventajas iguales y ni siquiera comparables?

Entre el gran número de maravillas que nos ofrece este misterio, una de las mas asombrosas es, que Jesucristo quisiese sujetarse á una ley que venia á derogar, y que la derogase en el acto mismo de someterse á ella; porque no era la circuncision exterior, sino la del corazon la que pretendia establecer y proponer á los que de su nombre se llamarian cristianos; al paso que él practicaba de un modo sublime esta circuncision del corazon al tiempo de ofrecer su carne al cuchillo de la ley. Verdad es que ninguna raiz de vicio habia que cortar en su corazon, santuario augusto de la pureza; pero habia grandes sacrificios que hacer, y él los hacia anticipadamente: pruebas interiores y exteriores que sostener, y ya se ofrecia á ellas; y su circuncision misma era una prueba proporcionada á su edad, y á la debilidad de su cuerpo.

Circuncidar el corazon es el grande objeto de la moral cristiana, y todo se refiere á él. Esta circuncision es necesaria á los pecadores para que lleguen á ser justos; y es necesaria á los justos para que perseveren en la senda de la justicia. Por su medio solamente se hacen progresos en la santidad, cuyos grados no tienen límites, y se puede siempre avanzar. Mucho tenemos que hacer para cortar en nosotros lo que nos arrastra al mal; y mucho mas tenemos aun que hacer para quitar de nuestro interior lo que repugna al bien. Necesario es haber emprendido seriamente la obra para conocer toda su extension, y penetrarse de toda su dificultad. Lo que es de estrecha y rigurosa obligacion en esta materia sube ya muy alto, y es preciso aplicar el cuchillo muy adentro, si se quiere asegurar la salud del alma tanto como se debe y es posible. Mas si se trata de aspirar á la perfeccion, ya es otra cosa; entonces no poniendo límites á la práctica de las virtudes, y abandonándose enteramente á la gracia, es preciso resolverse á todos los sacrificios que exija el amor. Solo los

que lo han probado saben cuan íntima y dolorosa es esta circuncision, cuando la cortadora espada va cercenando el amor propio hasta en sus pliegues mas secretos, y que no le perdona en parte alguna que lo encuentre.

No obstante, cualesquiera que seais, si os sentís llamados á lo mas perfecto de la circuncision interior, no os asusteis. Pudierais desesperar de conseguirla, temer pudierais que os faltase el valor, si vosotros hubieseis de haceros la operacion. Mas Dios es quien tiene el cuchillo; él es quien lo aplica en donde hay necesidad de cortar; él es el que hace la incision y dá fuerzas para sostenerla. Su mano es dulce á la par que segura, y nunca hace sufrir mas de lo que es necesario para nuestro bien. Entregaos pues con confianza á esta mano bienhechora; y en tanto que opere, tened fijos los ojos en Jesucristo, cuya vista será vuestro aliento y vuestro consuelo.

CAPÍTULO X.

Los Magos son llamados á Belen por Jesucristo.

Jesus manifiesta desde su nacimiento, que ha venido para salvar á los hombres. Llamó á su cuna á los judíos en la persona de los pastores, y ahora llama á los gentiles en la persona de los Magos. Los primeros eran hombres sencillos y de la condicion mas humilde; los segundos son sabios, y segun la comun tradicion, reyes. Ninguna distincion pues, ni de pueblo, ni de estado, ni de talentos es excluida. La sabiduría encarnada, infinitamente superior á los mas grandes, sabe descender hasta los mas pequeños: á unos les abate el orgullo, á otros les inspira confianza.

Si es mas raro que los sabios, los ricos, los poderosos del siglo se entreguen del todo á Dios, por el mayor número de

obstáculos ya interiores ya exteriores que han de vencer; tambien es una verdad, que cuando la gracia triunfa enteramente de su corazon, dan mas honor á Dios, es mas sincera y mas sólida su piedad, y hacen llegar su virtud á un punto mas elevado de perfeccion. Ser casto en medio de ocasiones contínuas para no serlo; ser humilde en la cumbre de las grandezas y del poder; ser templado y hasta mortificado en medio de la afluencia de los bienes de la tierra; parecer pequeño á los propios ojos, mientras por el talento ó por el saber se disfruta de la mas alta estimacion, y dirigir á Dios toda la gloria que de ello nos resulta, es ciertamente algo mas admirable que tener las mismas virtudes en una situacion, en que cuesta menos adquirirlas, y es mas fácil conservarlas. Si el niño Jesus vió con mas complacencia los Magos á sus piés, si le agradaron mas sus homenajes, no fué porque su condicion fuese mas encumbrada segun el mundo, sino porque ellos necesitaron una fe mas viva para adorarle y reconocerle en el pobre y humilde estado en que le encontraron.

No piensen pues las personas distinguidas por su nacimiento, por su rango y dignidades, por su mérito y capacidad, que la vida interior no les conviene, y que á ella no son llamados. La gracia habla á todos los corazones que la escuchan, medios fáciles tiene para curarles de la vana preocupacion de la nobleza, despegar su afecto de las riquezas, inspirarles el menosprecio de los honores que no son sino humo; y de cuanto mas génio y luces estén dotados, cuanto mas por medio de la educacion se hayan desarrollado sus sentimientos y potencias, mas en estado se hallan de conocer toda la sublimidad y percibir toda la belleza de la moral evangélica.

Además, yo hallo relaciones muy notables entre la vocacion de los Magos y la vocacion á la vida espiritual. Una estrella extraordinaria brilla á sus ojos y llama su atencion. Instruidos, como quiera, de la venida próxima del verdadero

rey de los judíos, reconocieron que esta estrella anunciaba su nacimiento. Cuando Dios destina un alma á la vida interior, la prepara por lo comun muy de antemano con ciertos conocimientos y con ciertas reflexiones, cuyo objeto ella de pronto no percibe. Tales son lecturas, conversaciones, ejemplos que la ilustran, la impresionan, la mueven; nada hay aun ni distinto, ni bien determinado. Llega por fin el momento en que viene á herirle una súbita luz. Muéstrale Dios la senda de la perfeccion por donde quiere que entre y el camino que á ella conduce; opera con fuerza sobre su voluntad para atraerla, y le inspira un ardor que nunca habia ella sentido. En este instante le vuelve al pensamiento lo que leyó, lo que escuchó, lo que sintió de lo pasado, y claramente penetra los designios de Dios sobre ella.

Desde el punto en que los Magos hubieron conocido por la estrella que el Rey de los judíos habia nacido, ya no delibe-raron mas: lo dejaron todo, y emprendieron un largo viaje para venir á adorarle. Así se conduce el alma fiel á la vocacion divina. Dios ha hablado; todo está dicho para ella: no hay aficion humana, no hay consideracion, no hay dificultad que la detenga; á todo renuncia, se tiene por dichosa de sacrificarlo todo para seguir la voz que le llama. Su corazon le dice, que hallará en Dios infinitamente mas de lo que por él ha dejado.

Apenas los Magos se ponen en marcha para Jerusalen, la estrella que habian visto en su pais, desaparece. Esto fué para su fe una gran prueba; pero ellos la sostuvieron generosamente. Su luz no les era ya necesaria para guiarse; tenian los medios ordinarios de que se valieron, y que les llevaron con seguridad á su término. Estas luces son grandes en los principios de la vida espiritual, así como los consuelos que les acompañan; vívese en ella en un admirable reposo, en una seguridad perfecta del propio estado; el alma siente que ama y que es amada por las pruebas que Dios le da de su

amor, y por las que del suyo recibe. Camínase con firme y segura planta, llegan á medirse los progresos, por decirlo así; y *en medio de tanta abundancia,* se puede esclamar como David, *jamás vacilaré*. Ni de otro modo se empeñaria el alma en seguir esta senda. Mas cuando se ha internado un poco, Dios oculta su presencia, la luz va desapareciendo insensiblemente, y se entra en la oscuridad de la fe. Hasta llega á perderse la suavidad de aquellos dulces sentimientos que hácia Dios se tenian, y se hallan mas raras las pruebas que antes nos daba de su ternura. ¿Nos amará menos quizás? ¿O le amamos menos nosotros? No, sin duda, no. El amor de Dios no es tan cariñoso, pero es mas fuerte, y el nuestro pasa de las afecciones á los efectos. Entre las tinieblas, no obstante, en que nos vemos abismados, no nos falta guia, y mas que nunca se siente la necesidad de confiar en él, de creerle, de obedecerle. La ruta se ha perdido de vista, mas no podemos dudar de que nos hallamos en el verdadero camino, porque él nos lo asegura. Siéntese toda la fatiga de la marcha, y no hay medio para juzgar por sí solo si se adelanta; preciso es dejarlo al director: y de este modo bajo su direccion se llega á la ciudad santa de Jerusalen.

Apenas entrados á Jerusalen los Magos, preguntan donde está el Rey de los judíos, que acaba de nacer, sin que respeto humano ó temor alguno les detenga. Fácil es adivinar qué respuesta recibirian de aquellos habitantes, que ignoraban enteramente el nacimiento de Jesucristo. Estranjeros son y venidos de muy lejos, los que les traen la primera noticia, los que les sacan de su letargo, que les dispiertan sus ideas sobre el Mesías, que realmente en aquel tiempo se aguardaba. Herodes, instruido del objeto de la venida de los Magos, se turba, y con él toda la ciudad. Convocó los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la nacion, y se informó por su medio del lugar en que debia nacer el Mesías: le respondieron que, segun las profecías, debia ser Belen. Sabido

lo cual, y habiendo llamado á los Magos en secreto, les dirigió á Belen, diciéndoles: Id, informaos cuidadosamente del niño; y cuando lo hubiereis encontrado, volved á darme noticia, para que vaya yo tambien á adorarle. Hé aquí como este príncipe ambicioso y político disimulaba su temor, y ocultaba sus negros designios bajo el velo de la religion.

Entre otras infinitas pruebas, la vida interior se halla expuesta á muchos lazos por parte de los hombres. Mientras se ignora que un alma camina por su senda, se la deja en reposo. Ella debe guardar el secreto, y nunca descubrirse por sí misma. Pero muchas veces Dios por sus inexcrutables designios, quiere que sea conocida; y entonces es cuando debe aparejarse para las persecuciones, armarse de valor y de intrepidez, y prevenirse contra las redes que se le van á tender. Y si llega el caso de ser preguntada por quienes ejerzan autoridad sobre ella, no debe avergonzarse de su estado, antes sí, declarar con valentía lo que Dios en ella ha obrado, dándosele muy poco de lo que se piense de ella y de lo que puede sucederle. La prevencion, la ignorancia, la envidia, la malignidad, el orgullo se levantarán contra ella; se la condenará, se la despreciará, se la tratará de hipócrita, ó cuando menos de imaginacion exaltada; se la humillará, y se echará mano de todo para retraerla de su propósito. A pesar de todo, manténgase ella firme, acepte gustosa el oprobio, con tal que redunde en gloria de Dios; lo que permitirá Dios infaliblemente, confundiendo la malicia de unos, disipando la prevencion de otros, y haciendo resaltar su proteccion sobre los que se abandonan á su amorosa providencia.

Instruidos los Magos por los sabios de la nacion del lugar en donde habian dicho los profetas que debia nacer el Mesías, se pusieron en marcha para Belen con una entera confianza. Para colmar su seguridad reapareció la estrella que habian visto en Oriente, precedió su marcha, hasta que se paró por último sobre el lugar mismo donde estaba el Niño. Todas las

investigaciones, todos los exámenes que se hacen tocantes al estado de una persona interior, no paran por lo comun sino en afirmarla mas en sus resoluciones, dándole ideas mas distintas y mas precisas, con tal que se deje conducir de Dios y que no escuche su propio raciocinio. Pues que nada tiene que temer sino á sí misma; y no tema que la hagan vacilar las preguntas mas insidiosas, los mas capciosos argumentos, los juicios menos favorables, si impone silencio á sus propias reflexiones. Seguirá su camino, y se irá acercando mas y mas á Jesucristo con mayor seguridad que antes. Dios mismo disipará las tinieblas en que por largo tiempo la habia dejado, y le prestará nuevas luces, mas vivas, mas penetrantes, que no la dejarán ya hasta que haya encontrado á aquel á quien busca con tanto ardor y perseverancia. ¡Qué trasportes de alegría, cuando Dios se muestra de nuevo despues de una tan larga ausencia! ¡Qué placer, al verse tan cerca al término de que se creia tan distante! Mas para gustar tan celeste gozo era preciso que su fe hubiese sido largo tiempo probada. Si la estrella hubiese acompañado á los Magos durante todo su viaje, á mas de que ningun mérito hubieran tenido en seguirla, hubieran quedado privados del increible consuelo de volverla á ver.

Entraron ellos en la habitacion indicada por la estrella; y habiendo encontrado al Infante con María su madre, se prosternaron, le adoraron, abrieron sus tesoros, le ofrecieron por presentes el oro, el incienso y la mirra; presentes misteriosos, por los cuales reconocian en Jesucristo sus dos naturalezas, la divina y la humana, y su calidad de Rey. La union beatífica con Jesucristo está reservada para la mansion de la gloria. Mas aun sobre la tierra, las almas interiores, cuando están al fin de su carrera, contraen con él en calidad de esposo una union exclusivamente para ellas, y cuyas delicias son inexplicables. Entonces se tienen por muy recompensadas de lo que han sufrido y sufren todavía, y una experiencia inti-

ma les demuestra que todo se gana, perdiéndolo todo por Dios. Hallando á Jesus, hallan tambien á María, que se inseparable; y el Hijo les comunica por medio de su Madre sentimientos semejantes á los suyos. Entonces es cuando anonadados de espíritu y de corazon, adoran á Jesucristo en una disposicion parecida á aquella con que él mismo adoraba á su Padre; y le ofrecen el oro puro de la caridad, el incienso de una oracion toda amor que les consume, y la mirra de una mortificacion que se extiende á todos sus sentidos y á todas sus facultades.

Advertidos en sueños por un ángel, de no volver á ver á Herodes, los Magos regresaron á su país por otro camino, y burlaron de este modo la pérfida astucia de su política. Aunque no lo diga el Evangelista, no podemos dudar de que al llegar á su país publicarian la gracia que el Señor les habia dispensado, las maravillas de que fueron testigos, y que se convertirian en unos apóstoles de Jesucristo. Cuando las almas de Jesucristo han pasado por las últimas pruebas, llegando ya al estado de union, Dios se sirve de ellas para hacer sus conquistas, y para enseñar á otros los caminos espirituales. Entonces vuelven á entrar en el mundo del que hasta aquel punto habian vivido separadas; pero vuelven á entrar por otro camino del que tomaron al dejarle. Si algun comercio tienen con el prójimo, es para conducirlo á Dios. Este comercio, ventajoso á los demás, nada tiene de contagioso para ellas; ni las disipa, ni las retrae de la oracion, ni altera su sosiego, ni suspende su íntima comunicacion con Dios. Mas guárdense de entrar por su propio consejo en este apostolado; aguarden la mision divina, y esperen á que las almas á quienes pueden servir de utilidad se dirijan á ellas por ocasiones ordenadas por la gracia. No correrán en tal caso riesgo alguno en descubrir, segun las circunstancias, los favores que Dios les ha dispensado, los socorros que de él han recibido en sus tentaciones y en sus pruebas, y el modo con que

se han conducido en esta larga carrera, llena de escollos y de peligros. En estas comunicaciones, ya sea de viva voz ó por escrito, si es pura su intencion, tampoco se exponen á la vanidad: darán gloria á Dios, edificarán al prójimo, y ellas recibirán su recompensa.

CAPITULO XI.

Presentacion de Jesucristo en el Templo.

Diríase al leer la relacion del Evangelista, que Jesus fué llevado al Templo y presentado á Dios como un niño ordinario por la voluntad de sus padres, sin otra direccion que su propio albedrío; y sin embargo nada mas cierto que quien gobernaba el espíritu de María y de José era su pequeño Hijo, el cual les inspiraba en secreto el modo con que debian portarse en todo lo tocante á él.

Disponia la ley, que en reconocimiento del soberano dominio de Dios, y en memoria de la muerte de los primogénitos del Egipto, de la que fueron preservados los de los israelitas, le fuese ofrecido todo primogénito tanto de hombres como de animales. No podia comprender esta ley la persona de Jesucristo, que, como á Hijo de Dios, tenia sobre la naturaleza el mismo dominio que su Padre. Y aun como á hombre estaba tambien exento de ella, no habiendo sido concebido, ni habiendo nacido por la via comun. En cuanto á la plaga de Egipto, él mismo la habia obrado á favor de su pueblo, y no podia de consiguiente olvidarla. De otra parte, ¿qué van á pensar de él los hombres? ¿Cómo le tendrán por el Mesías, si se confunde con los demás niños, y no se distingue de ellos, manifestando que él es superior á la ley?

Todas estas razones tan legítimas, y que nuestro orgullo hubiera calificado de necesarias, no le privan de someterse á

la ley, de cumplirla con puntualidad, añadiendo por su parte las mas perfectas disposiciones del alma. Humillóse pues en presencia de su Padre, reconoció el derecho de vida y muerte que sobre él tenia, le consagró de nuevo su existencia, y se entregó sin reserva á su voluntad.

Lo que nos importa observar aquí, sobre todo, es que Jesucristo no se consagró únicamente en nombre suyo, sino en el nuestro, y que con él consagró á todos los cristianos; de suerte que ni pertenecemos al Salvador, ni él nos reconoce por suyos, sino en cuanto ratificamos la consagracion que hizo de nosotros. Y esta consagracion lo abraza todo con respecto á nosotros, como lo abrazó todo con respecto á Jesucristo; por manera que nada nos deja de la libre disposicion de nosotros mismos, ni nos permite consultar en nada nuestra voluntad, ni proponernos por último término de nuestras acciones. Es menester que Dios, de nuestro lleno consentimiento, ejerza su dominio sobre nosotros en todas las cosas, en todos los momentos, tanto por el interior como por el exterior; y que su gloria, inseparable del cumplimiento de su voluntad, sea nuestro principal fin.

Examinemos seriamente si es este el modo con que nos hemos consagrado á Dios, no simplemente de palabra, sino en realidad, y si en todo y siempre nos portamos segun esta regla. En este exámen hallaremos cuan distantes estamos de ello, y que en una infinidad de cosas nos reservamos derechos sobre nosotros mismos, sobre nuestros pensamientos, sobre nuestros afectos, sobre nuestras deliberaciones. Donde quiera no veamos pecado manifiesto, creemos á nuestro gusto conceder ó rehusar á Dios lo que bien nos parece, atendiendo mucho menos á su voluntad, que á la nuestra. Como si el dominio de Dios, que es un dominio de amor, el dominio de un padre sobre sus hijos, no se extendiese sino á lo que nos manda ó nos prohibe so pena de ofenderle; y como si la mira de agradarle no debiese tener el menor lugar en nues-

tra sumision y en nuestra obediencia. Me atrevo pues á decir, que con respeto á un padre tal como Dios, todo verdadero cristiano, sin olvidar sus órdenes ni sus prohibiciones, sus promesas ni sus amenazas, sus recompensas ni sus castigos, pondrá sobre todo la atencion en su beneplácito, sin titubear un instante en conformarse á él donde quiera crea descubrirlo; tal es la extension y la perfeccion que á su consagracion dió Jesucristo, tanto para nosotros, como para sí mismo, y que desea demos nosotros á la nuestra; de otro modo no merecerá su entera aprobacion, pues le faltará lo que seria á él mas agradable, lo mas glorioso para Dios, lo mas ventajoso para nosotros. Mas, es preciso ser interior y alumbrado por una gracia especial para formarse idea de una consagracion de esta naturaleza; precisos son sentimientos magnánimos, y mucha generosidad para resolverse á ella; menester es un valor á toda prueba para ponerla en obra, sin jamás desmentirse. Hasta que háyamos dado este gran paso, no seremos mas que cristianos imperfectos, esclavos del amor propio, servidores mercenarios, que arrastrando con fatiga por la senda de los mandamientos, desmayaremos á las menores dificultades, y nos espantaremos por los mas ligeros sacrificios.

Ordenaba asimismo la ley de Moisés, rescatar los primogénitos de los hombres, ofreciendo en su lugar algunos animales; y esta ofrenda para los pobres era de dos tórtolas ó dos palominos. Y por semejante ofrenda, el Hijo de Dios, en calidad de pobre, quiso ser rescatado. ¡Qué humildad! ¿Podia llevarla á mayor extremo? Y si él permite su rescate, no es en verdad para sustraerse á la muerte, sino para reservarse á un sacrificio mas doloroso, mas humillante y mas estupendo.

¡Oh Salvador mio! qué ejemplos de virtudes nos dais desde la mas tierna edad! En todas partes os veo empeñado en confundir mi orgullo; y este vicio, que tanto detestais, es el que mas me perdono y alimento en mí con mayor compla-

cencia. Siempre hallo pretextos para contemporizarlo, y aun para justificarlo; y mientras que vos consentís en pasar en el concepto de los hombres por lo que no sois, yo me avergüenzo mil veces de ser conocido por lo que soy. Vos os complaceis en descender, y yo no pienso sino en subir. Vos jamás os hallais tan pequeño como deseais, y yo nunca soy tan grande como desearia ser. Y sin embargo me llamo vuestro discípulo, al paso que huyo de vuestras lecciones y de vuestros ejemplos. ¿Qué debo pensar de mí, cuando con vos me comparo? ¡Cuán asombrosa oposicion!

Si Jesucristo olvida su propia gloria para ocuparse exclusivamente en la de su Padre, el Padre, á su vez, procura hacer ostension de su Hijo cuanto mas éste se afana en ocultarse. En Belen lo da á conocer por los ángeles y por una estrella prodigiosa. Cuando es presentado en el Templo, dispone su encuentro con el santo viejo Simeon, el cual, impelido por su espíritu, acude al Templo en este momento, y á presencia de todo el pueblo, le reconoce por el Mesías y por su Dios, le toma en sus brazos, junta las caricias á las adoraciones, y contento con haber visto al Cristo del Señor, no suspira ya sino para la muerte. A la misma hora concurre tambien Ana la Profetisa, la cual hasta la última vejez habia pasado su vida en el ayuno y en la oracion, sin dejar jamás el Templo, y que en vista del niño Jesus, alababa á Dios en un santo transporte de alegría, y hablaba de este Niño á todos cuantos esperaban la redencion de Israel. No faltaron pues á Jesus los testimonios mas brillantes, cuando mas parecia huir de ellos. ¿Hubiéralos encontrado si capaz hubiese sido de buscarlos?

¡No permita Dios, empero, que seamos humildes con la mira de que él nos glorifique! Mas no deja de ser una verdad que Dios se place en glorificar á los humildes, siempre sin perjuicio de su humildad. De ellos hace los instrumentos de su gloria. Despues que ellos se han abatido, y que los ha

abatido él mismo, los levanta otra vez á la vista de los hombres, para que sea en ellos glorificado. Todo el cuidado y estudio de los santos, á imitacion del Salvador, es huir la pompa y el brillo, amar la oscuridad, ser despreciados del mundo y tenidos en nada. Aun cuando la verdadera y sólida gloria pudiese venir del mundo, no la quisieran para sí, porque no pertenece sino á Dios, al cual debe retornar toda entera. El mismo Jesucristo, en cuanto á hombre, no podia tener ninguna justa pretension á la gloria, y bajo este concepto nada jamás se ha atribuido; al contrario, su union personal con la divinidad fué para él un motivo de humillarse mas. Cuanto mas el hombre conoce á Dios, mas se une á él, y mas es menester que se anonade en sí mismo; estas dos cosas se sostienen y corresponden: la humildad es á la vez el resultado y la prueba de la santidad.

CAPÍTULO XII.

Huida á Egipto.

Herodes, burlado por los Magos, persigue de muerte á Jesucristo en la cuna, y temiendo no le escape, manda el degüello de todos los niños de dos años abajo, que habia en Belen y en sus cercanías. No ignorando Jesus los atroces designios de ese rey tan cruel como ambicioso, podia muy bien impedirlos, y proveer por sí mismo para su seguridad; pero no lo hizo, y lo dejó á la solicitud de su Padre. Advertido José por un ángel, toma á la Madre y al Niño, y huye á Egipto. ¿En qué se diferencia aquí Jesus de un infante cualquiera que, débil, sin recurso, no conociendo ni aun el peligro que le rodea, debe su salud á las medrosas precauciones de sus padres? ¿Obraríamos así nosotros, para salvar nuestros

intereses temporales y nuestra vida, si, instruidos por medio de un ángel de los peligros que nos amenazan, tuviésemos á nuestra disposicion los milagros y la omnipotencia de Dios? ¿Consentiríamos en no hacer de ella ningun uso, abandonándonos á la Providencia, y dejando que los medios comunes y ordinarios nos sacasen del peligro? No alcanzaria á tanto nuestra virtud; nos creeríamos con derecho de obrar por nosotros mismos, y de valernos del poder sobrenatural que Dios nos hubiera confiado.

Prescindamos empero de esta suposicion irrealizable; los santos mismos que recibieron el don de milagros, no lo recibieron sino para los demás, y jamás intentaron emplearlo para sí mismos. Consideremos al Hijo de Dios huyendo de Herodes, el usurpador del trono de sus padres. ¿Por qué huye? ¿Teme tal vez? No; porque así lo quiere su Padre; porque librándose de este modo, oculta mejor á los ojos de los hombres lo que es, dándonos al mismo tiempo un ejemplo asombroso de humildad. Y ¿á donde huye? A una tierra estranjera, idólatra, enemiga de su nacion á la cual ha perseguido desde su orígen. Tal es el asilo en que busca seguridad; allí permanecerá mientras sea el beneplácito de su Padre, y de allí no saldrá sino por su órden. Sus padres, pobres ya en su país, sufrirán allí mayor estrechez y carestía de todo, y Jesus partirá con ellos estas penas. El Egipto ignorará el bien que posee, y no se le descubrirá este bien por señal alguna. Nada hablaré de lo que tuvo que sufrir en este viaje, ni cuanto debió sentir las inquietudes y sobresaltos que por su causa debia sufrir su Madre, y que él podia ahorrarle si no hubiese sido para ella mas ventajoso el sufrir aquella humillacion.

Al leer este pasaje del Evangelio nos mueven tal vez á compasion tanto el Hijo como la Madre. ¡Compasion estéril! No es esto por cierto lo que Jesus espera de nosotros: no quiere ser compadecido, sino imitado. Entremos en su corazon: ¿qué

sentimientos en él hallamos? Una perfecta sumision á las voluntades de su Padre, una confianza sin límites en él, un abandono total á la Providencia, una paz profunda en medio de los mas justos motivos de alarma, una inesplicable alegría en verse ya juguete de las mas violentas persecuciones y víctima de las pasiones humanas.

¡Oh Salvador mio! ¿Cuándo aprenderemos á pensar como vos? ¡Cuántas rebeldías interiores, cuántas murmuraciones, cuántas desconfianzas y temores en los mas insignificantes contratiempos de la vida! ¡Cuántas quejas y resentimientos contra los que nos los ocasionan! ¿Dónde está entonces nuestra paz, nuestro recogimiento, nuestra oracion? Las desgracias temporales nos agitan, nos cercan, nos absorben; y si á ellas se juntan circunstancias que nos humillan, hínchase nuestro corazon y se subleva. ¿Es esto ser cristiano? es querer serlo mirar semejantes males con tanto horror como la muerte misma, agotar nuestros esfuerzos para librarnos de ellos, y no gustar reposo alguno hasta que han desaparecido? Hé aquí sin embargo lo que somos, sin reprochárnoslo á nosotros mismos, y lo que hallaríamos contra razon y justicia que se nos echase en cara: y ¿creemos que tales sentimientos pueden hermanarse con una piedad sólida y verdadera? ¿Es así como pensaban los cristianos de los tres primeros siglos del cristianismo? Y si ellos caminaban por la senda de Jesucristo, ¿caminamos por ella nosotros? De devociones exteriores, de ayunos, de vigilias, de austeridades, tantas como se quiera; todo lo abrazarán con gusto muchas personas piadosas; mas el probar contradicciones, persecuciones, derribos de fortuna, caer en un estado de humillacion y de indigencia, y en él resignarse y vivir contento en vista de Jesucristo, por un deseo síncero de parecerse á él, es una disposicion rara entre los cristianos mas fervorosos, aun entre aquellos que profesan vida interior y el ejercicio de la oracion.

No intento decir con esto, que la naturaleza sea muda é

insensible á estos reveses: pero una cosa es sentir el dolor, otra abandonarse á él. No es lo mismo dejar escapar algun lamento, que aprobarlo. Seria un grande error el creer, que para llevar cada uno su cruz de un modo digno de Dios, fuese necesario no sentir género alguno de repugnancia natural. No confundamos la repugnancia natural con la repugnancia voluntaria. ¿No bebemos de buena gana una medicina amarga, sin amar su amargura? ¿No nos sometemos á una operacion dolorosa, aunque al sufrirla demos agudos gritos? Pues no exige Dios de nosotros otra disposicion en las pruebas á que nos pone: que el alma las mire en la voluntad de Dios, que las considere como una porcion que le ha tocado de la cruz de Jesucristo; como una prenda de su amor para con ella, y un medio eficaz de manifestarle el suyo; como la cosa mas ventajosa para su bien espiritual; que en esta persuasion las acepte cuando se le presenten, y que dejando gritar á la naturaleza sin escucharla, permanezca firme contra las revueltas de la imaginacion; que condene la involuntaria turbacion que la agita; que condene igualmente los esfuerzos indeliberados con que intenta sacudirlas, Dios quedará satisfecho, y á esto se llama sufrir como cristiano. No me quejaré de que en las primeras pruebas, á pesar de las mejores resoluciones, no sintiéndoos todavía aguerridos, os manifesteis demasiado blandos para con vosotros mismos, y recorrais un poco á los consuelos humanos; que os tengais compasion, y os plazca que los demás os compadezcan: basta con que os lo vitupereis como una debilidad, que os humilleis al considerarlo, sin empero desalentaros; esperando que con la gracia de Dios os portareis mejor en cualquiera otra ocasion que se os ofrezca. No deja de ser muy provechoso que en nuestros sufrimientos, sean cuales fueren, no tengamos motivo de estar demasiado satisfechos de nosotros mismos; y por esto permite Dios que se mezcle siempre en ellos alguna imperfeccion, ó real, ó aparente, para que nos veamos pequeños á

nuestros propios ojos; pues nada es mas capaz de inspirar orgullo que el poder gloriarse juntamente de la manera con que se lleva la cruz.

CAPITULO XIII.

Consuelo de Jesus en su infancia.

Casi no podemos dudar que Jesus no recibiese en su infancia las mayores pruebas de ternura por parte de su Padre. Aunque nada hayan dicho sobre esto los Evangelistas, podemos conjeturarlo por lo que pasa de ordinario en la vida espiritual. Los principios no están siempre libres de penas, como no lo estuvieron para Jesucristo: mas estas penas van siempre acompañadas de inesplicables dulzuras. Dios entonces las prodiga: y si tan generoso se muestra para con los otros, lo fué sin contradiccion hasta una profusion extrema para con su Hijo muy amado, para con un Niño consagrado enteramente á su gloria. Jesucristo pasó ciertamente por todos los estados de la vida interior, y de consiguiente por éste que es la entrada á ella. Su alma fué pues saturada é inundada de celestes consolaciones, y gustó las delicias inefables, consecuencia necesaria de su union con la Divinidad, y que no podian quedar suspendidas sino por un milagro. No es exageracion el decir que estas delicias sobrepujaban á todas cuantas gozan los Espíritus bienaventurados; pues es cierto que el alma de Jesucristo disfrutó siempre y sin interrupcion de la vision beatífica de una manera sin comparacion mas excelente que los querubines y los serafines.

Mas ¿quién podrá decir como recibia ella estos favores del cielo? ¿Y cómo no se resentia de ello la humildad de Jesucristo, de aquel que se consideraba como cargado de todos

los pecados del género humano, y que venia al mundo para expiarlos como si le hubiesen sido personales? ¿Cuál seria su desinterés y su desprendimiento en no desearlos, en no apropiárselos, dejándolos, por decirlo así, pasar por su corazon sin detenerlos, ni quedarse nada de ellos, no sirviendo menos por esto á su Padre gratuitamente, sin mira alguna de merecerlos ni de obtenerlos? ¿Con qué pureza los referiria á la gloria de su Padre, retornándoselos tales como los habia recibido, no atendiendo sino á su beneplácito, igualmente apacible y contento cuando no le daba muestra alguna de su amor? ¿Cuál seria su reconocimiento, cuando no solo se tenia por indigno de aquellos favores, sino que en aquel momento mismo se ofrecia como un criminal á todos los rigores de su justicia, no esperando de su parte sino los efectos de su indignacion y de sus venganzas?

Almas interiores, ved aquí el modelo que debeis proponeros en los favores de que Dios se place colmaros; cuanto mayores sean, tanto mas estais obligados de acercaros á vuestro modelo. De vosotros lo espera Dios; y si no correspondeis á su esperanza, le pondreis en la precision de privaros de ellos, pues no contribuirán ni á su gloria ni á vuestro adelantamiento. No los deseeis pues jamás, y creed aun menos haberlos merecido por vuestra fidelidad; antes al contrario, debeis persuadiros que vuestras faltas habituales, sin contar aun con vuestras pasadas culpas, os hacen indignos de ellos. Recibidlos como una pura gracia en el anonadamiento de vuestro corazon; nada os apropieis de ellos, nada hagais para prolongar su duracion, no obreis como si esto dependiese de vosotros, y estuviese en vuestra mano el forzar al espíritu divino que *sopla en donde y cuando quiere*, ni los echeis menos con vuestros recuerdos cuando hayan pasado. Sed desinteresados sobre todo, y jamás en vuestras prácticas de piedad y de mortificacion os propongais por objeto el llamar consuelos sobre vosotros. ¡Ay de vosotros, si estos

consuelos os indujesen á sentir cierta complacencia en vosotros mismos, elevándoos á vuestros propios ojos, y prefiriéndoos á los demás! ¡Ah! todo seria perdido, y este don del cielo se os convertiria en veneno. Mas valiera que nunca una sola gota de rocio hubiese caido del cielo sobre vuestro corazon, si en él debiese hacer germinar el orgullo espiritual, el mas sutil y el mas peligroso de todos los vicios.

El niño Jesus no guardaba para sí solo las caricias que de su Padre recibia; de su plenitud las derramaba tambien en el alma de su Madre, y se las comunicaba con toda la profusion de que era capaz un tal hijo. Esto era un efecto y una consecuencia de su union. María asimismo hacia participar de ellas á S. José, y Dios era elevadamente glorificado por la pureza y el desinterés de sus disposiciones. Los corazones de Jesus, de María y de José eran como los tres anillos de una cadena, en la cual todo partia de Dios, y todo volvia á Dios. ¡Qué union la de José y de María! ¡Qué otra union mucho mas íntima la de María y de su Hijo! Mas ¡qué inefable union la de Jesus y del Padre celestial! Y ¿qué producia ésta entre ellos? Una perfecta correspondencia de sentimientos, un trasporte y una comunicacion de sus gracias, y una santidad proporcionada al grado de su union.

Las almas interiores, entre las cuales forma Dios una union espiritual, no reciben para ellas solas las gracias que Dios les dispensa, sino que se las comunican, y su progreso depende de su mútua correspondencia. Tales uniones de gracia no son frecuentes; pero cuando llegan á verificarse, Dios las dá á conocer por señales de que no es posible dudar. Las personas experimentadas en esta parte ya me comprenden; y como este es un secreto que Dios se reserva, el divulgarlo seria cuando menos una imprudencia. Lo que puedo decir tan solo es que estas uniones están sometidas á santas leyes, á las cuales es preciso ser en extremo fiel así por una como

por otra parte. Fórmanse casi siempre entre un alma ya avanzada y otra que comienza. Siéntese la primera impelida á rogar por la segunda, y lo hace con tal ardor, perseverancia, y hasta asiduidad, que no pueden venir sino del espíritu de Dios. Entre el temor de la ilusion, en vano se esfuerza á desviar su pensamiento, al cual se ve sin cesar conducida, hasta tanto que el alma para quien ruega se ha rendido por fin á los designios que tiene Dios sobre ella, la cual entonces, mediante un movimiento de la gracia, se pone bajo la direccion de la otra, sintiéndose impulsada á abrirle su corazon con una confianza sin reserva, sujetándose en todo á su juicio y decision, y obedeciéndola como lo hiciera á Dios mismo. Los gozos y las penas espirituales de estas dos almas se hacen comunes; Dios no las conduce separadas, sino que las hace, por decirlo así, marchar de frente y avanzar con igual paso. Si por alguna infidelidad notable y sostenida quedase atrás una de las dos, no subsistiria ya la union; y el alma culpable de flojedad quedára abandonada á sí misma. Por ejemplo, si la que es dirigida fuese reservada para con la otra, si se limitase á su propio juicio, y si en determinadas coyunturas obrase de su capricho, ó rehusase obedecer, bastaria esto para romper aquella union que Dios formó con el único objeto de tenerla en una entera dependencia. Lo mismo aconteciera si el alma que dirige faltase en el cuidado, en el celo, en la afeccion; si por culpa suya no recibiese las luces necesarias para conducir á la otra; si, en vez de consultar en todo á Dios, no escuchase mas que su propio espíritu. En una palabra si de una parte ó de otra, ó de entrambos lados entrase en la direccion la menor mira humana y natural, si no fuese perfecta la armonía por lo que toca á la sumision á la gracia, y si la obra de Dios no adelantase conforme á sus designios soberanos, estas dos almas no tardarian en hallarse estrañas entre sí; ó si tal vez continuase la direccion seria estéril; ó, lo que es peor, se mezclaria en ella el demonio, remedando las ope-

raciones de la gracia, y no seria mas que un funesto orígen de tentaciones, de caidas, y de ilusiones.

CAPÍTULO XIV.

Vida de Jesus en Nazareth.

En lo exterior nada tenia Jesus que lo distinguiera de un niño ordinario. Ne se valió de un milagro para llegar á la edad en que los niños empiezan á caminar, á hablar, á dar señales de una razon que nace: todo esto pareció seguir en él el progreso de la edad. Era pues una verdad el decir que un Dios, siendo la omnipotencia misma, estaba reducido á la debilidad de los niños; que quien es la palabra eterna del Padre, no podia expresar sus pensamientos; que quien es la razon suprema, parecia tenerla envuelta en las tinieblas y en la ignorancia de la primera edad. María y José poseian solos el secreto de este incomprensible misterio, ignorado absolutamente de los demás. Nada hacia Jesus, nada decian José y María que pudiese descubrirlo, ni aun dejarlo vislumbrar. Tal era la órden de Dios que arreglaba por sí mismo todo lo concerniente á la manifestacion de su Hijo.

El Evangelista se contenta con decir, *que el niño crecia y se fortificaba*; *que estaba lleno de sabiduría, y que la gracia de Dios moraba en él* [1]. Y que *Jesus adelantaba en sabiduría, en edad y en gracia á los ojos de Dios y de los hombres* [2]. Por lo cual se significa con evidencia, que si bien tuvo en sí la plenitud de la sabiduría y de la gracia, no producia la una ni la otra fuera de medida, proporcionando á su edad sus discursos y sus acciones, con el único objeto de edificar, pero sin intencion de que le admirasen.

1 Luc. II. 40.—2 Ibid. 52.

¡Qué bella leccion para las almas que Dios eleva á estados extraordinarios! Necesario es ante todo que guarden silencio sobre lo que en ellas se pasa, no descubriéndolo, ni dejando que sospechen nada aquellos á quienes no incumbe el saberlo; silencio que no debe ser menos una ley para sus directores que para ellos, y al cual les expone á faltar con frecuencia una vanidad indiscreta. Falta es esta de la mayor consecuencia, de cualquier parte que procediere. Cuando Dios ha tomado un alma por su cuenta, á él solo toca publicar por su propia gloria lo que él quiere que sea público, cuando y á quienes juzgue á propósito. Observad bien la conducta de Jesucristo, y vereis con admiracion que nada dijo y obró nunca por sí mismo con el fin de manifestarse al mundo, esperando únicamente los momentos designados por su Padre; que nadie estaba noticioso de lo que él era, sino las personas que debian estarlo, y esto aun por medios sobrenaturales, precisamente hasta el punto en que convenia lo estuviesen para la ejecucion de los designios de Dios: de manera que muchas cosas, aun las principales, como el cumplimiento de las profecías, de que él era el objeto, no fueron bien conocidas sino despues de su muerte. Y esto ¿por qué? Por que si todo se hubiese descubierto y manifestado durante su vida, los consejos de Dios hubieran sido estorbados, y la obra de la redencion del linaje humano no se hubiera cumplido del modo que debia cumplirse. Pues nunca los judíos, dice San Pablo, hubieran crucificado al Señor de la gloria, si lo hubiesen conocido por lo que era; ni nunca los demonios les hubieran impelido á dar la muerte á aquel, que muriendo debia destruir su imperio.

Aunque los designios de Dios sobre ciertas almas escogidas disten infinitamente de poder compararse con el de la Encarnacion, son sin embargo grandes en sí mismos, é infinitamente respetables, pues son el resultado y la aplicacion de aquéllos. Es menester pues, que la misma inteligencia su-

prema que los ha concebido y ordenado, los conduzca; que todo la secunde, que nada la estorbe, que no halle obstáculo alguno de la parte de aquellos á quienes se digne elegir por cooperadores suyos. Menester es que las cosas se preparen, avancen y caminen á su fin, del modo que Dios ha ordenado, y que conserva siempre oculto hasta el desenlace del suceso; lo cual exige en lo interior una dependencia entera de la gracia, y en lo exterior un silencio profundo para que nada se desordene en el encadenamiento de las causas y de los efectos.

No se entienda por esto que no convenga edificar al prójimo; pero esta edificacion no ha de depender de nuestro arbitrio: la gracia es la que ha de arreglar nuestras palabras y nuestras obras, segun nuestros progresos y segun sus miras; de manera que, sin salir del órden regular, sin ninguna afectacion, sin ostentar regularidad alguna, se procure guardar una irreprensible conducta, esparciendo donde quiera el buen olor de Jesucristo, sin descubrir la fuente de que emana. Es necesario que el ojo del prójimo, por atento y reflexivo que se fije sobre nosotros, quede edificado de nuestro exterior, sin que pueda penetrar en nuestras interiores disposiciones. ¡Cuánta reserva esto exige, qué muerte á sí mismo, cuánta fidelidad al espíritu de Dios!

CAPÍTULO XV.

Jesus en el Templo entre los Doctores.

A la edad de doce años, habiendo Jesus ido á Jerusalen con sus padres, para celebrar allí la fiesta de la Pascua, al estar éstos de vuelta, y sin que lo advirtiesen, se quedó aquel en la ciudad; y despues de haberlo buscado, le encontraron

al cabo de tres dias en el Templo, sentado entre los Doctores, escuchándolos y haciéndoles varias preguntas. Cuantos le escuchaban quedaban asombrados de su prudencia y de sus respuestas. Y habiéndole María hecho presente la inquietud que á su padre José y á ella les habia causado, contestóles: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabiais que yo debo emplearme en todos los negocios que respectan á mi Padre? Y ellos comprendieron el sentido de aquella palabra que acababa de decirles [1].

Este rasgo de la vida de Jesucristo ofrece muchas reflexiones que pueden aplicarse á la vida interior. Parece ante todo que él se separa de la obediencia que tenia siempre á sus padres, disponiendo de sí mismo, y dejándolos por algun tiempo sin haberles participado su intento. A obrar de este modo le condujo el espíritu de Dios, que le guiaba en todo. Sometido á María y José en todo lo demás, estaba dispensado de consultarles y de seguir su voluntad en ciertos encuentros extraordinarios, en los que obraba mas bien como Dios que como hombre. Hay circunstancias en la vida espiritual en que un alma, de otra parte obediente, con toda perfeccion, se ve impelida por la gracia á ciertos actos sin anuencia de su director, el cual consultado, no los permitiera. Estos casos son raros, y que nunca deben presumirse á menos de la mas marcada inspiracion. En tales ocasiones el director no debe ser fácil en condenar una conducta semejante cuando se le dá cuenta de ella; sino que debe examinar maduramente el negocio antes de fallar si es dimanado de Dios ó del propio espíritu. Porque Dios, que es superior á las leyes de la direccion, y quiere á veces obrar inmediatamente y por sí mismo en el alma que posee, da á conocer siempre por medio de alguna señal indudable, que de él viene lo que parece irregular; y de este modo manifiesta que no quiere en las almas tan estrecho é indisoluble lazo de la obediencia, que impida

1 Luc. II, 42-50.

en ellas las operaciones de su gracia. Este principio es una verdad; pero es sumamente delicada su aplicacion, y se debe proceder con el mayor cuidado para no abusar de él.

En segundo lugar, Jesucristo pone á sus padres, y en especial á su Madre, en el mas duro conflicto. Imposible es imaginarse la inquietud en que María se vió sumergida por esta especie de huida: menester fuera para esto conocer todo el exceso de su ternura para con su Hijo. Pero su amor, por perfecto que fuese, necesitaba ser ejercitado para mas acrisolarse, y por decirlo así, divinizarse. Era necesario que por grados se acostumbrase á amarle, menos como á su hijo que como á su Dios. La carne era el lazo, bien que sobrenatural, con el que estaba unida con Jesucristo, y era preciso que se habituase á elevarse cada vez mas sobre la carne, para no estar unida con él sino con el espíritu. Hay una distancia inmensa en cuanto á la perfeccion entre las disposiciones de María para con Jesus infante, y sus disposiciones para con Jesus espirante á sus ojos sobre la cruz. La acostumbró ya muy de antemano á perderle un dia, y la preparó de léjos á este heróico sacrificio. Del mismo modo Dios no forma una union espiritual entre dos almas, sino para ejercitarlas y purificarlas, la una por medio de la otra. El las prepara, él las acerca entre sí, él permite que sientan repugnancias, disgustos, un alejamiento recíproco, á fin de desasirlas de la parte sensible, y espiritualizar mas y mas sus afecciones. Por de pronto no se descubre el designio de Dios, y hay una propension en atribuir tales sentimientos á cualquiera otra causa. Así es como José y María nada comprendieron entonces de la conducta que con ellos guardó Jesus. Mas llegó el momento en que todo se hizo patente, y vióse no tener Dios otro designio, que perfeccionar una union que era obra suya. En tal estado pues, no deben las almas desalentarse por las pruebas en que se han puesto recíprocamente sin saberlo; dejen antes bien á Dios el cuidado de purificar los senti-

mientos que ha infundido en sus corazones.

En tercer lugar, Jesus no se deja ver en el Templo en medio de los Doctores, sino para empezar á manifestarse: les escucha, les hace varias preguntas, contesta á ellas á su turno con una sabiduría que les llenaba de admiracion. Parece que no hay duda, en que el asunto principal de esta conversacion fué el Mesías, y las profecías tocante á él.

Natural era que los Doctores se informasen de quién era aquel niño que mostraba una capacidad y una prudencia tan superiores á su edad. Siguiendo el hilo de esta informacion, hubieran llegado á saber todo lo sucedido en su nacimiento, y que él era el Mesías en persona. Mas descuidaron el satisfacer tan laudable curiosidad, y no supieron aprovecharse de la luz que se les habia presentado. Si en el trato que tenemos alguna vez con personas interiores, en las conversaciones que les oimos y que nos conmueven, tuviésemos cuidado de remontarnos hasta el orígen, y de informarnos quienes son estas personas, cual es su tenor de vida, de qué modo adquirieron aquellos conceptos sublimes que hemos admirado en ellos, acabaríamos por reconocer en las mismas el don de Dios, por abrirlas nuestro corazon, y tomar su consejo sobre los negocios de nuestra propia conciencia; y tal vez nosotros mismos nos volviéramos interiores. La mayor parte de los que lo son, deben su felicidad á encuentros semejantes que Dios les ha proporcionado. Mas otros muchos hay que han recibido la misma gracia, y no han sacado de ella el menor provecho.

En cuarto y último lugar, Jesus por su respuesta á María y á José enseña á todos los cristianos, que su gran negocio es lo que interesa á la gloria de su Padre celestial; que para procurarla, deben renunciar á la carne y á la sangre, y sacrificar, si es necesario, las mas tiernas y las mas legítimas afecciones de la naturaleza. En estos casos es preciso sustraerse hasta á los propios padres, escapar á sus investigaciones y á

sus pesquisas, haciéndose superior á las reprensiones que pudiera hacernos su paternal ternura. Mas para esto se requiere, repetimos, la mayor prudencia, la mayor discrecion imaginable, porque los padres nos representan á Dios, y de él recibieron su autoridad. Para que llegue el caso en que estemos autorizados á salir de los límites de la extricta obediencia que les debemos, es preciso que estemos moralmente ciertos de que Dios lo quiere así, y que le disgustarémos siguiendo las reglas ordinarias. Y aun entonces el respeto y la piedad filial nos hacen un deber de usar de todas las consideraciones que estén á nuestro alcance. Ciertos hijos atraidos por su inclinacion á la vida interior, se ven á veces molestados por sus padres en sus ejercicios espirituales. Los padres deben acceder á la voluntad de los hijos en todo lo que no ofende á Dios, bien persuadidos de que esto no dañará á sus progresos. La misma conducta se ha de observar en las comunidades con respecto á los superiores. En una palabra, ni los padres ni los superiores pueden cosa alguna sobre lo interior; no deben detener ni retardar la operacion de la gracia; y si algo se pierde por un lado, Dios sabe resarcirlo por otro abundantemente. El punto en que se puede y se debe mostrar firmeza contra los padres, es el de la vocacion. Cuando éstos tienen suficientes pruebas de que viene de Dios, cometen una sinrazon, una injusticia en oponerse; sus derechos no llegan á tanto: todo lo que pueden hacer, es probar la vocacion por todos los medios legítimos. Sin faltarles al respeto, se les puede entonces decir como los apóstoles: Es mi deber el obedecer primero á Dios que á los hombres; y como Jesucristo: ¿Ignorais acaso que debo consagrarme á todo cuanto interesa á Dios mi Padre? Nada mas falta ya despues de esto sino poner en él su confianza; y si no queremos disponer de nosotros mismos, esperar que se doble ó que cambie la voluntad de aquellos de quienes dependemos. Con la paciencia y una grande fidelidad á la gracia,

todo, tarde ó temprano, se acomoda á nuestros deseos.

CAPÍTULO XVI.

Jesus guarda obediencia á sus padres.

Habiendo regresado Jesus de Jerusalen á Nazareth con María y con José, pasó en este pueblo en el trabajo y la oscuridad casi toda su vida. Nada nos dice el Evangelio de él durante todo este tiempo de cerca de treinta años, sino que *estuvo sometido* á sus padres. Muy importante en sí mismo debia juzgar él esta leccion, y muy necesaria para nosotros, cuando la practicó por tantos años, y cuando es el único carácter de su vida privada de que quiso dejarnos instruidos. Ella es digna pues de todas nuestras reflexiones.

Que Jesus, en cuanto á hombre, haya estado sumiso á su Padre, á quien era igual como á Dios, aunque esto fuese un inconcebible abatimiento para su persona divina, era con todo un deber de que no podia dispensarse, como á precisa consecuencia de la Encarnacion; pues se habia hecho hombre para que un Dios pudiese obedecer á un Dios. De este modo nos daba á entender cuanta obediencia debemos á Dios nosotros, puras criaturas suyas, cuando el mismo Verbo, por quien todo se hizo, no pudo eximirse de estarle sometido, desde el momento en que consintió unirse á una criatura.

Habiéndose sujetado á todas las flaquezas de la infancia, era de consiguiente una necesidad que en esta edad tierna dependiese en un todo de sus padres; tomada por él la resolucion de no hacer uso alguno de su divino poder para manifestar que, si hubiese querido, se hubiera hecho superior á esta dependencia. Esta resolucion, admirable por ser voluntaria, es muy instructiva para nosotros. Este estado á que

se redujo, es ciertamente un ejemplo poderoso y muy capaz para confundir nuestro orgullo. ¿Quién es el que amando á Jesucristo, y proponiéndose imitarle, rehusará despues de esto doblegarse bajo el yugo de la obediencia?

Pero mucho mas admirable se presenta todavía que perseverase en esta obediencia hasta la edad de treinta años, aun cuando, segun las leyes ordinarias de la naturaleza, todo hombre se halla en estado de gobernarse por sí mismo, y goza del derecho de hacerlo. Nada impedia entonces á Jesus derramar donde quiera los tesoros de la sabiduría, de que estaba lleno; y dar á conocer á lo menos á sus padres, por la infinita ventaja que sobre ellos tenia en luces, en gracias y en santidad, que á él tocaba mandar, y á ellos obedecer. Contentóse con inspirarles secretamente como Dios lo que debia mandarles, y como hombre no creyó deberse reservar otra cosa que ejecutar puntualmente su voluntad.

Ahora, pues, que conocemos el precio de la obediencia ¿no aspiraremos á hacer de ella nuestra virtud favorita? El ejercicio de esta virtud fué todo el empleo de un Dios sobre la tierra; y todas las circunstancias de la vida de Jesus se hallan compendiadas en esta sola palabra: *Obedeció*. Obedeció á Dios su padre; obedeció á María y á José; obedeció á todos cuantos, segun el órden de las cosas humanas, estaban revestidos de alguna autoridad; obedeció á sus enemigos y á sus verdugos, llegado el momento en que debia ponerse en sus manos. Y nosotros en toda edad, y aun al salir apenas de la infancia, nada nos cuesta tanto como la obediencia. Apenas somos capaces de reflexion y sentimos nuestra voluntad, nuestro mayor deseo es el seguirla, y sujetar á ella los demás. El defecto de obediencia, sea á Dios, sea á los hombres que ocupan para nosotros el lugar de Dios, es el principal orígen de nuestras faltas. Todo lo que contraría, todo lo que mortifica ó cautiva nuestra voluntad, aunque sea en bagatelas, nos irrita, nos impacienta, nos rebela; y aun cuando obedecemos,

es con repugnancia y murmurando, á lo menos interiormente. Comparemos aquí nuestros sentimientos y nuestra conducta con los sentimientos y la conducta de Jesucristo. El tenia derecho, aun como hombre, de mandar á los demás hombres: y se despojó de este derecho, y vino, como decia él mismo, *no para ser servido, sino para servir*. Nosotros al contrario, aunque los demás tengan el derecho de mandarnos, no cejamos hasta sustraernos de su dominio, y nos hacemos independientes. Si tenemos este derecho sobre los demás, lo ejercemos con todo rigor; y nada nos engrie tanto como vernos temidos, respetados, obedecidos: ¡tan distantes estamos de renunciar á este dominio, y estimar mas recibir órdenes que darlas! Si conservamos el imperio sobre nosotros mismos, el mas penoso de todos los sacrificios es el someternos á otro; y hasta la muerte ningun sacrificio nos es en la práctica tan pesado.

Y ¿qué razon podemos alegar para dispensarnos de la obediencia? ¿Será porque seamos mas ilustrados que aquellos que nos mandan? Aun cuando así fuese, ¿qué responderíamos al ejemplo de Jesucristo? En él residia la plenitud de la sabiduría eterna: y por esto ¿obedeció menos á José y á María? ¿Será que nosotros hayamos recibido mas gracias y favores del cielo? Las gracias nos conducen á la sumision y á la humildad, y seria hacer de ellas un extraño abuso el que nos diesen autoridad para no obedecer. La gracia inefable de la union personal con la divinidad hizo á Jesucristo mas obediente. ¿Será que nos hallamos mas adelantados en santidad? ¿Que Santo se valió jamás de una razon semejante? ¿Puede esta idea venir al pensamiento de otros que de almas hipócritas ó cegadas por el orgullo? ¿Y qué es nuestra santidad comparada con la del Santo de los santos? En cualquier estado en que nos hallemos, amemos la obediencia, busquemos el depender de otros: este es el camino mas seguro para llegar á la perfeccion. La obediencia supone casi todas las de-

más virtudes; ella nos alcanza las que nos faltan, y es su guarda mas segura. El hombre que obedece no tiene que dar cuenta alguna á Dios de sus acciones; y será justificado, aplaudido, recompensado, menos por lo que habrá hecho que por haber obedecido.

Mas, para que la obediencia sea una virtud á los ojos de Dios, no basta practicar la accion exterior que se nos manda; preciso es que la voluntad reciba el precepto con agrado, sin permitirse la menor murmuracion ni queja. Aun mas; hemos de someter nuestro propio juicio, y no razonar sobre lo que se nos manda. Jamás haréis de buena gana lo que condenais en vuestro corazon; y aun cuando lo aprobarais, si obraseis por este solo motivo, no seguiriais ya el juicio de vuestro superior sino el vuestro propio. Jesucristo, aunque infalible é impecable, jamás opuso ni su propio pensamiento ni su propia voluntad á lo que José y María le mandaban: obedeció ciegamente y con una sumision entera; y por esto confundió y aniquiló todos nuestros vanos pretextos.

Dos objetos principales tiene la obediencia; ó la direccion espiritual, ó las acciones exteriores. En cuanto á éstas, á menos que no veamos un pecado manifiesto en lo que se nos manda, es siempre mas perfecto el obedecer; y es una obligacion si á ello estamos ligados por voto. En cuanto á la direccion de la conciencia, está claro que no pudiendo juzgarnos, ni por consiguiente dirigirnos por nosotros mismos, es menester que sobre nuestro estado interior nos valgamos de aquella persona que Dios nos ha dado por director. Nada pues le ocultemos, todo se lo descubramos con fidelidad. Despues de lo cual, creamos su decision sin vacilar un momento, y practiquemos confiados lo que nos prescriba. Así nos preservarémos de toda ilusion que, sin esto, es inevitable. La obediencia nos hará caminar con seguridad sin desviarnos por ningun lado: jamás permitirá Dios que nos descarrie; y él por sí mismo suplirá todo lo que pudiera faltar

por parte de su ministro. Siempre hallarémos nuestra fuerza, nuestro sosten, nuestro consuelo en la obediencia: todas las gracias que nos tiene Dios destinadas, están unidas á esta virtud. Armémonos de valor para vencer nuestras repugnancias, para imponer silencio á nuestro juicio; y estemos prevenidos contra los lazos del tentador, que todo nos lo hubiera ganado si llegase á conseguir el derribar nuestra obediencia.

CAPÍTULO XVII.

Jesus gana su vida con el trabajo de sus manos.

Desde que Jesus hubo llegado á la edad de trabajar, se ejercitó en el oficio de José, que, segun la comun tradicion, era carpintero. Un Hombre Dios se somete á la ley impuesta á Adan pecador, de comer el pan con el sudor de su rostro. No se desdeña de aplicarse á un ejercicio bajo y despreciable, segun las ideas humanas, y á él consagra la mayor parte de su vida. Aquel que tan fácilmente podia librar á José de la necesidad de vivir tambien de su trabajo, no tuvo por conveniente eximirse él mismo de trabajar. Así estaba decretado en el consejo del Eterno, al que se sometió con gozo, cumpliendo lo que un profeta habia dicho de él: *Pobre y en los trabajos pasé mi juventud* [1].

Todos pues se dedicaban al trabajo en la santa familia de Nazareth. María cuidaba de los quehaceres domésticos; José subsistia de su oficio, y hacia subsistir á Jesus y á María. Jesus, ya adolescente, ayudaba á su padre, es decir, al que pasaba por tal; y despues cayó sobre él el principal trabajo. ¡Qué espectáculo! cuán asombroso motivo de contempla-

1 Psalm. 87.

cion! En él se fijaban absortos sin duda los celestes Espíritus. Si nosotros no lo meditamos con asombro, es porque no tenemos fe, y porque vemos las cosas de otra manera que Dios. Este trabajo era asíduo, diario, contínuo: no era un trabajo de gusto y de capricho, sino de necesidad: trabajo penoso, oscuro, humillante, obligatorio, que casi no les dejaba sino el tiempo preciso para reparar sus fuerzas por medio de un alimento frugal, y por un corto sueño. En una palabra, su condicion era la de los mas pobres artesanos.

Este trabajo ¿les impedia la oracion? No sin duda. En él guardaban silencio; pero el espíritu y el corazon quedaban siempre unidos á Dios. El alma tenia su ejercicio así como el cuerpo, y léjos de perjudicarse recíprocamente, el uno de los dos ejercicios favorecia al otro. Blasfemia seria el decir, que el alma de Jesus hubiese podido separarse un solo instante de la presencia de Dios, ni tampoco puede pensarse de María ni de José.

¿Qué deben inferir de todo esto los que se proponen imitar á Jesus? Primeramente, que el trabajo les es indispensable en cualquiera condicion que el cielo les haya hecho nacer. Si no á todos lo prescribe la necesidad de vivir, á ello les obliga una necesidad de un órden superior, la de llevar el castigo al que fuimos todos condenados en la persona de nuestro primer padre; la de obedecer á una ley de Dios que no permite excepcion alguna; la de asemejarse á Jesucristo, si queremos ser del número de los predestinados. Notad de paso, que el Salvador escogió para sí el género de trabajo mas propio para confundir nuestra pereza y nuestro orgullo.

En segundo lugar, que no hay ocupacion por humilde que sea segun nuestras preocupaciones, de la que deba avergonzarse un cristiano, con tal que sea honesta; que, antes al contrario, tiene un motivo de alegrarse si su estado le acerca mas á Jesucristo; pero que para tener mas perfecta semejanza con

él, es necesario aceptar por amor el trabajo á que nuestra condicion ó profesion nos sujeta.

En tercer lugar, que un trabajo de pura eleccion y absolutamente libre, que se toma y se deja cuando se quiere; que un trabajo cuyo único objeto es entretenernos y pasar el tiempo; que un trabajo cuyo único objeto sea adquirir riquezas, honores ó reputacion, ó satisfacer una vana curiosidad, no está en el órden de la Providencia, ni es digno de un cristiano, ni merece el cielo. Si cada uno se examinase á sí mismo en este punto, segun los principios de la religion, ¿cuánto tendríamos que reprocharnos?

En cuarto lugar, por fin, que para santificar el trabajo, no basta que sea honesto en sí mismo, conforme á las miras de Dios, y que se tenga en él una intencion pura; sino que debe además ir acompañado del espíritu de oracion, pues de otro modo disipa y deja seco y vacío el corazon. No quiero decir que se haya de meditar siempre que se trabaje, esto es casi siempre imposible; ni que se hayan de pronunciar oraciones vocales, lo cual, á mas de ser fatigoso solo seria la mayor parte del tiempo un movimiento maquinal de los labios. Lo que quiero decir es: que conviene estar unido con Dios, como Jesucristo, por una cierta atencion del espíritu y un cierto afecto de corazon, que no es otra cosa sino la oracion habitual. Solo el amor puede enseñarnos el hacer esta especie de oracion trabajando, y á no interrumpirla nunca, por mas que el deber aplique á otra cosa nuestra atencion. El amor de Dios, cuando se ha apoderado de un corazon, no puede estar sin ejercicio; ninguna ocupacion exterior suspende su actividad, antes bien contribuye á mantenerla. El medio mas seguro de conservar el espíritu de oracion, es procurar que el trabajo venga despues de la súplica, y la súplica despues del trabajo. No se puede estar siempre contemplando: fatígase el espíritu, el cuerpo agota sus fuerzas, y degeneraria en ociosidad. Preciso es entremezclar el ruego y la accion; y la vida

interior no se sostuviera por largo tiempo, si no fuese alternando con alguna exterior ocupacion.

Acúsase á las personas dedicadas á la vida espiritual de poco amor al trabajo. Esta acusacion no es del todo infundada con respeto á aquellas almas devotas que se agobian con prácticas exteriores de piedad, ó que se abandonan tan indiscretamente á las buenas obras, que se resienten de ello sus negocios domésticos; y aun mas con respeto á ciertos caracteres muelles é indolentes, que sumidos en la holganza del reposo, no dejan trabajar mas que su imaginacion, dejándose abrumar de vanos fantasmas, á los cuales toman por verdadera oracion. Mas es una injusticia el hacer semejante inculpacion á las almas que tratan en realidad de dejarse conducir en todo por la gracia. No negaré que en los principios en que tan dulce se encuentra la oracion, vienen tentaciones de descuidar el trabajo para abandonarse á ella, y que alguna vez se cae en esta tentacion. Mas como esto es una pura ilusion del amor propio, no tarda Dios en reprenderla y en corregirla.

No temo pues asegurar firmemente, que toda alma sólidamente interior ama el trabajo, que se hace de él un deber, que aprovecha todos los momentos, y que evita con sumo cuidado toda especie de holganza y de inutilidad. En las tentaciones, en las pruebas, no pudiera sostenerse sin el trabajo: es necesario en cuanto pueda que salga de sí misma por medio de la accion, y que se distraiga así de lo que en su interior pasa. Cuando mas sufre, si sus sufrimientos corporales no son excesivos, no le privan de ocuparse de una manera proporcionada á sus fuerzas. En cuanto á los ratos en que disfruta ó se recrea, no son tan largos que no la dejen en todo el dia horas libres para trabajar, y no le absorban de tal modo que no le dejen expedita la aptitud para el trabajo. Toda alma interior tiene en su fondo actividad y viveza, y necesita siempre alguna ocupacion ya de espíritu ya de

cuerpo; y si no las halla suficientes en los deberes de su estado, industria tiene para procurárselas. A esto le guia el espíritu de Dios, y no le permite quedar un momento en inaccion, á la cual si se ve reducida por la necesidad de las circunstancias, es para ella un verdadero tormento. ¡Qué hombres mas interiores que S. Agustin, S. Bernardo, S. Francisco de Sales! y qué hombres mas laboriosos y mas ocupados! Pasma á la verdad que hayan podido escribir tanto, y sus escritos no son tal vez la parte mas numerosa de sus trabajos. Otro tanto pudiera decir de muchas mujeres: de una Sta. Catalina de Sena, de una Santa Teresa, y de muchas otras, cuya vida, aunque toda de oracion, fué extremadamente llena de diferentes géneros de obras buenas.

CAPITULO XVIII.

Bautismo de Jesucristo.

Jesucristo, despues de haber guardado una vida oculta por espacio de treinta años, empieza á manifestarse exteriormente, y á darse á conocer por un acto de la mas profunda humildad. Juan su precursor habia salido apenas del desierto para prepararle sus caminos. Este precursor anunciaba á los judíos que el reino de los cielos estaba cercano, que era necesario hacer penitencia; y les disponia por un bautismo de agua, purificacion meramente exterior, á ser bautizados en el Espíritu Santo y en el fuego por aquel que debia venir despues de él, y que era antes que él. Admirados de la austeridad de su vida, y conmovidos con la fuerza de sus discursos, corrian á él de todas partes los pecadores, y recibian su bautismo. Jesus confundido entre la turba de los

publicanos, de los soldados y de los demás que confesaban sus pecados en alta voz, preséntase á Juan como otro de entre ellos, para que le bautizase. Juan que le conocia, y que entre otras cosas habia dicho de él en el acto de mostrarlo: *Hé aquí el cordero de Dios, ved aquí el que quita los pecados del mundo* [1] no pudo sufrir verle tan humillado á su presencia. *¿Yo*, le decia, debo *ser bautizado de tí, y tú vienes á mí?* Mas Jesus le respondió: *Déjame hacer ahora; que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia* [2]. ¡Qué prodigioso abatimiento! Lo que en concepto de Juan parece indecoroso al Hijo de Dios, el Hijo de Dios lo llama justicia, y un deber que le conviene cumplir. ¡Qué! ser bautizado como pecador por un hombre puro, por aquel á quien habia él mismo santificado en el seno de su madre! No me sorprende la admiracion de Juan, ni su repugnancia, ni sus esfuerzos para oponerse á Jesus. Mas en este santo combate vencerá la humildad del Salvador, y Juan se verá obligado á ceder por respeto.

Por lo demás, á Jesus no le dá cuidado alguno el concepto que la multitud formará de su persona; ni menos piensa en que el bautismo que va á recibir será una prevencion desfavorable contra su mision divina, y que jamás se creerá que quien así se confunde con los pecadores sea el Santo de los santos. Ni aun le ocurre la idea de que por esta accion desmiente, digámoslo así, el honorífico testimonio que en diversas ocasiones ha dado de él su precursor. El representa á los pecadores, ha venido á pagar por ellos, y bajo este respeto, justo es que se humille, que se anonade. Lo concerniente á la manifestacion de su persona divina, no le toca á él ahora; esto queda para su Padre: su negocio es el glorificarle abatiéndose, y dando de sí las mas humillantes ideas.

¡Oh Salvador mio! ¿cuándo llegaremos á conocer que por

1 Juan. i, 29.
2 Matth. iii, 13 y sig.

nosotros y únicamente por nosotros os habeis reducido á tal estado? ¿Que lo que vos fuisteis por pura obediencia, debemos serlo nosotros por justicia; que como á nada y aun mas como pecadores, la humillacion es nuestro patrimonio; y que si la vanidad, el orgullo, el amor propio es un crímen en la criatura mas excelente, es lo mas odioso, lo mas chocante, lo mas abominable en un hombre que no es otra cosa sino ignorancia, corrupcion y pecado? Quién nos hará pues humildes, si vuestros ejemplos no producen en nosotros este afecto? ¿Es posible que no echemos de ver que toda la religion cristiana estriba sobre la humildad, que todo lo refiere á la humildad, que no predica ni inspira sino la humildad? Humillarse interiormente; consentir en ser humillado en lo exterior; no temer sino lo que nos eleva á nuestros propios ojos y á los de los demás; no desear sino el desprecio, y ser de él santamente ambiciosos, con íntima persuasion de que no se nos puede menospreciar tanto como merecemos serlo; hé aquí el principio, el progreso, el complemento de la santidad cristiana. No se glorifica verdaderamente á Dios sino por este medio; y si de este modo le glorificamos, ya sabrá él glorificarnos á su vez, y hasta en esta vida, si ha de servir á sus designios. Ved cuán solícito se muestra en glorificar á Jesucristo, en el momento mismo en que éste se muestra al pueblo tan solo como un pecador penitente. *Bautizado Jesus, al instante que salió del agua, se le abrieron los cielos, y vió bajar al Espíritu de Dios á manera de paloma y posar sobre él. Y oyóse una voz del cielo que decia: Este es mi querido Hijo en quien tengo puesta toda mi complacencia* [1]. ¡Qué testimonio tan brillante rinden á la divinidad de Jesucristo las dos otras personas de la adorable Trinidad! Lo preveia Jesus, mas como hombre no lo deseaba: no se humilló para procurárselo: no se alegró de él para sí mismo, y nada se atribuyó á sí de la gloria que le daba en el espíritu

1 Math. III, 16. 17.

de los que presentes se hallaban. Comparad este testimonio celestial con los que Juan Bautista dió á Jesus, y con los que Jesus dió asimismo en las ocasiones necesarias. ¡Qué diferencia en el aparato, en la magnificencia y en la impresion que debian producir! Abrense los cielos: el Espíritu Santo desciende visiblemente, y viene á posar sobre la cabeza de Jesucristo: el Padre habla, y declara con fuerte y majestuosa voz, que este hombre que acaba de abatirse hasta igualarse con los pecadores, es su muy querido Hijo, objeto de sus complacencias.

No pensemos pues en nosotros, y lo repetimos, sino para humillarnos, ora sea delante de Dios, ora delante de los hombres. No seremos verdaderamente grandes á los ojos de Dios, no seremos objeto de su amor y de sus delicias sino por este medio. Si á la vista de los hombres no somos grandes, ¿qué nos importa? han de ser ellos los jueces del verdadero mérito y de la verdadera grandeza? Parécenos algunas veces que la gloria de Dios está interesada en nuestra reputacion y en el éxito de nuestros negocios, y bajo este punto de vista creemos sernos permitido el deseo de ser estimados y de salir bien de nuestras empresas, cuando tienen por objeto la religion y el bien de las almas: nos afligimos cuando no cogemos otro fruto de nuestros trabajos sino la humillacion y el menosprecio. ¡Ah! cuán á menudo se oculta el orgullo bajo esta apariencia de celo por la gloria de Dios! Si trabajais sinceramente por la gloria de Dios, empezad por desear para vos la humillacion para gozaros y complaceros en ella; por medio de esta disposicion, infaliblemente glorificareis á Dios. Despues de esto dejadle conducir como á él le plazca las empresas que habeis tomado para él; y sea cual fuere su éxito, estad seguro que redundará en gloria suya. Y por lo que á vos toca, si él juzga á propósito dar en la tierra testimonio de vos delante de los hombres, lo hará, no para gloria vuestra, sino suya, con tal únicamente que vos no la deseeis mas de lo que la deseó Jesucristo. De otro modo, seria peligroso

para vos, y el bien de vuestra alma sufriria detrimento, si con semejante deseo fuese oida vuestra súplica.

CAPÍTULO XIX.

Tentacion de Jesucristo.

Luego despues de haber recibido el bautismo de Juan, *Jesus fué conducido del Espíritu al desierto para que fuese tentado por el diablo* [1]. Notemos las circunstancias. Por la inspiracion del Espíritu Santo Jesus es empujado, ó, segun la expresion de S. Marcos, es *arrebatado* al desierto, para ser allí tentado por el diablo. Esta tentacion que tan estraña y humillante nos parece con respeto al Hijo de Dios, estaba ordenada por su Padre; y para obedecer al espíritu de su Padre se somete á ella, y quiere él mismo ser tentado como un puro hombre. El diablo pues, por una permision divina, osa acercarse á esta alma tan santa, osa proponerle sus infernales sugestiones, y hace el ensayo de inducirle al mal. Hasta se atreve á usar de su poder sobre el cuerpo de Jesus, sobre aquel cuerpo unido á la divinidad, y le transporta sobre lo mas alto del templo, y despues sobre la cima de un monte. ¿Pudiéramos creer hecho semejante, si no lo leyésemos en el Evangelio? Y á pesar de toda nuestra fe, ¿no repugna á esta idea nuestra imaginacion? Y despues de esto, ¿hallarémos cosa extraordinaria el ser tentados nosotros que no somos sino criaturas miserables? ¿Chocará con nuestro orgullo, ó con nuestro amor propio, el que se sirva Dios del maligno espíritu para probarnos, para humillarnos? ¿Pensamos, por habernos consagrado á Dios, estar ya libres de tentaciones? ó que pueda garantirnos de ellas la mas eminente santidad? O bien ¿nos creeremos abandonados de Dios, porque

1 Matth. IV. 1.

para su gloria y para nuestro bien permite al demonio que nos instigue al mal? Preparémonos mas bien para les tentaciones, y guardémonos en ellas, ya que queremos pertenecer tan especialmente á Dios. Persuadámonos que en esto nos da una prueba de su amor. Sujetémonos á esta humillacion á ejemplo de Jesucristo, y miremos las tentaciones como un poderoso medio de santificacion empleado por el mismo Espíritu Santo.

En el desierto es en donde es tentado Jesucristo, y allá le conduce el Espíritu con este objeto. ¿Qué nos enseña con esto el Evangelio? Nos enseña que el retiro y la soledad son el lugar propio de las tentaciones; entiendo hablar de aquellas que permite Dios para nuestro adelantamiento espiritual. En el trato del mundo, las ocasiones de pecar se encuentran á cada paso; y mas bien son los objetos exteriores que el demonio nuestros tentadores, quedando ya vencidos cuando á ellos nos exponemos voluntariamente sin razon alguna legítima. Todo lo que hace el demonio con sus sugestiones es incitarnos á ello, mientras Dios de su parte esfuerza con su gracia para alejarnos: así que estas tentaciones ni son de la voluntad de Dios, ni están en el órden de la Providencia para nuestra salud. Mas, cuando llamados por la gracia á la soledad, para ocuparnos durante algunos dias con Dios en los negocios de nuestra conciencia; ó cuando habiendo hecho divorcio con el mundo, hemos tomado el partido de retirarnos, las tentaciones á que estamos entonces expuestos son propiamente del demonio envidioso de nuestra felicidad, que no deja piedra para mover con el fin de estorbar nuestros buenos propósitos. Dios, cuya voluntad es que la santidad sea el premio de nuestros combates, él mismo nos pone en lucha con el ángel de las tinieblas, gózase con el espectáculo de nuestros esfuerzos y de nuestra resistencia; nos protege, nos sostiene, nos fortifica invisiblemente, y nuestras victorias son el triunfo de su gracia. No temamos pues las ten-

taciones que nos vengan á asaltar en el desierto. No somos nosotros sino el Espíritu Santo quien nos expone á ellas, y quien por lo mismo se encarga de socorrernos. Confiemos en su asistencia y no en nuestras fuerzas, que no son sino debilidad; seamos fieles á sus inspiraciones; no cesemos de invocarle en el peligro; y lograrémos salir de él en nuestro provecho.

Cuarenta dias y cuarenta noches habia pasado Jesus sin tomar el menor alimento, y durante todo este tiempo no se habia ocupado mas que en la oracion, cuando vino á tentarle el diablo. En cuanto á sí mismo no tenia Jesus necesidad de prepararse así para la tentacion; mas él queria enseñarnos de qué armas debemos valernos para rechazarla. El ayuno debilitando el cuerpo, y la oracion fortificando el espíritu, nos harán invencibles al demonio, el cual en el asilo de la soledad no puede atacarnos sino por dos flancos, por la concupiscencia de la carne, ó por el orgullo del espíritu. Bajo el nombre de ayuno se entienden todas las maceraciones del cuerpo, todo lo que le reduzca á la sujecion en que debe estar. Mas aquí son necesarios algunos consejos de que echar mano para no traspasar los límites de la prudencia y no dañar la salud por medio de indiscreciones. Para las personas que viven en el mundo, una vida sobria y arreglada, enemiga de todo lo que sabe á molicie y delicadeza, es un suficiente preservativo contra las tentaciones que vienen de la carne. En el claustro es menester acomodarse á las prácticas de mortificacion establecidas por la regla, no dispensándose nada de ellas, pero no añadiendo nada sin permiso. A lo mas, si las tentaciones exigen medios extraordinarios en razon de su violencia ó de su continuidad, ya los inspirará Dios al director ó al superior, y bendecirá nuestra obediencia. El efecto de la oracion, ya vocal, ya mental, con tal que de corazon se haga, es humillar el espíritu, inspirarnos una santa desconfianza de nosotros mismos y enseñarnos á no confiar sino

en Dios solo, sin dudar jamás de su bondad ni de su fidelidad en socorrernos. Toda oracion que en vez de anonadarnos á nosotros mismos, alimentase nuestro orgullo, seria mala, pues no tendria á Dios por principio; y pudiera considerarse mas bien como uno de los mas sútiles lazos del diablo. ¿Cómo pudiera ser nuestra salvaguardia en las tentaciones, cuando ella misma seria una tentacion peligrosísima? Examinemos pues con toda escrupulosidad las disposiciones en que nos deja la oracion; y no la consideremos eficaz contra el tentador, sino en cuanto salgamos de ella mas humildes, mas contentos de Dios, de cualquier modo que nos trate, y mas descontentos de nosotros mismos. Esta advertencia nunca me parece bastantemente repetida; pues la humildad es la piedra de toque de la buena oracion, y nada nos expone tanto al orgullo y á la ilusion, como la oracion mal entendida y mal practicada, en donde uno es el juguete del propio espíritu y del amor propio.

Jesucristo, por fin, se retira al desierto para conversar allí únicamente con Dios, y luchar con el diablo, antes de empezar su vida pública. Hasta entonces habia llevado una vida oculta y laboriosa; y no leemos que mientras en la oscuridad se ocupaba en el trabajo de sus manos, hubiese probado tentacion alguna. El trabajo asíduo es efectivamente un medio seguro para desviarlas. Mas en el momento en que él va á entrar en la carrera de sus predicaciones, en que va á manifestarse al mundo por su doctrina y por sus milagros, quiere pasar por la prueba humillante de las tentaciones. En verdad no le era necesaria esta prueba para preservarle de la disipacion y de la vanagloria, que son los dos escollos del ministerio público: mas en esto no tuvo otra mira que nuestra instruccion. Para afirmarnos en la via interior y fortificarnos en la práctica de las virtudes, Dios nos tiene por largo tiempo como ocultos bajo la sombra de sus alas, y en este apacible retiro encontramos nuestra seguridad. Mas cuan-

do son sus designios servirnos de nosotros para la santificacion de los demás, nos prepara regularmente para ello por medio de la tentacion: primeramente á fin de que por nuestra experiencia personal podamos ser mas útiles al prójimo; y en segundo lugar, para hacernos mas vigilantes y mas atentos sobre nosotros mismos, y para que las relaciones exteriores no produzcan el mal efecto de disiparnos. Porque las tentaciones nos instruyen de nuestras propias necesidades, y nos enseñan á no descuidarlas, proveyendo á las necesidades de otro; en tercer lugar, para mantenernos en la humildad con el recuerdo siempre presente de nuestra corrupcion y de nuestra flaqueza, para estar apercibidos contra las alabanzas y los aplausos de los hombres, y guardarnos de atribuirnos nada de todo el bien que Dios hace por nosotros, y del cual es justo que le redunde la gloria. Pesemos bien estas razones, y conoceremos de cuanta utilidad son las tentaciones para las almas interiores que están destinadas al servicio y al adelantamiento de los otros por medio de la predicacion, de la direccion, y hasta de las conversaciones familiares.

CAPITULO XX.

De qué modo Jesucristo rechaza la tentacion.

Despues de un ayuno tan prolongado, que parece no pudo sostener Jesus sin un prodigio, apurada ya la naturaleza, probó el dolor y el hambre. Aprovechó el diablo este momento para acercarse á él y tentarle, diciéndole: *Si eres el Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan* [1]. La tentacion fué puramente exterior; el diablo se le presentó bajo una forma visible, y le habló. El desierto en donde se halla-

1 Matt. IV. 3 y sig.

llaba no le ofrecia naturalmente medio para satisfacer la necesidad urgente en que se encontraba. Era pues necesario que apelase para este efecto á su omnipotencia; y esto es lo que le propuso hacer el demonio á fin de asegurarse si era realmente el Hijo de Dios, como ya lo sospechaba. Su malicia estaba interesada en saberlo, y Dios queria tenérselo oculto para que la destruccion de su imperio y la redencion del género humano se obrasen por los esfuerzos mismos que haria él para impedirlo. Jesus, que no podia desconocer el ardid, le respondió con esta sentencia de la Escritura: *El hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.* Es decir, Dios no está reducido á solo pan para sustentar al hombre, no tiene mas que mandar, y puede suplirlo con todo otro alimento. Por medio de esta contestacion inutiliza el artificio del tentador y no descubre lo que él es, sin que por sugestion haga el menor uso de su poder absoluto sobre la naturaleza, y deja á su Padre el cuidado de proveer á su subsistencia. A falta de pan, Dios habia alimentado á su pueblo en el desierto con un maná que llovia diariamente del cielo; esto es lo que significan las palabras de Moisés empleadas aquí por Jesucristo, para manifestar su confianza en Dios, que no carece de bondad de medios para subvenir á las necesidades de sus criaturas.

En las diversas especies dc necesidades que nos apuran y en las cuales nos ha puesto la Providencia, sucede de ordinario que nos entregamos á la impaciencia, y que el ambarazo en que nos hallamos para salir de ellas nos expone á violentas tentaciones. Propónenos entonces el demonio, no precisamente obrar milagros, sino pedirlos á Dios, prescribiéndole en cierto modo la via por la que deseamos que él nos libre. Si no lo hace en la ocasion y del modo con que apetecemos, murmuramos contra él, entramos en desconfiar de su bondad, y el desespero llega á veces hasta precipitarnos en el pecado. Resistamos pues al demonio como Jesucristo; y cuando nos fal-

ten ó sean ya agotados los medios humanos, jamás perdamos la esperanza en Dios; abandonémonos á él, y creamos firmemente que vendrá á nuestro socorro, sin darnos pena por el modo, que no sabremos prever y que nos cogerá de sorpresa. Frecuentes son estas críticas circunstancias en la vida interior, en la que la fe se ve puesta á todo género de pruebas. Aquel momento mismo que parece sin ningun recurso, entonces es cuando obra Dios, el cual se complace en que la criatura haya puesto en él toda la confianza que puede poner; y entonces él se declara y viene en su ayuda. Mas nada le designeis, nada le prescribais, y conservaos siempre en una confianza general que no os engañará.

No habiéndole salido bien al diablo la primera tentacion, transportó á Jesus á la santa ciudad, y despues de haberle colocado en el punto mas elevado del Templo, le dijo: *Si eres el Hijo de Dios échate de aquí abajo. Pues está escrito: que te ha encomendado á sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos, para que tu pié no tropiece contra alguna piedra. A* la primera sugestion del tentador habia opuesto Jesus la confianza en Dios; mas el tentador le sugiere desde luego el abusar de esta confianza, y hacerla llegar fuera de límites, so pretesto de que, si es Hijo de Dios, no corre riesgo alguno en precipitarse. Esto era una verdad; pero ninguna razon movia al Salvador para hacer esta prueba, que no hubiera tenido otro objeto sino satisfacer la curiosidad del diablo, quien queria con esto asegurarse si era el Hijo de Dios. Y así como Jesucristo se habia servido de la Escritura, el diablo la empleó tambien á su vez; y por la falsa y maligna aplicacion que de ella hace, trata de justificar la accion que le propone. Mas Jesus le responde: *Tambien está escrito: no tentarás al Señor tu Dios;* y seria tentarle, el pedirle un milagro de proteccion en un peligro en que se expusiera por sí mismo sin causa legítima. Observad de paso, como Jesucristo explica la Escritura por la Escritura misma; y como por medio

de un pasaje claro y formal demuestra el abuso que hace el demonio de otro pasage tomado en mal sentido y peor aplicado.

El tentar á Dios es una falta en la que se cae con bastante frecuencia, sobre todo en los principios de la vida espiritual. Las señales de bondad y de familiaridad que de él recibe entonces el alma, la enardecen á veces con algun exceso; y el diablo, abusando de este atrevimiento y de su sencillez, la incita á pedir á Dios ciertas cosas que no están en el órden de su providencia, y que no deben esperarse de él: lo cual es propiamente tentarle. Así, es tentar á Dios contar sobre su auxilio en ocasiones peligrosas para el cuerpo y para el alma, en que nos metemos por nosotros mismos: es tentarle el hacer en alguna manera ensayos de su poder y de su proteccion sobre nosotros, sin razon alguna, y únicamente para ver si nos saldrán bien tales ensayos: es tentarle el imitar de nuestro propio movimiento ciertos rasgos de la vida de los Santos que tocan á prodigio, y que no se obraron sin una particular inspiracion, como por ejemplo ayunos, austeridades que superan las fuerzas ordinarias de la naturaleza: es tentarle, por fin, el pedirle gracias extraordinarias, que por sí mismas no contribuyen á nuestra perfeccion, y servirle con el ánimo de conseguirlas. De sí mismo confiesa S. Agustin que estuvo sujeto á esta tentacion. *Por cuán artificiosas sugestiones*, dice, *me ha embestido el enemigo, para moverme á pediros algun milagro, ¡oh Dios mio! vos á quien debo servir en la humildad y sencillez de mi corazon* [1]! Este gran Santo conocia el lazo y se guardaba de él. Mas ¡cuántas almas menos humildes y menos ilustradas que la suya caen en él todos los dias! El tentador emplea para ello mil artimañas, mil aparentes razones de piedad, diciéndonos: que el brazo de Dios no se ha abreviado; que si para otros lo ha hecho, lo hará tambien para nosotros; que nada le cuestan los milagros en favor de las almas que le aman y que confian en él. Tampoco le faltan

1 Conf. Lib. x. cap. 38.

palabras de la Escritura, de las que echa mano con astucia para mejor seducirnos. Mas estad prevenidos; examinad escrupulosamente la naturaleza de las cosas que pedís á Dios, las circunstancias en que se las pedís, y sobre todo los motivos que á ello os impulsan. Consultad con personas ilustradas, y nada obreis de vuestro capricho. En cuanto á los coloridos de piedad con que el enemigo disfrazará tales sugestiones, hallaréis siempre en los grandes principios de la religion y en estas palabras, *no tentarás al Señor tu Dios*, armas invencibles para contrarestar semejantes ataques. Desconfiad únicamente de vuestra imaginacion, de vuestro espíritu, de vuestra vanidad, de vuestra curiosidad. Solo por estos flancos es fuerte contra vosotros el demonio.

En fin, *le subió el diablo á un monte muy encumbrado: y mostróle todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos, le dijo: Todas estas cosas te daré, si postrándote delante de mí me adoráres.* Vencido en sus dos primeros ataques, en que solo habia empleado la astucia, muéstrase ya en descubierto, y propone al Salvador que le adore, prometiéndole á este precio el imperio del universo, como si estuviese á su disposicion. Con esto nos hace ver, que el fin de todas sus tentaciones mas ó menos inmediato es siempre el sustituirse á Dios en nuestro corazon, y hacerse adorar en lugar suyo. Y en verdad, ¿no es adorar al diablo el dar oidos á sus sugestiones, el acceder á su voluntad y seguirle, en detrimento de la voluntad de Dios? Y ¿qué nos promete para esto? ¿Qué de ventajas no nos hace esperar en la vida presente, como si lo tuviese todo en su poder? ¿No nos engaña siempre con motivos de interés, de placer, de honra? Y á las almas interiores si no las seduce por objetos temporales del mismo género, ¿no sabe ganarlas por medio de objetos espirituales análogos? No lisonjea su avaricia, con la mira de acumular riquezas espirituales; su sensualidad, por las falsas dulzuras y por las vanas consolaciones que les procura; su orgullo, proponiéndo-

les estados muy altos de santidad, oraciones sublimes, éxtasis y revelaciones imaginarias? ¡Cuántas no ha seducido y arrastrado á su perdicion por semejantes medios! Se ha guardado bien de descubrirse por de pronto, ni de decirles: prosternaos y adoradme. Esta propuesta las hubiera alarmado; mas ocultándoles el término, ha encontrado el secreto para conducirlas á él, haciéndolas adorar en vez de Dios sus propias ilusiones, que él mismo habia forjado, y precipitándolas sin esperaza de retorno en pecados enormes ya de espíritu ya de carne, que las han vuelto esclavas suyas.

El punto principal, pues, es saber discernir las miras del demonio en las tentaciones de que se vale, y prever sus funestos resultados, y entonces nos parecerán tales como son, horribles y abominables. Y le diremos como Jesucristo: *Apártate de ahí Satanás; pues está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo, y á él solo servirás.* Tú pretendes que yo te adore y te sirva, á esto se dirigen tus esfuerzos que muy de antemano preparas; mas no me imponen tus artificios. Huye pues; te detesto á tí y á tus sugestiones. ¡Cuán humilde, cuán atento y dócil á la luz divina se necesita ser, para descubrir de antemano los lazos que nos tiende el enemigo, y librarnos de ellos! Si dejais que os coja, heos aquí ya á su disposicion, sin saber á donde os conducirá; pues la ceguera y la debilidad crecen á proporcion de nuestras caidas, y nos preparan á otras mayores, que el orgullo hace irreparables. No conoceremos al demonio, ni desconfiaremos de él, ni nos horrorizará, sino en cuanto habremos aprendido á conocernos, á temerlo todo de nosotros mismos, á renunciarnos, á aborrecernos.

CAPITULO XXI.

Fin de esta tentacion.

Aunque el diablo no pudiese conseguir el objeto que se habia propuesto, que era el saber de cierto si Jesus era el Hijo de Dios, no obstante en aquellas palabras: *apártate de ahí Satanás,* sintió una fuerza imperiosa que le aterró y le obligó á alejarse. Tambien debió advertir que nada podia sobre el alma de Jesucristo, ni aun para solicitarla y hacerla vacilar, lo cual aumentó sin duda sus sospechas. Retiróse pues, mas *hasta otro tiempo,* dice S. Lucas. Y ¿cuál pudo ser éste tiempo sino el de la Pasion, en que inspiró su traicion á Judas, y sugirió á los judíos toda su rabia contra Jesucristo?

Cuando mas resistimos al demonio, mas encarnizadamente se empeña en perdernos; y viendo que no tiene poder alguno sobre el alma, descarga su furor sobre el cuerpo, como así lo experimentaron S. Antonio y tantos otros Santos. Mas ni aun sobre el cuerpo hace mas que lo que le permite Dios, y no puede traspasar sus órdenes. Cuidado, pues, que el temor de sus malos tratamientos no nos haga sucumbir jamás á sus sugestiones. La señal mas segura que se halla vencido y desesperado, es de que abandone el alma para atacar el cuerpo: lo que entonces le hace sufrir, es una prueba, no una tentacion.

Despues de haberse retirado el diablo, acercáronsele los ángeles, y sirvieron la comida al Señor. Así acaban las tentaciones, por favores del cielo proporcionados á lo que se ha tenido que sufrir, y al grado de la resistencia. Las tentaciones son siempre recompensadas. Su indudable fruto es la adquisicion ó el don de la virtud sobre la que ha recaido aquél-

lla, un aumento de la gracia santificante, y mayor copia de fuerza para combatir al enemigo. Cuando las tentaciones son extraordinarias, las gracias que las siguen lo son tambien, y entonces es cuando las visitas del cielo son mas dulces y mas consoladoras. Sabido es por experiencias sensibles hasta qué punto vela Dios sobre sus fieles servidores, y cuánto se interesa en sus victorias. Luchemos, pues, con valor y con alegría á los ojos de Dios, revestidos de la fuerza de Dios, el cual solo á este precio nos tiene prometida la corona, y que está mas pronto para dárnosla que nosotros para recibirla.

¿Qué temerémos pues? Jesucristo venció por nosotros, y seguros estamos de vencer con él combatiendo bajo sus banderas. Si él quiso ser tentado, fué no para su provecho, sino para el nuestro. Con su ejemplo nos enseñó como debíamos portarnos en las tentaciones: hizo sobre sí mismo el ensayo de las fuerzas de nuestro enemigo, para dispensarnos en la medida conveniente los socorros de que necesitamos. ¿Cómo nuestro Pontífice no tuviera compasion de nuestras flaquezas, cuando, á excepcion del pecado, las ha probado todas, hasta las tentaciones, que es la mayor miseria á la cual estamos sujetos? El debió, como nos asegura S. Pablo, asemejarse á sus hermanos, á fin de ser un Pontífice misericordioso y fiel para con Dios, en órden á expiar ó satisfacer por los pecados de su pueblo; ya que por razon de haber él mismo padecido, y sido tentado, puede socorrer á los que son tentados [1].

¿Qué cosa es la vida interior? Una serie, un tejido de tentaciones de toda especie. Desde el instante en que entra un alma por esta senda, allí encuentra al demonio ocupado únicamente en tenderle lazos. Si Dios está siempre con ella, el demonio está siempre tambien á su lado sin darle un momento de reposo, acechándola de contínuo, hasta que ha perdido toda esperanza de vencerla; esperanza que conserva por mucho tiempo; no renunciando á ella hasta el último ex-

1 Hebr. II. 17. 18.

tremo. Mas ¿para qué tanto empeño en atormentar las almas interiores? Porque dan á Dios la mayor gloria; por el absoluto desprendimiento con que la están consagradas; y esta gloria es cabalmente lo que el demonio pretende disputarle. Y es tambien porque, en semejante estado, aspiran á una santidad eminente; y el demonio hace incomparablemente mas esfuerzos para retraer las almas de la santidad, que para conducirlas al pecado, al cual nos precipita no tanto él como nuestra propia malicia; al paso que mas bien su malicia que nuestra propia debilidad nos hace difícil la práctica de la virtud, cuando la hemos formalmente abrazado. Además, Dios, que se place en humillar este espíritu soberbio, le dice, mostrándole las almas interiores, lo que decia en otro tiempo con respecto á Job: ¿No has visto como mi servidor Job, que no tiene igual sobre la tierra, es sencillo y recto, y me teme, y se conserva alejado del mal [1]? El se complace en que luche con estas almas, para aterrarle y glorificarse en ellas. Permítele que contra ellas apure todas sus astucias y su violencia, para forzarle á que se confiese vencido, y rinda este homenaje á su gracia omnipotente que las hace triunfar. Sabed pues, almas consagradas á Dios, cuya mas fuerte ó mas bien única pasion es glorificar á Dios, que lo conseguireis sobre todo desafiando al diablo en combate, luchando con él cuerpo á cuerpo, haciéndoos los campeones de Dios contra su adversario. El ha osado medir sus fuerzas con Dios, y Dios, para manifestarle mas desprecio, le opone una débil criatura, y la convierte en instrumento de su derrota. ¡Qué honor para vos con tan alta eleccion! Sed humilde, poned toda vuestra confianza en Dios; y vereis á Satanás su rival como cae á vuestros piés. La victoria de Jesucristo os sale garante de la vuestra.

1 Job. I. 8.

CAPÍTULO XXII.

Eleccion de los Apóstoles.

Jesucristo, que venia á reformar las ideas humanas, y fundar el principio de la conversion del Universo, no sobre las riquezas y sobre el poder, ni sobre la elocuencia, ni sobre medio alguno natural, sino sobre la pobreza, sobre la debilidad, sobre el defecto de ciencia y de talentos; que no debia emplear para la ejecucion de su designio sino medios sobrenaturales; que procuró él mismo con el mayor cuidado no manifestar en su exterior sino la humildad, y rasgos poco apreciados del mundo; no podia menos de escoger para sus apóstoles sino hombres que en algo se le pareciesen, pobres, sin letras, sin crédito, sin ninguna de aquellas calidades que atraen la estima y la consideracion de los hombres. Menester era que solo Dios apareciese en una obra cuyo plan habia formado, que él debia empezar, conducir y llevar á cabo, y que no pudiera atribuirse sino á él solo la gloria de su buen éxito. Hé aquí una de las principales razones del estado oscuro y humilde en un Hombre Dios, y que le dirigió en la eleccion de sus apóstoles.

Tomólos la mayor parte de una profesion baja, groseros, ignorantes, sin educacion: exigió que para seguirle renunciasen á lo poco que poseian, y que sacrificasen hasta el deseo de adquirir nada en lo sucesivo. No se les unió por promesa alguna humana; y durante todo el tiempo que con ellos estuvo, nada cuidó tanto como de sufocar en su alma todo gérmen de ambicion. No les anunció sino contradicciones, persecuciones, padecimientos, oprobios de parte del mundo; y comenzó por hacerles ver en su propia persona lo que debian

esperar. Si les habló de un reino, fué de un reino celestial que nada tenia de comun con la tierra; de un reino al que no se podia entrar sino por el camino de la cruz, y cuya puerta baja y angosta no se abria sino á la humildad y al desprendimiento propio. Si les prometió bienes, fueron bienes de un órden sobrenatural, que tenian precio tan solo á los ojos de la fe, y que no podian obtenerse sino renunciando, á lo menos de corazon, á todos los bienes temporales. ¿Qué esperanza les dejó pues? Ninguna para la vida presente; y la que les hacia vislumbrar, no tenia por objeto sino la vida futura, de que no tenian casi ninguna idea, y sobre la cual era indispensable que no tuviesen mas garantía que su palabra.

Antes de escogerlos, se retiró á una montaña, y pasó la noche en oracion con Dios [1]. En esta plegaria pidió y obtuvo para ellos de su Padre las gracias que les eran necesarias para cumplir con su mision; y hasta la mañana siguiente, en que habia ya sido escuchado su ruego, no declaró los sugetos sobre quienes recaia la eleccion.

¡Cuán abundante enseñanza hay aquí para nosotros! La obra de Dios empezada por Jesucristo se continúa y se continuará hasta la fin de los siglos. ¿Queremos contribuir á ella de cualquier modo que sea, por nuestras oraciones, por nuestros ejemplos, por nuestros discursos? Ante todo pongámonos en disposicion de hacerlo por medio de la abnegacion y de la humildad. No nos apoyemos sobre los medios humanos; de nada sirven aquí, y no pueden sino perjudicar. Si tenemos talentos naturales ó adquiridos de que nos sea permitido echar mano, santifiquémoslos desde luego, reconociendo que de Dios los tenemos, que á Dios debemos consagrarlos, y que á Dios solo pertenece dirigir el uso que de ellos hemos de hacer. Reconozcamos además que los talentos naturales, por bien que los empleemos, son muy poca cosa ó nada en comparacion de los dones sobrenaturales que lo hacen to-

1 Luc. VI. 12.

do en la obra de que se trata; dones que da Dios á quien le place, y que no merece sino aquel que se cree indigno de ellos. ¡Oh santa humildad! ¡Oh perfecto desapropio de sí mismo! ¡vosotros sois la fuente de todo el bien que obra Dios en la tierra por los hombres; vosotros sois los instrumentos de que se sirve su gracia, y los apóstoles de Jesus y el mismo Jesus nada han hecho sino por vosotros! Muchas gentes trabajan directamente en la salud y en la perfeccion del prójimo; muchas otras se esfuerzan en contribuir á igual objeto con toda especie de buenas obras; algunas almas multiplican sus ruegos y sus austeridades á esta intencion. Mas ¿se atina á que el mayor resorte que debe emplearse es la humildad? que por poco que nos reservemos de nosotros mismos, por poco que nos busquemos, por poco que nos permitamos de ese amor propio que retorna siempre á su orígen, retardamos, debilitamos, ó detenemos quizás el éxito de las mas santas empresas? No, no se piensa como se debiera en esta importante verdad, y este es el único motivo del poco fruto que se recoge.

No para esto aquí. Queremos trabajar en la gloria de Dios, queremos sacrificarnos á ella. Mas ¿estamos ya bien persuadidos de que no podemos procurárnosla sino á costa de la nuestra propia; que para ello hemos de sujetarnos á toda clase de cruces y de humillaciones, sin esperar sobre la tierra sino contradicciones, persecuciones, desprecios, calumnias, malos tratamientos, en una palabra ser hollados, pisoteados y aplastados como un vil gusano? Tener otros pensamientos y otras miras es engañarse claramente; es ir directamente contra el Evangelio; es poner un obstáculo invencible á la gloria de Dios.

Y aun sin ser apóstol, sino únicamente discípulo de Jesucristo, ¿se puede pertenecer á él sin ser humilde, desprendido, muerto á sí mismo, sin llevar voluntariamente su cruz? A los que llamó para seguirle ¿no les llamó para hacérselos

semejantes á él? Y los que rehusaron serlo, ¿no le abandonaron despues? ¿Podíase confesar á Jesus por maestro, no digo solamente en el Calvario, sino en el curso de su vida, sin querer asemejarse á él? ¿Y por que parte podian parecérsele los que le seguian, sino por las virtudes que acabo de indicar? ¿Por qué pues las olvidan casi todos los cristianos? ¿No las creen esenciales al cristianismo? ¿Las miran tal vez con horror? ¿Por qué son tan poco gustadas, tan poco puestas en práctica hasta por aquellas almas que hacen profesion de la vida espiritual? Ellas constituyen el fondo de esta vida; sin ellas no hay interior, á menos que sea falso é ilusorio; y sin embargo, no se quiere una oracion que nos humille, pruebas que nos mortifiquen, aflicciones que nos despeguen de nosotros mismos, tentaciones que nos hagan conocer nuestra corrupcion, nuestra debilidad, y lo que seríamos sin la gracia.

Almas hay, en fin, á las cuales Dios asocia otras en calidad de discípulas, y destina á secundarlas en cualquiera empresa en que se interese su gloria. Antes de escogerlas, ó mas bien para asegurarse de que Dios las ha escogido, consúltenle en la oracion; pídanle humildemente sus luces, con entera desconfianza de las suyas propias; no se detengan en las calidades naturales, en los talentos, en ciertas apariencias exteriores, á menudo engañadoras, y mas dañosas que útiles á la obra de Dios. Sabemos que Samuel, á pesar de ser santo y profeta, pensó ser engañado, cuando se trató de escoger entre los hijos de Isaí, al que Dios destinaba para reinar en lugar de Saul. Dejóse impresionar por la hermosura y gallardía de los que de pronto se le presentaron; y David, el mas jóven de todos, que guardaba entonces rebaños, fué el único á quien nadie pensó en presentar, aunque Dios hubiese puesto en él los ojos. *El hombre no ve sino lo de afuera; mas el Señor penetra en el corazon*: este es el que le decide, porque todo lo demás depende de él; y como á solo Dios perte-

nece el conocerle, á Dios solo se ha de consultar. Os fijareis por ejemplo en tal persona, á ella dedicareis vuestros primeros cuidados, porque creeis que adelantará mucho mas que las otras en los caminos de Dios, y que es la mas propia para secundar vuestros designios. Dios con frecuencia lo ha juzgado de otro modo, y el éxito justifica despues este juicio. Aquel en quien contabais os falta; para él son perdidos vuestros trabajos; mientras aquel otro, del cual nada ó muy poca cosa esperabais, se va formando un grande hombre de espíritu, y la gracia divina le asiste para secundar vuestras miras. Dios es celoso en sus juicios: quiere que se reconozca que de él viene todo lo bueno, y jamás bendice lo que dimana del solo juicio del hombre. Sed humildes en todo, y todo os saldrá bien. Nunca esta gran verdad será bastante repetida.

CAPITULO XXIII.

Principios de la predicacion de Jesucristo.

No es posible dar un solo paso en la vida de Jesucristo, sin que se halle donde quiera la humildad al frente de todas sus empresas. El vino para ilustrar el universo. Segun nuestro modo de ver puramente humano, nos parece que él debia haber anunciado en sí mismo el verdadero Dios, señalándose por su sabiduría y por sus milagros, haciéndose reconocer su enviado y por su Hijo á las grandes naciones: á los romanos, dueños del mundo; á los griegos, pueblo distinguido entre los demás por la cultura de su espíritu, y por el conocimiento de las bellas artes. Separando de la idolatría á los jefes y á los magistrados del imperio romano, y poniendo á los filósofos griegos en la senda de la verdad, hubiera en poco tiempo establecido su religion en to-

das partes. Podia sin duda hacerlo así; mas reservó estas grandes conquistas para sus apóstoles, y él se limitó á la Judea, nacion que era un objeto de odio y de desprecio para las demás, y en la cual el éxito de su empresa parecia inútil para el resto del mundo.

Mas en la misma Judea, ¿por dónde empieza? ¿Se dirige desde luego á la capital? ¿Va á predicar el reino de Dios en la corte de Herodes? ¿Va á enseñar á los sacerdotes, á los escribas, á los fariseos, mostrándoles en su persona y en su doctrina el cumplimiento de la ley y de las profecías? Tal era, al parecer, el medio mas natural y mas breve que le conducia en derechura á su objeto. Una vez ganados Jerusalen y los principales de la nacion, todo el resto hubiera seguido. Mas no así debia empezar el mas humilde de los hombres, el Maestro y el Predicador de la humildad. El profeta Isaías lo comparó á una planta que se levanta de una tierra sedienta y agostada. ¡Cuán débil es esta planta! con cuánta pena empieza á brotar, falta casi de todo alimento! qué pequeño es este granito de mostaza que debe un dia levantarse tan alto, y servir de abrigo á los pájaros del cielo! Divísase apenas esta piedra destinada á ser una montaña inmensa que llenará todo el universo.

Por la Galilea, pues, la provincia mas oscura de la Judea de donde no habia salido nunca ningun profeta, por las aldeas de esta provincia es por donde abre su carrera el Salvador del género humano. Diríjese primeramente á pecadores viles, ignorantes y groseros: los pobres son á quienes anuncia con preferencia el Evangelio, y con esta señal quiere que los discípulos de Juan le reconozcan, mas aun que por sus milagros obrados casi siempre en favor de los pobres. Irá á Jerusalen, pero solo en los dias de fiesta, y para cumplir con los deberes de la religion; allí predicará accidentalmente, y no enseñará sino en el Templo á la turba del pueblo reunido. No buscará á los grandes ni á los sabios, y sin des-

deñarlos ni evitarlos, no afectará el hablarles para no salirse de su carácter, ni del aspecto de persona humilde bajo el cual quiere ser mirado. Ya prevé que semejante conducta irritará su orgullo; que les prevendrá y les animará contra él; que excitará su celosa emulacion; que tomarán de ella un título para despreciarle y desecharle, como un hombre á quien solo sigue el populacho. Mas no por esto será menos fiel á su plan, aunque haya de ser víctima de él. No se le echará en cara el haber querido formarse nombradía, ni captarse la estimacion y el favor de las personas distinguidas por su nacimiento, su autoridad ó su saber.

Cualquiera que seas tú, que por el bien de tu alma tienes tanto interés en discernir los verdaderos ministros de Jesucristo, busca para tu direccion predicadores, confesores y directores de pobres: quiero decir, aquellos que, sin excluir los ricos, se muestran mas afectuosos con los pobres y hacen de ellos el objeto principal de sus cuidados. Estad seguros que Dios les comunica mas luces y mas gracias, que predican con mas uncion, que entienden mas en confesar y en dirigir, en lo cual tienen miras mas puras, y emplean mas celo, mas paciencia, mas habilidad y mas eficacia.

CAPÍTULO XXIV.

Manera de enseñar de Jesucristo.

De *la abundancia del corazon habla la boca,* no solo en las cosas que dice, sino en el modo con que las dice. Un maestro humilde puede enseñar grandes cosas, pero las enseñará con humildad: ni en su aire, ni en sus palabras dará á entender nada que huela á suficiencia y á orgullo; sabrá bajar hasta al nivel de aquellos con quienes habla, y se acomodará

á su inteligencia. Si pone peso y autoridad en lo que dice, no es para darse valor á sí mismo, sino para ensalzar á aquel en cuyo nombre habla, y para producir mayor impresion en los que le oyen.

Tal fué Jesucristo en su enseñanza: hablaba como Hombre Dios, como doctor, como legislador del género humano, con una sabiduría soberana, con una autoridad infalible; y no obstante nunca salió del carácter de humildad. Ninguna afectacion en su discurso, ningun aparato en su elocuencia, sino una sencillez que conmueve y arrebata. Es imposible decir cosas tan altas y tan divinas de un modo mas sucinto y natural. Los profetas parecian asombrados y profundamente agitados por las grandes verdades que anunciaban: conócese al leerlos, que les anima otro espíritu que el suyo, y que se hallan transportados fuera de sí. Jesus empero, cuando habla, queda dueño de sí mismo, porque lo saca todo de su propio fondo, y está familiarizado en las mas sublimes verdades. En sí propio tiene el tesoro de sus conocimientos, que comunica sin agotarlos. Sus expresiones, sin ser bajas, nada tienen de superior á las mas medianas inteligencias; y al mismo tiempo encierran un sentido tan profundo, que los mas grandes genios, los mas ilustrados y favorecidos de la gracia, no lo pueden descubrir sino muy imperfectamente. De los objetos mas comunes toma las comparaciones de que se sirve, y sus parábolas son de lo mas usado y familiar. No raciocina, no se entretiene en probar como los filósofos; conténtase con exponer y afirmar. No es un entendimiento que habla á otro entendimiento, como los que enseñan las ciencias humanas; sino el corazon que habla al corazon, y que, lleno de lo que dice, lo comunica á los que le escuchan. Así es como enseñaba la ciencia de la salud, ciencia toda moral, ciencia cuyos principios están grabados por la mano del Criador en el corazon del hombre; no hace mas que desarrollarlos; y al mismo tiempo que los propone, obra sobre el interior para que el alma los

saboree. Leed su conversacion con la mujer de Samaria; ved como la instruye, la conmueve, la va ganando poco á poco, y la lleva por grados á que le reconozca por el Mesías. Era esto sin duda obra de la gracia; pero su discurso era el instrumento, y él lo acomodaba á su accion secreta. Mas si él era sencillo con los sencillos, sabia tambien humillar á los que tenian necesidad de ser humillados. No se porta lo mismo con Nicodemus doctor de la ley, como con la Samaritana. Propónele verdades sobrenaturales que éste no comprende, y que entiende en un sentido material y grosero; y en vez de esplicárselas, se las encarece siempre, pasando á misterios mas encumbrados para obligarle á confesar su ignorancia. ¡*Qué* le dice: *eres maestro en Israel é ignoras estas cosas!* Hasta aquí queria conducirle para hacerle capaz de sus instrucciones.

Sus palabras, que la gracia acompañaba siempre, obraban sobre los corazones bien dispuestos; y era tanta su fuerza y su verdad, que hasta sus mismos enemigos la sentian á pesar suyo. *Los pueblos que le oian*, dice S. Mateo, *no cuidaban de admirar su doctrina, porque su modo de instruirlos era con cierta autoridad, y no á la manera de sus escribas y fariseos* [1]. Y sin embargo estos escribas y estos fariseos tenian autoridad, pues estaban sentados en la cátedra de Moisés, y así lo reconocia el mismo Jesucristo. Mas no por esto dejaban de ser doctores humanos, que mezclaban sus tradicciones con los preceptos de la ley; que hablaban por su propio espíritu, y no por el espíritu de Dios; que estaban hinchados por su ciencia, de la cual se valian únicamente para satisfacer su ambicion y su avaricia. Es decir que estaban diametralmente opuestos á Jesucristo; y de ahí era, que no gozaban como él del aprecio y de la confianza del pueblo. *Nunca hombre alguno habló con este hombre* [2], dijeron los pontífices y á

1 Matth. VII, 29.
2 Joan. VII. 46.

los fariseos las gentes que estos habian enviado para prenderle, y que sorprendidos por sus discursos y penetrados de respeto, no habian osado poner en él sus manos.

Del mismo modo, guardada proporcion, enseñan de viva voz y por escrito los que tienen el espíritu interior. Su aire, su tono, su estilo, su manera, tienen cierta cosa que les es propia, y que no supieran remedar los que no fuesen interiores. Hablan con firmeza, y al mismo tiempo con humildad, porque no hablan por sí mismos. En sus discursos no tienen parte el artificio, el raciocinio, el método; y sin embargo son convincentes, y llevan sus pruebas en su simple anuncio. Ilustran el espíritu, pero van mas recto al corazon; le inflaman, le penetran, y le llenan de una uncion divina. Son sencillos, accesibles, familiares: mas en su sencillez misma respiran una dulce majestad que embelesa y encanta. No vereis en ellos floridas figuras ni rasgos de artificiosa elocuencia; mas para los corazones bien dispuestos poseen una persuasion, una eficacia, que solo puede venir de la gracia que les ha inspirado. Este carácter es, como he dicho ya, el caracter distintivo de los que predican, de los que confiesan, de los que dirigen, de los que escriben sobre materias de piedad segun el espíritu de Dios; caracter grato á las personas interiores, y á las que se hacen tales por el atractivo que en ellos encuentran. Porque hay una especie de correspondencia entre las disposiciones de los unos y las de los otros, y parece que su corazon está, por decirlo así, afinado bajo una misma cuerda. Cualquiera que no sea interior nada de esto entiende, ni puede entender. Ninguna impresion le hará la sencillez de un predicador, de un confesor, de un autor espiritual, y no hallará sabor ni en el fondo de su doctrina ni en el modo de exponerla. Porque consultará con su propio espíritu, único oráculo, juez y norma para él. Si tales gentes procediesen de buena fe, confesarian, como lo dijo S. Agustin de sí mismo antes de la conversion, que hallan

la Escritura demasiado sencilla, y los relatos del Evangelio demasiado desnudos y secos, y que casi nada comprenden de su moral. Lo mismo digo de ciertos libros espirituales. *La Imitacion de Jesucristo* anda en manos de todo el mundo, mas ¡cuán pocos lo penetran y lo saborean! á cuán pocos impresiona aquel tono sencillo y natural que en él domina, aquel aire interior que respira, y aquella secreta uncion diseminada en todas sus páginas! Un hombre de oracion lo compuso, y jamás será gustado sino por hombres de oracion.

CAPÍTULO XXV.

Trabajos de Jesucristo en su predicacion.

Si consideramos los trabajos de la vida pública de Jesucristo simplemente en sí mismos, hallaremos que en esta parte le han superado muchos varones apostólicos, que han tenido que sufrir otros mas largos y mas penosos. No por esto empero tuvo que sufrir menos en este género; y no puede caber duda en que apuró todas las penas y todas las fatigas anexas á su mision, sin que en nada se perdonase. Recorria de contínuo las ciudades y las aldeas sin detenerse en parte alguna. Todos sus viajes los hacia á pié, en un país cálido, y no tomaba la menor precaucion para librarse de las incomodidades del clima. Su alimento era el de los pobres; pan de cebada y algunos pequeños peces; llegaba á subsistir tan solo de las limosnas de algunas piadosas mujeres que le seguian. En dos distintas ocasiones hizo un milagro para alimentar un pueblo considerable, y no leemos que hubiese hecho ninguno para subvenir sus propias necesidades. Lo que mas demuestra cuán poco cuidaba de sus necesidades corporales es que Judas, cuya avaricia no ignoraba, era el deposi-

tario del dinero que para aquel objeto recibia. En las noches no tenia lugar fijo á donde retirarse: con frecuencia las pasaba en oracion expuesto á las injurias del tiempo, no concediendo á la naturaleza mas que el descanso indispensable para no sucumbir: pues no ha de creerse que sostuviera sus fuerzas por medios sobrenaturales, de los que parece echó mano tan solamente en su ayuno de cuarenta dias en el desierto. Por lo demás, él sufrió el calor, el frio, el hambre, la sed, la fatiga, el desmayo, el tropel de la multitud que á menudo le empujaba y le oprimia. El mismo nos da una idea de su estrema indigencia de todo, cuando dijo á un doctor de la ley que queria unírsele y seguirle por todas partes: *Las raposas tienen sus madrigueras, las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene sobre que reclinar su cabeza* [1].

Pero lo mas digno de atencion son sus disposiciones interiores en medio de tantos trabajos, que no le dejaban tiempo ni para respirar. Gozaba siempre su alma de una perfecta paz: nada la disipaba, nada la retraia de su íntima union con su Padre; nunca dejaba escapar la menor queja ni aun señal que diese muestra de que sufria; compadecia á los otros, se ocupaba en socorrerles, insensible siempre á lo que tocaba á su persona. La gloria de su Padre, el bien espiritual de las almas, hé aquí los únicos objetos que llenaban su pensamiento y su corazon, y cuyo celo le devoraba. Toda su pena era de ver el poco fruto de sus trabajos, la inutilidad de tantos trabajos que tan pocas personas le atraian, levantando al mismo tiempo contra él tan gran número de enemigos. Pero ni aun esta pena que tan al vivo le heria, no alteraba su tranquilidad. ¿Qué diré de la profunda humildad con la cual soportaba un estado tan pobre, tan penoso, tan dependiente (pues él á nada se denegaba), que parecia degradar y envilecer su ministerio y su persona? ¿Cuánta fe no era necesaria para reconocer al Hijo de Dios en medio del corto pueblo que

1 Math. VIII, 20.

le rodeaba, siendo él mismo pobre, sujeto á todas las incomodidades de la vida, y sucumbiendo de cansancio y de debilidad? ¿Es de admirar, que cuantos le miraban con ojos humanos le menospreciáran, tomando de ello pretexto para no creer en él, á pesar de las brillantes pruebas que daba de su mision divina? Ya sabia él que su pobreza, su sencillez, la humildad de su exterior, la preferencia que daba á los pequeños produciria este efecto, y alejaria de sí á los espíritus de las gentes. Mas no por esto amó menos la humildad, ni hizo menos de ella una pública profesion. Así se lo habia mandado su Padre, y así lo queria él, pues le era infinitamente dulce y agradable la obediencia.

Todos los sacerdotes que tienen cargo de almas, son llamados mas ó menos á los trabajos apostólicos; pero en sus funciones respectivas unos trabajan mas de cuerpo, otros de espíritu. Mas aquellos de entre los mismos que se consagran á las misiones, ya sea en su propia patria, ya en país estranjero, son los que llevan una vida mas análoga á la vida pública de Jesucristo. Dejo ahora que examinen ellos mismos si cuidan demasiado de sí; si buscan ó no solaz ó alivio; si se consagran á la pobreza, á las molestias de las estaciones, á todos los géneros de mortificacion exterior, inseparables del ejercicio del celo. Mas aun cuando sean pobres, severos consigo mismos, abandonados en lo temporal á los cuidados de la Providencia, ávidos é insaciables de trabajos, no imitarán perfectamente á Jesucristo, si no entran en sus disposiciones interiores; si sus ocupaciones les disipan; si no están siempre unidos á Dios por medio de la oracion; si no se toman, aunque sea del reposo de la noche, algun tiempo para hacerla; y sobre todo si no permanecen en una sólida humildad. Están expuestos á sacar gloria de sus fatigas y de sus penas, de sus empresas y de sus resultados, á referirlos en todas ocasiones, á nutrirse de los elogios que se les tributan, y á no negárselos ellos mismos. El amor propio es muchas veces quien los

sostiene en esta penosa carrera; solo se sienten desolados, desalentados, abatidos cuando se ven sin séquito y sin aplausos de los pueblos, y que las conversiones no son numerosas ó tan brillantes como ellos deseaban. Estudien á Jesucristo, propónganselo por modelo, sean como los suyos sus sentimientos, y persuádanse que por lo interior es por donde deben principalmente imitarle: menos movimiento, menos actividad, menos agitacion de cuerpo y de espíritu, y mas recogimiento, mas sosiego, mas posesion de sí mismo en Dios. Sucédeles muy á menudo que pensando en la salud de los demás, se olvidan de sí mismos, sin reflexionar lo bastante que de su propia santificacion depende la del prójimo. Un apóstol que no es interior, no tiene de apóstol sino el nombre.

Sin ejercer el apostolado propiamente dicho, á lo menos á los ojos de los hombres, hay almas á quienes llama Dios para ejercerlo de una manera oculta, enteramente espiritual, y que tan solo él y ellas conocen. Propóneles grandes y largos sufrimientos para la conversion, ó la propagacion, ó el restablecimiento de la fe en ciertos paises. Si ellas los aceptan y los pasan segun los designios de Dios, ¿quién duda que ellas son unos verdaderos apóstoles, y que tienen mas parte en la conversion de aquellos pueblos, que cuantos han trabajado inmediatamente en ella? ¿No es una verdad que Jesucristo adelantó mas la salud del género humano por sus penas interiores, que por sus trabajos exteriores? Y estas almas son las que se digna asociar á la parte principal de la obra de la redencion.

Otras hay destinadas á propagar las vias interiores que Jesucristo enseñó tambien á algunas almas escogidas, tales como Marta y María, sin hablar de sus apóstoles, á quienes se dedicó á formar durante su vida. Esta direccion tiene tambien su trabajo, sus penas, que no aparecen exteriormente, pero que crucifican el alma, y la hacen morir á sí misma. Ella exige mucha oracion, mucha penitencia, una contínua

renuncia al propio espíritu, una dependencia absoluta de la gracia para secundarla siempre, y no prevenirla jamás. Está sujeta á grandes cuidados, cuando hay motivo para creer, que las personas á quienes se conduce no corresponden fielmente á los designios de Dios. Si es mucho lo que cuesta para convertir á los pecadores, mucho mas cuesta encarrilar las almas en el camino de la perfeccion, y sostenerlas en él hasta su término. Si los apóstoles ordinarios no pueden dispensarse de ser interiores, los directores de que hablo, están á ello sin comparacion mas obligados; pues para conducir con seguridad un alma á la santificacion, necesario es que aspiremos nosotros mismos á ella, y que tendamos á lo mas excelente, y por consecuencia á lo mas difícil que hay en la imitacion de Jesucristo.

CAPÍTULO XXVI.

Milagros de Jesucristo.

Era necesario que Jesucristo hiciese milagros para probar su mision, para acreditar su doctrina, para hacerse reconocer en calidad de Mesías y de Hijo de Dios. De otra parte su caridad para con los hombres le conducia por sí misma á hacer en favor de ellos uso de su poder. Mas él sabrá conciliar perfectamente la demostracion de su poder sobre la naturaleza con la humildad, su virtud favorita; y en la precision en que se encuentra de hacer obras sorprendentes, tomará todas las medidas para conservarse siempre en la oscuridad.

Todas las especies de milagros estaban á su disposicion y tenia á la mano escoger. Podia obrar milagros semejantes á los de Moisés, y descargar horribles plagas sobre la incrédu-

la y obstinada Judea. Fácil le era, como á Elías, hacer bajar fuego del cielo sobre sus enemigos. Así se lo propusieron sus discípulos contra los de Samaria que le negaron el paso para regresar á Jerusalen. Mas él les reprendió diciéndoles: *Vosotros no sabeis á qué espíritu perteneceis. El hijo del hombre no ha venido para perder á los hombres sino para salvarlos.* [1]. Podia obrar señales y prodigios en el cielo. Muchas veces le pidieron los fariseos prodigios de esta especie, como para dar una prueba de su poder. Pero se lo rehusó constantemente, tratándoles de generacion depravada y adúltera, y remitiéndoles á la señal de Jonás figura de su resurreccion. Indigno hubiera sido de él dar semejantes señales para satisfacer la maligna curiosidad de sus émulos, y aun mas para dar celebridad á su nombre, y adquirirse una vana nombradía.

Los milagros que escogió son de pura beneficencia; no tienen otro objeto que el alivio de las necesidades y de las dolencias humanas: limpiar los leprosos, curar los enfermos, dar vista á los ciegos, oido á los sordos, el uso de los miembros á los cojos y paralíticos, librar á los endemoniados, resucitar los muertos. Obró estos milagros como sin designio y accidentalmente: no los anuncia; no prepara á ellos los espíritus de los circunstantes para causarles mayor impresion: la obra simplemente, sin aparato, sin ostentacion. Muchas veces deja que ignoren quién es, aquellos mismos á quienes cura, como sucedió con el paralítico de treinta y ocho años, y con el ciego de nacimiento á quien no se descubrió despues sino en secreto para recompensar su fe. Por diferentes veces recomienda á los que ha curado, que á nadie lo digan, como si temiera que no se hagan públicas las maravillas por él obradas. Despues del milagro de la multiplicacion de los panes, habiéndole reconocido cuantos lo habian presenciado por el profeta que debia parecer en el mundo, y queriendo elevarlo para hacerle rey, huyó, y se retiró solo sobre una

1 Luc. IX. 55. 56.

montaña. Atribuia sus milagros menos á su propio poder que á la fe de los que á él se dirigian. *Idos, mujer, vuestra fe os ha salvado, ¡cuán grande es vuestra fé! hágase como vos quereis; si podeis creer, todo es posible al que cree.* Todo, por fin, lo atribuye á su Padre: éstas son las obras que le dió para ser su Padre; él no es mas que el ministro y el ejecutor de sus voluntades. ¡Cuán asombrosa humildad en el que con una sola palabra se hacia obedecer de toda la naturaleza! Ni un solo milagro hallareis del que podais decir que buscó su propia gloria, ó por el cual quisiese llamar sobre sí la atencion de los demás. El, no obstante, era Dios, y no hubiera quedado cumplida su mision, si no hubiese sido reconocido como tal. Este era el fin de sus milagros, imprimir en los corazones la fe de su divinidad. Y á juzgar por su conducta, creyérase casi que este fin le fué ageno; que no tenia el encargo de procurarlo, que nada le interesaba, y que á su Padre solo tocaba hacérselo conseguir. Así es como, hasta en las obras de su omnipotencia, deja Jesus marcada su humildad.

El don de milagros no es comun. Dios no lo comunica sino cuando es necesario para establecer ó para dispertar la fe. No hay pues necesidad de recomendar la tranquilidad á aquellos á quienes Dios hace participantes de aquella gracia. Perdiéranlo al momento por poco que flaquease esta virtud, bien que esta pérdida no seria para ellos ninguna desventaja. Semejante don no se les concede para ellos, ni produce en ellos por sí solo aumento alguno de la gracia santificante. Es mas para temido que para deseado, porque es muy peligroso que se abuse de él, y que no se consagre enteramente á la gloria de Dios y al bien espiritual del prójimo. Que no pierdan jamás de vista la respuesta que dió Jesucristo á los setenta y dos discípulos al regresar éstos de su mision, cuando llenos de gozo le dijeron: *Señor, hasta los demonios mismos se sujetan á nosotros por la virtud de tu nombre —Yo estaba viendo á Satanás*, les respondió, *caer desde el cielo á*

manera de relámpago, previniéndoles de este modo contra el orgullo y la vanagloria. Y despues añadió: *No tanto habeis de gozaros porque se os rinden los espíritus, cuanto porque vuestros nombres están escritos en el cielo* [1]. Como si dijera, no es el imperio que nos da Dios sobre los espíritus, sino la práctica de las virtudes cristianas y sobre todo de la humildad, lo que nos merece la felicidad del cielo. Dícese por lo comun. Es un santo que hace milagros. Confieso que este don es un indicio vehemente á favor de la santidad; mas diré de uno con mucha mayor seguridad, haga ó no haga milagros: Es un santo, porque es humilde. Jesucristo supone explícitamente en el Evangelio, que con el don de milagros se puede ser reprobado: *Muchos me dirán en aquel dia: Señor, Señor! pues no hemos nosotros lanzado en tu nombre los demonios, y hecho en tu nombre muchos milagros? Mas entonces yo les protestaré: Jamás os he conocido: apartaos de mí, operarios de la maldad* [2]. En aquel mismo dia del juicio, el hombre humilde, aunque haya sido pecador y gran pecador, no será desechado, Jesucristo le dará una favorable acogida; así nos lo asegura en la parábola del Fariseo y del Publicano.

Los milagros empero de otro género no son raros en la vida interior. Prescindiendo de los favores extraordinarios que concede Dios á estas almas, les comunica con frecuencia, sobre todo cuando las emplea en la direccion, el conocimiento de lo oculto en los corazones, el del porvenir, un cierto imperio sobre las personas que ellos dirigen para librarlas de sus tentaciones, para infundirles la paz y la alegría espiritual, y otros dones semejantes; guardando la mas profunda humildad en el uso de estos dones, cuyo único objeto es la santificacion del prójimo. Guardémonos empero de hacernos respetar y captarnos consideracion con motivo de estas gracias, de las que debemos servirnos únicamente segun los designios

1 Luc. x. 20 et seq.
2 Matth. vii. 22. 23.

de Dios, sin mezclar en ellos nuestro espíritu como suele acontecer por desgracia. En estos casos hablemos y obremos con sencillez, sin discurrir demasiado, sin retroceder á nosotros mismos, como meros instrumentos de la gracia; y ni aun demos á conocer á las personas los efectos maravillosos que Dios opera en ellas por nuestro medio. ¡Oh! ¡Cuán puro, cuán desasido, cuán muerto á sí mismo se necesita ser para ejercitar así la direccion de las almas! ¡Cuántos falsos directores se atribuyen estas gracias sin tenerlas; se dejan arrastrar por orgullo á la ilusion, arrastrando tambien á los demás, y desacreditan de este modo lo mas santo que hay en el ministerio evangélico.

CAPITULO XXVII.

Reserva de Jesucristo en la manifestacion de su divinidad.

Es muy digno de observarse que Jesucristo no dijo de sí, sino muy rara vez y en ocasiones decisivas, que él fuese el Hijo de Dios, y que se nombra en casi todas partes el hijo del hombre. Queria ejercitar la fe de los que creyesen en él, por aquella mezcla de grandeza y de humillacion, de poder y de debilidad que aparecia en su persona. Lo que decia de su divinidad: *Mi Padre y yo somos una misma cosa* [1]: *antes que Abrahan fuera criado, yo existo* [2]: *yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí* [3], eran otros tantos enigmas que indignaban á sus enemigos, y que ellos no podian comprender porque le miraban con ojos carnales. Queria tambien, hasta en la manifestacion de su divinidad, sostener el papel de humildad

1 Joan. 10, 30.
2 Joan. 8, 58.
3 Joan. 14, 10.

que habia venido á representar en el mundo; y dando á los judíos, por sus obras y por sus discursos, pruebas mas que suficientes de que era Dios, no se proponia menos abatir su orgullo, y combatir las vanas pero falsas ideas que se formaban de su Mesías. Por último, no queria poner obstáculo alguno, descubriéndose demasiado abiertamente, al cumplimiento de las profecías tocante á su Pasion, en la que debia ser condenado á muerte como blasfemo, por haber tomado la calidad de ser Hijo de Dios.

Tales son las razones de aquella mezcla de claridad y de oscuridad que se advierte en sus discursos, al tratar de su persona y de su naturaleza divina. Preveia ya el abuso que de ello harian con el tiempo los herejes, y que esta misteriosa economía le costaria la vida. Ni fué menor su reserva hablando de sí, no manifestándose por lo que era sino á sus apóstoles y á algunas almas escogidas; y aun entonces les recomendaba el secreto. Cuando Pedro le hubo dicho: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo;* le prohibió, así como á los demás discípulos, decir á nadie que él era Jesucristo, ó el Mesías [1]. Y, como para contrabalanzar en su espíritu la alta idea que de él tenian, les predijo al mismo tiempo todos los tormentos y oprobios que habria de sufrir de parte de los judíos.

En su Transfiguracion, en la que descubrió á Pedro, á Santiago y á Juan la gloria de su cuerpo; en donde vieron á Moisés y á Elías que conversaban con él, y ¡de qué! de su muerte violenta que debia verificarse en Jerusalen: en donde el Padre eterno dió nuevo testimonio de él, llamándole su Hijo muy amado, y mandando que le escuchasen; al bajar con ellos de la montaña en la cual habia pasado aquella embelesante maravilla, les mandó terminantemente que no hablasen de esta vision, hasta que el Hijo del hombre hubiese resucitado de entre los muertos; y despues en el mismo discurso

1 Matt. xvi, 16 y 20.

les anunció que seria tratado de los judíos como lo habia sido Juan Bautista. Observad como se esfuerza en atenuar la fuerza con que una tal vision debia haberlos impresionado. Su Padre le habia llamado su Hijo querido, y él no se da sino la calidad de hijo del hombre; y este cuerpo, que se les habia aparecido mas resplandeciente que el sol, les declara que sucumbirá bajo el imperio de la muerte. En fin, impóneles el mas riguroso silencio, aun con los demás apóstoles, hasta despues de su resurreccion, sobre el favor que acababa de hacerles.

Los demonios que él arrojaba de los energúmenos, le llamaban el Hijo de Dios, el Hijo del Altísimo; mas él no lo permitia, y les mandaba callar. Sea que hablasen así por sí mismos, sea que una fuerza superior les obligase á ello, no quiere publiquen lo que él es, por glorioso que fuese para él aquel testimonio dado á la verdad por aquellos espíritus de tinieblas. Y por decirlo todo en una palabra, testifica el Evangelio que Jesucristo no ha hablado en público de su divinidad, sino cuando era necesario; que lo hizo entonces con la mayor reserva; que fuera de esto la ha tenido oculta; y que parecia complacerse en hablar de su humanidad, amando tiernamente y haciéndonos amable lo que él se dignó ser por nosotros.

La misma conducta inspira Dios á las almas que distingue con los mas altos favores, de las cuales exige en este punto, tanto ó mas que en ningun otro, una fiel imitacion de Jesucristo; no les permite hablar de las gracias que les ha dispensado á otras personas que á los directores de sus conciencias, á fin de que puedan guiarlas con mas seguridad. El pretexto de la gloria de Dios y de la edificacion del prójimo, con que se pretende á veces autorizar semejantes confidencias, es vano, sospechoso, y se debe desconfiar de él. Oféndese de ello la humildad, y es menester tratar esta virtud como la niña del ojo, pues ella es la que glorifica verdadera-

mente á Dios, y la que edifica al prójimo. Por lo que toca á nosotros, debemos desear que los favores que hemos recibido del cielo queden sepultados en un profundo secreto; léjos de hablar de ellos, no debemos ni aun recordarlos, sino olvidarlos tan luego como han pasado y hemos dado cuenta de ellos. Si importa á la gloria de Dios que estas cosas lleguen al conocimiento de los hombres, dejemos á él este cuidado; él lo practicará á su tiempo sin peligro alguno por nuestra parte; él nos abrirá la boca, por resueltos que estemos en tenerla cerrada; él se servirá de los que tienen autoridad sobre nosotros, para obligarnos, á pesar de nuestras repugnancias, á tomar la pluma y á confiar al papel el cuadro circunstanciado de nuestro interior, ó lo hará escribir por otros á quienes de viva voz lo habremos confiado. Mas esta especie de manifestaciones no las permite ni en el principio, ni aun durante el progreso de la vida espiritual, sino casi siempre á la fin, cuando está cercana la muerte; y aun muchas veces no quiere que se haga público sino despues de nuestra muerte. Hablemos pues con mayor gusto de lo que puede deprimirnos que de lo que puede exaltarnos en el concepto de los demás; ó mejor, nada digamos de lo que mira á nuestro interior, ni hagamos que se sospeche nada. La humildad que se descubre no es por lo regular sino una vanidad disfrazada. Lo mas perfecto y lo mas seguro es callar, y hacer que no se piense en nosotros. *Ama el ser ignorado y reputado por nada*, dice el autor de la Imitacion. Tal debe ser la máxima favorita de las almas interiores.

CAPÍTULO XXVIII.

Conducta de Jesucristo con respecto á sus Apóstoles.

Aunque no tengamos sino muy pocas noticias acerca de la manera con que Jesucristo vivia con sus apóstoles, lo poco que sabemos basta para darnos de ello una idea exacta. Ellos lo habian dejado todo para seguirle; mas ¿qué habian hallado juntándose á su persona? La indigencia, contínuas y fatigosas correrías, mucho trabajo, poco descanso, el desprecio, la envidia, la calumnia. ¿Qué les prometia en la vida presente para lo sucesivo? Lágrimas, cruces de toda especie, persecuciones semejantes á las suyas. Queria que no le estuviesen unidos sino por motivos sobrenaturales, que no esperasen de él ninguna ventaja humana, y que no contasen sino en los bienes del cielo. Así es como exigió de ellos la mas perfecta adhesion, y una renuncia absoluta á las esperanzas de la tierra.

No obstante, imbuidos como estaban de las preocupaciones de su país, creian, como los demás, que el Mesías seria un grande conquistador, que su reino seria de este mundo, del cual disputaban entre sí los primeros lugares. Esto se ve en la pregunta de los hijos del Zebedeo, que hizo concebir á los demás celos é indignacion: prueba de que sus corazones no estaban todavía exentos de ambicion. Nada descuidó Jesucristo para desengañarlos en esta parte. Por esto les predijo tantas veces su muerte ignominiosa, añadiendo á la verdad, que resucitaria el dia tercero, con la mira de sostener su fe. Mas ellos nada comprendian de estas palabras, y no fundaban menos en esta resurreccion sus groseras y quiméricas pretensiones. Duraba aun su ilusion en el momento mismo en que iba á separarse de ellos para subir al cielo; pues le pre-

guntaron entonces si restableceria el reino de Israel, libertando á los judíos del yugo de los romanos.

¡Cuánto no tuvo que sufrir Jesucristo de estos espíritus tan groseros y tan poco familiarizados con las cosas espirituales! Tratóles siempre, sin embargo, con dulzura y con bondad, sin desconfiar jamás, por no haber podido lograr el curarles de sus errores. Sabia que llegaria este momento, y lo esperaba con paciencia. Así como su gracia tenia ya su tiempo señalado para obrar sobre sus corazones, tenia tambien destinado otro, no para ejercitar su virtud en esta parte, sino para enseñarnos á ejercitar la nuestra en ocasion semejante. No les escaseó las instrucciones, aunque de sus enseñanzas no recogiesen fruto alguno, y á pesar de haber previsto que nada producirian. Cuando le hablan de ocupar las primeras sillas en su reino, les propone el cáliz de humillacion que deben beber. Cuando disputan entre sí quien es el mas grande, es decir, el mas favorecido de él, llama á un niño, le pone en medio de ellos, y les dice, que el que se abajare como este niño, será el mas grande en el reino de los cielos. En cualquier accidente les predica la humildad, dándoles de ella en su propia persona los mas relevantes ejemplos.

Esplicábales muy particularmente el sentido de las parábolas de que se servia hablando al pueblo; y si les increpó alguna vez su poca inteligencia, no fué para incomodarles, ni mostrárseles ofendido, sino para levantar su espíritu y hacerles mas atentos. Extrema era su condescendencia para con ellos; y nos parece inconcebible, al considerar qué Maestro era él, y qué discípulos tenia que enseñar. ¿Cuántas veces debió estrecharse y constreñirse á sí mismo para ponerse al nivel de su comprension? ¿Cuántas preguntas no tendria que sufrir por parte de ellos, atendida la libertad que les daba de proponerle sus pensamientos, y la familiaridad con que les trataba? ¿Cuántos miramientos para no ofenderlos ni

desalentarlos? ¿Cuánta constancia en repetirles cien veces unas mismas cosas que á menudo no entendian mas la última vez que la primera? ¿Con qué fuerza toma su partido, cuando sus enemigos les acusan injustamente delante de él? Para ellos nada tenia reservado. *Yo os he hecho saber*, les dice, *cuantas cosas oí de mi Padre* [1]. Les llama sus amigos, sus caros amigos; y les habla en todas ocasiones, sobre todo en el discurso despues de la Cena, con una efusion de corazon admirable. ¡Oh prodigio de bondad y de humildad en un Hombre Dios!

Una sola vez dijo una palabra dura á Pedro, llamándole Satanás; y añadiendo que él era un motivo de escándalo; que no tenia gusto por las cosas de Dios, sino por las de la tierra. Porque este apóstol en el momento mismo en que inspirado de Dios, habia confesado altamente que Jesus era el Cristo, el hijo de Dios vivo, se habia escandalizado del prenuncio de su Pasion; y habiéndole llamado aparte, le habia hecho por ello algunas increpaciones, como de una cosa del todo indigna de él. Queria Jesus rectificar este poco ilustrado celo, y esta mal entendida afeccion á su persona, manifestando á Pedro cuán mal correspondia á la grande gracia que acababa de recibir del Padre celestial, cayendo otra vez en un sentido humano, despues de haberse elevado sobre la carne y la sangre para creer y publicar su divinidad.

Vosotros los que sois llamados á la direccion espiritual de las almas, meditad muy especialmente esta parte de la vida de Jesucristo: no perdais de ella un solo rasgo, haced de contínuo en vosotros la aplicacion. La superioridad que os da vuestro ministerio sobre vuestros dirigidos, no es otra cosa, si bien lo considerais, que una emanacion de la autoridad misma de Jesucristo, el maestro, el director por excelencia; en él estaba en toda su plenitud el orígen de esta autoridad. Reflexionad profundamente sobre la manera dul-

1 Joan. xv. 15.

ce, caritativa, condescendiente, humilde, sabia y discreta en su firmeza, con que ejercitó la suya; y pedirle la gracia de ejercer asimismo la vuestra. Cuanto mas claramente penetreis la naturaleza y los caracteres de la santidad cristiana, cuanto mas habreis progresado en ella, mas fácil os será conocer los defectos y las ideas groseras y carnales de aquellos que Dios os confia, y mas deben chocaros. Pero ¿acaso vuestras luces, vuestra santidad, pueden entrar en parangon con las luces, con la santidad de Jesucristo? Portaos con las almas en sus faltas y en sus imperfecciones, como se portó el Salvador con sus apóstoles; sufridlas como sufrió las de ellos; rectificadlas, ilustradlas, sin desalentaros porque no os comprenden, porque no se corrigen. Estais celosos de su perfeccion, os impacientais, os desconsolais porque no adelantan: y vuestro celo no es mas que una pequeña chispa del fuego que devoraba el corazon de Jesucristo, el cual deseaba con un ardor inesplicable el adelantamiento de los apóstoles; mas ¿acaso se impacientó y se dió pena por el poco fruto de sus instrucciones? El preparó y aguardó el momento de la gracia: preparadlo y esperadlo vosotros tan pacíficamente como él lo esperó.

¡Qué arte tan sobrenatural, qué sabiduría tan divina, qué paciencia tan á toda prueba no se necesita, para temperar la firmeza por la condescendencia, y la amargura de la reprension por los dolores de la caridad! ¡Para reprender y tolerar oportunamente, para excusar las flaquezas sin autorizarlas, para saber acomodarse, reducirse, hacerse niño con los niños, para proporcionar las lecciones á la capacidad, para no precipitarse en nada, y no anticiparse á la gracia, sino secundarla, y obrar de concierto con ella, para devorar todas las penas, todas las molestias y los disgustos inseparables de la direccion!

No hay que pensar en coger fruto, en tanto que atendamos al propio espíritu; en tanto que nos dejemos llevar de nuestro

carácter; en tanto que no estemos decididamente resueltos á renunciarnos, á olvidarnos, á morir enteramente á nosotros mismos. De nada sirve estar desprendido de toda mira baja é interesada, hacerse superior á la ambicion y á la vanagloria, hollar el respeto humano, no hacer la menor escepcion de personas. Si no trabajais en revestiros de Jesucristo, si no es Jesucristo el que os dirija en todo, si descuidais una sola de las virtudes de que os dió ejemplo Jesucristo en la conducta que guardó con sus apóstoles, no sereis sino directores imperfectos. No enseñaremos á otro la senda de la santidad, si no caminamos por ella nosotros, y si no estamos ya en ella bastante adelantados.

Por lo que toca á vosotros, los que buscais un guia tal como acabo de describiros, no os hallais en estado de escoger. Dirigíos para esto á Jesucristo, y pedidle un hombre segun su corazon. El os lo dará, si deseais sinceramente ser escuchados, y os concederá además una seguridad interior de que no podreis dudar. No tendreis mas que abrirle entonces vuestro corazon sin reserva, escucharle, y obedecerle. Si creeis percibir en él algunos defectos (pues ¿qué santo carece de imperfecciones, y en dónde se echan de ver mas que en la direccion?) estad persuadidos de que, ó él no los reparó, ó se duele de ellos, y trabaja en corregirlos. Sufridlos pues como un medio para ejercitar mas vuestra virtud; pero esto en nada debilite la confianza y la obediencia que le debeis.

CAPITULO XXIX.

Vida comun de Jesucristo.

Una de las cosas mas admirables en Jesucristo, y mas opuestas á nuestras ideas, es la vida comun que llevó, y

que siendo elegida por el mismo Dios, es indudablemente la mas perfecta. Nosotros casi no sabemos considerar la santidad, sino por lo que tiene de exterior, de sorprendente, de extraordinario. Apenas podemos creer que un hombre sea santo, á menos que no asombre nuestra imaginacion por su vida solitaria, por sus ayunos, por sus vigilias, por sus austeridades. Así pensaban los judíos; y cuando vieron á Juan que salia del desierto vestido de un cilicio de piel de camello, no viviendo sino de miel silvestre y de insectos, este aparato de penitencia les hizo creer fácilmente que era profeta, y estaban enteramente dispuestos á reconocerle por el Mesías.

Tal es nuestro concepto sobre la santidad. Todo lo que aparece tal por defuera, es en verdad indicio de ella, pero indicio equívoco. Se puede muy bien llevar una vida extraordinariamente austera, y sin embargo no ser santo; y sin llevar semejante vida, se puede ser un gran santo. Lo mas sólido y eminente de la santidad está encerrado en lo interior. Dios solo lo ve, y lo juzga: nada perciben de ello los hombres, que no pueden juzgar sino por conjetura, y la mayor parte no se hallan en estado de juzgar en esta parte. Así es como los judíos menospreciaron á Jesucristo; y no viendo en su vida nada que le distinguiese del comun de los hombres, no pudieron resolverse á creer que fuese el Mesías, el Hijo de Dios.

Por espacio de treinta años habia ejercido un oficio mecánico; oculto en una tienda, vivia del trabajo de sus manos, no dando señal alguna de lo que era. Bien es verdad que antes de manifestarse en público, habia hecho un ayuno extraordinario de cuarenta dias; pero era en el desierto, y nadie lo habia sabido. Cuando empezó á predicar, vióse un hombre sencillo y pobremente vestido, pero sin afectacion. Vivia muy frugalmente con sus discípulos; pero no ayunaba: los fariseos le aventajaban en esta parte, y los discípulos de Juan se maravillaron y casi escandalizaron de ello, hasta llegar á pre-

guntarle el motivo. Tampoco rehusaba asistir á la mesa de los ricos ya fariseos, ya publicanos, cuando á ello se le invitaba; comia y bebia sin distinguirse en nada. Tampoco se singularizaba por medio de largas oraciones, como los fariseos, á los cuales se lo echaba en cara; y era el primero en practicar lo que recomendaba á los demás, rogar en secreto. Hacíase accesible indistintamente á todo el mundo: su aire, su andar, su conversacion, toda su persona no presentaba sino la sencillez; si se hacia seguir y respetar, no era ciertamente por su exterior.

Esta vida sencilla y sin boato era conforme con su espíritu de humildad: servia como de velo á su santidad, y de materia para ejercitar la fe de los que en él creian; sirviéndoles al mismo tiempo de leccion la mas instructiva, que les enseñaba á distinguir los verdaderos justos de los falsos, y á no dejarse alucinar por el exterior: esta vida condenaba y confundia el orgullo y la hipocresía de sus enemigos, que imponian al público con vanas apariencias de piedad, mientras que su corazon era presa de las pasiones mas bajas y abominables.

En materia de santidad, cada uno debe seguir su aficion, y el género de vida á que Dios le llama. Guardémonos mucho de condenar en ciertos santos las penitencias y las prodigiosas austeridades que la gracia les ha hecho practicar. En primer lugar, no debemos admirar en demasía estos piadosos excesos, ni dejar que impresionen extremadamente nuestra fantasía, ni proponernos el imitarlos, ni creer que no seremos santos hasta que los imitemos. En segundo lugar, ora practiquemos ó no grandes mortificaciones corporales, debemos atender principalmente á las virtudes interiores, pues ellas constituyen la esencia de la santidad; y lo restante, no siendo sino un accesorio, puede separarse sin dañar el fondo. En tercer lugar, en cuanto dependiere de nosotros, hemos de preferir la vida comun á todas las demás, á fin de imitar de mas cerca á Jesucristo, conservarnos en la humildad, alejar-

nos mas del orgullo que ama la singularidad, hacer la virtud amable al prójimo, en vez de retraerle de ella y desalentarle, presentándosela bajo una forma y en unas maneras casi impracticables.

La vida comun se llama así, porque entra en el órden comun de la Providencia, y es compatible con todos los estados en que se divide la sociedad. No exige ni grandes fuerzas corporales, ni auxilios extraordinarios de Dios, ni que nos separemos enteramente del mundo para sepultarnos en un claustro ú ocultarnos en un desierto. La vida comun se hermana maravillosamente con el espíritu de oracion, el recogimiento habitual, el desprendimiento de las cosas criadas, la union con Dios, la caridad para con el prójimo, las mas sublimes virtudes del cristianismo; y tiene la ventaja de sustraernos á los elogios de los hombres y á las tentaciones de nuestra propia vanidad. En general, las almas interiores son para la vida comun; no se apartan de ella por su voluntad, nada temen tanto como distinguirse con exterioridades, cualesquiera que sean; y si Dios quiere de ellas algo de extraordinario, lo encubren con el mayor cuidado á la vista de los demás.

CAPÍTULO XXX.

Acogida que da Jesucristo á los pecadores.

Jesucristo era la santidad misma. Como Dios, tenia una aversion infinita al pecado; como hombre, aborrecia el pecado, á mas de ser impecable, con todo el ódio que podia Dios comunicarle. Vemos sin embargo en el Evangelio que trata á los pecadores con una bondad que nos admira y casi nos escandaliza. Mas pongámonos, como debemos ponernos,

en el lugar de estos pecadores, y sentiremos la necesidad que tenemos de que se porte asimismo con nosotros, y nuestro escándalo desaparecerá, y seremos mas compasivos é indulgentes con las faltas ajenas.

Para entrar bien en los sentimientos de Jesucristo, y para justificarnos plenamente su conducta en esta parte, si fuese necesario, distingamos dos especies de pecadores: los pecadores de debilidad, y los pecadores de malicia. Los primeros son aquellos que caen en el pecado, ó de resultas de una mala educacion, ó arrastrados por la violencia de sus pasiones, ó llevados ó seducidos por las circunstancias, ó subyugados por el dominio de la habitud; que casi no reflexionan sobre el mal que cometen, ó que le condenan luego despues de pensar en él; que se lo acusan interiormente; que no buscan como excusarlo; que quisieran no haberlo cometido y no cometerlo mas; pero que no tienen la fuerza necesaria para evitarlo. Los segundos son aquellos que meditan, que preparan el pecado en su corazon; que buscan las ocasiones y se aprovechan de ellas cuando las encuentran con el mayor placer; que le cometen con toda reflexion; que sofocan los remordimientos; que tratan de justificárselo, ó á lo menos disminuir su gravedad; que se ciegan, que se obstinan, que se endurecen. Jesucristo que conocia íntimamente las disposiciones de unos y otros, daba á los primeros una favorable acogida: no solamente permitia que le siguiesen, sino que los llamaba, con ellos conversaba y comia, y él mismo se invitaba á hospedarse en su casa, como le hizo con Zaqueo. Mas no vemos en parte alguna del Evangelio que se haya portado así con los segundos; no porque no les tuviese una sincera compasion, sino porque ellos resistian tenazmente á la gracia, y cerraban voluntariamente los ojos á la luz.

Y por otra parte ¿á qué fin habia venido á la tierra el Hijo de Dios? ¿Era para ser un juez inexorable contra los pecadores? El mismo declara que no: sino que habia venido para

buscar y salvar lo que estaba perdido. Cuando se le hace un cargo de comer con los publicanos y con los pecadores, *no son los que están sanos*, responde, *sino los enfermos los que necesitan de médico;* y remite á sus contradictores á aquello que dijo Dios por su profeta: *Mas estimo la misericordia, que el sacrificio. Porque los pecadores son, y no los justos*, es decir, los que, como los fariseos, se creen tales, *á quienes he venido yo á llamar á penitencia* [1]. ¿Qué debia pues hacer, durante el curso de sus predicaciones, aquel que habia descendido del cielo para rescatar el mundo inundado de crímenes de toda especie? ¿No era necesario que anunciase en sus palabras, y que manifestase con su conducta las grandes misericordias del Señor? Convertir á los hombres, y conducirlos á su Padre, ¿no era una obra digna de él? Y para convertirlos, ¿no debia mostrarse fácilmente accesible, ganar su confianza, y secundar por medio de sus demostraciones exteriores la accion secreta de la gracia sobre sus corazones? Lo que por defuera expresaba, correspondia con lo que obraba interiormente; y habia ya perdonado como Dios aquel pecado que declaraba remitido como hombre. ¡Ah! ¿En donde estuviéramos, si Jesucristo no hubiese conservado en el cielo los mismos sentimientos que manifestó sobre la tierra? Los que, á pesar de él, quieren absolutamente perecer, que perezcan. Mas démosle gracias porque salva á los que corresponden al ardiente deseo que tiene de salvarlos.

Hemos de hermanar á imitacion de Jesucristo el celo contra el pecado con la compasion hácia el pecador. Esta compasion la tendremos, si somos humildes; si conocemos nuestra debilidad y nuestra inclinacion al mal; si estamos íntimamente convencidos que no hay pecado de que no seamos capaces; y que si nos vemos libres de grandes crímenes, es porque Dios nos ha preservado de caer en ellos. Cuando nos ha-

1 Matth. ix. 11. 12. 13.

llemos bien penetrados de esta verdad, miraremos con otros ojos á los pecadores, tendremos piedad de ellos por nosotros mismos, é imploraremos á favor suyo la misericordia divina que hemos experimentado, ya sea para salir de los mismos extravíos, ya para no caer en ellos.

Tengo por uno de los puntos mas importantes de la moral cristiana esta disposicion de espíritu para con los pecadores, que es uno de los mas bellos afectos de la caridad y de la humildad. Ella no es comun en las almas que han llevado una vida inocente, á menos que sean interiores. Solo éstas se conocen á sí mismas, saben de lo que son capaces en materia de obrar mal, y que son deudoras á Dios de todo el bien que hay en ellas. Pero las otras, que nunca han profundizado su miseria, y que atribuyen en gran parte sus virtudes á sí mismas, á su industria, á sus esfuerzos, á su fidelidad, no tienen los mismos sentimientos de compasion para con los pecadores, creyéndose muy distantes de poder parecérseles.

Mas la compasion general con los pecadores no priva el discernimiento que se ha de tener en el modo de tratarlos, y esto mira principalmente á los que están encargados de la direccion de las almas. Conducid, sostened, fortificad á los que caen únicamente por flaqueza, en quienes observais rectitud de corazon, confusion de sus faltas, y un cierto deseo de enmendarse. Haced de manera que se acerquen á vosotros con confianza, que no tengan la menor pena en abriros su corazon, y que se retiren siempre contentos de vosotros. No por esto debeis lisonjearlos, ni mucho menos atenuar la idea que se hayan formado de la gravedad de sus faltas; pero necesitan ser consolados y animados. En cuanto á los pecadores de malicia no merecen los mismos tratamientos, pues abusarian de ellos. Si consultais el espíritu de Jesucristo, os enseñará á discernir en las faltas lo que es efecto de fragilidad, y lo que es efecto de malignidad, y las reglas de la conducta que debeis seguir con los unos y con los otros.

Y toda vez que Jesucristo hace tan gran diferencia entre pecadores y pecadores, y atiende tanto al principio de donde dimanan las faltas, sed inexorables con vosotros mismos sobre las que tienen su raiz en una mala voluntad: y no atendais tanto á si son grandes ó pequeñas en sí mismas; pues son siempre de gran trascendencia, y pueden llevaros á un abismo, cuando nacen de reflexion ó de deliberado propósito. No os las perdoneis, porque son las que Jesucristo perdonó menos, y que mas perjudican á vuestro progreso espiritual. Así que, una palabra poco caritativa dicha con malicia, será por lo comun mas culpable que una palabra ofensiva escapada en un momento de calor ó de vivacidad; y una resistencia formal á la gracia en una pequeña cosa, desagradará mas á Dios que una falta considerable en que se habrá caido sin premeditacion. Muy diferentes culpas eran el adulterio y el homicidio de David, que las dos desobediencias de Saul. Estos pecados les fueron reprendidos al uno y al otro por dos diferentes profetas: entrambos príncipes se reconocieron culpables, y dijeron: *Pecado he contra el Señor*. David, no obstante, halló gracia en la presencia de Dios, y Saul fué desechado sin remision. Y esto ¿por qué? Porque el corazon de uno era recto y sencillo, y no lo era el del otro. El punto de los defectos y de los pecados que de ella se siguen, es otro de aquellos en que mas faltamos por carecer de rectitud y de sencillez, á causa de nuestro orgullo y de nuestro amor propio. Examinémonos muy de cerca y con la mayor rigidez acerca de este punto, y roguemos á Dios que no permita se nos pase nada que ofenda, por poco que sea, su santidad infinita. Para las miserias de pura fragilidad, cuando creemos de buena fe que son tales, la humilde confesion que de ellas hacemos, el sentimiento de haber caido en ellas, y el deseo sincero de evitarlas en adelante, nos obtienen fácilmente su perdon; y no por esto somos menos agradables á los ojos de Dios, á quien nada agrada

tanto como un corazon contrito y humillado de sus faltas.

CAPITULO XXXI.

Conducta contraria de los Fariseos.

El humilde Jesus, el justo, el santo por excelencia, y tanto mas humilde, cuanto mas justo y mas santo, conversaba gustoso con los pecadores; y estaba muy distante de imaginar que ni su santidad ni su reputacion pudiesen sufrir por un comercio que no tenia otro objeto que su conversion. Los mayores Santos, aquellos sobre todo que se consagraron al ministerio apostólico, se propusieron como un deber y una gloria el imitarle en esta parte. Tuvieron contradicciones durante su vida; mas antes que ellos las habia tenido Jesucristo. Los soberbios fariseos, que se vendian por justos porque observaban escrupulosamente lo literal de la ley, al paso que desconocian y violaban su espíritu, vivian separados del pueblo, como su nombre mismo lo significa, para no contaminarse, y para conservar su pretendida justicia en toda su pureza é integridad. Eran del número de aquellos de que habla Isaías, los cuales dicen á otros: *Apártate de mí, no me toques, porque tu eres inmundo* [1]. Hablaban con el mas alto menosprecio de los que seguian á Jesucristo, tratándoles de populacho ignorante en la ley y maldito [2]. Decian al ciego de nacimiento que daba testimonio del Salvador: *Saliste del vientre de tu madre envuelto en pecados, ¿y tú nos das lecciones* [3]? ¿Es acaso de estrañar, que hombres tan orgullosos y tan hipócritas no pudiesen perdonar á Jesucristo una conducta que condenaba tan declaradamente la suya,

1 Isaias LXV, 5.
2 Joan. VII. 49.
3 Joan. IX. 34.

que le inculpasen como un crímen el comer con los publicanos y pecadores, que tomasen de ello un pretexto para negarle la calidad de Profeta, por mas que su propia experiencia les hubiese tan á menudo convencido que él leia en sus mas ocultos pensamientos? *Si este hombre fuera profeta*, decia uno de ellos, *bien conoceria quién, y que tal es la mujer que le está tocando, ó que es una muger de mala vida* [1]. Jesus sabia que ella lo habia sido, y que en su corazon ya no lo era. Y bien lo manifestó en su respuesta á lo que pasaba en el corazon de Simon el fariseo. El conocimiento que tenian de la indulgencia de Jesus para con los pecadores, les movió á presentarle la mujer sorprendida en adulterio, esperando ponerle en contradiccion con la ley, que decretaba la pena de muerte contra este crímen. Mas Jesus, que conocia su malicia, les confundió, remitiéndoles á su propia conciencia. *El que de vosotros se halla sin pecado*, les dijo, *tire contra ella el primero la piedra* [2]. Y cuando se hubieron retirado, perdonó á aquella mujer, cuya humildad y arrepentimiento veia, recomendándole no pecar mas en lo sucesivo.

Solo á un Hombre Dios correspondia el perdonar de este modo los pecados. Él habia probado por medio de milagros obrados á este intento, que tenia este poder, del cual no usaba sino despues de haber puesto él mismo en los corazones las disposiciones necesarias. De otra parte, digno era de Dios el hacer esta gracia á aquellas almas que se arrepentian, movidas por el dolor de haberle ofendido; y nada mas conforme á su bondad, que aquella sentencia del Salvador, hablando de la pública pecadora: *Le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho* [3]. Los fariseos no podian negar ninguna de estas verdades, ni ninguno de estos hechos. ¿Qué les ofendia pues en la conducta de Jesucristo?

1 Luc. VII. 39.
2 Joan. VIII. 7.
3 Luc. VII. 47.

Su bondad misma. ¿Y qué heria en ellos aquella bondad? Su duro é inflexible orgullo, su severidad afectada por un principio de vanagloria y de interés. No aspiraban sino á la reputacion y á las ventajas humanas de la santidad; eran verdaderos sepulcros blanqueados llenos de huesos y de corrupcion.

Mas el espíritu de los fariseos no murió con ellos, introdújose en el cristianismo; y sin hablar aquí de los herejes antiguos y modernos que se separaron de la Iglesia por orgullo, y que para acreditar sus errores, se erigieron en reformadores de los abusos, creo poder adelantarme en asegurar, que entre los mismos católicos y entre las personas mas declaradamente dedicadas á la piedad, todo aquel que se gobierna por su propio espíritu en el servicio de Dios, y en el juicio que forma de las cosas de Dios, está mas ó menos infectado de la levadura farisáica. En una palabra, el propio espíritu hijo del orgullo es lo mismo que el espíritu farisáico. Sé muy bien que hay una falsa dulzura, una falsa indulgencia, una falsa compasion para con los pecadores; mas de ordinario no es el orgullo el que lo produce; es por el contrario, cierta blandura de carácter, una bondad del alma mal entendida y llevada á cierto extremo; es porque somos demasiado indulgentes con nosotros mismos, y por nuestra propension en presumir de la divina misericordia. Pero al condenar semejante exceso, no es menester caer en otro, y autorizarlo. Si este segundo exceso, que en el hecho no tiende menos á la relajacion que el primero, y á una relajacion todavía mayor, no fuese incomparablemente mas peligroso, no se hubiera Jesucristo alzado contra él con tanta fuerza, aunque previó que él seria su víctima.

No es fácil guardar un término medio en esta parte, á menos de conducirse con respecto á sí y á los demás por el espíritu de Jesucristo, y á menos de ser hombre interior. Como hay diferencia en los carácteres, si no se procede con mucho

cuidado, hay peligro de que cada cual tome la moral cristiana segun su carácter. Esta moral tiene un lado que parece autorizar la severidad, y tiene otro que parece favorecer la indulgencia; y es una verdad, que la discrecion y la prudencia cristianas consisten en conciliar estos dos contrarios, sin dar demasiado al uno en perjuicio del otro. Mas ¡cuán rara es esta direccion, tanto para sí como para otro! Es un puro don de Dios, que no creo conceda á otras almas que á las interiores.

Si el solo carácter hiciese inclinar á un lado ó á otro, y teniendo de otra parte miras puras y rectitud de intencion, el mal no aumentaria mucho, y seria remediable. Santos ha habido un poco severos en demasía consigo mismos y con los demás; y otros han existido que han sido tal vez demasiado indulgentes, pero mas con los otros que consigo mismos. A ello les llevaba su carácter; y puede muy bien decirse que en esto ni unos ni otros siguieron con bastante exactitud el espíritu de Dios. Mas por ello no sufrió gran detrimento ni su santidad ni la de los demás. Lo contrario sucede empero cuando al carácter se mezcla el espíritu propio. Entonces el orgullo ó el amor propio sugiere falsos principios de moral, y un plan de conducta que se sigue tanto para sí como para los demás: condénase á cualquiera que se separa de las reglas que uno mismo se ha establecido; entonces viene la terquedad, la obstinacion; no se quiere ver la verdad; pónense de su parte la envidia, los celos, las pasiones mas bajas; de la crítica, de los juicios temerarios se pasa á la maledicencia, á la calumnia, á los mas odiosos excesos. Si á esto se juntan miras profanas y criminales, sea de ambicion, sea de interés, sea de crédito y de vana reputacion, todo se cree lícito para llegar y para mantenerse en aquel estado; y todo lo que se dice, todo lo que se hace para elevarse ó para deprimir á nuestros rivales en direccion, no se descuida de cubrirlo con el velo de la hipocresía, al paso que se pretende trabajar so-

lamente por la causa de Dios. Así es que Jesucristo fué tratado de seductor por los fariseos, los cuales se vanagloriaron de su muerte como de un servicio hecho á Dios: y así es tambien que se han visto obreros evangélicos y misioneros, que despues de haberlo dejado todo para consagrarse á la salud de las almas en regiones distantes, levantaban la voz unos contra otros, se injuriaban con calumnias, se delataban ante los tribunales, sin pararse en el enorme escándalo que con esto ocasionaban.

Cuando no hubiese otra razon para abandonarse á la vida interior, que la de librarse de tantos escollos en que hacen precipitar el carácter, el espíritu propio, y las pasiones animadas por el orgullo en la senda de la salud y en las funciones del celo, ¿qué mas se necesitaria para tomar el generoso partido de entregarse enteramente á la gracia? No se puede llegar á ser interior sin renunciarse; y cuanto mas se adelanta en esta renuncia de sí propio, tanto mas se progresa en la carrera espiritual: y como el carácter no tiene dominio, ó lo va perdiendo cada dia sobre el que se dedica á renunciarse á sí, llega por fin el caso de no ser severo ni indulgente en demasía ya consigo ya con los otros. Renunciándonos, destruiremos en nosotros el espíritu propio, y no le daremos oidos cuando tratemos de formar planes de santidad y métodos de direccion; sino que todo nuestro plan, todo nuestro método se reducirá á escuchar y seguir humildemente al Espíritu Santo, así para nuestra propia conducta como para la ajena, no atascarnos á nuestro propio sentir, tomar consejo de la necesidad, observar nuestras propias faltas y corregirlas. Renunciarse, es sacrificar todas las miras humanas, es quitar á las pasiones todos los objetos que las irritan, es atacar al orgullo en su raiz; y aquel que ha hecho tales sacrificios, el que ha emprendido esta guerra contra sí mismo, el que pone cuidado en mortificarse y humillarse en todo, no es susceptible de envidiar la santidad ni los prósperos resultados de

otro. Con tal que Dios sea glorificado, de cualquier modo que lo sea, ya está contento; y si los medios de procurar su gloria estuviesen á su eleccion, preferiria los mas oscuros, los que mas se ocultan á las miradas de los hombres, aquellos de quienes le resultaria mayor humillacion. Un hombre tal nada de comun tendrá jamás con el espíritu farisáico; y cuanto mas interior sea, mas se irá siempre apartando de él.

CAPÍTULO XXXII.

Llanto de Jesucristo sobre Jerusalen.

La sensibilidad y la compasion de Jesucristo para con los pecadores no se limitaba á los que daban muestras de arrepentimiento de sus culpas, sino que se extendia á los que eran sus enemigos personales, y cuyo ódio contra él iba cada dia en aumento, sin esperanza de corregirse. Jerusalen debia condenarlo á muerte. No solo los jefes de la nacion sino el pueblo debia pedir á grandes gritos que fuese crucificado, y que su sangre cayese sobre ellos y sus hijos. Acercábase el momento de este horrible deicidio; y Jesus que preveia este crímen y sus consecuencias, tenia por ello traspasada el alma de dolor. Fijando la vista sobre esta ciudad desgraciada, derramó lágrimas, y exclamó: *¡Ah! si conocieses tú, por lo menos en este dia que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está todo ello oculto á tus ojos. Vendrán unos dias sobre tí en que tus enemigos te circunvalarán y te rodearán, y te estrecharán por todas partes: y te arrasarán, con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de tí, y no le dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado* [1]. ¡Quién podrá esplicar con que senti-

1 Luc. XIX. 41. 44.

miento de ternura pronunció el Salvador esta triste prediccion! Lloró sobre los males temporales que tendrian que sufrir los judíos de parte de los romanos, y que se habian ellos mismos atraido por su ciega rabia y obstinacion; lloró sobre su dispersion y sobre el estado deplorable á que debían quedar reducidos en todas las naciones, y que dura todavía despues de tantos siglos. Lloró mas aun sobre los males espirituales que habian de ser el fruto de su impenitencia y de su endurecimiento, sobre la pérdida eterna de tantas almas para quienes iba á derramar su sangre. ¿Y á qué causa atribuye tantas y tan grandes desgracias? A que en el tiempo señalado por Dios, no habia conocido lo que debia darle la paz, ni el momento en que la visitaba Dios en su misericordia. Este momento habia durado todo el tiempo de su vida pública. ¡Qué no habia dicho y obrado para abrirles los ojos, para moverlos, para forzarlos, por decirlo así, á reconocerle en calidad de Mesías! Las gracias interiores habian correspondido á los señales exteriores; y todo esto habia quedado sin efecto. *¿Cuántas veces*, dice en otra parte, *quise recoger á tus hijos como la gallina recoge á sus pollitos bajo las alas? Y tú no lo has querido* [1].

Lo que sentia Jesucristo con respecto á Jerusalen, lo ha experimentado tambien con motivo de todos y cada uno de los pecadores sin excepcion, que debian ofenderle y resistir á sus gracias en toda la sucesion de los siglos. No le eran menos caras sus almas que las de los judíos; y si por muchos de ellos no tuvo los mismos males temporales que deplorar, no era menos sensible á su perdicion eterna. Concibamos, si podemos, en qué abismo inmenso de amargura y de dolor estuvo de contínuo sumergido su corazon.

Las almas que aman sinceramente á Jesucristo participan aquí con él de sus penas interiores, y experimentan á proporcion los mismos sentimientos de conmiseracion sobre tantos

1 Math. XXIII, 37.

pecadores endurecidos como se precipitan todos los dias en el infierno. ¡Cuántas súplicas hacen! ¡A qué penitencias no se condenan! ¡A qué pruebas no se ponen para la eterna salud de aquellos pecadores! En tanto que los devotos y las devotas ordinarios no piensan sino en sí mismos, no trabajan sino para sí mismos, no se dedican sino á sus intereses espirituales, estrechándose en el reducido círculo de su amor propio; estas almas generosas se olvidan de sí mismas, y animadas por el espíritu de Jesucristo, abrazan en sus deseos la conversion y la salud del universo. Su mayor sentimiento es que Dios no sea conocido, amado, glorificado de todas las criaturas, y que la sangre del Salvador haya sido derramada inútilmente para tan grande número. ¡Ah! cuánto se necesita estar muerto á sí mismo y á todo interés personal, y apasionarse por la gloria de Dios, y arder por el celo de las almas, para estar animado de tan nobles sentimientos! Este es sin duda el mayor esfuerzo de la pura caridad; y es tan rara en el dia esta caridad pura, que solo reina en los que se han consagrado á la vida interior. Esta manera de pensar y de sentir se eleva demasiado sobre la naturaleza, para que pueda llegar á ella una virtud comun, la cual ni aspira á ella, ni aun la comprende. Menester es que Dios mismo siembre en las almas semejantes disposiciones, cuyo orígen se halla en el corazon adorable de Jesus: de allá deben tomarse como de su manantial: y ¡cuán pocos siguen la senda que conduce á este divino corazon! cuántos caminan hácia él para sí solos, y poco les importa la suerte de los demás! ¡Como si se creyese agradar á Jesus y asemejarse á él, sin interesarse en lo que fué el mas tierno objeto de su amor!

Es preciso atender mucho á lo que dijo Jesucristo, de que la desgracia de Jerusalen provino de que no conociese el tiempo en que Dios la visitaba. Hay para cada alma momentos críticos, circunstancias decisivas ya para salir del estado de la culpa, ya para entrar ó para perseverar en el camino de

la perfeccion. Estos son aquellos momentos en que la visita Dios de un modo mas señalado, y la llama á él por medio de una especial misericordia, bien sea inspirándola violentos remordimientos para arrancarla del pecado, bien sea poniéndola en el caso de practicar actos heróicos de virtud, ya sometiéndola á ciertas pruebas, ya exigiendo de ella ciertos sacrificios que cuestan mucho á la naturaleza. Sírvese tambien Dios algunas veces de medios exteriores por los cuales comunica su gracia, como una enfermedad, un contratiempo, una afliccion, un sermon, una lectura, una conversacion. Si el alma resiste, como es libre siempre de hacerlo, ya no hay mas remedio para ella; vivirá encenegada en el pecado ó en una vida relajada é imperfecta, y morirá en este estado. Si se rinde, héla aquí convertida, ó del mal al bien, ó del bien á lo mejor ó á lo mas perfecto, y de ahí depende no solo su conversion sino su perseverancia.

Nosotros pues no conocemos fijamente estas circunstancias decisivas para la salud ó para la santidad; y Dios nos las tiene ocultas para que estemos siempre vigilantes y en disposicion de corresponder á cada gracia que nos concede. ¿Qué motivo en realidad mas urgente que este? Yo siento que Dios obra en mi corazon; pero no sé si esta gracia será la última, y si lo arriesgo todo despreciándola. Dios me pide en este momento una donacion entera y sin reserva de mí mismo, porque tiene el designio de hacerme entrar en la vida interior. Si yo lo rehuso, ¿continuará en solicitarme, ó lo hará con la misma eficacia? Yo lo ignoro, y debo temer que no. Mas si él desiste de venir á encontrarme, hé aquí la puerta del camino de la perfeccion cerrada absolutamente para mí. Camino tiempo hace por las sendas espirituales, y hago en ellas algun progreso. Pero preséntase un obstáculo que superar, un paso importante que dar, una tentacion que vencer, una dificultad, una prueba que sufrir: Dios me impele interiormente; la naturaleza me detiene. Si cedo á la natura-

leza, nadie me asegura si volveré á tener sobre ella el ascendiente, me veré detenido absolutamente, no adelantaré mas, y estaré muy expuesto á retroceder. ¿Y hasta qué punto retrocederé? Lo ignoro. Tal vez lo abandonaré todo, y me perderé sin remedio. Lo mas seguro para mí en esta incertidumbre, es creer que cada momento en que me siento tocado por la gracia, es el de la visita del Señor, y cumplir fiel y generosamente lo que su gracia me sugiere. Hubo para cada judío uno de estos instantes críticos en que se trataba de reconocer ó no á Jesus por el Mesías. Los que fueron infieles á este llamamiento, resistieron despues á los mas estupendos prodigios, y acabaron por crucificarle como un blasfemo. Ejemplo terrible, que se renueva por desgracia con harta frecuencia en particulares, y á veces en naciones enteras. Porque nosotros nos parecemos todos mas ó menos á los judíos; y Dios guarda siempre la misma conducta en la distribucion de sus gracias.

CAPÍTULO XXXIII.

Oracion de Jesucristo.

Ya que Jesucristo es nuestro modelo en punto á oracion, fuente de todo bien espiritual, tanto como en todo lo restante, es muy necesario que con el auxilio de su gracia podamos formarnos alguna idea de su manera de orar: de otra suerte, no estaria en nuestra mano el imitarle en este punto. No se halle á mal pues, que yo me atreva á hablar sobre esta materia, segun él se digne ilustrarme.

Aunque la oracion de Jesucristo fuese contínua, y no pudiese ser un solo instante interrumpida por accion alguna exterior, ni aun por el reposo que concedia á la naturaleza; no

obstante, tenia tiempos señalados para orar, en los cuales, separábase de sus discípulos, buscando algun recinto solitario. Dice el Evangelio que en cierta ocasion habiéndose levantado muy de mañana, salió; fuése á un lugar desierto, y allí se puso en oracion [1]. En otra ocasion, que habiendo despachado el pueblo, subió á una montaña para orar solo; que por la tarde estaba todavía allí, en donde permaneció hasta la cuarta vigilia de la noche, es decir, á las tres de la mañana, para volver á juntarse con sus discípulos [2]. Antes de escoger sus apóstoles, se retiró á un monte para orar, y allí pasó la noche entera en oracion con Dios [3]. Dícese en otra parte que poco tiempo antes de su Pasion, estando en Jerusalen, pasaba los dias en enseñar al pueblo que acudia muy de mañana á sus instrucciones; y que por la tarde al salir del templo, iba á pasar las noches en el monte de los Olivos [4]. Estaba en oracion tres horas habia en un huerto de Gethsemaní, cuando Judas y los judíos fueron á prenderle: y Judas conocia este lugar, porque á él se retiraba Jesus á menudo con sus discípulos. Así pues, durante su vida pública, ocupado todo el dia en el servicio de su Padre, consagraba á la oracion una buena parte de la noche, y con frecuencia la noche entera. Lo mismo habria practicado sin duda durante su vida privada, dedicando todo el dia al trabajo, y tomando del reposo de la noche horas para rogar.

Aprendamos ante todo, de lo que se acaba de decir, que la oracion es el primer deber del cristiano; que en cualquier estado de vida que háyamos abrazado, y á cualquier trabajo de cuerpo ó de espíritu que estemos sujetos, debemos siempre proporcionarnos tiempo para este santo ejercicio; que nos es aun mas indispensable, si estamos obligados á funciones de

1 Marc. I. 35.
2 Matth XIV. 23. 25.
3 Luc. VI. 12.
4 Luc. XXI. 37. 38.

celo y de direccion; que el órden de la caridad no nos permite descuidar nuestra alma para ocuparnos casi únicamente en el alma del prójimo; y hasta que jamás haremos un verdadero bien al prójimo, si por medio de la oracion no atraemos la bendicion de Dios sobre nuestro ministerio. Hállase tiempo para todo, aun para lo mas indiferente y para meros entretenimientos, y no se halla tiempo para orar. Y ¿por qué? Porque la oracion no se ama, ni se conoce su necesidad.

No rogaba para sí Jesucristo, pues no tenia necesidad alguna espiritual, ni gracia ninguna que pedir, por cuanto en él residia la plenitud de las gracias; ni misericordia que implorar, siendo no solo exento de pecado, sino impecable; ni tentacion que superar, ni virtudes que obtener. ¿Quién le inducia pues á pedir? Su amor para con su Padre, y el interés que se toma en su gloria. Unida á la divinidad por un favor único su alma desde el instante en que fué criada, se unia tambien á ella por su voluntad, por sus actos libres, por el ardor de sus afectos. La oracion era su vida; y no la dejaba para dedicarse á la accion sino cuando esta era la voluntad de su Padre; volviendo por sí misma á la oracion desde el momento en que quedaba libre. Despues de la gloria de Dios, la salud de los hombres era el motivo y el objeto de sus súplicas. Ni justos ni pecadores obtienen de Dios una sola gracia, que Jesucristo no la haya pedido y obtenido para ellos en el decurso de su vida. Trataba pues á solas con su Padre de este gran negocio, en donde iban igualmente comprendidos los que se pierden por culpa suya y los que se salvan; nosotros le estábamos presentes en el pensamiento y en el corazon, en un punto de vista que abrazaba todas nuestras necesidades personales.

Nuestras necesidades espirituales de toda especie nos imponen la ley de rogar para nosotros mismos; y tantas son las miserias de que nos vemos cargados á la presencia de Dios, que no nos es posible olvidarnos en aquel acto á nosotros mis-

mos; y aun cuando estuviéramos tan entregados á él, que no nos ocurriese súplica alguna particular que hacerle, debemos siempre continuar en nuestra oracion una súplica general á favor nuestro. Seria una insoportable presuncion ó un desinterés estravagante el no hacerlo, creyendo, ó bien qne no tenemos ya necesidad de pensar en nosotros durante la oracion, ó que es mas perfeccion el no hacerlo. Que en ciertas oraciones en que Dios solo obra nos perdamos de vista, y ni aun tengamos objeto alguno distinto, concíbese fácilmente, y este estado es comun tambien á los principiantes. Mas cuando Dios nos deja la libertad en nuestros actos, el bien espiritual de nuestra alma debe ser uno de nuestros principales objetos. Lo que hallo empero mas reprensible en la mayor parte de los cristianos es que el amor propio limita á sí mismos todas sus súplicas, y que en ellas olvidan los intereses de Dios y los del prójimo para concentrarse en los suyos; en lo cual proceden contra la intencion y el ejemplo del Salvador. La idea que nos formamos de la oracion se limita á una peticion ó demanda. Mas ¿no es tambien una admiracion, un éxtasis de amor á vista de la grandeza y de las perfecciones de Dios? ¿No es tambien una alabanza, una accion de gracias, un sacrificio, un deseo que Dios sea conocido y amado, un doloroso sentimiento de que no lo sea tanto como él lo merece y lo exige? ¿Hay por ventura en la oracion cosa mas excelente que cuanto tiende directamente á los intereses de Dios? ¿Y acaso no debe movernos el interés del prójimo, á quien tenemos obligacion de amar como á nosotros mismos? ¿Nada tenemos que pedir para nuestros padres, para nuestros amigos, para nuestros bienhechores corporales y espirituales, para todos los hijos de la Iglesia que son hermanos nuestros, para los herejes y cismáticos, separados de ella por la desgracia del nacimiento, para tantos infieles é idólatras que no adoran ó ni aun conocen á Jesucristo? No excluimos al prójimo de nuestras oraciones, es verdad; pero ocupados únicamente en nosotros

mismos, no pensamos en él, y no presentamos casi nunca delante de Dios nuestro comun Padre las necesidades de la gran familia cuyos miembros somos. ¿Dónde está pues nuestra caridad para con el prójimo? ¿Cuál es el primer objeto de esta caridad, si no es su salud y su santificacion? ¿Y cuándo la ejercitaremos, si no le dejamos lugar en nuestras oraciones? Cada uno que ruegue para sí, suele decirse: máxima maldita y reprobada por Jesucristo. Yo sostengo que se ruega mal para sí, cuando no se piensa en rogar para el prójimo; que no se le ama con un amor sobrenatural, cuando no se ruega para él; y que si no se le ama, no se ama á Dios.

Mas ¿en qué consistia la oracion de Jesucristo? ¿Era tal vez un tejido, una larga serie de palabras, ó de actos articulados? Oró tambien en público para darnos á conocer los sentimientos de su corazon, y para que sus oraciones fuesen para nosotros una enseñanza. Nos enseñó tambien una oracion vocal, breve y sencilla, que abraza todo lo que un cristiano puede y debe pedir para sí y para sus hermanos, tanto para la gloria de Dios, como para sus necesidades temporales y expirituales. Mas no por esto entendió sujetar á los cristianos únicamente á la oracion vocal; como si Dios no escuchase los deseos del corazon á menos que no los exprimiera la boca. Las oraciones públicas deben ser vocales, mas no así la oracion en que el alma comunica á solas con Dios. Y Jesucristo asi se comunicaba con su Padre: no oraba por lo comun sino interiormente, aunque algunas veces dejase sin duda exhalar en suspiros, en lágrimas y en palabras los afectos de su alma. Lo cierto es que en él todas sus oraciones eran animadas y dictadas por el corazon; y que Dios no acepta con agrado de nuestra parte sino las que del corazon parten. Hé aquí el punto capital: despues dejemos al Espíritu Santo que nos inspire si hemos de rogar verbalmente, ó si hemos de permanecer silenciosos á la presencia de Dios.

Y cuando Jesucristo estaba en oracion, ¿ejercitaba metó-

dicamente las tres potencias de su alma en un objeto determinado y dividido en varios puntos? No por cierto: estos métodos tienen su útilidad, puede hacerse uso de ellos por algun tiempo; pero creerlos indipensable seria engañarse; restringirse á ellos seria violentar la gracia, que es superior á todo método; hacer profesion de no enseñar otros, y señalarlos á todas las almas que están bajo nuestra direccion, seria someter la accion de Dios á la de la criatura, dar pábulo á la actividad del espíritu propio, privar á la oracion de sus mas excelentes efectos, retener las almas en un grado muy inferior á aquel á que Dios las elevára si se le dejase obrar libremente; privarlas, en fin, de orar de una manera aproximada á la de Jesucristo.

La oracion del Salvador era indudablemente única, pues era la de un alma unida inseparablemente á la persona del Verbo, y era la oracion de un Dios que realmente no podia orar, atendida su divinidad; mas que se atribuia y juzgaba digna de él la oracion, valiéndose como de órgano de su humanidad. No es dado á ninguna inteligencia criada el penetrar en el secreto de una oracion semejante, ni elevarse á su misteriosa sublimidad. Lo que de ello podemos decir nosotros, es que entonces el alma de Jesucristo estaba mas profundamente abismada en el seno de la divinidad, que estaba como oprimida y anonodada bajo el peso inmenso de su majestad y grandeza; y que para no sucumbir enteramente, necesitaba ser sostenida de toda la fuerza del Omnipotente. Los éxtasis, los arrebatos, el estado mismo de los espíritus bienaventurados y la vision intuitiva de la esencia divina con el amor y la felicidad que la acompañan, nada tienen de comparable con lo que sentia en la oracion el alma de Jesucristo. Creemos con razon, y es un artículo de fe, que esta oracion era en el mas alto grado. Pero por un incomprensible prodigio, los efectos admirables de la union hipostática que hacian á esta alma soberanamente feliz, se detenian en

su parte superior, y no pasaban sino rara vez y por cortos intérvalos hasta la parte inferior.

Esto nos conduce á otra verdad desconocida al comun de los cristianos, y de la que ni aun las almas interiores tienen conocimiento, sino cuando se hallan destinadas al estado de víctima. Y es, que la oracion de Jesucristo no abundaba en dulzuras y en consuelos, que era al contrario muy amarga y muy dolorosa, aunque tranquila; que en ella se presentaba como un criminal cargado de todos los pecados del género humano, como un deudor comprometido á pagar todas nuestras deudas, y como deudor á la justicia divina de todos los castigos que merecíamos. Parecia pues delante de su Padre como una víctima de expiacion, ofreciéndose á todos los rigores de sus venganzas, rogándole que nos perdonase y que descargase sobre él solo su indignacion, cuyos efectos experimentaba en la oracion: su Padre le manifestaba un semblante severo é irritado; en este Padre, que tan tiernamente amaba, tenia un juez inexorable que le preparaba tormentos y oprobios, que parecia desecharlo de su presencia y tratarlo como objeto de maldicion. Y no podia mirarse á sí mismo sin que se viese como todo cubierto de pecados, sin que se hiciese horror, como si fuera él realmente el culpable. ¡Qué contricion no excitaria en él la multitud de estos pecados que abrazaba, viéndolos todos distintamente, y penetrando toda su enormidad!

¡Y qué contraste entre la santidad adorable de su persona y esta lepra general, formada de la masa de todas nuestras iniquidades! ¡Y hasta qué punto no seria sensible á los ultrajes hechos á la majestad divina! ¡Y cuánto no sufriria ya de antemano para repararlos! ¡Cuál seria aun su dolor, echando una ojeada sobre tantas almas de las que venia á rescatar, que se obstinarian en perderse, que pisotearian sus gracias, el precio de su sangre, cabándose ellas mismas un infierno mas profundo que aquel de que venia á librarlas!

Tales eran las impresiones que obraban sucesivamente, ó todas á la vez, sobre el alma de Jesucristo en la oracion. Si podemos comprender su extension, su vivacidad, su intensidad, tendremos alguna idea de las penas interiores que el corazon de Jesucristo sentia en la oracion, y conoceremos que los tormentos exteriores de su Pasion fueron nada en comparacion de estas penas.

Almas sensibles, que tan ávidas os mostrais de que Dios os acaricie en la oracion, que solo para serlo os poneis en su presencia, que quedais desoladas si os lo priva, si se niega á alimentar vuestro amor propio expiritual, ¿no os avergonzais de vosotras mismas cuando comparais vuestras disposiciones con las de Jesucristo? Si consideramos su santidad, ¿qué es lo que merecia encontrar cuando oraba? Sin duda que todas las delicias del cielo. Mas ¿eran estas delicias las que el buscaba en la oracion, y las que en ella hallaba realmente? Y vosotros ¿qué mereceis, y qué buscais en la oracion? ¿Sois dignos acaso de una sola mirada de Dios? Y cuando se digna concedérosla, ¿no debiérais abismaros en vuestra nada, y derritiros de puro reconocimiento? ¿No debiérais pensar mas bien, que cuando al parecer os abandona, os hace justicia, y darle gracias porque os mortifica y os humilla?

Acudid á la escuela de Jesucristo para aprender allí cual es la verdadera y excelente oracion, la que mas glorifica á Dios, y la mas útil para vuestro adelantamiento. Y os responderá ser aquella que mas se parece á la suya; aquella en que no solamente os ofreceis en sacrificio, sino en la cual sois realmente sacrificados; aquella en que Dios os abate bajo el peso de su grandeza y de vuestra bajeza, de su santidad y de vuestra corrupcion: aquella en que os penetrais de dolor al ver una bondad infinita tan gravemente ofendida por vosotros y por los demás; aquella en que por vuestro amor os ofreceis á todas las cruces, las aceptais, las llevais, para satisfacer á su justicia, demasiado venturosos en que se dig-

ne admitir vuestro holocausto en union con el de su Hijo.

Vosotros no aspirais sino á la gloria y á las delicias del Tabor, y no pensais que esta vision maravillosa pasó como un relámpago; que Jesucristo ni aun se deja ver en ella, y que solo tenia la mira de animar el valor y afirmar la fe de sus discípulos; que mientras duró aquélla, toda su conversacion con Moisés y Elías versó sobra su pasion; que S. Pedro, el cual se hallaba bien allí, y queria construir tres tiendas para fijarse en aquel lugar, es reprendido en el Evangelio como *no sabiendo lo que decia*. Guardad, pues, grabado en vuestra memoria, que cuantos tienen un verdadero amor á Jesucristo, y desean sinceramente parecerse á él, no desean para sí mismos una oracion de otra especie que la suya; que nunca están tan contentos como cuando sufren en ella en el cuerpo y en el espíritu, y quedan profundamente humillados. Tened por sospechosa toda oracion que no dé por fruto el desprendimiento de las dulzuras mismas del espíritu, y el ódio de sí mismo.

CAPÍTULO XXXIV.

Amor de Jesucristo hácia la Cruz.

No sin razon declara el Salvador en varios pasajes del Evangelio, que quien no lleva su cruz, no puede ser su discípulo. La cruz, por la que debemos entender no solo aquella en que él murió, sino todas las penas interiores y exteriores de la vida, la cruz, repito, formó siempre las delicias de su corazon. Ella le fué presentada á su entrada en el mundo, y él la aceptó no meramente con resignacion, sino con un amor generoso, con alegría; la abrazó, y la tomó por su compañera

inseparable. Previa todas sus circunstancias, las veia sucederse una á otra; sabia qué contradicciones, qué enemigos debian acarrearle su doctrina, sus ejemplos, sus acciones, y á donde debian llegar su ódio y su malicia. Lo predijo muchas veces á sus discípulos, y no se desmintió jamás; adelantóse siempre con paso firme hácia la cruz que tenia á la vista, y que esperaba por término de su carrera. Si en alguna ocasion huia ó se ocultaba, no era ciertamente por temor, ni para sustraerse al furor de sus enemigos, sino porque *su hora no habia llegado*, y no debia anticiparla. Desde que ésta hubo llegado, él mismo se adelantó á los que le buscaban, y se entregó en sus manos.

Ved con qué energía reprende á S. Pedro, que por un mal entendido amor á su Maestro no podia sufrir que les anunciase su muerte violenta é ignominiosa; echándole de sí, como hubiera echado al mismo demonio, y reprochándole que nada entendia y gustaba de las cosas de Dios. Ved cuan ardiente deseo manifiesta de consumar su sacrificio. *Con un bautismo tengo de ser yo bautizado*, exclamaba; entonces hablaba de la efusion de su sangre en la cual habia de ser inundado; *¡Oh y como traigo en prensa el corazon, mientras que no lo veo cumplido!* [1]. En su última cena, víspera de su pasion, descubre á sus apóstoles con qué ardientes ansias habia deseado comer con ellos aquella pascua antes de padecer [2]. Cuando Judas hubo tomado su última determinacion, el Salvador sabiendo que no habia ya mas esperanza de conversion para aquel desdichado, le empujó en cierto modo para que apresurase su traicion, diciéndole: *Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes.*

Mas, ¿qué es lo que amaba en su cruz? ¿eran los padecimientos y las humillaciones en sí mismas? No: nada tienen de amable ni de apetecible consideradas en sí. *Nadie*, dice S. Pablo, *ha aborrecido nunca su carne;* y Jesucristo tenia me-

1 Luc. XII. 50.
2 Luc. XXII. 15.

nos razon que otro hombre alguno para querer su destruccion. Nadie ha amado los oprobios por los oprobios mismos: y por todos títulos las honras y la gloria eran debidos á Jesucristo. El amaba en su cruz el beneplácito de su Padre, la satisfaccion que le daba por el género humano, la prueba que le mostraba de su obediencia. Amaba la victoria que por su muerte iba á conseguir sobre el diablo, y la afrenta con que iba á cubrir á este enemigo de Dios y de los hombres; amaba nuestra salud y nuestra felicidad unidas á su cruz, por la cual nos libertaba del infierno, nos abria el cielo, y nos reponia en los derechos que habiamos perdido. Para conocer pues hasta que punto Jesucristo amó su cruz, preciso seria penetrar el exceso de amor que tuvo á su Padre y á nosotros. Tan inmenso era este amor, que no vaciló en decir que fué el mas violento de sus tormentos; y que superando todos los demás, sucumbió voluntariamente á éste, habiendo exhalado gustoso y únicamente, por la fuerza de su amor, el último suspiro.

Si Jesucristo amó su cruz porque amaba á su Padre, porque se interesaba en su gloria, y porque estaba sometido á su voluntad, ¿no estamos obligados por la misma razon á amar la nuestra? ¿No es Dios nuestro Padre, y no nos ha adoptado en Jesucristo? ¿No debemos interesarnos en su gloria, y darnos tanta mas priesa en repararla en cuanto nosotros somos los que la hemos ultrajado? ¿No le debemos una igual sumision á su voluntad, en el acto de aceptar las cruces que nos envia? Prescrito se halla nuestro deber en la conducta de Jesucristo: como hombre él es nuestro modelo, y nos dió el ejemplo para enseñarnos lo que debemos practicar.

Si Jesucristo amó su cruz porque nos amaba á nosotros, porque queria nuestra felicidad eterna, porque estaba decidido á procurárnosla á cualquier costa, ¿no tenemos los mismos motivos de amar la nuestra? ¿No debemos naturalmente amarnos á nosotros mismos? ¿Hay algo que de mas cerca

nos toque que nuestra eterna felicidad? ¿Podemos comprarla demasiado cara, y no merece para adquirirla que padezcamos todas las penas de la vida presente? ¿No sabemos que nuestra cruz unida á la del Salvador es el instrumento, la prenda, el precio de nuestra salud; y que es imposible llegar al cielo por otra senda que por la de la cruz? Y ¡qué! Hablando Jesus de sí mismo, dijo: *Menester ha sido que el Cristo sufriese, y que así entrase en su gloria;* y ¿no será necesario que suframos nosotros para participar con él de esta gloria? ¿Estaba acaso excluido él como nosotros de la gloria celestial? ¿Habia pecado en Adan como nosotros? ¿Se habia hecho como nosotros culpable de algun pecado personal? ¿No era debida la gloria á su santa humanidad en virtud de su union con el Verbo? No obstante fué necesario que sufriese: y ¿no será una necesidad para nosotros el sufrir, que somos pecadores por nuestro orígen, pecadores por nuestra propia voluntad, que hemos perdido todos los derechos á la celestial herencia y que no merecemos sino el infierno? En verdad que no tenemos fe, ó si la tenemos, la desechamos en la práctica.

Hablando S. Pablo de sus propios padecimientos, decia: *Yo completo en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo.* ¿Qué quiere decir con esto? ¿Faltó alguna cosa al precio que pagó el Salvador por nuestro rescate? Indudablemente no. Mas este precio, aunque suficiente y abundantísimo en sí mismo, no puede aplicársenos, si no satisfacemos tambien algo por nuestra parte. Dios nos ha regalado lo que debemos pagar, y esta satisfaccion son las cruces que su providencia nos destina. Si rehusamos satisfacer, inútil nos será el rescate de Jesucristo. *El que nos crió sin nosotros, no nos salvará sin nosotros*, dice S. Agustin. *No seremos glorificados con Jesucristo, sino en cuanto con él habremos sufrido.* Estas son las palabras del Apóstol, que explican las que antes he citado.

Hay una razon particular para que las almas interiores

amen la cruz, y es: que la amó su esposo Jesucristo. Creyéranse indignas de pertenecerle en calidad de esposas, si no tuvieran los mismos sentimientos, las mismas inclinaciones que él. ¡Qué! ¡Mi esposo ha sido un *hombre de dolor*, y yo huiré del dolor! ¡Mi esposo ha sido *despreciado*, *el último de los hombres;* ha sido *no un hombre*, *sino un gusano de la tierra*, y yo tendré horror á la humillacion! ¡Ah! ¿Pudiera yo acercármele, conversar con él, aspirar á sus caricias, si así pensase? ¿Y él mismo pudiera sufrirme en su presencia? Este motivo sugerido por el amor es el que mas fuertemente les impresiona. ¿Qué amarian ellas en su esposo, si no amasen su cruz? ¿Y cómo pudieran amar su cruz, si no amasen la suya propia, que forma parte de la de aquél?

Mas ¿cuál es esta cruz que debemos llevar en pos de Jesucristo? Es ante todo para todos los cristianos en general la práctica exacta de la moral evangélica: esto ya es mucho para quien tiene una verdadera idea de esta moral. Entre mil cristianos mucho es que haya uno que se aplique seriamente á observarla en todos sus puntos. Es en seguida para cada uno de ellos las penas inherentes al estado que ha abrazado. La forman tambien todos los accidentes de la vida, todos los sucesos de la Providencia, todo lo que nos contraría, nos aflige, nos humilla; apenas damos un paso sin encontrar semejantes cruces, las cuales nos serian útiles y dulces, si las amáramos por miras sobrenaturales. Lo son tambien las privaciones voluntarias, las penitencias y las austeridades que nos imponemos con una santa discrecion, ó las que abrazamos por toda la vida, consagrándonos al estado religioso. Lo son en fin las penas interiores inseparables de la vida espiritual, y las pruebas á que Dios se place poner ciertas almas escogidas para hacerlas mas perfectamente semejantes á su divino Hijo.

Es indudable que la cruz propiamente dicha de Jesucristo, la que llevó desde su nacimiento y durante toda su vida, la

que le hizo sufrir incomparablemente mas que todas sus cruces exteriores, fué la que su alma sintió ya inmediatamente, y que le venia de diversos objetos que atormentaban su espíritu, y afligian su corazon; y solo juntando cruces de esta naturaleza es como las almas interiores guardan con él mas notable conformidad; y el deseo de esta conformidad es el que las mueve á aceptarlas, y el que las sostiene en las mas penosas pruebas.

CAPITULO XXXV.

De la humildad de Jesucristo.

Jesucristo nos dió el ejemplo mas perfecto de todas las virtudes; pero hay dos que parece habernos querido enseñar con especialidad, y son las mas amadas de las almas interiores, á saber: la mansedumbre y la humildad. *Aprended de mí,* nos dice, *que soy manso y humilde de corazon, y hallareis el reposo para vuestras almas* [1]. Veamos primero hasta qué punto llevó él mismo estas dos virtudes, y despues hasta donde, ayudados por su gracia, debemos trabajar en imitarle: empecemos por la humildad, que es el principio de la mansedumbre.

Parécenos á primera vista que si algun hombre tuvo jamás motivo, y en cierto modo derecho, para no ser humilde, era Jesucristo. El era Dios. ¿Y la humildad puede convenir á Dios? No, no puede convenirle en su propia naturaleza. Diráse además que proporcion guardada tampoco podia convenirle en cuanto hombre; que por la union hipostática su santa humanidad fué elevada á una dignidad única, y tan alta que el mismo Dios no puede hacer mas en favor de una naturaleza creada, que era impecable, que poseia la gracia en su pleni-

1 Matth. xi. 29.

tud, que estaba cierto de sentarse algun dia á la derecha del eterno Padre, que gozaba ya en la tierra de su vision bienaventurada, que nada por fin veia en sí mismo, ni en el cuerpo ni en el alma, que no fuese un motivo mas bien de darse gloria que de humillarse. Esto es mucha verdad, si entendemos la humildad tal como pueden y deben entenderla pecadores como nosotros.

Mas la humildad de Jesucristo era de otra naturaleza y muchísimo mas profunda que la nuestra. Ved ahí sus fundamentos por los cuales podreis conocer su extension. Tenia él, en primer lugar, un encumbrado conocimiento de la distancia infinita que media entre la grandeza de Dios existente por sí mismo, y la bajeza de la criatura sacada de la nada; y como unia en su persona estos dos extremos, estaba su alma de contínuo abismada en el sentimiento mas vivo y mas penetrante que existió jamás de la divina majestad y de su propia bajeza. En segundo lugar, por santa y pura que fuese aquella alma, lo era por gracia y no por naturaleza. ¿Qué podia pues pensar de sí misma, cuando se comparaba con la santidad y con la pureza infinita y esencial de Dios? En tercer lugar, por una consecuencia necesaria de la union hipostática, no habia mas que una persona, un *yo* en Jesucristo, la persona, el *yo* del Verbo. Así que su alma, no teniendo subsistencia propia, estaba en un anonadamiento moral que no le permitia atribuirse nada, ni mirarse por nada, ni glorificarse en nada. En cuarto lugar, Jesucristo en calidad de víctima que debia ser inmolada á la justicia divina, llevaba sin cesar en su alma la viva impresion de todos los pecados del género humano, como si hubiesen sido los suyos; por ellos estaba confuso y humillado como si los hubiese cometido; creíase digno de todos los castigos, de la cólera del cielo. Así que, él solo era tanto ó mas humilde de lo que lo serian todos los hombres juntos, si tuviesen una contricion igual al número y á la enormidad de sus pecades. Digo mas humil-

de, porque conocia y sentia la gravedad de nuestras ofensas en un grado á que no pudiera llegar criatura alguna por pura que fuese, y á cualquier punto de gracia á que hubiese sido sublimada. La humildad pues de Jesucristo es por su exceso un misterio de los mas incomprensibles.

Aun puedo añadir, que el previlegio inefable de que gozaba su alma en ser unida á la persona del Verbo, debia tenerla contínuamente en un inconcebible asombro, en un reconocimiento sin límites á tan singular beneficio, en una dedicacion absoluta á la gloria de Dios: disposiciones todas, que debian producir en ella una humildad incomparable. Lo mismo digo de la dependencia en que estaba del dominio de Dios, y de su inviolable correspondencia á la gracia; dominio y correspondencia, cuyo efecto inmediato era conservarla en una humildad proporcionada al imperio que Dios ejercia en todo sobre ella, y al pleno consentimiento que ella daba de su parte.

Yo sucumbo, oh Salvador mio, oprimido como me hallo, bajo el solo pensamiento de vuestra humildad; en ella se pierde mi espíritu, y nada puede claramente concebir sino que es un abismo insondable para todo entendimiento criado. Mas ¿cómo quereis con esto, que aprendamos de vos que sois humilde de corazon? ¿Qué provecho sacarémos de una leccion tan en extremo superior á nuestro alcance? ¿No es desesperarnos el proponernos un modelo, que ni aun podemos contemplar, cuánto menos imitar? Pero me engaño. Los mismos motivos, las mismas impresiones que hacian tan humilde el alma de Jesucristo, pueden y deben obrar sobre la nuestra, y producir el mismo efecto segun su capacidad.

¿No sabemos nosotros que Dios lo es todo por sí mismo, y que nosotros nada somos sino por él, tanto en el órden de la naturaleza como en el de la gracia? No perdamos de vista este pensamiento que debemos recordar cuantas veces nos asaltare tentacion de creernos alguna cosa; digamos sin ce-

sar: ¿De qué puede gloriarse la pura nada? ¿Que hay de bueno en mí, que yo no haya recibido? Y si lo he recibido ¿por qué me glorío de ello como si de mí propio lo tuviese? ¿Se necesitaria mas para rebatir, para confundir, para aniquilar nuestro orgullo, para darnos á conocer cuan injusto es? Robamos á Dios todo el bien que á nosotros nos atribuimos, y nada hay tan criminal ni odioso como esta usurpacion.

Nuestra bondad moral, nuestra santidad, que no puede venir sino de Dios, y que es en su principio un puro beneficio suyo ¿qué es sino nada en comparacion con la de Jesucristo? Mas, si á la vista de Dios tan puro, tan santo, el alma del Salvador, que todo lo tenia por su union con el Verbo, no podia ni aun mirarse á sí misma, ¿cómo osaremos complacernos en nosotros mismos, y qué viene á ser ese átomo de santidad que en nosotros pensamos descubrir? ¿Una gota de agua podrá medirse con la inmensidad del Océano? ¿Una chispa, una centella disputará su luz con el sol? ¿Y qué será, si debemos á Dios hasta la sombra de pureza que haya en nosotros?

El *yo* humano, orígen de todo orgullo, era nulo en Jesucristo; no puede serlo en nosotros, porque nuestra union con Dios es moral, no personal. Pero esta union moral puede siempre aumentar y estrecharse; á medida que aumenta, nuestro *yo* se debilita, se desvanece, se va perdiendo mas y mas en Dios, hasta que al fin, si no prevenimos, contenemos á lo menos los mas ligeros sentimientos de orgullo, las mas pequeñas reincidencias del amor propio, hasta llegar á un olvido habitual de nosotros mismos, lo cual es para nosotros la consumacion de la humildad.

Jesus no era pecador sino por representacion; nosotros lo hemos sido y lo somos en realidad. Si tan humilde fué porque nos representaba, ¡qué debemos ser nosotros! Pesemos algun tanto esta consideracion. La sola capacidad de pecar,

de revelarnos contra Dios, nuestro Criador, nuestro Padre; de hacernos culpables del mayor de los atentados, de la mas negra ingratitud, debe bastar para inspirarnos la humildad mas profunda. Si esto es así, ¿cómo podremos dejar de ser humildes despues de tantos pecados de todas especies tan á menudo reiterados, y con tanta malicia cometidos? ¿Cómo podremos no ser humildes, al pensar que llevamos en nosotros el gérmen de todos los crímenes, á los cuales estamos expuestos á caer por nuestras infidelidades y resistencias á la gracia, y caeríamos aun si Dios por su misericordia inmensa no nos preservase de ello? ¿Cómo no seremos humildes nosotros, que por tantos títulos no merecemos sino el infierno, y que en él arderíamos para siempre, si Dios no hubiese escuchado mas que su justicia?

Si Dios nos ha honrado con sus favores, si nos ha dispensado dones que á pocas almas concede, hé aquí una razon mas para humillarnos á vista de nuestra propia indignidad, para confundirnos de que un Dios tan grande se digne bajar hasta nosotros para tratarnos con tanta misericordia. Mas sin recurrir á gracias extraordinarias, el solo beneficio de la adopcion divina, beneficio puramente gratuito, beneficio que sobrepuja á todos los demás, y que es su principio; beneficio, que es una comunicacion y una extension del privilegio inefable que distingue la santa humanidad de Jesucristo: este beneficio, digo, debe causar en nosotros la misma admiracion, los mismos transportes de reconocimiento, el mismo sacrificio de nosotros mismos, y conservarnos en una humildad que corresponda á tales sentimientos.

En fin, el dominio supremo que ejerce Dios sobre nosotros, el derecho que tiene de ejercer su imperio sobre nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones, sin coartar nuestra libertad; la estrecha obligacion que tenemos de doblegar á la suya nuestra voluntad, y de corresponder fielmente á sus gracias, todo esto nos conduce indispensablemen-

te á la humildad. Nuestra dependencia de él es grande en todos sentidos; nuestra humildad debe serlo asimismo; y no cumpliremos en esta parte con nuestro deber sino aspirando á ser tan sumisos, tan obedientes, tan humildes como Jesucristo. Ahora entendemos ya lo bastante el significado de aquella leccion: *Aprended de mí que soy humilde de corazon.* Conocemos ya sus motivos, su extension, y el deber que en cumplirla tenemos. Vemos que la humildad ha de tener su asiento en el corazon, y manifestarse despues exteriormente segun las ocasiones, con sencillez, con naturalidad, sin afectacion; en una palabra, que es preciso ser humilde sin pensar serlo, lo cual seria un orgullo refinado, y sin dar lugar á que lo piensen los demás, lo cual fuera una pura hipocresía. Pidamos sin cesar á Dios sus luces para mejor conocer la naturaleza y las calidades de esta virtud sublime; pidámosle el amor y el gusto de esta virtud; pero un amor sincero, un gusto penetrante é íntimo; y sobre todo, pidámosle que nos la haga practicar. Pues esta virtvd, como todas las demás, se adquiere por su ejercicio; y por poco que en ello reflexionemos, sentimos por esperiencia la extrema repugnancia que tenemos en practicarla. Trastórnase toda nuestra naturaleza á la sola idea de un desprecio, de una humillacion; ocultamos con el mayor cuidado cuanto puede rebajar nuestra opinion en el concepto de otro; hasta nos lo disimulamos á nosotros mismos, y nunca consentimos en vernos tales como somos. Empecemos á lo menos por detestar nuestro orgullo, por confundirnos, por suplicar á Dios que nos libre de él, y nos dé la fuerza necesaria para combatirlo. Entremos á menudo en el corazon de Jesus, ya que á ello nos convida. Observémosle los sentimientos, y nada descubriremos que no nos conduzca á la humildad, que no nos la haga amable y nos facilite el ejercerla. Sea la humildad de este corazon adorable el principal objeto de nuestra devocion y de nuestra imitacion, diciendo con frecuencia: *¡Jesus*

manso y humilde de corazon, habed piedad de mí!

CAPITULO XXXVI.

De la mansedumbre de Jesucristo.

La dulce mansedumbre es hija de la humildad. Todo corazon humilde es manso, y tanto mas manso cuanto mas humilde. ¡Cuál debió ser pues la mansedumbre de Jesucristo! ¡Y cuán autorizado estaba para decirnos: *Aprended de mí que soy manso*! Conciliábase perfectamente en él esta virtud con el celo y la firmeza. Cuando se trataba de defender los intereses de su Padre, y de la verdad, de reprender á los hipócritas que abusaban de las apariencias de piedad para seducir al pueblo, ó de corregir los escándalos, hablaba con fuego y vehemencia, manifestaba una santa indignacion, hasta desplegaba su autoridad divina, como lo hizo dos veces cuando arrojó del templo á los que traficaban en él. Pero cuando se trataba de persona ó bien dejaba sin rechazar las injurias y las calumnias que se le imputaban, ó se defendia con una extremada moderacion, sin mostrar la menor alteracion en su aire ni en sus palabras, y empleando sin acalorarse razones invencibles, que dejaban sin respuesta á sus enemigos.

El principio de esta mansedumbre inefable residia en su corazon; no tenia mas que seguir sus movimientos, sin necesidad de bacerse la menor violencia. Para hablar dignamente de sí, hemos de decir que era absolutamente imposible que le abandonase, ni que faltase á ella en circunstancia alguna, porque su alma estaba siempre bajo el dominio del Verbo que en todo la gobernaba y arreglaba. Y sin embargo es de observar, que alma alguna tuvo nunca una tan viva y delicada sensibilidad; que no le escapaba el menor rasgo de la injusticia y de la perversidad de sus enemigos; y que tenia

para con sus malas disposiciones toda la aversion que puede tener un Hombre Dios.

Nunca se manifestó mas dulce que en las contradicciones que experimentó durante todo el curso de su vida pública; en la manera con que se justificaba de las odiosas acriminaciones que se le hacian, ya de violar el sábado, ya de arrojar los demonios invocando á Beelzebú príncipe de ellos; ora de conversar y de comer con los pecadores, ora de ser un samaritano, un hombre poseido del demonio, hasta un blasfemo, porque se decia Hijo de Dios. ¡Cuántas veces se intentó prenderlo, precipitarlo, apedrearlo! La rabia de sus enemigos llegaba á su colmo; y la mansedumbre que á ella oponia, léjos de apaciguarlos, les irritaba mas todavía.

He hablado ya de la conducta de Jesucristo con respecto á sus apóstoles. No se mostró menos dulce con ellos, que con sus enemigos, ni tuvo de ello menos necesidad. Con ellos vivia como un padre y como un amigo mas bien que como un maestro. Tratábales casi como de igual á igual; y cuando se atiende á lo que era él, y cuanto les era superior, no digo por su divinidad, sino hasta por su misma humanidad, no puede menos que asombrarnos y arrebatarnos su condescendencia y su familiaridad. Eran hombres sencillos y sin vicios; pero sujetos á muchos defectos é imperfecciones, de las que les reprendia con tanta discrecion como dolor, cuando lo juzgaba á propósito para su provecho, y les sufria con paciencia aguardando que se corrigiesen, y sabiendo que no se verian libres de aquellos defectos enteramente sino despues de su muerte en el descenso del Espíritu Santo. Cuanto mas perfecto y santo era él, mas parece que debia sufrir por las debilidades y por las miserias de sus discípulos; mas no leemos que nunca se lo diese á conocer, ni que tratase de humillarlos. En su enmienda no se proponia otro objeto que su bien y no la propia satisfaccion. Solo era solícito en ganar su

corazon, y en tenerlos unidos con él y entre sí por medio de las insinuaciones y de los miramientos de la caridad.

Eran hombres ignorantes y groseros, incapaces de entender nada de las cosas expirituales. ¡Cuánto debió costarle el instruirlos! ¡Cuánto tuvo que abajarse para ponerse á su alcance! Y ¿qué otro sino él no se hubiera impacientado, á lo menos interiormente, viendo que nada comprendian, y que todas sus lecciones eran, por decirlo así, perdidas? Los que se hallan en el caso de enseñar á los demás, están tanto mas expuestos á enfadarse y á desaminarse, cuanta mayor inteligencia tienen ellos, y mas obtusa es la de sus discípulos; y no sé si se hallaria un santo bastaste dueño de sí, para reprimirse siempre cuando tiene que instruir á ciertas inteligencias. Infiramos de ahí la dulzura é inefable mansedumbre de Jesucristo, el cual poseyendo todos los tesoros de la ciencia divina, tenia que conversar con hombres tan materiales y sin capacidad, no cansándose jamás, y no dejando perder la menor ocasion para elevarlos al conocimiento de las cosas divinas. En su mano estaba el comunicarles mas luces y mas gracias; fácilmente podia desengañarles de sus errores; podia, como lo hizo despues de su resurreccion, abrirles las potencias, y concederles la inteligencia de las Escrituras. Pero el momento no era llegado todavía, y él lo aguardaba sometido á la voluntad de su Padre, sin manifestar la menor impaciencia de verlo llegar mas presto.

Es la mansedumbre una virtud que diariamente se practica: tenemos de ella una continua necesidad con respecto á las personas con quienes vivimos: un marido y una mujer entre sí, un padre y una madre con respecto á sus hijos, un amo ó señora con sus domésticos. Cada uno tiene sus defectos; no siempre depende de nosotros el corregir los del prójimo; pues ó no tenemos autoridad para tanto, ó queda sin fruto el uso que de ella hacemos. Entonces es necesario resolverse á sufrirlo. Nos dice el Apóstol: *Comportad las car-*

gas unos de otros, y con eso cumplireis la ley de Cristo [2]. En las familias, en las comunidades seculares ó regulares, donde quiera vivan hombres reunidos, no hay precepto de obligacion mas indispensable, si se quiere conservar la union y la paz. Mas ¡de cuánta dulzura para esto se necesita! No entiendo hablar aquí de aquella especie de dulzura de carácter que tiende mas bien á la flojedad, á la indiferencia, á la debilidad, que á la virtud, y que no puede comunicarse cuando no se recibió al nacer. Tampoco entiendo hablar de aquella afectada dulzura, efecto de la cortesía y del bien parecer humano, ó de los respetos que creemos debemos á nosotros mismos. Esta especie de mansedumbre es únicamente exterior; los motivos que la producen nada tienen de comun con la caridad cristiana, y hay mil circunstancias en que, ó pierden la fuerza, ó no tienen lugar. La mansedumbre de que aquí tratamos es enteramente sobrenatural en sí misma y en sus motivos; es el fruto de la humildad, de la caridad, del imperio adquirido sobre nosotros mismos con el auxilio de la gracia, de nuestra habitud en estar constantemente unidos á Dios, y ser dueños pacíficos de nuestra alma y de sus afecciones.

Si es ya mucho el soportar los defectos del prójimo; mucho mas se necesita en mi concepto para reprenderlos, para trabajar en corregirlos; pues entonces es preciso saber hermanarlo con el celo la firmeza, y hasta con una santa indignacion excitada por la gracia. ¡Cuán puro ha de ser el celo para ser dulce! ¡Cuán prudente ha de ser la firmeza para no denegar en dureza y en inflexibilidad! ¡Cuán lleno ha de estar de Dios un corazon para que esta cólera no le altere la paz, para que no pase de sus límites, y que no se mezcle con ella la natural impetuosidad! La correccion, cuando tiene todos los requisitos, es la obra maestra de la mansedumbre. Por esto nada escasea tanto como el talento de reprender á propósito, y de

2 Galat. VI. 2.

la manera conveniente para no agriar los espíritus, y para moverles á reconocer sus faltas y á corregirse de ellas. La mansedumbre, pues, es la virtud á que mas han de aplicarse los que tienen inspeccion sobre la conducta de los demás, y que están obligados á darles avisos y reprensiones. El medio entre la flojedad y el rigor excesivo es muy difícil de adquirir; y á menos de estar muy adelantado en la vida interior, no será fácil preservarse de uno de ambos extremos. Hay un cierto arte que prepara los espíritus, se insinua en ellos con suavidad, los maneja á su placer, no insiste mas de lo que es necesario, les cautiva eficazmente, poniéndoles en la senda de su curacion; y este arte solo lo enseña Dios á las almas que plenamente posee.

En cuanto á los que enseñan, una manera dulce é insinuante de proponer las verdades cristianas es tan necesaria á los que predican como á los que escriben sobre asuntos de piedad. Ved el modo con que lo hacen Tomás de Kempis, San Francisco de Sales, y Fenelon: todo respira dulzura en sus escritos; y muestran la virtud tan amable, que nadie puede negarse á abrazarla. Difícil es no hallar sabor en ellos; y desde que se han gustado, es aun mas difícil no rendirse á su doctrina. Y esto es, porque la gracia misma enseñaba por medio de estos hombres de oracion, y animados del espíritu de Jesucristo. Conocereis siempre las obras buenas y sólidas sobre la vida interior por un carácter imitable de dulzura, que en vano buscareis en otra parte. Las materias expirituales, y en general todo lo que pertenece á la moral cristiana, exige ser enseñado así.

Pero aun es mucho mas necesaria la dulzura á los que enseñan en particular, ya sea en el tribunal de la penitencia, ya sea en las conversaciones familiares, como los confesores y directores. Estos tienen que luchar contra los defectos del espíritu y del carácter, y contra las malas disposicionesde las personas con quienes hablan. Si manifies-

tan mal génio, impaciencia, altivez, y cierta cosa de imperioso y dominante, se harán mal á sí y á sus propias instrucciones, alejarán de sí á las almas, las volverán indóciles ó las fastidiarán. Atiendan al modo con que enseña la gracia, como se acomoda á la capacidad de cada uno, como va ilustrando insensible y gradualmente, como cautiva blandamente y poco á poco la voluntad, sin impacientarse annque haya sido rechazada al principio, volviendo á la carga, aprovechando los momentos favorables, y no hablando sino en circunstancias oportunas para ser escuchada; superando con una fuerza llena de suavidad los obstáculos que se le oponen, proponiendo todo lo que sirve para atraer el corazon, y disimulando ó allanando las dificultades que pudieran arredrar. Así enseñaba Jesucristo, el autor de la gracia. Así deben enseñar aquellos á quienes encarga él este ministerio, ó que pone en ciertas coyunturas por una disposicion particular.

No ha de creerse por esto que la mansedumbre excluya el celo; no hace mas que temperar su ardor, y regular su impetuosidad. Sin salirse de su carácter de dulzura, Jesucristo pareció animado del mas fervoroso celo cuando era necesario. S. Pablo, su fiel imitador, reunió en sus Cartas toda la fuerza y la vehemencia del celo, con las expresiones de la mas tierna caridad. S. Juan, que es la misma dulzura, hace brillar su celo contra los enemigos de Jesucristo y de la caridad fraternal. Lo repetiré aun otra vez: entregaos al espíritu de Dios; sea él quien hable por vuestra boca, y el que regule los movimientos de vuestro corazon. Si la naturaleza entra por algo en lo que debe ser todo sobrenatural, echará á perder su obra, y vosotros tendreis que inculparos el haber inutilizado la gracia.

CAPÍTULO XXXVII.

Del amor de Jesucristo para con su Padre.

Jesucristo es el único hombre que haya perfectamente cumplido el gran precepto de la ley: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu espíritu, con todo tu corazon, con todas tus fuerzas.* El amó á Dios mas de lo que fué amado, y mas de lo que lo será en el cielo y en la tierra por todas las criaturas juntas. Y así como es imposible el concebir una union mas estrecha entre las dos naturalezas divina y humana que la union hipóstatica, asimismo es imposible corresponder á semejante beneficio con un amor mas grande del que tuvo Jesucristo. Verdad es que en cierto sentido este amor era necesario; pues que su alma gozaba de la vista de Dios, y no podia perderla. Pero la clara vision de Dios no quitaba á esta alma su libertad, ni el que ejercitase su amor con toda espontaneidad. Y bajo este punto de vista Jesucristo se nos propone por modelo en su amor para con Dios, como en todo lo demás, á nosotros que estamos aquí en la tierra en estado de fe, Y era muy necesario que su amor fuese libre, pues era meritorio para él y para nosotros, y que las pruebas que de él dió, quiso darlas por medio de un expreso consentimiento. Podemos pues, y debemos imitar en esto á Jesucristo, amando á Dios segun toda la extension de la gracia que para ello se nos ha comunicado.

Veamos ahora como Jesucristo amó á su Padre. Le amó *con todo su espíritu;* es decir, en primer lugar, que su amor correspondió al conocimiento que tenia de la amabilidad infinita de Dios, y de todos los títulos por los cuales merece nuestro amor. Siendo la voluntad, como se sabe, ciega por sí misma, no puede amar un objeto sino en cuanto el entendi-

miento se lo presenta como amable; y cumple con todo lo que de ella depende, cuando ama de una manera proporcionada á los motivos de amor que el entendimiento le descubre en el objeto. No se trata aquí de señalar á punto fijo hasta qué grado el alma de Jesucristo conoció la amabilidad de Dios bajo todos los respetos. Diciendo que esto sobrepuja á nuestra comprension, ya lo hemos dicho todo. Bástanos solamente saber que él le amó tanto, cuanto lo conoció amable. Hé aquí la regla que hemos de seguir, y así es como debemos amar á Dios con todo nuestro espíritu. El conocimiento que tenemos de Dios y de sus beneficios, es imcomparablemente inferior al que tenia de ello Jesucristo. Mas nuestro amor ¿corresponde al que nosotros tenemos? Este es el punto sobre el cual jamás nos habremos examinado constantemente, con el fin de humillarnos, de confundirnos, de excitarnos á llenar el primero de nuestros deberes. Sabemos que Dios, siendo soberanamente perfecto, es infinitamente amable por sí mismo. ¿Qué debemos inferir de aquí? Que jamás le amaremos bastantemente, que debemos siempre desear, siempre, esforzarnos, y pedirle siempre amarle mas; y que en este punto jamás debemos quedar satisfechos de nosotros mismos. Sabemos que Dios es el soberano, el único bien, el solo bien amable por sí mismo; y que el grande y principal motivo para amarle, se ha de tomar de él y no de nosotros, ni de nuestro interés, ni aun de nuestro reconocimiento. ¿Amamos á Dios principalmente por este motivo tan puro, tan elevado, tan destituido de todo motivo personal ¡Ah! ¡Cuántos cristianos que se tienen por ilustrados, y á quienes ciega el amor propio, pretenden que el amor puro no es sino una quimera hija de imaginaciones vivas y acaloradas; que este amor no es propio de la vida presente, y que no conviene sino á los bienaventurados! Sin embargo así ha amado Jesucristo, y nos invita, y nos impele, y nos obliga á amar del mismo modo; y no entraremos en el cielo sin una

chispa al menos de este purísimo amor. Es necesario pues que acá en la tierra nos esforcemos para llegar á la pureza de este amor, y sin excluir los demás motivos, hacerle el motivo dominante de nuestras afecciones. Cónstanos que de Dios tenemos la existencia y todos los bienes que son en el órden de la naturaleza; que en el órden de la gracia, los beneficios que hemos recibido y los que esperamos en la otra vida son tan grandes, que no hay de nuestra parte reconocimiento capaz de igualarlos. Sabemos tambien que Dios en nada necesita de nosotros para su propia felicidad; que si nos ha criado, si nos tiene destinados á una dicha eterna, es por una bondad enteramente gratuita. Paso en silencio todos los demás beneficios personales que forman el tejido de toda nuestra vida. Dictános nuestra razon y nuestra fe, que por la mas justa de las retribuciones debemos amar al que nos ha amado el primero; y amarle á proporcion de las muestras que de su amor nos ha dado. ¿Le amamos así? ¿Y hacemos servir al amor las luces que de la razon y de la revelacion recibimos? Y en tanto mas, en cuanto por precio de tantos beneficios naturales y sobrenaturales, Dios no nos pide otra cosa que nuestro amor.

Jesucristo amó á su Padre *con todo su espíritu;* es decir, en segundo lugar, que desde el primer momento de su vida hasta al último suspiro, todos sus pensamientos, todas sus miras, todos sus designios se consagraron al servicio y á la gloria de su Padre; que ningun otro objeto ocupaba su espíritu, y que á él solo lo referia todo. ¿Ocupa Dios asimismo toda la capacidad de nuestro espíritu? ¿De donde nos vienen pues tantos malos pensamientos, tantos pensamientos inútiles, tantos pensamientos de amor propio? ¿De dónde nos vienen todas estas miras terrestres y animales, todos estos proyectos en que Dios no entra para nada, y que léjos de glorificarle, no suelen tender sino á ofenderle? Confesemos por nuestro oprobio, que el pensamiento de Dios, con el cual de-

biéramos familiarizarnos, y que nunca debiéramos perder de vista, es quizás el que menos á menudo nos viene; que nos molesta e importuna, que procuramos desviarlo y distraernos de él; que lo sacrificamos voluntariamente al primer objeto que halaga nuestros sentidos ó nuestra imaginacion; que casi todas nuestras reflexiones se refieren á nosotros mismos, que nunca nos dejamos, ni aun en la oracion, en la cual la mayor parte de tiempo Dios es quien menos nos ocupa. Si es una verdad que á menudo se piensa con lo que se ama, y que todo nos lo recuerda, ¿no tenemos motivo para creer, ó que no amamos á Dios, ó que no le amamos sino muy débilmente?

Jesucristo amó á su Padre *con todo su espíritu;* es decir, en tercer lugar, que por amor tuvo su espíritu en contínua dependencia del espíritu de su Padre; que no tuvo otra regla en sus juicios que el espíritu de su Padre; que no dió acogida á otros pensamientos que á los inspirados por su Padre. ¿Es pues amar á Dios *con todo nuestro espíritu,* pretender gobernarnos por el espíritu propio, conservar el dominio sobre nuestros pensamientos, y no someterlos al espíritu de Dios? Si el espíritu propio es por sí mismo opuesto al espíritu de Dios, claro está que escuchándolo, siguiéndolo, tomando consejo de él solo, vamos directamente contra el precepto del amor de Dios. ¿Hemos dado hasta ahora en que para cumplir este precepto nos era absolutamente indispensable renunciar al propio espíritu? Y al presente que tan clara vemos esta necesidad, ¿tomarémos el partido de renunciar á ella? Para hacerlo eficazmente, empecemos por instruirnos en la oracion y en los buenos libros espirituales de lo que es el propio espíritu, hasta qué punto nos domina, y cuán sútil es y peligroso. Cuando háyamos adquirido estos conocimientos que nos faltan, nos hallarémos mas dispuestos á hacer de aquél un sacrificio á Dios, rogándole que sustituya en nosotros el suyo, y trabajando nosotros para destruir el nuestro.

Jesucristo amó á su Padre *con todo su corazon*. Lo primero que hizo al entrar en el mundo, fué dárselo con una donacion entera, absoluta, irrevocable. Y no fué esto un don vago, general y sin objeto determinado. Conoció ya entonces hasta el último punto y del modo mas distinto á todo lo que le obligaba aquel don; supo cuales eran sobre él la voluntad y los designios de su Padre, cuán rigurosos eran, y el sacrificio que de él exigia; y aceptó este sacrificio, consagrándosele con el amor mas fuerte y generoso. Si posible hubiese sido que su Padre le hubiera exigido mas, no hubiera vacilado en dar su asenso, pues que su amor era superior en mucho á las terribles pruebas por las cuales pasar debia. Un volcan de amor abrasó desde entonces, devoró, consumió aquel corazon adorable; mas ¡qué volcan tan inmenso! ¡Qué ardiente! Todo el fuego que inflama en el cielo los espíritus y las almas bienaventuradas, todo el que ha ardido sobre la tierra y arderá hasta la fin de los siglos en el corazon de los justos y de los santos, nada tiene de comparable con el fuego que se encendió en el corazon de Jesucristo; y es muy cierto, á lo menos en cuanto á los hombres, que todo el amor á Dios que han tenido y que tendrán para siempre mas, no son sino débiles chispas emanadas de aquel inmenso foco.

El hábito de la caridad se nos infundió en nuestros corazones con el bautismo, y nos impone la obligacion de dar nuestro corazon á Dios, desde que tenemos la razon suficiente para conocerlo. ¡Cuán pocos cumplen con este deber tan pronto como pueden! ¡Cuán pocos persisten en esta donacion adelantando en edad, y no la revocan cuando empiezan á darse á conocer las ocasiones! Semejante privilegio solo ha tenido lugar en un corto número de Santos. Los demás que han entregado enteramente su corazon á Dios, no lo han verificado sino ó despues de haber perdido la gracia santificante, ó despues de haber por largo tiempo balanceado entre Dios y las criaturas. La mayor parte viven y mueren sin ha-

ber nunca consentido en desasirse enteramente de su corazon. Y ya que es preciso decirlo, de tantas personas como hacen profesion de piedad, las almas interiores son las únicas cuyo corazon sea enteramente de Dios; y aun hay entre ellas su mas y su menos, segun la medida de su gracia y de su correspondencia á ella. ¡Quien tal creyera! Este don de nuestro corazon que solicita Dios con tanta fuerza, que tan legítimamente y por tantos títulos se le debe, y que todas las razones tomadas de nuestro propio interés nos impelen á concedérselo, este don, repito, es la cosa del mundo que mas nos cuesta, por la cual sentimos mayor repugnancia, y que le rehusamos con mayor obstinacion. Preciso es que Dios nos lo arranque por una especial gracia, sin la que jamás le obtuviera. ¡Qué vergüenza para nosotros, y qué exceso de miseria hijo del pecado y de nuestro amor propio, el que tanto nos cueste amar á Dios *con todo nuestro corazon*!

Jesucristo amó á su Padre *con todo su corazon;* á él se dirigieron todas sus afecciones en toda la extension y con toda la vehemencia de que era capaz. Nada amó sino por respeto á su Padre, y con el mismo amor que á él tenia, sin dividirlo nunca con nadie. Su corazon tendia derechamente á Dios sin el menor desvío; con un movimiento tan vivo y una rapidez tan inconcebible, que mas bien puede decirse que estuvo siempre como abismado y perdido en Dios. ¿Qué es lo que amaba en su santa Madre, en José, en sus apóstoles, en los hombres todos? Dios, únicamente Dios; ni queria, ni podia amar en ellos otra cosa. ¿Dónde están los santos cuyos afectos están consagrados á Dios, que no tengan alguna aficion humana, por pequeña que sea, ó desde el momento en que notan alguna en sí mismos, sean inexorables en cortarla de raiz? ¡Cuán difícil es no amar sino á Dios solo en todo lo que nos manda ó nos permite amar! ¡Cuán raro es un amor tan puro! Creyéramos molestar, cautivar demasiado nuestro corazon, si tuviéramos que sujetarlo á este solo amor; y no

pensamos que, muy al contrario, en esto consiste su verdadera, su perfecta libertad; y que la menor afeccion que le separe de allí, es un obstáculo que le impide tomar libremente su vuelo hácia el bien soberano.

Jesucristo amó á su Padre *con todo su corazon*; nunca reflejó su amor sobre sí mismo, nunca echó sobre sí la menor mirada de complacencia, nunca amó cosa con respecto á sí, En él no existió ni pudo existir el amor propio, porque él no tenia ni propiedad ni otro *yo* que el *yo* del Verbo. ¿Con qué no amaba él á su alma ni á su cuerpo? Sí, los amaba; mas como unidos al Verbo, como perteneciendo al Verbo, y con el mismo amor que, en cuanto á Verbo, profesa á su Padre de toda la eternidad. No podemos tratar nosotros de llegar á esta inefable pureza de amor; pero debemos aspirar á toda la pureza que Dios desea, y de que nos hace capaces su gracia, combatiendo con todo nuestro poder al amor propio, á este enemigo irreconciliable del amor de Dios, debilitándole cada dia mas, y persiguiéndole hasta los últimos rincones de nuestro corazon. No amamos á Dios, sino en cuanto aborrecemos el amor propio. Y para aborrecer el amor propio tanto como merece, y hasta para conocerlo tal como es, necesitamos de una luz y de una gracia sobrenaturales, que Dios no concede sino por grados á los que están decididos á amarle *con todo su corazon*.

Jesucristo amó á su Padre *con todas sus fuerzas;* y no se valió de su cuerpo sino como de un instrumento destinado á auxiliar el alma en las pruebas que le dió de su amor. Empleó sus fuerzas en obrar y en padecer por Dios; no le dió alimento y reposo sino para ponerle en estado de aguantar nuevos trabajos y nuevos sufrimientos; en fin, por amor entregó su cuerpo á todos los tormentos, derramó toda su sangre hasta la última gota, y lo inmoló en holocausto sobre la cruz. ¿Reflexionamos seriamente, que este cuerpo que nosotros cuidamos, debe ser una víctima de amor; que todas las satis-

facciones naturales que le concedemos mas allá de la necesidad, son otros tantos robos que hacemos al amor; que si se le ha dado vida, salud, fuerza, es para consagrarlo todo al amor; que cuando le ahorramos el trabajo ó cuidamos tanto de librarle de lo que le molesta, le fastidia, ó le hace padecer, vamos contra el precepto del amor; y con mayor razon, cuando con tanto afan le procuramos los placeres de los sentidos, cuando le conservamos en una muelle holganza, cuando no nos curamos sino de su bienestar, y nuestra alma forma de él su ídolo consagrándose á su servicio, en vez de hacerlo servir y sacrificarlo al servicio de Dios? ¡Ah! ¡Cuán léjos estamos de imitar en esta parte á Jesucristo! Su cuerpo fué la primera cosa que sacrificó á su Padre: no lo tomó sino para hacerle morir con una muerte violenta, y con este solo objeto le alimentó y le sostuvo, no mirándolo ni tratándolo en toda su vida sino como una víctima, Y su carne sin embargo era inocente, era santa, y unida íntimamente con la divinidad; y la nuestra es corrompida en su orígen, rebelde al espíritu, nos conduce al pecado, y es la fuente principal de nuestros pecados; y el grande objeto de la mayor parte de las pasiones es el satisfacer sus terrestres y brutales inclinaciones.

Jesucristo amó con todas las facultades de su alma. Su memoria, su entendimiento, su voluntad, su misma imaginacion solo de Dios se llenaban, solo en Dios se ejercitaban, solo en servirle se ocupaban. El Verbo, por su accion divina, daba el impulso á las potencias del alma, y el alma á los movimientos del cuerpo; de suerte que todo estaba ordenado y dirigido por el amor, todo tendia y terminaba en el amor. ¿Nos hallamos nosotros en este caso? ¿Aspiramos á tanto por nuestros deseos? ¿Nos esforzamos con todo nuestro poder para llegar á conseguirlo? ¿En qué se ocupa nuestra alma que siempre está pensando, queriendo, y cuya actividad no para un solo instante? ¿Es acaso Dios, ó lo que

se refiere á Dios, el recuerdo de sus recuerdos, de sus reflexiones, de sus afectos? ¿Solo para Dios tiene vida y accion? ¿Es un principio sobrenatural el que le imprime sus movimientos, el que manda y gobierna sus operaciones, y el que las dirige todas hácia el amor de Dios? Hé aquí sin disputa lo que debe ser un cristiano; hé aquí á lo menos á lo que debe tender con un ardor infatigable, si quiere amar á Dios *con todas sus fuerzas*. Esto es imposible acá en la tierra, me direis. Y ¿por dónde lo sabeis? Sí hablais así es porque todavía no habeis empezado á amar. Amad, y vereis como el amor, una vez dueño de vuestro corazon se apoderará de todo lo demás, se apropiará el uso y la direccion de vuestras facultades espirituales y corporales, os enseñará á consagrarle vuestros trabajos y vuestros padecimientos, vuestros placeres y vuestras penas, lo dirigirá todo á él, y reducirá á su debida unidad esta multiplicidad que os divide y os disipa. El amor empieza por reunirlo y reconcentrarlo todo en lo interior, desde donde se comunica despues al exterior, y acaba por poseer á todo el hombre. Es un fuego que del centro se extiende á todos los extremos, lo gana todo, y transforma en él todo cuanto toca, despues de haber consumido lo que se le opone.

CAPÍTULO XXXVIII.

Del amor de Jesucristo para con los hombres.

El amor del prójimo es una consecuencia necesaria del amor de Dios. Porque no se puede amar á Dios, sin amar lo que él ama, y lo que nos manda amar. Dios ama á los hombres que son obra suya, que los crió solo para hacerlos felices; y manda á los hombres, y especialmente á los cristianos,

el amarse los unos á los otros. Así que, fácil nos es juzgar del amor que tuvo Jesucristo á los hombres, por el que él tuvo á Dios. La medida del uno ha servido al otro de medida, y uno y otro los llevó hasta el mas alto punto á que pueden llegar. Y para explicarme con mas precision, estos dos amores no formaban sino uno: el mismo eran en su principio, y solo en el objeto diferian.

Conocidos son los efectos del amor de Jesucristo hácia nosotros: la fe nos los propone, nos los enseñaron desde niños, y están extensamente desplegados en varias obras de piedad. Pero no los meditamos lo bastante, ni alimentamos con ellos nuestro corazon cuanto seria menester.

Jesucristo nos ha amado á todos, no simplemente en general, sino á cada uno en particular; nos llevaba á todos, distintamente en su pecho; y como este corazon era de una capacidad inmensa, no estábamos en él apiñados, ni la afeccion que á los otros tenia perjudicaba en lo mas mínimo á la que sentia para cada uno de nosotros. De manera, que cada cual podia apropiarse el corazon de Jesus, como si hubiese sido el objeto único de su amor, y decir con S. Pablo: *Me ha amado, y se ha entregado por mí.* Al modo que el sol distribuye su luz y su calor á cada uno con tanta profusion, como si á aquél solo tuviése que alumbrar y calentar.

Jesucristo nos amó cuando éramos todos pecadores é indignos de sus gracias inefables. Hijos de cólera por nuestro nacimiento, por este solo título no teníamos derecho alguno al amor de Jesucristo, ni al de su Padre; y aunque él se hubiese denegado á redimirnos, aun cuando nos hubiese abandonado á la sentencia de muerte eterna pronunciada contra nosotros, no tendriamos de qué quejarnos. ¡Y cuánto menos motivos tenia para amarnos, atendidas tantas ofensas personales de que preveia nos hariamos culpables!

El nos amó á pesar de haber previsto que, no obstante su amor, continuaríamos en pecar, y le ofenderíamos á

él en persona, pisoteando su sangre, y abusando de su fruto que son las gracias. ¿Dónde están estos bienhechores que obligan cuando saben que se les pagará con ingratitud, y que se tornará contra ellos sus propios beneficios?

El nos amó no para la vida presente, que pasa como un sueño, sino para la vida futura que no pasará jamás; no para librarnos de algunos males temporales, y procurarnos una dicha perecedera, sino para librarnos de una desdicha eterna, y asegurarnos una felicidad sin límites y sin fin. Nadie sino él podia libertarnos de lo uno, y ponernos en posesion de lo otro; y éramos perdidos sin recurso, si él no hubiese venido á nuestro socorro.

El nos amó por sí mismo, de su propio movimiento, sin que nosotros se lo pidiésemos, ni aun pensásemos en rogárselo. Su amor fué un amor preventivo y gratuito; nada tenia que esperar ni aguardar de nosotros, ni menos que temer nada de nuestra parte si nos hubiese denegado su amor.

Mas ¿cómo nos amó? Con el amor mas fuerte, mas tierno, mas generoso, mas eficaz. Nada perdonó de todo cuanto podia hacer en favor nuestro, hasta ponerse en nuestro lugar, y satisfacer por nosotros á la divina justicia. Tomó sobre sus hombros nuestros pecados, y el castigo que merecian; nos abrió el cielo por medio de su sangre, y solo por la aplicacion de sus méritos tenemos derecho de entrar en él. Consintió en ser á los ojos de su Padre un objeto de maldicion, para atraer sobre nosotros su benevolencia, y reconciliarnos con él. Quiso ser tratado con tanto rigor como si él hubiese sido el pecado mismo, para empeñar á su Padre á que nos adoptase por hijos suyos, y á restituirnos su celestial herencia, que habíamos perdido.

Como nuestro Médico, no solo curó nuestras dolencias, sino que se dedicó á prevenirlas. El orgullo y el amor propio son las dos fuentes de nuestros males, cuyo remedio nos ofrece en su humildad y en su mortificacion. Abrazó un estado

pobre, oscuro, despreciable, para inspirarnos el desprendimiento de las riquezas y del brillo de los vanos honores de la tierra; bebió el cáliz de las humillaciones y de los sufrimientos, para quitarle su amargura; y á mas nos abrió en los sacramentos, fuentes de gracia, en las que nos invita á beber segun lo necesitemos.

Como Maestro nos enseñó la verdad que él mismo habia aprendido en el seno de su Padre: nos descubrió los secretos de Dios, y á ellos nos introdujo con el auxilio de la fe. Nos dejó en el Evangelio, una moral pura, sublime, que nos conduce directamente á la felicidad, tanto en la vida presente como en la futura. Antes de Jesucristo, ¿Se conocia por ventura en qué consiste la felicidad del hombre? ¿Se sabia el camino que á ella conduce? ¿Quién ignora la multitud de sistemas, ó diremos mejor, de errores de los antiguos filósofos sobre esta materia? Jesucristo con una sola palabra nos enseñó que él es el *Camino* que conduce al hombre á la felicidad, la *Verdad* que se demuestra, y la *Vida* que la abraza y que la comunica.

Como Pontífice se sacrificó una vez sobre la cruz; y se sacrifica todos los dias sobre nuestros altares, para honrar en su nombre y en el nuestro la majestad infinita de Dios, para reconocer la grandeza de sus beneficios, para expiar nuestros pecados, para obtener las gracias necesarias á nuestra salud. Cualquier otro culto fuera de aquel en que Jesucristo es ofrecido y se ofrece á sí mismo, no da á Dios gloria alguna, ni puede satisfacer nuestro reconocimiento, ni perdonar la menor de nuestras ofensas, ni procurarnos gracia alguna. Este Pontífice, siendo á la vez nuestro intercesor y nuestro abogado, no cesa de interceder para nosotros junto á su Padre.

Como Pastor conduce las ovejas á los mejores pastos, las alimenta con su propia carne, les dá á beber su propia sangre, aleja de ellas los voraces lobos, que son los demonios,

corre tras la oveja extraviada hasta que la ha encontrado, la carga lleno de gozo sobre sus hombros, y la vuelve al redil. ¿Quién podrá entrar en el pormenor de todas las muestras de amor de Jesucristo para con los hombres, y espresar toda su vivacidad y ternura?

El que así no ha amado, ¿no tendrá derecho para mandarnos que nos amemos unos á otros? ¿Tiene derecho de proponerse á sí mismo por modelo? ¿Nos manda algo que él no haya practicado primero, y de la manera mas excelente? ¿Nos admirará despues de esto oirle decir: Os doy un precepto nuevo: que os ameis mutuamente como yo os he amado? ¿Qué mas nuevo en efecto, que el precepto de un amor que nunca habia tenido ejemplo? Así es que el universo entero quedó sorprendido á la vista de la caridad que reinaba entre los primeros cristianos, y reconoció á esta señal los discípulos de un Dios muerto víctima de su caridad para con los hombres. Preciso es decirlo con lágrimas en los ojos; hoy dia, entre la mayor parte de los cristianos, buscariamos en vano algunos fieles observadores de este gran precepto del Salvador. Ni aun se tiene de él idea; y los que la tienen, no la tienen sino como un punto de perfeccion. Y la razon es porque para amar de esta suerte, y mirarlo como un deber, es preciso ser interior; es menester vivir del espíritu de Jesucristo; es indispensable estar muy internado en su corazon. Y es por lo tanto una verdad, que no perteneceremos á Jesucristo sino á proporcion de lo que imitáremos su caridad; y que el rechaza de sí los corazones duros, indiferentes, insensibles para con el prójimo, concentrados en sí mismos.

No hablo aquí de la compasion natural, que es una buena calidad y que supone muchas otras. Esta no es una virtud sobrenatural que deba ejercitarse por un principio de la gracia y por los motivos mas puros de la Religion. Para tener caridad, no basta no hacer al prójimo lo que no quisiéramos que él nos hiciese. Esta leccion nos la da la ley natural, y tu-

viéramos rubor de faltar á ella, si no nos cegase el amor propio. Tampoco basta el hacer al prójimo todo el bien que quisiéramos recibir de él. Una caridad semejante, si se limita á las cosas temporales, á los cuidados, á las atenciones, á los miramientos, á las leyes de urbanidad que pueden exigir las necesidades; la sensibilidad, la delicadeza de los demás, y que hacen dulce y agradable el trato de la vida, puede ser un fruto de la bondad del corazon, de la educacion, y de la cortesía; y puede tambien ser dictada por el amor propio, y por una sútil satisfaccion de sí mismo. Y no obstante ¡cuán pocos cristianos se hacen un deber de tratar el prójimo como deseáran ser tratados en idénticas circunstancias! ¡Cuán pocos se ponen en su lugar, ó le ponen en el suyo propio, diciéndose á sí mismos. Si yo me hallára en tal ó cual situacion, ¿qué quisiera que se hiciese por mí? cómo deseara que me hablasen? Lo mismo pues debo hacer por él; y si no lo hago, falto con Dios y falto conmigo mismo. Esta regla de conducta tiene una aplicacion indefinida; y tantas omisiones en que caemos diariamente, no provienen sino de que la violamos, ya sea por defecto de atencion, ya por falta de buena voluntad, ya porque no nos creemos obligados á molestarnos ó incomodarnos un poco para servir ó complacer á otro.

El cristiano verdaderamente caritativo considera al prójimo con los ojos de la fe, le mira como á su hermano en Jesucristo, como el hijo de un mismo padre, como quien tiene derecho á la misma herencia, como quien ha de vivir eternamente con él en la santa ciudad, de la cual serán desterrados el *mio* y el *tuyo*, y en la que todos disfrutarán en comun y sin envidia de la misma felicidad. Está íntimamente persuadido de que acá en la tierra debe, en cuanto le sea posible, estar con respecto á sus hermanos en las mismas disposiciones con que estará en el cielo; que debe quererles, que debe hacerlos todo el bien temporal y espiritual que de él dependa; sacrificán-

doles, si es necesario, su trabajo, su reposo, sus bienes, su reputacion, su vida misma, al ejemplo de Jesucristo; y creerse feliz por medio de tales sacrificios, de poderse parecer en algo á su divino Maestro. ¡Ah! él nos pide en esta parte incomparablemente menos de lo que hizo; y nosotros encontramos que pide demasiado; y no hay ley que tanto nos cueste observar como esta ley de amor y de caridad, ni de la que mas fácilmente nos dispensemos y con menos remordimientos. Lamentábase el Apóstol de que cada cual no pensaba sino en su interés, y que olvidaba el de Jesucristo; y vosotros tambien descuidais el interés de Jesucristo cuando descuidais el de vuestros hermanos. El se toma como hecho á sí mismo todo el bien ó el mal que vosotros les haceis, ya temporal, ya espiritual; y expresamente declara que con esta regla os juzgará á vosotros tanto para remuneraros como para castigaros. Y en verdad que no pensamos en esto. A cada página del Evangelio hallamos enseñanzas de caridad, ejemplos de caridad, motivos de ejercitar la caridad; toda la ley cristiana se reduce á la caridad; y *quien ama al prójimo*, dice S. Pablo, *tiene cumplida la ley cuyo cumplimiento es el amor;* [1] y no solamente nadie casi se dedica á los ejercicios de la caridad, sino que ni aun se cuida de estudiar sus deberes, y de medir su extension. Esta extension es inmensa. La caridad del cristiano puede y debe extenderse á todos los hombres y á todas las cosas, ya sea por el deseo, ya por la oracion, ya por los efectos.

1 Rom, XIII. 8 y 10.

CAPÍTULO XXXIX.

El amor hizo á la vez la felicidad y el tormento de Jesucristo.

La verdad que trato ahora de manifestar, solo la conocen por experiencia las almas interiores, á las cuales se descubre cuando se hallan ya un tanto adelantadas en la via espiritual. Ellas la comprenden por el sentimiento. Por lo que hace al comun de los cristianos, la creen, porque pertenece á la fe; pero no la comprenden, porque no la sienten, ni se ponen en estado de sentirla.

Dos cosas hay incontestables en los principios de la fe. La primera, es que Jesucristo fué el mas feliz de todos los hombres; la segunda que fué el mas paciente y atormentado. Ambos extremos se conciliaron en él perfectamente, sin que la felicidad disminuyese el sufrimiento, ni éste debilitase la felicidad; siendo el mas feliz partícipe, segun su humanidad, de toda la dicha que el Verbo podia comunicarle, unido íntima é inseparablemente al bien soberano, unido por todas las potencias de su alma y por todos los órganos de su cuerpo; de manera que le era imposible el desear nada. Fué el mas sufrido, porque soportó penas interiores mas grandes de lo que han soportado y pueden soportar todos los Santos reunidos; porque sintió los rigores de la justicia divina hasta un punto de que no hubiera sido capaz otro alguno; porque los tormentos que sufrió en su cuerpo superan, en cuanto al sentimiento que de ellos tenia, á todo lo que han padecido todos los mártires. Las penas de su alma casi no tuvieron intérvalo durante el curso de su vida; teníalas siempre presentes, y con mas ó menos fuerza obraban de contínuo en el. No podemos calcular la impresion que hacian en su cuerpo estas mismas penas, la languidez, la debilidad, el extremo

abatimiento en que le ponian cuando estaba en oracion; bien que lo que pasó en su agonía, nos da á conocer la violencia excesiva de esta impresion. Añadamos que en todas sus penas, así interiores como exteriores, experimentaba de la parte de Dios un abandono proporcionado á lo que merecia el que se habia constituido fiador de todos los pecados.

Cuando consideramos separadamente la felicidad de Jesucristo y sus sufrimientos, poco nos cuesta comprender que uno y otro llegaron á un extremo inconcebible. Lo que no podemos esplicar, es como se conciliaban en él dos cosas en apariencia tan contrarias. El amor empero las conciliaba. El habia aceptado sus padecimientos, y los amaba; ni hubiera querido encontrar alivio en ellos, prefiriendo este estado de dolor á los goces mas inefables. Obraba en sí mismo un prodigio contínuo, en suspender los efectos maravillosos de la union hipostática sobre su alma y sobre su cuerpo. Su mayor tormento dimanaba del amor que á su Padre tenia, viéndole de aquel modo ofendido por los pecados de los hombres, á pesar de la garantía que en él les daba de su bondad incomprensible, y este amor formaba al mismo tiempo todas sus delicias. Otro tormento poco menor que éste provenia de su amor hácia nosotros, cuando pensaba que su sacrificio seria inútil para una infinidad de almas, cuya pérdida y eterno suplicio no impediria, antes bien agravaria infelizmente. Pero la felicidad de aquellos á quienes su muerte debia abrir el cielo, le consolaba de la pérdida de los demás; y aun cuando no hubiese tenido que salvar sino una sola alma, se hubiera contentado de padecer. Y por una mira superior, se tranquilizaba con respecto á la condenacion de los que no se aprovecharian de su beneficio; y esta idea no alteraba la paz de que gozaba siempre.

Así que, el amor dividia su alma entre dos sentimientos, dulce y benéfico el uno, y el otro amargo y atormentador; ambos procedian del mismo orígen, y se contrapesaban de

modo, que su alma estaba tan contenta de sentir el uno como el otro; y no hubiera deseado que el primero, que dominaba siempre, disminuyese la dolorosa impresion del segundo.

He dicho, y es una verdad, que el amor produce efectos muy parecidos en las almas interiores. Mas no en los principios de la vida espiritual, donde por lo comun este amor no hace sentir sino consuelos, para prepararlas á las cruces que han de seguir. Tampoco pasa esto cuando la naturaleza, vigorosa todavía y no domada, se rebela contra las penas, y hace los mayores esfuerzos para librarse de ellas, irritándose contra Dios, á quien mira como un cruel tirano. Ya sé que en esto no tiene parte la voluntad; pero no me parece pueda decirse aun, que el alma sufre y es feliz. ¿Cuándo pues puede esto decirse? Cuando la naturaleza ya domada opone muy poca ó ninguna resistencia; cuando siente la pena sin rebelarse, sin turbarse, sin murmurar; cuando el amor ha tomado ya tal ascendiente, que la voluntad se aquieta plenamente á lo que Dios manda; cuando el alma está tan contenta de sufrir, que no quisiera se disminuyesen la intensidad ó la duracion de sus tormentos; que consiente en sufrir de aquel modo por toda la eternidad, si fuese el beneplácito de Dios, y por esto se mantiene en una paz inalterable.

Entonces se verifica exactamente que el alma á la vez sufre y es feliz; y que el amor es á un mismo tiempo el principio de su felicidad y de sus penas; pues ella no sufre sino porque ama, y tanto como ama, y por la misma razon se cree tan dichosa en sufrir, que por nada del mundo quisiera mudar de situacion. ¿No se han visto en semejante estado almas generosas, rehusar las delicias del cielo que se les ofrecian? ¿No se han visto otras pedir á Dios por singular favor nuevas cruces? Ellas pues ponian en la cruz toda su felicidad, hasta no poder vivir sin ella. ¿De dónde les venia esta disposicion? Del amor, que les hacia mirar en la cruz la vo-

luntad de Dios; y bajo este aspecto les parecia amable y preferible á todo.

Tales sentimientos parecen una quimera á los cristianos ordinarios, que no tienen la menor idea de la fuerza prodigiosa del amor divino. Pero son tan reales, que cuando Dios ha empezado á probar un alma, si esta le es fiel, no la deja hasta que la ha conducido á este modo de pensar. Entonces pone fin á sus pruebas; mas en tanto que el alma desea este término, las pruebas continuan y van redoblando. Es menester que se conforme en tanto como Dios la ejercita, para agradarle despues por largo tiempo. Y Dios no le arranca á la violencia esta conformidad, ni la da ella de desesperada: no. El amor la va disponiendo poco á poco é insensiblemente, de manera que ella se conforma de muy buen grado, sin que le quede en cierto modo libertad para denegarse á ello, tanto la domina el amor.

CAPÍTULO XL.

Sencillez de Jesucristo.

Así como la sencillez es el carácter propio de las perfecciones divinas, que no son infinitas sino porque son simples, así tambien es el distintivo de las virtudes de Jesucristo, que están sobre toda categoría en razon de su extremada simplicidad. ¿Qué podré decir yo de esta calidad eminente, que escapa á toda expresion, y que ni casi al pensamiento es accesible? Nuestro Señor me dará auxilio para hablar de ella dignamente, y á los que me lean para comprenderme.

Las virtudes son sencillas, cuando se reducen á un solo motivo que las anima, á una sola intencion que las dirige, á un solo fin al cual ellas tienden. Tales fueron las virtudes de

Jesucristo, que no tenian otro motivo que el amor de Dios, otra intencion que la gloria de Dios, otro fin que el cumplimiento de la voluntad de Dios; y este motivo, esta intencion, este fin, no son sino una sola y misma cosa absolutamente. Ni este motivo era susceptible del menor aumento en su pureza, ni esta intencion de mas rectitud, ni este fin de mayor perfeccion. Nuestro provecho, nuestra santidad, nuestra dicha eran tambien un motivo, una intencion, un fin que se proponia Jesucristo. Mas su amor para con nosotros era tan solo una consecuencia de su amor para con Dios; nuestra perfeccion se referia á la gloria de Dios; nuestra felicidad se hallaba encerrada en la voluntad de Dios. Así pues todo esto tendia á la unidad.

Las virtudes son sencillas en su práctica, cuando no van acompañadas ni seguidas de ninguna reflexion, ó de ningun retorno sobre sí mismo, de ninguna mira de interés personal. Tales fueron tambien las virtudes de Jesucristo. Practicábalas segun se ofrecian las ocasiones por un puro instinto de la gracia, sin premeditacion, sin esfuerzos, sin mas regla que el espíritu de Dios, sin reflexionar sobre el acto de virtud que practicaba. Su alma recibia el impulso divino para hablar, para rogar; y al hacerlo, nada mas de suyo mezclaba á lo que se sentia inspirado á practicar, y ni aun echaba una simple mirada sobre su operacion. Todo era directo, todo iba á parar á su Padre; nada se detenia ni volvia á él; no se tenia por nada absolutamente, nada pretendia para sí, ni por parte de Dios ni por parte de los hombres.

Jesucristo era sencillo no solo en sus virtudes y en su santidad, sino tambien en su exterior, en sus palabras, en su conducta. Nada en él de afectado, nada de grave ni de austero en demasía, nada que le distinguiese ó que llamase en él la atencion, nada que tuviese por objeto sorprender á la vista, y dar elevada idea de su persona. Todo en él era divino, y nada parecia tal al humano sentido: era menester ha-

llarse elevado por la fe sobre todas las apariencias para reconocerle, no solamente en calidad de Hombre Dios, sino hasta en calidad de hombre extraordinario.

Ahora podemos comprender en qué consiste aquella infancia espiritual que él tanto elogiaba, y de la que presentaba en sí mismo tan admirable modelo; el por qué amaba tanto á los niños; el por qué les abrazaba y les bendecia, y la causa por qué decia: *Si no os volveis y haceis semejantes á los niños, no entrareis en el reino de los cielos* [1]; y añadia: *Dejad en paz á los niños y no les estorbeis de venir á mí: porque de los que son como ellos es el reino de los cielos* [2]. Pues la infancia es el símbolo de la sencillez. El infante no tiene malicia, ni doblez, ni ficcion; píntase en su semblante todo cuanto pasa en su alma. No raciocina ni reflexiona, y solo se deja conducir por el corazon. Solo obedece á un instinto el mas sencillo, que Dios le ha dado y que le lleva derecho á su objeto. Es crédulo, porque de nadie desconfia; es dócil, porque nada sabe. El sentimiento de su debilidad le enseña á depender y á obedecer.

Cuando nos dice Jesucristo que tal es la imágen de la infancia espiritual, que hemos de volver á la sencillez infantil para que Dios establezca su reino en nosotros; si su gracia no nos abre los oidos, nada entendemos de este lenguaje, y nos vienen ganas de decirle con Nicodemus: Y qué *¿un hombre entrado ya en años puede acaso volver otra vez al seno de su madre para renacer?* Sí; lo puede en el sentido espiritual; y jamás emprenderá nada de lo mas sublime que enseñó Jesucristo, ni de lo que practicó; jamás entrará en el fondo de la moral evangélica, ni jamás la gustará, si no entra por la senda de la infancia y de la sencillez.

Dios hace ya atractiva esta virtud desde que se entra en la vida interior, y las primeras operaciones de la gracia tienden

1 Mat. 18, 3.
2 Mat. 19, 14.

á simplificar el alma. Desde luego enciende el amor santo en el corazon; le enseña á obrar tan solo por amor, desterrando poco á poco el temor y las miras interesadas. Inspira á la voluntad una cierta rectitud enemiga de toda malicia y de todo artificio, que le inspira la franqueza, el candor, la ingenuidad. Desembaraza el espíritu de una multitud de miras y de intenciones, que solo sirven para distraer su atencion, dirigiéndolo todo á la gloria de Dios, como á la intencion que abraza, y comprende soberanamente todas las demás. No le propone mas que un solo y único fin, su voluntad, su beneplácito; y le acostumbra poco á poco á subordinarlo todo á este fin. Además, á mas del ejercicio complicado y fatigoso de las tres potencias del alma, que se ejercitan sobre diferentes objetos, la pone en un estado de simple oracion, en la que el espíritu no tiene otro objeto que una vista confusa y general de Dios, el corazon ningun otro sentimiento que un gusto dulce y apacible de Dios que la alimenta sin esfuerzo, como la leche alimenta los niños. El alma percibe entonces tan poco sus operaciones, y tan sútiles son estas y tan delicadas, que á ella le parece estar ociosa y abismada en un delicioso sueño. Y aun pasado cierto tiempo, no le permite reflexionar sobre sí misma, ni echarse una sola mirada. En fin, él la descarga de una multitud de prácticas de que se servia en otro tiempo para entretenerse en la piedad; pero que, como otras tantas trabas, solo servian para molestarla y retraerla de su sencillez.

Hé aquí lo que hace Dios de su parte para simplificar el alma, é introducirla en la infancia de la santidad. Lo que debe ella hacer de la suya, es conservarse fielmente en el estado en que Dios la ha puesto, no dar rienda suelta á su espíritu, contener todo raciocinio, toda reflexion, todo pensamiento inquieto ó curioso, no aplicarlo á objeto alguno particular, á menos que Dios se lo presente; no leer libros espirituales para estudiarlos, sino para saborearlos; conser-

varse libre en el decurso del dia, ocupándose únicamente en sus deberes, no mezclándose en los negocios de otro, y no abandonándose demasiado á los suyos propios. Lo que tiene que hacer todavía es vigilar, pero dulce y tranquilamente, en los movimientos de su corazon, en sus deseos, en sus temores, en los sentimientos de gozo ó de tristeza que en él se levantan, y reprimirlos tan presto como los descubre; es no dar entrada á los objetos exteriores, no adherirse á criatura alguna por miras humanas, y de una manera natural; estar alerta contra el amor propio, que excita todas las pasiones, segun se le hincha ó se le ofende; que se busca á sí mismo en las cosas espirituales tanto ó mas que en las otras; que se entretiene en observarse y complacerse vanamente; que incita el alma á mirarse y aplaudirse, ó á indignarse y desolarse; á presumir de sus fuerzas, ó á desalentarse y abatirse. Todo acto del espíritu, todo movimiento del corazon que no tiene la gracia por principio, es contrario á la sencillez; todo lo que retorna el alma á sí, en vez de abismarla y perderla en Dios, es una verdadera doblez; toda obra exterior que no está ordenada segun el beneplácito de Dios, complica la situacion del alma. Las prácticas mismas de piedad, si nos sobrecargamos de ellas en exceso, si ponemos en ella una solicitud extremada hasta hacernos esclavos suyos, son un obstáculo á la sencillez. Acordémonos sin cesar de las palabras del Salvador á Marta que se apresuraba á servirle con tanta asiduidad. *Marta, Marta, tú te afanas y acongojas en muchísimas cosas; y á la verdad que una sola cosa es necesaria* [1]. Tu hermana María sentada tranquilamente á mis piés, no tiene mas atencion que la de escucharme: *ella ha escogido la mejor suerte*, que consiste en la sencillez y no en la multiplicidad: así es que goza en reposo de mi presencia, y gusta la dulzura de mi conversacion; mientras que la diversidad de objetos y la vivacidad de tu accion te disipan y te turban.

1 Luc. x. 41.

La sencillez se comunica del interior al exterior; y entre dos personas devotas, un ojo perspicaz discernirá facilmente con el aire, con el continente, con las palabras, con el gesto, con el andar, la que es interior y sencilla, y la que no lo es. Imposible es remedar aquello que imprime Dios en el semblante, en las miradas, en las palabras y en el porte de un alma que él posee. A todo el mundo sorprende, y muy pocos se remontan á la causa, que no es otra sino aquella admirable sencillez que se derrama de dentro á fuera. Vuélvase interior un cristiano que no lo sea; tome Dios posesion de él en la oracion, y hágalo entrar en la infancia espiritual: su exterior cambiará, sin él pensarlo, ni aun advertirlo.

CAPÍTULO XLI.

De la abnegacion de Jesucristo.

Una de las sentencias mas célebres de la Escritura es aquella que dice: *Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame* [1].

Toda vez que no puede seguirse á Jesucristo, sino despues de haberse renunciado á sí mismo, es una prueba de que él nos dió el primer ejemplo de esta renuncia; pues nada exige él de nosotros que no haya antes practicado en el mas alto punto de perfeccion.

Mas la dificultad está en esplicar, en qué pudo consistir la renuncia interior de Jesucristo. Fácil es descubrir á primera vista lo que tenemos que renunciar en nosotros, en quienes todo se halla corrompido por el pecado, todo nos aparta del bien y nos conduce al mal. Nuestros sentidos, nuestra imaginacion, por poco que les demos oidos, se convierten para nosotros en escollos: nuestro propio espíritu, nuestra propia

1 Luc. 9, 23.

voluntad son mas peligrosos todavía; el uno nos ciega, la otra nos pervierte. El orgullo y el amor propio con que nos hallamos amasados, son el orígen de todos nuestros vicios, y ponen en juego todas nuestras pasiones. Es pues necesario, para seguir á Jesucristo, que nos renunciemos en todo lo que pertenece al cuerpo y al alma. No hay cristiano debidamente instruido en sus deberes y celoso por su salud, que no convenga generalmente en esta verdad, cuando en ella reflexiona. Si no la reduce siempre á la práctica, no tiene que imputarlo sino á su flojedad, y se verá forzado á condenarse á sí mismo delante de Dios.

Pero Jesucristo, ¿en qué podia renunciarse? Su carne era pura, santa, divina; no podia sentir movimiento alguno de concupiscencia, estaba en todo sometido al espíritu, así como lo estaba el espíritu á la gracia. No concedia á la naturaleza sino los socorros indispensables; y en lo que exigian las necesidades corporales, era absolutamente incapaz del menor exceso. Por lo que respecta á su alma, dirigidas inmediatamente por el Verbo todas sus facultades, conspiraban no solo al bien, sino á lo mas perfecto. Sus primeros movimientos eran esencialmente rectos; y léjos de tener que reprimirlos, como eran todos sobrenaturales, inspirados y dirigidos por la gracia, solo tenia que secundarlos y seguirlos. De otra parte conservaba sobre ellos el mas pleno dominio; y ninguno se levantaba en él sino por su expresa voluntad, que era impecable. Todo en él estaba perfectamente ordenado, tanto por defuera como por dentro, y no se puede suponer lo contrario sin blasfemar. Jesucristo pues no tenia la menor necesidad de renunciarse en nada; nada hay mas evidente.

Así pues, no por necesidad, sino por puro amor, por puro espíritu de sacrificio, se renunció á sí mismo. ¿Y en qué? En todo. ¿Hasta qué punto? Al mas alto punto de que fuese capaz un Hombre Dios.

Renunció él á su cuerpo, á todos los privilegios que le eran

debidos en virtud de la union hipostática, sujetando su carne á la necesidades, á las flaquezas, á las miserias humanas, al dolor y á la misma muerte. Renunció al estado glorioso y á las celestes delicias propias de aquella carne adorable, desde el momento de su union, queriendo que participase de la pobreza y de sus privaciones, del trabajo y de la mortificacion, del sufrimiento y de las humillaciones. Renunció á su cuerpo, hasta sujetarlo á una muerte violenta, á tormentos tan crueles como afrentosos.

Renunció á su reposo, no habiendo probado acá en la tierra sino el trabajo, la pena, la contradiccion, las calumnias, la rabia y furor de parte de sus enemigos, y del demonio que les instigaba; viéndose ya desde la infancia el blanco de su malicia y de su ambicion; viéndose obligado á huir á una tierra estraña, y cambiar á menudo de domicilio, y de ocultarse para escapar de los peligros que le amenazaban.

Renunció á su honra, habiendo consentido ser puesto en parangon con un malvado, y en verse pospuesto á él, y ser juzgado menos digno de vivir; en que delante de los tribunales se le cargase de las mas odiosas acusaciones, sin decir una sola palabra en su defensa, á ser mofado, ultrajado, tratado como un insensato, un rey de teatro, un falso profeta; á ser desnudado, azotado, crucificado como un esclavo vil, é insultado en la cruz misma con el último desprecio y la mas cruel irrision.

Renunció delante de su Padre á su inocencia y á su santidad, cargándose voluntariamente todos los pecados de los hombres; teniendo á bien que su Padre los trasladase sobre él, siendo á sus ojos un objeto de horror y de maldicion, y sometiéndose al mas terrible de los anatemas como un delincuente justamente reprobado.

Renunció á aquel testimonio íntimo y consolador que ofrece la conciencia á todo justo en medio de las mayores pruebas interiores ó exteriores; viéndose cubierto de nuestros crí-

menes, mirándolos como si los hubiese realmente cometido, como si le fuesen personales, acercándoselos á sí, y concibiendo por ellos el mas amargo dolor, sufriendo su castigo con toda la confusion interior y la humillacion de un criminal, y reconociendo sinceramente que aun merecia mas.

Renunció á lo que podia suavizar infinitamente lo amargo de su cáliz, el consuelo de saber que no lo bebia en vano para la mayor parte de los hombres. Murió, conociendo con tanta certeza como claridad, que el número de los elegidos salvados por su muerte, seria incomparablemente mas reducido que el de los reprobados, que no se aprovecharian de sus gracias, y hasta harian de ellas el mas horrible abuso. Murió, sabiendo que esta prenda de su extremado amor hácia nosotros, serviria algun dia de motivo á una turba de libertinos y de impíos para no creer en él, para insultarle, blasfemarle, y mostrarle mas desprecio y mas ódio que los mismos judíos.

Renunció á todos los consuelos que podia recibir de su Padre, á todos los testimonios de ternura que tenia derecho de esperar de él, hasta consentir en ser abandonado, y exhalar en este abandono el último suspiro.

¿No es esta bastante renuncia? ¿Y las renuncias que él exige, no digo del comun de los cristianos sino de las almas mas purificadas, son comparables á las suyas? ¿Lo que hizo él en esta parte no le autoriza lo bastante para decirnos, que si queremos seguirle nos hemos de renunciar á nosotros mismos? Cuanto acabo de exponer, sin haberlo aun apurado, asombra nuestra imaginacion, nuestra razon y hasta nuestra fe. ¿Y qué seria si fuésemos capacces de concebir la grandeza de estas renuncias en sí mismas, y el exceso de amor con que las abrazó y practicó en toda su extension, sin dejar escapar ni formar en su interior el menor sentimiento de queja?

Y despues de semejante ejemplo, ¿deberá parecer tan duro

á los discípulos de Jesucristo el precepto de renunciarse á sí mismos? ¿Nos pide algo que no sea muy inferior á lo que él nos muestra en su persona, y que, prescindiendo del amor que le debemos, no debamos concederle por nuestros intereses mas caros? Ya que nos mostramos insensibles á los motivos tomados del amor y del reconocimiento, seamos á lo menos sensibles á los que nos son personales. Nos pide que nos renunciemos cuanto sea necesario para evitar la ofensa de Dios. ¿Hay cosa mas justa? Y aun cuando no nos lo mandase, ¿no deberíamos hacerlo nosotros por nuestra propia voluntad? ¿No es nuestro mayor interés el no ofender á Dios, ni exponernos al peligro de ofenderle? ¿No lo perdemos todo si perdemos su gracia? ¿Hay molestia, privacion ó mortificacion que no debamos estar prontos á imponernos? A este precio únicamente nos concede Dios la eterna felicidad, cuya posesion no promete sino á los que le hubieren amado en la tierra. Dueño es de sus beneficios; pero es tan racional esta condicion, y aun tan necesaria, que nuestra conciencia misma no puede negarse á aceptarla? ¿Y será amarlo el no querer vigilar sobre sí lo bastante, ni hacerse la violencia necesaria para no ponerse en peligro de pecar, y de no incurrir en su desgracia? Sin embargo esta renuncia sola abraza mucho. Si renunciamos sinceramente al pecado, es preciso huir todas las ocasiones de pecar; es preciso combatir en nosotros mismos las ocasiones que nos inducen al pecado; es indispensable guardar nuestros sentidos, hacer la guerra á las pasiones, observar todos los movimientos del corazon, porque nada hay en nosotros que no sea corrompido y propenso al pecado. Todo esto se enlaza y se sigue recíprocamente: mas no basta renunciar al pecado mortal; la renuncia debe extenderse á todos los pecados veniales, pues ni uno debemos permitirnos con deliberado propósito. El pecado venial, ya por via de disposicion, ya por via de castigo, conduce al pecado mortal.

Además, si yo resisto voluntariamente á la gracia de Dios, si no tomo la resolucion firme de obrar todo el bien á que me excitan, y de obrarlo tan á menudo como se ofrezca la ocasion, á pesar de toda repugnancia, y cueste lo que costáre, Dios me retirará sus gracias; y mucho será si en ciertas circunstancias críticas, en ciertas tentaciones urgentes, no caigo en alguna falta grave. Mas ¿á que renuncia, á qué contínua mortificacion en todas las cosas no me conducirá la gracia, si quiero ser atento y fiel á sus inspiraciones?

Y ¿cómo seré habitualmente afecto á la gracia, sin el retiro, el recogimiento, el silencio, la práctica de la presencia de Dios, el frecuente uso de la súplica y hasta de la oracion? La voz de Dios no se deja oir sino al corazon que se mantiene en un contínuo dominio sobre sí mismo, que evita la disipacion, la curiosidad, el agobiarse, la excesiva actividad; que se precave contra los fantasmas de la imaginacion, contra un tropel de pensamientos y de deseos, por lo menos inútiles, que le asaltan sin cesar. ¡Qué manantial tan inagotable de nuevas abnegaciones! ¿Y cómo seré fiel á la gracia, si queda un solo punto en que no esté resuelto á renunciarme? La gracia persistirá en pedirme cuenta sobre este punto; y si obstinadamente se lo rehuso, ¿puedo responder del resultado?

El peso de la naturaleza me arrastra hácia las cosas de la tierra: ellas se presentan sin cesar á mi vista, véome en la necesidad de ocuparme en ellas, y las necesidades me obligan á valerme de las mismas. Vivo en medio de gentes que las estiman, que las buscan, que no se creen felices sino poseyéndolas, que no piensan sino en ello, que no hablan sino de ello; y que desprecian, que huyen, que rechazan á los que no tienen los mismos sentimientos. ¿Puedo yo luchar como debo contra la poderosa tendencia de la naturaleza? ¿Puedo elevarme sobre todos los respetos de la tierra por medio de miras sobrenaturales? ¿Puedo ocuparme en dichos

objetos sin pegar á ellos mi corazon, mirar las necesidades del cuerpo como un tributo indispensable al cual Dios me ha sujetado, gimiendo al paso mismo que las satisfago? ¿Puedo estar prevenido contra el respeto humano, contra los discursos y los ejemplos que me rodean, contra las murmuraciones, los desprecios, la aversion de los mundanos, sin practicar la abnegacion en un grado eminente, del que no puedo de otra parte dispensarme, si quiero asegurar enteramente mi salud? Hé aquí á lo que estoy obligado por la sola razon de mi propio interés: con esta sola mira se han poblado los desiertos; y ella es la que ha movido á tantos cristianos de uno y otro sexo á hacer un divorcio absoluto con el mundo.

¿Qué no harán pues el amor de Dios y el deseo de caminar por la senda de Jesucristo sobre un alma movida por tan poderosos motivos, sobre un alma que se olvida á sí misma para no pensar sino en los intereses de Dios, sobre un alma dispuesta á inmolarse al beneplácito de Dios, y que no conoce otra dicha que el cumplimiento de su voluntad divina? ¿Hay género alguno de abnegacion, de sacrificio, de prueba á que pueda denegarse un corazon ebrio de amor divino, un corazon que va á beber su valor, su generosidad, su perfecto desinterés en el corazon adorable de Jesus? Almas interiores, almas á quienes Jesus escogió para esposas suyas; ¡ah! cuanta dulzura y atractivo tiene para vosotras esta palabra que llena de espanto á los demás: *El que quiera venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, y lleve su cruz y sígame!* ¡Qué es lo que no estareis prontas á sacrificar para poseer á Jesus! Atraidas por el olor de sus perfumes, os abrasareis en deseos de caminar por la senda que os ha trazado, y de seguirle por los vestigios de su sangre. ¿Mereciérais acaso sus mas tiernas caricias, sus mas íntimos favores, si no estuvierais en estas disposiciones? ¿No os tuvierais por indignas del título de esposas, único objeto de vuestra ambicion?

Sí, Salvador mio, sé que renunciarme á mí es lo mismo que darme á vos; y que no puedo vivir de vuestra vida, sino en cuanto muera á mí mismo. Arranque pues vuestra gracia en este momento de mi corazon un acto de renuncia tal como lo deseais de mí, y el mas perfecto de que sea yo capaz; ayúdeme despues á ponerle en práctica en todo el decurso de mi vida, para que por una muerte entera á la naturaleza, me conduzca en vuestros brazos, para no separarme mas de vos.

CAPITULO XLII.

Modo con que Jesucristo trató los intereses de su Padre.

Vamos á ver un perfecto modelo de renuncia á sí mismo en la manera con que trató Jesus los negocios de su Padre. Vino á la tierra para la obra mas grande que podia atraer un Dios á este mundo, para procurar á su Padre una gloria digna de él, para manifestar su nombre á los hombres, para destruir el imperio del demonio que se hacia adorar bajo el nombre de falsas divinidades, para obrar la salud del género humano. Devorado por el amor hácia su Padre, y por el celo para con sus intereses, veia con el mas profundo dolor entronizado el imperio del demonio, y ardia en deseos de destruirlo; lamentábase de la malicia, de la ceguera y de la perdicion de los hombres, y no aspiraba sino á santificarlos, á ilustrarlos, á salvarlos. En sus manos estaban todos los medios para salir bien de esta grande empresa; y de cualquier modo que hubiese querido llevarla á cabo, reuniendo él como reunia la sabiduría al poder, no era posible que hubiese faltado. Pero su Padre lo habia ya ordenado todo, y le habia señalado la ruta que debia seguirse. Trazado estaba el plan

de la ejecucion, y él lo ejecuta con la mayor fidelidad, sin omitir nada, sin cambiar nada, con el mayor desinterés; no atendiendo á sí mismo, y poniéndose absolutamente pasivo, con un perfecto sacrificio de su espíritu y de su voluntad; no permitiéndose á sí mismo reflexion ni raciocinio, y violentando, por obedecer, todas las repugnancias naturales.

En cuanto al modo con que debia glorificar á su Padre, estaba decretado que seria por la via de los oprobios y de las humillaciones. Este medio parecia contrario al fin propuesto; el oprobio del Hijo debia al parecer redundar sobre el Padre; y á consultar la razon, no podia opinarse de otro modo. Mas Jesucristo no escucha la razon: sabe que la sabiduría de su Padre es infinita; que es incomprensible en sus designios; que no toca á una razon criada pronunciar sobre los designios del Eterno, ni mezclarse en sus consejos. Se somete, pues, á este medio, lo aprueba, lo abraza con la mas perfecta confianza de que redundará en gloria de Dios, sea lo que fuera para la suya, que no le dá cuidado alguno.

Resuelto estaba que aterraria al demonio dejándose vencer por él; que este adversario de Dios, el cual, en expresion de S. Pablo, tenia el imperio de la muerte, y lo ejercia inexorable sobre todos los hombres, lo ejerceria tambien sobre él; y que su pretendido triunfo seria el principio de su destruccion. ¡Cuánta repugnancia no debia tener Jesus á sucumbir bajo los golpes de aquel que venia á desarmar! ¡Y cómo podia creer salir victorioso por su propia derrota! Lo creyó no obstante sin vacilar, seguro de la infalibilidad de las medidas tomadas por su Padre. ¡Cuánto debió costarle el consentir en sujetarse al yugo de la muerte, de que estaba exento! Y consintió en ello, dejando á su Padre el cuidado de remediar los resultados de este golpe en apariencia irreparable.

Estaba decretado que salvaria á los hombres por medio del mayor crímen de que éstos pudiesen ser capaces, y que

su sangre, derramada por manos de aquéllos, seria el orígen de su salvacion. ¡Qué contradiccion mas monstruosa para el mas ilustrado sentido humano! Jesucristo devora esta contradiccion; sabe que su Padre puede conciliarlo todo, y que lo conciliará realmente: se hace ciego por obediencia, y no duda del efecto de una causa que naturalmente debe producir un efecto contrario.

En cuanto al tiempo decretado para libertar al universo de la esclavitud del demonio, el Padre espera que éste se halle en el colmo de su poder; que la idolatría se halle bajo la proteccion de todas las fuerzas del imperio romano; que el mundo esté abismado en la corrupcion mas profunda, y que á las densas tinieblas del paganismo se junten las falsas luces de una filosofía altanera, impía y voluptuosa. En este momento cabalmente es cuando viene al mundo Jesucristo, y cuando se le abre el campo de batalla. No para aquí; no debia vivir sobre la tierra sino treinta y tres años, y de tan breve tiempo estaba decretado que pasaria treinta enteramente desconocido del mundo, y ocupado en un trabajo oscuro en la tienda de un artesano; pues es muy cierto que su vida pública no duró mas que tres años y algunos meses. ¡Qué debia pensar Jesucristo de esta circunstancia de su mision, que parecia ponerle un obstáculo invencible! Y teniendo tan poco tiempo para cumplir el designio mas vasto, el mas difícil, el de cambiar por la creencia y las costumbres la faz del universo, ¿cómo puede convenir que casi todo este tiempo se consuma, sin que se descubra él á los hombres, sin que les instruya, sin que les dé á conocer á su Padre? ¡Qué tormento para su amor y para su celo este retiro y este silencio! El sin embargo permanece oculto, calla, limítase á trabajar y á rogar, apresurando por sus deseos tan ardientes como sumisos el momento en el cual pondrá mano á la obra para la cual es enviado. Y adelantaba mas esta obra, permaneciendo así en la oscuridad, de lo que pudiera hacerlo por

medio de las mas elocuentes y fuertes predicaciones y de los mas asombrosos prodigios, saliéndose del órden que le estaba señalado por su Padre.

En cuanto á los lugares en que debia Jesucristo anunciar al verdadero Dios, nos parece que, como el verdadero Dios era ignorado de todas las naciones, Jesucristo por medio de un milagro que nada le hubiera costado, debia transportarse á todas partes, y que con la fuerza invencible de sus razones y por el asombro de sus prodigios desengañase á todo el universo. O á lo menos, si debia fijar en un solo punto su mision, parecia Roma el mas á propósito, Roma, la señora del mundo entonces conocido; y que de aquí como de un centro se esparciese su doctrina á todos los pueblos, los cuales para la religion, así como para todo lo demás, hubieran facilmente recibido la ley de los emperadores y del senado romano. Mas Dios lo habia de otra manera dispuesto. Jesucristo no predicó el Evangelio sino en la Judea, á un pueblo oscuro, ignorante en las ciencias profanas, separado en todas épocas de los demás pueblos, á quienes aborrecia y de quienes era aborrecido y despreciado. Y ni aun estableció su mision en la capital, en la cual no se dejó ver sino como accidentalmente y de paso, sino en los pueblos y aldeas de la Galilea, region de la cual no creian los judíos que debiese salir el gran profeta; de manera que para ellos esto era una razon plausible para no tener fe en Jesucristo. Por lo que hace á los gentiles, es decir, todo el universo, excepto los judíos, no les hará escuchar su palabra, ni conocerán su persona, ni su carácter, ni el objeto de su venida, ni oirán hablar de él hasta que les será entregado por los judíos, para que le den la muerte como un malhechor. Bajo este solo respecto les será conocido al principio. Él mismo declara que solo es enviado á las ovejas de Israel que se han extraviado; llama á los gentiles perros á quienes no debe darse el pan de los hijos; y cuando envia á predicar los setenta y dos discípulos, les pro-

hibe expresamente el ir á los gentiles. Así que su carrera se limita á la Judea, aunque vino para alumbrar é instruir al universo; y no hay otro nombre dado á los hombres por medio del cual puedan ser salvos. Sujétase á esta disposicion de la Providencia, por incomprensible que sea á la razon humana.

Debiendo elegir cooperadores, y tomarlos de entre los judíos, era natural escoger los de mayor consideracion, los mas hábiles, los mas elocuentes, los mas capaces por todos respetos de impresionar al pueblo; y toda vez que despues de su muerte debian dispersarse por las naciones, parecia necesario que fuesen hombres versados en las letras humanas, en las fábulas del paganismo, y en los sistemas de la filosofía. Nada de esto. Dios quiso que se asociase doce hombres sin educacion, sin saber, sin elocuencia, sin ninguno de aquellos talentos ó ventajas que pueden dar alguna consideracion; tan groseros, en fin, y de capacidad tan limitada, que nada comprendian de su doctrina, que solo en un sentido humano la entendian, no teniendo el menor conocimiento de las Escrituras, ni de las profecías que á ellas se referian. Podia abrirles sus potencias, mas no se lo permitia su Padre, y perseveraron en esta ignorancia y en esta estupidez hasta la muerte de Jesus. Si hubiese podido hacer valer algo la reflexion y el raciocinio, ¿no hubiera juzgado que con tales instrumentos era absolutamente imposible la ejecucion de su empresa? Apoyóse pues en el poder de su Padre, y en la eterna sabiduría de sus consejos; y no permitió que en él obrase la razon humana, que en un plan tan sobrenatural no debia ser escuchada.

Por lo que toca al éxito, estaba circunscrito á no tener casi ninguno durante su vida, y á que al fin todo se convertiria contra él, y destruiria al parecer sus esperanzas. Apenas pudo juntar á su rededor un corto número de discípulos, la mayor parte de la hez del pueblo, cuya fe era lánguida, y solo

versaba en los efectos sensibles de sus milagros, sin remontarse ni á su causa, ni á su objeto. Dos ó tres de los principales judíos creyeron en él; mas no osaron declararse, y no iban á verle sino de noche, como hizo Nicodemus, por el temor de los judíos. El pueblo que le seguia, que admiraba su doctrina, que estaba asombrado de sus prodigios, mudó repentinamente de sentimientos desde que lo vió en poder de sus enemigos; prefirió á él un sedicioso, un homicida, pidió su muerte á grandes gritos, y forzó al juez á pronunciarla. Aun de sus mismos apóstoles, el uno le vendió, el otro le negó, todos le abandonaron. De aquí puede deducirse la fidelidad de los demás. *Nosotros esperábamos,* decian los discípulos de Emaús, *y he aquí que estamos ya en el tercer dia despues que acaecieron dichas cosas* [1]. Pero ¿qué esperaban? *Que él era el que habia de redimir á Israel.* ¿De qué? ¿De la cautividad del demonio? No: del yugo de los romanos. Los demás, sin excluir los apóstoles, no aguardaban otra cosa; y cuando le vieron muerto, perdieron toda esperanza, á pesar de las reiteradas seguridades que les habia dado de su resurreccion. En una palabra, estaba decretado en los consejos del Eterno, que la nacion depositaria única de las promesas, que le esperaba como su Mesías y su libertador, le renunciaria en su calidad de Mesías, de rey y de profeta, y le condenaria á muerte como un blasfemo por haberse llamado á sí mismo el Hijo de Dios. Morir en cruz entre dos ladrones, ver perdidos todos sus trabajos, y en no dejar en pos de sí mas que la incredulidad y el desespero en el corazon de los que se le habian unido, tal vez debia ser la fin, tal el fruto de la mision del Salvador. El lo sabia ciertamente, y este mismo conocimiento debia naturalmente desalentarle, retraerle, obligarle á abandonar una empresa, cuyo término debia serle tan fatal. La mas elevada virtud que hubiese tenido á la vista tan espantosa perspectiva, ¿hubiera podido sostenerse y perseverar

1 Luc. XXIV, 21.

hasta el fin, si hubiese dado entrada en su pensamiento á la menor reflexion, ó por poco que hubiese escuchado la naturaleza? Jesucristo, pues, sabia de positivo que así terminarian las cosas; y en esto consiste el prodigio de su abnegacion y de su abandono á las manos de su Padre. Si él de cualquier modo hubiese contado en sí mismo, si se hubiese atendido para algo, si hubiese sido capaz de razonar en lo mas mínimo sobre este punto, me atrevo á decir que hubiera faltado á su designio, no hubiera sido su Padre glorificado, ni el universo rescatado, ni sublimado él mismo segun su humanidad al colmo del poder en el cielo y en la tierra, porque todo esto formaba parte del mal éxito aparente de su empresa.

Se dirá que estaba instruido con anticipacion de lo que sucederia despues de su muerte; que habia anunciado que cuando se hubiese separado de la tierra, lo atraeria todo á sí, seguro de que haria por medio de sus apóstoles lo que no habia hecho por sí mismo. Esto es cierto; mas no debemos creer que hiciese uso de esta presciencia para sostenerse en sus trabajos y en sus penas; pues no se detenia en ella, ni le era posible reflexionar para procurarse algun consuelo. Seria no conocer el interior de Jesucristo, pensar que el motivo del éxito conocido é indefectible influyese para nada en sus resoluciones y en su conducta. Si de ello hablaba alguna vez á sus discípulos, era para darles mas fortaleza; pero no echaba mano de este recurso ni de él podia servirse con el fin de alentarse á sí mismo. La fortaleza enteramente divina no necesitaba este socorro; ni permitia que le sirviese de apoyo su absoluta renuncia á todo interés personal. De este modo trataba el gran negocio de su Padre, no viendo sino á él, y no confiando sino en él; no pensó sino en cumplir enteramente su voluntad; y no pensó en sí mismo sino para consagrarse y para inmolarse.

Detengámonos bien en la consideracion de estos dos puntos: la manera con que fué conducido el gran designio de la re-

dencion del mundo, y las disposiciones interiores de Jesucristo en su ejecucion. Dios puede que se sirva algun dia de nosotros para su gloria y para el bien espiritual del prójimo; porque las almas interiores, y que se le han consagrado del todo, son las que de ordinario emplea en semejantes ocasiones. Penetremos ante todo, primeramente que Dios está infinitamente solícito de conducir por sí mismo todas las obras que interesan directamente á su gloria. En segundo lugar, que el plan de semejantes obras está siempre concebido y amoldado sobre el plan que dirigió la eterna sabiduría en la obra de la redencion; porque en realidad toda obra tiende á la gloria de Dios y á la salud de las almas; es una dependencia y una consecuencia de la grande obra de la redencion. En tercer lugar, que los medios empleados por Dios para la ejecucion de sus obras, no tienen por sí mismos ninguna proporcion, ninguna relacion natural con el fin que él se propone; y sucede por lo comun, que consultando únicamente la razon, parecen del todo contrarias á él. Porque es realmente digno de Dios, cuando quiere que á él solo redunde toda la gloria de una empresa, el obrar por medios que de él únicamente toman su virtud, y que desconciertan la sabiduría humana hasta parecerle una locura. En cuarto lugar, que los obstáculos, las dificultades naturalmente invencibles, las contradicciones, los absurdos y las aparentes imposibilidades deben reconocerse en lo que lleva el carácter de obra de Dios, y que por esta señal se dá á conocer que es obra suya.

Una vez convencidos de estas verdades, fácil nos es el juzgar cuales han de ser nuestras disposiciones para cooperar á los designios de Dios. Es la primera, que no debemos obrar por nosotros mismos, sino esperar que Dios se sirva de nosotros como de instrumentos, hacernos atentos y obedientes á sus inspiraciones, y conservarnos en una entera dependencia de la gracia. La segunda, que nuestro deber es el sujetarnos al plan trazado por la Providencia, á medida que

ella lo va descubriendo, lo cual suele permitir por grados para ejercitar nuestra fe; por consiguiente que no debemos apurar mucho nuestro pensamiento para buscar medios, para imaginar recursos, para remediar inconvenientes, sino servirnos de lo que Dios mismo nos pone á la mano; de no contar en nuestra destreza, y por cualquiera razon que sea, nada desconcertar en el órden de los designios de Dios. La tercera, de no aturdirnos por los contratiempos que sobrevienen, de estar dispuestos á todo lo que es capaz de desconcertar nuestras miras humanas, de desalentarnos, de destruir nuestras esperanzas. A veces nos parecerá que retrocedemos de nuestro objeto, que atrasamos en vez de adelantar, que todo está desesperado. No abandonemos empero la obra, y redoblemos entonces nuestras esperanzas. Dios para llegar á sus fines toma casi siempre una ruta del todo opuesta; nos oculta sus recursos, y tocamos al término cuando de él nos creiamos mas distantes. La cuarta, en fin, consiste en no mirarnos para nada á nosotros mismos en la obra de Dios, de no atender en ella ni á nuestro interés ni á nuestra reputacion, de consentir, si así lo quiere Dios, en tomarnos un trabajo inútil, sacrificando nuestro reposo y nuestra misma vida. Todo lo gana quien todo lo pierde por Dios. Y es menester que el sacrificio llegue hasta á aquellas cosas en que nos parece se interesan directamente la gloria de Dios y nuestra perfeccion. Ni en lo uno ni en lo otro somos jueces competentes; y cuando la voluntad de Dios nos es claramente conocida, nada tenemos que temer ni por lo uno ni por lo otro. Acontece algunas veces que al principio ó en el decurso de semejantes empresas Dios revela ya el éxito que han de tener. Jamás nos fundemos en esta especie de revelaciones, por mas seguros que podamos estar de ellas; ni las tomemos por punto de voluntaria reflexion con la mira de sostenernos; y sobre todo no las hagamos servir para conducirnos, pues iríamos contra la intencion de Dios, el cual nada revela en perjuicio de la fe, cuyo ejerci-

cio hace su gloria y nuestro mérito. Lo que él revela, va siempre acompañado de una cierta oscuridad, que nunca se aclara bastantemente sino por el suceso. La revelacion es verdadera; mas la prematura interpretacion que damos á ella es casi siempre falsa, y solo sirve para inducirnos á error. Esta advertencia es de la mayor importancia; y puede sentarse como principio, que en las revelaciones que miran al porvenir, el solo suceso es su verdadero interprete, y que en ningun caso pueden servir de alimento al propio espíritu, ni de direccion para la conducta.

Cuanto acabo de decir se ha de aplicar tambien, proporcion guardada, á los negocios temporales, que se hallan tambien en el órden de la Providencia. Dios quiere sacar de ellos su gloria y nuestra santificacion. Mas para esto es necesario que los gobierne; y si nosotros supiésemos consultarle y someternos á su voluntad, él los cuidaria muy especialmente. No tengamos pues jamás proyecto fijo y determinado, cuyo buen resultado deseemos conseguir á todo precio. No pongamos en ello demasiado conato y ardor; ni nos abandonemos á la impaciencia y á la ira cuando las cosas no nos salen del modo que apetecemos. Y ante todo tratemos de descubrir en la oracion qué partido quiere Dios que tomemos, y como hemos de portarnos para agradarle. Sigamos despues las miras que él nos habrá inspirado. Seamos indiferentes en cuanto al éxito, persuadidos de que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios. Poco nos importa salir bien ó no de nuestros proyectos, con tal que en ellos no estén interesadas la gloria de Dios y nuestra salud; y esto no sucederá jamás, si con una recta intencion, y una perfecta sumision á lo que Dios disponga, dejamos de satisfacer nuestra pasion en los proyectos que formamos, y en la manera de seguirlos. Mas para conducirse así, es necesario estar muerto para las cosas de este mundo y para sí mismo.

CAPÍTULO XLIII.

Jesucristo no se reveló sino á los pequeños.

Yo *te glorifico, Padre mio*, exclamó Jesucristo en cierta ocasion, *porque has tenido encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los pequeñuelos* [1]. Las cosas de que habla aquí son el misterio de la Encarnacion y sus consecuencias. Este misterio es un misterio de pequeñez y hasta de anonadamiento. La humanidad de Jesucristo se abatió de tal modo por medio de su union con la persona del Verbo, que vino á quedar moralmente en un verdadero nada. Este nada moral se humilla mas todavía, pasando por los estados mas despreciables segun nuestras ideas humanas; abrazando la pobreza, la oscuridad, la abyeccion, todo género de oprobios, el mas afrentoso suplicio. No basta esto, sino que su humildad interior llega al extremo de sentir delante de Dios toda su confusion, hasta á tomar sobre sí el castigo, y juzgarse digno de él. Y como en Jesucristo no hay sino una sola persona, esta persona divina es la que se apropia el sentimiento, la confusion, el castigo del pecado, con todas las demás humillaciones, que son nada en comparacion de aquélla.

Cristianos sabios y prudentes por vuestra propia sabiduría, á vosotros me dirijo ahora. Vosotros creeis este misterio, y sellariais su fe con vuestra sangre: así lo decís, y así lo creo. Mas vosotros no profundizais ni penetrais sus razones, no le saboreais, no mueve vuestro corazon, y no os mostrais por esto menos sensibles, delicados y orgullosos. Tal vez le haceis servir de objeto á vuestras áridas y sutiles especulaciones: pero desconoceis enteramente el fondo inagotable de moral sobrenatural que este misterio contiene, y no sacais

1 Matt. xi. 25 y 26.

de él ninguna consecuencia práctica para entrar en la senda de una sólida humildad. Sí; esta virtud debe estudiarse en Jesucristo, en las disposiciones íntimas de su corazon, mas bien que en el exterior aparato de su bajeza y de sus ignominias; solo allí os formareis de ella una verdadera idea; solo allí aprendereis á estimarla y amarla sobre todas las demás virtudes morales, tocando con el dedo que sin ella no hay ni puede haber verdadero cristianismo.

¿Ignorais todo esto? Sí, lo ignorais ciertamente, si hemos de juzgar por vuestros sentimientos, por vuestras palabras, por vuestra conducta. Y ¿por qué lo ignorais? Porque no quereis renunciar á vuestra propia sabiduría; porque no os acercais á Jesucristo, ni leeis su Evangelio sino con una razon llena de orgullo y de suficiencia; porque nunca os habeis humillado como pequeños en la oracion, y os trastorna la sola idea de presentaros delante de Dios como niños, poniendo á sus piés todas vuestras pretendidas luces, consintiendo en ser ciegos en vosotros mismos para ser ilustrados de lo alto. Vosotros desechais la pequeñez, la mirais con horror, y por esto mismo os oculta Dios sus secretos y los tesoros infinitos de la sabiduría contenida en Jesucristo. Creyérais degradar la dignidad humana, si hicierais un pleno y absoluto sacrificio de vuestra razon; y ni siquiera atinais en que el cristiano que es enteramente espiritual, no puede edificarse ni levantarse sino sobre la degradacion y la destruccion del hombre soberbio. Jamás sereis nada delante de Dios, mientras seais alguna cosa en vosotros mismos. Socavad el orgullo hasta en sus fundamentos, arrancadlos, no quede de ellos el menor vestigio; y entonces empezareis á conocer la extension y profundidad de la humildad de Jesucristo. En vosotros mismos y en el estraño desórden de vuestra naturaleza encontrareis los motivos de esta incomprensible humildad. Os asombrareis de que tan poderoso remedio no haya tenido la virtud de curaros, y que vuestra rebelde voluntad haya hasta aquí re-

sistido á su eficacia. Así, vuestro propio corazon de una parte, y de otra el corazon de Jesus, os ofrecerán los mas urgentes motivos de confundiros, de humillaros, de anonadaros.

Lo que acabo de decir, comprende á todos los cristianos que no son interiores, y que ningun esfuerzo hacen para serlo; que en su corazon no hacen el menor caso de la vida espiritual, ni del camino de recogimiento y de oracion que á él conduce; que juzgan de las cosas de Dios segun su propio criterio, al cual han determinado no renunciar; y que llegan á veces al extremo de blasfemar, combatir y condenar lo que ignoran. Jesucristo los tenia á todos presentes, cuando glorificó á su Padre por haber ocultado á los sabios y á los prudentes los misterios del Evangelio. Muchos de ellos se glorian de conocer á fondo la religion, porque han pasado gran parte de su vida en estudiarla. Mas si no la han mirado por el lado de la humildad, si no han fijado en esta virtud su principal estudio, si para aprovechar sus enseñanzas no han empezado por humillar su espíritu y su corazon, puede ser muy bien que se hallen en estado de disputar y de raciocinar sabiamente sobre las materias de teología; mas me atrevo á decirles, y á sostenerles, que ni aun los elementos conocen de esta ciencia divina, que no está destinada para formar razonadores y sabios, sino santos, esto es, hombres profundamente humildes. ¡Ah! quién pudiera persuadir verdad tan importante á aquellos que por su estado están destinados con preferencia por Dios á enseñar la religion á los demás, y á moverles á practicarla! Para ellos lo reduzco todo á un solo punto: que sean pequeños por la humildad, y que enseñen á los demás á serlo.

En cuanto á vosotras, almas sencillas é infantiles, que convencidas de vuestra propia incapacidad para comprender las cosas divinas, os habeis hecho discípulos del Espíritu Santo, que todo lo sabeis por su uncion, y para quienes son raudales de luz las tinieblas de la fe, yo os felicito, por haberos

revelado el Padre celestial lo que á tantos otros tiene oculto. A la humildad debeis estos conocimientos sublimes; mas acordaos que no se os dieron sino para haceros mas humildes; hacedlos pues servir para crecer en esta admirable virtud. A este solo fin se os ha descubierto el misterio de Jesucristo; y si haceis de él este uso santo, se os irá manifestando siempre mas; y como nunca debeis cansaros de profundizarlo, tampoco debeis cesar de abismaros en la humildad. En el momento en que os paraseis, y pusiereis algun límite á vuestro abandono en Dios, se detuvieran vuestras luces, se irian oscureciendo, y os expondriais á perderlas. No las concede Dios para que se descanse en ellas, y para que sirvan de una sutil complacencia, para que nos prefiramos á los otros que no las tienen; sino para que sean un motivo de abatirnos y de dejarnos destruir mas y mas por la operacion aniquiladora de la gracia. ¿Por qué fué Jesucristo el mas humilde de los hombres? Porque fué el mas ilustrado en la grandeza de Dios y en la nada de la criatura. ¿Y por donde mereció esta plenitud de luces sobrenaturales? Porque, como dice S. Pablo, el primer acto libre que produjo fué el anonadarse delante de su Padre. La primera luz que del cielo recibimos, debe producir en nosotros la humildad; y la humildad es la que nos hace dignos despues de todas las demás. Son dos abismos que el uno llama al otro. Nuestra elevacion en Dios nos abisma en nosotros mismos; y nuestro abatimiento en nosotros mismos aumenta nuestra elevacion en Dios.

CAPÍTULO XLIV.

Jesucristo enemigo del falso celo.

Pasando Jesucristo por una ciudad de Samaria para volver á Jerusalen, los samaritanos, enemigos declarados de

los judíos, le negaron el paso. Visto lo cual, los dos hermanos Santiago y Juan, animados de un celo mal entendido hácia la persona de su Maestro, quisieron hacer uso para vengarle del don de milagros que les habia comunicado. *Señor*, le dijeron, *¿quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y les devore? Pero Jesus vuelto á ellos, les reprendió diciendo: No sabeis á qué espíritu perteneceis. El Hijo del Hombre no ha venido para perder á los hombres, sino para salvarlos* [1]. Estos dos apóstoles querian emplear el poder espiritual que de Jesucristo habian recibido para vengarle de sus injurias personales; y Jesus lleno de dulzura y de misericordia, no pensaba sino en perdonar y en expiar los ultrajes cometidos contra su persona. Ellos querian quitar la vida á los enemigos de Jesus por medio de un castigo del cielo que enseñase á respetarle y á temerle. Mas Jesus, léjos de consentir en que pereciesen los cuerpos, manifestó que no vino al mundo sino para salvar las almas, y ganarlas para Dios, dándoles tiempo para arrepentirse, y excitándolas á ello interiormente por su gracia, y en lo exterior, por su sufrimiento y clemencia. Por cuyo motivo estaba de él escrito, *que no quebraria la caña cascada, ni apagaria la mecha aun humeante* [2]. Los caracteres del celo de Jesucristo fueron: una infinita viveza para con los intereses de su Padre; conciliar esta viveza con una bondad y una ternura extrema hácia los pecadores, que le inclinaban á tener compasion de ellos, á perdonarles cuando los veia humillados, y á no dejarles abandonados á su malicia mientras no fuesen enteramente obstinados y endurecidos; en fin, no tener el menor interés propio, no vengarse á sí mismo so pretesto de defender la causa de su Padre, con la cual la suya parecia tan íntimamente unida.

Tal debe ser nuestro celo; y si no está formado sobre el

1 Luc. IX. 54 y sig.
2 Matth. XII. 20 Isai. XLII. 1 y sig.

de Jesucristo, jamás estará exento de defectos, y hasta será muchas veces sospechoso con justo motivo. ¿Qué cosa es el celo? Es un puro y síncero deseo de la gloria de Dios, que nos hace sufrir con impaciencia todo cuanto se opone á ella, y que nos mueve á impedirlo, ó á repararlo.

Pero en primer lugar, este celo para ser una virtud, ha de ser sobrenatural en su principio. La gracia debe ser la que en nosotros lo encienda y lo dirija y lo modere en su ejercicio. Si se mezcla en él la naturaleza, si el caracter toma en él alguna parte, si nos dejamos llevar del ardor del temperamento ó de la vivacidad de la imaginacion, la intencion podrá ser buena, mas siempre habrá exceso en las palabras ó en la accion. La señal de un verdadero celo es un perfecto dominio de sí mismo, por medio del cual nos animamos tanto como exige el negocio, pero sin alterar la paz del corazon. La gracia tiene tambien su fuego y su santa impetuosidad; pero en el fondo queda tranquila, y nada trastorna en la economía interior de un alma á quien ella posee. Cuando nos sentimos pues agitados y turbados, cuando la imaginacion inflamándose levanta en nuestro pecho movimientos naturales, cuando nos dejamos llevar de nuestro carácter, el cual pretende dirigir la gracia en vez de seguirla, es preciso desconfiar de nuestro celo, detenernos, y no precipitar nada.

En segundo lugar, el celo ha de ser ilustrado, y no puede serlo como es menester sino por medio de la divina luz. San Pablo echaba en cara á los judíos de su tiempo, que ellos tenian celo de Dios; pero que aquel celo no era segun la ciencia [1]; porque se dejaban alucinar por sus preocupaciones, y prevenidos en favor de sus falsas luces, no eran ya capaces de discernir la verdad. Un celo de esta naturaleza era el que habia antes convertido en perseguidor al mismo Pablo. ¡Cuán comun es este defecto, y de cuán difícil curacion! Sin examinar, sin consultar, sin tomar las medidas necesarias

1 Rom. x. 2.

para instruirse á fondo de las cosas, muchas veces careciendo de la capacidad necesaria, y llenos no obstante de la buena opinion de nosotros mismos, nos prevenimos, nos apasionamos, nos encaprichamos; adelantamos sin poder volver atrás; no estamos ya en disposicion de escuchar, ni aun de oir; condenamos ó aprobamos á diestro y á siniestro ora las cosas, ora las personas, y hacemos un daño incalculable á la causa de Dios creyendo servir á ella. En este caso se hallaban los dos apóstoles reprendidos por Jesucristo; su celo era un efecto de su ignorancia; y si hubieran estado mejor instruidos del verdadero espíritu del Evangelio, no hubieran concebido el pensamiento ni el deseo de castigar á los samaritanos. A veces un celo poco ilustrado, so pretesto de cortar abusos, ha suprimido las mejores cosas, y hasta ha introducido de malas. Los superiores eclesiásticos seculares ó regulares, los predicadores, los confesores, los directores jamás pecarán por exceso en aplicarse á adquirir las luces necesarias para juzgar bien de todo lo que por ellos pasa, para evitar todo exceso, sea de relajacion sea de severidad en su moral, para dar en el tribunal de la penitencia decisiones, justas, para conducir con seguridad las almas á la perfeccion. Adquiérense estas luces por el estudio, recurriendo á personas hábiles, y sobre todo por medio de la oracion, y por una humilde desconfianza en el propio juicio.

En tercer lugar, debe ser practicado con toda la dulzura posible. Evítense las medidas violentas, la aspereza, las injurias, las amargas y demasiado sensibles reprensiones. Ved como se porta Dios mismo acá en la tierra con los pecadores en sus propias ofensas. ¿Hace desde luego tronar contra ellos su justicia? Al primer pecado ¿los precipita en las eternas llamas? Derecho tiene para ello, sin que nadie pudiera quejarse. Mas no: representa suavemente al pecador su crímen, le convida al arrepentimiento, aguarda con paciencia que vuelva á él; y si le castiga, es siempre como un padre, y con miras

de misericordia. En una palabra, todos los medios emplea para ganar y cambiar la voluntad. Y hasta en el último momento en que se consuma la impenitencia final, no es lícito presumir que Dios haya abandonado enteramente al pecador, sin esperanza alguna de perdon. No negareis seguramente que vuestro celo por Dios debe conformarse, en cuanto sea posible, al celo que tiene él para consigo mismo. No deseais con mas ardor que él la correccion de los abusos, y la enmienda de las costumbres, ni sabreis aplicar medios mas eficaces de los que él emplea para conseguirlo. Obrad pues en lo exterior, como obra él en lo interior. Vuestros avisos, vuestras invitaciones, vuestras reprimendas secunden las suyas; trabajad de concierto con la gracia, y para esto haced que la misma gracia os anime y os sostenga en el ejercicio de vuestro celo: no desmayeis, no os impacienteis, no apeleis á extremos violentos que harian nacer la desesperacion en el alma de vuestro hermano, y de que tendriais luego que arrepentiros. No renuncieis á la correccion, porque no hubiere salido bien la primera ó la segunda vez. Reiterad vuestros cuidados, aguardad las ocasiones favorables, y no abandoneis como incorregible al que, á pesar de vuestras reprensiones, recaiga aun en la misma falta. En semejante conducta entra un despecho secreto del amor propio, irritado de que no obtenga al primer golpe lo que exige; entra aquí el orgullo que se cree desairado. ¡Ah! si así lo hiciese Dios con nosotros, ¿en donde estaríamos? ¿Quereis corregir con eficacia? Procurad ganar el corazon; haceos amar; manifestad á vuestro prójimo una ternura de padre; conozca él lo que os cuesta el reprenderle, y que con el mayor dolor recorreis á remedios amargos. Aquí es preciso tratar á los demás, como en igual caso quisierais vosotros ser tratados.

En fin, sea vuestro celo enteramente puro y desinteresado. No vengueis jamás vuestras propias injurias, so pretesto de que Dios es en ellas ofendido. No creais, como muchos su-

periores, que faltar á la regla es faltaros á vosotros mismos; ni como muchos confesores, que el no sujetarse desde luego á lo que exigís, ó no someterse exactamente á lo que habeis prescrito, es un desprecio de vuestra autoridad; ni como muchos directores, que el apartarse un solo ápice de vuestros métodos y de vuestras prácticas, es no tener confianza en vosotros, y negaros la obediencia que os es debida. Si no se pone un escrupuloso cuidado, mézclase mucho de personal en nuestro celo por Dios y por el bien de las almas. A nosotros mismos nos miramos; nuestro amor propio es el que procuramos contentar; nuestro dominio es el que pretendemos ejercer; y no el reino de Dios sino el nuestro es lo que queremos establecer. De ahí aquella extremada delicadeza, aquella facilidad en chocar, aquella disposicion á irritarse, aquella dureza, aquella tiranía, y hasta hipocresía, que alega los derechos de Dios, mientras que no piensa sino hacer valer los suyos propios.

Infinito seria todo lo que hay que decir acerca de esta especie de celo, que mereciera una obra á parte para ser tratado en toda su extension. Lo que puedo añadir aquí es, que jamás el celo se ejercerá cual es debido sin la caridad y la humildad; que no pueden poseerse estas dos virtudes hasta cierto punto, sino por la práctica de la oracion; y que Dios no concede el don de oracion sino á las almas que le están enteramente consagradas y resueltas á seguir en todo la conducta de la gracia. Por último, que el celo perfecto en su principio y en su ejercicio es la consumacion de la virtud, el fruto de la union divina, y la muerte total de sí mismo. Y por esto se necesita haberla ejercitado largo tiempo consigo mismo, antes de hallarse en estado de ejercerla sobre los demás.

CAPÍTULO XLV.

Aversion de Jesucristo á los falsos doctores.

Es muy notable por cierto, que siendo Jesucristo la misma dulzura, y todo bondad hácia los mayores pecadores, haya manifestado tanta indignacion y aversion contra los escribas y fariseos, contra aquellos hombres tan celosos en apariencia de la observancia de la ley, que se preciaban de ser mas justos que los demás, y hacian llegar la exactitud hasta la última minuciosidad. No hay lugar en que no les arguya, ni ocasion en que no guarde de ellos á sus discípulos y al pueblo. Los retrata al vivo, publica en alta voz todos sus vicios, y les carga de sus mas terribles maldiciones. Y ellos eran no obstante los doctores y los maestros de la nacion; estaban sentados en la cátedra de Moisés; tenian el carácter y la autoridad necesarias para interpretar la ley; á ellos era preciso recurrir, y el mismo Salvador recomienda respetar y seguir sus decisiones.

Como han existido y existirán siempre hasta la fin del mundo en la Iglesia fariseos y falsos doctores de que debe desconfiar el pueblo fiel, es importantísimo reconocerlos por la pintura que de ellos hace Jesucristo. No recogeré todo lo que de ellos dice en diversos parajes de su Evangelio, limitándome únicamente á lo que se lee en el capítulo XXIII de San Mateo, que los abraza de uno á otro extremo. Veamos como nos los pinta.

Primer rasgo. *Ellos dicen y no hacen. El hecho es que van liando cargas pesadas, é insoportables, y las ponen sobre los hombros de los demás; cuando ellos no quieren ni aplican el dedo para moverlas* [1]. Los verdaderos santos, duros y aus-

1 Mat. XXIII. 3.

teros para consigo mismos, son dulces é inteligentes para con los demás, se hacen cargo de la humana debilidad, en nada se exceden; y distinguiendo cuidadosamente el precepto del consejo, la obligacion, de la perfeccion, no exigen al pronto de otro sino lo que es indispensable para su salud; y no le hacen avanzar mas sino despues de haber consultado sus fuerzas y su buena disposicion. Hacen todo lo que dicen, y mas de lo que dicen, á imitacion del Salvador, que comenzó por hacer antes de enseñar; que exige de nosotros, aun para nuestra perfeccion, infinitamente menos de lo que él mismo hizo, cuyos ejemplos superan de mucho á sus lecciones. Los santos contrahechos, obran al revés: llenos de indulgencia para sí mismos, no son rigurosos sino para los demás. Incapaces de consideraciones, exigen de un pecador recientemente convertido, de un principiante, de un novicio, esfuerzos de virtud, y una perfeccion que les aterran, que les desalientan, y son superiores á sus fuerzas; les prescriben ayunos, vigilias, austeridades, larga oracion, de que ellos saben muy bien dispensarse. Si no os corregís de repente de una mala é inveterada costumbre; si á pesar del mas firme y síncero propósito, reincidís todavía, os niegan la absolucion; exageran las disposiciones necesarias para acercarse á los sacramentos, y por este medio logran tener separados de ellos á los fieles años enteros. Por los mas leves defectos imponen largas y severas penitencias, y á veces impracticables. Sus discursos y escritos son declamaciones contínuas contra la relajacion y la corrupcion de la moral; y ellos mismos privadamente son los mas laxos y los mas corrompidos de todos los hombres. Al reunirse entre sí, se burlan de la credulidad de aquellos á quienes sedujeron por la buena fama de su virtud. Almas sencillas y rectas que quereis dirigiros á Dios de buena fe, cuando hallaréis doctores de este carácter, tenedlos con razon por sospechosos, en cuanto á la severidad excesiva de su moral. Creed firmemente que dicen lo que no hacen;

para ello os autoriza Jesucristo. Huid de ellos como de charlatanes é impostores, y dirigíos á otro [1].

Segundo rasgo. *Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres.* Los verdaderos santos ocultan cuanto pueden sus buenas obras á la vista de los hombres, y hasta llegan á veces á esconderlas á sus propios ojos. Como no tienen otro objeto que agradar á Dios, *que ve lo mas secreto,* buscan el secreto en todo el bien que hacen. A ello les impulsa la gracia que les hace obrar, y casi se ruborizan de ser sorprendidos en una buena accion que puede dar alguna idea de su santidad. No porque teman edificar al prójimo; pero les consta que así como ciertos deberes religiosos deben practicarse públicamente y sin respeto humano para la pública edificacion, hay tambien ciertas obras de piedad que deben practicarse en particular. Léjos de ir en busca de la estimacion de los hombres, la temen como el escollo de la humildad; aspiran á ser ignorados, y prefiriéran el vituperio á la alabanza si no se tratase mas que de ellos, y no estuviese de por medio el interés de Dios. Nada pues afectan que pueda llamar sobre ellos la atencion, y se portan con sencillez sin cuidarse de si son ó no observados.

Los santos contrahechos, empero, no atienden sino á su reputacion; no aman sino las obras de boato; toman todas las medidas para que el bien que hacen llegue al conocimiento del público; y aunque no lo descubran por sí mismos, tienen personas destinadas que lo dicen por ellos. Si no hacen resonar delante de ellos la trompeta para anunciar sus buenas acciones; si no ruegan, como los fariseos, en las plazas públicas, es porque á mas del mérito de la santidad quieren tener el de la modestia y el de la humildad. Mas refinados en su orgullo, hacen de manera que se diga bien de ellos como

[1] Téngase aquí presente la época en que escribia el autor. En los cuadros que traza, nos pinta al vivo á los Jansenistas, enemigos los mas peligrosos de la Religion.

si fuese á pesar suyo; parece que sufren violencia oyendo sus elogios, y los desechan de modo como si dejáran pensar que merecen otros mayores. Guardaos, y estad alerta muy especialmente contra estas personas de partido, que tienen panegiristas asalariados, que se dan el santo y seña para incensarse mútuamente, que nada dejan ignorar al público de lo bueno que hacen, y á menudo del que no hacen; que se componen y toman la máscara de la piedad cuando son vistos de los hombres, para dejarla cuando no tengan otro testigo que Dios. Fácilmente les conocereis por su afectacion en referirlo todo á sí, ocupando de sí mismos todo el mundo, haciéndose notables en todo, diciendo en tono de caridad mal de cualquiera que, sin parecérseles, goza del concepto público; éste es un crímen que no perdonan, porque quieren para sí solos aquel aprecio. Acordaos tan solo que es propio de la santidad el ser sencillo, natural, amigo de ocultarse, dejando caer el bien que de ella se dice sin poner la menor atencion; y aunque disfrute de buena fama entre los hombres, nada practica con la mira determinada de procurársela.

Tercer rasgo. *Aman los primeros asientos en los banquetes, y las primeras sillas en las sinagogas, y el ser saludados en la plaza, y que los hombres les den el título de Maestros.* Nadie mas ávido de honores, de distinciones, de preferencias que los falsos santos, justos de su propia justicia, llenos de estimacion á sí mismos, persuadidos de que todo les es debido por parte de los demás, y que en todas partes les tocan las primeras plazas. Es preciso acercárseles con todo respeto, darles todas las muestras de veneracion; pues las exigen por su fingida gravedad y por su aire de suficiencia, dando á conocer su descontento si no se las guardan. No ponen el pié en una casa sino para dominar en ella; todo ha de doblarse á ellos, en la mesa y en todas partes para ellos es el asiento de honor. Todos callan cuando ellos hablan, y se recogen como oráculos las sentencias que salen de sus labios. Lo que mas

anhelan es ser mirados como los maestros en Israel, como los depositarios de la ciencia; todo es menester que pase por su fallo, nada es bueno sino lo que merece su aprobacion. Se precian de que á ellos se acude como á los *que ven*; se atraen de todas partes visitas y cartas consultivas, y cuidan mucho de que no se ignore el crédito de que disfrutan por sus luces y por su virtud. Los verdaderos santos tienen una conducta diametralmente opuesta. Se sienten interiormente sorprendidos y confusos de que se les distinga y se les atienda; toman por sí mismos el último lugar como el que les pertenece. Aunque muy ilustrados y muy capaces, no se glorian de ello; dicen con modestia su parecer; escuchan de mejor gusto que no hablan, y están mas dispuestos á aprender que á enseñar. No tienen anhelo de ser consultados, y guardan en secreto las relaciones que personas de la mas alta jerarquía tienen con ellos por su conciencia. Nada mas distante de su espíritu que la dominacion, y nada temen tanto como el crédito y el aura popular. Todo para Dios, nada para sí mismos: esta es su máxima.

Cuarto rasgo: *Cierran el reino de los cielos á los hombres, al cual ni entran ellos, ni dejan entrar á los demás.* Tal es el efecto del rigorismo de que hacen alarde, y que tan solo afectan con este objeto. Ellos mismos por su orgullo se cierran la puerta del cielo, y la cierran á los demás por su excesiva severidad. De sus coloquios se sale desesperado, diciendo consigo mismo: ¿Quién podrá salvarse? Todo se abandona, tomando el partido de entregarse á las propias pasiones. Esto es lo que pretende el demonio, del cual son agentes estos hipócritas. Los santos no ensanchan el camino del cielo; pero tampoco lo embarazan con espinas. Antes al contrario, allanan las dificultades; sostienen y alientan la buena voluntad, la inspiran á los que no la tienen, y les persuaden que es fácil á la gracia lo que es imposible á la naturaleza. Al dejarlos, nos increpamos nuestra flojedad, sentimos el corazon

mas ensanchado, y mas dispuesto á obrar el bien.

Quinto rasgo. *Devoran las casas de las viudas*, despues de haberlas embaucado *con sus largas oraciones*. Los que, segun la expresion de S. Pablo, hacen un tráfico de la piedad, se asocian sobre todo con las mujeres ricas y con las viudas que pueden disponer de sus bienes. Como éstas se dejan alucinar fácilmente por los sentidos y por la imaginacion, las engañan por medio de sus largas oraciones, y por todas las exterioridades de la devocion. No es menester preguntar si ellos acompañan sus oraciones de gestos, de arrebatos, de suspiros, de ademanes, que imponen á espíritus débiles é ignorantes. Y cuando han logrado dominarlas una vez, no tardan en aprovecharse de sus ofertas y de sus dádivas, para ponerse á sus anchuras, y procurarse todos los placeres de la vida. Por su crédito y sus instancias obtienen pensiones y beneficios. Logran morada, alimento y diversion á costa de ellas, las chupan y las devoran, sin catarse de las hablillas del mundo, ni de las quejas de los herederos. Los verdaderos santos son desinteresados; y se creyéran culpables del mas horroroso abuso, si hiciesen servir la direccion de las almas en provecho propio. No rehusan encargarse de dirigir las personas ricas que Dios les proporciona, pues ¿qué derecho ni que razones tendrian para ello? Pero están siempre prevenidos contra la buena voluntad que ellas les demuestran; jamás la solicitan, usando de ella con extremada reserva, hasta el punto que conocen indispensable para no chocar con ellas. Si tienen verdaderas necesidades, esperan tranquilos que Dios se las dé á conocer, y les inspire la resolucion de socorrerlas. Entonces reciben el socorro como nuestro Señor aceptaba el de las mujeres que le seguian en sus viajes. Por lo demás, nunca se oyó en la historia de los santos, que ninguno de ellos hiciese servir la piedad ó el ejercicio de su sagrado ministerio como un medio de enriquecerse, y de procurarse una vida muelle y voluptuosa.

Sexto rasgo. *Andan girando por mar y tierra á trueque de convertir un gentil: y despues de convertido, le hacen digno del infierno dos veces mas que ellos.* Los fariseos del cristianismo, así como los del judaismo, no son por lo regular hombres aislados; forman una secta que tiene su espíritu, sus intereses, sus cabalas, sus intrigas y sus fondos necesarios para las necesidades de la obra. Para perpetuar y extender esta secta son menester prosélitos, y para esto trabajan con un ardor infatigable, poniendo en obra todos los medios de seduccion. Cuando han ganado uno, le inician poco á poco en los secretos de la secta, le inspiran todo su veneno; y como la malicia va siendo siempre mayor y mas refinada, los discípulos vienen á ser mas malvados y mas punibles que sus maestros. Los santos son en número demasiado reducido para formar secta; y como la gracia les hace salir de diversos puntos, es raro que se reunan para obrar sobre un mismo plan y seguir un mismo objeto. Muchos de ellos, y en particular los Fundadores de Ordenes religiosas, han tenido discípulos; pero Dios se los proporcionó, pues no vemos que desplegasen un celo ardiente, ni que apurasen todos los esfuerzos para hacerlos suyos. Además, no tenian ellos sino un objeto, la santificacion propia y la de sus adeptos, ó la gloria de Dios y el bien espiritual del prójimo. Y aun cuando pensaron formar un cuerpo, se sometieron en cuanto al objeto de su instituto y el género de su regla, á los primeros pastores y á la Santa Sede. Asi que, en nada son comparables aquéllos con los fariseos de todos tiempos.

Séptimo rasgo. *Son exactos en las mas minuciosas observancias de la ley, de la cual descuidan los puntos mas esenciales, como la justicia, la misericordia y la fe. Colan un mosquito, y se tragan un camello.* Estudiad con atencion el espíritu farisaico; y observaréis que guarda minuciosamente las prácticas exteriores del culto, que convierte en casos de conciencia cosas indiferentes, ó á lo mas de muy poca consecuencia; mien-

tras que no tiene escrúpulo en dejarse devorar por la envidia y por los celos, en desgarrar el prójimo con la maledicencia y la calumnia, en recorrer á la mentira y al artificio para conseguir sus fines. Este odioso carácter se descubre claramente en todas las herejías antiguas y modernas. Y déjase tambien reparar mas ó menos en todos los devotos de partido ó de cabala. Sin embargo, por una inconcebible ceguera, tranquilizándose sobre el particular, se tiene casi por un mérito delante de Dios el obrar así; é increpándose sobre otros puntos las mas ligeras faltas, ningun remordimiento causan pecados de mucha mayor consideracion contra la verdad, contra la justicia, contra la caridad. Paréceme ver á los fariseos deliberando sobre el uso que harán de los treinta dineros dados á Judas, y que dicen: *No nos es permitido ponerlos en el tesoro del templo;* mas que no tienen el menor escrúpulo de haber sobornado aquel traidor con el dinero, para que les entregase el Hijo de Dios. Inútil es observar que á este es enteramente opuesto el espíritu de los santos; quienes, si bien son delicados en las faltas leves, tienen horror á las grandes. Sin olvidar que en la ley hay su parte exterior, atienden principalmente á lo que le es intrínsecamente esencial, el amor de Dios y del prójimo.

Octavo rasgo: *Limpian por defuera la copa y el plato: y por dentro están llenos de rapacidad, é inmundicia.* La causa de esto es porque lo exterior está á la vista de los hombres, á quienes desean imponer con esto, en tanto que lo interior es visible solo á Dios, á quien no cuidan de complacer. Desconfiad pues de estos exteriores tan arreglados, tan compuestos, donde todo huele á afectacion. Los verdaderos hombres de bien se dedican sobre todo á purificar lo interior; y si en su casa todo respira santidad, ésta es hija únicamente de la que hay en lo interno. En su porte, en sus palabras, en sus acciones, nada hay formado ni sobrepuesto, todo corre naturalmente, ni necesitan de reflexion ni de

esfuerzos para parecer tales como son.

Ningun espíritu fué nunca ni puede ser mas opuesto al espíritu farisaico que el espíritu de Jesucristo; y no es difícil atinar en el por qué les tuvo é inspiró á sus discípulos tanta aversion. Pues realmente este espíritu es el mayor y mas peligroso enemigo de la piedad, el lazo mas sútil que puede tener el diablo para seducir las almas, el artificio que menos desconfianza infunde, y en el cual es mas fácil dejarse prender, si no se junta la prudencia de la serpiente con la sencillez de la paloma. Jesucristo que conocia á fondo aquel espíritu infernal, quiso ser la víctima de los falsos devotos y de los hipócritas, para inspirarnos tanto horror á ellos como amor debemos tener á él; para hacernos temblar de tener con ellos la menor semejanza, á vista del abismo de iniquidad á que se precipitaron, y hacernos detestar el orgullo y el amor propio que engendran la hipocresía, la cual está en su colmo en las personas espirituales cegadas por aquellos dos vicios.

CAPÍTULO XLVI.

Jesucristo objeto de contradiccion, y motivo de escándalo.

Una de las mas profundas predicciones que se hayan hecho con respecto á Jesucristo, es la del santo viejo Simeon. Dijo éste teniéndolo en sus brazos: *Este Niño está destinado para ruina y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradiccion, á fin de que sean descubiertos los pensamientos de un gran número de corazones* [1]. En Jesucristo, unas mismas cosas, los diversos estados de su vida, su doctrina, su conducta, sus milagros, han hecho caer á unos y han levantado á otros, segun sus disposiciones interiores. En todo sufrió contradiccion, en todo fué admirado, y

1 Luc. II. 34.

por aquí se pusieron de manifiesto los secretos pensamientos de los corazones. Aquellos en quienes operaba la gracia le escucharon y siguieron: este fué el corto número. Los que resistieron á la gracia, le odiaron y persiguieron. Todo era en él edificante en grado supremo, y todo era materia de escándalo, segun que se miraba ó con los ojos de la fe ó con los de la naturaleza. Encantaba y arrebataba deliciosamente el espíritu humano, cuando éste se elevaba á los designios sobrenaturales; espantaba y trastornaba este mismo espíritu cuando se abandonaba á sus errores y pasiones. Su vida comun y su fácil acceso eran un atractivo para los pecadores; y para los falsos justos era un motivo para desecharle y para decirle: *Este hombre ama la buena mesa y el buen vino; es el amigo de los publicanos y gentes de mala vida* [1]. Su doctrina pura y sublime extasiaba las almas rectas y sencillas; los corazones solapados y falsos no podian sufrirla. Los unos no podian menos que reconocer en él algo de divino, viendo cuanta era su sabiduría, y que no la adquiria de los hombres; los otros no podian resolverse á creer en él, porque era el hijo de un artesano, y él mismo lo era tambien. *¿Cómo sabe éste las letras*, decian, *sin haber estudiado* [2]? Por otra parte, Nicodemus le decia: *Maestro, nosotros conocemos que eres un maestro enviado de Dios: porque ninguno puede hacer los milagros que tu haces, á no tener á Dios consigo* [3]. En todas ocasiones el pueblo testigo de sus milagros bendecia á Dios, y confesaba que nada de semejante se habia visto en Israel. De otra parte, sus enemigos pretendian que arrojaba los demonios por la virtud del príncipe de los demonios; ponian en duda sus milagros porque los hacia el sábado; y no pudiendo sufrir la brillantez y la multitud de ellos, se ratificaron en el designio de perderle.

¿Quién creyera que con motivo de un mismo hombre, y

1 Luc VII. 34.
2 Joan VII. 15.
3 Joan. III, 2.

de un hombre tan extraordinario como Jesucristo, fuese tan extremada la diversidad de los sentimientos? Mas nosotros no reflexionamos lo bastante en la corrupcion del corazon humano y en su profunda perversidad. No era el entendimiento sino el corazon el que juzgaba de Jesucristo; y de ahí la gran divergencia de los juicios que de él se formaban. Los menos ilustrados no podian engañarse en él, por poco recto que tuviesen el corazon; y los mas perspicaces, si les faltaba esta rectitud, no podian menos que estar ciegos, ó cegarse á sí mismos. Por esto decia Jesucristo: *Bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasion de escándalo* [1]. ¡Qué! tan fácil es escandalizarse en la persona de Jesucristo, que él mismo llama dichosos á los que se librarán de este escándalo! En verdad que esta sentencia debe hacernos temblar á todos; pues no somos de una naturaleza diferente de la de los judíos, ni tenemos el espíritu ni el corazon formados de otro modo que ellos. Y si esta nacion, á la cual estaba prometido el Mesías, que no suspiraba sino por el Mesías, que no fundaba todas sus esperanzas sino en el Mesías; que no existia, que no formaba un pueblo aparte, que no habia recibido de Dios su ley, su culto, sus ceremonias; que no habia tenido una tan larga serie de profetas, que Dios no lo habia especialmente gobernado, protegido, adoptado, sino con la mira del Mesías; si esta nacion, repito, querida y privilegiada se escandaliza de su Mesías, cuando apareció en la persona del Hombre Dios, hasta clavarlo en una cruz, ¿cómo no nos escandalizarémos nosotros, gentiles de orígen, nosotros estraños á las promesas de Dios, nosotros sustituidos á los judíos por una pura misericordia, nosotros que á mas de las razones aparentes de escándalo que tenian, tenemos á mas la del oprobio y de los tormentos de su pasion? Sí, dichoso el cristiano que en nada se escandalice por lo que mira á la adorable persona de Jesucristo, su doctrina, su vida, su

1 Mat. XI, 6.

muerte, sus sentimientos y sus virtudes. Este cristiano no atiende ni á la carne, ni á la sangre, ni á una razon engañadora: no escucha sino la fe, no piensa ni juzga sino segun las luces de la fe. La fe le enseña que para él todo es digno de veneracion, de amor, de imitacion en Jesucristo, y tanto mas digno en cuanto choca y trastorna mas la naturaleza. Mas ¡cuán raros son y han sido siempre esta suerte de cristianos! Sin hablar de los herejes, de los libertinos, de los incrédulos, que todos se han escandalizado de Jesucristo, todo cristiano que no es verdaderamente un hombre interior, que no trabaja para serlo, que no sabe ó ni quiere aun saber lo que es, se escandaliza mas ó menos de Jesucristo. Consiente en adorarle, pero ¿consiente en parecérsele? ¿La respeta como á su maestro, pero ¿gusta de su doctrina? la sigue en la práctica? Le reconoce por su modelo; mas al proponerle sus ejemplos, retrocede, no los cree hechos para él, ni aun los tiene por practicables. ¿No es escandalizarse de Jesucristo el estimar, el querer, el buscar con afan lo que él ha despreciado, aborrecido, desechado? ¿El tener menosprecio, aversion ú horror á lo que él ha estimado, apetecido, abrazado, preferido á todo lo demás? ¿Y cuál es el cristiano que hasta cierto punto no se halla en esta disposicion? ¿Cuál es el cristiano que de ella se avergüenza delante de Dios, que se confunde, que le pide sinceramente la gracia de salir de ella, y que hace todos los esfuerzos para conseguirlo? ¿Cuál es el cristiano que no se justifica á sí mismo acerca de su modo de pensar y de obrar en esta parte? Mas el justificarse en las cosas en que se está en manifiesta oposicion con Jesucristo es condenarle, y con mucha mayor razon es escandalizarse de él. Hé aquí sin embargo el punto en que casi todos nos hallamos. Los santos persiguen en sí mismos todo cuanto observan de contrario al espíritu de Jesucristo, y se aplican á destruirlo. Mas por esta sola razon de ser imitadores de Jesucristo, se halla en los santos motivo de escándalo, y se

les condena. Todas las persecuciones que han tenido que sufrir los santos, no reconocen otra causa.

Remontémonos al principio, y probemos el abrir los ojos á tantos cristianos, que no lo son sino de nombre y profesion exterior, no solo en el siglo, sino tambien en la Iglesia, y aun en el claustro.

Tenemos todos un fondo de orgullo y de amor de nuestra propia excelencia inherente á todo ser creado, que ha precedido á todo pecado y ha sido orígen de él. Este orgullo, cuando nosotros cedemos á su instigacion, nos rebela contra Dios, nos hace odiosa nuestra dependencia, nos inclina á sustraernos á su dominio, nos hace olvidar que de él tenemos todo lo que somos, que no podemos sin él ser dichosos. Todo se lo apropia, todo lo atrae á sí, y en sí se apoya únicamente; no puede sufrir lo que le llama á su nada y al conocimiento de sí mismo, y cuanto le recuerda la adoracion, la obediencia y el amor que debe al Sér supremo. Por este vicio cayó el ángel, habiéndose querido igualar á Dios: por este vicio tentó el precito al primer hombre, y le hizo sucumbir, sugiriéndole la vana idea que seria semejante á Dios comiendo del fruto prohibido.

El justo castigo de nuestro orgullo arrastró la rebelion de la carne y su concupiscencia contra el espíritu. De ahí este amor desordenado de nuestro cuerpo; este afan desmedido de procurarle sus gustos y comodidades; y sobre todo, esta propension violenta á los placeres de los sentidos, orígen funesto de nuestros pecados y de nuestro apego á las cosas de la tierra, en las que hacemos consistir nuestra felicidad, que solo podemos hallar en la posesion de Dios.

Habiendo pues el orgullo y la sensualidad sumido al género humano en un monstruoso desórden, del cual era imposible que saliese por sí solo, pareció Jesucristo sobre la tierra para traer el remedio á estos dos vicios. Manifestó en su persona un Dios obediente, humillado, anonadado, á causa

de la naturaleza humana á la que se habia unido; y por este medio puso mas patente que el sol la injusticia excesiva y el crímen imperdonable del orgullo de una simple criatura que osa rebelarse contra Dios. Infinitamente rico en sí mismo, manifestó un sumo desprecio de las cosas de la tierra; vivió en la pobreza y en el trabajo; murió entre tormentos para enseñarnos hasta que punto nos envilecemos por el amor de los deleites criminales, que hemos de tratar con dureza nuestro cuerpo, y sacrificarlo, si es necesario, para conservar nuestra alma. Su doctrina fué conforme á sus ejemplos. No predicó sino la humildad y la renuncia á todo cuanto satisface los deseos corrompidos de la carne.

Y esto mismo es lo que escandalizó y escandalizará siempre al hombre orgulloso y sensual; porque como no puede sostener el paralelo de sus sentimientos con los de Jesucristo, de su conducta con la de Jesucristo, le es forzoso fallar, ó contra Jesucristo, ó contra sí mismo. Mas él se estima, se ama demasiado para condenarse á sí propio; su fe, mientras la conserva, no le permite condenar á Jesucristo. ¿Qué hará pues? Raciocinará contra las pruebas y los principios de la fe; la debilitará y la extinguirá poco á poco en su corazon, la apartará de su pensamiento, y descuidará sus prácticas. Tal es el partido que toman los herejes, los incrédulos y los libertinos. Se limitará á lo exterior de la religion, á las oraciones vocales, al cumplimiento de los deberes necesarios ó indispensables para la salvacion; pero ni aun pensará en combatir su orgullo, su vanidad, su sensualidad, sino en lo que tienen evidentemente de criminal. Además estará lleno de sí mismo, satisfará sus sentidos, estará apegado á las cosas de este mundo, como si no tuviera la menor idea de Jesucristo, ni la menor obligacion de imitarle. Así se portan los cristianos ordinarios. Tendrá cada dia sus horas arregladas para la oracion, para una lectura piadosa; oirá misa regularmente, asistirá á los oficios de la Iglesia, frecuentará los sacramen-

tos de la Penitencia y de la Eucaristía, no descuidará ocasion para ganar las indulgencias, practicará algunas obras de caridad. Mas en su alma no podrá sufrir una señal de desprecio, una humillacion, una falta de respeto y de atencion; solo se ocupará en sí mismo, en su nobleza, en su dignidad, en su mérito, en la consideracion de que disfruta, ó en sus riquezas que equivalen á todo esto. Será delicado en sus alimentos, muelle en sus vestidos, nada rehusará á su cuerpo de lo que no ofende claramente la conciencia: el temor de perjudicar su salud no le dejará observar las abstinencias y los ayunos de la Iglesia. Con todo esto se creerá un cristiano superior al comun, un devoto de profesion, sin ver lo demás que puede exigir de él Jesucristo, y sin tener ni una idea de las virtudes interiores y de la muerte á sí mismo. Tal vez, en fin, se dará á la espiritualidad, leyendo los libros que tratan de ella; hará la meditacion ó tal vez la oracion á su modo; tendrá conferencias con otros sugetos espirituales como él sobre asuntos místicos, en las que cada uno á porfía querrá parecer mas ilustrado que los demás. Pero ¿tendrá en esto por objeto adquirir la humildad, quedándose oculto en Dios y olvidado de los hombres? De ningun modo. De ello tomará ocasion para estimarse en mas, como un hombre versado en los caminos de Dios, y para adquirirse este concepto con ciertas personas; en su oracion no buscará sino las luces que elevan, que deslumbran, que rodean de ilusion, ó bien las dulzuras y los sentimientos tiernos que alimentan el amor propio; tendrá horror á las sequedades, á las tinieblas, á la aridez y á otras pruebas que conducen al menosprecio de sí propio, al desapego, á la muerte interior.

Todos estos cristianos que acabo de describir, ¿son verdaderos discípulos de Jesucristo? han penetrado en las disposiciones íntimas de su corazon? gustan acaso de los diferentes estados de pobreza, de oscuridad, de contradiccion, de sufrimientos, de oprobios, por los que él quiso pasar? consenti-

rian en probar algo que se le pareciese? lo desean de veras? se humillan á lo menos por sentirse incapaces de un tal esfuerzo de virtud, y reconocen que tal es el espíritu del cristianismo? Puede asegurarse que no: que están muy distantes de extender tanto sus miras y sus pensamientos; que deseáran que Jesucristo hubiese hecho menos para salvarles, y que exigiese menos de los que él llama para seguirle. No le renuncian absolutamente; pero rehusan seguirle por tan estrechos senderos, y se labran un camino menos incómodo para el espíritu y para la carne. No se atreven á decir que se escandalizan de Jesucristo; pero se avendrian mejor con su moral, si concediese algo al amor propio; y con sus ejemplos, si con ellos no le diese el golpe mortal.

CAPÍTULO XLVII.

Jesucristo vino á traer el amor de Dios sobre la tierra.

El amor divino es el fuego de que habla Jesucristo, cuando dice: *He venido á poner fuego en la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda* [1]? Antes de él el género humano no amaba sino á sí mismo; amaba sus vicios y sus pasiones en las falsas divinidades que se habia forjado. El judío conocia el verdadero Dios; mas no le amaba, á lo menos en virtud de su ley y de la alianza especial que Dios habia con él contratado. Esta ley le prometia únicamente bienes temporales si era fiel á Dios; y le amenazaba con castigos temporales si abandonaba su culto por el de los ídolos. Exceptúo un pequeño número de verdaderos hijos de Abrahan, que pertenecian con anticipacion á la ley nueva, y en quienes operaba ya la gracia del libertador prometido, para elevar sus es-

1 Luc. xii. 49.

píritus y sus corazones sobre las cosas de la tierra. Todos los demás servian á Dios por motivos de esperanza y de temor puramente humanos; y estaban tan obstinados en estas miras bajas y serviles, que la principal razon que les movió á desconocer á Jesucristo, es porque engañó su esperanza, anunciándoles únicamente bienes y males espirituales, y enseñándoles á amar á Dios por sí mismo, y á servirle con la esperanza de poseerle y con el temor de perderle, sin contar para nada los bienes y los males de la vida presente.

Él vino pues á traer á la tierra el fuego de la caridad, para consumir en el hombre todo lo que tiene de grosero y de terrestre; todo lo que sirve de pábulo á sus vicios y á sus pasiones; todo lo que le degrada y le envilece, limitando sus deseos y su ambicion á las grandezas temporales; todo lo que corrompe y desvia de su verdadero fin sus afecciones, fijándolas en objetos perecederos; todo lo que le hace en efecto enemigo de sí mismo, concretando en él su amor, en vez de elevarlo á un bien mas excelente. Propone con la mas viva eficacia en varios pasages de su Evangelio el motivo de temer á Dios y de obedecerle, tomados de las penas eternas del infierno; mas no quiere que obre este motivo en los corazones sino en defecto de otros mas poderosos, mas puros y mas sublimes; quiere que se comience por temblar delante de Dios como Maestro y como Juez, para pasar luego á amarle como el mejor de los padres; y que el temor de ofenderle nazca del deseo de agradarle. Propone tambien en todas ocasiones la recompensa celeste para animar nuestra flojedad, y sostenernos en la práctica de las virtudes cristianas. Pero ennoblece, perfecciona este motivo de esperanza, mostrándonos el cielo como una herencia prometida al amor filial, y como si consistiese tan solo en ver y gozar á nuestro Padre celestial. Así que, pretende que nuestro afecto hácia él nos haga desear poseerle, y practicarlo todo, sufrirlo todo, sacrificarlo todo para conseguirlo. Jesucristo pues, lo reduce

todo al amor de Dios como nuestro Padre, y del prójimo como nuestro hermano; declarando expresamente que en estos dos preceptos, que no forman sino uno, se encierran la ley y los profetas.

Toda su moral, que tan dura parece á la naturaleza corrompida, no tiene en realidad mas objeto que segregar ó arrancar del corazon humano todo lo que seria un obstáculo al amor de Dios; ella despega el corazon de todo lo demás, á fin de que nada le desvie de amar á Dios, y no parta su afecto con las criaturas. Ella priva al hombre el amarse á sí mismo, como no sea por respeto á Dios; y en todos los bienes que recibe ó que espera de Dios, quiere que no vea sino á Dios, y que no ame, ni bendiga, ni dé gracias sino á Dios. Seguid exactamente esta moral, y ella os conducirá por grados á la perfecta caridad. No lo ignoramos nosotros, y por esto mismo nos desagrada; porque no podemos resolvernos á renunciar al amor propio, el grande, el único enemigo del amor de Dios. La caridad que tan bella nos parece, cuyo nombre es tan dulce, y cuya idea nos encanta, es en realidad la cosa á que mayor aversion tenemos y que mas nos cuesta poner en práctica, porque excluye todo amor desordenado de nosotros mismos.

El cielo es la morada de este fuego divino. Arde en Dios desde toda la eternidad; es la vida de las tres Personas divinas, cuya esencia y felicidad es el amor. ¿Qué puede amar Dios? Nada existe sino por él; nada es amable sino por la comunion de sus perfecciones. Los espíritus bienaventurados que lo contemplan, no pueden amar sino á él; ellos se aman, pero en él, por él, y para él; ni son libres de amarse de otro modo. Lo perdieran todo, si por imposible llegasen á perder la pura caridad.

Por un exceso de amor hácia nosotros Jesucristo trajo este fuego sobre la tierra; y para nuestra felicidad desea tan ardientemente que este fuego se encienda en nuestros corazo-

nes. Sabe que la caridad es la única que puede abrirnos las puertas del cielo, en donde será mas ó menos elevado nuestro trono segun el grado de caridad que acá en la tierra hayamos adquirido. Sabe que quien no ama, queda y quedará eternamente abismado en las sombras de la muerte; que la desdicha del diablo y de sus ángeles es el no amar á Dios, sin tener para ello ni el poder ni la voluntad; y que si no amamos á Dios durante esta corta vida, que solo para esto se nos ha concedido, participaremos para siempre de la suerte de aquellos rebeldes espíritus. En este concepto, y segun el amor que nos ha demostrado Jesucristo, juzguemos de lo que sentia en su alma al pronunciar aquellas palabras: *Yo he venido á poner fuego en la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda?*

¿Se limita tal vez á quererlo? ¿Su deseo queda de su parte sin efecto? En tanto que vivió, sus palabras, sus acciones, sus ruegos, sus padecimientos, no tuvieron otro objeto ni otro fin, que ponernos en estado de amar á Dios, empeñarnos á ello, haciendo para lograrlo á nuestros corazones una dulce violencia. En cualquier estado que le consideremos desde el establo de Belen hasta el Calvario, ¿qué es lo que nos presenta en su persona? Un modelo de amor. ¿Qué nos dice? Ved como amo yo á mi Padre y al vuestro, hasta qué punto merece ser amado, y como debeis amarle vosotros. Si os descubre su corazon, ¿qué veis en él? Una hoguera de amor, y del amor mas puro, hoguera inmensa, capaz de abrasar el universo entero. Y ¡ah! su deseo corresponde al ardor de esta hoguera. A ella os convida, á ella os atrae con toda la fuerza de que es capaz. Venid á tomar á lo menos una chispa del fuego que le devora, ponedla en vuestro corazon, alimentadla, conservadla por todos los medios que él mismo os enseña y os inspira, y no tardará en ser un ascua ardiente que os consumirá.

Desde el cielo en donde habita, ¿qué hace mas sino enviarnos de contínuo sus gracias, que son como otras tantas

teas encendidas que arroja á nuestro corazon? Y si no arden lo que se necesitaria para derretir nuestro hielo, ¿á quien podemos echar la culpa sino á nosotros mismos? Con tal que nos hallásemos confusos de nuestra frialdad, con solo gemir en su presencia, y rogarle con vivas ansias que nos la hiciese vencer por su amor hácia nosotros, muy pronto quedaríamos abrasados. El lo quiere, pero nosotros no lo queremos; y mientras persistamos obstinados en no quererlo, sus mas ardorosos deseos serán inútiles, porque nadie ama sino queriendo amar. Y, lo repetimos, no queremos amar á Dios, porque queremos amarnos á nosotros mismos.

Y sin necesidad de elevarnos hasta el cielo con las alas de la fé, contemplémosle en el santo tabernáculo en donde reside y residirá hasta el fin de los siglos. ¿Para qué está allí, sino para comunicarnos aquel amor en que arde él mismo hácia su Padre? ¿A qué fin se nos da en la Eucaristía, sino para hacernos vivir como él de amor? *El que come mi carne*, dice, *y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él.* ¿Puede acaso Jesucristo vivir en nosotros, sin encender en nuestro corazon el fuego de que se siente abrasado? ¿Y podemos vivir nosotros en él, sin una contínua vigilancia en conservar y aumentar el fuego que él ha encendido? ¡Ah! si cada vez que nos acercamos á la santa mesa le dijéramos: Señor, acordaos del objeto que os hizo venir al mundo y que en él os retiene: á vos me presento para recibir el fuego sagrado que habeis traido del cielo. Este fuego sois vos mismo, es vuestra adorable persona. *Dios es caridad*, vuestro Apóstol lo ha dicho; *Dios es un fuego que consume*, lo dijo Moisés. Y recibiendo á vos, no es una chispa de este fuego, sino este fuego todo entero lo que yo recibo. ¿Quién impide pues, oh Salvador mio, de que en él me consuma? Vos lo deseais, yo lo deseo tambien; y si vos y yo lo deseamos, nadie puede detener el efecto de este divino fuego. Mas para usar sinceramente de semejante lenguaje con Jesucristo, preciso es tener horror al amor propio, y estar re-

suelto á perseguirlo hasta su total destruccion.

Si el objeto de nuestras visitas al santísimo Sacramento fuese reanimar nuestro fervor junto á Jesucristo, exponer nuestra alma á los rayos abrasadores que parten de aquel sol de amor, dejándola penetrar por ellos, sentiríamos los afectos á veces sensibles y siempre reales, que nos transformarian en otros tantos serafines. ¿Son menester libros, ni actos, ni métodos, para acercarse al fuego y calentarse en él? Abandonémonos solamente á su accion, pongámonos lo mas cerca de él que podamos, descansemos allí tranquilos, y él obrará en nosotros con tanta mayor fuerza, cuanto menos nos agitaremos. Mas el amor propio viene tambien aquí á oponerse á las intenciones de Jesucristo. No para él sino para nosotros le visitamos; muchas veces le llevamos un corazon pegado á las criaturas; un corazon inmortificado y sensible á frioleras; un corazon soberbio, desdeñoso, despreciador, lleno de envidia y de hiel contra el prójimo; un corazon ligero, disipado, incapaz de recogimiento; un corazon agitado, turbado con mil cuidados y con mil proyectos; un corazon vacío de la presencia de Dios, que no sabe lo que es oracion, y que teme probarlo; un corazon, en fin, todo lleno de sí, todo ocupado en sí, y que, cuando mas, quiere conciliar el amor de Dios con el amor propio. En estas visitas no buscamos sino dulzuras y consuelos de que podamos satisfacernos: no es el esposo, sino sus caricias lo que nos atrae. Nada menos pedimos que el gozar de lo mas tierno, de lo mas afectuoso, de lo mas deleitable que tiene el amor; mas no queremos lo que tiene de fuerte, de doloroso, de acerbo. Como si la propiedad del fuego, cuando se fija en un cuerpo, no fuese el dividirlo, penetrándolo; el devorarlo y transformarle en sí, destruyendo su primera forma.

CAPITULO XLVIII.

Jesucristo adorador en espíritu y en verdad.

Dios no podia ser dignamente adorado sino por un Hombre Dios. El homenaje que merece es infinito, y ninguna criatura, por pura que sea, se halla en estado de tributarle semejante homenaje; pues no puede darle un valor superior á lo que es ella en sí misma. Verdad es que el homenaje debido á Dios es menester que le sea prestado por una naturaleza inferior á la suya, porque es un homenaje que afecta todo el ser, y por medio del cual se reconoce haberlo recibido de él, y deber consagrarlo enteramente á su servicio. Mas para ser digno de Dios es necesario que sea infinito como él, y de consiguiente que le sea tributado por una persona igual á él. Esto es lo que hizo Jesucristo, cuya persona divina adoraba á su Padre, reconociendo que de él habia recibido la naturaleza humana á la que estaba unida, y consagrándola á su gloria.

En este sentido, Jesucristo es el único adorador; y es esto tanta verdad, como que Dios no agradece nuestro homenaje, ni tiene valor alguno á sus ojos, sino en cuanto está comprendido en el de su Hijo, y le está inseparablemente unido. Porque Jesucristo hombre nos representaba á todos; adoraba á Dios en su nombre y en el nuestro; y si no le estamos incorporados, si no le pertenecemos como miembros á su cabeza, si no recibimos de él la influencia sobrenatural, si en fin no adoramos á Dios en él y por él, no nos es aceptada nuestra adoracion, ni nos sirve de mérito alguno para nuestra salud. Esta verdad, otro de los principios de nuestra fe, nos hace concebir cuán necesaria es para nosotros la union

con Jesucristo, y cuanto nos interesa estrechar esta union por todos los medios posibles.

Y ya que la adoracion de Jesucristo ha sido la única perfecta, y que la nuestra no lo es sino en cuanto se aproxima á ella, nos importa en extremo considerar cuáles fueron las calidades de la suya, á fin de expresarlas fielmente en la nuestra.

Jesucristo fué un adorador en espíritu; esto es, su adoracion fué interior, fundada en el conocimiento que tenia de lo que es Dios, de lo que era él, y de lo que como á hombre le debia. Es decir, que en él se unia el corazon al espíritu para someterse á Dios con toda la fuerza de su voluntad, al mismo tiempo que reconocia el deber de estarle sumiso. Esto es lo que se entiende por adorar en espíritu, es decir, del fondo del alma, y con toda la extension de sus fuerzas. *Dios es espíritu*, y así la adoracion que se le dá debe ser espiritual. El judío le inmolaba víctimas, y con esto creia haber cumplido con su deber. Pero Dios declara en varios pasajes de la Escritura, que estos sacrificios puramente exteriores, no le daban honor, que los desechaba y aborrecia; y que *tan solo era glorificado por el sacrificio de alabanza* que le ofrece el corazon. ¿Y no pudiera hacer el mismo cargo á la mayor parte de los cristianos, que en nada faltan al culto exterior, que adoran á Dios de boca y por la postura de su cuerpo, pero que ni aun saben en qué consiste adorarle en espíritu? El homenaje exterior nada significa por sí solo, y no dará otro á Dios el hombre que no sea interior. El espíritu puede adorar por sus actos íntimos, sin palabras ni demostraciones; y esta es propiamente la adoracion que conviene á Dios, espíritu puro, que penetra en nuestros mas secretos pensamientos, en lo mas profundo de nuestros sentimientos. Las demostraciones y las palabras que sirven para imponer á los hombres, no imponen á Dios; el cual no se paga de ellas solas, y atiende únicamente al espíritu que las anima y las dicta. A cada uno de nosotros

toca examinarse acerca de este punto, y ver que parte tiene su espíritu en el tributo de oraciones que cada dia ofrece á Dios: si es la lengua, ó á lo mas la imaginacion; ó si es el corazon quien lo desempeña.

Jesucristo fué un adorador *en verdad*. No se limitó á puros sentimientos, pasó á los efectos; consintió en que su Padre ejerciese su libre y pleno dominio sobre él, se prestó á todas sus voluntades, y las cumplió. Toda su vida no fué otra cosa que una inmolacion contínua de su ser á la majestad divina. Olvidándose á sí mismo, solo se dedicó á *santificar el nombre* de su Padre, á fin de *establecer su reino;* no se denegó á trabajo alguno, ni á la menor humillacion; dió el ejemplo de una perfecta obediencia. Su única regla fué la *voluntad* de su Padre; y la *ejecutó* mas fielmente y con mas amor *sobre la tierra*, de lo que se ejecuta en *el cielo*.

Tal es la verdadera y efectiva adoracion que Dios espera de nosotros. Las protestas de sacrificio que sin cesar le hacemos, no son sino una ilusion, si no las reducimos á la práctica; si en todo no le dejamos disponer de nosotros mismos, y si, porque nos dió la libertad, pretendemos tener un derecho en gobernarnos á nuestro capricho en todo lo que nos parece indiferente. Ninguna de nuestras acciones debemos sustraer del dominio de Dios. Es menester que le adoremos por nuestro género de vida, por nuestra situacion, por nuestra ocupacion actual, y que en todo esto seamos dependientes de su voluntad, y sometidos á su beneplácito. Si hay en nuestra vida un solo instante, un solo pensamiento, un solo proyecto, un solo paso en que no consultemos sino á nosotros mismos, en que no obremos sino por nosotros mismos, en que no atendamos sino á nosotros mismos, vamos contra el primer deber de adorarle *en verdad*, que debe extenderse á todas nuestras intenciones, y á todas nuestras acciones. Así lo comprendia Jesucristo; y no hago sino expresar sus sentimientos. Así lo comprendia tambien S. Pablo cuando decia: *Ora*

comais, ora bebais, ó hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios [1]. Obrar por la gloria de Dios es adorarle en verdad. Esta adoracion, pues, abraza las acciones mas comunes, hasta las que tienen por objeto las necesidades corporales; y á ella se falta cuando no se propone en tales acciones la gloria de Dios.

No es esto todo. La Providencia, sea natural sea sobrenatural, es propiamente el ejercicio del dominio de Dios sobre nosotros; y no podemos adorarle *en verdad* sino por medio de nuestra sumision á este dominio. Mas atended, os suplico, todo lo que abraza. La Providencia natural se declara por todos los acontecimientos generales ó particulares, por todos los accidentes de la vida en los cuales nos interesamos algun tanto, por todas las situaciones de salud, de enfermedad, de riqueza ó de indigencia, de prosperidad ó de adversidad en que nos hallamos. En estas diversas circunstancias que cada dia acontecen, debemos adorar á Dios, aceptando y haciendo buen uso de los bienes y de los males que de su mano nos vienen. Toda queja involuntaria, toda murmuracion, toda repugnancia interior con motivo de las penas que nos sobrevienen; toda falta de reconocimiento, todo sentimiento puramente humano ó inmoderado, todo abuso de lo que nos sucede feliz ó conforme á nuestros deseos, es una disposicion mas ó menos contraria á la adoracion *en verdad*; porque Dios en estos casos no es honrado como debe serlo, y aun queda ofendido.

La Providencia sobrenatural, empero, se extiende mucho mas. Dios pretende ejercer sobre nuestra voluntad un dominio libre, por la entrega absoluta é irrevocable de nosotros mismos. Quiere que nos pongamos en todo bajo la dependencia de su gracia, que no obremos sino por sus impulsos, por los motivos que ella nos sugiera, y para el fin inmenso para el cual somos criados: la gloria de Dios y nuestra felicidad.

1 Corint. X, 31.

Para adorar pues á Dios en espíritu y en verdad, es preciso que estemos enteramente desasidos de los objetos terrenos, elevados siempre con el pensamiento y con el afecto á las cosas del cielo; que miremos con ojos sobrenaturales y con relacion á la eternidad todo cuanto acá nos acontece; que renunciemos á nosotros mismos, á nuestro propio espíritu, á la propia voluntad, para no vivir sino del espíritu y de la voluntad de Dios; que nos propongamos, en fin, á Jesucristo por modelo, sin tener otro deseo ni objeto que imitarle en sus sentimientos y en su conducta.

Cada dia, y muchas veces al dia, recitamos las palabras de la oracion que nos enseñó el mismo Señor: *Santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*. ¿Hemos penetrado alguna vez el sentido de estas tres peticiones? ¿Hemos reflexionado que ellas comprenden la mas perfecta adoracion *en espíritu y en verdad?* Si de todo corazon deseamos que el nombre de Dios sea santificado, es decir, glorificado ante todo por nosotros mismos, por aquellos que bajo cualquier título dependen de nosotros, ó que nos están unidos, despues por todos los cristianos, en fin por todo el género humano, que no existe sino para glorificar á Dios; que sea asimismo de cada uno glorificado tanto como puede y quiere serlo en el tiempo y en la eternidad, entonces le adoramos en *espíritu*, como Jesucristo se propuso que le adorásemos al dictarnos esta oracion. Si por todos los medios que están en nuestro poder, por el buen uso de todas las gracias generales y particulares que hemos recibido y recibimos contínuamente de Dios, hacemos de manera en todo el decurso de nuestra vida, en todas las ocasiones que se presentan, que el nombre de Dios sea santificado por nosotros y por los demás, entonces le adoramos en *verdad*.

Lo mismo practicamos, si deseamos que reine acá en la tierra por su gracia, ante todo en nuestro corazon y despues en el de los demás, haciendo que reine en el nuestro por

nuestra docilidad y por nuestra fidelidad á sus inspiraciones, destruyendo en nosotros con su auxilio todo cuanto se oponga á su imperio, conduciendo á los demás por nuestra autoridad, por nuestras exhortaciones, por nuestro ejemplo á hacer otro tanto, ofreciendo con frecuencia á Dios nuestras oraciones para este objeto, entonces le adoraremos en *espíritu* y en *verdad*.

Tambien es adorarle así, el desear sinceramente que su voluntad se cumpla en la tierra con tanta perfeccion como se cumple en el cielo; el procurar cuidadosamente que del mismo modo la cumplamos nosotros, sin descuidar nada de lo que pueda impeler á los demás en cumplirla, segun el grado de obligacion que en ello tengamos.

Hé aquí pues como con tres breves frases compendió Jesucristo la adoracion interior y exterior que á Dios debemos: solo nos resta penetrar sus sentimientos en toda su extension, y tomarlos en seguida por regla de nuestra conducta. De este modo nuestra oracion merecerá ser unida á la de Jesucristo, el cual la ofrecerá á su Padre junto con la suya, y se la volverá agradable por los méritos infinitos de la suya.

CAPÍTULO XLIX.

Jesucristo nada se apropió á sí mismo.

Así como todo bien viene de Dios, todo bien ha de volver á Dios. La criatura nada tiene de su fondo; nada pues puede apropiarse. Si no devuelve á Dios lo que de él ha recibido, si se la retiene y lo considera como suyo, es una injusticia manifiesta, es un robo de que se hace culpable, y digna de que Dios le despoje de los bienes que ella sin razon se atribuye. Claros son estos principios, y nos dan una idea

exacta así de la apropiacion como de su desórden.

Jesucristo es entre todos los hombres el que, sin comparacion, fué de Dios mas favorecido. En él se acumularon todos los bienes sobrenaturales. La union hipostática los comprende y sobrepuja á todos. Mas de todos los hombres fué tambien Jesucristo el mas desapropiado. El no cesó de retornar á su orígen todos los tesoros de ciencia y de sabiduría, el conjunto de prendas divinas que habia en él, sin nunca atribuirse la menor cosa, ni nada retener para sí, ni dar sobre sus eminentes calidades una sola mirada de satisfaccion. Así es como fué á un mismo tiempo el mas rico y el mas pobre de los hombres en punto de tesoros espirituales: el mas rico, porque Dios mismo no podia enriquecerle mas; el mas pobre, porque no perteneciéndole nada de lo que poseia, no podia en manera alguna mirarlo como suyo. ¿Y cómo lo hubiera podido, si, segun nos enseña la fe, ni aun habia en él el *yo* humano? Mas lo que no podia, lo queria aun menos, si podemos así hablar. Su voluntad repugnaba con toda su fuerza á defraudar lo mas mínimo á su Padre, para atribuírselo á sí; y no hizo otro uso de su libertad, sino el de restituirle enteramente todo lo que de él habia recibido. Su desapropio llegó á un punto para nosotros inconcebible.

Oigámosle hablar á él mismo. *Mi doctrina*, dice, *no es mia, sino de aquel que me ha enviado* [1]. Como hombre lo sabia todo; pero no habiendo aprendido nada por sí mismo, ni debiendo cosa alguna á la lectura ni á la meditacion, no habiendo adquirido nada por medio del estudio y por la experiencia, no podia dudar que de su Padre habia recibido todo cuanto sabia, y que de consiguiente lo que enseñaba no era en sentido alguno doctrina suya, sino de su Padre. Cuando dijo *mi doctrina*, no lo dijo porque se la atribuyese, pues añade á continuacion *que no es suya;* sino que quiso decir la doctrina que yo enseño. S. Agustin explica este pasaje del mismo Verbo,

1 Joan. VII. 16.

el cual, siendo engendrado del Padre, todo lo recibió de él, la doctrina y lo demás. Esta explicacion es verdadera sin duda; pero es mas natural entender que Jesucristo habla en este lugar como hombre, y que declara que quien le ha enviado, le pone lo que enseña en el pensamiento y en la boca. *Yo hablo*, dice en otra parte, *lo que mi Padre me ha enseñado* [1]. Y además: *las cosas que yo hablo, las digo como el Padre me las ha dicho* [2]. En este pasage y en todos los demás no quiere que los judíos vean en él al hombre, ni que se limiten á contemplarle como hombre, para admirarle como si de sí mismo dijese tan grandes cosas; eleva mas alto sus espíritus, haciéndoles remontar á su Padre, como al orígen de los discursos que escuchaban de su boca.

Ni tampoco se atribuye los milagros, á los cuales no llama obras suyas, sino *las obras de su Padre, las obras que su Padre le ha dado á hacer* [3]. No obstante, como hombre unido á la persona del Verbo, en él residia el poder de hacer milagros, y no tenia necesidad de invocar á su Padre para que éste los obrase á su ruego; no necesitaba mas que querer, como lo dijo al leproso: *Quiero, queda limpio de tu lepra* [4]. Mas como este poder era una consecuencia de la union hipostática, y como por esta union la humanidad quedaba moralmente anonadada, no queria ni podia atribuirse en cuanto hombre los milagros ni la doctrina, retornando á su Padre no solo la gloria de uno y otro, sino tambien su eficacia. Dijo en fin, *que nada hacia por sí mismo* [5]. Quien hace semejante confesion, no diciendo lo contrario de lo que piensa, no tiene cuidado de atribuirse la menor cosa.

¡Cuán distantes estamos de asemejarnos en este punto á Jesucristo! ¡Y cuando le costará á la mas encumbrada virtud siquiera el aproximársele! Todo lo recibimos de Dios, así en

1 Joan. VIII. 28.
2 Joan. XII. 50.
3 Joan. X. 37.
4 Matth. VIII. 3.
5 Joan. VIII. 28.

el órden de la naturaleza como en el de la gracia, y todo nos lo apropiamos: nuestras calidades del pensamiento y del corazon, nuestros talentos, nuestra ciencia, nuestras virtudes, de todo, hasta de las prendas del cuerpo nos vanagloriamos, como de un bien que es nuestro. Dios nada nos ha dado para nosotros, ni aun la existencia. *Todo lo hizo para sí mismo*, dice la Escritura, y exige que todo le sea devuelto. Mas se halla tan arraigado en nosotros el espíritu de propiedad, que el primer sentimiento que nace en nuestra alma, es el de mirarnos como dueños de lo que no poseemos sino prestado, creyendo desprendernos de nuestro bien cuando lo ofrecemos á Dios en homenaje, y llamando á esto un sacrificio, cuando no es mas que una restitucion. Así que, nos cuesta muchísimo, por mas que lo reflexionemos, el reconocer que todo cuanto hay en nosotros y para nuestro uso, pertenece á Dios; y que debemos desprendernos de ello, cuando él tiene por conveniente el recobrarlo, ó quiere que lo renunciemos, ya sea por afecto, ya sea realmente. Entonces parece que se nos arranca parte de nosotros mismos, y hemos de violentarnos para no acusar á Dios de injusticia ó de tiranía. De ahí aquella extremada sensibilidad en la pérdida de nuestros bienes, de nuestra salud, de personas que nos son queridas; de ahí aquella pena inexplicable que tenemos para resolvernos á morir. Nuestras quejas, nuestros pesares, nuestras lágrimas dimanan del espíritu de propiedad. Cuesta infinito, aun á las personas mas virtuosas, el decir entonces como Job: *El Señor me lo dió, el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado, bendito sea su santo nombre*[1]. De ahí aquella admiracion de las personas del mundo, cuando alguno renuncia una fortuna brillante y las mas bellas esperanzas del siglo para abrazar el estado religioso. ¡Qué sacrificio! exclaman, qué valor! qué generosidad! Y la persona misma cree en efecto haber dado mucho á Dios, concediéndole lo que su gracia

1 Job. I, 21.

mucho tiempo ha le pedia. Sin embargo nada suyo tenia esta persona; y si bien se observa, nada tenia que dar; y es una pura bondad de Dios el abonarle una deuda que le habia dado para devolvérsela siempre que él quisiese, siendo el árbitro de quitársela sin que le quedase á ella motivo de queja. De ahí aquella increible delicadeza acerca de la honra, de la reputacion, que apreciamos sobre todos los demás bienes, y en lo cual creemos tener derechos inviolables. Quitad el espíritu de propiedad, y cesaremos de mirar la honra como nuestra; consentiremos de buen grado en que Dios disponga de ella y nos tranquilizaremos al perderla, no considerando en ella sino nuestro interés, que será nulo para nosotros. De ahí en fin, para no extenderme mas en este punto, aquella complacencia en los elogios que se nos tributan, y que recibimos como una justicia que se nos hace, como un tributo que nos es debido. Supongo que sean fundadas estas alabanzas; mas, ¿se detendrian en nosotros, y dejaríamos de mirarnos obligados á referirlas á Dios, si no fuese esa desdichada propension á apropiarnos todo el bien que hay en nosotros y en nuestras acciones?

Renunciar á esta propiedad, es sin disputa lo mas sublime y difícil de la perfeccion. Sacrificar en todas las cosas el espíritu propio, la propia voluntad, el amor propio, es despojarse de lo mas íntimo que tenemos, y solo una gracia especial secundada por un valor extraordinario puede hacernos capaces de este sacrificio. A este punto no se llega sino por grados, despues de muchas pruebas y de los mas violentos esfuerzos sobre sí mismo. No me sorprende esta dificultad: trátase nada menos que de arrancar ese *yo* humano, que es la imperfeccion radical de la criatura. Cuando digo el *yo*, es claro que entiendo hablar del *yo* moral: pero este *yo* moral está de tal modo confundido con el *yo* físico, que repugnamos á su destruccion tanto como á la destruccion de nuestro ser, y nos parece que el querer quitárnoslo, es aniquilarnos.

Este es el motivo por el cual tan pocos cristianos comprenden lo que es el renunciarse á sí mismo, y cuanta la extension de este deber; y los que lo comprenden, hallan dura esta palabra de Jesucristo, por no decir impracticable. Hablad á un devoto aferrado á sus sentidos y gobernado por su carácter, de renunciar á su juicio, de despojarse de su propio espíritu para tomar el espíritu de Jesucristo: ó no os entenderá, ó vereis en él un hombre prevenido, intratable, que os rechazará á largo trecho, á vosotros y á vuestras reflexiones. ¿Por qué motivo, os dirá, he de renunciar á mis luces naturales? ¿No me dió Dios la razon para juzgar de todo, hasta de la moral cristiana y de las cosas espirituales? ¿No permite san Pablo á cualquiera, que abunde en su sentido? ¿Puedo acaso despojarme de mi caracter? ¿No tengo derecho para seguirle en todo lo que no es malo? Por mas que le digais empero, no mudará de propósito, ni conocerá la necesidad ni aun la posibilidad de mudar. Decid á esa devota que solo tiene una rutina de actos y de oraciones, y sin embargo es esclava de su amor propio, que en la oracion no busca sino á sí misma, que se adhiere á la parte sensible; y que, cuando percibe algun sentimiento de dulzura ó de enternecimiento, cuando ha derramado algunas lágrimas, cree amar mucho á Dios, y no hace sino amarse á sí misma, que por lo demás en nada se molesta ni se mortifica: decidle, que la sólida y verdadera piedad es incompatible con el amor propio; que es necesario que se tenga á sí misma un santo ódio: que su oracion no será buena hasta que no buscará en ella su propia satisfaccion, sino únicamente agradar á Dios por el sacrificio de todo lo que puede lisonjear su amor propio. Por muchos que sean los medios y precauciones de que echeis mano, y por santa industria que empleeis para insinuaros en su espíritu, y hacerle gustar esta moral, no escuchará por mucho tiempo este lenguaje de muerte y de desapropio, y os dejará para buscar otro director, que la con-

duzca conforme á sus miras é inclinaciones.

Cuando atentamente se mira, fácil es conocer que en la devocion nos miramos casi siempre á nosotros mismos, y nos lo referimos todo, atribuyéndolo á nuestros esfuerzos, á nuestra fidelidad: nos apropiamos las virtudes, las victorias sobre nosotros alcanzadas, los dones de Dios y los favores que de él hemos recibido: consideramos todo esto como un mérito nuestro, como un bien propio. Y cuando Dios para elevarnos á un amor puro, á un servicio desinteresado permite que nos perdamos de vista, y nos reduce á la indigencia espiritual, á una aridez que nos horroriza, arrojamos gritos terribles, le acusamos de crueldad, y sentimos infinito pesar de dejarnos despojar así.

Lo cierto es, que sin ser interior no se tiene idea alguna del desapropio: ni se tiene tampoco al empezar la senda, cuando el amor propio se pega fuertemente á las dulzuras espirituales, y en cuyo tiempo sufre Dios esta adhesion por imperfecta que sea, porque entonces se hace como necesaria, atendida la extremada debilidad del alma. Pero á medida que ésta cambia de estado, es decir, á medida que va adelantando, aprende á conocer y á practicar el desapropio; porque á cada nuevo estado va despojándose de lo que pertenecia al estado anterior; y si ella resistia á este despojo, no haria ningun progreso. Por lo cual se ve, que no toca al alma el despojarse á sí misma por un desinterés mal entendido: á mas de que, ella ignora en qué tiempo y hasta qué punto conviene hacerlo; y en vez de renunciar á la propiedad, no haria sino afirmarse mas en ella obrando por sí propia. Sino que es preciso aguarde que Dios la despoje, y que logre de ella un consentimiento, que siempre le cuesta el darlo alguna pena. En una palabra, en el desapropio, el alma ha de permanecer pasiva, dejando únicamente obrar á Dios, y aquietándose á lo que pasa en su interior.

CAPÍTULO L.

Jesucristo no se glorificó á sí mismo.

No hay duda que era debida toda gloria á la humanidad santa que el Verbo divino se habia dignado unir á su propia naturaleza; y la gloria exterior que le hubiera procurado era nada en comparacion de la que por esta union habia adquirido. Parecia pues muy justo que se hubiese dedicado á glorificarla en presencia de los hombres, con tanta mas razon en cuanto era incapaz de abusar de ella; antes al contrario, todo el explendor que de la misma recibiera, reflejára enteramente en su persona. Tales son nuestras ideas: mas, ¡cuánto difieren de los nuestros los pensamientos de Dios! Prefijado estaba el tiempo en que la naturaleza humana en Jesucristo debia ser soberanamente glorificada en el cielo y por toda la tierra. Pero antes de este tiempo, Jesucristo, que no habia descendido acá en el mundo sino para la gloria de su Padre, en vez de pensar en la suya, debia hacerle de ella un absoluto sacrificio, por el cual debia hacerse digno de que su Padre á su vez le glorificase. Así se hallaba dispuesto todo en los consejos del Eterno.

Nunca sus disposiciones soberanas fueron con mas amor y puntualidad cumplidas. No hallaréis en toda la conducta de Jesucristo una sola palabra, un rasgo, un milagro solo que tuviese por objeto su propia gloria. La única expresion notable en esta parte es la súplica que hizo á su Padre inmediatamente antes de su pasion, *de glorificar á su Hijo, á fin de que su Hijo le glorifique; de darle la misma gloria de que estaba en posesion antes de la existencia del mundo* [1]. Mas lo que aquí dice en presencia de sus apóstoles, es con la mira de fortificar

1 Joan. XVII. 1. 5.

su fe y de consolarles; es en el momento en que iba á padecer la muerte mas afrentosa, y en el que no se miraba ya como estando en este mundo, pues tocaba el fin de su carrera: no pide esta gloria para su santa humanidad sino despues que haya resucitado, y que habrá entrado en una vida inmortal; no la pide sino como el precio de sus padecimientos, y en virtud de la promesa que de ella le habia hecho su Padre; en fin, si bien se reflexiona, menos era esto una súplica dirigida á su Padre, que una prediccion de la gloria que debia coronar sus humillaciones y su obediencia hasta la muerte de la cruz.

Mas durante el curso de su vida, y cuando habla á los judios, muy diverso es su lenguaje. *No busco yo mi gloria*, les dice; *si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria no vale nada* [1]. ¿Puede darse una mas expresa y mas terminante declaracion? La gloria que me daria á mí mismo, es nada. Un Hombre Dios es quien así habla, y el cual en cierto sentido tenia los mas justos motivos de glorificarse. ¿Qué título alegaremos pues nosotros para buscar nuestra gloria, despues de haber declarado Jesucristo que carecia de él? Y si nada hubiera sido la suya, ¿qué hemos de pensar de la que á nosotros nos atribuimos? Orgullo humano, vanidad humana, ¿tendreis despues de esto valor para levantar la cabeza? ¿No os llena de oprobio y de vergüenza esa falsa gloria que ambicionais, que adorais como un ídolo, y á la que lo sacrificais todo, hasta la salud eterna? ¿Puede conciliarse el ser cristiano, y andar solícito acá en la tierra de alguna gloria, sea cual fuere?

Si yo doy testimonio de mi mismo dice tambien, *mi testimonio no es idóneo* [2]. ¡Y qué! ¡El testimonio que Jesucristo se diera de sí mismo seria falso! Sin duda, si se lo diese en calidad de hombre: él mismo, que es la misma verdad, nos lo asegura.

1 Joan. VIII. 50. 54.
2 Joan. V. 31.

Y esto no priva que él tenga derecho para decir y diga realmente como Dios: *Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de donde he venido y á donde voy* [1]. ¡Cuán impostoras pues son las alabanzas que á nosotros mismos nos damos, ya sea interiormente, ya delante de los hombres por cualquier motivo que sea! Aun cuando fuese laudable este motivo, aun cuando tuviésemos fundamento para reconocerlo en nosotros, la alabanza por la cual nos lo atribuyéramos no seria menos falsa, pues esta alabanza no pertenece sino á Dios.

Jesucristo se vale de esta diferencia para con su propia gloria, como de un argumento para probar á los judíos, que lo que les dice no lo dice por sí mismo. *Quien* dice, *habla de su propio movimiento*, y por su propio consejo, *busca su propia gloria. Mas el que busca la gloria de aquel que lo ha enviado, es veraz y no hay en él injusticia* [2].

No queria pues que se creyese su palabra, si podia sospecharse que tuviese por objeto su propia gloria; y solo se atribuye verdad y justicia, en cuanto buscaba únicamente la gloria de su Padre que le habia enviado. Mucho tienen aquí para que confundirse todos aquellos que, hablando en nombre de Dios, y en calidad de sus enviados, se sirven del sagrado ministerio como de un medio para adquirir gloria y reputacion entre los hombres. No, no es Dios quien les inspira; ellos hablan en su propio nombre. Desde el momento en que aspiran á su propia gloria, ni son verdaderos en sus juicios, ni rectos en sus intenciones. Almas fieles, que deseais dirigiros únicamente á hombres que os conduzcan via recta á Dios, y que temeis ser engañadas en vuestra eleccion, observadlos con cuidado; y si reparais en ellos algun indicio de buscar su gloria personal, creed que Dios infinitamente celoso de la suya, no les concede sus luces ni su

1 Joan. VIII. 14.
2 Joan. VII. 18.

gracia para que puedan instruiros y guiaros. No quiero decir que no pueda escaparse á un ministro bueno y celoso algun sentimiento, alguna palabra de vanidad; pero jamás tendrá el designio contínuo de trabajar para su propia gloria; y cualquiera que tenga un tal designio, es indudablemente indigno del ministerio del cual hace el mas enorme abuso.

Era Jesucristo tan poco sensible á su propia gloria, que ni aun se aprovechaba para sí de los testimonios que daba de él su Padre. En una ocasion en que dijo públicamente: *Padre mio, glorificad vuestro nombre*, oyóse una voz venida del cielo que decia: *Ya lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo.* Sobre cuyas palabras dijo á la multitud que le rodeaba: *No para mí, sino para vosotros ha venido esta voz* [1]. Con el mismo objeto exigia el sigilo de aquellos á quienes curaba; queria que se diesen gracias á Dios y no á él de sus milagros; imponia silencio á los demonios que publicaban sus grandezas; prohibió á Pedro, Santiago y Juan, testigos de su transfiguracion, que hablasen á nadie de ella hasta que hubiese resucitado; reprendió al que, mirándole simplemente como hombre, le llamaba *buen maestro*, diciéndole: *¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios*; huyó cuando el pueblo, en cuyo favor habia multiplicado los panes, queria llevárselo para proclamarle rey; con el mismo objeto, por fin, fué tan distante de toda pompa humana su entrada de triunfo en Jerusalen.

Con mucha razon pues S. Pablo, que tan bien conocia el espíritu de su Maestro, nos asegura que nunca sintió la menor complacencia en sí mismo, y pone en su boca estas palabras del Salmista: *Los oprobios de los que te ultrajaban ¡oh Dios mio! vinieron á descargar sobre mí* [2]. Y en otro paraje dice, que *Jesucristo no se glorificó á sí mismo para hacerse ponti-*

1 Joan. XII. 28. 30.
2 Rom. XV. 3.

fice, sino que ha sido glorificado *por aquel que le dijo: Tú eres mi Hijo, á quien hoy he engendrado* [1].

Infiramos de ahí, pues, cuán injusto, odioso y abominable es á los ojos de Dios el buscar, sea en lo que fuere, su propia gloria, pues que el Hijo del mismo Dios se lo prohibió á sí absolutamente. Y no obstante, este es el vicio mas profundamente arraigado de la criatura, sobre el que mas fácilmente se ciega, cuya injusticia le es menos conocida y menos sensible; vicio del cual trabaja menos en corregirse, y del cual jamás se desprende hasta el punto de no quedarle siempre algun resabio, ó á lo menos una propension involuntaria. Los que se dedican á estudiar el corazon, espiando sus mas secretos movimientos, saben que el hombre tiene cierta tendencia á glorificarse en todo, en sus ventajas interiores y exteriores, hasta en las mas vanas y mas frágiles; que esta tendencia es uno de los mas peligrosos escollos de la piedad y de las vias interiores; que la tentacion de la vanagloria, de las deferencias á sí mismo, del deseo manifiesto ú oculto de la estimacion de los hombres, de la complacencia en sus elogios y en las muestras de respeto que de ellas recibimos, es una de aquellas tentaciones contra las que tienen que luchar mas á menudo, con mas ahinco y por mas largo tiempo; que este es el primer sentimiento que nace en el corazon, y que solo á fuerza de meditarlo y despues de una prolongada habitud se llega á dar á Dios lo que le es debido, y á casi no pensar en sí.

Es tan sutil el veneno de este desdichado vicio, que se insinua en todo, corrompe todas las virtudes, engendra, cuando á él nos abandonamos, la hipocresía y los demás vicios del espíritu, y viene á ser por fin un mal casi sin remedio. Triste prueba de ello fueron los fariseos, y su ejemplo debe hacernos temblar. A este solo vicio atribuye Jesucristo su falta de fe y su endurecimiento. *¿Cómo es posible que me*

1 Hebr. v. 5.

creais, les dice, *vosotros que andais mendigando alabanzas unos de otros*, haciendo un comercio de ellas, *y que no procurais aquella gloria que de Dios solo proceden* [1]? Reflexionando sobre lo mismo el evangelista S. Juan, y admirado de que despues de tantos milagros como habia obrado Jesucristo, no creyesen en él, no alega otra razon, sino *que estimaron mas la gloria que viene de los hombres, que la que viene de Dios* [2]. No hay peligro en que la gloria emanada de Dios produzca vanidad, porque no se concede sino á los humildes y á aquellos que se la devuelven toda entera; y el orgulloso no hace caso de semejante gloria, que no pudiera atribuirse á sí. Pero está muy celoso de la que viene de los hombres; la saborea, se embriaga de ella, ni conoce mas deliciosa bebida; y en su embriaguez olvida tan absolutamente á Dios, que se hace un Dios de sí mismo. Arrojemos pues, desarraiguemos este vicio de nuestro corazon, y tomemos las medidas mas eficaces para cerrarle todas las avenidas.

CAPITULO LI.

Jesus lava los pies de sus Apóstoles.

La relacion que hace S. Juan del lavatorio de los piés, sobre todo el preámbulo, es verdaderamente asombroso para quien se detenga en meditarlo. *Jesus*, dice, *sabiendo que era llegada la hora del tránsito de este mundo á su Padre, como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, les amó hasta el fin. Y acabada la cena, sabiendo que su Padre lo habia puesto todo en sus manos, que salió de Dios, y que vuelve á Dios* [3]... ¿Qué es lo que anuncia este preliminar tan magní-

1 Joan. v. 44.
2 Joan. xii. 43.
3 Joan. xiii. 1. 3. sig.

fico, que tiene suspenso el espíritu, y á qué le prepara? Sin duda que le prepara á una estupenda accion de parte de Jesucristo, á algun efecto maravilloso de su poder. Esto esperará todo lector no prevenido sobre lo que va á seguir, tanto mas, en cuanto ningun otro pasage de la vida del Salvador va precedido de un tal preámbulo.

Mas ¿qué es lo que sigue luego despues? *Levántase de la mesa, deja sus vestiduras, y tomando una toalla, se la ciñe. Echa agua en un lebrillo, y se pone á lavar los piés de sus discípulos, y á enjugarlos con la toalla de que estaba ceñido.* Menester era que san Juan tuviese una idea muy elevada de este acto tan bajo en apariencia, para referirlo con tanto aparato, sin omitir la menor circunstancia. Es manifiesto que era su intencion el impresionar vivamente á los que la leyesen. Y en efecto ¡qué humildad tan incomprensible! ¡Una persona divina abajarse delante de sus criaturas hasta lavarles los piés, y cumplir á sus ojos el oficio de un vil esclavo! ¡Nos admiraremos del asombro de Pedro, cuya fe revivada en aquel momento le hizo esclamar: *¡Qué! ¡Señor! ¡vos á mí lavarme los piés!* ¡Vos á mí! Esto lo dice todo. ¿Nos sorprenderemos que se deniegue á tan estraño tratamiento, y que le diga: *No, vos jamás me lavareis los piés*: no sufriré que os rebajeis hasta tal extremo? Sabida es la contestacion de Jesus, y por cual amenaza venció su repugnancia.

Si el mas grande monarca de la tierra prestase el mismo servicio al último de sus súbditos, creyérase comprometida su majestad, y costaria creer que está en su sano juicio. Y humanamente hablando, se tuviera razon. La dignidad real no permite humillaciones semejantes, y el afecto mas justo, el mas bien merecido no pudieran excusarlo. Y esto no pasaria sin embargo de un hombre que se humilla delante de otro hombre. Pero aquí es un Dios quien se humilla delante de una obra de sus manos, y el que, poniéndose mas bajo que el hombre, no cree hacer nada indigno de su grandeza sobe-

rana. Es verdad que es en su naturaleza humana en la que se abate así; pero no por esto deja de ser él una persona divina, y la humillacion recae sobre la persona, la cual es quien la quiere y la abraza con toda la aficion de que es capaz.

¿Y quién pudo empeñar á Jesucristo en un acto semejante? El amor que en nada se para, que no calcula ni busca su contentamiento, y que es admirable en sus invenciones; el amor impuso este deber á Jesucristo: y ¿quién podrá esplicar con qué celo, con qué interior alegría lo desempeñó? Que así se hubiese portado con sus discípulos que tiernamente le amaban, es ya un prodigio inconcebible; pero que se pusiese á los piés del traidor Judas, que se los lavase y enjugase con tanto afecto y humildad como á los demás, esto es lo que trastorna del todo nuestras ideas, sin repugnar menos á nuestro corazon; solo de ello era capaz el corazon de Jesucristo.

¿Y en qué circunstancias lava los piés de sus apóstoles? Antes de darles en comida su propio cuerpo. Estaban ya puros, como lo dice él mismo; mas no lo eran lo suficiente para participar de este divino banquete con la santidad que convenia: todos necesitaban ser limpiados de las mas leves manchas: y menester era que el mismo Jesucristo les purificase. Clara se deja ver la explicacion de este pasaje en las disposiciones con que debemos acercarnos á la sagrada Comunion. Si percibimos alguna pequeña mácula en nuestra alma, no es necesario por esto volvernos á presentar al tribunal de la penitencia: mas concibamos de ella un verdadero dolor, y roguemos á Jesucristo, antes de recibirle, que se digne borrarla con su gracia.

Despues que les hubo lavado los piés, y que hubo vuelto á tomar sus vestidos, sentado ya en la mesa les dijo: ¿Comprendeis lo que acabo de hacer con vosotros? Ved como les invita á reflexionar sobre lo que acaba de suceder, y como les llama la atencion sobre la instruccion que va á darles. *Vosotros me*

llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo que soy el Maestro y el Señor os he lavado los piés, vosotros debeis tambien lavaros los piés uno á otro. Porque ejemplo os he dado, á fin de que hagais como yo acabo de hacer. ¡Qué razon mas imperiosa y mas urgente! ¿Se puede ser discípulo de Jesucristo sin someterse á ella? ¿Por cuál otro motivo mas poderoso podia empeñarnos á practicar la humildad con nuestros hermanos? Y pues que era nuestro Señor y nuestro Preceptor, tenia derecho de mandarnos lo que tuviese por conveniente. Ambos títulos le dispensaban sin duda de darnos un tal ejemplo de abatimiento. Mas no: nada quiere exigir de nosotros que no haya él antes practicado. Sabia cuan duro habia de ser para nuestro orgullo este precepto. ¡Humillarse delante de nuestros iguales, delante de nuestros inferiores, hasta prestarles por un principio de caridad los mas humillantes servicios! A esta sola idea nuestro corazon se subleva. Para abatir su hinchazon, para conquistarle, nos ofrece á nuestros ojos su Persona divina prosternada por amor á los piés de sus apóstoles, y en esta postura misma nos dice: Haced lo que me veis hacer.

Remontémonos á la primera causa, y hallaremos que el orgullo es el que nos impide ser caritativos para con el prójimo, usar para con él de sincera y cortés amabilidad, darle ciertas demostraciones de benevolencia, mostrarnos con él solícitos y oficiosos en aquellos pequeños servicios que nada nos costarian, pero á lo que se deniega nuestro orgullo. Nos hacemos una honra de ostentar beneficencia, compasion, generosidad; mas si se trata de manifestar humildad, y de hacer para el prójimo cosas que parece nos ponen en un lugar inferior á él, sentimos para ello una extremada repugnancia. No es esto decir que no se hayan encontrado en el mundo personas, hasta en el rango mas elevado, que se consagrasen á obras de piedad y de caridad hácia los pobres, los enfermos y los presos. No ha quedado sin fruto el ejemplo de Jesucris-

to. Pero sin pretender ahora penetrar en las intenciones, podemos decir que tales obras no siempre van acompañadas del espíritu de humildad que debe caracterizarlas; que si fuesen enteramente ocultas, si no llamasen las miradas y la atencion del público, si para ejercerlas no bastase abajarse exteriormente, y fuese necesario añadir abatimientos interiores, muchas menos personas se dedicarian á practicarlas. Es menester una virtud muy elevada para entrar aquí en las disposiciones íntimas de Jesucristo, y para ponerse con los mismos sentimientos á los piés de aquellos mismos á quienes reconocemos por nuestros enemigos. En las casas religiosas, en donde viene el caso de prestarse mútuamente pequeños socorros y pequeños servicios, que suponen la humildad y la caridad, ¡qué violencia no es necesario hacerse para cumplir con estos deberes, con franqueza, con cordial generosidad, con respeto á aquellos ó aquellas que no amamos ó no nos aman, y de quienes tenemos algun motivo de resentimiento! ¡Y cuán pocos son capaces de semejante violencia! Mostradme una comunidad cuyos miembros se hallen recíprocamente en esta disposicion, y no vacilaré en decir que es una reunion de santos, de perfectos imitadores de Jesucristo. En religion, así como en todo lo demás, hay ciertos puntos en que no se consiente con gusto en ponerse debajo de los otros. Aunque esté desterrado de estos asilos el orgullo del siglo, reina con todo un orgullo mas delicado, mas sútil, pronto á ofenderse por la menor cosa. Casi en ninguna parte se practica la humildad por amor á la humildad.

CAPITULO LII.

De la institucion de la Eucaristía.

Mas abajo hablaré de la vida Eucarística de Jesucristo, la cual es el mas perfecto modelo de la vida interior. Aquí no trato sino de la institucion misma de la Eucaristía, de la cual diré pocas cosas, por hallarse tratada extensamente esta materia en un gran número de obras de piedad.

¿Qué cosa es la Eucaristía? Es un sacrificio y un sacramento, el único sacrificio y el mayor de los sacramentos. Por medio de la Eucaristía Jesucristo renueva, ó si se quiere, continua y perpetua hasta la fin del mundo el sacrificio de la cruz. El se ofrece, se inmola sobre nuestros altares de un modo místico é incruento; pero real, por el ministerio de los sacerdotes. El tributa á su Padre por nosotros, y en su nombre, el solo culto que le es agradable, le adora, le dá gracias por sus beneficios, satisface á su justicia por nuestros pecados, nos obtiene de él todas las gracias que necesitamos. Nos es imposible honrar á Dios dignamente por nosotros mismos, rendirle acciones de gracias proporcionadas á sus beneficios, obtener, ni aun disponernos para obtener, la remision de ningun pecado, y merecer la menor de las gracias de que necesitamos. Pero todo esto nos es fácil uniéndonos al sacrificio de Jesucristo, que llena cumplida y altamente todos estos objetos.

La Eucaristía es el mas grande, el mas augusto de nuestros sacramentos. En los otros se halla presente por su virtud; en este se halla presente por sí mismo. Allá nos hace partícipes de sus gracias; aquí nos dá su carne, y con ella su alma y su divinidad. No podia darnos una prenda mas preciosa de su amor, ni contraer con nosotros una mas íntí-

ma union. Es una verdadera extension de la Encarnacion, cuyos efectos nos comunica; y como en él la naturaleza humana está divinizada por la persona del Verbo que se la ha apropiado, así mismo nos diviniza en cierto modo, incorporándose á nosotros. Su carne pasa espiritualmente á nuestra sustancia por medio de la manducacion; no se transforma él en nosotros, sino que nos transforma en él. Por un prodigio natural los alimentos se hacen parte de nuestro cuerpo; por una maravilla sobrenatural nosotros nos hacemos una parte de Jesucristo, tomándolo como alimento. En una palabra, comunica á nuestras almas y á nuestros cuerpos la misma virtud divina que santifica su alma y su cuerpo.

Para llegar á esta inefable union con nosotros, nada le cuestan los mayores milagros. Este sacramento los contiene tales y en tan gran número, que sobrepuja todo lo mas estupendo y grandioso que ha obrado la omnipotencia divina, de la cual es como el último esfuerzo. Es asimismo la obra del amor; y como este amor es incomprensible, lo es tambien su obra maestra. ¿Puede mejor expresarse hasta qué punto nos ama Jesucristo, que diciendo: El nos dá á comer su propia carne, y á beber su propia sangre?

La una nos la dá bajo la apariencia de pan, y la otra bajo la apariencia de vino, para darnos á entender, que así como el pan y el vino son el alimento ordinario de nuestros cuerpos, así quiere que su carne y su sangre sean el alimento habitual de nuestras almas. Así es como dice: *Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros* [1]. ¿Y como tuviéramos vida en nosotros, no teniendo á Jesucristo, que es la *vida*, la vida sobrenatural de nuestras almas? Recibimos efectivamente esta vida en el Bautismo por la gracia santificante, ó bien la recibimos por el sacramento de la Penitencia. Mas solamente la

1 Joan. VI. 54. 56.

Eucaristía nos la dá en su plenitud; y perderíamos la que tenemos ya, sin la participacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. El alimento corporal supone la vida; mas aun: es necesario á su conservacion, la mantiene y aumenta su vigor. Lo mismo hace el pan Eucarístico con respecto á la vida espiritual. Preciso es vivir para comerlo con fruto; pero si no se come, se caerá en la languidez y en la muerte. *Así como yo vivo por el Padre*, dice tambien: *así el que me come vivirá por mí* [1]. El Hijo que lo recibe todo de su Padre, de quien es siempre y actualmente engendrado, ¿viviria si lo pudiésemos concebir separado de él? El alma que no comunica con el cuerpo de Jesucristo y que se aparta de él, tampoco vivirá. La unidad íntima é inseparable que hay entre el Padre y el Hijo por la generacion eterna, se produce proporcionalmente entre Jesucristo y nosotros por medio de la manducacion de su carne adorable. Así como el Padre habita en el Hijo, y el Hijo en el Padre, el uno comunicando, el otro recibiendo la sustancia divina; asimismo Jesucristo habita en nosotros por la comunicacion de su cuerpo, y nosotros en él por su recepcion [2]. ¿La fuerza de estas palabras nos haria tal vez dudar de su verdad? ¡Ah! no dudan de ella por cierto los santos, las almas interiores. Si no lo experimentamos así nosotros, es porque no nos acercamos á este augusto sacramento con los debidas disposiciones, y no cifranos nuestra felicidad en la union habitual con Jesucristo. ¿En dónde está nuestro amor para con él? No amamos sino á nosotros mismos. ¿En dónde está la conformidad de nuestros sentimientos con los suyos? ¿Osaríamos decir que pensamos y juzgamos en todo como él? ¿En dónde está nuestro recogimiento, nuestro espíritu de oracion? Jesucristo viviendo por su Padre, estaba siempre absorto en él. ¿Estamos nosotros asimismo absortos siempre en Jesucristo desde una co-

1 Joan. VI. 58.
2 Joan. IV. 57.

munion á otra? Si esto no es así, muy flaca y muy lánguida es nuestra vida.

¡Qué momento escogió para instituir la Eucaristía! El que procedió inmediatamente á su Pasion. Iba á morir, y como un buen padre, tomaba sus últimas disposiciones en favor de sus hijos. Y ¿qué podia dejarles? Nada habia poseido en la tierra: hasta sus vestidos, sus únicos bienes, debian repartirse entre los soldados que le crucificarian. Déjase pues á sí mismo á ellos, y todo entero á cada uno de ellos. Así es como indemniza á sus discípulos de su presencia sensible que ellos iban á perder, y á nosotros, que no hemos disfrutado de ella, no nos dejará; su amor no se lo permite: le poseeremos bajo el velo de la fe; mas haremos que verle, le comeremos no una vez, sino todos los dias de nuestra vida, si de ello somos dignos, y si correspondemos á sus fines. El amor solo, pero el amor llevado hasta su último exceso, podia sugerir semejante manda á un Hombre Dios.

Debemos por fin añadir á la institucion de la Eucaristía la circunstancia de cenar, única comida que hacian los antiguos en comun, y que por esta razon se llamaba *cena*. Sin hablar de la razon que hizo escoger á Jesucristo la circunstancia de la comida solemne del cordero pascual, me limito á observar que, siendo una señal de union entre los hombres el comer juntos en una misma mesa, la intencion del Salvador, dando en la misma mesa su cuerpo á los apóstoles, fué, que los fieles mirasen este sacramento como el mas poderoso motivo de la caridad que debe reinar entre ellos, y el medio mas eficaz de conservarla. Por esto en la primitiva Iglesia la celebracion del sacrificio, cuya participacion tenia cada cristiano como un deber, era seguida de un banquete ó comida que en comun celebraban, grandes y pequeños, ricos y pobres, señores y esclavos sin distincion, y que se llamaba *agape*, es decir caridad. Así era que su mútuo amor hacia la admiracion de los paganos. La caridad se ha resfriado en-

tre los cristianos á medida que ha sido menos frecuente el uso de la comunion.

Mucho tiempo hace que se procura con sumo empeño buscar métodos para oir Misa y para comulgar devotamente. Jamás se hallarán propios mientras que solo en los libros se busquen. En el corazon es donde ha de hallarse este método, y los libros solo son buenos en cuanto contribuyen y todo el tiempo que contribuyen á fijarlo. Porque en nuestros primeros años nos hemos valido para estos dos grandes actos de un libro de oraciones, ¿debemos siempre recurrir á él, y no aprender jamás á pasarnos sin él? Hé aquí el método mejor que yo conozco, y lo tomo de la naturaleza misma de la Eucaristía.

Considerándola como sacrificio, Jesucristo se ofrece en ella á su Padre, y nos ofrece á nosotros con él. Bastante nos dice con esto que no tenemos mas sino unirnos á esta ofrenda de él y de nosotros, y hacerla en las mismas intenciones, y con las mismas disposiciones que él. Sus intenciones y sus disposiciones ya las conocemos. Apropiémoslas no por una multitud de actos distintos, sino por un acto muy sencillo y muy íntimo. Roguémosle que nos la conceda, y en seguida permanezcamos en un santo recogimiento; y dejemos á su gracia el cuidado de ocuparnos durante la celebracion de los santos misterios. Todo lo que él nos pide es no llevar allí pensamientos profanos ó extraños del objeto; no distraernos voluntariamente dejándonos extraviar por nuestros sentidos y por nuestra imaginacion: él cuidará de lo demás, si en él ponemos toda nuestra confianza. Seguro estoy por experiencia, que si al empezar la Misa dijésemos con sencillez y del fondo de nuestro corazon: *Señor, haced que asista á vuestro santo sacrificio de una manera digna de vos, pues yo soy incapaz por mí mismo*, sentiríamos los efectos de nuestra fe y de nuestra humildad; Jesucristo obraria en nuestra alma, la conservaria en un silencio de respeto y de amor, y saldríamos con

una impresion de gracia, que nos seria fácil mantener en todo el resto del dia.

Si consideramos la Eucaristía como sacramento, Jesucristo se nos dá en ella con toda la plenitud de su amor. Démonos pues á él de la misma manera con rectitud y sinceridad. El arde en deseos de unirse á nosotros: ardamos nosotros en los mismos deseos de unirnos á él. Sus delicias son el estar con nosotros: hagamos nosotros nuestras delicias de su posesion. No hay necesidad de tantos actos para esto, basta que sea tal nuestra interior disposicion. Si no nos hallamos con ella, roguémosle que nos la conceda, pero sencillamente y sin tantos esfuerzos: humillémonos con dulzura, y confundámonos de hallarnos tan frios é indiferentes. Sea nuestra preparacion el suplicarle que él mismo nos prepare. ¿No lo hará él mejor de lo que pudiéramos hacerlo nosotros con todos nuestros métodos? ¿Por qué no descansaremos en él? Sea nuestra accion de gracias dejarle obrar en nosotros como sea de su agrado. Si quiere actos ya nos los sugerirá; yo no veo que haya de haber otro por nuestra parte, sino adorarle y amarle del fondo del alma, sin decirle nada mas. Pero queremos obrar por nosotros mismos, queremos sentir, nos precipitamos, nos movemos, nos agitamos para ello, y no pensamos que no viene de nosotros la verdadera devocion, que es menester esperarla con confianza y humildad, y no desearla para sí por amor propio. Queremos quedar contentos de nuestras comuniones, cuando solo debiéramos procurar contentar á Jesucristo. En su satisfaccion hallaríamos la nuestra; pero de una manera mas sólida, mas elevada, mas excelente, cual no podemos creer.

La asistencia al santo Sacrificio y el recibir la Eucaristía segun el método que acabo de proponer, por el cual haciendo nosotros poco, dejaríamos hacer mucho á Jesucristo, dispondria las almas á la vida interior; y una vez hechas interiores, desempeñarian con dignidad y grande provecho espi-

ritual estos dos principales actos de la religion, sin otro cuidado de su parte que abandonarse á la operacion del Espíritu Santo, y seguir sus movimientos.

CAPÍTULO LIII.

Pasion de Jesucristo ordenada por Dios.

No es mi propósito extenderme aquí sobre las diversas circunstancias de la pasion de Jesucristo. Este asunto se hallará minuciosamente tratado en muchas obras, y particularmente en la tan conocida bajo el título de *Padecimientos de Jesucristo*. Me detendré tan solo en los principales puntos que manifiestan mejor sus disposiciones interiores, y que se nos proponen especialmente para nuestra imitacion.

Desde el principio de su vida pública el Salvador se atrajo la envidia y el ódio de los fariseos, de los sacerdotes y doctores, que no podian sufrir su doctrina, y aun menos su conducta, en la cual hallaban su condenacion. No tardaron en formar el designio de hacerle morir; y si mas presto no lo ejecutaron, fué porque *no habia llegado la hora*.

Dios habia previsto desde la eternidad aquella malicia y ceguedad de los judíos, y en consecuencia de esta prevision tenia ya ordenado todo cuanto debia padecer su Hijo para su gloria y para la salud del género humano, que habia hecho anunciar por medio de sus profetas. Esto es lo que dice San Pedro en formales palabras en su primer discurso á los judíos: *A Jesus dejado á vuestro arbitrio por una órden expresa de la voluntad de Dios, y decreto de su presciencia, vosotros le habeis hecho morir, clavándole en la cruz por mano de los impíos* [1]. Vosotros nada hubierais podido contra él por vosotros

1 Act. II. 23.

mismos. Menester fué que Dios os le entregase, y conociendo de antemano vuestras intenciones perversas, habia resuelto permitirlo así, porque sabia cuan grande bien debia sacar de tan grande crímen. Reunidos los fieles en la súplica que hicieron á Dios, despues de la amenazadora prohibicion que el consejo de los judíos habia impuesto á los apóstoles de anunciar á Jesucristo al pueblo, se expresan así: *Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y las tribus de Israel, se mancomunaron en esta ciudad contra tu santo hijo Jesus, á quien ungiste para ejecutar lo que tu poder y providencia determinaron que se hiciese* [1]. Por esto S. Pedro en su segundo discurso á los judíos, atribuye al mismo Dios el *cumplimiento de lo que habia pronunciado por boca de todos los profetas, en órden á la pasion de su Cristo* [2]. Los judíos no tenian otra mira que la de satisfacer su envidia y su furor, sin penetrar en las miras profundas de Dios, que se servia de sus pasiones como de un instrumento para cumplir sus propios designios. No es pues de admirar que Jesucristo dijese á los judíos que le prendieron: *Esta es la hora vuestra y el poder de las tinieblas* [3]. Hasta ahora no habeis puesto la mano sobre mí, aunque tan fácil os era el hacerlo, porque no habia llegado aun el momento señalado por mi Padre. Ha llegado ya: obrad libremente contra mí, de concierto con los espíritus infernales; mi Padre os lo permite. Ni tampoco debe sorprendernos que respondiese á Pilatos, cuando éste hacia valer el poder que tenia de crucificarle ó de enviarle absuelto: *No tendrias poder alguno sobre mí, sino te fuera dado de arriba* [4]. En el ejercicio de tu autoridad no veo sino la de mi Padre, y á ella me someto. Ni que dijese á los discípulos de Emaus: *¿No será conveniente*

1 Act. IV. 27. 28.
2 Act. III. 18.
3 Luc. XXII. 53.
4 Joan. XIX. 10. 11.

que el Cristo padeciese todo esto[1]? ¿Y por qué era conveniente? ¿Por qué tal vez los judíos estaban encarnizadamente resueltos á perderle, y que no podia escaparles? No: muchas veces les habia ya escapado; y en el momento mismo de su oracion solo tenia, como lo declara él mismo, que rogar á su Padre, el cual hubiera enviado á su socorro mas de doce legiones de ángeles; sino porque su Padre le habia preparado este cáliz, que él estaba resuelto apurar hasta las heces.

Era de la mayor importancia el fijar bien este punto, que es una de las principales claves de la Escritura, sin la cual no pudiera tenerse de ella una plena inteligencia, y la cual nos descubre y desenvuelve toda la serie de los designios de Dios sobre Jesucristo. Nada sucedió por acaso; todo fué previsto, todo concertado. Era preciso que él fuese el Mártir de la verdad y de la caridad; que sellase con su sangre la religion que venia á establecer; que el mas insigne beneficio fuese pagado con la mas negra ingratitud, y que con esto se levantase á un soberano grado de excelencia, que sin esta circunstancia no hubiera tenido. Decretado estaba en los consejos de Dios, que el Hombre Dios le daria la mas grande gloria que pudiese darle; y para esto era necesario que su pasion fuese lo que fué en la reunion de todas sus circunstancias: un desencadenamiento de la rabia de los demonios y de las pasiones humanas; un conjunto de padecimientos y de humillaciones excesivas; una traicion, una negacion, un abandono de la parte de sus apóstoles; y sobre todo un abandono interior de parte de su Padre, que descargaba sobre él como sobre el mayor de los criminales, todo el rigor de su justicia. Así un deicidio, crímen el mas enorme que pudiera cometerse, dió lugar á los actos de la mas sublime virtud, y al mas perfecto homenaje que la majestad divina hubiese podido jamás recibir.

De ahí se sigue una verdad, que es de una grande exten-

1 Luc. XXIV. 26.

sion en la moral y de la mayor consecuencia, el que nosotros en la práctica nos hallemos de ella íntimamente convencidos. Esta verdad es, que el pecado, que Dios no quiere, pero que prevé y permite, entra en el plan de la Providencia, y sirve para el cumplimiento de sus designios, para su gloria, para el adelantamiento de su Iglesia, y para nuestra propia perfeccion: que el pecado redunda en gloria de Dios, del cual se vale para la manifestacion de sus atributos, de lo cual es la mas relevante prueba la pasion de Jesucristo. Si la santidad de Dios fué ultrajada por el pecado de los judíos, ella brilló con todo su explendor, porque un Hombre Dios padeció para hacerle una reparacion solemne de todos los ultrajes que aquélla ha recibido por nuestros pecados. Si parecia ofendida su justicia por los indignos tratamientos hechos al mas inocente, al mas santo de los hombres, de otra parte ella ejerce todos sus derechos, ella se vindica y se satisface plenamente sobre este cordero sin mancha sustituido en lugar nuestro, y que se constituyó fiador por los deudores insolventes. Si su misericordia aparece como eclipsada sobre el Calvario, en donde Dios parece que abandona y desconoce su propio Hijo, desplégase con todas sus riquezas en el perdon que por motivo de él concede generosa y gratuitamente al género humano, que de él era indigno. Si nos parece aun que la sabiduría divina ha como faltado á su designio, viendo á Jesucristo espirar en la cruz, y sucumbir bajo el poder del infierno y de la muerte, aguardemos un momento, y esta sabiduría se mostrará con toda su luz, cuando veamos á Jesucristo triunfar por su resurreccion gloriosa, del diablo y de la muerte, é insultar al uno y á la otra diciéndoles: *¡Oh muerte! yo he de ser la muerte tuya: seré tu destruccion, ¡oh infierno!* [1] esto es, yo te arrancaré tu presa. ¿De qué pecado no sacará Dios su gloria, habiéndola sacado del de los judíos? No puede faltarle este fin, ora sea en este

1 Ose. XIII. 14.

mundo, ora en el otro. Seamos pues celosos por la gloria de Dios, procurémosla de cuantas maneras nos sea posible; mas no nos inquietemos por ella, como si pudiesen dañarla los esfuerzos de los hombres. Todo pecador que no quiere glorificar en esta vida su misericordia, glorificará en la otra su justicia.

A vista de los escándalos que suceden en la Iglesia, y que hacen como vacilar nuestra fé, acordémonos tan solo de que aquélla es la esposa de Jesucristo, que la adquirió con su sangre, y que la esposa debe participar de la suerte de su esposo. Es necesario que ella glorifique como él á Dios por sus sufrimientos, despues de los cuales Dios la asociará á la gloria de Jesucristo. Y aun en este mundo, todos los males que ha sufrido, han redundado por fin en provecho suyo. Seguid su historia, y vereis que las persecuciones sirvieron para establecerla: que las herejías han afirmado su fe; que éstas han caido y ella ha quedado en pié; que lo que ha perdido por un lado lo ha ganado por otro; y que en las regiones y en los tiempos en que es menor el número de sus hijos, son éstos mas fervorosos y mas edificativos. Lo que pasa hoy dia en Francia (*), parece anunciarnos la ruina de la Iglesia en este reino y en todo el resto de la Europa. Recordemos las promesas que á la Iglesia se la hicieron, y sin darnos pena por el modo con que Dios las cumplirá, creamos firmemente que será fiel á ellas, como lo ha sido en otras épocas las mas borrascosas. Los elegidos serán puestos á prueba; pero ninguno de ellos perecerá. Terminante es sobre este punto la palabra de Jesucristo.

Desde que alguno se entrega á Dios de un modo especial, está expuesto á sufrir mucho de su prójimo: contradicciones, calumnias, injusticia de toda especie, no solo de parte de los perversos, sino aun de parte de las gentes de bien, ó de las que pasan por tales. ¿Y por qué admirarnos de esto, cuando

(*) El autor escribia en la época de la revolucion.

Jesucristo fué la víctima de los falsos devotos sentados en la cátedra de Moisés? Cuanto acontece, está previsto por Dios, el cual lo permite por parte de los autores del mal, cuyas consecuencias quiere tambien que nosotros suframos. Así lo ha dispuesto todo para su gloria y para nuestra santificacion; y se cumplirán sus designios, si nosotros tomamos á Jesucristo por modelo de nuestros sentimientos y de nuestra conducta. El objeto que él se ha propuesto no puede faltar como no sea por culpa nuestra; y los pecados de los demás, léjos de perjudicar á nuestra perfeccion, contribuirán á ella si queremos: su pérdida será nuestra salud; ¿que puede darse de mas consolador?

En fin nuestros propios pecados, cuyo recuerdo tan á menudo nos desalienta y nos espanta, pueden en las manos de Dios convertirse en un medio de santidad: con solo este objeto los ha permitido; quiere de ellos hacer la materia de sus grandes misericordias; quiere que sirvan para humillarnos, para desconfiar de nosotros mismos, para redoblar nuestra confianza en él, aumentar nuestro amor y nuestro reconocimiento, hacernos capaces de los mayores esfuerzos de virtud, ya para expiarlos, ya para repararlos. Sin hablar de los ejemplos de tantos grandes Santos que fueron pecadores, ¡cuántos judíos que habian tomado parte en la muerte de Jesucristo, se convirtieron despues, y formaron la Iglesia de Jerusalen, la mas perfecta de todas! ¿Creeremos que su amoroso arrepentimiento no hubiese contribuido infinitamente á su santificacion? ¿Por qué no habrá de ser así con nosotros, si despues de nuestros extravíos hemos vuelto, ó volvemos sinceramente á Dios? De un gran pecador á un santo hay por lo comun menos distancia, que de una vida tibia á una vida fervorosa. Todo depende de la rectitud y de la generosidad del corazon, y de la correspondencia á la gracia. Es un mal grave el ofender á Dios, pero de nosotros depende que este mal nos sirva de un bien imponderable.

CAPITULO LIV.

Jesucristo sacrificó la vida porque él mismo lo quiso.

Hubiera faltado al sacrificio de Jesucristo la parte mas esencial, si no hubiese sido enteramente libre y voluntario. El era dueño absoluto de su vida, nada debia á la muerte, que no entró en el mundo sino por el pecado; y como su union con la Divinidad hacia su humanidad impecable, la hacia tambien inmortal. Siendo exento de la muerte, lo era tambien del dolor, y su cuerpo no podia ser presa de él sino en cuanto fuese de su beneplácito. Por lo que toca á humillaciones y oprobios no los merecia por ningun título, antes bien era digno de toda honra y de toda gloria, pues la persona del Verbo elevaba su alma y aun su carne á un rango incomparablemente superior al de los espíritus bienaventurados.

Fué pues ofrecido, porque él mismo lo quiso, como dice el Profeta [1]. Ni tampoco era necesario que se sujetase á la muerte ni á género alguno de tormento y de ignominia para reparar la gloria de su Padre, y para rescatar el género humano; para esto bastaba una oracion, una lágrima, un suspiro, una expresion de su deseo. Lo que hizo de mas, lo hizo de su plena voluntad por amor á su Padre y por amor á nosotros; y esto es lo que ha hecho su oblacion infinitamente preciosa á los ojos de Dios, y la que debe hacérnosla infinitamente amada. *Mi Padre me ama*, dice él mismo, *porque doy mi vida para tomarla otra vez. Nadie me la arranca: sino que yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla, y dueño de recobrarla; este es el mandamiento que recibí de mi Padre* [2].

1 Isai. LIII. 7.
2 Joan. X, 17. 18.

Como si dijera: no es una órden lo que me ha dado, sino un simple deseo que me ha manifestado. Me ha dado á conocer que este seria su beneplácito, y yo he consentido de todo mi corazon. Por este motivo me ama con tanta ternura, porque mi obediencia es un puro efecto de mi amor para con él.

Almas interiores ¡qué enseñanza os dá aquí Jesucristo! Hay muchos puntos de moral evangélica que son solamente de consejo y de perfeccion; hasta la vida interior con las prácticas que le son propias es de este género. Puede uno salvarse, y llegar á un cierto grado de santidad, sin abrazarla. Mas desde el momento en que Dios nos la presenta atractiva, desde que nos llama á ella, ¿no es suficiente su invitacion para un alma que prefiere á todo el beneplácito divino, y que se propone imitar á Jesucristo en lo que tiene de mas excelente su sacrificio? ¿Amará jamás á Dios como debe amarlo? ¿Merecerá ser de él especialmente amada, si le arredra la vista de las penas, de las sujeciones, de las dificultades; si dice entre sí: esto no es sino un deseo de Dios, no es una órden expresa: yo no corro peligro en mi salud aunque rehuse seguir la gracia que me llama? Dejemos este lenguaje y esta conducta para las almas flojas é interesadas, que no quieren renunciarse para agradar á Dios, y que le sirven mas bien como un amo cuyos castigos temen, y de quien esperan un salario, que como un padre á quien se obedece por afecto y con solo la mira de complacerle. Felicitémonos, al contrario de haber tomado este último partido, tan digno de Dios, tan conforme al ejemplo de Jesus, tan ventajoso de todos modos para nosotros; y tributémosle contínuas acciones de gracias de habérnoslo inspirado y ayudado á abrazarlo.

En los mismos sentimientos deben estar las personas á quienes Dios ha llamado al estado religioso. Lo que forma el principal mérito de la obligacion que imponen los votos

religiosos, es el ser libre; y el que Dios, dándonos la vocacion, nos deja la eleccion de responder ó no á ella. No negaré que se sirve muchas veces de motivos tomados de nuestro propio interés, del temor de perderse en el mundo, del deseo de asegurar la salvacion. Pero casi siempre el amor á Dios es el que decide y determina la voluntad: y por poco que se llenen despues los deberes propios del estado por espíritu interior, el amor se convierte al fin en motivo dominante. Así que, el sacrificio que se hace consagrándose á la religion, se acerca mas ó menos al sacrificio de Jesucristo, segun las disposiciones que á él nos llevan; y es un verdadero sacrificio, porque es voluntario.

Pero el sacrificio que mas se parece á la pasion del Salvador, es el de ciertas almas escogidas sobre las cuales tiene Dios sus particulares designios, y á las que quiere hacer pasar por grandes pruebas. Despues de haberles puesto en el corazon una voluntad firme y generosa de ser enteramente suyas, las prepara durante algun tiempo. Viene el instante en que declarándoles sus designios, les muestra la cruz de que quiere cargarlas, y pide su consentimiento, que por lo comun les cuesta dar. Aceptan por fin la cruz, á pesar de todas las repugnancias de la naturaleza; y si son fieles, tienen la dicha de espirar en ella, á lo menos en sentido moral, por una muerte total á sí mismas, que va seguida de una mística resurreccion, por la cual entran en una nueva vida. Este sacrificio suele ir acompañado de cruces exteriores, tales como padecimientos corporales, maltratos, calumnias, desprecios y humillaciones de toda especie. Algunas veces no son los hombres sino los demonios los ejecutores, que atormentan al cuerpo y al alma. Como todo esto ha sido propuesto y aceptado de antemano, á lo menos en conjunto, estas almas tienen algun derecho de decir como Jesucristo: Que el Padre las ama, porque se han sacrificado voluntariamente, dejándose inmolar al gusto de Dios como víctimas, sin abrir la bo-

ca para quejarse, y permaneciendo quietas sobre el altar hasta la completa consumacion del sacrificio.

CAPÍTULO LV.

Agonía de Jesucristo en el huerto de los Olivos.

La pasion de Jesucristo empezó por su interior; y lo que dió principio á ella pasó entre su Padre y él en el huerto de los Olivos. Apenas hubo entrado en él con sus discípulos, y se hubo retirado solo para orar, cuando se sintió poseido de temor, de disgusto y de una tristeza mortal, como lo declaró á los tres apóstoles Pedro, Santiago y Juan, conjurándoles que velasen con él, como si tuviera necesidad de su asistencia. La plática que acababa de hacer despues de la Cena, en la que parecia como transportado, es una prueba manifiesta, sin hablar de los demás motivos, que aquellos movimientos tenian un principio sobrenatural; y que la fuerte impresion que le causaban, solo provenia del abatimiento en que se hallaba entonces su santa humanidad, no sostenida ya sensiblemente por la Divinidad; abatimiento, que él sintió porque quiso, y hasta el punto que quiso. Héle aquí pues, temiendo y temblando delante de sus apóstoles, al que tantas veces les habia confortado. ¿Es la imágen de su próxima muerte la que le pone en tal estado? De cualquier otro seria natural pensarlo así. Mas ¿cómo creerlo de aquel que habia prevenido á sus discípulos contra los suplicios y la muerte que tenian que arrostrar de parte de los hombres, y que les habia dicho que no debian temerlos? No, no fueron la causa de tan violentas impresiones los tormentos y los oprobios que iba á sufrir. El los habia siempre deseado; el suspiraba por este momento, y lo veia acercarse con alegría. La fortaleza

divina que manifestó en el decurso de su pasion, prueba cuán superior era á todo cuanto padecia.

Busquemos pues otras causas de los movimientos que se levantaban entonces en su alma y que la agobiaban con su peso, de aquel terrible combate que tuvo que sostener, y de la agonía cruel á que se vió reducido, hasta tener necesidad de que un ángel descendiese del cielo para alentarle, de aquel raro sudor de sangre que agrumándose en gotas, caia hasta el suelo. En primer lugar, todos los pecados del universo que él tomaba como suyos, se presentaron á su espíritu con mayor fuerza que hasta entonces; sintióse vivamente conmovido por su número y por su enormidad, y concibió de ellos un dolor y una confusion proporcionados, sometiéndose como un criminal al castigo que merecian. En segundo lugar, representóse á su Padre armado contra él de todas sus venganzas, apartando de él los ojos, y no arrojándole sino miradas de indignacion, levantando el brazo para herirle, y tratarle como un objeto de maldicion. En tercer lugar, representóse tambien la ingratitud de los hombres, para quienes su pasion seria inutil ó motivo de una reprobacion mas espantosa. Nada digo de las otras penas que tan sensibles fueron á su corazon. Bastaban aquellas para hacerle espirar mil veces, si por un efecto de su omnipotencia no se hubiese sostenido y no hubiese conservado su vida hasta que todo quedase consumado.

Tan débil, tan agotado de fuerzas como estaba, pasó cerca de tres horas en oracion, no interrumpiéndola sino para ir á dispertar y reanimar á sus discípulos dormidos. Prostérnase, pegada la faz contra la tierra, y dice: *Padre mio*, si es posible, apártese de mí este cáliz. *No obstante, no se cumpla mi voluntad sino la tuya.* Lo mas amargo que tenia este cáliz, lo que derramaba su amargura sobre todo lo demás, era el abandono de su Padre. ¿Cómo consentir en ser abandonado de un Padre único á quien tiernamente amaba, que habia

puesto y ponia aun en él sus complacencias, aunque pareciese que las habia retirado del todo? Menester fuera conocer y amar á Dios como lo conocia y amaba Jesucristo, para sentir cuanta pena debió costarle el resolverse á morir en semejante abandono. A ello se resolvió por fin, pidiendo cada vez que oraba, que se cumpliese la voluntad de su Padre y no la suya. Observa además S. Lucas, que en la violencia de su agonía rogaba con mas ardor.

Solo por la expresion de las pruebas interiores se puede formar alguna idea de la agonía del Salvador. Por buena voluntad con que uno se haya consagrado á Dios, y haya aceptado todas las penas que le agradará enviarle; cuando estas penas han venido, y llegan hasta cierto punto; cuando de otra parte no le sostiene un cierto ardor que anima, y no siente ya, ni aun percibe la operacion de la gracia, aunque ella obra siempre; entonces es indispensable que entre en una especie de agonía causada por un levantamiento general de las pasiones y por la rebeldía de la naturaleza, que no puede mirar sin horror su destruccion. Dios nos hace pasar por tan penoso estado para humillarnos profundamente, y convencernos de que nuestra fuerza no viene sino de él solo. En tan violenta crisis, en que nos parece que desechamos con horror aquella cruz que con tanto amor habíamos abrazado, y en que somos presa de horribles tentaciones contra Dios; no debemos creer que dejamos de estarle sometidos, cuando le decimos: *¡Dios mio! si es posible, haced que este caliz se aparte de mí*; con tal que añadamos como Jesucristo: *No obstante, cúmplase vuestra voluntad y no la mia*. En estos momentos hay dos voluntades en el hombre: la una de la naturaleza, que es ineficaz, y mas bien un ciego instinto que una voluntad; la otra de la gracia, que puede llamarse una voluntad superior, que se adhiere al beneplácito de Dios, del cual no quisiera separarse por cuanto hay en el mundo. No siempre se percibe distintamente esta voluntad superior, por-

que no se hace sensible, ni puede reflexionar sobre sí misma, lo cual seria ya un apoyo. Mas lo que prueba que existe realmente en nosotros, es nuestra constante é inviolable fidelidad; y que si se nos propusiera el mas ligero alivio á nuestra cruz, lo desecharíamos sin vacilar.

Quiso probar Jesucristo este estado de flaqueza y de aparente trastorno, para enseñarnos á no caer en el desaliento cuando pasemos por aquel estado, ni temamos que Dios se ofenda por él. No, no se ofende Dios por esto, antes él es quien nos lo proporciona, para ensalzar el poder de su gracia, y hacernos perder toda confianza en nosotros mismos. Quiso tambien probarlo Jesucristo, para que su propia experiencia le hiciese mas compasivo con nuestros males, y mas inclinado á socorrernos. S. Pablo es quien lo dice en su carta á los Hebreos [1].

No nos aterremos pues por los clamores de la naturaleza, ni por la rebeldía de las pasiones: este combate no dura sino por algun tiempo, y una simple resignacion calma aquellas ondas amotinadas. La paz íntima del alma no se resiente de esta borrasca; y aun mientras dura se hace sentir por intervalos. Si no podemos tranquilizarnos por nosotros mismos, descansemos á lo menos en la decision de un sabio director que tiene luz y gracia para juzgar de nuestras disposiciones, y que, no hallándose turbado como nosotros, está en mejor estado de dar con acierto su juicio. Sometamos nuestro espíritu, creamos, obedezcamos, y saldremos aventajados de esta tempestad. Si á ella sucumben algunas almas por ignorancia, ó por una direccion equivocada, es infinitamente mayor el número de las que pierden el aliento, ó se desesperan por haber caminado por sí solas, ó por una tenaz adhesion á su propio sentido.

1 Hebr. II. 17. 18.

CAPÍTULO LVI.

Traicion de Judas, y dulzuras de Jesucristo.

Una de las penas que mas sintió Jesucristo, debió ser sin duda la traicion de Judas, por la que empezó su Pasion. Los judíos querian apoderarse de él, pero en un momento en que no estuviese rodeado de la multitud, porque temian al pueblo, que le miraba como profeta. Ofrecióse Judas á ponerlo de noche en sus manos, por una pequeña cantidad de plata; y ejecutó su infame designio con una turba que se le habia dado de hombres armados de espadas y de palos, como si se tratase de prender un ladron. A fin de que no se perdiesen entre las tinieblas, debia él adelantarse hácia Jesus, saludarlo y besarlo: tal era la señal convenida.

Nunca será bastante considerada la caridad y dulzura de que usó Jesucristo con aquel traidor, ya antes de cometer su crímen, ya en el momento de cometerlo, ya despues de cometido. Desde un principio, y antes aun de escoger á Judas para uno de sus apóstoles, sabia que seria traidoramente entregado por él, y no lo admitió menos en su compañía y en su íntima familiaridad, ni se aplicó menos á instruirlo y á formarlo en el ministerio evangélico, manifestándole bondad y hasta una particular confianza, encargando á su custodia el dinero que recibia para su subsistencia y para la de sus discípulos y de los pobres. A mas de las señales exteriores de amistad que le daba, no puede dudarse que por medio de su gracia no obrase poderosamente en su corazon. Con esta mira no lo dejó ignorar que él conocia sus malas disposiciones. *¿No soy yo el que os escogí á todos doce*, decia en una ocasion á sus apóstoles: *y con todo uno de vosotros es un diablo* [1]? ¿Qué

1 Joan. VI. 70.

impresion no debió hacer á Judas esta palabra? En la última Cena le lavó los piés como á los demás apóstoles; y hasta, segun el comun sentir de los santos Padres, y mejor apoyado sobre el relato de los Evangelistas, le dió su cuerpo á comer, y su sangre á beber. Entonces fué cuando por la última vez probó desviarle de su crímen. Empezó diciendo que él conocia á los que habia escogido, pero que era necesario se cumpliese la Escritura: *Uno que come el pan conmigo, levantará contra mí su calcañar* [1]. Y un momento despues *se turbó en su corazon* con el pensamiento del crímen que Judas estaba á punto de cometer, y protestó con su acostumbrado juramento: *En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me hará traicion*. La consternacion de los demás apóstoles, el temor que tenia cada uno de ellos de que no le tocase esta prediccion, la pregunta que sobre el particular hicieron á Jesucristo con el mayor sobresalto, la imprudencia de Judas en hacerle la misma pregunta, todo demuestra que hasta entonces nada habia dejado escapar el Salvador que pudiese hacer entrar en sospecha. ¡Cuánta astucia la del pérfido! ¡Y por un crímen que solo él podia impedir! Verdad es que Jesus respondió seria él, pero fué tan secretamente que los demás no lo percibieron. Solo lo indicó á Juan, que reposaba entonces en su seno, diciéndole en voz baja: *Será aquel á quien yo daré pan mojado*. No habiendo este último favor ablandado el corazon de aquel perverso, díjole Jesus: *Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes*: palabra que los demás no comprendieron, y despues de la cual Judas salió.

Algunas horas despues, cuando vino con su turba al huerto de los Olivos, se acercó á Jesus diciéndole: *Dios te guarde, Maestro* [2], y lo besó. No rehusó Jesus su beso, y con una dulzura incomparable le dijo: *Amigo, ¿á qué veniste? Judas,*

1 Joan. XIII. 18.
2 Math. XXVI. 49.

con un beso entregas al Hijo del Hombre [1] *!* ¿Qué otro corazon sino el de Judas hubiera podido resistir á estas palabras?

El dia siguiente, *Judas viendo á Jesus sentenciado, arrepentido de lo hecho, restituyó las treinta monedas de plata* que habia recibido *á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: Yo he pecado, pues he vendido la sangre del justo* [2]. ¿Quién sino la gracia de Jesucristo le inspiró este arrepentimiento? Pronto estaba todavía en usar de misericordia con este desdichado, y se la hubiera concedido, si la enormidad de su crímen no le hubiese precipitado en una horrorosa desesperacion que le llevó á colgarse. Hé aquí una imágen fiel de lo que Jesucristo hace aun todos los dias para salvar á los mas grandes pecadores que se obstinan en su perdicion, á la cual les arrastra el horrible desespero.

La sensibilidad es una de las mas excelentes calidades del alma; pero así como es la fuente de sus mas íntimos goces, lo es tambien de sus mas penetrantes penas. Cuando es excitada por el orgullo ó por el amor propio, ¡qué vivo, qué durable resentimiento no produce por ciertas injurias, por la atrocidad de ciertos procederes! ¡Y cuán difícil no hace su perdon! Jesus sentia mas vivamente de lo que podia sentir hombre alguno la fealdad de la traicion de Judas; mas no se mostró de ella sentido por sí propio, aunque en ello iba nada menos que su vida; solo fué sensible á la ofensa de su Padre, y á la pérdida de aquel infeliz, de quien declaró, que *mas le hubiera valido el no haber nacido. El Hijo del hombre*, dijo, *se marcha: mas ¡ay de aquel por quien fuere entregado el Hijo del hombre* [3]*!* Como si dijera: conociendo yo anticipadamente la muerte que voy á sufrir, la acepté; no tengo pues por mí el menor sentimiento; solo deploro la desdicha de aquél que me entregará.

1 Luc. XXII. 48.
2 Matth. XXVII, 3.
3 Matth. XXVI. 24.

Cuando el alma se ha entregado totalmente á Dios, y Jesucristo quiere que tenga con él una especial semejanza, debe prepararse á sufrir de parte de sus amigos, de sus confidentes, de sus hijos espirituales, infidelidades y traiciones. Mas Dios la predispone á ello muy de antemano por su gracia; y en la pena que por ello siente, le quita insensiblemente todo retorno á sí misma; de manera, que no considera estos malos procedimientos sino por el lado de Dios, y de las personas culpables de ellos. No tiene pues la menor dificultad en perdonarlos, en rogar por los mismos, en prestarles buenos oficios, y en darles señales de amistad. A este grado de perfeccion llega, cuando por una serie de pruebas y de sacrificios, han quedado extremadamente debilitados y casi extintos en ella el orgullo y el amor propio. Al mirar su semblante y su tranquilo continente, se la creyera insensible; pero nada mas distante de ello; la gracia no borra la sensibilidad, antes al contrario la torna mas delicada y perfecta; pero la desvia de nuestro propio interés, y no la aplica sino al interés de Dios y al del prójimo. ¿Para qué ser sensible, á lo que, segun los principios de la religion, no es un mal para nosotros? ¿Y cómo no serlo á lo que es una ofensa para Dios, y para el prójimo una terrible desgracia?

El comun de los cristianos cree apenas que pueda llegarse á tan perfectas disposiciones; y es porque refieren á sí mismos toda su sensibilidad, siendo para ellos el amor de los enemigos y el perdon de las injurias el punto mas difícil de la moral cristiana. Algunos llegan hasta tenerla por impracticable, y en efecto casi lo es para ellos en el momento de la herida. Mas no fuera así, si hubiesen á su tiempo conocido la necesidad de hacerse interiores, y de domar el orgullo y el amor propio. Los devotos de meras prácticas, y las personas de espíritu falso, que no estiman ni aman sino á sí mismos, son aun mas sensibles en estas ocasiones, que los cristianos ordinarios; y no se necesita que sean víctimas de una

traicion como la de Judas, para abrir en su corazon una llaga incurable.

Los que aspiran á la perfeccion, los que por su carácter ó por la profesion que han abrazado están obligados á dar el ejemplo á los demás, y seguir de mas cerca las huellas de Jesucristo, vigilen de contínuo sobre su corazon para reprimir sus mas ligeros movimientos de sensibilidad; estén en vela perene contra la aspereza y el resentimiento; no les alimenten con sus reflexiones, ni por la confianza hecha á los demás de los motivos de queja que tienen ó creen tener; antes bien sofoquen estos movimientos apenas nacidos; háganse superiores á esas pequeñas incidencias que tan á menudo sobrevienen, á fin de obtener la gracia de vencerse en las graves, que son mas raras. ¿Cómo se perdonarán insultos, desprecios, agravios del prójimo, cuando tanto resentimiento se demuestra por una palabra que escapó, por una desatencion? ¿Podemos acaso vivir unidos, sin tener á cada paso de qué disimularnos unos á otros? ¿Y de cuánta dulzura se necesitará para con los Judas, si ninguna se tiene con las personas á quienes no puede echarse en cara sino leves faltas de caridad?

CAPITULO LXVII.

Negacion de S. Pedro.

La negacion de S. Pedro, que permitió Dios para hacer mas humilde á este apóstol, é inspirarle una saludable desconfianza de sí mismo, es un manantial fecundo de enseñanza para las personas espirituales. Pedro era de todos los discípulos de Jesucristo el mas celoso para con su persona, el mas ardiente por sus intereses, el que la manifestaba un amor mas vivo y mas animado. Muchas pruebas nos sumi-

nistra de ello el Evangelio, que es inútil referir aquí. Este fervor sensible, que venia de la gracia, pero en el cual se mezclaba tambien algo de carácter, habia producido en él una especie de presuncion, que le hacia creer que él sobrepujaba á los demás en adhesion á su Maestro, y que no sucumbiria como ellos á la tentacion.

Así que, habiendo Jesucristo dicho á todos: *Todos vosotros padecereis escándalo por ocasion de mí esta noche; por cuanto está escrito: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño* [1]; Pedro, por impetuosidad de celo, y sin atender que desmentia á la vez á Jesucristo y á la Escritura, osó responderle: *Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo.* Presuncion y temeridad inexcusables, que obligaron á Jesucristo á hacerle esta prediccion personal: *Pues yo te aseguro con toda verdad, que esta misma noche, antes que cante el gallo, me has de negar tres veces.* No por esto entró Pedro en su interior, sino que desmintiendo de nuevo á su Maestro, le dijo: *aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré.*

Este fervor de Pedro se sostuvo hasta el momento de la prision de Jesus, en donde echó mano de su espada para defenderlo; pero le abandonó muy luego, y huyó con los demás. Sabido es del modo con que en seguida tuvo la debilidad de negarlo hasta tres veces, asegurando y protestando con juramento que no conocia aquel hombre. Parece, segun el relato de S. Lucas, que esto pasó en presencia del mismo Jesucristo, el cual, desde el lugar en que se hallaba, podia ver y oir al apóstol. Despues de la tercera negacion volvióse hácia Pedro, y le arrojó una mirada [2]. ¡Qué mirada! de cuánta gracia interior fué acompañada! A Pedro le penetró hasta el fondo del alma. Confuso y enternecido salió luego para llorar con amargura su falta.

1 Math. xxvi. 31. y sig.
2 Luc. xii. 61. 62.

Aquella mirada del Salvador que le aseguraba su perdon, hizo mas vivo y mas íntimo su arrepentimiento. Lloró toda su vida su pecado y la presuncion que lo motivó. Si no hubiese de este modo presumido de sí mismo, no hubiera permitido Dios tan notable caida en el príncipe de los apóstoles y en la cabeza de la Iglesia. Pero su mal necesitaba este remedio, del cual resultó tan grande bien para él. Su amor fué despues aun mas sincero, mas tierno, mas reconocido, y al propio tiempo mas humilde y mas circunspecto. Así se ve palpablemente, cuando Jesucristo despues de su resurreccion le hizo retractar su triple negacion por una triple protestacion de amor. A la primera pregunta que le hizo: *Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que estos?* se contentó con responder: *Señor, tú sabes que te amo*[1], sin decir que le tenia mas amor que los otros; y se afligió de que Jesucristo reiterase su pregunta hasta tres veces, temiendo, no que dudase de su amor, sino que no fuese verdadera la protestacion que le hacia. Así, nunca le dijo: *Yo os amo*, sino *tú sabes que te amo*, apoyando su afeccion, no ya sobre su sentimiento interior, sino sobre el conocimiento que de él tenia Jesucristo, á quien nada se ocultó.

Es admirable por cierto la bondad de que Jesus usó con S. Pedro. Predíjole su caida, á fin de que, desconfiando de sí mismo, evitase la ocasion, ó en caso de hallarse á ello comprometido, recurriese al solo que podia sostenerle. Porque la prediccion de Jesucristo no era absoluta, sino solamente condicional, suponiendo que Pedro persistia en sus sentimientos, y se exponia á la tentacion, que podia haber evitado. Despues de su caida, este apóstol no se hubiera levantado jamás, si Jesus no lo hubiese llamado á sí mismo. Cuando conjurados sus enemigos no pensaban sino en quitarle la vida, suscitándole contra él falsos testigos; le declaraban digno de muerte por haberse llamado Hijo de Dios; y le agobiaban

1 Joan. xxi. 15.

con toda especie de ultrajes, insensible á lo que concernia á él, no piensa sino en su amado discípulo; arroja sobre él una mirada mas tierna, mas elocuente, mas penetrante que todos los discursos, le traspasa el corazon, y le hace derramar lágrimas. Despues de resucitado, le trata con mas bondad que nunca, le distingue de los demás apóstoles por medio de una aparicion particular; conversa con él familiarmente sin hacerle inculpacion alguna por su falta; y despues de haber sacado de él una reparacion enteramente dictada por el amor, le confia el cuidado de sus corderos y de sus ovejas, y le predice el género de muerte con que deberá algun dia glorificar á Dios. Tal es la conducta llena de ternura que ha guardado siempre para con los pecadores sinceramente convertidos. ¿Es este el modo con que nos volvemos los primeros hácia aquellos de quienes hemos recibido alguna injuria personal, y nos dedicamos á reconquistar su corazon por medio de prevenciones y buenos oficios? La caridad de Jesucristo es no obstante el modelo de la nuestra, y nosotros necesitamos que él nos prevenga y dé el primer paso para acercarnos á él, cuando nos hemos alejado por nuestras ofensas.

En cuanto á la caida de S. Pedro, no hablando aquí sino del provecho que pueden sacar de ella los principiantes en la vida espiritual, atiendan que ellos son novicios en el servicio de Dios, como lo era este apóstol; que en el primer fervor de su amor sensible se sienten con un valor que les hace presumir de sus propias fuerzas, y creerse capaces de las mas altas empresas y de los mayores sacrificios. Paréceles entonces que ninguna tentacion puede vencerles, ningun obstáculo arredrarles, y que todo es posible y aun facil á su amor. Cuando leen ú oyen decir que ciertas almas santas no aceptaron sino con extrema repugnancia y despues de largos combates las cruces que les fueron presentadas, se admiran, y no saben concebir como se pueda negar á Dios cosa alguna. Mas que aguarden un poco, y cambiarán de ideas y de lenguaje.

No han hecho todavía la prueba de su debilidad, ni aun la conocen: no han gustado sino dulzuras y consolaciones, y dicen como David: *En medio de mi prosperidad habia yo dicho: No experimentaré nunca jamás mudanza alguna* [1]. Mas vuelva el Señor su rostro por poco que sea, sobrevengan las sequedades de espíritu, levántese la mas leve borrasca, sea necesario resistir á una ligera tentacion, á un pequeño respeto humano, tenerse firme, no digo contra las amenazas de personas poderosas, sino contra el chisme de cualquier mujercilla; abandónales su fortaleza, la naturaleza tiembla, su voluntad vacila; hélos aquí á punto de hacer traicion á la causa de Dios, harto dichosos aun si no renuncian á ella realmente. ¡Oh hombre! y cuán débil eres! y cuán fuerte serás si no presumes serlo! No cuentes sobre la impresion de una gracia pasajera, y no juzgues de tus disposiciones, sino cuando se haya resfriado tu ardor. Huye las ocasiones por un sentimiento de desconfianza; invoca humildemente á Dios cuando á ellas te veas expuesto á pesar tuyo; no vayas delante de las cruces, bastante vendrán ellas por sí mismas. Vistas de lejos en un momento de fervor, te parecerán bellas y ligeras, y las atraerás con tus buenos deseos; pero vistas de cerca, cuando te halles en tu estado ordinario, las hallarás espantosas, insoportables. Mucha diferencia va, decia un santo varon por su propia experiencia, entre hacer el sacrificio de su vida al pié de un oratorio, ó hacerlo al pié de un patíbulo. ¡Cuántas veces hemos dicho á Dios como S. Pedro: *Yo daria mi vida por vos!* Y le hemos negado cuando nos ha pedido una bagatela, un nonada. Dios no ha de ser el juguete de nuestros ofrecimientos y de nuestras protestas; ni tampoco debemos serlo de nosotros mismos. Y ciertamente que en este punto no procederemos de ligero cuando háyamos experimentado lo que somos. Pedro, despues del descenso del Espíritu Santo, hizo prodigios de valor, sin haber experimen-

1 Psalm. XXIX, 7.

tado ni proferido una sola palabra de presuncion.

CAPITULO LVIII.

Silencio de Jesucristo en presencia de sus jueces.

Si yo escribiese ahora para las gentes del mundo, seguiria á Jesucristo en los diversos tribunales á que fué conducido: en el tribunal de los judíos, en que la prevencion y la pasion le condenaron; en el tribunal de Herodes y de su corte, en donde la impiedad le despreció como un insensato; en el tribunal de Pilatos, en donde la política sacrificó su reconocida inocencia á intereses temporales; y demostraria que en todos tiempos, y en el dia mas que nunca, Jesucristo y su doctrina son la reprobacion del mundo, prevenido ó apasionado, impío y libertino ó interesado y político. Pero esta materia es mas propia de la cátedra cristiana, y la dejo para los predicadores. Limítome ahora á la conducta que observó Jesucristo delante de sus acusadores y de sus jueces.

Los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo presididos por Caifás, habiendo pronunciado ya desde mucho tiempo en su corazon el decreto de muerte contra Jesucristo, no trataron sino de cubrir con algunas formalidades la notoria injusticia de esta sentencia. Sobornaron pues dos falsos testigos, cuyas deposiciones no estaban de acuerdo. Parecieron dos, por fin, que le acusaron de haber dicho del Templo lo que habia dicho de su cuerpo, á saber: que si se le destruyese, despues de tres dias lo restableceria. Habiéndole preguntado el príncipe de los sacerdotes, por que nada respondia á los que le acusaban, Jesucristo persistió en guardar silencio. Fácil le hubiera sido sin duda el confundir á sus acusadores con solo abrir la boca, si hubiese reconocido rectitud y equi-

dad en sus jueces, y que solo necesitaban ser instruidos. Pero sabia que hubiera sido inútil cuanto dijera en su defensa, y que estaban resueltos á perderle. Calló pues, y se dejó juzgar como un criminal, puesto que se queria á toda costa que lo fuese.

Hay en el mundo cristiano, y aun entre los mismos devotos, gentes decididas á condenar la vida interior, y á los que la han abrazado. Segun el modo con que de ella hablan, con mezcla de calumnia y de exageracion, segun el tono de pasion con que lo dicen, y su terquedad en no querer escuchar razones, no es difícil deducir que su prevencion es extremada, y que están decididos á no salir de ella. Sabidas de cierto sus disposiciones, el silencio es el único partido que hay que tomar con tales gentes. Preciso es dejar que condenen los caminos espirituales, las personas que los siguen, y á nosotros mismos, si ante ellos nos vemos acusados, sin soltar una sola palabra de justificacion, que solo serviria para irritarles mas y hacerlos mas culpables. Creemos deber hablar porque la gloria de Dios nos parece interesada en ello. Mas ¿lo fué nunca tanto en apariencia, como en la causa de Jesucristo? El no despegó siquiera sus labios, porque era realmente para la gloria de Dios el que callase y fuese víctima de su silencio. Callemos pues á ejemplo suyo, aunque en ello nos vaya la reputacion y la vida.

No obstante, cuando el príncipe de los sacerdotes le manda en nombre del Dios vivo, que declare si es el Hijo de Dios, no vacila en responder que lo es en efecto. El responderle era una atencion debida á la autoridad, y un testimonio solemne que á la verdad debia prestar, y se lo prestó realmente, por mas que supiese que por su respuesta iba á ser condenado á muerte por aclamacion como un blasfemo. Así pues como hay circunstancias en que se debe enmudecer, hay otras en que es preciso hablar; y son, cuando la autoridad legítima nos pregunta, y se trata de una materia

importante á la religion ó á la buena moral. No debe atenderse entonces ni á la malignidad harto conocida de las intenciones, ni á los fatales resultados que puede acarrearnos nuestra confesion; sino que se debe declarar la verdad francamente y con una santa intrepidez, teniendo á muy alto honor el ser inmolado por ella.

Herodes, príncipe impío y voluptuoso, manchado ya por la muerte de Juan Bautista, deseaba desde mucho tiempo ver á Jesus, no para instruirse y convertirse, sino para satisfacer su curiosidad con la vista y conversacion de un hombre extraordinario. Esperaba tambien que Jesus haria algunos milagros en su presencia. Hízole pues muchísimas preguntas, cuales podian esperarse de una persona de su carácter estraño al reino de Dios, sin religion, sin costumbres, que solo deseaba divertirse, ó cuanto mas satisfacer su vana curiosidad. Mas Jesus no se dignó contextarle, sin darle cuidado lo que pensaria sobre las acusaciones de que le hacian cargo sus enemigos que se hallaban presentes. ¿Qué le importaba el ser condenado por semejante príncipe? Oprobio hubiera sido para él, en cierto modo, que le hubiese absuelto antes de despedirle. Herodes pues le despreció, con toda su corte; y para manifestar que le tenia por un mentecato, le hizo conducir á Pilatos vestido de blanco.

Si haceis abierta profesion de pertenecer á Jesucristo, y de seguir sus ejemplos y su doctrina, preparaos á pasar por un mentecato en el concepto de los incrédulos y de los libertinos, y á ser el blanco de sus menosprecios y de sus irrisiones. No os comprometais con ellos, ni respondais á sus preguntas, pues solo desean divertirse á vuestra costa, y tornar en ridículo cuanto les dijereis. En general, desde el momento en que se os hable en tono de mofa de las cosas de Dios y de materias espirituales, guardad silencio, y despreciad el juicio que se os hará de vosotros. ¡Dichoso el que en tales ocasiones participa del oprobio de Jesucristo!

Pilatos, á quien se vieron precisados á recurrir los judíos, porque carecian del derecho de vida y muerte, reconocia la inocencia de Jesucristo; sabia que por pura envidia le conducian á su tribunal; y despues de haberles oido, declaró que no le juzgaba digno de muerte. Con todo, para salvarle sin comprometerse, le puso en parangon con Barrabás, y lo mandó azotar. Este juez, débil por política, temia que los judíos no le hiciesen un crímen ante el César de haber perdonado á un hombre que se habia declarado su rey; mas viendo que persistian en pedir su muerte á grandes gritos, se lo entregó, contentándose con lavarse las manos delante de ellos, y protestando que era inocente de la sangre del justo.

Como este gobernador romano, aunque débil, tenia rectitud, Jesus, á la pregunta que le hizo de si él era el Rey de los judíos, no titubeó en confesarle que lo era; mas que su reino no era de este mundo. Por este medio ponia á Pilatos en camino de instruirse, si él lo hubiese querido. Añadió Jesus: *Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que pertenece á la verdad, escucha mi voz* [1]. Nada de esto podia entender un pagano; pero por esta misma razon era natural que pidiese su explicacion. Pilatos le preguntó, pero sin tomar mucho interés: *¿Qué es la verdad?* Y sin aguardar la respuesta, que hubiera sido decisiva para su instruccion, dejó á Jesus, para ir á decirles á los judíos que no le hallaba culpable. Hé aquí la primera falta que cometió Pilatos, y que le arrastró á todas las demás. Jesus queria ilustrarle: habia ya empezado; la luz hubiera crecido por grados, si aquél hubiese continuado la conversacion. Mas la interrumpió, y se hizo indigno de que Jesus la renovase despues. Porque luego de concluido este primer diálogo, puso á Jesus en la misma línea de Barrabás, dejando á los judíos el derecho de libertar al uno ó al

1 Joan. XVIII. 37.

otro, y le hizo sufrir en seguida una cruel flagelacion. Por buena que fuese la intencion de Pilatos, no podia escusar dos injusticias tan crueles. Mejor le hubiera salido la firmeza, pues no podia ignorar que si se afloja un poco á la pasion, es despues mucho mas férvida en todos sus resultados. Tuvo por conveniente mostrar á Jesus á los judíos en el estado mas propio para escitar su compasion; mas este sentimiento, empero, habia ya huido de su corazon: así que gritaron mas que nunca: *Crucifícale, crucifícale.* Y cuando les dijo que le crucificasen ellos mismos, pues él no le hallaba causa alguna para condenarle á muerte, respondieron: *Nosotros tenemos una ley, y segun esta ley debe morir, porque se ha hecho hijo de Dios* [1]. Tal era realmente en su concepto el verdadero crímen de Jesucristo.

Estas palabras de los judíos debiéran haber recordado á Pilatos las que le habia dicho el Salvador, y hacerle sospechar que este hombre era algo mas que un hombre ordinario, por cuyo motivo le inspiraron sentimientos de temor. Volvió pues á entrar en el pretorio, y dijo á Jesus: *¿De dónde eres tú?* Mas Jesus no le dió la menor respuesta. No la merecia en efecto, despues del abuso que acababa de hacer de las luces que habia recibido. Sin esto, su pregunta le hubiera abierto la puerta de la verdad, dando ocasion á Jesus para esplicarle de donde y por qué habia venido á la tierra, su procedencia eterna y su mision temporal. Pilatos le dijo sorprendido: *¿A mí no me hablas? Pues no sabes que está en mi mano el crucificarte, y en mi mano está el soltarte?* No podia imaginarse como un hombre, de cuya vida era árbitro, le respetase tan poco, ó le fuese tan indiferente la muerte, para no responderle. Por un sentimiento de piedad hácia este juez cobarde que iba á perderse delante de Dios, Jesus le dijo aquellas palabras que fueron las últimas y que debian abrirle los ojos: *No tendrias poder alguno sobre mí, si no te*

1 Joan. XIX. 7.

fuera dado de arriba. Por tanto quien á tí me ha entregado, es reo de pecado mas grave. Tu me juzgas inocente, y por intereses humanos vas á condenarme á muerte, no sabiendo de otra parte quien soy. En esto eres culpable; pero no tanto como aquellos que por una maligna envidia me han puesto en tus manos, habiéndose voluntariamente cegado para desconocerme. En cuanto al poder que sobre mí tienes, te ha sido dado de lo alto, y no eres libre de usar de él á tu antojo. ¡Qué impresion no debia hacer en Pilatos esta firmeza, esta dignidad mas que humana, esta indiferencia de la vida, y este desprecio de un suplicio tan cruel como infame! Buscó pues de nuevo como salvar á Jesus. Mas no supo resistir á esta amenaza de los judíos: *Si sueltas á ese, no eres amigo del César; puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra César. No tenemos rey sino á César.*

En mil ocasiones los verdaderos discípulos de Jesus han tenido y tienen cada dia que combatir contra la política humana. Dios concede entonces la fuerza y la sabiduría á los que le son fieles, y que están dispuestos á sacrificarlo todo en defensa de la verdad. Los mártires son de ello una prueba. En calidad de cristianos, no han creido hacer mas que cumplir con su deber, inmolándose como su Maestro á los últimos suplicios antes que hacer traicion á su fe. Sus dicursos, que les inspiraba el Espíritu Santo, y aun mas su invencible intrepidez, confundian á los jueces; los cuales, convencidos de su inocencia, les condenaban casi siempre por un cobarde respeto á los edictos de los emperadores, y por culpables condescendencias con el pueblo. Desde que se estableció el cristianismo, ¡de cuántas injusticias públicas, de cuántas secretas infidelidades, de cuántas resistencias á la gracia no ha sido causa el desdichado respeto humano! ¡Cuántas almas no ha perdido! ¡Cuántos buenos deseos, cuántas santas resoluciones no ha hecho abortar! Si no siempre daña á la salvacion, es rarísima la vez que no perjudica

á la perfeccion. En el claustro así como en el siglo es el mayor enemigo que tienen que combatir las almas que á ella son llamadas. Ocultemos nuestra virtud y nuestras buenas obras á los ojos de los hombres; no hagamos el bien con el objeto de que nos lo vean hacer: este es el precepto del Evangelio. Mas no sea que el deseo de agradarles, ó el temor de disgustarles, nos estorbe jamás de lo que el deber exige de nosotros, ó de lo que la gracia nos inspira. Marchemos con la frente alzada; declarémonos cuando sea necesario; jamás hagamos traicion á la causa de Dios. Nada es mas glorioso para él, nada le complace tanto como el ver que su interés es nuestro espíritu superior á todo lo demás, hasta en los objetos mas minuciosos; pues en estos es mas difícil vencer el respeto humano, porque no nos vemos sostenidos por aquellos grandes motivos que dan valor en las ocasiones importantes.

CAPÍTULO LIX.

Padecimientos de Jesucristo en su Pasion.

No sin razon llamó anticipadamente Isaías á Jesucristo *el Varon de dolores*. Si fueron extremados sus padecimientos exteriores, los superaron de mucho los interiores. Desde la planta de los piés hasta la coronilla de la cabeza ninguna parte de su cuerpo quedó ilesa. Ya en el huerto de los Olivos, aquel sudor de sangre tan extraordinario no pudo ser producido sino por las mas violentas y raras convulsiones. Su cabeza fué coronada de espinas que los soldados hundieron en ella con golpes redoblados; su rostro fué lastimado de bofetadas; su cuerpo fué desgarrado, y derramada su sangre en la flagelacion. Se le renovaron las llagas cuando se le arrancó

su túnica, ya para cubrirle con un mal trozo de escarlata, ya para crucificarlo. ¡Cuánto no tuvo que sufrir llevando su cruz por las calles de Jerusalen, hasta la montaña del Calvario! ¡Qué dolores tan agudos cuando le taladraron con gruesos clavos las manos y los piés! ¡Cuán terribles sacudimientos! ¡Qué desconcierto y estiron en todos sus nervios cuando se levantó la cruz y la colocaron en el agujero! Sus tormentos llegaron á su colmo, durante las tres horas que estuvo colgando en la mas violenta posicion en que pueda hallarse un hombre. Todos sus padecimientos se sucedieron sin interrupcion, y siempre aumentando por el espacio de quince ó diez y ocho horas que duró su Pasion. Hasta su lengua y su paladar tuvieron su particular tormento, cuando se le dió á beber vinagre y vino mezclado con hiel.

He hablado de sus martirios interiores, al tratar de su agonía: nos es imposible formarnos una idea cabal de ellos. Todo lo que podemos decir, y que lo abraza todo, es que fueron tales, que solo un Hombre Dios era capaz de soportarlos.

Padeció sin consuelo divino ni humano, privado de todo recurso, de todo sosten en sí mismo. Padeció, creyéndose digno de sufrir aun mas, y deseándolo por amor á su Padre y á nosotros. Padeció sin querer que se le tuviese lástima, ni se diese la menor señal de compasion. *Hijas de Jerusalen*, dijo á las mujeres que le seguian caminando hácia el Calvario, *no lloreis por mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos* [1]. Mas le ocupaban, mas le conmovian los males que debian desplomarse sobre aquella culpable ciudad, que los suyos propios. Padeció con una paz, con una serenidad de alma maravillosa, saboreando, por decirlo así, sus tormentos, y no dejando pasar ninguno sin sentirlo con toda su fuerza.

Vengamos ahora á la otra parte de la cruz de Jesucristo, quiero decir, á sus humillaciones, que fueron, si cabe, su-

1 Luc. xxiii. 28.

periores á sus padecimientos, y mas amadas de su corazon. Ya lo es una muy grande el verse abandonado de todos sus discípulos, vendido por uno, negado por otro, como si él les hubiese engañado con sus imposturas, haciéndose indigno de que le confesasen por su Maestro. Sus enemigos supieron sin duda prevalerse de este general abandono, echándole en cara que nadie tenia á su favor. Todo el mundo sabe los oprobios que sufrió en los tres tribunales, y nadie seguramente acusará á los Evangelistas de haberlos referido con exageracion. En la primera palabra con que en casa de Anás contextó á las preguntas de aquel pontífice, uno de los criados de este le dió un bofeton, diciéndole: *¿Así respondes al pontífice?* No bien hubo declarado que era el Hijo de Dios, cuando se le llamó blasfemo, se le escupió á la cara, se le dieron puñadas y bofetadas, añadiendo: *Cristo, profetiza quién es el que te ha herido.* Herodes, aturdido de su silencio, juntamente con toda su corte le trata con el último desprecio, le hace el blanco de sus burlas, y le vuelve á enviar vestido de blanco como un insensato. En casa de Pilatos el pueblo le pospone á Barrabás, bandido culpable de sedicion y de homicidio. Es condenado á los azotes, que era castigo propio de un esclavo. Y despues sirvió de diversion á toda una cohorte de soldados romanos, los cuales habiéndole despojado de su túnica, le cubrieron con un manto de púrpura, le pusieron en la cabeza una corona de espinas y en la mano una caña por cetro. Y doblando despues por befa la rodilla delante de él, le decian: *Salve rey de los judíos!* y escupiéndole y tomándole la caña, le golpeaban con ella la cabeza. En este aparato de rey de farsa, en que debia causar tanto horror como lástima, Pilatos lo presentó á los judíos, creyendo mover su compasion; mas éstos gritaron, mezclando todos los insultos que pueden imaginarse: *Que sea crucificado.* En vano seria querer expresar las risotadas, los alaridos, las imprecaciones que sobre él descargaron al pasar de un tribunal al

otro, y dirigiéndose al Calvario. Para esto fuera menester concebir hasta donde llegó el furor de sus enemigos, y hasta qué punto anhelaba saciarse su odio triunfante. Nó, nunca sufrió un verdadero reo tan horroroso tratamiento. Fué crucificado entre dos ladrones, como si fuese mas malvado que ellos. Los que pasaban le insultaban, mezclando á las palabras señales de mofa. Los príncipes, los sacerdotes, los escribas y los ancianos le echaban en cara sus milagros con irrision, diciéndole: Que habiendo salvado á los demás, se salvase á sí mismo; que si era rey de Israel, no tenia sino que bajar de la cruz, y todos creerian en él; que ya que se habia llamado el Hijo de Dios, á Dios tocaba el librarlo: y otras blasfemias semejantes. Y hasta de los ladrones crucificados con él recibia los mismos ultrajes.

Recordemos ahora toda nuestra fe, la cual nos enseña que el hombre á quien así se trata es el Hijo de Dios; que todas estas ignominias le estaban reservadas en los consejos del Eterno; que las aceptó y sufrió con alegría para glorificar á su Padre, para expiar nuestro orgullo y todos los pecados que éste nos ha hecho cometer. Ella nos enseña que Jesucristo es nuestro modelo aquí tanto ó mas que en otras partes; que á ejemplo suyo, para aterrar este miserable orgullo, nuestro primer y principal vicio, debemos aspirar á querer los desprecios y los oprobios; á mirarlos como la librea de un servidor de Jesucristo, como su traje y ornato distintivo; que hasta tanto que hayamos llegado á este punto, no meramente en deseos y resoluciones, sino en práctica, no seremos los amigos y favoritos de Jesucristo; que el amor de las humillaciones es lo mas elevado y perfecto que hay en su moral, el medio mas seguro para llegar á la santidad, ó mas bien la cima y la consumacion de la santidad.

Examinémonos ahora delante de Dios, y veamos, sin hacernos ilusion, cuales son nuestras íntimas disposiciones con respecto á los padecimientos y á las humillaciones. Si nos cau-

san horror, si al solo pensar en ellas se rebelan nuestro espíritu y nuestro corazon, debemos convenir en que la naturaleza vive en nosotros enteramente, y que ni aun sabemos qué cosa sea ser cristiano. O se ha de decir un mentís al Evangelio, ó se ha de convenir en esta verdad. Si apreciamos, empero los padecimientos y las humillaciones, aun cuando sintamos repugnancia para abrazarlas; y nos avergonzamos de nosotros mismos; y nos ruborizamos de estar tan distantes de parecernos á Jesucristo, entonces empezamos á ser cristianos, á lo menos en los sentimientos. Si á pesar de las rebeldías interiores nos resignamos con los padecimientos y con las humillaciones que place á Dios enviarnos, ya tenemos dado un gran paso hácia la sólida virtud. Si de la resignacion y de la paciencia pasamos á regocijarnos, á felicitarnos, á tener por la mas elevada dicha lo que mortifica la carne y humilla el espíritu, estamos ya muy adelantados en el camino de la perfeccion. Ya no nos falta sino el desear las cruces con todo el ardor de nuestra alma, y preferirlas, no digo á los tesoros y á las honras de la tierra, sino á todos los consuelos y favores celestiales. Esto es lo que hizo Jesucristo, el cual, segun S. Pablo, *en vista del gozo que le estaba preparado*, y ¿qué gozo? el mas puro y delicioso que puede experimentarse en el cielo, *sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia* [1]. Esto es lo que hacen á imitacion suya muchas almas generosas, que han escogido la cruz con preferencia á las delicias del cielo que se les habian ofrecido.

No se trata aquí de exaltar la imaginacion, ni de derretirse en deseos y en actos para producir en el corazon semejantes sentimientos. Solo la gracia nos puede elevar á ellos, subiendo por grados. Humillémonos delante de Dios; de nada nos creamos capaces; ejercitémonos en las pequeñas ocasiones que se nos ofrecen; tengamos ya en mucho el reprimir un movimiento de orgullo, un sentimiento de amor propio,

1 Hebr. xii. 2.

el privarnos de una ligera satisfaccion de los sentidos, el sufrir alguna molestia, algun dolor sin quejarnos. Cuando por algun tiempo habremos sido fieles en estas cortas prácticas, no atribuyendo la gloria á nosotros mismos, sino á Dios, perseverando constantes por otra parte en los ejercicios de la vida interior, tal vez entonces seremos juzgados dignos de que Jesucristo nos haga participar de su cáliz. Sin aspirar á lo que admiramos en un corto número de Santos, pidamos á Dios tan solamente el llenar la medida de los padecimientos y de las humillaciones que nos ha destinado, sin meternos en si es pequeña ó grande. La mayor de todas es nada en comparacion de la de Jesucristo; y la mas pequeña es suficiente para aterrarnos en razon de nuestras fuerzas. Acordémonos tambien que las mejores cruces no son aquellas que nos buscamos y que nos procuramos, sino las que nos vienen de la mano de Dios. No moriremos jamás por nuestra propia voluntad, ni por los golpes que nos daremos nosotros mismos.

CAPÍTULO LX.

Jesucristo ruega por sus enemigos.

En medio de tan horribles tormentos, y de oprobios mas sensibles aun que los tormentos mismos, Jesucristo, que conocia íntimamente la malicia, el ódio y la rabia envenenada de sus enemigos; que no podia ignorar la fuerza de las pruebas de toda especie que les habia dado de su mision divina, y de su calidad de Mesías y de Hijo de Dios, el punto hasta donde la gracia habia obrado en sus corazones para moverlos, persuadirlos, y ganarlos á la verdad, y la obstinacion invencible que le habian opuesto, convirtiendo sus milagros adverados y reconocidos por ellos mismos en un mo-

tivo de perseguirle de muerte; Jesucristo, repito, no solo deja de abrigar el menor resentimiento por tan enorme iniquidad llegada á su colmo; no solo se la perdona sinceramente, sino que por un exceso de caridad ruega á su Padre que les conceda el perdon. *Padre mio,* le dice, *perdonadles, porque no saben lo que hacen* [1]. No saben que quitan la vida al autor mismo de la vida, al Mesías prometido á sus padres, á la esperanza y á la salud de Israel. Se han dejado cegar gradualmente por sus pasiones; su ignorancia es culpable, voluntaria, afectada; no pretendo yo excusarla; mas al fin pecan por ignorancia, no piensan en la enormidad del crímen que cometen contra vos, Padre mio, y contra mí, vuestro unigénito Hijo; no atienden á que aquel á quien condenan al suplicio de los esclavos, es el mismo Señor de la gloria; no conocen los terribles males que van á llamar sobre ellos y sobre su ciudad y sobre toda su nacion, ni la desdicha eterna que ellos mismos se preparan. Mas yo, que veo el encadenamiento de sus males, inevitables para ellos y para su posteridad, ¿cómo puedo dejar de compadecerlos, y no ser sensible á su perdicion? Miradles, Padre mio, con la misma compasion, abrid sus ojos: y pues que ya no es tiempo de impedir su crímen, concededles á lo menos un síncero arrepentimiento.

No se contenta Jesucristo con orar así de boca; sus llagas, sus dolores son otras tantas súplicas mas elocuentes que sus palabras. Por ellos derrama su sangre, á favor de ellos ofrece á su Padre los méritos de su obediencia y de su muerte. Si obtiene su gracia, contento está de morir, y se tendrá por bien recompensado de su sacrificio.

Por lo demás, esta súplica de Jesucristo nos comprende á todos como pecadores; y no menos pidió perdon para nosotros que para los judíos. Cualquiera cristiano que se hace culpable de un pecado mortal, crucifica de nuevo en sí mis-

1 Luc. XXIII. 34.

mo al Hijo de Dios, le convierte en objeto de burla, le pisotea, profana la sangre de la alianza, segun la doctrina del Apóstol [1]. ¡Y cuán pocas almas hay puras é inocentes, que no tengan muchos pecados graves que reprocharse! Consultemos nuestras íntimas disposiciones, y aquella secreta pero profunda aversion que tenemos á la doctrina de Jesucristo, y poco nos costará el persuadirnos que si hubiésemos vivido en su tiempo, ó si él hubiese parecido en el nuestro, le hubiéramos desconocido, ó hubiéramos atentado contra su persona, como lo hicieron los judíos. La misma necesidad tuvimos, pues, de que pidiese gracia para nosotros.

Y si Jesucristo pidió y obtuvo el perdon de nuestras ofensas, ¿podemos rehusarlo á aquellos que nos han ofendido? ¿Podemos aborrecerlos á título de enemigos, despues que él tanto nos ha amado, siendo nosotros enemigos suyos? Discípulos de un Dios suplicante, y dando su vida sobre la cruz para aquellos que le clavaron en ella, ¿podemos conservar en el corazon sentimientos de venganza? *Cristianos, quereis vengaros, y Jesucristo aun no se ha vengado*, dice S. Agustin. No lo hará hasta la fin de los siglos, cuando vendrá á juzgar el universo. Diferid pues para entonces vuestra venganza. En el entretanto imitad su ejemplo; rogad como él por aquellos que os calumnian y os persiguen; decid á Dios como él: *Padre mio, perdónales, pues no saben lo que hacen*. No soy yo á quien ofenden, vos sois el ofendido; no á mí me perjudican, sino á sí mismos. Direis tal vez que son ingratos, que no les habeis hecho sino bien, y que nunca han tenido el menor motivo de quejarse de vosotros. Jesucristo en la cruz responde y satisface á todas vuestras razones; y si no perdonais, os deja sin escusa. Aun mas, le obligareis á revocar la súplica que por vosotros hace, y á decir: *Padre mio, no le perdones, pues él no quiere perdonar*.

La dulzura, ó sea la mansedumbre, es otra de las virtu-

1 Hebr. VI. 6. X. 29.

des que mas se nos recomiendan en el Evangelio. La práctica de ella es mas difícil de lo que se cree: el orgullo y el amor propio se oponen con todas sus fuerzas, y no creo que nadie, á menos de ser interior, pueda llegar á poseerse hasta un cierto grado de perfeccion. A veces somos tocados en partes tan sensibles, se nos dicen palabras tan ofensivas, se nos dan tales pruebas de menosprecio, se nos manifiesta tanta prevencion, tanto ódio, se nos calumnia, se nos persigue con tanta violencia, que es preciso tener grande imperio sobre nuestro corazon, para contener los movimientos de aspereza, de indignacion que sentimos nacer á pesar nuestro; para no dejar traslucir nada de ellos en lo exterior; para no conservar la menor sombra de rencor; para querer sinceramente bien á aquellos que nos hacen mal; para mostrárselo en todas ocasiones; para perdonarles en fin, y rogar á Dios que los perdone. Conducirnos de modo que árbitros siempre de nosotros mismos, no nos hagamos jamás ningun enemigo, ya es mucho. Tener enemigos y envidiosos á motivo de la propia virtud y santidad, y sufrir en paz sus injurias, sin quejarse, sin dar la menor señal de resentimiento, es ya una cosa muy difícil y muy rara. Pero amarlos cordialmente, prevenirles con toda especie de buenos oficios, distinguirlos de entre los demás con mayor atencion, mas benevolencia y caridad; estar pronto á molestarse, á incomodarse por ellos, á socorrerles á propias expensas, á exponer, si necesario fuese, la vida para su servicio, y en fin á inmolarse á Dios y obtener que les trate con misericordia, este es el grado mas sublime de la caridad cristiana. Y esto es precisamente á lo que nos exhorta S. Juan, proponiéndonos el ejemplo de Jesucristo, el cual nos dió á conocer su amor dando su vida por nosotros, y que nos pone por deber el dar la nuestra por nuestros hermanos [1]. Esto es lo que hizo S. Estéban primer mártir, y tantos millares de cristianos despues de él, que han ob-

1 Joan III. 16.

tenido la conversion de los paganos ávidos de derramar su sangre. Si no nos hallamos en las mismas circunstancias, Dios tiene poder para ponernos en ellas, y á nosotros toca prepararnos á esta gracia por medio del perdon diario de las ligeras ofensas.

CAPÍTULO LXI.

Doble abandono de Jesucristo espirante.

Puede decirse muy bien que desde el huerto de los Olivos fué Jesucristo abandonado de su Padre, el cual despues de aquel momento no vió en él mas que un culpable que reunia sobre su cabeza todos los pecados del género humano. ¡Qué criminal, gran Dios! de cuán terrible maldicion, de cuántos suplicios no era digno! Este abandono fué en aumento durante el curso de su pasion, hasta que, á punto de espirar, Jesucristo, no tanto para lamentarse como para manifestarnos la extrema angustia á que se vió reducido, exclamó: *¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me has abandonado?* Por estas mismas palabras empieza el salmo XXI, que el Salvador se aplica en este lugar, y que evidentemente no se refiere sino á él.

No es posible pensar sin extremecerse, en qué consistia aquel terrible abandono. No era real sin duda, pues nunca fué ni debió ser Jesucristo objeto mas tierno de las delicias de su Padre, que en los momentos en que le daba la mas grande prueba de su amor. Pero aunque este abandono fuese tan solo aparente, y no afectase el fondo íntimo de su alma, hacia una impresion tal sobre sus potencias, que el concebir el tormento producido por esta impresion es superior á toda inteligencia creada. Era una especie de pena de daño,

es decir, una pena causada por la pérdida de Dios, pena peculiar al alma, y que es sin comparacion la mas espantosa que hay en el infierno. Pues se hace preciso medir esta pena, con respecto á Jesucristo, por el conocimiento que como hombre tenia de Dios y de sus perfecciones, y por el amor que le profesaba; y como este conocimiento y este amor sobrepujaba en Jesucristo á todos los grados de conocimiento y de amor de que son susceptibles todas las criaturas, síguese que sintió la pérdida de Dios mas vivamente de lo que pudieran sentirla todas las criaturas juntas, suponiendo que conociesen y amasen á Dios tanto como pueden. Juzguemos por lo dicho de la desolacion del alma de Jesucristo; desolacion tranquila, es verdad, porque no afectaba el fondo del alma; pero por lo demás desolacion de una incomprensible amargura, desolacion que no podia ser dulcificada por ninguna reflexion, por ninguna mira del porvenir; porque en aquel estado Jesucristo ni usaba ni queria usar de la libertad de discurrir.

Es menester tambien medir esta pena sobre la que merecian todos los pecadores pasados, presentes y venideros, porque Jesucristo satisfizo no solo al rigor, sino superabundantemente á la justicia divina por todos ellos Asi, exceptuando la turbacion y la desesperacion que sienten solo los verdaderamente réprobos, sufrió Jesucristo un sentimiento mas aflictivo y mas profundo por la pérdida de Dios, que todos los demonios y condenados juntos. Y lo que le hizo capaz de soportar una pena de un peso tan aterrador, fué la fuerza invencible de su amor, fué la plenitud de la gracia que en él residia, fué la virtud omnipotente, virtud de la divinidad que sostenia su humanidad santa.

Abandonado así de su Padre, ¿qué hizo Jesucristo? Por el acto de virtud mas sublime de que fué capaz un Hombre Dios, abandonó sin reserva á su Padre su cuerpo y su alma, á fin de que les tratase como mejor le pareciese. Entregóse

enteramente á aquella inexorable justicia que con tanto rigor sobre él descargaba, y de toda su voluntad exhaló el último suspiro en esta disposicion. *Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu; y diciendo estas palabras espiró* [1]. ¿Podia dar á su Padre mayor prueba de confianza, en el tiempo mismo en que sentia desplomar sobre sí todos los rayos de su cólera, que encomendarle por sí mismo y por su sola voluntad en sus manos su alma desamparada y en cierto modo desechada y maldita? Enmudezcamos sobre este misterio inefable de amor, y sobre lo que pasó entonces entre el Hijo y el Padre. ¿Qué pudiéramos de ello decir? Este será el objeto de la admiracion eterna de los ángeles y de los bienaventurados; mas no lo comprenderán jamás.

Ahora traslucimos una de las principales razones de la union de las dos naturalezas en Jesucristo, la divina y la humana. Esta fué la de poner su alma en estado de soportar aquel espantoso abandono, superándolo con su amor, y abandonándose por su parte á su Padre. Esto hubiera sido una carga absolutamente insoportable para una simple criatura, por perfecta, por exaltada en gracia que se la suponga, aunque fuese para la santa Vírgen. Un abandono tan extremo exigia una gracia tal como la de la union hipostática: y cualquier otro que un Hombre Dios hubiera sucumbido á su inmenso peso.

Tambien conocemos en esto como, por esta sola pena aceptada y sufrida hasta la muerte, Jesucristo satisfizo plenamente á la divina justicia, la cual no podia pedirle, ni él podia hacer á ella un mayor sacrificio; como de este modo fué Dios soberanamente glorificado. Pues siendo su gloria el ser amado por sí mismo con un amor puro, generoso, desinteresado, es imposible, despues del amor infinito que Dios se tiene á sí mismo, que haya otro comparable con el amor infinito con que Jesucristo abandonado de su Padre, entregó su

1 Luc. XXIII. 46.

alma en sus manos. Conocemos como por este medio el pecado original y los demás quedaron perfectamente expiados; porque la injuria que Dios recibió de ellos, es menos ofensiva en sí misma de lo que le fué honorífica la reparacion de Jesucristo; su sumision superó á nuestra rebeldía; su voluntario anonadamiento á nuestro orgullo; y su bondad á nuestra malicia. Conocemos como por este medio nos hizo merecedores del cielo y de las gracias que á él nos conducen; porque ofreció á Dios por el género humano un precio al cual no puede Dios negar la eterna bienaventuranza, no siendo posible el ofrecerle otro mas grande.

Concebimos por fin, que un alma capaz de tan inmenso sacrificio, debió quedar tranquila, inmóvil, y parecer como insensible á todos cuantos tormentos y oprobios sufrió de parte de los hombres. ¿Qué venian á ser estas penas procedentes de fuera, en comparacion de la pena interior que venia de su Padre? Y si ésta no pudo alterar la paz de su corazon, ¿cómo podian aquéllas alterarla?

El abandonarse á Dios es el grande fundamento de la vida espiritual. Desde que nos entregamos á él sin restriccion ni reserva, le hacemos árbitro por nuestra parte de hacer de nosotros lo que le plazca; de exigir de nosotros este ó aquel sacrificio que él tenga por conveniente: negarle esta facultad, por cualquier motivo que sea, es volvernos á nosotros mismos, es revocar nuestra donacion. Si quiere ser altamente glorificado en nosotros, nos tratará de una manera parecida al modelo con que trató á su Hijo único. Despues de habernos ejercitado por diversas pruebas, para prepararnos al grande acto de puro amor, del que ni aun podemos formarnos idea, parecerá que nos abandona y nos deja á nuestra nada, á nuestras miserias, á nuestras tentaciones, á los pecados de que nos parece ser culpables, y que nos abandona á la pena espantosa que ellos merecen. Pocas almas llegan á un tal punto, pero llegan algunas; testigos las vidas de los

Santos: y Dios oculta bajo el velo del secreto las operaciones de su gracia que crucifican. No hay necesidad de decir á estas almas lo que tienen que hacer en tan cruel circunstancia: bastante se lo enseñan el amor y el ejemplo de Jesucristo. Si se quejan amorosas como él, diciendo: *¡Dios mio! ¡Oh Dios! ¿por qué me has abandonado?* añaden con él desde luego: *¡Padre mio! yo entrego mi espíritu en tus manos;* y así espiran místicamente entre los brazos de la cruz.

Para merecer que Dios nos eleve á un tan grande acto de amor, que muchas veces le glorifica mas de lo que le ofenden todos los pecados de un vasto reino, y que consiguen para él una misericordia de la que se ha hecho indigno, se necesita nada menos que la perfecta correspondencia á la gracia en la larga série de pruebas precedentes, ya de parte de los hombres, ya de parte de los demonios, ya de parte del mismo Dios. Es menester un valor, una grandeza de alma, una elevacion de sentimientos que no se adquieren sino por una multitud de sacrificios, ó dolorosos para el cuerpo, ó desoladores y humillantes para el espíritu. Si retrocedeis ante alguno de estos sacrificios, no sereis nunca capaz del último. Este es de tal modo superior á la razon, que es imposible se haga de otro modo sino por la viva fuerza de la gracia, y aun de una gracia que descargue el golpe mortal á la naturaleza. Seamos fieles, seamos humildes, seamos generosos, hagamos llegar hasta el mas alto punto la confianza en Dios y el olvido de nuestros propios intereses; todas estas son otras tantas disposiciones necesarias para el grande sacrificio al que Dios conduce un alma por grados, y que acaba él mismo por un exceso de amor para el alma que él ha destinado á tan insigne favor, en comparacion del cual nada son los éxtasis, las revelaciones y las comunicaciones.

CAPITULO LXII.

Resurreccion de Jesucristo.

Despues de una vida pobre, oscura, aquejada con toda suerte de penas y de contradicciones; despues de los dolores é ignominias de la pasion, despues de la muerte mas desoladora que concebirse pueda, todo cambia de aspecto para Jesucristo. El tercer dia despues de su sepultura, su alma vuelve unirse con su cuerpo; sale del sepulcro lleno de vida y de gloria, vencedor del demonio y de la muerte: hélo aquí ya para siempre en posesion de una felicidad y de un poder sin límites; inaccesible á todos los males del cuerpo y del alma, y seguro de gozar eternamente de una felicidad superior sin comparacion á la de los espíritus bienaventurados, é inferior tan solo á la de Dios en su propia naturaleza.

¿De dónde procede tan maravilloso cambio? ¡Pasar de la cruz á la derecha del Padre celestial! del seno de la tierra á lo mas encumbrado de los cielos! de la debilidad y de la flaqueza á un poder inmenso! del dolor á un júbilo inefable! del abismo de las humillaciones al cúmulo de la gloria! de *un gusano de la tierra*, *del oprobio de los hombres*, *del desecho de la ínfima plebe*, á soberano del universo, á juez de vivos y de muertos, á aquel Señor ante quien todo se postra, y que participará para siempre de los homenajes debidos á la Divinidad! Piérdese el entendimiento al cotejar ambos extremos; y sin embargo el uno fué el resultado y la recompensa del otro. *Porque Jesucristo se humilló*, dice el Apóstol, *haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: por esto Dios le ensalzó y le dió nombre superior á todo nombre, á fin de que al nombre de Jesus se doble toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que el*

Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre [1].

Tal es pues el término de los padecimientos y de los oprobios soportados por causa de Dios, por amor, por sumision á su voluntad. Dios no se deja vencer en liberalidad; y si exige mucho de la criatura, es porque quiere volverle en la eternidad mucho mas de lo que recibió de ella en el tiempo. Confieso que no es posible dar mas á Dios de lo que le dió Jesucristo. Mas tampoco es posible á Dios mismo retribuir mas de lo que dió en retribucion á Jesucristo. Pues lo que Jesucristo dió á su Padre, padeciendo, humillándose, muriendo por él, era finito por sí, proporcionado á la naturaleza humana, y no era de un valor infinito sino con respecto á la dignidad de su persona; en vez de que lo que Dios le daba en dicha, en gloria, en inmortalidad es infinito, en el sentido de que agota todo cuanto su magnificencia, su amor, su reconocimiento pueden comunicar á una naturaleza creada, unida personalmente á la Divinidad, y dotada por esta union de una capacidad que no cede sino á la inmensidad divina. Y si, como lo dije ya en el precedente artículo, esta union tuvo por objeto poner á Jesucristo como hombre en estado de hacer el mayor sacrificio que se hizo jamás, Dios su Padre tuvo en esto la mira de hacerle capaz de aquella inmensurable recompensa, con que debia pagar su sacrificio. Así que es exactamente verdadero, que tanto como Dios mismo es superior á un hombre Dios, tanto es superior la recompensa al sacrificio. Y aunque todo esto excede de mucho á nuestra débil comprension, sin embargo, ésta alcanza y conoce que así debe ser, pues Jesucristo no amó ni dió sino como hombre, y Dios le amó y le recompensó como Dios.

Echemos una mirada de fe sobre Jesucristo resucitado, contemplémosle en la gloria, pensando que ella es el precio de sus padecimientos y de sus oprobios. Esta consideracion nos determinará á abrazar con alegria todas las renuncias,

1 Philipp. II. 8 y sig.

todas las sujeciones que exije la vida interior, á soportar generosamente todas sus pruebas, á prestarnos á todos los sacrificios. Bien sé que el amor cuando es puro, no permite que el motivo de la recompensa haga impresion alguna sobre el alma, aun en el tiempo en que está unida con la cruz. Mas este motivo tiene una grande fuerza, cuando se trata de tomar nuestra resolucion, y es tambien muy á propósito para sostenernos en las tentaciones exteriores que nos vienen de parte de los hombres, y en los mas penosos acontecimientos de la vida. Así que S. Pablo la proponia con frecuencia á los fieles de su tiempo, y los animaba á padecer con Jesucristo para ser glorificados con él. Y aun por nosotros mismos no debemos desviar nuestros ojos de tan poderoso motivo, ni hacer nada que pueda debilitarlo. Es preciso que dejemos obrar á Dios, el cual nos lo oculta cuando lo juzga á propósito, no permitiendo que pensemos ni que nos paremos en ello, á lo cual sustituye otros motivos mas perfectos. Jesucristo puesto en cruz no se ocupaba de la gloria que le esperaba, la cual sacrificó al espirar, si tal era el beneplácito de su Padre. ¿Y no es justo que las almas esposas suyas le imiten en este punto, cuando le place elevarlas á tan alto grado de conformidad?

Por lo demás hagamos del misterio de la resurreccion del Salvador el uso que nos recomienda el Apóstol. La conversion del pecado á la gracia es una especie de resurreccion, y aun la mas esencial de todas. Y así como Jesucristo resucitado no vuelve ya mas á morir, y la muerte no tiene ya sobre él mas imperio, no permitamos que el pecado cause de nuevo la muerte á nuestra alma, y huyamos de toda ocasion que ponga en peligro nuestra nueva vida en Dios.

La conversion de una vida tibia y del todo exterior á una vida ferviente é interior, es otra manera de resurreccion. Y así como Jesucristo resucitado nada tiene ya de comun con la tierra, no mostrándose en ella sino por cortas apariciones,

que no tienen otro objeto sino la gloria de su Padre; del mismo modo si nosotros hemos resucitado con él, no busquemos mas que las cosas del cielo, en donde él está sentado á la derecha de Dios; no hallemos gusto sino en las cosas del cielo, y no en las de la tierra, de las cuales tan pronto hemos de desasirnos. *Porque muertos estais ya*, dice S. Pablo, *y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios* [1]. Para sostenernos en los ejercicios de la penitencia, en las flaquezas y en las dolencias, y al aproximarse la muerte, que debe reducir á polvo nuestra carne, acordémonos de que la resurreccion de Jesucristo es una prenda segura de la nuestra; y que nuestros cuerpos, si los hemos santificado aqui en la tierra, participarán de las cualidades gloriosas del cuerpo de Jesucristo. Leed sino el capítulo xv tan bello y consolador de la primera Epístola á los fieles de Corinto.

Las mas sublimes situaciones de la vida espiritual no excluyen las sólidas consideraciones que nos ofrece la resurreccion de Jesucristo, en cuanto fué ella el precio de sus padecimientos. Error seria el pensarlo así, y de ellas debemos servirnos tanto como nos sea asequible. Las penas excesivas tienen sus intervalos, y en estos intervalos hemos de auxiliarnos con todo cuanto pueda inspirarnos aliento para sobrellevarlas.

CAPITULO LXIII.

Descenso del Espíritu Santo.

Jesucristo entró en posesion de su gloria desde el momento en que hubo resucitado; pero quedóse aun cuarenta dias en la tierra, durante los cuales se manifestó con fre-

1 Coloss. III. 1. 2. 3.

cuencia á sus apóstoles, conversando familiarmente con ellos. En el dia de la Ascension, se elevó desde el monte de los Olivos de una manera sensible á presencia suya, y entró en una nube que lo ocultó á sus ojos. Por medio de esta misteriosa desaparicion, despegó enteramente sus corazones de los objetos terrestres, disipando sus falsos conceptos, y dándoles claramente á entender que su reino no era de este mundo; y que para reinar con él, era preciso que transportasen al cielo todos sus deseos y toda su ambicion.

Así es como les preparó para el descenso del Espíritu Santo, al cual no podian recibir, sino despues de haber perdido la presencia sensible de Jesucristo, el que les habia dicho: *Os conviene que yo me vaya; porque si yo no me voy, no vendrá á vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré* [1]. Tomad para vosotras estas palabras, almas demasiado pegadas á dulzuras y á consolaciones sensibles, que os quedais desoladas cuando de ellas se os priva; y aprended en qué sentido es preciso perder á Jesucristo, para poseerle de una manera mas pura y mas excelente por medio de la recepcion del Espíritu divino.

Notemos tambien que quien envia al Espíritu Santo á sus apóstoles es el mismo Jesucristo. *Aun no se habia comunicado el Espíritu Santo*, dice S. Juan, *porque Jesus todavía no estaba en su gloria* [2]. Observad bien el órden de los sucesos. Jesus debió padecer antes de entrar en su gloria; Jesus debió ser glorificado antes de enviarnos el Espíritu Santo. Así pues, á las humillaciones y á los padecimientos del Salvador debemos que nos envie el Espíritu Santo á nuestros corazones, el que es llamado *el don de Dios* por excelencia.

Dios guarda empero en nuestra santificacion un órden enteramente opuesto. Empieza por enviarnos el Espíritu Santo que toma posesion de nuestros corazones, y los llena de cari-

1 Joan. XVI. 7.
2 Joan. VII. 39.

dad, es decir, de sí mismo. En seguida les inspira el aprecio, el amor y el deseo de las cruces, y por este mismo espíritu les comunica el valor y la fortaleza necesarias para soportarlas. Cuando ya abrazadas las cruces y sostenidas por el amor, han destruido el hombre viejo con sus dos principales vicios, el orgullo y el amor propio, el Espíritu Santo reina pacíficamente en el hombre nuevo, que es su obra, acaba de perfeccionarla; y cuando ha llegado á la medida de la santidad que Dios le tiene destinada, se le hace pasar de este mundo á la morada de la gloria.

Dios, por el don de su Espíritu, echa en nosotros las raices de la vida interior. Nada podemos conocer de ella antes de ser alumbrados por su luz, y aun menos podemos gustarla y amarla antes que nos haya dado á percibir su atractivo. ¿Qué cosa es la vida interior? Una vida conforme á la doctrina y á los ejemplos de Jesucristo. Esta doctrina y estos ejemplos son enteramente sobrenaturales. Nada entendemos de las máximas de Jesucristo hasta que el Espíritu Santo nos descubre su sentido: mudos son sus ejemplos para nosotros, y ninguna impresion hacen en nuestros corazones, si el Espíritu Santo no nos mueve por una gracia espiritual. Juzguemos de esto por los apóstoles. Ellos habian vivido tres años enteros con Jesucristo: habian sido testigos de sus discursos, de sus hechos, de sus milagros: él habia puesto particular cuidado en formarlos, y les habia dicho, que cuanto habia aprendido de su Padre, todo se lo habia enseñado. ¿Eran por esto menos groseros, mas inteligentes en las cosas de Dios? No, porque no habian aun recibido el Espíritu Santo: sus pensamientos y sus deseos no se elevan sobre lo de la tierra; su celo y su adhesion á su Maestro eran enteramente humanos, y se limitaban á esperanzas temporales: harto lo manifestaron en el momento de su pasion. Porque el Espíritu Santo no les habia sublimado todavía á los objetos celestiales.

Ved á estos mismos apóstoles despues que éste hubo descendido sobre ellos. Ya no son los mismos hombres. Mas ¿en qué han cambiado? ¿Es en su exterior? No: en sus ideas y en sus sentimientos. Nada es ya para ellos la tierra; no piensan sino en el cielo y en los medios de llegar á él, y de conducir á él á los demás. Sus pasiones, el amor, el ódio, el temor, el deseo, la alegría, la tristeza ya no se excitan sino por causa de objetos sobrenaturales. Estos cobardes que habian abandonado á Jesucristo, lo anuncian con una intrepidez asombrosa: ya no temen ni las amenazas, ni los maltratos: regocíjanse de haber sido juzgados dignos de sufrir un oprobio por el nombre de Jesus. No predican sino su cruz; no aman mas que á su cruz; no viven con gusto sino en medio de las cruces; van á buscarlas hasta al extremo del universo; no quieren otro fruto de sus trabajos que derramar su sangre por la gloria de su Maestro. Este cambio prodigioso fué la obra del Espíritu Santo; un momento realizó lo que tres años pasados en la escuela del mismo Jesucristo no habian ni aun comenzado.

Si nos fijamos en los primeros fieles de Jerusalen, no hallaremos menos admirable su conversion. Aquellos judíos, aquellos hombres pegados á la tierra, que no habian renunciado, ni dado la muerte á su Mesías, sino porque no correspondia á las ideas ambiciosas y carnales que de él se habian formado, apenas recibieron el Bautismo y el Espíritu Santo, hélos aquí convertidos de repente en hombres interiores; para desasirse de todo, venden sus posesiones, llevan su precio á los apóstoles sin reservarse ni aun su distribucion entre sus mismos hermanos pobres. Libres de todo cuidado, y viviendo en comun, perseveran unánimemente en la oracion; la Eucaristía viene á ser su diario alimento; y la caridad produce entre ellos una tal union, que no formaban sino un solo corazon, una sola alma. El descenso del Espíritu Santo produce el mismo efecto en los gentiles y en los idóla-

tras, abismados en la corrupcion y en los mas infames vicios. Ellos forman aquellas Iglesias tan edificantes, que hacen aun en el dia nuestra admiracion, y que despues de tantos siglos no se han encontrado mas sobre la tierra. A ellos dirigia S. Pablo aquellas divinas Cartas que nosotros ya no entendemos ni gustamos, y que hablan á nuestro espíritu y á nuestro corazon un lenguaje enteramente estraño.

¿De qué proviene, que entonces casi todos los cristianos eran interiores, y que hay tan pocos de ellos en el dia? Era entonces mas abundante la gracia del Espíritu Santo? No. ¿Acaso los judíos y los gentiles estaban mejor preparados por su vida precedente? Tampoco. ¿A qué causa pues hemos de atribuir esta diferencia? A la siguiente. Desde que conocieron la verdad, y se sintieron movidos por ella, la abrazaron, y la abrazaron enteramente toda: renunciaron á cuanto se oponia á ella en lo interior de sí mismos; pisotearon resueltos todos los respetos humanos y los obstáculos exteriores; se dispusieron á sacrificar sus bienes, sus padres, su honra, su vida, y con esta determinacion se hacian cristianos y recibian el Espíritu Santo. ¿Es de admirar que de este modo produjese en ellos efectos admirables?

Hoy dia baja el Espíritu Santo sobre nosotros en una edad en que apenas sabemos lo que es el ser cristiano. Los niños mejor educados y mas piadosos practican por rutina los ejercicios de piedad; no se hallan todavía en estado de ser interiores, no hay duda. Mas ni sus padres, ni sus maestros, ni sus confesores los ponen en disposicion de serlo. Se les enseña el Catecismo de sus oraciones; tienen libros para la Misa, la Confesion y la Comunion. Cúidase mucho de arreglar su exterior; mas del interior, que forma el verdadero cristiano, apenas se les habla. Ellos entretanto van adelantando en años, su espíritu toma las ideas y las preocupaciones del mundo, su corazon se pega á las cosas de la tierra y á las impresiones de los sentidos: desarróllanse las pasiones, ejercitándose

sobre los objetos que los sentidos les presentan; el orgullo y el amor propio se arraigan y se fortifican. Aun aquellos que conservan el temor de Dios y el espíritu de devocion, se forman un plan de piedad que no les dicta por cierto el Espíritu Santo; en el cual nada se trata de la vida interior que ellos no conocen ni quieren conocer; ni se proponen imitar á Jesucristo, ni caminar á la luz de su gracia, ni estimar y amar lo que él estimó, amó y escogió para sí; sino que en este plan siguen su propio espíritu, su propia voluntad, su carácter, su humor y sus caprichos en todo cuanto no les parece una ofensa manifiesta á Dios; un plan de piedad, en una palabra, en el cual no se trata de renunciarse á sí mismo, que contemporiza con la naturaleza y el amor propio; contentándose con la lisonjera idea de hallarse en estado de gracia, sin tomarse el trabajo de aspirar á la perfeccion cristiana. Si exceptuamos un pequeño número de almas, ¿no es esta la disposicion general de aquellos que profesan la devocion? Su conducta no ofrece en lo exterior nada de muy reprensible. Desempeñan regularmente sus ejercicios de piedad, frecuentan los sacramentos, tienen cada dia un rato de piadosa lectura. Mas fuera de estos momentos, que consagran á Dios, viven para sí mismos; se abandonan á una contínua disipacion de espíritu; no tienen otras miras que las naturales y humanas; no saben lo que es el entrar en el fondo de su corazon para escuchar allí á Dios; al contrario, huyen de sí mismos, buscan siempre objetos exteriores, sordos á las voces que les llaman á reconcentrarse en sí propios. ¿Y habremos de sorprendernos que tales cristianos no reciban jamás el Espíritu Santo, ó que la venida de éste no produzca en sus almas efecto alguno semejante á los que producia en los fieles de los primitivos tiempos?

CAPÍTULO LXIV.

Vida Eucarística de Jesucristo.

Jesucristo reside en nuestros santos tabernáculos, en donde se le conserva para el uso de los fieles. Su vida en este estado es uno de los mayores atractivos para las almas interiores. Ellas se deleitan en contemplarle allí; le visitan de dia y de noche; forman sus delicias de conversar con él, y de participar de sus placeres y de sus penas, de consultarle en sus negocios, de tratar con él como un íntimo amigo; y poseyéndole de este modo bajo el velo de la fe, no envidian la dicha de los habitantes del cielo. Por su parte Jesucristo se comunica á ellas con tan vivo afecto como familiaridad. Como allí no está sino para nosotros, no gusta que se le deje solo. Plácese en ser visitado; y como distingue á los que le prestan debidamente este homenaje, escoje aquellos momentos para prodigarles sus favores. Así que, el hábito de visitar al Santísimo Sacramento es uno de los mas seguros medios de adelantar en la oracion, si se sabe hablar á Jesus de corazon á corazon, y sin fórmula ni acto preparatorio decirle francamente lo que nos inspiran el amor y la confianza.

Mas no para aquí. Su *Vida Eucarística* es uno de los estados que mas espontáneamente propone á nuestra imitacion y que nos ofrece un modelo admirable de las virtudes que mas le agradan. Su vida allí es oscura: encerrado está en nuestros tabernáculos, y no se deja ver por defuera. Es necesario que el ojo de la fe penetre hasta su retiro para descubrirlo. Es una vida de la mas profunda humillacion, pues está no solamente oculto sino como anonadado, segun su santa humanidad. Allí está su cuerpo, y no se le vé; y las especies que le ocultan, dan á creer á los sentidos, y casi á

la razon, que no está, y que no puede estar. Su cuerpo está lleno de vida: y allí nada hay que deje percibir ni aun sospechar el menor movimiento, la menor señal de vida. Allí está con toda la integridad de sus miembros, y nos parece reducido á un espacio casi imperceptible. ¡Qué amor á la oscuridad en este Hombre Dios, que emplea todo su poder en hacerse invisible! Vida es esta de silencio, así interior como exterior. Allí ruega de contínuo á su Padre, sin hablar ni hacer otro acto distinto. Su estado es la oracion.

Es una vida toda de recogimiento, toda interior, toda de sacrificio y de inmolacion; ninguna accion, ninguna funcion sale afuera: su Padre solo, *que ve en lo secreto*, es testigo de sus adoraciones, y recibe la ofrenda que esta víctima le hace de sí misma.

¡Oh Dios Salvador! *Vos sois verdaderamente un Dios oculto.* Vos lo habeis sido en todas las situaciones de vuestra vida mortal; pero en parte alguna lo habeis sido mas que en la Eucaristía; lo sois, aunque glorioso é inmortal, lo sois en todo lugar y tiempo, y quereis serlo hasta el fin de los siglos.

¡Cuán santa, cuán gloriosa para Dios y conforme á la de Jesus en el Sacramento del altar es una vida oculta en Dios, de la cual nada saben ni perciben los hombres, ni aun llegan á sospecharla! Vívese en medio de ellos sin ser conocido. Tomando parte al parecer en los objetos que les ocupan, aliméntase el corazon de un manjar invisible, del cual ellos ni aun tienen idea. Dedicándose á los propios negocios como si nos tuvieran mucha cuenta, no se tiene otro negocio que el de adorar y amar á Dios; y mientras se conversa con las personas que la necesidad ó la ocasion nos presentan, conversamos interiormente con Dios por medio de una oracion no interrumpida. Estamos recogidos; pero nos es tan fácil, tan natural este recogimiento, que escapa á los ojos mas observadores. Por dentro estamos como anonadados; y de ello no damos señal alguna exterior. Casi no hay momento en que no

practiquemos algun acto de virtud; pero Dios solo los ve, y los ocultamos cuidadosamente á las miradas de los hombres. Nos ocultamos, pero sin afectacion, evitando mas que todo el dar á entender que queremos ocultarnos. ¡Oh vida oscura, vida desconocida, vida encubierta bajo apariencias comunes, cuán preciosa eres delante de Dios! pero ¡cuán rara sobre la tierra! El instinto natural propende á manifestarse, y este instinto no está siempre muerto en las personas mas espirituales: pretéxtase la gloria de Dios, la edificacion y el bien del prójimo. Mas fuera del caso de una vocacion de Dios muy señalada, ya sea por el llamamiento interior, ya por los deberes mismos del estado, ya por la obediencia, el instinto de la gracia inclina á sepultarse con Jesucristo, á vivir en el retiro y en el silencio, á explicarse lo menos posible, y á encubrir las propias virtudes, las gracias y los dones de Dios con el velo de la oscuridad mas profunda. Si pudiéramos hacer milagros, debiéramos hacer uno para sustraernos á los ojos de los hombres, y hacernos invisibles como Jesucristo. No ser conocido sino de Dios, ser ignorado y reputado por nada en su propia casa, como un S. Alejo, tal es el deseo de todas las almas verdaderamente interiores.

CAPITULO LXV.

De la devocion al Corazon de Jesus.

Nos hallamos ya en estado de conocer por lo dicho, en qué consiste la devocion al Corazon de Jesus; devocion nueva en cuanto á su denominacion; pero devocion tan antigua como la Iglesia en cuanto á su principal objeto, mejor conocida y mejor practicada por los primeros fieles, de lo que ha sido nunca despues de ellos. Si en el último siglo la reveló

Jesucristo mismo á una alma santa, fué para reanimar el fervor casi extinto, y para llamar otra vez á los cristianos de nuestros dias hácia aquel antiguo espíritu que admiramos en los mártires y en los confesores de los tres primeros siglos, pero que estamos bien distantes de revivar en nosotros.

El corazon de Jesus es su mismo interior: nada hay en el hombre tan íntimo como el corazon; por el corazon somos buenos ó malos, agradamos ó desagradamos á Dios. Los mismos hombres nada aman tanto en sus semejantes como las calidades del corazon; y todo el arte de aquellos que no las tienen, es el afectarlas, bien convencidos de que solo por este medio se granjearán la estimacion y el afecto de los demás. Así pues, el Corazon de Jesus son sus virtudes, su amor hácia Padre y hácia nosotros, su dulzura, su humildad; son los sentimientos de que estuvo animado durante el curso de su vida y en su pasion: sentimientos de celo el mas ardiente para con los intereses de su Padre; sentimientos de bondad, de ternura, de compasion hácia nosotros, y de deseo el mas vivo de hacernos felices, hasta sacrificar su vida por estos dos objetos. En el lenguaje de los hombres, así como la cabeza es la morada del pensamiento, el corazon lo es del sentimiento y de las pasiones, de la alegría y de la tristeza, del amor y del deseo. Estas pasiones en Jesucristo eran sobrenaturales y excitadas por los dos grandes motivos de la gloria de Dios y de nuestra salud. Hé aquí lo que se propone á la meditacion, á los afectos y á la imitacion de los fieles en la devocion al Corazon de Jesus.

Así que, ser sólidamente devoto de este Corazon adorable, es penetrar en él, con la ayuda de la meditacion ó de la oracion, para conocer sus disposiciones, sus inclinaciones, los objetos que tuvo presentes, los principios que le hacian obrar, las virtudes que practicó y que le eran gratas ó penosas: es concebir con respecto á este divino Corazon los sentimientos de amor y de reconocimiento que de nuestra parte

merece; de dolor por todos los disgustos que le hemos ocasionado, y de lo que le hemos hecho sufrir; de aquel deseo sincero y eficaz de contentarle, y de nada descuidar para complacerle, expiando y reparando nuestras pasadas faltas. Es por fin aplicarnos á imitarle, como á ello nos exhorta el Apóstol, *teniendo en nuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo*, *revistiéndonos de Jesucristo* [1], pensando, hablando, obrando como él, por los mismos principios y para los mismos fines que él; de manera que nos le parezcamos en lo interior y en lo exterior, siendo esto consecuencia necesaria de aquello. Que se me diga sino, si es otro el objeto del Evangelio y de las Cartas de los apóstoles, sobre todo de S. Pablo; si hay nada mas sólido y mas profundo en la religion; si puede darse una piedad mas verdadera, mas agradable á Dios, mas útil á nuestra alma; ó mas bien, si esto no constituye la esencia misma de la piedad. ¿No he tenido pues razon para decir que esta devocion, así considerada, empezó con la Iglesia, y que ella hizo de los primeros cristianos otros tantos hombres interiores?

En efecto, es imposible que si alguno la mira y la practica de la manera que acabo de decir, no se vuelva interior, porque la vida interior no tiene otro objeto de reflexion, de contemplacion, de afecto y de imitacion, que Jesucristo. *¿A quien iremos Señor?* debemos decir con S. Pedro: *tú tienes palabras de vida eterna* [2]. ¿No ha dicho él mismo, que *la vida eterna consistia en conocer á su Padre, el solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien el Padre ha enviado* [3]. ¿No dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie viene al Padre sino por mí* [4]? Si no se conoce al Padre sino en cuanto se conoce á Jesucristo del modo que quiere ser conocido para ser ama-

1 Philipp. II. 5. Rom. XIII. 14.
2 Joan VI. 69.
3 Ibid. XVII. 3.
4 Ibid. XIV. 6.

do é imitado, y en cuanto se conoce su Corazon, es decir, lo mas interior de él, ¿no es evidente que el conocimiento del Corazon de Jesus incluye el conocimiento y la práctica de la vida interior, y la contiene en toda su extension?

¿Cómo pues debemos portarnos para tener acceso al Corazon de Jesus, y ser introducidos en aquel santuario? No podreis jamás introduciros allá por vosotros mismos: dad empero vuestro Corazon á Jesus; dejádselo á sus inspiraciones y á su gracia; él mismo os servirá de introductor; él os descubrirá todos sus secretos; él os comunicará el amor de que está inflamado, y con el amor todas las virtudes que le acompañan. Dando á él nuestro propio corazon, es como se gana el suyo. Jesus os ha dado su Corazon, y con esto tiene derecho sobre el vuestro. Negándoselo, perdeis el derecho que sobre el suyo teneis, le cerrais para vosotros mismos, y ya no sois dignos de entrar en él.

Me direis que vosotros estais ya en la costumbre de dar vuestro corazon á Jesus, y que no por esto estais mas en posesion del suyo; que no por esto sois mas recogidos, mas dispuestos á la oracion, mas interiores. Os creo sin dificultad. Mas, ¿de qué modo dais vuestro corazon á Jesus? De boca solamente, por una especie de hábito, recitando con férvida imaginacion alguna fórmula afectuosa que hallais en un libro. Es preciso que vuestro mismo corazon sea quien se dé con toda la rectitud, sinceridad y generosidad de que es capaz; que renuncie á poseerse y á gobernarse por sí propio; que se abandone á discrecion de Jesus, para que haga de él lo que tenga por conveniente, y que se vea por los efectos que esta entrega no es aparente. Y ¿qué efectos han de ser estos? No volvérselo á tomar, instigados por el amor propio, ó abandonándoos á la sensibilidad, á vuestra propia satisfaccion y á todas vuestras naturales inclinaciones; mostrarse atento y fiel á la gracia, que en todas ocasiones os inspira el morir á vosotros mismos para que viva en vosotros Jesucristo; acep-

tar con agrado todas las pequeñas mortificaciones, contrariedades y humillaciones que os vengan de parte de las criaturas; apartaros de lo que puede disipar vuestro espíritu; fijaros con fuerza, y extinguir en vosotros todo atractivo, hasta el de la presencia de Dios y de la oracion. Hé aquí sin duda á todo lo que os obliga la entrega de vuestro corazon. ¿Y es esto lo que practicais?

Sois devoto, decís, del Corazon de Jesus. Esto es, que el pensar en tan dulce Corazon produzca en vos buenos movimientos y santas afecciones, os haga derramar algunas lágrimas, os llene de gustos y de consuelos sensibles. Nada mas propio en efecto que el Corazon de Jesus para excitar semejantes sentimientos. Pero vos no aspirais mas que á esto. Aquí os limitais, sin advertir que esto no es amar el Corazon de Jesus, sino amaros á vos mismo, y no buscar en este Corazon divino sino una vana y estéril satisfaccion, que solo tiende á haceros creer verdadera vuestra devocion, cuando no es sino ilusoria. Id al verdadero objeto de esta devocion; reformad vuestro propio corazon sobre el de Jesus; copiad las virtudes cuyo modelo os presenta; imitad su dulzura, su humildad, su paciencia, su caridad. Ved de qué manera cada objeto le afectaba, y procurad con todas vuestras fuerzas poneros en las mismas disposiciones; condenaos á vosotros mismos por no tenerlas, y rogadle sin cesar que os ayude á adquirirlas. Esto es honrar verdaderamente el Corazon de Jesus, y tomar el camino de una devocion sólida é interior. Los que censuran que se presente al culto y á la piedad de los fieles el Corazon material de Jesus, deberian atender que nuestros sentidos y nuestra imaginacion necesitan de un objeto sensible; que este Corazon, como órgano corporal, es ya adorable en sí mismo á causa de su union con la Divinidad; sin embargo, no nos limitamos á él, sino que la intencion expresa de la Iglesia es que se pase á los sentimientos que afectaron el alma de Jesus, sim-

bolizados por su Corazon. Por poco discernimiento y equidad que tuviesen tales censores, siquiera se avergonzáran de sus miserables reparos, que solo inspiran desprecio á las almas buenas, y que los verdaderos fieles deben mirar con horror.

CAPÍTULO LXVI.

Razones para unirse con el interior de Jesus.

La grande razon para unirse al interior de Jesucristo es porque el interior es el alma de todo lo demás, cuando el exterior no es sino su expresion, y no debe ser mas que un resultado y una dependencia. Aun cuando conociere yo hasta el último ápice todas las particularidades de la vida exterior de Jesucristo, todo lo que él fué, todo lo que dijo, todo lo que hizo y padeció; si no conozco el espíritu interior que le animó y dirigió en todas sus situaciones, en todas sus palabras, acciones y padecimientos, no poseo la ciencia de Jesucristo. Y aun cuando tuviere esta ciencia, si no la aplicára á mis sentimientos y á mi conducta, me seria por lo menos inútil.

¡Cuántas personas al meditar ó al contemplar el nacimiento del Salvador, se detienen ó limitan el estado humilde, pobre, angustioso en que nació; á su establo, á su pesebre, á los pañales en que fué envuelto; y solo piensan en enternecerse viendo las lágrimas y oyendo los gritos de este pequeño infante! Todo esto no es mas que lo exterior del misterio. Para penetrar á lo interior, preciso es reflexionar que quien así nace es el Hijo de Dios, el Rey del cielo y de la tierra, á quien se debe toda honra y toda gloria, toda riqueza y toda majestad; que nació así por su propia eleccion, con la mira de honrar á su Padre con su abatimiento, y traernos

la paz con su absoluta indigencia; que al mismo tiempo que llora y grita como un niño, es la sabiduría eterna, la fortaleza, la omnipotencia; que su corazon se goza en padecer, y que se ofrece ya á su Padre para muchos mayores sacrificios. Mas si me limito á estas consideraciones, tampoco basta. Menester es que me aplique este misterio, y que me diga: Para mí quiso Jesus nacer así, para curar mi orgullo, para abatir la suficiencia de mi razon, para condenar las delicadezas de mi amor propio, para enseñarme á despreciar las grandezas, los placeres, las riquezas del mundo, para introducirme por la pequeñez, por la simplicidad en la vida interior, de la cual me ofrece desde su nacimiento un perfecto modelo. ¿Qué conformidad hay entre mis presentes disposiciones y las del naciente Jesus, entre mis pensamientos, mis afectos y los suyos? ¿Qué debo hacer para parecérmele? Pregunto ahora, ¿hay muchos cristianos que profundicen de este modo la natividad de Jesucristo, y que saquen de ella consecuencias prácticas para la reforma de su espíritu y de su corazon? Si así se practicase séria y eficazmente, ¿no cambiára de faz el cristianismo? Y siendo interiores, ¿no entraríamos en las intenciones de Jesucristo? Lo que he dicho de su nacimiento, lo digo de todos sus demás misterios, de la menor de sus acciones, y de cada uno de los puntos de su doctrina. Así es como deben considerarse, remontando siempre al principio, penetrando hasta el fondo, y haciendo la aplicacion á sí mismo.

Además, el imitar la parte exterior de la vida de Jesucristo no está en nuestra mano, y Dios no lo exige sino de un corto número de cristianos á quienes llama, unos á la imitacion de su pobreza, otros á la de su vida oculta, otros á sus trabajos y á su ministerio público, otros á sus ignominias y á sus padecimientos. Ni permite la Providencia arreglar de otro modo la diferencia de los estados y de las condiciones de la sociedad humana. Pero todos, grandes, pequeños, sabios, ignorantes, ricos, pobres, dueños, servidores, todos son

llamados á imitar el interior de Jesucristo, y todos pueden hacerlo. Sin tocar nada al exterior de las condiciones, de nosotros solos depende el ser humildes en medio de la grandeza, por un sincero desprecio de todo lo que nos distingue y nos eleva á los ojos de los hombres; ó de estar contentos de la condicion oscura en que Dios nos ha colocado, sin avergonzarnos de ello, sin aspirar á mas alto, sin tener envidia á los que se hallan sobre nosotros. En nuestra mano está el renunciar con el afecto á los grandes bienes que poseemos, creer que su propiedad pertenece á Dios, y que no somos sino sus administradores, obligados á usar de ellos con arreglo á sus intenciones, dándole de los mismos estrecha cuenta; ó el no quejarnos de nuestra pobreza, sino sufrir sus incomodidades con paciencia y aun con alegría, bendiciendo á Dios por la semejanza que en esta parte nos ha dado con su Hijo. De nosotros pende el mandar con dulzura y hasta con humildad, como si no hiciéramos mas que intimar las órdenes de Dios de quien recibimos nuestra autoridad, y el imitar á Jesucristo en el ejercicio de la suya; ú obedecer á los hombres, atendiendo á Dios á quien nos representan, sin murmuracion, sin rebeldía interior, sin bajeza, sin respeto humano, con miras nobles y dignas de un cristiano, acordándonos que Jesucristo *no vino para ser servido sino para servir*. Todos tienen la gracia para conformarse de este modo á sus sentimientos interiores, para pensar y obrar cada uno en su estado como él mismo hubiera pensado y obrado. De manera que somos inescusables si no nos le parecemos, no pudiendo dudar que tal es su voluntad, y que nos da todos los medios necesarios para cumplirla.

Segun la doctrina de S. Pablo, de nuestra conformidad con Jesucristo depende nuestra predestinacion. *A aquellos*, dice, *que Dios conoció en su presciencia, tambien los predestinó para que se hiciesen conformes á la imágen de su Hijo* [1]. ¿Y de qué

1 Rom. VIII. 29.

conformidad puede hablarse, sino de la de los sentimientos? ¿Cuál es esta imágen á la que debemos parecernos, sino la imágen interior del Hijo de Dios, en donde se hallan delineadas todas sus virtudes? En nuestro interior pues debemos copiar el interior de Jesus, como copiándolo rasgo por rasgo, y procurando llegar en cada uno á la perfeccion posible. Cuanto mas nos aplicaremos á este estudio, mas motivo tendremos para esperar el ser del número de los predestinados; y cuanto mas la descuidemos, mas razon tendremos para temer el ser excluidos. Reflexionemos sobre este motivo tomado de nuestro mayor y mas íntimo interés. Nosotros ignoramos enteramente el secreto de nuestra predestinacion; y si cosa hay sobre la cual deseamos poder formar á lo menos alguna conjetura para tranquilizarnos, es esta sin contradiccion. Hé aquí pues una, que sin ser una seguridad positiva, casi no puede engañarnos. Es cierto, que si Dios reconoce en nosotros la imágen de su Hijo, está asegurada nuestra predestinacion. Si no podemos respondernos a nosotros mismos de que sea fielmente representada en nosotros, pues la humildad no permite semejante testimonio, nuestra conciencia puede á lo menos respondernos del deseo que de ello tenemos, y de los esfuerzos que hacemos para conseguirlo. Pongamos todo nuestro cuidado en imitar el interior de Jesus, y jamás tendremos inquietud alguna real acerca de nuestra predestinacion; antes al contrario, de tiempo en tiempo recibiremos de Dios las mas consoladoras garantías, con las cuales sin embargo, en beneficio nuestro, no permitirá que nos contentemos.

Jesus mismo es quien nos ha de juzgar, pues Dios lo hizo el juez de vivos y de muertos. Nada mas formidable por cierto que este juicio, que debe decidir de nuestra eternidad feliz ó desgraciada. ¿Qué medio empero mas seguro de no tener para que temerlo, que hacer de manera que Jesus no pueda pronunciar contra nosotros sin pronunciar contra sí

mismo? Convirtámonos, cuanto en nosotros quepa, en otros tantos Jesucristos; encuentre él en nosotros su espíritu, vea á lo menos delineados los principales rasgos de sus virtudes, represente nuestro interior el suyo, bien que imperfectamente: ¿cómo podrá condenarnos, ni aun dejar de darnos una favorable acogida?

El nos dijo que nadie podria arrebatarle sus ovejas de la mano, como tampoco de la de su Padre; añadiendo que sus ovejas escuchan su voz y le siguen. ¿Puede acaso escucharse esta voz que habla al corazon; podemos estar siempre dispuestos á escucharla y á obedecerla sin ser interiores? Y ¿qué dice esta voz? ¿A qué conduce? ¿No es á la práctica de las virtudes de que Jesucristo nos ha dado el ejemplo, y sobre todo de las virtudes interiores que tienen directamente á Dios por objeto, y que son el fundamento de las otras? Mas ¿puede seguirse á Jesucristo, como lo hacen sus ovejas, si se descuida el imitarle en el punto principal que es el interior? Es evidente que no. Sin embargo nadie es oveja suya, es decir, del número de los elegidos, sino escucha su voz y le sigue.

En otra parte dice que él es la vid, y que nosotros somos los sarmientos. ¿De dónde tiene su vida el sarmiento? De su union con la vid. ¿Qué saca de ella? Lo mas íntimo que tiene, la savia, el jugo que la alimenta. En Jesucristo la naturaleza humana vive de su union con la naturaleza divina, de la cual chupa el espíritu de Dios. Es indispensable que por el canal de Jesucristo el mismo espíritu de Dios pase hasta nosotros, y nos vuelva, proporcion guardada, hombres interiores y divinos como lo era Jesucristo. Nuestra union con él es imprescindible, y por él nuestra union con Dios, el cual, siendo espíritu, nos transforma de terrestres que somos en espirituales. *Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto, si no está unido con la vid, así tampoco nosotros si no estamos unidos con Jesucristo; porque sin él nada podemos ha-*

cer [1]. Estas son sus palabras. Mas qué cosa es el estar unido con Jesucristo, sino procurar ser interior como él? Y ¿qué frutos de gracia llevará el cristiano para la vida eterna, si el gérmen de estos frutos no viene del interior mismo de Jesucristo? Se me dirá que basta para esto la gracia santificante. Mas ¿para qué nos la dá Jesucristo, sino para ponernos en estado de pensar y de obrar en todo de un modo sobrenatural como él? ¿Y qué es esta gracia en sí misma, sino un principio de vida interior? La dejamos ociosa, y nos exponemos á perderla, si no llevamos una vida interior, que sea como una dilatacion y propagacion de la vida de Jesucristo.

Nunca acabaria si quisiese trasladar aquí todos los pasajes del Evangelio, en donde se expresa la necesidad de imitar el interior de Jesucristo. Uno solamente recordaré sacado de la última súplica que hizo á su Padre antes de su pasion. Despues de haber rogado especialmente por sus apóstoles, añade: *No ruego solamente por ellos, sino tambien por todos aquellos que han de creer en mí por medio de su predicacion* [2]. Esto nos toca personalmente, pues nosotros hemos creido en Jesucristo por la palabra de los sucesores de los apóstoles. ¿Qué pide pues á su Padre para nosotros? *Yo os ruego que todos sean una misma cosa: y que como tú, ¡oh Padre! estás en mí, y yo en tí, asi sean ellos una misma cosa en nosotros.* Aun mas: *Yo estoy en ellos y tu estás en mí, á fin de que sean consumados en la unidad.* Lo que pide aquí Jesucristo para todos nosotros es la unidad, ó sea la perfeccion de la caridad; todo lo reduce á este punto, que en efecto lo comprende todo; y no podia desearnos una unidad mas perfecta que aquella cuyo modelo es la unidad que hay entre su Padre y él. Y es evidente que no podrá lograrse esta unidad entre los cristianos, sino en cuanto tendrán un mismo espíritu interior tomado en el corazon de Jesucristo. Las imágenes, para parecerse entre sí,

1 Joan. xv, 4.
2 Joan. xvii. 20.

han de ser formadas sobre un mismo modelo. Y es muy digno de advertir, que todas cuantas almas interiores ha habido, y las pocas que hay ahora, han tenido y tienen el mismo carácter de devocion; por manera, que dos personas interiores que se ven por la primera vez, abriéndose el corazon la una á la otra, se hallan tener en el fondo las mismas ideas y los mismos sentimientos, los mismos atractivos y los mismos gustos; traban una santa amistad, y quedan mas unidas por la gracia de lo que nunca lo fueran por naturaleza. Lo mismo acontece con los escritos producidos por hombres interiores: adviértese en ellos el mismo fondo de doctrina, y á corta diferencia la misma manera de expresarla. Un alma interior cuando lee sus páginas, las saborea al momento, hallando allí lo que tiene en el corazon: lee allí lo mismo que experimenta, y las distingue á primera vista de todas las demás obras de piedad que el espíritu de Dios no ha dictado. ¿De dónde viene pues esta unidad de sentimientos y de doctrina en las personas espirituales y en sus escritos? Viene de que las anima el mismo espíritu de Jesucristo, y de que todas participan mas ó menos de su interior. La unidad pues que él pidió para nosotros, es el efecto y la consecuencia necesaria de nuestra conformidad interior con él; y esta unidad llega á consumarse, cuando la conformidad es tan entera en cada uno, cuanto puede serlo por la fidelidad á la gracia. Verdad es que en cierto sentido esta conformidad de unidad y de caridad no se verificará sino en el cielo; pero Jesucristo quiere que empiece y sea ya bastante adelantada sobre la tierra, pues desea que el mundo conozca por esta señal, que su Padre le ha enviado.

¿No es evidente que Jesucristo tuvo la mira de introducirnos en su interior, ó de comunicarnos su íntimo espíritu, dándonos á comer su carne, y á beber su sangre? ¿Podia dar á nuestras almas un alimento mas espiritual, mas sobrenatural, mas propio para divinizarlas? ¿No impedimos el prin-

cipal efecto de este augusto sacramento cuando solo buscamos en él una devocion efímera, le hacemos servir de pábulo á nuestro amor propio, y no concebimos por él un deseo el mas ardiente de vivir de la vida de Jesucristo? No hay duda: el gran fruto de la comunion es el ponernos en estado de decir con verdad: *Yo vivo, ó mas bien no soy yo el que vivo; sino que Jesucristo vive en mí* [1]. ¿No dijo Jesucristo que, *así como él vive por su Padre, asimismo el que lo come vivirá por él* [2]? ¿Qué otra vida es esta sino una vida de gracia, una vida interior, una vida celeste y aproximada á la que llevó Jesus sobre la tierra?

CAPÍTULO LXVII.

Ventajas de imitar el interior de Jesucristo.

Para conocer bien las ventajas que nos vienen de imitar el interior de Jesucristo, es menester empezar considerando las ventajas que resultaron al mismo Jesucristo de haber sido lo que fué. No hablo aquí de la union hipostática, beneficio enteramente gratuito, concedido á la humanidad santa del Salvador, sin que ésta lo hubiese merecido, ni aun pudiese merecerlo; pues ¿cómo ni por donde pudiera una criatura merecer semejante gracia? Esta union ha sido el principio de sus méritos, y les comunicó un valor infinito. Mas, hablando con propiedad, los méritos de Jesucristo resultan de las disposiciones y de los actos libres y voluntarios de su alma; y estas disposiciones y estos actos constituyen lo que yo llamo su interior.

El alma de Jesucristo, por el libre ejercicio de su volun-

1 Galat. II. 20.
2 Joan. VI. 58.

tad, ha sido la mas unida á Dios, la mas santa, la mas celosa por la gloria de Dios. Unida á Dios como á su soberano bien, disfrutó en este mundo de toda la felicidad que puede gozarse sobre la tierra. Este es un punto de fe; y cualquiera que haya sido en este mundo la condicion de Jesucristo, es innegable que su felicidad fué sin igual. Imitar pues el interior de Jesucristo, es acercarse tanto como es posible á la union moral que su alma tuvo con Dios. Los medios son desasirse insensiblemente de las cosas de la tierra, formar en el corazon un vacío que Dios venga á llenar, dedicarse al recogimiento y á la oracion, ocuparse habitualmente en Dios ó en los deberes del propio estado teniendo presente á Dios. Con esto el alma se adhiere al bien soberano; lo posee; participa de su beatitud, á medida que va haciendo progresos en la imitacion del interior de Jesucristo.

Su alma fué santa, esto es, todo estuvo en ella en un órden perfecto é invariable: la razon dependia enteramente de la gracia; no habia en ella otra pasion que el amor del bien y el ódio del mal, y nada ni por dentro ni por fuera le causaba la menor alteracion. Esta alma pues se hallaba constituida en una paz imperturbable; era pues feliz, porque la felicidad se halla necesariamente donde reinan el órden y la paz. El mismo órden, la misma paz, la propia felicidad reinarán en nosotros, si trabajamos en santificarnos, formando nuestro interior por el de Jesucristo.

Su alma fué devorada de celo por la gloria de Dios, no teniendo otro objeto ni otro interés, olvidándose á sí misma, y no refiriendo nada á sí. Es evidente por la experiencia, que el amarnos á nosotros mismos y el buscar nuestro propio interés, nos hace desgraciados en la tierra. Jesucristo no sintió pues tristeza alguna, ni fastidio, ni enfado, ni género alguno de pena que saliese de su propio fondo, ó de retorno sobre sí mismo. Si pues á ejemplo suyo nos consagramos á la gloria de Dios, no cuidándonos sino de lo que le interesa,

y abandonando lo nuestro, ni queriendo ni deseando para nosotros sino lo que sea de su beneplácito, no seremos jamás para nosotros mismos un manantial de tormentos, ni los que de otra parte nos vengan, podrán hacernos sufrir, pues nos hallarán siempre tranquilos y sumisos. Pues la verdadera pena del hombre no puede prevenir sino de su rebeldía interior contra lo que sufre, y por consiguiente de su amor propio. Así pues, desde que ha sacrificado su amor propio á la gloria y á la voluntad de Dios, es imposible que sea desgraciado.

Jesus llevó una vida pobre, oscura, laboriosa; mas él la habia elegido, la amaba en sí misma y en sus consecuencias. Pero lo que se ama, por repugnante que sea á la naturaleza, no puede dañar á la felicidad de un alma que se hace superior á la naturaleza misma; antes al contrario contribuye á ella, porque nuestra felicidad no depende de los objetos exteriores, sino de nuestras disposiciones con respecto á ellos. Las incomodidades de la pobreza, el desprecio inherente á la oscuridad, las fatigas que acompañan un trabajo asíduo y cotidiano, no impidieron á Jesucristo el ser feliz. Tratemos pues de arreglar nuestras disposiciones interiores, y no nos sentiremos inquietados ni por los inconvenientes de la pobreza, ni por el embarazo de las riquezas; no nos afectará ni la consideracion que trae consigo un estado distinguido, ni la abyeccion y el olvido en que nos deja una condicion oscura; no gemiremos por vernos condenados á un trabajo penoso y humillante, y aun menos nos gloriaremos por la comodidad que nos procura la libertad de hacer lo que nos place. Todas las condiciones de esta vida nos serán indiferentes, pues no buscaremos en ella nuestra felicidad, que habita en region mas elevada; y si en algunas hallamos mayor atractivo, será porque nos acercarán mas á Jesucristo. ¿Es poca ventaja esta que nos asegura la imitacion de su interior?

Mas figurémonos ahora lo peor, y supongamos que consagrándoos á imitar el interior de Jesucristo, os exponeis como él á las contradicciones, á la envidia, al ódio, á las calumnias; y que esto llega hasta el extremo de las persecuciones, de los maltratos, de la pérdida de los bienes, del honor, de la vida. La sola idea de estas cruces extremece á los cristianos ordinarios; y cuando les carga con ellas la Providencia, es notorio cuán insoportable les parece su peso, cuántas quejas, cuántas murmuraciones, cuántas rebeldías, cuánta indignacion, y hasta cuántas blasfemias; sabido es cuánto se abaten, cómo se angustian, en qué profunda tristeza caen, en qué desesperacion; créense sumidos en el abismo de la desgracia; maldicen su existencia, llaman á la muerte, y mucho es ya que no se la procuren. Mas dadnos un alma muy de antemano ejercitada en imitar la dulzura, la paciencia, el silencio exterior é interior de Jesucristo, y vereis como ella conservará la paz del corazon en medio de las mas violentas borrascas, se mantendrá firme á los empujes del viento que la batirán por todas partes; perdonará sinceramente á los autores de su mal, y no conservará resabio de aspereza ni de resentimiento; antes bien, léjos de afligirse, se regocijará en tener algo que sufrir por Jesucristo; su serenidad asombrará á los que sean testigos de lo que ella sufre, y á nadie será posible no reputarla feliz. ¿No son estas unas ventajas verdaderas y sólidas aun para esta vida? ¿Hay cristiano tan enemigo de sí mismo, que no desee llegar á un tal grado de virtud? ¿Y por dónde puede á él llegarse? Por la imitacion del interior de Jesucristo. Nada digo de las celestiales consolaciones que indemnizan con abundancia al alma de todo cuanto sufre por parte de los hombres. San Pablo atestigua que en medio de sus tribulaciones recibió tantos consuelos que no podia contenerlos, y que de su superabundancia tenia con que sostener y consolar á los demás. ¿Añadiré que la semejanza con Jesucristo llega hasta el

punto de infundir una sed insaciable de sufrimientos, deseando siempre mayores, sin los cuales seria insoportable la vida? Tales sentimientos admiramos en un Javier, en una Teresa, en una Magdalena de Pazzi, y en muchos otros. ¿Por qué no hemos de envidiar santamente su felicidad? ¿Por qué no nos ponemos en estado de participar de ella? Aquí no se trata sino de empeñarnos por todos los medios á copiar en nosotros el interior de Jesus. No conocieron ellos otro secreto, ni realmente lo hay. ¿Diremos que no tenemos necesidad de ello? ¡Ay! ¿quién puede prever lo que sucederá? ¿Y cuán raras calamidades se desploman á veces de repente sobre nosotros cuándo menos lo esperábamos? Nuestra virtud es tan débil, que muy presto agota sus recursos, por no haber hecho de ellos suficiente provision. Preparémonos pues á todo evento; y el sentimiento de no ser mas interiores es ya demasiado tardío cuando nos hallamos en la prueba.

Supongo por fin, que proponiéndonos imitar el interior de Jesus, debemos resolvernos á marchar tras él por el estrecho sendero de las penas espirituales, de los tormentos, de la aridez, del abandono, de la agonía. En estas penas llevadas hasta el extremo ¿no fué feliz Jesucristo? Sí. Bien podia dispensarse de ellas, y sin embargo las aceptó; quiso beber y apurar el cáliz que le habia ofrecido su Padre, y se escandalizó de que Pedro intentase separarle de él. Podia bajar de la cruz, á ello le provocaban insultándole sus enemigos, y prefirió quedarse y espirar en ella. El que ama una posicion por terrible que sea, no se puede llamar desgraciado. Las almas que hacen llegar la imitacion del Salvador hasta seguirle en el Calvario; que como él son sacrificadas, abandonadas de Dios en apariencia, y que mueren ó real ó místicamente en este horroroso abandono, no son para ser compadecidas; guárdanse muy bien de compadecerse á sí mismas, ni de querer que se las compadezca; están contentas y gozan de paz en tan cruel situacion. De ella las sacará Dios cuando le

plazca; ellas no desean salir, aunque durase toda una eternidad. Esto es inconcebible, mas no deja de ser una verdad. La imitacion de Jesus las eleva á tan sublime grado de fortaleza, y les procura la inestimable ventaja de que ni la malicia de los hombres, ni la rabia de los demonios, ni las mas crudas pruebas por parte de Dios alteran su paz ni disminuyen su felicidad, que ellas ponen como Jesucristo en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Yo solo he hablado de las ventajas que produce para la vida presente la imitacion del interior de Jesucristo; pues las de la vida futura sobrepujan á todo humano pensamiento. Su gloria y su felicidad en el cielo ha de medirse por la gloria y la felicidad del mismo Jesucristo; es decir, que cuanta mas conformidad y semejanza habrán tenido estas almas con Jesucristo, tanto mas serán sublimadas en gloria y beatitud sobre el comun de los elegidos. Hay gran número de sitios en la casa del Padre celestial: los mas encumbrados serán sin contradiccion para aquellos cuyo interior se habrá acercado mas al de Jesucristo. El mismo los distribuirá, y no es de temer que se equivoque en el mérito de cada uno.

CAPITULO LXVIII.

Falsas razones para dispensarse de imitar el interior de Jesus.

Siendo la vida interior de Jesucristo la mas solemne condenacion de nuestro orgullo, de nuestro amor propio y de todos los vicios que brotan de estos dos, nada es de admirar que la corrompida naturaleza muestre tanta aversion y repugnancia por semejante vida, que se haga sorda á la propuesta que se le hace de imitarla, y que apure su ingenio en inventar razones para dispensarse de ella. No trato de referirlas todas, porque me alejaria de mi objeto: me limitaré á

las principales, cuya refutacion destruirá las demás.

Primera razon: puede lograrse la salvacion sin esta imitacion del interior de Jesucristo. Esta razon, tomada en su generalidad, es falsa, y está desmentida por muchos pasajes formales del Evangelio. Ténganse presentes los poco hace reproducidos. ¿Puede tolerarse en boca de un discípulo de Jesucristo el decir, que pueda llegar á conseguir la vida eterna sin imitar á su Maestro? ¿No se nos ha dado por modelo? ¿No hizo resonar por dos veces Dios Padre su voz de lo alto de los cielos, para mandarnos que escuchásemos á su Hijo muy amado? De todas sus lecciones, ¿hay una sola por ventura, que no tenga, por objeto la imitacion de su interior? ¿No es él nuestro Médico? Nuestras dolencias ¿no residen en el fondo mas íntimo de nuestra alma? ¿No es allí donde debemos aplicar el remedio? ¿Podemos acaso aspirar á la salud sin la curacion, y curar de otro modo que renunciando á nuestras disposiciones interiores, para imitar las de Jesucristo? Es pues evidente que la imitacion de Jesucristo es absolutamente necesaria para la salvacion. Todo lo que puede decirse es que no es necesaria sino hasta cierto punto. Mas ¿quién fijará este punto? Hé aquí la cuestion capital. No se halla fijado ni en el Evangelio, ni en S. Pablo, ni en ningun lugar del Nuevo Testamento. En parte alguna se señalan los límites de la obligacion de copiar en nosotros mismos los sentimientos de Jesucristo. ¿Y será nuestro espíritu, nuestro amor propio, la naturaleza en fin, á quien habremos de consultar sobre este punto? ¿Tiene ella autoridad para decidir un punto de tanta importancia? ¿Está bastante ilustrada para pronunciar sobre tan delicada materia? ¿No está interesada en engañarnos? Y ¿no nos engañará infaliblemente? Y ¡quél ¿Qué otro objeto tiene toda la moral cristiana, sino la reforma de la naturaleza viciada por el pecado? Jesucristo no vino al mundo, ni habló, ni obró, ni sufrió, ni vivió ni murió, en fin, y resucitó despues, sino para llenar este gran-

de objeto. En todo se declaró enemigo de la naturaleza viciada; exigió que se renunciase á ella para seguirle; ¿y será la naturaleza la que se tome por juez para decidir hasta qué grado se ha de llevar esta renuncia, y de qué modo se ha de seguir á Jesucristo? No puede concebirse como así piensa y habla un cristiano. Sin embargo, no hay medio: preciso es que decida, ó Jesucristo, ó la naturaleza; y es indispensable atenerse á la decision del uno ó de la otra.

Pregunto además: cuando se dice que uno puede salvarse sin aplicarse á imitar el interior de Jesucristo, ¿se tiene la mas mínima mira en la gloria de Dios? Seguramente que nó: piénsase únicamente en el propio interés personal, no se mira la salvacion sino con respecto á sí, y se quiere poner en seguridad á tan poca costa como se pueda. Mas ¿salvareis vos, ¡oh Dios mio! á aquellos que no tendrán el menor deseo de glorificaros, á aquellos que os habrán servido únicamente para sí mismos, mas bien por el temor de perderse, que por la esperanza de poseeros? ¿Vuestra gloria no ha de ser nuestro primer fin? ¿Y llegaremos al segundo, que es nuestra felicidad, si no nos proponemos el primero? Me adelanto á decir que esto es imposible. Mas ¿cómo puede tenerse por mira la gloria de Dios como principal motivo á menos de entrar en el interior de Jesucristo? ¿No fué esta gloria el alma de todos sus sentimientos? ¿Y estimará en algo los nuestros, si no somos mas ó menos copias vivas de Jesucristo?

Sin esto podemos salvarnos. Mas aun cuando pudiésemos, aun cuando no corriésemos el mas evidente peligro de perdernos, ¿se ha pensado siquiera en el largo y terrible Purgatorio por donde pasará un alma que se haya conducido por este principio? Jesucristo no admitirá en el cielo sino aquellos que llevarán los rasgos esenciales de su imágen. Mas si con estos rasgos conservais aun todos los de la naturaleza, el fuego vengador irá á buscarlos en el fondo de vuestra alma

para destruirlos; y solo despues de inconcebibles tormentos lograreis ser salvos, en virtud de vuestra semejanza con Jesucristo. No obrais pues como insensatos al exponer vuestra salvacion, al poneros en la necesidad de sufrir en el otro mundo largas y crueles penas, para no ocupar al fin en el cielo sino uno de los últimos lugares, y de no gozar jamás de una verdadera felicidad sobre la tierra; mientras que, consagrándoos á la imitacion de Jesucristo, asegurais cuanto es posible vuestra salvacion, os ahorrais del todo, ó á lo menos os abreviais considerablemente las penas del Purgatorio, ocupareis un distinguido lugar en la mansion de la gloria, y os procurareis acá en la tierra la paz del corazon y la abundancia de celestiales consuelos?

Segunda razon: para ser un buen cristiano, basta observar los mandamientos de Dios y de la Iglesia; no hay necesidad de mas, ni de molestarse para llevar una vida interior conforme con la de Jesucristo. Tal es el lenguaje de los cristianos del siglo, que viven tranquilos en esta persuasion. Los sacerdotes añaden las obligaciones de su estado, como son el oficio divino y los servicios espirituales que deben al prójimo; las personas consagradas á Dios comprenden además la observancia de los votos de la religion, y de los principales puntos de su regla. Contestemos á cada uno en pocas palabras.

Los diez mandamientos de Dios pertenecen á la ley natural. La sola razon nos los impone como un deber, y no basta el ser fieles á ellos para ser cristianos. Los preceptos de la Iglesia no miran sino á la profesion exterior que se hace de pertenecer á ella: son condiciones que ella prescribe á sus hijos para reconocerlos como tales. Para ser un verdadero cristiano es menester tambien creer y practicar la moral de Jesucristo, que es enteramente sobrenatural, y que por cierto va mucho mas adelante que el Decálogo; es preciso tomar el espíritu de Jesucristo, estimar y amar lo que él juzgó dig-

no de su estimacion y de su amor, despreciar y desechar todo aquello á que él manifestó aversion y menosprecio. He dicho ya que no era posible señalar hasta qué punto ha de dominar en nosotros su Espíritu; pero es indispensable que reine en nosotros: y en todo lo que no nos dejamos conducir por él, no somos cristianos. La vida del cristiano es una vida de gracia; y el principio de esta vida es necesariamente interior, y sacada de Jesucristo fuente de toda gracia. La gracia no nos lleva sino á imitar á Jesucristo, y cuanto mas fieles le somos, mas nos hace adelantar en esta imitacion. Los sacerdotes, como ministros y representantes de Jesucristo, como consagrados al servicio de los altares, á la administracion de los sacramentos, á la instruccion y á la edificacion de los pueblos, tienen una obligacion especial de parecerse mas perfectamente á Jesucristo. Si desconocen esta obligacion, ó descuidan el cumplirla, si desempeñan su ministerio sin espíritu interior, si se contentan con eximirse de ciertos vicios groseros, y no se dedican á la práctica de lo mas excelente que tienen las virtudes cristianas, son indignos de su carácter; y aun cuando no lo deshonren delante de los hombres, lo deshonran delante de Dios.

Los religiosos, si dejaron al mundo, si hicieron los votos de religion, si se sujetaron á una regla, fué solo para hacerse mas semejantes á Jesucristo, para ponerse en la feliz necesidad de imitarle, para asegurar los medios y remover los obstáculos con el fin de conseguirlo. Cada uno de los institutos se propone el interior de Jesucristo como su principal punto de perfeccion; y aunque tengan un objeto diferente, los unos la soledad, el silencio, el ayuno de Jesucristo en el desierto; los otros su vida activa y empleada enteramente á la gloria de Dios y al bien espiritual del prójimo, todos, no obstante, tienden al mismo fin, cual es formar en los que los abrazan imágenes fieles de Jesucristo. Cualquier religioso, cualquiera religiosa que no se propone este objeto, que no

trabaja para él con todas sus fuerzas, y que no refiere á él sus ejercicios de piedad, sus destinos, las observancias de la regla, no tiene el espíritu de su instituto, y no cumple con el fin que este se propuso.

Tercera razon: no todo el mundo es llamado á imitar la la vida interior de Jesucristo. Decid mas bien que cada uno es llamado á ella segun su estado y la medida de su gracia; mas ¡cuán pocos corresponden á este llamamiento! Dadme un cristiano que no tenga por modelo á Jesucristo. Y si ninguno hay ni puede haber que deje de tener este modelo, convenid en que todos están obligados á imitarlo. ¿No son llamados todos á amarle de todo su corazon, con todo su espíritu, con todas sus fuerzas? ¿Amó de otro modo Jesucristo? Su amor llegó á un punto á que no llegará jamás el nuestro, convengo en ello; pero es menester que el nuestro sea de la misma naturaleza y que tengan las mismas calidades que el suyo. Porque, ¿hay nada mas íntimo que el amor? ¿Y el amor de Dios no tiende á dominar sobre todas nuestras afecciones, y á subordinarlas como á su principio y á su fin? ¿No son llamados todos á amar al prójimo como á sí mismos por respeto á Dios? ¿Y Jesucristo no manda á sus discípulos amarse los unos á los otros como él nos ha amado? Y reduciéndose el interior de Jesucristo á estos dos amores, y siendo estos los dos grandes preceptos de la nueva ley, ¿no está obligado todo cristiano á asemejarse en su interior á Jesucristo?

De este modo, se replicará, todos los cristianos están obligados á ser santos. Efectivamente; todos están obligados á trabajar para serlo. Tan poco se dudaba de esta verdad en la primitiva Iglesia, que los apóstoles en sus Cartas no dan á los cristianos otro nombre que el de santos. Si despues han cambiado las ideas, el cristianismo no ha cambiado de naturaleza. Un santo no es otra cosa que un cristiano perfecto; y ningun cristiano puede, sin faltar á la ley que profesa, fijarse voluntariamente en la imperfeccion.

CAPITULO LXIX.

No puede entrarse en el interior de Jesus sino renunciándose á sí mismo.

Para conocer el interior de Jesus, preciso es renunciar al propio espíritu: para gustar el interior de Jesus, se ha de renunciar á la propia voluntad: para imitar el interior de Jesus es indispensable vivir en la práctica contínua de una renuncia universal.

Todo el interior de Jesus estriba en el fundamento de que en él no hubo *yo* humano; sino que la persona del Verbo todo lo ordenaba, todo lo disponia en él, todo se lo atribuia y lo referia á sí; de manera que su alma aunque libre, no era mas que el simple instrumento activo ó pasivo de lo que el Verbo le mandaba y operaba en ella, sin poder ni obrar por sí misma, ni hacer reflexion alguna, ni dirigir cosa alguna á si, ni apropiarse nada. Es preciso de toda necesidad profundizar hasta lo mas hondo de este anonadamiento moral, para conocer la altura inmensa del edificio de virtudes que levantó Dios sobre tal fundamento.

Nos es imposible por nuestra propia inteligencia, es decir, por nuestra manera natural de concebir y juzgar, penetrar hasta el abismo profundo de semejante anonadamiento, formarnos idea de una naturaleza racional despojada de toda propiedad, de toda personalidad, y conservando sin embargo toda la libertad de sus operaciones, sin que pueda ni quiera decir que son las suyas. La razon abandonada á sí misma nada comprende de este misterio; alumbrada empero por la fe, lo cree y se somete á él. Mas se necesita una luz especial para formar alguna idea de los efectos morales que produjo este misterio en el alma de Jesucristo; y esta luz especial

Dios no la concede sino á los que, renunciando á su propio espíritu, se aproximan humildemente al interior de Jesus, y le suplican que á él les conduzca por su gracia.

No menos gracia ni menos renuncia á las propias luces se necesita para elevarse desde este fundamento á la contemplacion de las sublimes virtudes cuya práctica habitual puso Dios en un alma, que por su anonadamiento, se hizo capaz de contener en sí misma todos los dones y todos los tesoros del cielo. Nuestra razon, ayudada por una gracia comun, no comprende hasta qué grado ha llegado en algunos Santos el amor de Dios, y qué sacrificios les ha movido á hacer: menos aun comprende hasta donde llegó este amor en la Santa Vírgen. ¿Cómo pues llegará á conocer el exceso del amor de Jesucristo para con su Padre? Tan solamente humillándose y renunciándose á sí misma es como merece recibir sobre este objeto luces que la sorprenden por su resplandor, y la tienen como enajenada. Lo mismo digo del amor de Jesucristo hácia los hombres, en particular hácia sus enemigos; de su dulzura, de su paciencia, de su humildad, de sus demás virtudes. El espíritu humano, léjos de profundizarlas, no puede ni aun percibirlas en superficie, pues no se le concede el conocimiento sobrenatural sino á proporcion de lo que se juzga incapaz de adquirirlo por sus propios esfuerzos. De ahí viene que las obras de piedad, en las cuales se entra algun tanto en lo interior de Jesus, son tan poco comprendidas, que el mismo Evangelio y las cartas de S. Pablo casi nada dicen á los que las leen, porque su sentido es tan profundo que no se puede penetrar en él sino con el auxilio de la divina luz; y esta luz debe pedirse con humildad, y recibirse con reconocimiento. Jamás alumbrará Dios sobre el interior de Jesus á un alma que cuenta con sus propias fuerzas.

Poco es conocer el interior de Jesus, si no se gusta de él. Mas ¡cuánto distamos de tener naturalmente la menor disposicion para percibir gusto en este interior! Al contrario, le

tenemos aversion y horror; y aquí es del todo necesario hacer el sacrificio de la propia voluntad. ¿Cuál es el hombre ni aun el cristiano ordinario, que por eleccion propia, y con la mira de agradar á Dios, prefiere la pobreza á las riquezas, la oscuridad al brillo y á las distinciones, la sujecion al trabajo, á la libertad de hacer lo que quiere, ó de no hacer nada si se le antoja? Entre las personas piadosas, ¿hay muchas que hallen un gusto sobrenatural en el retiro, en el recogimiento, en la soledad interior, en la conversacion habitual con Dios? De tantos devotos y devotas que se entregan á la vida espiritual, ¿cuántos hay que quieran amar á Dios por lo que él es en sí, sacrificando como Jesucristo toda mira de interés personal; que se priven de las reflexiones, de las secretas satisfacciones del amor propio, que consientan en no arrojar jamás sobre sí mismos una complaciente mirada, en no tener adhesion alguna á los consuelos celestiales, á desapropiarse de sus virtudes, y á vivir en un perfecto desprendimiento espiritual? ¿Cuántos hay que quieran amar al prójimo hasta dar su vida por él, hasta sufrirlo todo de él, hasta perdonárselo todo y rogar por su salvacion, cuando reciben de él maltratos y tal vez ultrajes? Entre las almas grandes, cuyo número es ya tan corto, ¿en dónde están las que hallan gusto en el dolor y en la ignominia de los tormentos, en las irrisiones sangrientas, en los oprobios, en las extremadas y raras humillaciones, en la muerte de Jesucristo sobre la cruz, abandonado de su Padre y entregado á toda la rabia de los hombres y de los demonios? La naturaleza retrocede de horror á semejante espectáculo; la voluntad rechaza con todas sus fuerzas un estado como éste; y por decirlo en una palabra, no hay una sola virtud de Jesucristo para cuya práctica no sintamos una extremada repugnancia. Es pues realmente una quimera el pretender gustar el interior de Jesus de otro modo como no sea por el sacrificio de nuestras mas íntimas inclinaciones y aversiones naturales: es necesario

consentir en la inmolacion del amor propio, y en la destruccion de este desdichado *yo*, que reside aun mas profundamente en el corazon que en el espíritu.

El conocimiento y el gusto del interior de Jesus dista mucho todavía de su imitacion. Aun despues de haber alcanzazado en la oracion y en la comunion las luces mas sublimes y los mas heroicos sentimientos, cuando es necesario descender á la práctica, ¡qué resistencia! qué debilidad! qué tentaciones de abandonarlo todo! Se empieza, se deja, se vuelve á tomar, se abandona de nuevo; nada se hace hasta que se determina firmemente renunciarse á sí en todo y para siempre. No quiero decir por esto que se llegue de una sola vez á esta renuncia efectiva, absoluta, y perfecta en todas las cosas; mas es preciso dirigirse siempre á ella, y ayudar á la gracia con todo nuestro poder: es menester luchar sin descanso con todos los esfuerzos contra la naturaleza: hemos de dejar á Dios que haga en nosotros lo que no pudiéremos hacer por nosotros mismos: hemos de sufrir que sus operaciones crucifiquen y destruyan en nosotros todos los afectos de la carne, hasta que la naturaleza espire, si queremos reproducir en nosotros una copia fiel del divino original que se nos presenta en la montaña del Calvario.

Hé aquí cuanto tenia que decir sobre el interior de Jesus. Es muy poco, es nada en comparacion de lo que es en realidad; mas hagamos uso de las luces que poseemos, que ya adquiriremos mayores á medida que vayamos adelantando. Así que, creciendo de dia en dia las luces con nuestros progresos, y nuestros progresos con las luces, nuestra fidelidad, nuestro ánimo, nuestro generoso desinterés nos elevarán hasta la conformidad que Dios quiere que tengamos con su Hijo unigénito. Así sea.

FIN DEL INTERIOR DE JESUS.

SEGUNDA PARTE.

EL
INTERIOR DE MARIA.

CAPÍTULO I.

De la Inmaculada Concepcion de María.

El Verbo divino de toda eternidad puso los ojos en María para hacerla Madre suya; por lo mismo no puede dudarse que, al criarla, distinguió su alma con todos los privilegios, y la enriqueció con todas las gracias que á tan alta dignidad convenian, la mas grande á que puede ser sublimada una simple criatura. Así pues, es creencia comun de la Iglesia, aunque no sea un artículo de fe [1], que la santa Vírgen, sola entre todos los hijos de Adan, fué exenta del pecado original y de todas sus consecuencias; que fué concebida en gracia santificante y en un estado de santidad, que atrajo sobre sí las complacencias del Altísimo. Es tambien de creer, que ella gozó del uso de su razon mucho tiempo antes que los demás niños, tal vez en el instante de su nacimiento, ó quizás en el de la union del alma con el cuerpo. Porque to-

1 Cuando escribia el Autor no lo era; pero ahora lo es.

do lo que pudo hacer el Verbo en favor de aquella que en el tiempo debia ser su Madre, es muy justo pensar que lo hizo; y en esta parte no debemos temer adelantar demasiado el pensamiento.

Esto supuesto, es una verdad que María, en el primer instante de su concepcion, se hallaba en una disposicion de santidad superior á la de todos los ángeles y de todos los hombres; y que desde aquel entonces ha estado en disposicion de glorificar á Dios de una manera mas excelente que todas las demás criaturas juntas; que en ella nada la inclinaba al mal, y que todo la conducia al bien sobrenatural el mas perfecto, en cuanto se lo permitian la edad y las circunstancias; que sin ser impecable por naturaleza, lo cual no pertenece sino á Dios, lo fué por la gracia, hasta el punto de no hacerse nunca culpable de la menor imperfeccion voluntaria.

Formémonos por aquí, si posible es, la idea del naciente interior de María: un entendimiento alumbrado con las luces mas puras; una voluntad recta, enteramente conforme en todo con la de Dios; una libertad mas perfecta que la de los ángeles y de Adan en el estado de inocencia, de que no solamente no debia abusar, sino que debia hacer é hizo contínuamente el uso mas excelente; nada de ignorancia, nada de concupiscencia, que son los dos mayores males de la naturaleza humana, y la fuente de todos los demás; pasiones siempre arregladas, siempre en órden, siempre conspirando con la razon y la gracia; una carne tan pura, tan santa, que fué digna de ser algun dia la carne del Hombre Dios; un grado eminente de gracia santificante; gracias actuales de un órden superior para todos sus pensamientos, afectos y acciones; ninguna mala inclinacion; ningun hábito vicioso por dentro, ninguna tentacion por defuera; un extremado horror á todo mal, aun el mas leve; un atractivo, un gusto, una facilidad inexplicables para todas las virtudes; una union contínua con Dios, un sacrificio absoluto á sus voluntades, una

fidelidad inviolable á la gracia, un olvido total de sí misma, una intencion de una pureza inefable, que todo lo dirigia sin excepcion y sin reserva á la mayor gloria de Dios, y que la hacia muy superior á todo motivo de mérito, de santidad personal, de recompensa: tales fueron los primeros delineamientos del interior de María.

Y es un punto de fe que este interior, tan perfecto desde un principio, fué tomando siempre nuevas creces, creces proporcionadas á su primera perfeccion, creces tan rápidas y tan grandes como era posible. ¡Cuál era pues el interior de María en el curso de su vida! ¡Cuál seria al exhalar su último suspiro!

Figúrome ver lo que pasa en este momento dentro de vosotros. ¿Cómo, os decís, podré yo imitar tan cumplido modelo? Menester fuera para ello haber recibido las mismas gracias que María. Pero bien os será posible á vos N..... imitar á María, pues que en el Evangelio se os propone imitar á Jesucristo, modelo infinitamente mas cumplido, y que la predestinacion de todos nosotros se funda en la conformidad que tendremos con Jesucristo. ¿Estamos acaso autorizados á dispensarnos de esta imitacion, porque no hemos recibido como Jesucristo la gracia inefable de la union hipostática? Cierto es que Dios no nos exige que nos acerquemos á la perfeccion de Jesus y de María, sino á medida de la gracia que se nos habrá concedido. Mas lo que propiamente santificó á María no fué el solo privilegio de su Inmaculada Concepcion, ni precisamente el grado eminente de gracia santificante que le fué desde luego comunicada; sino tambien el acto libre por el cual se consagró á Dios desde el primer instante de su razon; su perseverancia irrevocable en aquella consagracion; que nunca volvió atrás; y su inviolable fidelidad á todas las gracias actuales. ¿No podeis consagraros á Dios como ella, aunque no sea tan perfectamente? ¿No podeis esforzaros para persistir en este espontáneo sacrificio como

ella, y condenar y revocar todos los reparos de que pudierais ser culpable? ¿No podeis en cada ocasion corresponder á la gracia, y echaros en cara las menores infidelidades que os escaparen? Haced esto, y sereis un verdadero imitador de María. Si á ella Dios le dió mas, tambien exigió mas de ella, la cual llenó á su vez la medida de perfeccion que Dios de ella esperaba. Dad como ella á proporcion de lo que hubiereis recibido: tened de ello una buena y decidida voluntad; humillaos de las faltas que cometiereis; y reparadlas volviendo amorosamente á Dios. Esto es todo cuanto de vos se exige. ¿No veis que los modelos que Dios nos propone deben ser de todo punto perfectos; y que si no lo fuesen no serian dignos de él? Mas, por perfectos que sean, no son menos proporcionados á nuestra debilidad, la cual tiene todos los socorros necesarios para acercarse á ellos. Si Dios nos negase estos socorros, no seria justo, y pudiéramos nosotros quejarnos de él. Nada nos falta empero por su parte; y nosotros no podemos inculpar sino nuestra flojedad. Estudiad pues aquello en que María es imitable, é invocando su proteccion poderosa, trabajad con todo vuestro poder á parecérosle.

CAPÍTULO II.

De la Presentacion de María en el Templo.

Es una antigua tradicion, cuya memoria celebra la Iglesia por medio de una fiesta particular, que María desde su mas tierna edad fué presentada al Templo por sus padres, y consagrada al servicio de Dios, como el niño Samuel lo habia sido tantos siglos antes por su madre.

¿Cuáles fueron los sentimientos de María en esta nueva consagracion de sí misma, y qué sentimientos le infundió

Dios entonces en el corazon? No podemos dudar de que sus disposiciones y sus sentimientos fuesen tan perfectos como su edad y su gracia lo permitian, y aunque en este acto tan importante no recibiese un aumento de gracia, de que se valió para crecer en santidad. Así pues, desde entonces en adelante, á la sombra del santuario, oculta á las miradas de los hombres, ocupada únicamente en Dios y en su culto, fué haciendo cada dia progresos inmensos en la vida interior, y sin saberlo, se fué preparando para la alta dignidad á que Dios la destinaba. Los designios de Dios sobre ella le eran desconocidos; mas ella se dejaba conducir por sus inspiraciones, sin pensar en otra cosa que en unirse mas y mas á él, y sin otra pretension que conservarse en su humildad y en su nada, siendo conocida de Dios solo, é ignorada de todos los demás.

Vida oscura, vida pasada en el recogimiento, en el silencio, en el retiro; vida que solo tiene á los ángeles por testigos; vida que se oculta con cuidado á los demás, y hasta á sí propio, ¡cuán preciosa eres á los ojos de Dios! No conocen tu precio los hombres: incapaces son de estimarte por lo que vales. La piedad mal entendida busca como manifestarse, so pretesto de edificar; la verdadera piedad busca lo mas que puede el ocultarse; si se deja ver, es por necesidad en tanto que lo exigen la gloria de Dios, ó el bien del prójimo, y tan presto como puede, desaparece.

María en el recinto del Templo fué un tesoro de virtudes desconocido á sus mismas compañeras, y á todos cuantos con ella vivian. No hablaba de sí, ni descubria públicamente sus sentimientos interiores. Sencilla, natural sin afectacion, no se distinguia en lo exterior por nada de extraordinario: con la santidad mas sublime llevaba exteriormente una vida comun; y encerrándolo todo dentro de sí, se dedicaba á no hacerse notable. Sin duda que edificaba cuanto menos pensaba en edificar; mas hubieran sido menester unos

ojos muy penetrantes para sospechar lo que ella era. Y ¿cómo lo hubieran descubierto los demás? Ella misma lo ignoraba.

Si Dios os llama, N.... al estado religioso, haced que vuestra entrada en el claustro sea para vos lo que fué para María su presentacion al Templo. Consagraos allí á Dios como ella, y no os ocupeis sino en la oracion y en la mortificacion. Mas sea vuestro interior sellado como el de María, y no lo deis á conocer sino á aquellos que deben conduciros, y hasta el punto que sea necesario. Por lo demás, vida sencilla, vida comun, nada que llame la atencion, ninguna comunicacion exterior sino cuando os sea indispensable; olvido perfecto del mundo y de todo cuanto pasa en él. No tengais mas ambicion que la de las miradas de Dios: aspirad á ser ignorada de todos los hombres. Estad, como María, penetrada de vuestra nada; no penseis en vos, y haced sencillamente todo lo que podais para que los demás no piensen en vos.

CAPÍTULO III.

Su voto de Virginidad.

No sabemos en que edad consagró María su virginidad á Dios; pero no cabe duda en que ella hizo esta consagracion por una inspiracion muy especial del Espíritu Santo, y con un pleno y perfecto conocimiento de todas las consecuencias de esta promesa.

No habia en toda su nacion un solo ejemplo de un voto de esta naturaleza. Todos los judíos de uno y de otro sexo contraian matrimonio, tanto los de la tribu de Leví, destinados al servicio del Templo, como los demás, sin exceptuar los sacerdotes, y hasta el Sumo sacerdote. La hija de Jefté, con-

denada á morir por el voto temerario de su padre, nada mas sentia que el morir vírgen, y le pidió el permiso, antes de su sacrificio, de retirarse á los montes para llorar su virginidad con sus compañeras. En general, la esterilidad entre los judíos pasaba por un oprobio, y el mas ardiente deseo de las mujeres era el llegar á ser madres. Así pues, María se oponia al espíritu de su pueblo, y se condenaba á una especie de oprobio.

Y además el sacrificio de María no debe considerarse por el punto de vista de los placeres y de las ventajas del matrimonio. No tenia ella concupiscencia, ni sentia aliciente alguno á la union conyugal, y por esta parte nada le costó su voto. Tampoco tenia el menor apego á las cosas de la tierra, ni buscaba en ella ningun acomodamiento humano. Contenta con tener á Dios de su parte, era muy superior á la consideracion, al apoyo, á los consuelos, á los recursos que las personas de su sexo hallan en el matrimonio; y consentia de todo su corazon á vivir sola, oculta, sin relacion alguna exterior, en la estrechez y en aquella especie de esclavitud á que se sujeta el estado de vírgen.

Lo que sacrificó á Dios en aquel entonces era de mucha mayor importancia. Ella era de la tribu de Judá, y no ignoraba que de esta tribu debia salir el Mesías. Era de la familia de David, y sabia que el Mesías debia nacer de aquella estirpe. Concordes estaban, por fin, varias profecías en hacer mirar como muy próxima la venida del Mesías en el tiempo en que vivia ella. Tal era la esperanza no solo de los judíos, sino tambien de los samaritanos. Cuando pareció Juan Bautista, los judíos enviaron á preguntarle si era él el Mesías; y la mujer de Samaria dijo tambien á Jesucristo: *El Mesías está para venir, él nos lo declarará todo.* Por último, nadie pensaba que este Mesías debiese nacer de una vírgen, y no se hacia ningun caso de la prediccion de Isaías, que expresamente lo anunciaba. María al consagrarse á la castidad, re-

nunció pues, siguiendo las ideas de su nacion, á la esperanza mas bien fundada que pudo concebirse jamás de ser madre del Mesías; renunció á ella con pleno conocimiento de lo que hacia; renunció por una humildad la mas profunda, juzgándose absolutamente indigna de un tal favor; y aun cuando ella lo hubiera visto nacer de cualquier otra, no le hubiera tenido la menor envidia.

Tales son los sentimientos que él mismo Dios habia puesto en su corazon; tal era la renuncia interior y exterior por cuyo medio la preparaba á la maternidad divina. ¡Oh Dios mio! cuánto distan vuestros pensamientos de los nuestros! Vuestra sabiduría tiende á su fin por unos caminos que nos parecen directamente opuestos á él. ¿Quién entonces hubiera podido creer que el estado de virginidad, desconocido á los judíos, y entre ellos despreciado, fuese el medio escogido por Dios, la condicion necesaria para llegar á ser la Madre del Hombre Dios, y que para ser elevada á esta dignidad hubiese sido necesario renunciar á ella?

Por un milagro único, y que no debe ya repetirse mas, Dios tornó fecunda la virginidad en la persona de María. Mas él se sirve aun todos los dias de vírgenes que le están consagradas para hacerlas madres espirituales, y darles hijos de gracia. Para merecer este favor, es menester, como María, no pensar en él, creerse indigno de él, renunciarlo en cierto modo, no procurando mas que para la propia perfeccion, sin entrometerse en la de los demás sino cuando hay obligacion de ello. Los designios de Dios sobre un alma tan humilde, tan retirada y encerrada en sí misma, se manifestarán á su tiempo: ya sabrá Dios servirse de ella para su gloria y para la santificacion de los otros. Olvidémonos, no nos contemos para nada, ni nos creamos buenos para nada. Sobre la nada Dios se complace en trabajar; de la nada lo hizo Dios todo. Debemos ser infinitamente celosos por la gloria de Dios, y al mismo tiempo creernos incapaces de procurarla. Abismémo-

nos en nuestra bajeza; perdámonos en la oscuridad; dejemos á Dios el cuidado de emplearnos y de sacar su gloria de nosotros como mejor le plazca; él lo conseguirá por vias enteramente opuestas á las que pudiéramos imaginar. María vino á ser, despues de Jesucristo, el mayor instrumento de la gloria de Dios; y en cuanto á sí misma, nunca pensó María sino en anonadarse. Su humildad parecia ser un obstáculo á las miras que Dios tenia sobre ella; y al contrario, ella lo conducia todo á su cumplimiento.

CAPITULO IV.

Su desposorio con San José.

El voto de virginidad, siendo en aquel tiempo una cosa extraordinaria, quedó como un secreto entre Dios y María, y no hay la menor apariencia de que lo comunicase á sus padres, supuesto que aun viviesen, pues por piadosos que fueran, es probable que se hubieran opuesto á ello, segun las ideas recibidas en su nacion. Mas Dios que queria ocultar por algun tiempo á los hombres el conocimiento de la concepcion y del nacimiento milagroso de Jesucristo, y cubrir este prodigio bajo el velo del matrimonio, inspiró á José la idea de pedir á María á sus padres para esposa. Era, así como ella, de la tribu de Judá y de la estirpe de David. Sus padres se la concedieron, y la ceremonia de los esponsales, y tal vez la del matrimonio, fué celebrada antes de la embajada del ángel Gabriel.

María, pues, se vió obligada á declarar su voto á José, exigiendo de él la palabra de que no atentaria contra aquél; que viviria con ella en una perfecta pureza; y solo bajo esta condicion le admitió por esposo. José pues por su parte,

se comprometió tambien á la virginidad, y fué un ejemplo único, un espectáculo de júbilo y asombro para el cielo el de un matrimonio de dos esposos resueltos á unirse y permanecer vírgenes.

Mas, aunque José fuese un *hombre justo,* y que María tuviese todos los motivos imaginables para contar sobre su promesa, tuvo sin duda necesidad de una gran confianza en Dios, y de un grande abandono de sí misma para entregarse así á la fe de un hombre; para consentir en vivir y en habitar con él en la libertad, franqueza é intimidad que lleva consigo la union conyugal; para darle en lo exterior todo derecho sobre ella, y creer al mismo tiempo que su castidad no corria el menor peligro. Hasta entonces habia vivido oculta á los ojos de los hombres, y héosla aquí entregada en las manos y á la merced de un hombre que se enlaza con ella, y á quien, bajo el título de esposo, toma por custodio de su castidad. José correspondió bellamente al concepto que María habia formado de él. Mas para comprender hasta que punto se abandonó María á Dios en tan delicada coyuntura, que tan importantes consecuencias debia tener para el resto de su vida, seria menester concebir cuán extremadamente amaba ella la pureza, y cuán celosa estaba de conservarla sin la menor mancha. Y sin embargo, conservándola así, era preciso salvar en lo exterior todas las apariencias, y aparentar que vivia con José como otra esposa cualquiera; es decir, que su union fué á la vez muy estrecha, muy cordial, muy familiar y muy santa.

Tal es la prueba á la que puso Dios la virtud de María, antes de anunciarle sus designios sobre ella. Para resolverse á entrar en este empeño, cuyo misterio ignoraba todavía, no tomó mas consejo que de Dios, obedeciendo á sus padres, que tenian derecho para disponer de ella, ignorando el voto que habia hecho: esperó que Dios la protegeria, sin darse cuidado por los medios, y que proveeria para el entero cum-

plimiento de su voto. Así que, no tuvo la menor desconfianza, ni sospecha, ni sombra de ocurrencia con respecto á José, y se entregó á él con la misma seguridad con que se hubiera entregado á un ángel.

¿Qué nos enseña aquí María? A no raciocinar sobre la voluntad de Dios, cuando nos es suficientemente manifestada; á no imaginarnos peligro alguno para nosotros, cuando él mismo es quien nos expone; á confiarle sin temor nuestros mas caros intereses, y á creer que no cuidará menos de ellos que nosotros mismos. La vida interior es una vida toda de fe, toda de abandono: ella no consulta ni sigue las reglas de la prudencia humana. Entonces se vive bajo el imperio de la gracia: á ella sola debe escucharse, sin otra direccion que la de la obediencia. Si María hubiese tenido propio discernimiento, propia voluntad, jamás hubiera consentido en desposarse con José. Si hubiera dado oidos á su razon, no hubiera creido poder consentir en ello, sin exponer su virginidad, y sin faltar á su voto. Fácil le hubiera sido justificar á sus propios ojos su negativa; no le faltaban ciertamente razones las mas fuertes en apariencia, y no podia prever lo que debia acontecer. Y no obstante hubiera obrado mal, y hubiera resistido á la voluntad de Dios. Nosotros lo juzgamos ahora así, porque lo vemos por el suceso. Pero el suceso que nos es desconocido, y que hasta nos es imposible sospechar, no puede ser la regla de nuestra conducta; de otra necesitamos, y esta regla es el abandono á la voluntad de Dios, suceda lo que suceda: es el sacrificio de todo raciocinio á la fe. Observad bien todo el decurso de la vida de María, y vereis que se dejó guiar en todo por la fe, posponiendo todo raciocinio.

CAPITULO V.

Embajada del ángel Gabriel.

María estaba retirada en Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, territorio el mas oscuro y el mas pobre de la Judea: allí vivia del trabajo de José que era carpintero, y desempeñaba por sí misma los quehaceres de la humilde casa. Dios habia preparado estas circunstancias de toda la eternidad, y habia escogido esta ciudad, esta tienda y este miserable recinto para hacer de él el teatro de sus maravillas. Despacha para esta Vírgen no un ángel ordinario, sino un arcángel, para anunciarle que él habia puesto en ella los ojos, con el fin de hacerla Madre del libertador del género humano. ¡Y qué, Dios mio! ¡Vos habeis prometido á David que el Mesías saldria de su sangre, y esperais, para cumplir vuestra promesa, que esta sangre haya caido en la condicion mas abyecta! ¡Un artesano, confinado á un rincon de la Judea, será reputado el padre de vuestro Hijo único, y su Madre la mujer de un artesano! ¿Qué será pues de aquellas ideas magníficas que vuestros profetas nos dan del Mesías y de su Reino? ¡Pensamientos humanos! cuán bajos sois, cuán rastreros, en comparacion de los pensamientos de Dios! La grandeza de este Mesías es una cosa enteramente diversa de lo que os imaginais: será grande á los ojos de Dios; y para ser tal, ha de ser pequeño y despreciable á los ojos de los hombres; sus padres nada han de ser segun el mundo, y aun es necesario que sean mas humildes en el corazon de lo que parecen exteriormente.

A María pues, en la humilde casa de Nazareth es á quien se aparece el ángel Gabriel, el cual le entabla su embajada en estos términos: *Dios te salve ¡oh llena de gracia! el Señor*

es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres [1]. En este discurso reconocerá cualquiera á un súbdito respetuoso que rinde á su Reina sus homenajes. En toda la Escritura, en donde son tan frecuentes las apariciones de los ángeles, no hay una sola que empiece con estas palabras: *Dios te salve*. Reservadas estaban para María, cuya humildad no permitió que se envaneciese por ellas. Y aun las que siguen eran mucho mas capaces de envanecerla: *Llena de gracia*. Un ángel es quien habla de parte de Dios, y que no profiere sino las palabras que Dios ha puesto en su boca. María podia pues, y debia creerse llena de gracia, pues el mismo Dios se lo aseguraba. Pero cuanto mas se la ensalza, mas se humilla; y sin hacer una sola reflexion sobre el discurso del ángel, reconoce interiormente que ella es nada, y que todo lo obró en ella la gracia.

Bendita tú eres entre las mujeres. Otras mujeres antes de vos fueron benditas del cielo, mas nadie lo es ni lo será como vos. Vos lo sois como un alma pura y sin tacha; lo sois como consagrada á él por vuestro voto de virginidad, y vais á serlo por el beneficio único que os hará Madre de Dios sin dejar de ser vírgen. Vos por humildad habeis renunciado ser la Madre del Mesías, y esta humildad es la que va Dios á coronar con una dignidad tan gloriosa. Las otras mujeres han creido un mérito y casi un piadoso deber el pretenderlo; mas juzgándoos vos indigna de ello, habeis merecido ser preferida á todas, y la bendicion del Altísimo ha descendido especialmente sobre vos, porque os habeis conservado siempre en vuestro abatimiento.

A este discurso del ángel María se turbó, no creyendo que á ella pudiesen dirigirse semejantes palabras, ni que fuese un ángel quien así le hablase. Su turbacion no procedia de otra cosa sino de los ínfimos sentimientos que de sí misma tenia: temió hacerse ilusion: temió las artimañas del demo-

[1] Luc. 1. 28.

nio: entró en desconfianza de este saludo á causa de que le era tan lisonjero. Todo lo que podia hacerla parecer grande á sus ojos le era sospechoso, y su humildad se alarmó tanto que hubo menester que el ángel la tranquilizase.

¡Cuán agradables eran á Dios aquella agitacion de María, aquellos pensamientos que la turbaban con motivo de un saludo que no podia creer que se dirigiese á ella! Si Dios la mandó saludar en términos tan honoríficos, fué porque sabia que ella era incapaz de atribuirse nada á sí misma, y de otro modo se hubiera portado en ella, si hubiese previsto que por parte de la misma habia algo que temer. La mas fuerte tentacion de vanagloria á que podemos vernos expuestos es sin duda cuando recibimos las alabanzas de Dios, que es la verdad misma. Preciso es entonces aceptarlas, creerlas verdaderas, y sin embargo, no complacerse en ellas, refiriendo á Dios solo toda la gloria. ¿Qué otra virtud menor que la de María no hubiera sucumbido á semejante prueba? Mas el triunfo de su humildad consiste en que ésta aumenta á pesar de lo que parecia deber debilitarla.

Cuando en la vida de los Santos leemos los favores que Dios les ha dispensado, los elogios que algunas veces se ha complacido en dar á su virtud, guardémonos mucho de desear para nosotros ninguna cosa semejante. Imitemos á María, la cual nunca pensó que un ángel debiese venir á traerla una tal embajada, de la cual se hubiera realmente hecho indigna si hubiese sido capaz de tener de ella el menor deseo. Tales favores, son ó dejan de ser peligrosos, segun se halla dispuesto el corazon cuando se reciben. Mil veces mas vale quedar privado de ellos, que abusar de los mismos por el menor asomo de vanidad: el único medio para evitar este peligro, es alejar de sí el deseo y hasta el menor pensamiento de un tal beneficio. Tengamos por cierto que todo cuanto en esta parte concediéramos á nuestros deseos, seria una pura ilusion. No busquemos, pues, por nosotros mismos como sa-

lir de la via ordinaria; y si Dios nos sacase de ella, estemos seguros de que lo único que puede sostenernos en una senda extraordinaria, es una humildad parecida á la de María.

CAPÍTULO VI.

Anuncio del misterio de la Encarnacion.

El ángel pues sosegó á la tímida y turbada María, diciéndole: *¡ Oh María! no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios.* El es quien á vos me envia, para llevaros de parte suya palabras de bendicion y de paz. Vos habeis hallado gracia delante de él; vos le sois agradable mas que ninguna otra criatura, y él os ha escogido para cumplir en vos el mas grande de sus designios, el de la reparacion de su gloria, y el de la salud del universo. *Sábete que has de concebir en tu seno y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre Jesus. Será grande, y se llamará Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su Padre David; reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin* [1]. ¡Magnífica promesa! ¡Cuán propia parece para elevar un corazon menos humilde, digámoslo mejor, menos anonadado que el de María! ¡Un hijo que llevará el nombre de Jesus, ó de Salvador, que será grande absolutamente y por sí mismo, grande con una grandeza incomparable, y sobre toda grandeza criada, pues que será reconocido por el Hijo del Altísimo! Este Hijo, salido de David, será colocado sobre su trono por Dios mismo; no sobre un trono material, que está destruido y no se volverá á levantar, sino sobre un trono espiritual del que el de David no era sino figura. Reinará para siempre sobre los hijos de Jacob, sobre los verdaderos israelitas, es

1 Luc. 1, 31.

decir, los verdaderos servidores de Dios, de quienes será él la cabeza, el legislador y el modelo. Su Reino, todo de gracia, no tendrá fin; y despues de haber empezado sobre la tierra, continuará en el cielo para no acabar jamás. Tal es el sentido de las palabras del ángel, que María entendió entonces cuanto debió entender, quedando siempre no obstante en la oscuridad de la fe. Porque yo no creo que fuesen para ella tan claras como lo son para nosotros ahora que el velo está levantado, y que el misterio se nos ha revelado enteramente. Dios dispensa las luces con maravillosa economía, dejando siempre á la fe de que ejercitarse; y la misma María, aunque mas alumbrada que otro alguno sobre el destino de Jesucristo, no fué perfectamente instruida, sino despues de verificado en su persona el entero cumplimiento de las profecías. El Evangelio nos dará mas de una prueba de lo que acabo de decir.

Sea de esto lo que fuere, lo que mas sorprendió á María no fueron las grandes cosas que se le anunciaban, sino la imposibilidad natural que veia en ejecutarse, sin perjuicio de su virginidad. Se le dice que será Madre, y ella prometió á Dios conservarse vírgen. *¿Cómo ha de ser eso*, dice al ángel, *pues no conozco varon*, y estoy resuelta á no conocerlo jamás? No duda ella de la omnipotencia de Dios; mas expone con sencillez su situacion, su deseo de ser fiel á su voto, y pregunta cómo puede esto conciliarse con la maternidad que se le anuncia.

Jamás me parece bastante repetido, que María pensaba y hablaba en todo de una manera sobrenatural, y en aquella ocasion mas que en otra alguna. La disposicion que ella descubrió al ángel, era la misma en que Dios la ponia por su gracia. No tenia entonces un sentimiento, no decia una palabra que no le fuese inspirada por el Espíritu Santo. Dios pues queria, que en el momento en que él le anunciaba por medio de un ángel los mas encumbrados destinos, ella no se ocupase sino en su castidad, y en el cuidado de conservarla.

Concluyamos de ahí, que en las ideas de Dios el amor y la práctica de una virtud, aun de aquella cuyo único objeto es la pureza corporal, son muy superiores á los mas señalados favores del cielo, y á la dignidad mas sublime á que puede ser elevada una criatura. Así pues, para conformarnos con los pensamientos de Dios, hagamos en toda nuestra vida, como María, mas caso del menor acto de virtud, que de todos los dones celestiales; porque no son estos dones, sino las virtudes cuyo ejercicio cuesta á la naturaleza las que glorifican á Dios, y nos santifican. Los dones de Dios, el de la oracion, por ejemplo, no se nos conceden para que disfrutemos meramente de ellos, sino para facilitarnos la práctica de lo mas perfecto que tiene la moral evangélica, la renuncia, el abandono, la muerte entera á nosotros mismos. Toda oracion que no produzca tales efectos, por elevada que se la suponga, nada vale, y no servirá sino para nuestra condenacion. Si María, deslumbrada por el título de Madre de Dios, no hubiese sentido inquietud sobre el modo con que podia conciliarse con su virginidad, Dios la hubiera desechado: no hay duda. Todo lo que el ángel de una parte, todo lo que María de otra debian decir, estaba preparado, previsto, ordenado en los designios de Dios; y si ella se hubiese separado un solo ápice, hubiera dejado sin efecto la mas célebre embajada que jamás se hizo.

CAPÍTULO VII.

Declaracion del cumplimiento del misterio.

El ángel va á tranquilizar á María sobre el objeto que ocupa mas su corazon que la maternidad divina. *El Espíritu Santo*, le dice, *descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te*

cubrirá con su sombra. El mismo Espíritu Santo es quien os tornará fecunda: el Altísimo pondrá en obra su omnipotencia; superará la ley mas inviolable de la naturaleza, para formar en vos por medio de una maravillosa operacion la carne á que debe unirse su Verbo. Esta obra será de la misma Trinidad, y á ella concurrirán todas las personas divinas. ¡Misterio inefable! ¡Secreto conocido de Dios solo, y que no comprendia ni el ángel que á María lo anunciaba! María necesita aquí de toda su fe para creer; lo que se le dice es superior á su inteligencia. Al preguntar como puede aquello verificarse, se le explica, pero de un modo tan elevado á que nó alcanza su pensamiento. No comprende, pero somete su razon, persuadida de que no faltan á Dios medios para cumplir sus designios, que no están al alcance de la criatura.

Por cuya causa, añade el ángel, *el santo que de tí nacerá será llamado Hijo de Dios*. El cuerpo que se formará en vuestro casto seno, de vuestra mas pura sangre, mediante la operacion del Espíritu divino, será un cuerpo santo de la santidad misma del Hijo de Dios, que se le unirá; y se dirá de esta carne: Es la carne del Hijo de Dios. De la union del alma humana con su cuerpo no resultará una persona; sino que, una y otra sustancia unidas inseparablemente al Verbo, no tendrán otra personalidad que la suya. Así el alma será el alma del Verbo, el cuerpo será el cuerpo del Verbo encarnado. Una carne destinada á ser la carne del Hijo de Dios no debia formarse en otra parte que en el seno de una vírgen y por la operacion del Espíritu Santo.

Para hacer creible á María tan estupendo milagro, *ahí tienes*, prosigue el ángel, *á tu parienta Elisabeth, que ha concebido un hijo en su vejez, y hoy cuenta ya el sexto mes de su embarazo la que se llamaba estéril*, esto es, reconocida por tal *porque á Dios nada es imposible*. Dios es quien os habla por boca mia; Dios es quien os asegura que concebireis y pariréis sin dejar de ser vírgen. Él es veraz en sus palabras;

es todopoderoso: sometidas le están todas las leyes de la naturaleza; él es quien las hizo; él puede, cuando le place, sobreponerse á ellas. No debeis pues vos vacilar en creerlo.

Cuando Dios tiene sobre un alma algun designio extraordinario, sin esplicarle á fondo este designio, ni la manera con que él lo cumplirá, se lo esplica lo bastante para convencerla de su infinito poder, y no dejarle motivo alguno de duda, exigiendo de ella un consentimiento á la vez ciego é ilustrado. Ciego, porque la razon no puede penetrar en el secreto de Dios; ilustrado, porque esta misma razon tiene en la veracidad de la omnipotencia divina motivos evidentes para someterse. No permitamos pues á nuestro entendimiento curiosidad alguna sobre las cosas mismas que Dios nos propone, ni sobre los medios por los cuales las verificará. Esto no es de la inspeccion de nuestra inteligencia; y si lo comprendiéramos, ya no habria fe, ni mérito por consiguiente. Atengámonos á su palabra; y desde el momento que estemos seguros de que habló por medio de los que tenemos en lugar suyo, no vacilemos en creer lo que nos parezca mas distante de la posibilidad.

CAPÍTULO VIII.

Consentimiento de María.

Satisfecha ya sobre el punto que mas inquietud le daba, y fiando en el discurso del ángel, aunque no lo comprendiese, María no titubeó en dar su consentimiento. *Hé aquí*, dice, *la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra*.

Muchas observaciones importantes hay que hacer aquí. La primera es que Dios pide el consentimiento expreso de María para elevarla á la dignidad de Madre de Dios, y que

le deputa un ángel para obtenerlo. Ved con qué consideracion y miramientos trata Dios á su criatura, cuando tiene sobre ella algun designio extraordinario. No lo ejecuta sin proponérselo, sin escuchar sus razones, si alguna tiene que oponer. Solicita su consentimiento, pero no lo exige, y quiere que se le dé con entera libertad. El título de Madre de Dios era un favor único, un privilegio incomparable, una distincion sin ejemplo, y que no debia renovarse en todo el decurso de los siglos. Mas por este título María contraia tambien los mas grandes empeños. Debia dar á Dios á proporcion de lo que recibia; debia aspirar á la santidad mas sublime, y de consiguiente consagrarse sin límites á la voluntad de Dios, muriendo absolutamente á sí misma; debia someterse á las mas terribles pruebas, y participar de las de su Hijo. Estaba instruida lo bastante en el sentido espiritual de las profecías, para saber que el Mesías debia padecer mucho, y que seria un *varon de dolores*. Sin duda que Dios le presentó en general un cuadro de todo esto que le impresionase, al tiempo de hablarle el ángel, y pudiera ser tambien que éste le insinuase alguna cosa sobre el particular, que su humildad no le permitió revelarla. Es pues muy probable que previó todas las consecuencias del consentimiento que iba á dar, y que, en calidad de Madre, tuviese mas parte que otro alguno en la cruz del Salvador. Sin esta circunstancia, el mérito que tenia en consentir, no hubiera sido tan grande de mucho como podia ser. María se sacrificó de un modo el mas perfecto desde el instante en que aceptó el ser la Madre de Jesus, así como Jesus se sacrificó en el instante mismo de su entrada en el mundo.

La segunda observacion es, que María necesitó de mas valor, de mas generosidad, de mas grandeza de alma de lo que se cree generalmente para consentir en la proposicion que le fué hecha por el ángel; y esta observacion es una consecuencia de la anterior. Nosotros en la calidad de Madre de Dios

no vemos mas que una dignidad que la elevaba sobre los ángeles y los hombres; y bajo este respeto, nos parece que ningun esfuerzo debia costar á María el aceptarla; antes al contrario, que debia darse á ello la mayor prisa. Mas nos engañamos groseramente, porque miramos las cosas sobrenaturales con los ojos de la carne. Esta calidad era una carga, y una carga la mas pesada, á la cual iban unidas todas las cruces que debia llevar María; así como la gran cruz con que Jesus debia cargar, era una consecuencia de la union del Verbo con su santa humanidad. A la manera, pues, que esta santa humanidad quedó en cierto modo anonadada por su union con el Verbo, y fué puesta en un estado de víctima, que le comprometió á llevar todo el peso de la cólera celeste para la salud de los hombres; en la misma proporcion, la union de María con Jesus, siendo su Madre, era para ella una especie de anonadamiento, una destruccion total de la naturaleza, una sujecion al mas doloroso martirio que hubo jamás, despues del de su Hijo. Infiérase de ahí la grandeza de sentimientos con los que pronunció aquel *Fiat* de que dependian la reparacion de la gloria de Dios, y la salvacion del género humano.

La tercera observacion, sobre la que tanto han insistido los santos Padres, mira á la profunda humildad de María. Un ángel la saluda como Madre de Dios; y en el momento mismo en que consiente serlo, se llama su esclava: y por sumision, por obediencia, sin olvidar su bajeza, antes bien abismándose mas en ella, es como acepta un título de honor que le dará autoridad sobre un Dios hecho hombre. Al ejercer los derechos de una Madre, María se acordará siempre que es sierva, y la sierva de aquel mismo á quien manda. Cuando mas elevada, tanto mas humilde. Tal es el efecto de las grandezas que nos vienen de Dios, cuando se reciben y se usa de ellas como es debido. Estas grandezas obligan á la práctica de las mas altas virtudes, y sobre todo de la humil-

dad. Los bajos sentimientos de nosotros mismos deben crecer con proporcion á la altura á que Dios se digna elevarnos. Lo que mas á él nos acerca, no son los favores que nos hace, sino nuestra fidelidad en quedarnos en nuestra nada. ¡Oh pequeñez! ¡Oh humanidad! ¿Quién conoce tu precio? ¿Quien te prefiere á todo? ¿Quién lo emplea todo en empequeñecerse siempre mas? Esto es verdaderamente grande á los ojos de Dios, y no hay otra grandeza sobrenatural sino esta. Despues de Jesucristo, el mas bello ejemplo de esta virtud nos lo dá María. ¡Qué grandeza la del Hombre Dios! Ella fué la medida de su anonadamiento. ¡Qué dignidad la de Madre de Dios! María no fué por ella sino mas humilde sierva del Señor.

CAPÍTULO IX.

Cumplimiento del misterio de la Encarnacion.

Tan presto como María hubo dado su consentimiento, el ángel la dejó. Aquí se detiene el Evangelio, sin hablar una sola palabra del misterio inefable que en aquel instante se cumplió en ella. Sobrevino el Espíritu Santo, y formó por sí mismo de la mas pura sangre de María en su casto seno el cuerpo del Hombre Dios. Este cuerpo, en su mayor pequeñez, fué completo y perfecto en todas sus partes, en el momento mismo de su formacion; en el cual fué animado, y quedó unido inseparablemente, así como su alma, á la persona del Verbo. San Lucas calla sobre todo esto, porque no refiere sino lo que sabia mediata ó inmediatamente de la santa Vírgen; y porque ésta guardó un profundo silencio sobre lo que entonces pasó en ella. Sin duda que ni ella misma hu-

biera podido explicarlo, pues una tal operacion es superior á toda palabra y á todo concepto. Parece que por lo menos podia ella hablar del éxtasis en que entró en aquel momento, y de la celestial delicia, é infinitamente superior á los sentidos, de que quedó santamente embriagada por la presencia y accion íntima del Espíritu Santo su esposo. María guarda para sí este maravilloso secreto; y despues que salió de este arrobamiento, ni aun se permitió pensar en él.

Callemos pues tambien nosotros, y respetemos el silencio que le impusieron Dios y su humildad. ¿Qué diríamos sobre este particular que se acercase á la verdad, y que por nuestra parte dejase de ser una pura aunque piadosa imaginacion? S. Pablo dice que en su transporte al tercer cielo oyó las palabras misteriosas, de que no es dado á un hombre hablar. Por sublime que fuese la elevacion del Apóstol, nada fué por cierto comparada con la que el Espíritu Santo obró en María en su union inefable con ella. Aprendamos en esto primeramente á callar sobre las gracias extraordinarias que Dios pudiera hacernos, á no comunicarlas sino con una santa reserva, aunque sea al director de nuestra alma, hasta el punto que sea necesario para asegurarnos de que no es ilusion; en segundo lugar, á no ejercitar la curiosidad de nuestro pensamiento sobre lo que pasó en nosotros durante las operaciones sensibles de la gracia, y á imponernos el deber de no reflexionar sobre ello, á lo cual harto nos inclina el amor propio con evidente peligro de caer en la vanidad. En cuanto á esta especie de favores el alma debe ser como un canal que las recibe, que las deja pasar, sin esfuerzo alguno en detener la mas mínima parte ni por el entendimiento, ni por la voluntad. En tercer lugar, á no ser mas curiosos con respecto á lo que esperimentaron los Santos en sus comunicaciones con Dios; á no detenernos demasiado en lo que en sus vidas leemos sobre el particular; y sobre todo á no leer ciertos libros en los que algunos ingenios pia-

dosos, pero temerarios, se empeñan en esplicar lo que sobrepuja claramente á la comprension humana. Observad la sobriedad admirable de la Escritura siempre que habla de cosas semejantes; dice lo que se ha de decir, sin dar el menor pábulo á una vana curiosidad. Dejemos á Dios sus secretos; él nos los reserva para la otra vida, porque seria tan inútil como peligroso el querer conocerlos en esta. Y sobre todo, no fueron estas gracias las que formaron los Santos; y nosotros no debemos solicitar otra instruccion que la que los santificó. En esto mas que en otra cosa, es necesario la *prudente sobriedad* tan encarecidamente recomendada por S. Pablo. Muchos libros hay de una espiritualidad falsa, ó á lo menos sospechosa. Tales son aquellos en los que el autor se interna mucho en los secretos de la oracion: desconfiemos de ellos. Créese que elevan el espíritu y que le ilustran. Nada de esto, le llenan sí de ideas abstractas, confusas, sin la menor solidez, y al mismo tiempo hinchan y secan el corazon. Las mujeres son muy curiosas para esta especie de libros, en los cuales se calienta y se sutiliza su imaginacion: en ellos se pierden, reteniendo en su memoria una mística jerigonza de que se valen sin entenderla. Y es lo peor, que se aplican á sí mismas lo que leen en semejantes libros, forjándose estados en que no se hallan, y creen ver claramente en su interior. No es creible lo que abusa el demonio de esta sed insaciable que tienen de ser entendidas en materias espirituales. No sea N..... este vuestro defecto, y sea María vuestro modelo en este punto, así como en todos los demás. Nadie sobre la tierra supo tanto como ella en las cosas de Dios. Su experiencia, sin libro alguno, la habia instruido, y los mas hábiles doctores, los mas grandes Santos, los apóstoles mismos; nada sabian comparados con ella. Pero nadie fué mas reservado en hablar de ellas; y su reserva en esta parte es para nosotros una enseñanza mas profunda, mas instructiva, que la enseñanza mas sublime que podia habernos dado.

CAPÍTULO X.

Reflexion sobre la Maternidad divina.

Henos aquí á María entrada ya en un estado nuevo, mas santo y mas perfecto que los precedentes. El ángel la ha saludado *llena de gracia*: ella posee ya dentro de sí al mismo Autor de la gracia, y esta posesion no es momentánea, pues lo llevará nueve meses en sus castas entrañas. Mientras que con su propia sustancia nutre y hace crecer el cuerpo de su Hijo, cuerpo adorable que forma con el suyo una misma cosa, su Hijo la alimenta espiritualmente por medio de las influencias de su divinidad, y hace con el alma de su madre lo que ésta con su cuerpo, comunicándole, si es lícito hablar así, su sustancia divina, así como ella le comunica su sustancia corporal. ¡Qué union! qué intimidad! No hay mayor, en el órden de la naturaleza, que la de una madre con el hijo que lleva en su seno. Todas las disposiciones, todas las impresiones de la madre pasan al hijo; y lo que obra sobre la una, obra por repercusion sobre el otro, porque los dos físicamente no forman mas que uno. Asimismo pues, en el órden de la gracia no hay union mas estrecha que la de María con Jesus. Las disposiciones, los sentimientos del Hijo pasan al alma de la Madre. No hay afecto, no hay impresion de que no la haga partícipe; y uno y otra no forman moralmente sino una misma cosa. María era antes recogida. Mas ¡qué nuevo género de recogimiento la domina ahora, de que ni aun idea tenia! Ella antes gozaba de contínuo de la presencia de Dios. Mas ¡qué comparacion tiene con esta nueva presencia que la autoriza para decir: Dios está realmente en mí, me es mas íntimo que yo misma; y así como mi vida es la suya, su vida es tambien la mia! Antes estaba siempre en oracion.

Mas ahora Jesucristo mismo es quien ruega en ella y con ella: y su oracion es la misma que la del Verbo encarnado. Ya no necesita, para hallar á Dios, que su espíritu y su corazon se transporten fuera de sí misma. Ella lo tiene en sí; su estado natural, en cierto sentido, es de estar con Dios; y el mismo Hijo único que está eternamente en el seno del Padre, reside temporalmente en el seno de María. Dicho esto, ya se ha dicho todo sobre el interior de María; solo falta confesar que es incomprensible.

Mas ¿que enseña de nuevo á María el Verbo anonadado en ella? Le dá luces mas vivas que nunca sobre la grandeza de Dios, y sobre la nada de la criatura. Le comunica sobre la humildad miras y sentimientos que antes no tenia, ni podia tener; le enseña que si la majestad divina no puede ser dignamente honrada sino por las humillaciones de un Dios hecho hombre, todos nuestros homenajes de nada sirven, y no son capaces de merecer por sí solos su agrado. ¡Qué enseñanza, oh Dios mio! ¿Y quién nunca la comprendió mejor que la madre del Verbo encarnado, para dar á su Padre la gloria que le es debida? María desde aquel momento ya no pensó mas en glorificar á Dios por sí sola; tuvo el sentimiento íntimo de su impotencia, y no lo glorificó sino por medio de su Hijo. Nada puedo, le dice, nada soy, nada tengo que ofreceros; solo tengo al Hijo que vos me habeis dado: yo os adoro por él, yo os doy gracias de todo por él. No fijeis en mí los ojos; ¿qué veriais? ¿Con qué título mereciera yo ser admitida á vuestra presencia? Mas mirad á vuestro Hijo: es el vuestro, es el mio. Vedlo reducido á un estado de anonadamiento para reconocer vuestra soberanía. No cree abatirse demasiado, y mas se abatiera aun, si le fuese posible. ¡Ah! ¿qué puedo hacer yo sino unir la nada de mi naturaleza á su voluntario aniquilamiento, y suplicaros que os sea grato el homenaje de la Madre en el del Hijo?

Sí: María desapareció totalmente á sus propios ojos desde

el momento en que fué Madre de Dios. El sér infinito que encerraba en su seno absorbió su ser finito; ni tanto queda perdida una gota de agua en el Océano, como lo quedó ella en el abismo de la Divinidad. Así se verifica como lo he dicho ya, que toda elevacion que viene de Dios, concentra la criatura en la mas profunda humildad.

¡Oh humildad incomparable! yo no te conozco, y sin el auxilio de una luz superior yo no te conoceré jamás. Si cosa hay que pueda hacerme concebir de ella alguna idea, son los sentimientos que debió tener y que tuvo de sí misma la Madre de Dios. ¡Cuán humilde debió ser ella para merecer semejante favor! Mas ¡cuánto mas debió serlo despues que lo hubo recibido! ¿Qué venimos á ser nosotros? ¡Cuán injustos y despreciables, cuando queremos ser alguna cosa! ¡Cuán culpables, cuando nos envanecemos de los dones de Dios, cuando nos los apropiamos, cuando tomamos de ellos motivos para anteponernos á los demás! Es desquiciar el órden, es ir contra los designios de Dios, es ultrajarle por el lado mas sensible, es igualar en orgullo á los demonios el hacer servir á la vanagloria lo que solo se me ha dado para humillarme mas. ¡Oh Verbo encarnado! Yo os suplico por la intercesion de vuestra Madre santísima que os sirvais de todo el poder de vuestra gracia para aplastar, para aniquilar en mí el orgullo y el amor propio. Cortad el vivo en la raiz, no me tengais piedad en esta parte. Nada seré á vuestros ojos en tanto que á los mios sea alguna cosa. Si preveis que vuestros dones deben ensoberbecerme, privadme de ellos, retiradlos. Consiento en ser miserable, despojado de todo bien espiritual, con tal que sea humilde.

CAPÍTULO XI.

Visita de María á Elisabeth.

Habiendo sabido María por el ángel que su prima Elisabeth estaba en cinta de seis meses, inspiróle su caridad el ir á visitarla desde luego para felicitarla, y el cumplir con ella los deberes de una parienta por medio de los servicios que en su estado necesitaba. Jesus, que sugirió á su Madre esta idea, tenia un designio mas elevado, cual era el de santificar á Juan su precursor, y prepararle muy de antemano para cumplir las funciones de tal. No dió á conocer á María su designio, la cual ignoraba los pormenores de lo que habia pasado con respecto á Elisabeth, é ignoraba el destino de Juan; mas para que se cumpliese, sirvióse de la oportunidad de esta visita. *En aquellos dias pues,* dice el Evangelio, pocos dias despues de la embajada del ángel Gabriel, *partió María y se fué apresuradamente á las montañas de una ciudad de la tribu de Judá*, donde moraba Elisabeth. Esta ciudad distaba mucho de Nazareth, y estaba en el extremo opuesto de la Judea, por lo cual el viaje fué bastante largo y penoso para una jóven de quince á diez y seis años.

Muchas observaciones se presentan acerca de este viaje. María, aunque mucho mas jóven que Elisabeth, era, por su calidad de Madre de Dios, incomparablemente superior á ella; y si hubiese sido capaz de mirarse con ojos humanos, se hubiera creido sin duda muy dispensada de visitar á su prima, y obligada lo mas á enviar alguno para congratularla é informarse de su novedad. Mas la humildad no discurre así. María no solo deja de pensar que se abaje, ganando á Elisabeth por la mano; sino que, muy al contrario, se halla

íntimamente convencida de que le debe aquel acto de atencion que le tributa, y se dá priesa á partir.

No sabiendo sino por el ángel el estado de Elisabeth, sin habérselo ésta participado, podia creer tambien fundadamente que no se ofenderia de que no la visitase; y para otra cualquiera que no hubiese sido María, esta era una razon muy justa para eximirse de un largo viaje. Pero no discurre así un alma humilde y caritativa. María no toma pretexto de no saber el embarazo de Elisabeth sino por una via extraordinaria, ni se ofende que su prima nada le haya insinuado. No dice para sí: Elisabeth debia haberme informado de su estado si queria que la visitase; sino que marcha sin deliberar para partir con su prima la alegría de ser madre á pesar de su esterilidad y de su edad avanzada; resuelta empero firmemente á guardar un profundo silencio acerca del prodigio que en sí misma se acababa de obrar.

La priesa que se dió María, nos enseña tambien que para llenar ciertos deberes que el parentesco y la cortesía exigen, es preciso saber sacrificar á la necesidad del momento el retiro, el silencio, la oracion, los demás ejercicios de piedad; y no hacerse dificultoso de aplicarse á ciertos actos exteriores. Si la piedad de María hubiese sido mal entendida, ¡cuántas razones aparentes tenia para omitir esta visita y quedarse encerrada con Dios en la soledad de Nazareth! La gracia no permite descuidar lo que al prójimo se debe, aunque no sea sino por simple bien parecer; y renunciar á esta especie de deberes, so pretesto de devocion, es abusar de la devocion misma, y tomarla en mal sentido. Portémonos pues como María en estas ocasiones indispensables, y en nada perjudicaremos nuestra santidad. Guardémonos únicamente de no conceder algo á la disipacion y al deseo de manifestarnos en lo exterior. María se olvida á sí para pensar en su prima, mas no olvida á Dios; y en medio de las distracciones interiores,

inevitables en semejante viaje, no pierde un solo momento su santa presencia.

En esta especie de deberes que se cumplen con el prójimo, y generalmente en todas nuestras relaciones con él, cuando son puros nuestros motivos, y rectas nuestras intenciones, Dios se propone muchas veces miras mas elevadas que las nuestras, y que nos deja ignorar hasta el momento en que las cumple. El grande objeto de Dios en la visita de María era la santificacion del Precursor de Jesus. María lo ignoraba absolutamente, y sin embargo cooperaba á ello sin saberlo. La oportunidad de esta visita era el medio que Dios habia escogido; y si esta no hubiese tenido efecto, por haber faltado María de su parte, ella hubiera sido responsable á Dios de haber hecho faltar su designio. Esto en la práctica es de la mayor consecuencia. Cosas que os parecerán indiferentes, tienen á menudo conexion con otras que son de la mas alta importancia para la salud y la perfeccion del prójimo. Nada sabreis de ello, es verdad; pero podeis y debeis presumirlo, y esto debe ser para vos un motivo de no faltar jamás, ni á un deber de urbanidad. Hareis ó recibireis una visita que os parecerá de pura ceremonia. Tal vez Dios quiere servirse de ella para el bien espiritual de la persona que os viene á visitar. Una palabra que se os habrá escapado como por acaso, promoverá la conversacion, abrirá el alma de aquel ó de aquella que os habla, y producirá frutos de gracia. ¡Cuántas conversaciones habrán empezado por semejantes conferencias, en las cuales no se habia propuesto desde un principio ningun objeto formal! ¡Cuántas almas entraron por esta puerta en las sendas de la perfeccion! San Francisco de Sales hizo mas bien con sus conversaciones que con sus sermones y sus controversias. Prestémonos pues á todos estos actos de cortesía que exige el comercio con el prójimo: sean siempre puras nuestras miras, abandonémonos á la gracia, á fin de que conduzca nuestros pensamientos y nuestros

discursos; y Dios sabrá sacar de ellos su gloria.

CAPITULO XII.

Entrevista de María y de Elisabeth.

MARIA, dice S. Lucas, *habiendo entrado en la casa de Zacarías, saludó á Elisabeth. Lo mismo fué oir Elisabeth la salutacion de María, que la criatura dió saltos de placer en su vientre: y Elisabeth se sintió llena del Espíritu Santo, y exclamando en voz alta, dijo: Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre* [1].

¡Cuántas maravillas se obraron á la primera entrevista de las dos primas, y á la simple salutacion de María! Jesus es el que las obra: oculto está, pero es el autor de todo. María es tan solo su instrumento. Llegan á los oidos de Elisabeth las palabras de María, y la voz secreta de Jesus se hace percibir en el corazon de Juan. La presencia de María causa á su prima una impresion de júbilo. La presencia de Jesus obra en el alma de Juan, la purifica de la mancha original, la enriquece de gracia, la llena de una alegría espiritual que le hace saltar de gozo, reconociendo y adorando ya á aquel de quien ha de ser Profeta y Precursor. En el mismo instante Elisabeth queda llena del Espíritu Santo. La repentina agitacion de su hijo tiene una causa sobrenatural que le es revelada al momento. Penetra con los ojos de la fe en el seno de María, y descubre allí al Infante divino, autor de lo que en ella pasa. En su transporte exclama que María es bendita entre todas las mujeres por el doble privilegio de su Virginidad y de su Maternidad divina, y que el fruto de sus entrañas es bendito por su union con el Verbo. Así pues, Elisa-

1 Luc. 1. 42.

beth tiene un conocimiento distinto del misterio de la Encarnacion, y este conocimiento pasa de Juan, á quien Jesus inmediatamente lo comunica, á Elisabeth su madre. ¡Qué maravillas, repito, obradas por la ocasion de una simple visita!

¡Cuál debió ser, pues, la sorpresa de María, cuando vió á su prima instruida por el mismo Espíritu Santo de lo que éste habia obrado en ella! Su humildad le habia impuesto la ley de guardar secreto sobre este beneficio. Mas Dios es el árbitro de revelarlo á quien le place; y ella adora la profundidad de sus designios, sin conocerlos. Ignoraba las relaciones é íntimas comunicaciones de Jesus y de Juan, y que Elisabeth era deudora á su propio hijo de la revelacion que entonces tuvo.

¿De dónde á mí tanto bien, prosigue Elisabeth, *que venga la Madre de mi Señor á visitarme?* Hé aquí unas palabras las mas claras y terminantes en favor de la maternidad divina. La admiracion y el sentimiento de su indignidad con que las pronunció, manifestaban con evidencia que Dios se las ponia en la boca; y de este modo recibió María por el órgano de su prima una seguridad indudable de la verdad del prodigio obrado en ella. No solicitaba ella tal seguridad, ni la necesitaba, y Dios con todo se la dá en el momento en que menos lo pensaba.

¡Qué fondo de instruccion se encierra aquí para las almas á las cuales constituye Dios en estados extraordinarios! No es raro el que despues de haber tenido en un tiempo la mas entera certeza de la realidad de su estado, lo ponen despues en duda, ya sea que se haya borrado la primera impresion, ya sea que el demonio forceje para turbarlas por medio de sus sugestiones, ó que sus propias reflexiones sobre los cambios sobrevenidos en su estado les inspiren alguna inquietud. Mas guárdense de atormentar á Dios, como hacen muchas veces, para que les dé seguridades de que no se alucinan; descansen en él, como María, y dejen á su cuidado el dárseles cuan-

do lo juzgará oportuno. No les faltará á lo necesario, y sabrá hacer conocer muy bien á estas almas y á los demás, que aquel su estado interior es obra suya. Mientras esperan que se declare, manténganse en la oscuridad de la fe, sometan al juicio de su director espiritual lo que les atañe, y no busquen importunamente seguridades, para las cuales tiene Dios sus tiempos señalados, fuera de los que serian perjudiciales á los progresos de su espíritu. Es necesario que mueran enteramente á sí mismas; y es evidente que no moririan jamás á sí mismas, si conservasen siempre una seguridad positiva de que su estado es de Dios. María nada de esto pidió jamás, y no podemos dudar que su fe haya sido tanto ó mas ejercitada que la de otro santo alguno. Las pruebas nos las suministrará el Evangelio.

Elisabeth comprendió perfectamente el misterio del estremecimiento de su hijo, pues sobre esto se fundó el llamar á María *la Madre de su Señor*. Despues de haberle dado este título, añade como para esplicarle el motivo: *Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutacion en mis oidos, que dar saltos de júbilo la criatura en mi vientre*. Conoció pues, que el principio de esta alegría celeste y enteramente milagrosa era la presencia del Hijo de Dios, el cual desde el seno de María obraba sobre Juan en el seno de Elisabeth.

¡Oh bienaventurada tú que has creido! añade, *porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor*. ¿De qué cosas felicita á María? De su fe. Ella ha creido las dos maravillas extraordinarias que le han sido anunciadas por el ángel: la una, que seria la Madre del Hijo de Dios, segun la carne; la otra que su fecundidad, obra del Espíritu Santo, no produciria el mas mínimo menoscabo á su virginidad. Para creer estos dos misterios, impuso silencio á su razon, no pidió sobre ello aclaracion alguna; y aunque la manera con que debian cumplirse le fuese incomprensible, se sometió á la autoridad divina.

La fe es realmente en nosotros el principio de todo bien. No hablo tan solo de la fe comun á todos los cristianos; sino de aquella fe especial de la que necesita toda alma que se encuentra bajo la direccion particular de la gracia. Muy grande se necesita para someterse sin discurrir á lo que Dios anuncia á estas almas sobre los designios que con respecto á ellas tiene formados, para no entrar en dudas ni en reflexiones, cuando ha pasado ya el momento de la certidumbre que consigo lleva la palabra divina. No menor se necesita tambien para llegar á creer, cuando los medios de que se sirve Dios para la ejecucion parecen contrarios al fin que se propone; cuando de todas partes se levantan obstáculos al parecer invencibles, y las cosas toman un giro del todo opuesto al sentido que las palabras de Dios presentaban desde un principio.

Reflexionad un momento sobre lo que el ángel anuncia á María en cuanto á las grandezas de Jesus. *Será llamado Hijo del Altísimo; el Señor le dará el trono de su Padre David; reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.* ¿Qué puede haber de mas magnífico? Comparad sin embargo este discurso del ángel con todo lo que pasó con respecto á Jesucristo: su nacimiento pobre y como á hurtadillas en Belen; su vida oscura durante treinta años en la tienda de un artesano; su vida pública, en la cual solo de limosnas vivia, sin tener donde reclinar su cabeza; la envidia, el ódio, las persecuciones de sus enemigos, que calumniaban su doctrina y sus milagros, y se mancomunaban contra su persona; el fallo de muerte dado contra él por la sinagoga, por llamarse el Hijo de Dios; su dignidad de rey escarnecida; la preferencia que dá sobre él á Barrabás la nacion entera; por fin, el suplicio infame de la cruz. ¿Dónde está el trono de David? ¿Dónde este reinado sin fin sobre la casa de Jacob? ¿Lo que sucedió á Jesucristo, no parecia todo contrario de aquellas promesas magníficas? ¡Qué fe pues no necesitó María para

creer hasta el fin que ellas se cumplirian, como se cumplieron en efecto, despues de la resurreccion del Salvador, en un sentido espiritual, infinitamente mas elevado, mas digno de Dios, que el que prometian las palabras del ángel!

CAPÍTULO XIII.

Exposicion del Cántico de María.

A este discurso de Elisabeth contexta María con un Cántico, que puede llamarse el éxtasis de la humildad. En él no habla sino de Dios y de sí misma: de Dios, para celebrar sus alabanzas; de sí misma para abajarse y anonadarse. *Mí alma,* exclama, *glorifica al Señor; y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios Salvador mio.* ¿Quién será capaz de expresar ni aun de concebir con qué sentimientos pronunció María estas palabras? No es para hombre mortal el exponer el arrobamiento de María en Dios, la pureza de alma con que le tributa la gloria de todo, no reservando nada absolutamente para sí misma. Dios la glorifica cual nunca glorificó á otra criatura. María recibe esta gloria para devolverla toda entera á su autor, y no hay criatura que con tanta excelencia lo glorifique. ¡Qué triunfo para Dios, digámoslo así, ver un alma colmada de sus beneficios, inundada de sus favores, que no los emplea en otra cosa que en alabarle, y que, olvidándose totalmente á sí misma, no piensa sino en él, se pierde y se abisma en él! El gozo que la transporta no tiene por objeto su propia elevacion, tan sublime como es; su único objeto es el Dios autor de su salvacion, el Dios que lleva en su seno, en el cual se ha encerrado tan solo para salvarla á ella y á todo el género humano. Y aun esta misma salvacion la considera ella, menos por lo que tiene de

ventajoso para sí, que por lo que tiene de glorioso para Dios. Deja aparte su interés propio para no ocuparse sino en el interés de Dios. ¿Así es como nosotros referimos á Dios todos los bienes que nos dispensa, no interesándonos en nuestra misma perfeccion, sino por la gloria que de ella redunda á Dios? ¿En dónde están las almas en quienes reina tal pureza de sentimientos? ¡Cuán raras son! Las demás ni aun tienen de ello idea, por santas que sean en otros respetos. Regularmente nos referimos á nosotros mismos las gracias que Dios nos concede; queremos ser santos para nosotros solos: la gloria de Dios no es nuestro primer motivo ni nuestro fin principal. Si en ella pensamos alguna vez, es como por reflejo; los primeros pensamientos, las primeras sensaciones del corazon son para nosotros. ¡Miserable amor propio! Tú entras en todo, tú todo lo infectas con tu veneno, tú atentas hasta contra el amor que se debe solo á Dios, y usurpas todo lo que puedes á su gloria para atribuírtelo á tí! ¡Oh María! alcanzadnos luz para conocer la horrible deformidad de este vicio, valor para combatirlo, y grandeza de espíritu para dejar que Dios, celoso de su gloria, lo destruya por sí mismo.

¿Y de dónde vienen estos trasportes, este júbilo de María? De que Dios *ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava*. Ella nada era y nada hubiera sido jamás por sí misma. Dios la miró, y esta mirada produjo todo lo que ella es. Para ser elevada á la dignidad de Madre de Dios, no pierde de vista su *bajeza;* no olvida que ella *es su esclava*, y no toma otro título. ¡Oh Dios mio! ¡con cuán dulce complacencia debiais contemplar á aquella que, hallándose sublimada al cúmulo de la grandeza, no salia por esto de su nada! ¡Ah! y somos nosotros tan vanos, teniendo tantos motivos para ser humildes! Por esto sin duda Dios no fija en nosotros su mirada, pues ve que si se dignase echárnosla, seríamos aun por ella mas vanidosos. ¡Qué contraste entre María y nosotros!

Por esto, con motivo de esta mirada de Dios sobre mí, *todas las generaciones me llamarán bienaventurada.* Todo lo debo á esta mirada: nada seria sin ella. Quien en mí misma me considere, nada verá que merezca la menor alabanza, nada que no sea digno del mas alto menosprecio. Mas quien me vea tal como me ha puesto la mirada de Dios, mirada que es tan solo un puro efecto de su misericordia hácia mí, no podrá menos que llamarme *bienaventurada*, título que se me dará de edad en edad hasta el fin de los siglos. Por ello bendigo y bendeciré para siempre al que me ha mirado, y le devolveré fielmente todos los elogios que se me dieren, porque de él solo dimanan, y él es el único que debe ser en mí ensalzado. Estos son los sentimientos que animan en el cielo á los bienaventurados, que no entraron en él sino despues de haber expiado todo su amor propio; pero María los tuvo ya en la tierra con toda su pureza y perfeccion. Procuremos imitarla en este punto mas que en otro alguno.

Porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es poderoso y cuyo nombre es santo. María no atenua por una falsa humildad lo que Dios hizo por ella. Reconoce que son cosas grandes, y tan grandes, que sus demás obras son nada si con ellas se comparan. Mas ¿á quien las atribuye? A su omnipotencia, para la cual nada hay difícil, que domina las leyes de la naturaleza, y que con solo pronunciar una palabra ejecuta los mas grandes proyectos. ¿Y qué consecuencia saca de ahí? Que el *nombre* de Dios es *santo*; que por la gloria de este nombre obra todas las cosas, y que la santificacion de este gran nombre debe ser el objeto de los pensamientos, de los sentimientos y de las acciones de la criatura. Y despues que de este modo todo lo ha atribuido, todo lo ha dado á Dios, ¿qué queda para María? Nada: ella no pretende nada, no quiere nada; sino que se admiren en ella las maravillas del divino poder, y que se alabe su santo nombre. Mas, cuanto mayor sea su afan en humillarse, tanto mayor será el de Dios

en glorificarla; pues que todo el honor que se diere á María refluirá en Dios, el cual con ella nada perderá de sus derechos. Ocupémonos pues únicamente en la gloria de Dios, y él la partirá con nosotros sin perder él nada. Y si nada hay comparable con la gloria de María, es porque nada fué comparable con su humildad. Dios quiere depositar sus dones en lugar seguro, y el lugar mas seguro es un alma humilde. María misma nos lo va á enseñar.

Su misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que le temen. Por los que temen á Dios, entiende la Escritura los que le aman, que por un principio de amor temen ofenderle. Porque nada hiere mas al vivo el corazon de Dios, que el robarle su gloria, de que es tan celoso. Es un crímen que no deja impune, y que de precision ha de castigar. ¿Y de qué modo lo castiga? Retirando sus misericordias de los culpables, desdicha la mayor que puede suceder á un alma. Al contrario, derrámalas con profusion sobre las almas celosas por su gloria, que temen mas que todo el defraudarle la menor parte. Tengamos pues ese temor saludable: el orgullo y la vanidad son nuestros vicios favoritos. Y como son tan odiosos y tan excesivamente injustos, se nos deslizan con tal sutileza que no les percibimos, y nos seducen hasta el punto de justificarlos. Digamos pues con S. Felipe Neri: *No os fieis de mí, Señor, porque soy un ladron que no busca sino como robaros vuestra gloria.*

Hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazon de los soberbios. El brazo de Dios así en el antiguo como en el nuevo Testamento, es Jesucristo. Por este brazo, como Verbo, sacó el Universo de la nada. Por este mismo brazo, como Verbo encarnado, lo ha hecho todo en el órden sobrenatural. ¿Y en qué se ha señalado ese brazo omnipotente? En la dispersion, en el castigo de los soberbios conjurados contra la gloria de Dios. El los ha humillado, él los aplastó debajo sus piés, él formó para ellos el abismo del in-

fierno, en donde se verán eternamente forzados á restituir á Dios el bien que probaron en vano arrebatarle.

Derribó del solio á los poderosos, y ensalzó á los humildes. Colmó de bienes á los hambrientos: y á los ricos los despidió sin nada. Tal es la conducta de Dios. Abate á los poderosos que se engrien de la altura que ocupan, y levanta en su lugar á los que son humildes. Si no siempre lo hace en este mundo, no deja jamás de hacerlo en el otro. Los altos asientos del cielo son para los humildes: los mas hondos calabozos del infierno son para los soberbios. Tened hambre de justicia, y reconociendo vuestra impotencia, dirigíos á Dios, el cual os colmará de verdaderos bienes. Si nadais en la abundancia, aunque sea de bienes espirituales, y apropiándooslos, haceis de ellos el pasto de vuestro orgullo, él os los retirará, y os arrojará léjos de sí con las manos vacías. Tal es la leccion que os dá María, y de la cual nos muestra un brillante ejemplo en su persona. Jamás aborreceremos ni huiremos lo bastante del orgullo: jamás amaremos ni buscaremos bastantemente la humildad.

Acordándose de su misericordia, acogió á Israel su siervo: segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abrahan, y á su descendencia por los siglos de los siglos. Las verdaderas promesas hechas por Dios á Abrahan, á su posteridad y á Israel, segun se explica S. Pablo, eran espirituales, y no debian quedar cumplidas sino por el advenimiento del Mesías. Hélo aquí venido ya; está en el seno de María, del cual no ha salido aun, y derrama ya sus bendiciones sobre Juan y sobre Elisabeth, siendo, como es, el Padre de los verdaderos israelitas, aquel cuyo nacimiento deseó ver Abrahan, y que viéndolo en espíritu, se llenó de alegría. Todas las figuras van á cesar. Abrahan no será ya mas mirado como el padre de los israelitas segun la carne, sino el padre de los creyentes, de cualquiera nacion que sean; y Abrahan, con toda su posteridad espiritual pertenecerá á Jesucristo. María pues profeti-

za aquí, y nos muestra en ella el cumplimiento de la grande promesa hecha desde el orígen del mundo, y renovada de edad en edad. Roguémosla que nos esplique ella misma el sentido de su admirable Cántico, y sobre todo que nos inspire en el corazon los sentimientos con los cuales lo pronunció.

CAPITULO XIV.

Regreso de María á Nazareth.

María, dice S. Lucas, *detúvose con Elisabeth cosa de tres meses y se volvió á su casa.* Quedóse allá sin duda hasta despues del parto de su prima, en el cual necesitaba mas de su presencia y de sus servicios, y no la dejó hasta que estuvo fuera de peligro. Así pues, María fué testigo del milagro obrado en Zacarías, el cual recobró la palabra y el oido; ella escuchó aquel bello cántico, en el cual Zacarías predijo igualmente el cumplimiento del misterio de la Encarnacion, y la grandeza futura de Juan, destinado á ser el profeta del Altísimo, y de ir delante del Señor á prepararle los caminos. Zacarías le refirió, así como á Elisabeth y á los demás que presentes se hallaban, la vision que habia tenido en el Templo, y como habia sido castigado por su falta de fe. Así María quedó instruida de todo, y afirmada de nuevo sobre su estado por Zacarías, siempre por disposicion de la Providencia, y sin medio alguno de su parte.

Si la primera entrevista de María fué tan ventajosa á Elisabeth, ¿qué fruto no sacaria de su permanencia por el espacio de tres meses? María no cuidaba sino de prestar á su prima servicios temporales; mas como estaba llena de gracia, y llevaba en sí al Autor de ella, su conducta, su conversacion, su sola presencia eran para Elisabeth una fuente fe-

cunda de bienes espirituales. Elisabeth, aunque llena ya de piedad y de justicia, adquirió un nuevo grado de santidad por la conversacion de María. Juan recibió aun mayores gracias por la operacion secreta de Jesus, que ya desde entonces echaba en él las raices de su futura santidad.

Pero María dejando su retiro, y comunicándose exteriormente, ¿nada perdió de su recogimiento y de su union íntima con Dios? nada absolutamente. Puede que dedicase menos tiempo á la oracion que en Nazareth, pues conversaba menos con Dios y mas con el prójimo. Con todo, su estado de oracion nunca se interrumpia, todos sus discursos eran de Dios, ó se dirigian á Dios. Por sus atenciones, por su caridad hácia su prima, por su modestia, por su afabilidad, por su aire todo del cielo, por todas las virtudes que tuvo ocasion de practicar, edificó á la familia de Elisabeth, y las personas que iban á visitarla. En una palabra, María santificó á todos cuantos tenia cerca, y ella regresó tambien mas santa de esta larga visita.

¡Qué modelo para nosotros en nuestras conversaciones con el prójimo! ¡Cuán excelentes reglas podemos sacar de él! 1.° No busquemos por nosotros mismos las ocasiones de ver al prójimo; aguardemos que Dios nos las ofrezca, y en este punto miremos como voluntad de Dios todo lo que nos prescribe el bien parecer y la cortesía. Vivamos retirados como María por gusto y por eleccion; mas comuniquémonos como ella por defuera, cuando es necesario, y la gracia nos conduce á ello. 2.° No veamos, en cuanto de nosotros dependa, sino personas piadosas, que puedan servirnos y á quienes podamos servir de motivo de edificacion. No nos duela el tiempo que con ellas pasemos, en tanto que á ello nos obligan razones plausibles; y no hagamos sino manifestarnos en casa de aquellos con quienes solo nos unen deberes de mera urbanidad, cuando advertimos que no puede servir de provecho ni para ellos, ni para nosotros. 3.° Temamos la disipa-

cion en el comercio de las criaturas; y no las visitemos únicamente para evitar el fastidio, ó para buscar en ellas consolaciones humanas. Muchas veces visitamos á nuestros deudos y conocidos sin otro objeto que el procurarnos nuestra propia satisfaccion. No se concilia con tales visitas el recogimiento interior. Cuando se posee á Dios en el corazon, muy fácil es prescindir gustosamente de las conversaciones de los hombres, á las cuales no se accede sino cuando la necesidad ó la caridad lo exigen. 4.° Por fin, no prolonguemos las visitas mas allá del tiempo necesario, aun cuando tengan por objeto la caridad. María se retiró luego despues del alumbramiento de Elisabeth; ni debia partir antes ni debia quedarse despues. ¿Y por qué? Porque en esta visita no tuvo otro objeto que Elisabeth, y de ningun modo á sí misma. Así pues partió tan luego como dejó de serle necesaria. Portémonos del mismo modo, y desde que se halla cumplido el objeto de nuestra visita ó de nuestra conversacion, retirémonos. Siguiendo estas reglas, jamás nos dañará el comercio con el prójimo; y Dios lo hará servir á su santificacion y á la nuestra.

CAPÍTULO XV.

Sospechas de José: silencio de María.

A su regreso de la casa de su prima Elisabeth, María estaba á los cuatro meses de su embarazo. No tardó en advertirlo José su esposo; y no sabiendo nada de lo que habia pasado, se deja discurrir cuales fueron sus sospechas. Aquí pues empiezan las pruebas de María, cuya causa y objeto es Jesus, de quien María se halla en cinta. Conocia José la elevada virtud de María; sabia que ella habia hecho voto de virgini-

dad, y que no se habia desposado con él sino bajo el pacto que guardaria él tambien la continencia, y que vivirian como un hermano y una hermana. Habia consentido en ello; y sin embargo, la vé en cinta. ¿Qué otra cosa puede creer, sino que se ha hecho culpable de adulterio? ¿Qué mortal angustia no debió causarle la presuncion, al parecer indudable, de semejante crímen por parte de una esposa á la que tan tiernamente amaba? ¿Qué idea debió formar de ella? ¿Y como conservarle el mismo aprecio? ¡Qué terrible conflicto de pensamientos en su espíritu, y de sentimientos en su corazon! ¡Y á cuan profunda tristeza no se veria abandonado!

Aunque guardase silencio por respeto á su esposa, imposible le era el disimular la agitacion de su alma; y María, cuyo embarazo era visible, no podia ignorar ser ésta la causa de la pena de José. ¡Qué prueba de una y de otra parte! ¡Y cuánto no debieron padecer mientras duró! Cuanto mas santos uno y otro, tanto mas debió serles sensible esta prueba, ya tan delicada en sí misma. ¡José engañado traidoramente por una esposa, que habia creido ser la misma pureza! ¡María sospechosa de adulterio, porque es la Madre de Dios! ¡Qué atentado contra la fe conyugal en el matrimonio mas santo que hubo jamás en la tierra! Tal era el pensamiento de José. ¡Cuán injuriosa sospecha! ¡Qué ultraje contra el Espíritu Santo que me ha hecho fecunda! Tal debia ser el pensamiento de María.

Una palabra suya, una declaracion de lo que el ángel Gabriel le habia anunciado, la hubiera justificado plenamente, hubiera tranquilizado á José, hubiera trocado sus sospechas en una profunda veneracion hácia ella. Sin duda que él habria dado fe á su relato, sobre todo si le hubiese referido lo que pasó con ella en casa de Elisabeth. María empero guarda silencio. Su secreto es el secreto de Dios. No lo revelará, aunque hubiese de perder en ello su reputacion y hasta su

vida. José podia disfamarla en público. Estaba autorizado y aun obligado por la ley á acusarla delante de los sacerdotes; y contra toda mujer adúltera estaba pronunciada la pena de muerte. El honor mismo de Dios estaba visiblemente interesado en la causa de María; y si ella no queria decir nada por respeto á sí misma, parece que debia hablar para la gloria de Dios. Así lo hubiera juzgado cualquier otra que María. A pesar de tantas razones para hablar, ya por parte de José, ya por parte suya, ya por parte de Dios, ella persiste en el silencio, y no deja escapar una sola palabra que ponga á José en camino de saber la verdad. María no se mira aquí: nada son para ella los mas caros intereses, los abandona á Dios: á él toca revelar, si lo juzga á propósito, las grandes cosas que en ella ha obrado. Su humildad le cierra la boca, y todos los motivos humanos, por mas fuertes que sean, no se la abrirán.

Con frecuencia acontece á las almas interiores, que los favores que de Dios han recibido, son para ellas una ocasion de calumnia y de persecucion. ¿Qué hay que hacer entonces? Todo induce fuertemente á justificarse, y es muy difícil resistir á esta tentacion: bastaria una palabra para cambiar la disposicion de los ánimos, todo parece invitar á pronunciarla. Nada mas justo que desengañar al prójimo, desvanecer su prevencion, ahorrarle faltas casi siempre considerables, de las que tarde ó temprano tendrá que arrepentirse, cuando sepa la verdad. ¿Hay cosa mas justa que vengar el honor de Dios, y no permitir que sus favores sean un motivo de escándalo? Algo se debe tambien á la propia reputacion; la virtud, la piedad, la pública edificacion parecen exigirlo. ¡Vanos pretextos del amor propio! La conducta de María les arranca la máscara y los condena. Enmudeced como ella, y aguardad que Dios os justifique, manifestando él mismo su obra. ¿Por qué no quereis que sus gracias sean para vosotros una ocasion de sacrificio y de muerte á vosotros mismos? Es-

te es el efecto mejor, el mas glorioso á Dios, el mas provechoso para vosotros que pueden producir. ¿Qué resultará de vuestro silencio? Que sereis humillados, que tendreis que sufrir. ¿No es esto lo que mas debeis desear?

San Francisco de Sales, acusado de haber escrito á una mujer una carta que deshonraba su carácter episcopal, y que tendia nada menos que á hacerle pasar por un malvado hipócrita, se contentó con decir que se habia muy bien imitado su letra, pero que aquella carta no era suya; por lo demás no hizo gestion alguna para perseguir al autor de la calumnia. *Dios sabe*, decia, *la medida de reputacion de que necesito para llenar mi ministerio; no quiero tener mas.* Mantúvose tranquilo, y no dejó nacer en su alma el menor deseo, aunque esta novedad hubiese metido mucho ruido en Saboya, en Francia, y donde quiera era conocido. Algunos años despues fué desvanecida la impostura por la pública confesion de aquel mismo que habia sido su autor. No siempre se debe practicar la humildad en ocasiones de tal importancia. Mas hay mil pequeños incidentes, sobre todo en las comunidades, en los cuales se sospecha de nosotros, ó se nos imputa lo que no hemos hecho. ¡Qué bueno es callar entonces, sufrir una ligera humillacion, y no tomarse la pena de justificarse! Mucho cuesta esto al amor propio; mas tambien es el amor propio el que hemos de procurar sufocar con todas nuestras fuerzas.

CAPÍTULO XVI.

María justificada por el mismo Dios.

María permanecia tranquila, bien que angustiada por el estado de José; y ni aun llegaba á desear que Dios ha-

blase por ella, esperando no obstante que lo haria. José por su parte *era un hombre justo,* y no solamente no se portó con la menor violencia contra su esposa, sino que ni aun quiso emplear contra ella el rigor de la ley. Creyóse dispensado de hacerlo por la virtud que no podia dejar de reconocer en ella, á pesar de todas las apariencias contrarias. La respetó siempre, y Dios que obraba en su corazon, y que solo se proponia probarlo, no permitió que se portase como se hubiera portado cualquiera otro marido en igual circunstancia. No queria disfamarla; mas tampoco podia ya guardarla en su compañía; porque esto hubiera equivalido á aprobar su crímen, en caso que ella fuese culpable, ó á lo menos cerrar los ojos sobre una infidelidad que no debia tolerar. Tomó pues el partido que mejor se avino con su conciencia y con el miramiento que creia deber al honor de María. Este partido fué dejarla secretamente y sin estrépito.

Habia tomado ya su resolucion, y estaba á punto de ejecutarla, cuando Dios, que no falta jamás á sus servidores en el momento de la necesidad, pero que no quiere venir á su socorro sino despues de haber ejercitado suficientemente su virtud, disipó las justas inquietudes de José, y cambió su tristeza en un gozo mayor de lo que habia hasta entonces experimentado. Un ángel se le apareció en sueños, y le dijo: *José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María tu esposa; porque lo que se ha engendrado en su vientre, es obra del Espíritu Santo. Ella dará á luz un hijo, á quien pondrás por nombre Jesus,* es decir, Salvador, *pues él es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados.*

Heos aquí pues el gran misterio revelado á José. Quiso Dios que él comprase tan precioso beneficio con las penas que antes habia sufrido, á fin de que le causase un gozo mas sensible. ¡De cuán terrible peso quedó aliviada su alma! ¡Qué felicidad para él verse esposo no de una simple vírgen, sino de una vírgen Madre de Dios! ¡Cuál fué en aquel punto su

reconocimiento! ¡Y quién podrá explicar los sentimientos en que pasó lo restante de la noche! No bien dispertó de su sueño, cuando se apresuró á practicar lo que le habia mandado el ángel del Señor: y de volver á tomar á María por esposa suya, renovando su fe y su amor. La Escritura sumamente compendiada en sus relatos, no poniendo sino las circunstancias esenciales, no nos dice que participase á María el sueño que habia tenido; pero en esto no puede caber duda; pues asi como el ángel le sacó á él de su pena, no podia dispensarse él de disipar la de María, la cual padecia tal vez mas que él en verle sufrir sin poder aliviarle.

Así, los dos esposos despues de haberse causado inocentemente un mútuo tormento, gustaron á porfía un puro y sencillo placer, á cuyos transportes les autorizó Dios que se abandonasen. José miró á María con otros ojos, la admiró, la honró, la amó mas que nunca; y María se confirmó en la alta idea que tenia de la virtud de José, y su union ya antes tan íntima, se estrechó mas y mas por lo mismo que parecia deber romperla.

¡Oh Dios mio! ¡Cuán admirable sois en vuestra conducta con vuestros santos! Vos los probais, vos los consolais, y de sus pruebas y de sus consuelos sacais vuestra gloria y el acrecentamiento de su mérito. A ellos no les toca sino dejaros obrar, y poner enteramente en vos su confianza, que jamás saldrá confundida. Si les ejercitais por algun tiempo, sabreis muy bien indemnizarles lo que han sufrido. Si José hubiese hecho preguntas á María; si María por medio de una declaracion hubiese prevenido las sospechas de José, no hubiera brillado en esta ocasion la virtud del uno y del otro; Dios no hubiera sido glorificado, ni ellos habrian recibido la recompensa. Aprovechémonos de este ejemplo en las ocasiones que se nos ofrezcan. Llevemos la prueba por tanto tiempo como sea del agrado de Dios; nada digamos, nada obremos para sustraernos de ella, ni para abreviarla; porque seria dañar-

nos á nosotros mismos, y privarnos del socorro y de las consolaciones de Dios, que vendrán infaliblemente á su tiempo.

No es menester preguntar si José respetó aun mas que antes la pureza de la esposa del Espíritu Santo y de la Madre del Hombre Dios. El Evangelio lo dice expresamente. Y aun cuando no lo dijera, ¿quién osará ni aun sospechar, que quien antes no la habia tocado, se hubiese despues acercado á ella? Y no por esto es menos verdad, que despues vivieron juntos en una cordialidad, una intimidad, una familiaridad mayor que hasta entonces no lo habian hecho. Tampoco es para nosotros, carnales y groseros como somos, el inquirir que caricias inspiró Dios á José á hacer á María, y que María le permitiese. Este es un secreto que no tuvo mas testigos que los ángeles; aquellas caricias léjos de perjudicar á la pureza incomparable del uno y del otro, no hicieron sino añadirle un nuevo grado de perfeccion.

CAPÍTULO XVII.

Partida de María y de José para Belen.

José y María estaban establecidos en Nazareth, y segun el órden natural de las cosas, María debia parir allí. Mas estaba predicho que el Mesías naceria en Belen, ciudad de David en la tierra de Judá, y á Dios tocaba ordenarlo todo para el cumplimiento de esta profecía. No mandó pues á José y á María que se trasladasen allá, como podia fácilmente hacerlo por medio de un ángel; sino que para este designio se sirvió de un medio enteramente natural, que parecia no tener con ello la menor conexion. El emperador Augusto, dueño entonces de la Judea, mandó formar el empadronamiento de todos los que vivian bajo su imperio, á fin de re-

gular las imposiciones que debian señalarse á cada uno. Para esto era indispensable que cada familia pasase al lugar de su orígen para hacerse empadronar. *José pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazareth, ciudad de Galilea, á la ciudad de David llamada Betlehen, en Judea, para empadronarse con María su esposa, la cual estaba en cinta* [1].

Admiremos aquí la Providencia que emplea para la ejecucion de sus decretos, sucesos que parece nada tienen de comun con ellos. ¿Qué relacion hay entre el edicto político de un emperador pagano, y el nacimiento temporal del Hijo de Dios? Sin embargo, en las miras de Dios este edicto debia dar ocasion para que naciese el Mesías en Belen. Esto sucedió como casualmente, y estaba decretado de toda la eternidad. Obedeciendo la órden de un soberano idólatra, María obedecia sin saberlo la órden de Dios; pues es verosímil que ignorase que el Mesías debia nacer en Belen.

Aprendamos en todo dos cosas: la primera, á no mirar los sucesos humanos, cualesquiera que sean, como cosas fortuitas; sino á creer que Dios es quien los dispone para el cumplimiento de ciertos designios que manifestará mas adelante. Ocúltanos sus designios, para acostumbrarnos á seguir á ciegas su voluntad. No nos separaremos jamás de las disposiciones de la Providencia, aun en aquellas cosas que nos parecen las mas indiferentes, y no nos imaginemos que en estas cosas nos deja Dios enteramente á nuestra libertad. Las diversas circunstancias de nuestra vida tienen con nuestra salud y con nuestra perfeccion un enlace que ni siquiera sospechamos, y que no descubrimos sino muy tarde. Juzgamos por lo comun que poco importa á nuestra alma el que habitemos en este ó en aquel punto, que vivamos con tal ó cual persona, que formemos este ó el otro proyecto. Pero nos engañamos, y las consecuencias nos lo harán ver si en ellas reflexionamos. Una atenta ojeada sobre los aconteci-

1 Luc. II. 4.

mientos de nuestra vida pasada, sobre el modo inesperado con que los unos han redundado en bien para nosotros, y los otros en mal, nos persuadirá de esta importante verdad. Dejémonos pues conducir en todo, hasta en las cosas puramente temporales, por aquellos de quienes dependemos; y si somos dueños de nosotros mismos, no tomemos partido sobre cosa alguna, sin haber antes consultado á Dios. El tiene arreglados y medidos todos nuestros pasos, que deben terminar en una eternidad feliz ó desgraciada, segun que caminemos ó no bajo su direccion. ¿Mas en nada dispondremos de nosotros mismos? Tanto mejor. Dios dispondrá por nosotros; y estemos bien seguros que no dispondrá de nosotros sino para nuestro mayor bien.

La segunda leccion que nos dá aquí el Evangelio es que no debemos aguardar que Dios obre con respecto á nosotros por vias extraordinarias para cumplir sus mas elevados designios. A nosotros nos complace salir del órden comun porque lisonjea nuestra vanidad espiritual, cuando Dios gusta tenernos en él, así como tuvo á María y á José, á no ser en caso de necesidad. ¿Somos acaso mas que ellos? ¿Y tenemos mas derecho que ellos á que Dios se porte con nosotros de un modo extraordinario?

María nos dá tambien aquí otra enseñanza que no es de despreciar. Hállase á los últimos de su embarazo: el infante que en su seno lleva es nada menos que el Hijo de Dios; es pobre, y apenas tenia en Nazareth los socorros absolutamente necesarios para la conservacion de tan precioso Niño. Sin embargo en tan crítico estado es preciso que emprenda un viaje harto penoso, acercándose el invierno, que se vaya á un pais en donde á nadie conoce, y que allí dé á luz á su Hijo, con peligro de no tener lo necesario ni para él ni para ella. Y sin embargo, no se queja, ni murmura, ni contra aquéllos que la obligan á salir de su país en unas circunstancias tan críticas, ni contra el rigor de las órdenes de la

Providencia. No pide á Dios alivio, ni dilacion alguna; ni le hace presente que cuide de ella, si no por ella misma, á lo menos por el Fruto que lleva en sus entrañas. ¿Debia una Madre de Dios esperar ser tan ásperamente tratada? Ninguno de estos pensamientos se ofrece á la consideracion de María. De Dios es el proveer á todo, y de ella el ir á donde Dios la llama, descansar en todo sobre él, sufrirlo todo, y bendecirle de todo. Parte pues tranquila y contenta en compañía de José su esposo, su proveedor y su custodio.

CAPÍTULO XVIII.

Nacimiento de Jesus en Belen.

Empecemos por el relato del Evangelio. Corto es, á la verdad, y sencillo: mas ¿cuántas reflexiones no nos sugiere con respecto á María, que es aquí nuestro principal objeto? *Y sucedió que hallándose en Belen, le llegó la hora del parto. Y parió á su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y recostóle en un pesebre,* es decir en un establo, *porque no hubo lugar para ellos en el meson* [1].

José y María pues no hallaron donde hospedarse en Belen; todas las plazas estaban ocupadas en el meson, y se vieron precisados á albergarse en un establo. Allí pues, en medio de la noche, en la mas rigurosa estacion del año, en un paraje expuesto al aire, sin fuego, sin socorro, el Salvador del mundo sale milagrosamente del seno de María, sin herir en lo mas mínimo su perfecta integridad. ¡Cuán maravilloso es este nacimiento á los ojos de la fe! ¡Y cuán perfectamente comprendió María toda la grandeza de esta maravilla!

1 Luc. II, 6.

¿Qué hizo ante todo, cuando vió ese fruto bienaventurado de sus entrañas? Lo adoró profundamente como á su Dios: lo besó con ternura como hijo suyo; se apresuró á envolver con pañales su delicado cuerpo para librarlo de las injurias del aire, y lo tendió sobre algunas pajas en un pesebre.

¡Oh fe de María! ¡Cuán ejercitada fuisteis en aquellos momentos! ¡Y qué! ¡Es el Hijo de Dios, diria, y nace en un establo, en una indigencia extrema de todas las cosas, abandonado del resto del universo, sin tener mas testigos de su nacimiento que José é yo! ¡Padre eterno! ¡Reconoceis vos en este pesebre á aquel á quien engendrasteis de toda la eternidad en los resplandores de los santos! El ángel me dijo que seria grande. ¿Nació nunca infante alguno en un estado tan pobre, tan abatido? ¡Oh Dios mio! cuán diferentes son de las nuestras vuestras ideas! Aquí la razon se pierde, y no le queda sino adorar y enmudecer. Un Dios sufre, un Dios llora; el Todopoderoso siente todas las flaquezas de la infancia, y no puede ayudarse á sí mismo por el menor movimiento, ni se expresa sino por gritos inarticulados. Es la eterna Sabiduría, y hasta carece del uso de la palabra, ni da señal alguna por la que pueda distinguírsele de los demás niños. Estos y otros semejantes pensamientos debieron ocupar el espíritu de María, y abismarla en un asombro, en un arrobamiento inexplicable. En vano probáramos penetrar lo que pasó entonces en su interior. ¡Qué paz! qué alegría! qué transportes de amor! qué homenajes! que anonadamiento ante la majestad de un Dios niño! Y al mismo tiempo ¡qué ternura! qué caricias! qué cuidados! cuánta solicitud maternal! ¡Ella es una criatura, y es Madre de su Criador! Bajo estos dos respetos ¡qué sentimientos en apariencia opuestos debian reunirse en su corazon!

Aquí empieza la época de los grandes consuelos sensibles de María, que duró tanto como la primera infancia de su Hijo. ¡Qué inefable placer para ella, cuando lo tenia entre sus

brazos, cuando lo estrechaba contra su seno, cuando lo besaba, cuando lo alimentaba con su leche! ¡Qué placer, mayor todavía, cuando Jesus amorosamente la miraba, cuando le sonreia, cuando la acariciaba, estrechándola entre sus infantiles brazos! Las caricias de Jesus no eran caricias de mero instinto, como las de los demás niños; eran caricias de razon y de gracia, caricias inspiradas, ordenadas por la Divinidad, caricias de persona divina, caricias que por su propia virtud producian efectos deliciosos en el corazon de su Madre. ¡Con qué suavidad, con qué pureza las gustaba, no reservando nada para sí misma, y refiriéndolo todo á aquel de quien las recibia!

Todos los motivos de amar á Jesucristo se hallaban reunidos en María, y en un grado tan eminente, que absorbian y agotaban todas las afecciones de su corazon. Ella le amaba como su Dios, como su Salvador, de una manera especial; le amaba como hijo suyo, como su hijo único, como un hijo que solo á ella pertenecia, y de quien, como á tal, era tambien únicamente amada. No temia excederse en su amor, porque el objeto de este amor era soberana é infinitamente amable; este amor, bajo todos los respetos, era natural y divino: nada lo limitaba, nada le distraia, nada le dividia; á él se abandonaba con toda libertad, con entera seguridad; y si de algo hubiese podido inculparse á sí misma, hubiera sido sin duda el no amar bastante. Mas ni aun esto tenia que reprocharse, amando con toda la capacidad de su corazon, segun la medida y la fuerza de la gracia que se le habia dado. Todas estas consideraciones pueden ayudar algun tanto nuestro espíritu para concebir de qué torrente de delicias, de cuán penetrante júbilo se miraba inundada el alma de María. Pero la idea no puede jamás llegar al sentimiento, y la sola experiencia que de ello tenemos no seria nunca capaz de hacernos formar sobre la materia un juicio exacto. Callemos pues, y no pasemos mas adelante sobre el particular. Placer, dolor,

todo lo que afectó el corazon de María, excede nuestra comprension.

Al paso que el amor que tenia á Jesucristo era el orígen de su alegría, lo era tambien de sus penas; y todo cuanto sufria este divino Infante en el pesebre que le servia de cuna, heria el corazon de la Madre de un modo el mas sensible. La vivacidad de sus impresiones y de sus sobresaltos correspondia á la de su afeccion, y pasaba sin cesar, por decirlo así, de un extremo al otro, sin perder ni en el placer ni en el dolor la paz profunda, que era su habitual estado; sin reflexionar, ni volver la atencion sobre sí misma; sin dejarse embriagar por el consuelo, ni abatirse por la pena; sin desear lo uno, ni fijarse en la otra; sin temerlo, sin evitarlo.

¿Qué moral deduciremos de aquí, sino amar á Jesus por sí mismo; ser santamente indiferentes á sus caricias, sin por esto ser insensibles á ellas, y sobrellevar como María, con un espíritu de muerte á nosotros mismos, las pruebas por las cuales nos hará pasar su amor?

CAPITULO XIX.

Adoracion de los Pastores.

En la noche misma del nacimiento del Salvador, un ángel lo anunció á los pastores vecinos que guardaban sus rebaños: díjoles que habia nacido un Salvador, y el señal que les dió para conocerlo fué, que hallarian un niño envuelto en mantillas y tendido en un pesebre. ¡Qué señal! ¡Y cuán propio era para ejercitar la fe de aquellas almas sencillas! Pero Dios obra siempre así, y sus obras no guardan proporcion alguna con nuestro modo natural de pensar. Al propio tiempo oyeron una multitud de espíritus celestiales que can-

taban en los aires: *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Observad aquí, que si bien la fe de los pastores se halla ejercitada por el estado de pobreza y de debilidad con la que se les anuncia que ha nacido el Salvador; de otra parte es poderosamente excitada y sostenida por la aparicion y por las palabras de los ángeles.

Tan presto como hubieron desaparecido los ángeles, retirándose á los cielos, los pastores se dijeron unos á otros: *Vamos hasta Belen, y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado.* Apresuráronse pues á marchar, y encontraron á María, á José y al Niño tendido en un pesebre. Entonces reconocieron la verdad de lo que se les habia dicho tocante á este Niño. No puede dudarse que referirian á María y José lo que habian sabido por los ángeles, adorando á Jesucristo, y manifestando á María todo su respeto y todo su amor. El estado de salud en que la vieron tan recien parida, debió descubrirles que este maravilloso Infante no habia venido al mundo como los demás.

Durante esta adoracion y estas relaciones de los pastores, ¿qué pasó en el corazon de María? ¡Qué sentimientos de admiracion, viendo como Dios empezaba á manifestar y á glorificar á su Hijo, haciéndole anunciar por medio de ángeles, y llamando adoradores á su cuna! ¡Qué reconocimiento por el testimonio que Dios le daba entonces á ella misma, haciéndola reconocer y honrar como la Madre del Salvador! ¡Cuál fué su admiracion al ver que hombres pobres, sencillos, ignorantes eran los primeros que Dios llamaba á conocer, á adorar, á amar á su Hijo; sirviéndose para esto del ministerio mismo de los ángeles! Belen no estaba distante de Jerusalen, y sin embargo esta nueva no se revela inmediatamente á Herodes ni á su corte, ni á los sacerdotes ni á los doctores de la ley, ni á los grandes, ni á los ricos, ni á los sabios de aquella capital, sino á pobres gentes que habitan

en los campos. ¡Oh! ¡Cuánto comprendió entonces María, mejor que nunca, que solo por la sencillez, por la humildad, por la pobreza se puede ser grato á los ojos de Dios! ¡Cuánto le bendijo, y cuantas gracias le dió de ser ella pobre y esposa de un simple artesano, viendo su predileccion por los pobres!

Nada dice el Evangelio de la acogida llena de bondad que dió María á los pastores, de la conversacion que con ellos tuvo, de la circunspecta y modesta franqueza con que satisfizo á sus preguntas, de los ofrecimientos que ellos le hicieron de sus cortos socorros, y del reconocimiento que ella les manifestó, atendida la necesidad en que se hallaba, falta de todo, y sin poder dejar á su Hijo. Pero fácil es suplir aquí el silencio de la Escritura, é imaginar lo que pasó entre María, José y los pastores, en una situacion conducida por el cielo, en que la gracia obraba en todos los corazones y se manifestaba por todas las bocas, y cuyo motivo era el autor mismo de la gracia, el cual, en su calidad de Salvador, empezaba á desplegar las riquezas de su misericordia.

El Evangelista, al paso que omite tan tiernos como interesantes pormenores, no olvida el advertir, que *María conservaba en su corazon todo cuanto* en aquella sazon *escuchaba*. Es decir, guardó silencio, conociendo que Dios mismo inspiraba las palabras de los pastores: recogiólas, sí, con cuidado, las meditó, é hizo de ellas el alimento de su espíritu. Esta atencion de María á todo lo que le venia de Dios por cualquier via que fuese, ya interior, ya exterior, y aquella fidelidad en sacar de todo su provecho espiritual, es uno de los rasgos que mas la caracterizan. Nunca dejó desperdiciar la menor gracia, teniendo abierto siempre su corazon para recibirla y hacerla fructificar. Así pues nada quedó perdido en aquella reunion, ni para ella, ni para José, ni para los pastores. Todos los corazones estaban bien preparados, y el de María mejor que el de los demás.

Aquí todo nos ofrece grandes y profundas instrucciones. Todos tenemos necesidad de un Salvador: todos nos apresuramos á buscarlo. ¿A qué señal le reconoceremos? Al de su infancia; entiendo hablar de aquella infancia espiritual que Jesus ha recomendado tanto, y que predicó y practicó toda su vida. Los pastores que él atrajo á su cuna antes que todos los demás, eran de estos bienaventurados infantes; María, el alma mas sencilla, la mas ingénua, la mas dócil y la mas humilde que hubo jamás, lo era incomparablemente mas que ellos. Tengamos con respecto á las cosas de Dios esta sencillez infantil, y las gustaremos, las comprenderemos, las practicaremos con amor. La infancia espiritual producirá en nosotros todas las virtudes; las poseeremos en el mas alto grato, sin pensarlo, sin saberlo, sin peligro de gloriarnos por ello.

¿A qué señal, dice tambien el ángel, que se conocerá el Salvador? *A los pañales que le envuelven.* ¿Qué viene á ser un infante fajado? La debilidad misma. No tiene el uso de ninguno de sus miembros, ni puede por sí mismo hacer movimiento alguno, ni la menor resistencia. Esto es lo que quiso ser Jesus, la eterna sabiduría, para enseñarnos que no hay que esperar progreso alguno en nuestra vida espiritual, si no nos dejamos del mismo modo fajar nuestra voluntad para sujetarla. ¡Cuán débil es esta voluntad para el bien! Y al mismo tiempo, ¡cuán fuerte para el mal! Si no se la sujeta con ataduras, no puede dejar de herirse y dañarse á sí misma, ni dejar de resistir á la gracia, haciéndola inútil por medio de sus ciegos é insensatos movimientos. Es menester que esté atada y cautiva como los miembros de un infante, para que haga Dios de ella todo lo que quiera. Esta faja tan saludable y tan necesaria para ella es la de la obediencia. María sujeta los miembros de Jesus con los pañales, y á su ejemplo el director ha de sujetar el alma que Dios pone bajo su direccion, la cual no debe resistir mas á Jesus, de lo que re-

sistió Jesus á su Madre. No tomemos otro partido que el de dejar disponer de nosotros, y obedecer; y estaremos seguros de nuestro adelantamiento.

En fin, el último señal por el que el Salvador quiere ser reconocido, es el pesebre en donde se halla acostado. Señal de humildad, señal de pobreza, señal de mortificacion. No somos nosotros árbitros de la condicion en que nacemos; pero de nosotros depende estimar y querer lo que Jesus escogió para sí mismo, pues no pudo engañarse en su eleccion. Amemos pues todo cuanto puede abatirnos y envilecernos delante de los hombres; mantengámonos en los límites mas modestos de nuestro estado, y no ambicionemos distincion alguna. Amemos la pobreza, y practiquémosla sin afectacion en cuanto podamos. Pobres seremos á los ojos de Dios en nuestra abundancia misma, si nuestro corazon está enteramente desasido de las riquezas; si las empleamos espontáneamente en socorrer las necesidades del prójimo; si, lejos de despreciar á los pobres, tenemos una santa envidia á su estado, como mas conforme á la doctrina y al ejemplo de Jesucristo. Amemos la mortificacion exterior; nada concedamos á la sensualidad y á la molicie. Tratémonos en muchas cosas con un poco de dureza, sin que lo parezca, y acostumbremos nuestro cuerpo á sufrir. Lo que en todo tiempo ha perdido y perderá el mundo, es el amor de los honores, de las riquezas y del placer. El desprecio de estas tres cosas es lo que ha salvado y salvará á los cristianos. No basta este solo desprecio para santificarlos; pero les pone en el camino de la santidad, y remueve los principales obstáculos.

CAPITULO XX.

Adoracion de los Magos.

No fueron solos los pastores los únicos á quienes María vió venir para reconocer y para adorar á su Hijo. El que debia salvar á los judíos y á los gentiles, despues de haber recibido el homenaje de los judíos en la persona de los pastores, recibió en la de los Magos el homenaje de la gentilidad. Una estrella extraordinaria que vieron en el oriente, y cuyo anuncio y significado les fué revelado por Dios, les movió á dejar su país y á venir á Judea, guiados por aquella estrella, para adorar al rey de los judíos recien nacido. Dirigiéronse al mismo Herodes para saber el lugar de su nacimiento, y bajo la respuesta de los sacerdotes y de los escribas, cuya decision fué, que, segun las profecías, el Cristo debia nacer en Belen, se encaminaron hácia esta ciudad, guiados por la misma estrella que habia desaparecido cuando entraron en Jerusalen, y que se paró sobre la morada misma en donde estaba aquel que buscaban. Entraron pues en esta habitacion, donde encontraron al Niño y á su Madre; y habiéndose prosternado, le adoraron, ofreciéndole por presente, oro, incienso y mirra.

Puede muy bien creerse que manifestaron á María quiénes eran, y que le refirieron como Dios los habia llamado, como habia obrado en su espíritu y sobre su corazon, cuando apareció la estrella, mostrando á la Madre del que ellos venian á adorar todo el respeto que le era debido. ¿Sintió María la menor complacencia en los honores que la tributaron? No: los recibió con un perfecto desinterés, y los devolvió á su Hijo en quien solo se miraba, y en quien únicamente existia. El sentimiento que entonces la ocupó, fué el ben-

decir á Dios de que hiciese conocer su Hijo á las naciones idólatras, y de que empezase ya á destruir por sí mismo el imperio de los falsos dioses. ¡Qué contento para ella el ver á su divino Infante adorado por grandes y por sabios, que á su vuelta debian anunciarlo en su país! De ello se alegró por su Hijo, no por sí misma; y si ella habia mostrado mas sencillez á la venida de los pastores, iguales suyos por la condicion, manifestó mas humildad en la venida de los Magos, cuyas señales de veneracion hubieran costado caras á su modestia, si lo hubiese mirado de otro modo que en el órden y los designios de Dios, á quien lo referia todo.

Cuanto mas elevadas son segun el mundo las personas que nos rinden homenajes, mas estos homenajes lisonjean naturalmente el amor propio, y mas peligramos en dejarnos cautivar por él. María nada tenia que temer por esta parte. Veia su dignidad de Madre de Dios reconocida por los grandes de la tierra, léjos de engreirse por ello, la hacen aun mas humilde. En los respetos que le tributan los Magos no ve sino el efecto de la gracia, y la deja obrar con toda libertad en la expresion de sus sentimientos, no viendo en todo nada mas que á Dios glorificado por ellos, y á ella en él. ¡Cuánto es menester tener una intencion tan pura como la de María, para no ver, como ella, sino el honor de Dios en el que con justo título se nos tributa! Muy grande humildad es sin duda sustraerse tanto como se puede á los elogios y á las distinciones que atraen la virtud y los favores del cielo. Pero es mucho mayor la de recibir estos elogios y estas distinciones sin apropiárselas, y hacer de manera que toda la gloria venga á recaer en Dios. Adelántome á decir, que en esta entrevista la admirable virtud de María fué para los Magos una prueba de la divinidad de su Hijo, y que reconocieron que solo la Madre de un Dios podia juntar tanta humildad á tanta grandeza.

CAPÍTULO XXI.

La Circuncision.

LLEGADO *el dia octavo en que debia ser circuncidado el niño: le fué puesto el nombre de Jesus, nombre que le puso el ángel antes que fuese concebido* [1]. En el misterio de la Circuncision de Jesucristo, dejemos aparte lo que á él concierne para no ocuparnos sino de lo que respecta á María.

Ella ve á este divino Niño sujeto por órden del Padre celestial y por su propia voluntad á una ley rigurosa, humillante, y que no era hecha para él. Veia que el que era la misma santidad, pasando por esta ley, se reconocia pecador, y se sujetaba á la práctica de todas las observancias legales. Entrevió, á lo menos confusamente, que por la efusion de su sangre libraria su pueblo de sus pecados, segun lo habia dicho el ángel á José; que derramaba ya las primicias, que las ofrecia á su Padre, y que en esta dolorosa ceremonia hacia el ensayo de otro mas grande sacrificio, cuya víctima habia de ser un dia.

¡Oh tierna Madre! ¡De qué dolor no quedasteis penetrada, al ver la carne de vuestro Hijo cortada por el cuchillo de la Circuncision, cuando oisteis sus gritos, y visteis correr á la vez su sangre y sus lágrimas! ¿Quién ignora lo que en semejante circunstancia tiene que sufrir una madre por la vivacidad de su imaginacion, y de la compasion? El mismo cuchillo desgarró pues vuestras maternales entrañas, y no fuisteis menos sensible á su incision que vuestro mismo Hijo.

Mas ¡con qué resignacion, con qué sumision soportasteis esta pena! Adorando los consejos del eterno Padre, entrasteis en los sentimientos de su Hijo, y con su sangre ofrecis-

1 Luc, II. 21.

teis vuestro propio dolor en satisfaccion á su justicia y en reparacion de su gloria ultrajada por los pecados de los hombres. Entonces vislumbrasteis lo que os costaria en todo el decurso de su vida, y aceptasteis anticipadamente las pruebas que os costaria su estado de víctima, uniendo al suyo vuestro sacrificio. Dios que queria ejercitar de contínuo vuestra fe, no os dió entonces una idea clara de todo lo que presagiaba aquella primera efusion de la sangre de vuestro Hijo; mas así como queria que estuvieseis como él en un estado habitual de sufrimiento, os dió el presentimiento de todo lo que debia suceder algun dia.

Si conocisteis todas las grandezas del adorable nombre de Jesus, si comprendisteis que este grande nombre reconciliaba á Dios con los hombres, que habia de ser algun dia cubierto de gloria, y que toda rodilla se doblaria en el cielo, en la tierra y en los infiernos al oir este nombre divino, tambien penetrasteis todas las obligaciones que os imponia, ya con respecto á Jesus, ya con relacion á vos misma. Conocisteis que si Jesus debia ser un varon de dolores y de oprobios, la Madre de Jesus debia precisamente tener parte en estos oprobios y en estos dolores; y que si por este título debiais ser elevada sobre todos los ángeles, por este mismo título debiais ser abatida mas que todas las mujeres. Hé aquí las ideas y los sentimientos que ocuparon á María durante tan dolorosa operacion, y durante todo el tiempo necesario para la curacion de la herida.

Si nosotros queremos ser con Jesus glorificados, dice San Pablo, preciso es que padezcamos con él. Cuanto mas á él nos acerquemos por la imitacion, mas estrechamente nos unirá con él el amor, y mas debemos prepararnos para padecer. La circuncision del corazon que él exigirá de nosotros en toda su extension, es un agudo y prolongado martirio. Mas el amor de Jesus, la union con Jesus, la dicha de parecerse á Jesus y á su santa Madre, nos lo endulzará, nos lo hará amar

y preferir no solo á los falsos placeres de la tierra, sino hasta á las sólidas consolaciones del cielo.

CAPÍTULO XXII.

La Purificacion.

El dia cuadragésimo despues de su parto, María, cuidadosa de observar puntualmente la ley de Moisés, se dirige al Templo para purificarse á sí misma, para presentar al Señor aquel Hijo que le pertenecia en calidad de primogénito, y para rescatarle por medio de la ofrenda de dos tórtolas ó dos palominos. Todas las demás mujeres judías practicaban en ocasion semejante las mismas observancias de la ley; pero María las cumplió con una perfeccion que solo á ella convenia.

Sujetóse pues á la ley de la Purificacion; aunque es evidente que no estaba comprendida en ella, habiendo sido vírgen en su alumbramiento. Consiente pues en pasar en público por una Madre ordinaria; tiene oculto el secreto de su milagrosa virginidad, y ni una palabra profiere que pueda dar indicios de lo que es ella en efecto. ¡Qué humildad! Ocultemos pues á ejemplo suyo bajo las mas comunes apariencias las gracias que Dios pudiera dispensarnos; y no temamos el sujetarnos por esta consideracion á ciertas cosas de que tuviéramos derecho de eximirnos. No dejan de ser grandes los favores celestes, pero mucho mas grande es la humildad que los encubre. Aunque nos viésemos encumbrados sobre los serafines, hagamos de modo que se nos mire siempre como almas comunes, y nunca demos deliberadamente lugar á los que viven á nuestro lado á que nos tengan un aprecio singular. Es necesario ser santo, no hay duda, y tan santo como

se pueda; es menester edificar al prójimo con las palabras y con las obras; pero nadie será jamás verdaderamente santo sino por lo que cuidáre de sepultar en sí mismo, digámoslo así, los dones del cielo, y de no distinguirse de los demás en lo exterior.

María ofrece su Hijo á Dios, como un bien propio de él, y que de él ha recibido tan solo para devolvérselo, uniendo su ofrenda con la que el Hijo hacia entonces de sí mismo al Padre celestial. Comun es su sacrificio, y animado de los mismos sentimientos. El Hijo sabia distintamente á qué se consagraba: la Madre no tenia de ello sino una idea confusa y general; mas ella lo aceptaba todo, lo consentia todo para su Hijo y para ella. Porque ofreciéndolo, no solamente se ofrecia ella, sino que ofrecia lo que le era infinitamente mas amado que ella misma; y su ofrenda tanto de él como de ella, era sin reserva, sin restriccion, hecha con toda la plenitud de su corazon, con un amor y una generosidad sin límites, extendiéndose á todos los designios de Dios conocidos y desconocidos.

Nosotros en la ley de gracia pertenecemos á Dios bajo todos los conceptos de un modo mas especial que le pertenecian los primogénitos en la ley de Moisés. Nuestro primer deber y el primer uso que debemos hacer de nuestra razon y de nuestra libertad, es ofrecernos á él á fin de que disponga de nosotros como sea de su agrado, ejerza sobre nosotros su supremo dominio, y cumpla en nosotros su voluntad. ¡Oh! Si estuviésemos bien persuadidos de esta gran verdad, que ya no somos absolutamente de nosotros, que nada tenemos propio, que no existimos para nosotros sino para Dios, ¡con qué fervor nos consagráramos á él! ¡Con qué amor le sirviéramos! ¡Con qué desinterés trabajaríamos únicamente para su gloria! ¡Con qué generosidad le hiciéramos todos los sacrificios que de nosotros exigiera, sabiendo que conserva todos sus derechos sobre lo que nos ha dado, y teniéndonos por

muy dichosos de podérselos tributar! Dios lo dió todo á María, dándole su propio Hijo; María lo devolvió todo á Dios, consagrándole su Hijo; y sacrificándolo todo en él sobre la tierra, lo recobró todo en el cielo, en donde por medio de su Hijo dispone de todos los tesoros de la Divinidad. Si Dios nos lo pide todo, no es porque eche á menos sus dones, es para desapropiarnos de ellos, y para devolvernos en seguida mucho mas de lo que nos ha dado. Así lo hizo con Jesucristo y con María; así lo hará con nosotros si los imitamos.

En fin, para el rescate de Jesus, segun estaba ordenado por la ley, ofreció María en calidad de pobre dos tórtolas ó dos palominos. Dios no miró su mano sino su corazon. Los ricos, que le hacian ofrendas de mucho mas valor, no le eran tan agradables, porque eran menos perfectas sus disposiciones. ¿Qué importa á Dios que le demos, si no se lo da el amor? Y cuando el amor es quien se lo da, ¿qué le importa se le dé poco ó mucho? Nada sabe reservar el amor, cuando se trata de Dios. Lo da todo, ó á lo menos está pronto á darlo todo á medida que Dios se lo vaya pidiendo. Si nada tuviese, se daria á sí mismo, y este don supliria abundantemente á todos los demás. María, desnuda de bienes temporales, penetró perfectamente esta verdad. Nunca sintió tener poco para dar á Dios; pero lo poco que le dió, se lo dió con tanto amor, que nadie se lo ha dado ni dará jamás con tanto amor como ella. Yo he dejado grandes bienes por Dios, he renunciado á las mas altas esperanzas: ¿de qué precio será esto en sí mismo delante de Dios? Del precio que en ello habrá puesto el amor. Los apóstoles no dejaron sino sus barcas y sus redes. Reyes y reinas que han renunciado el trono han dejado menos que ellos, si lo renunciaron con menos generosidad y amor. Los hombres atienden al sacrificio exterior. Dios no mira sino el del corazon, y este, rico ó pobre, no depende sino de nosotros.

CAPÍTULO XXIII.

Encuentro de Simeon.

Habia, dice S. Lucas, en Jerusalen un hombre llamado Simeon. Este hombre era justo y temeroso de Dios; esperaba el consuelo de Israel, *es decir*, *el Mesías*, y el Espíritu Santo estaba en él. Habia recibido una promesa del Espíritu Santo que no moriria, sin que hubiese visto el Cristo del Señor. Vino pues al Templo movido por el Espíritu, y al entrar con el niño Jesus sus padres..... lo tomó entre sus brazos, bendijo á Dios, y exclamó: Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo á tu siervo segun tu promesa, porque mis ojos han visto ya al Salvador que nos has dado, que has expuesto á la faz de todos los pueblos como la luz que debe ilustrar las naciones, y que será la gloria de Israel el pueblo tuyo. Y el padre y la Madre de Jesus estaban admirados por las cosas que de él se decian.

Observemos desde luego como María recibe una tras otra nuevas luces que la ilustran por lo que respecta á Jesus, y que le aseguran mas y mas en su maternidad divina. Esto es lo que sucede al principio de los estados extraordinarios en que se halla un alma. Dios multiplica en ella los testimonios; no deja duda alguna de sus designios ni al alma que ha escogido ni á su director. De ellos se vale tambien para afirmarla en la fe, que pondrá despues á duras pruebas. Notemos tambien lo que ya antes he observado, que María no pidió ninguna de estas seguridades, y que no obstante le venian cuando menos lo pensaba.

Simeon, guiado por el Espíritu Santo, entra en el Templo en el momento de entrar Jesus, le toma entre sus brazos desde los brazos mismos de su Madre, lo adora, y le dá las mas

tiernas demostraciones de su amor. Y despues transportado de gozo, pide á Dios que le deje morir en paz, porque ha visto al autor de la salud del género humano, al que debe ser la luz de las naciones y la gloria de Israel. Oye María estas palabras como si Dios las dirigiese á ella misma, las escucha con respeto, las medita y se nutre de ellas. Nada pierde de lo que sobre su Hijo se dice delante de ella, y ve reconocida que la luz se va aumentando sucesivamente, y que por un progreso admirable, Elisabeth, Zacarías, los pastores, los Magos, Simeon, todo conspira á ilustrarla mas y mas. Ella y José están admirados de lo que oyen decir del infante Jesus.

No es menor la sorpresa de un alma á quien Dios ha manifestado los designios que sobre ella tiene, cuando ve que muchas personas son como suscitadas por Dios para confirmarla en lo que le fué revelado desde un principio. Cuanto menos se halla inquieta y se muestra curiosa en este punto, mas seguridades recibe de donde menos las esperaba.

¿Qué debemos concluir de aquí? Que es menester fiarse de Dios, y creer con una indestructible firmeza y un ciego abandono, que no nos denegará ninguno de los testimonios indispensables para asegurarnos que nuestro estado es obra suya. No quiere que procuremos convencernos con nuestro propio raciocinio. Este medio nos engañaria, y cualquiera que en él se apoyase no podria estar seguro de que no se alucina, pues las cosas divinas no están sujetas al razonamiento humano. Mas quiere que, despues de la primera revelacion de sus designios, se quede en paz, y que de él solo se esperen todas las confirmaciones necesarias. El las dará infaliblemente, no al propio espíritu que las pidiera, sino á la confianza que descansa en todo sobre él, y que se guarda bien de anticiparse á sus divinas luces. No las prodiga, sino que las distribuye con sabia economía, disipando toda duda, y dejando siempre no obstante una cierta oscuridad. Levanta

el velo poco á poco, pero nunca enteramente, hasta el perfecto cumplimiento de sus designios. Y si Dios obra así, es tan solamente para su gloria y para nuestro bien. Si todo nos lo declarase de golpe, nos aterrára la vista de las pruebas que nos destina; ningun mérito tuviéramos en dejarnos conducir, sabiendo de antemano á qué punto debemos llegar, y nuestros sacrificios nada tuvieran de real ni de glorioso para él, porque veríamos en lo que han de terminar.

Nadie, despues de Jesucristo, tuvo mas alto destino que María; y nadie ha tenido menos curiosidad en saber sus pormenores. Nunca apartó su vista de la fe; aprovechóse de cuantas luces le fueron dadas; pero no las deseó, contenta en quedarse en aquel grado de oscuridad en que Dios gustase dejarla. No es pequeña cosa imitarla fielmente en este punto; y para esto es menester desde la entrada del camino una muerte entera á nosotros mismos, ó sea á nuestra propia voluntad.

CAPÍTULO XXIV.

Prediccion de Simeon sobre Jesus y María.

Simeon, prosigue S. Lucas, les bendijo, diciendo á María Madre de Jesus: Este Niño que ves, está destinado para ruina, y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradiccion de los hombres; lo que será para tí misma una espada que traspasará tu alma, á fin de que sean descubiertos los pensamientos ocultos en los corazones de muchos.

La parte de esta profecía de Simeon que mira á Jesucristo es una de las mas profundas que se leen en la Escritura, pues anuncia que el Hombre Dios fué durante su vida y se-

rá hasta el fin de los siglos, el motivo de la pérdida de los unos y de la salud de los otros, y una señal que experimentará contradicciones, á fin de que sean descubiertos los pensamientos secretos de los corazones. María, á la cual se dirigieron estas palabras, comprendió pues, segun la luz que Dios le dió, que su Hijo ofreceria á los hombres un conjunto de grandeza y de abatimiento, de poder y de debilidad, de gloria y de ignominia, de luz y de oscuridad; que atraeria á unos, que indignaria á otros, que ejercitaria la fe de los que creyesen en él, y que ejercitándola la afirmaria; que chocaria y abatiria á los incrédulos, causando su ruina, haciendo patente la rectitud de los corazones de los primeros, y la malicia de los segundos. Comprendió lo que su Hijo tendria que sufrir de la contradiccion de los hombres, que seria desechado de la mayor parte de la nacion misma que por tanto tiempo lo aguardaba como su libertador; que lo mismo sucederia mas ó menos con las otras naciones; y que entre los que profesarian un dia su religion, un grande número de incrédulos, de herejes, de libertinos, de malos cristianos, estarian opuestos en sentimientos y en conducta á la doctrina y á los ejemplos de Jesucristo; en una palabra, que se le haria la guerra en todos lugares, y que esta guerra duraria hasta la fin del mundo.

No quiero decir que María tuviese entonces una idea distinta de todo esto; pero si la tuvo general, suficiente para darle á entender todo lo que su Hijo sufriria, y todo lo que ella misma tendria que sufrir con respecto á él. Nada mas claro y mas positivo que el anuncio que de ello le dió aquel santo viejo: *Una espada traspasará tu corazon.* ¿Qué espada será ésta, sino la que quitó la vida á Jesucristo? Esta espada traspasará no el cuerpo sino el alma de María: será una espada espiritual, que por la compasion le hará sentir todos los dolores de su Hijo de todo género. Su corazon no los sentirá como quiera, sino que ellos la penetrarán y la traspasa-

rán: los padecimientos de los mártires, las penas interiores de las almas mas puestas á prueba, nada tendrá de comparable con sus penas.

¿En qué disposicion recibió ella tan acerba profecía? La recibió con amor, con paz, con una perfecta conformidad con la voluntad de Dios, y desde aquel momento unió su cruz con la de su Hijo. Hasta entonces nada semejante á esto se le habia anunciado; ni parecia que, despues de lo que le habia dicho el ángel tocante á la grandeza de Jesus, debiese esperar un prenuncio tal como el de Simeon. Mas Dios no declara á la vez todos sus designios, y sin contradecirse, anuncia en diferentes tiempos cosas al parecer opuestas, pero que sabrá muy bien conciliar. María, que recogia con cuidado, que meditaba en su corazon todo lo que se le habia dicho con respecto á su Hijo, no pudo dejar de notar la aparente oposicion que se hallaba entre las palabras del ángel Gabriel y las de Simeon. No dejó tampoco de reconocer que unas y otras venian de Dios, creyéndolas firmemente sin buscar como conciliarlas, bien segura de que todo se cumpliria á su tiempo.

Tres cosas que imitar ofrece aquí María á las almas interiores. La primera, que se persuadan y convenzan de que sus sufrimientos tienen una íntima union con los de Jesucristo, cabeza de los predestinados, siendo un resultado y una dependencia de aquéllos, y que las hace partícipes de su cruz porque muy especialmente le pertenecen. La espada penetró tan profundamente en el corazon de María, porque era la Madre de Jesus, y no penetra proporcionalmente en ciertas almas escogidas, sino porque son las esposas de Jesus. No separen pues ellas jamás sus sufrimientos de los de su Esposo, y mírenlos como formando un mismo todo. Nada mas propio para alentarlas y sostenerlas. Jesus sufre en mí; Jesus no me hace sufrir sino porque soy de él, y para que lo sea mas todavía.

La segunda cosa en la que deben imitar á María, es en

aceptar con la misma paz, el mismo amor, la misma conformidad las cruces que les serán anunciadas; en no dejarse aterrar ni turbar por su terrible perspectiva, sino creer firmemente que Dios les dará la fuerza necesaria para suportar las pruebas que les prepara. No se abatan pues, no dejen correr sin freno su imaginacion, ni se debiliten de antemano por medio de vanas y peligrosas reflexiones.

La tercera cosa, en fin, es que no se atormenten para conciliar lo que Dios les dice en un tiempo, con lo que les dice en otro. Estas cosas parecen muchas veces contradecirse, como la órden dada á Abrahan de inmolar á Isaac parecia absolutamente contraria á las promesas que Dios le habia hecho por lo tocante á su hijo. Esta aparente contradiccion es lo que ejercita y forma el mérito de nuestra fe. Creamos todo lo que nos viene de parte de Dios, y no nos demos pena para conciliarlo, pues este es negocio de Dios, no nuestro. Guardemos los ojos humildemente cerrados hasta el desenlace, en el cual veremos, como Abrahan y María, todas las predicciones de Dios enteramente cumplidas.

CAPÍTULO XXV.

La huida á Egipto.

Herodes instruido por los Magos, del nacimiento del nuevo Rey de los judíos, es decir del Mesías, temió por su corona, y formó el designio de quitarle la vida. Cuando estaba ya para ejecutarlo, *un ángel del Señor apareció en sueños á José diciéndole: Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise; porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle. Levantándose José tomó al Niño y á su Madre de noche, y se retiró á Egipto, donde se mantuvo hasta la muerte de Herodes.*

A José como cabeza de la santa familia es á quien comunica el ángel las órdenes del Señor. No envidió María esta preferencia, ni aun le ocurrió al pensamiento. Parecia no obstante, que la órden del cielo debia dirigirse mas bien á ella, pues en cierto sentido, era mas digna de este favor que José; el Niño pertenecia á ella sola, y en él debia interesarse mas vivamente que José. Y si María no recibia sola el celeste mensaje, ¿no podia el ángel del Señor darle este aviso al mismo tiempo que á José? Hé aquí las reflexiones que hubiera hecho consigo misma un alma imperfecta y susceptible de amor propio. Pero María no las hizo, y nos enseña á no hacerlas en ocasion semejante, y á recibir con respeto las órdenes del cielo por cualquier camino que se digne instruirnos, aunque sea por medio de personas de una gracia inferior á la nuestra. Además, en José su esposo María reconoció su superior, y bajo este respeto juzgó que debia con preferencia á ella ser instruido inmediatamente de la voluntad de Dios, y que por medio de él debia ella saberla. Persuadámonos asimismo que nuestro guia espiritual ó nuestros superiores, serán principalmente los canales por los que Dios nos dará á conocer su voluntad, y miremos este camino como mas seguro que si él mismo nos la declarase, pues aun en este caso estaríamos obligados á someter á su juicio las revelaciones del cielo.

Mas ¡qué nuevo motivo para ejercitar la fe de María! ¡Su Hijo, el Hijo del Altísimo es perseguido de muerte, y es preciso procurar su seguridad como la de un niño cualquiera! ¿No tiene Dios bastante poder para sustraerlo á la crueldad de Herodes sin necesidad de huir? ¿No tiene en sus manos el corazon de este malvado rey? ¿No es el árbitro de su vida? ¿Como un infante cual Jesus, para quien el cielo debiera prodigar los milagros, ha de correr los peligros y los inconvenientes de una huida precipitada á una tierra extraña? ¿No era muy natural que estos y muchos otros semejantes pensa-

mientos ocurriesen á María? ¿Debia ella esperar, atendidas las magníficas promesas del ángel, que su Hijo apenas nacido estaria expuesto á perecer bajo el cuchillo de un perseguidor?

De otra parte ¿que asilo buscarán en Egipto, en un país desconocido? ¿Cómo subsistir allí? María es pobre: no tiene otro recurso que el trabajo de José. ¿Y cómo podrá éste ejercer su oficio y hallar las proporciones necesarias? Es una tierra do reina la idolatría, en donde los judíos adoradores del verdadero Dios son aborrecidos del pueblo. ¡Qué destierro, pudiera decir María, á que terribles extremos vamos á vernos reducidos! Y además, ¿cuánto tiempo durará este destierro? El ángel no lo ha dicho, y en esto nos ha dejado en la incertidumbre mas cruel. ¡Qué prueba para una Madre tal como María, y para la Madre de un Hijo tal como Jesus!

Motivos eran estos sin duda para sumir á María en la mas violenta turbacion, si estuviese menos abandonada á Dios, y menos confiada en los paternales cuidados de su providencia. Mas ella no tuvo la menor inquietud voluntaria, ni para ella, ni para su Hijo. Sufrió todo lo que debia hacerle sentir en este lance la ternura maternal: pero su virtud no vaciló por esta prueba. Obedeció y partió de noche con José, llevando el Niño en sus brazos. ¡Qué habia de temer para Jesus ni para ella, estando en compañía de Jesus! Si tenemos la fe de María, nada temeremos ni del infierno ni de los hombres, mientras llevemos á Jesus con nosotros. Podremos tener que padecer por causa suya; pero tales padecimientos, si le amamos, harán nuestras delicias y nuestra gloria.

Bien puede creerse que Dios, amando como amaba muy singularmente á María y á José, y conociendo toda la fuerza de la virtud que en ellos habia puesto, no les ahorró ninguna de las penas que eran naturalmente consiguientes á su viaje y á su permanencia en Egipto; y que al mismo tiempo les dió todas las gracias necesarias para suportarlas de una manera digna de él. Permanecieron pues en Egipto hasta que,

muerto Herodes, un ángel avisó en sueños á José, que tomando al Niño y á su Madre, volviese á la tierra de Israel, por ser ya muertos los que atentaban contra la vida del Niño. José ejecutó esta órden; pero temia el ir á Judea, en donde reinaba Arquelao en lugar de Herodes; y advertido de nuevo en un sueño, se retiró á Galilea.

Observad como José y María nada hacen por sí mismos, y se dejan en todo conducir por Dios. Reciben la órden de huir á Egipto. ¡Cuántos reparos parece se hallaban autorizados á hacer presentes, ya con respecto á sí mismos, ya mas aun con respecto á Jesus! Ninguno hacen, y parten inmediatamente en la misma noche. Su residencia en Egipto debe serles en extremo penosa por todos respetos: mas no toman por sí mismos medida alguna para salir de allí, ni aun dirigen súplicas á Dios para que les abrevie aquel destierro. Aguardan tranquilos que el ángel venga á avisarles; y si se retiran á Galilea para mayor seguridad, es por un nuevo aviso que reciben de Dios. Una vez puestos bajo la direccion de Dios, no tenemos otro partido que tomar, sino el de la obediencia. Dios se encarga de todo, y podemos estar seguros que nos hará conocer su voluntad, aunque para ello debiese enviarnos un ángel. Nada hay mas glorioso para Dios ni que mas nos tranquilice, que esta ciega obediencia. Ningun movimiento tenemos que hacer por nosotros mismos, ni que prever nada, ni que tomar precaucion alguna: esperemos la órden de Dios, que viene siempre á tiempo, y que empieza ó acaba, segun le place, nuestras pruebas.

CAPITULO XXVI.

Jesus perdido y vuelto á encontrar en el Templo.

Regresados á Nazareth José y María, iban todos los años á Jerusalen para celebrar allí la Pascua. Lleváronse á Jesus, cuando tenia la edad de doce años. Pasados los dias de la solemnidad, y al regresar ellos á su país, Jesus se quedó en Jerusalen, sin que sus padres lo advirtiesen; y pensando que estaba con las personas que les acompañaban, hicieron una jornada de camino, y lo buscaron entre sus parientes y conocidos. Y no encontrándolo, volvieron á Jerusalen para buscarlo. Despues de tres dias lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles, y proponiéndoles cuestiones. Todos cuantos le oian estaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas. En vista de esto sus padres quedaron suspensos de admiracion.

Jesus, hasta entonces tan obediente á sus padres, se oculta á ellos, los deja partir, y quédase en Jerusalen sin que ellos lo adviertan. Bien sabia que iba á causarles inquietud, á su Madre sobre todo. Buscáronlo en efecto por todo el primer dia entre sus parientes y conocidos, y no encontrándolo volviéronse á Jerusalen. ¿Quién podrá esplicar cuales fueron los sentimientos que agitaron el corazon de María? ¿Por qué me ha dejado sin decirme nada? ¿Qué le hice yo? ¿Tiene motivo de queja?

Almas interiores, Jesus muchas veces os abandona en apariencia, sin preveniros. Os priva de su presencia sensible, como privó de ella á María. Quedais desoladas, temeis haberle dado motivo para ello: os examinais, vais buscando escrupulosamente hasta las menores faltas. ¿Qué no pensais? Pero vais engañadas. No os ha abandonado Jesus en el fondo, pues

está siempre con vosotros por su divinidad. No se oculta á vuestros ojos, ni se ausenta, sino para disfrutar de vuestro amor y de las muestras que de él le dais, para purificarle y hacerle mas espiritual. Presente estaba él á todo lo que pasaba en el corazon de su santa Madre, y su ternura para con él, su adhesion, el dolor de haberlo perdido, le llenaban de contento. Lo mismo pasa con vosotras, almas interiores. El ve vuestra pena; cuanto mas grande es, tanto mayor placer le causa, con tal que sea tranquila y sumisa, como la de María, y que sea Jesus y no vuestro propio consuelo lo que echais menos con sentimiento.

Jesus se place en ser buscado. ¡Cuál fué la inquietud, cuál fué el ardor y apresuramiento de su Madre! ¿Qué se ha hecho mi tesoro, exclamaria, mi todo, aquel en quien yo vivo, y á quien amo mas que á mi misma? ¿Qué lugar dejó sin registrar? ¿A qué persona dejó de pedir por él? ¡Qué gozo para Jesus el verse con tanto afan buscado! Cualquiera que así lo busca, por cierto que no lo ha perdido: volverá á encontrarlo con mas contento que nunca. ¡Oh cuán admirables sois, artificios del amor divino! Si siempre os poseyéramos sensiblemente, ¡oh amor de Jesus! nos acostumbraríamos á vos, y no conociéramos todo vuestro valor. Preciso es percibiros por intervalos, en cuanto al sentimiento: es necesario hallarse reducido uno á sí mismo, frio, árido, distraido, desolado, para conocer lo que valeis, y cuanto bien derramais en el alma. Nunca esta alma os da una prueba mas grande de amor, como cuanto os busca en sus momentos de desolacion, y cuando pide por vos á todo lo que encuentra. Entonces redobla sus súplicas, su recogimiento, su fidelidad; no se ocupa sino en vos: todo lo demás le disgusta, le cansa, le fastidia. No es eso, dice, lo que yo amo, ni por lo que suspira mi corazon. Busquemos pues á Jesus como María, y no tardaremos mucho á encontrarle.

Encuéntralo ella, al fin; pero ¿en dónde? ¿Es entre sus

parientes y conocidos? No. ¿Es por las calles ó en las casas de Jerusalen? No. Fué en el Templo, en la Casa de Dios. Luego no debemos nosotros buscar á Jesus entre la carne y la sangre, pues allí no le encontraremos. Tampoco le busquemos en el tumulto y en los embarazos del mundo, porque aborrece semejante morada. Le hallaremos, sí, en el Templo, en el santo Tabernáculo de donde no se aparta nunca, y allí nos aguarda. Verdad es que está oculto; pero ya sabrá descubrirlo el ojo penetrante de la fe. Seguros estamos de tenerle allí, y de que no nos escapará jamás. Acudamos, pues, al templo en nuestras sequedades, en nuestras desolaciones; volvamos á él con frecuencia, pues vencido al fin por nuestra asiduidad y por nuestra piadosa importunidad, se nos manifestará.

¿Y qué hace en el templo? Mudo está allí en apariencia, pero de hecho nos dá allí lecciones admirables. Habla á los corazones, y les pregunta. Si le sabemos escuchar, saldremos de su compañía instruidos en todo cuanto podemos desear saber. Vamos pues al templo, para aprender en él la ciencia de los santos, de aquel que es el Maestro de los doctores. Dejemos los libros, y preguntemóselo todo á él mismo. Callemos en su presencia, y dejémosle hablar. Una palabra que nos diga en el fondo del alma, nos enseñará mas que todos los libros y las meditaciones. ¿De qué nos servirian los libros y nuestras reflexiones, si él no nos hablase por sí mismo?

Habiéndole por fin encontrado su Madre, le dijo: *Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo llenos de afliccion te hemos andado buscando* [1]. Llena estaba de ternura esta increpacion; la Madre de Jesus tenia derecho de hacerla, y él léjos de ofenderse, quedó por ella muy satisfecho. Una santa familiaridad con Jesus da ciertos derechos, que no permitirian el amor ni el respeto. Las almas buenas le piden á veces con libertad las razones de la conducta que

1 Luc. II. 48.

con ellas tiene; le hacen presente con humilde sencillez la afliccion que les causa, y él se complace con esta confianza, léjos de resentirse por ella. Dios no se parece á los hombres, con los cuales son menester ceremonias y precauciones. Gusta de aquel cierto atrevimiento que nace de la sencillez; y el lenguaje del amor, que trata con él casi como con un igual, le agrada mucho mas que el comedido lenguaje del respeto. Pero este lenguaje y estas dulces reconvenciones no están permitidas sino á madres, á esposas, á hermanos, á hermanas de Jesucristo; es decir, como lo esplica él mismo, á los que hacen en todo la voluntad de su Padre celestial. Esto es lo que autorizaba la santa libertad de María, mucho mas que su título y su calidad de Madre.

Mas como en esta ocasion, no escuchando sino su afeccion maternal, ella consideró á Jesucristo, tal vez con algun exceso, segun su naturaleza humana; su Hijo, que queria elevarla mas á la consideracion de su naturaleza divina, y darle la primera idea del ministerio de que le habia encargado su Padre con los hombres, respondió á ella y á José: *Cómo es que me buscabais? ¿No sabeis que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?* Como si les hubiese dicho: Vosotros debiais elevaros sobre lo que veis en mi de humano; considerar el Padre que tengo en los cielos, el ministerio para el cual me envió á la tierra, la necesidad en que me hallo de cumplirlo, y la obligacion que me impone de preferirlo á las afecciones mas legítimas que os debo, pero que pertenecen á un género muy subordinado á lo que debo á mi Padre. Acompañó estas palabras con un tono de gravedad, y con un aire de majestad divina, que en un niño de su edad, debió dar á conocer á todos los que presentes se hallaban, que habia en él algo de extraordinario é infinitamente superior al hombre. Hablaba al que pasaba por padre suyo, segun la carne, y al mismo tiempo daba á entender á los doctores que le escuchaban, que tenia otro Padre, cu-

yos intereses debian serle mas queridos que los de aquél. De este modo pues se manifestaba públicamente, bien que de una manera encubierta, por el Mesías; y esta respuesta, añadida á los admirables discursos que habian precedido, daba mucho que pensar sobre su persona. Además, él queria preparar muy anticipadamente á su Madre á verle como la dejaria un dia, y en algun modo desconociéndola, en todo el decurso de su predicacion.

Observa el Evangelista que ni ella ni José comprendieron el sentido de la respuesta que les hizo, lo cual manifiesta á todas luces que por divina disposicion su fe estaba envuelta todavía en mucha oscuridad, y que solo con el tiempo y por grados conocieron lo que Jesucristo habia venido á hacer sobre la tierra. Sea como fuere, María recibió esta palabra con todo el respeto que debia, se humilló de no entenderla, é impuso silencio á sus sentimientos maternales.

¡Cuán desasido se ha de estar de todo lo que sabe á naturaleza para conocer bien á Jesucristo y estar unido únicamente á él! Nada son en su presencia la carne y la sangre; y cuando él lo exige, es preciso sacrificárselas. No es esto decir que quiera él que se renuncie al amor de los padres; al contrario; él purifica, ennoblece, santifica este amor; queriendo que se le prefiera únicamente el suyo, y que se ame á aquéllos en él y por él. María fué muy ejercitada en su ternura maternal, la mas fuerte y la mas justa que jamás existió. Jesucristo le enseñó de antemano á desasirse ó desprenderse de él, y por medio de este desprendimiento la elevó á la mas sublime pureza del amor que él le debia. ¡Qué ejemplo para los padres y madres por una parte, y por otra para los hijos! Los unos y los otros, si son verdaderamente cristianos, deben persuadirse, que su mútuo amor no será del todo perfecto, sino en cuanto se apliquen á sobrenaturalizarlo, purificando progresivamente los sentimientos demasiado humanos, y sustituyendo á ellos los que les inspirará la gracia. Pues seria

un absurdo el pensar que Dios fuese contrario á sí mismo, y que el objeto de la gracia fuese sufocar en el corazon de los padres y de los hijos la afeccion que él mismo puso en ellos como autor de la naturaleza. Mas esta afeccion está sujeta á excederse, y Dios quiere que sea arreglada; ella supera á veces al amor que á Dios se debe, cuando ha de estarle subordinada; ella es puramente natural en el hombre, y en el cristiano ha de ser sobrenatural.

CAPÍTULO XXVII.

Jesus sometido á María y á José.

Jesus salió luego despues de Jerusalen con sus padres: *vino á Nazareth, y les estaba sujeto.* Esto es todo lo que nos dice el Evangelio de la vida de Jesucristo desde la edad de doce años hasta la de treinta. Vivió en Nazareth en una pobre habitacion, ayudando á José en su trabajo así que tuvo fuerza para ello, y obedeciéndole en todo, así como á María.

Entremos en esta casa bendita del cielo sobre todas las demás, y veamos como se gobernaba la mas santa familia que hubo y habrá jamás sobre la tierra. No se componia sino de tres personas, del Hijo de Dios, de la Madre de Dios, y de José esposo de la una y reputado padre de la otra. Su pobreza era suma; no tenian sino lo necesario, y quizá les faltaba alguna vez; pero estaban contentos, bendecian á Dios, y nada mas le pedian. Vivian en la oscuridad, desconocidos al mundo, y sin el menor deseo de darse á conocer. Ignorábase en Nazareth lo que era Jesus segun su naturaleza divina, cual era delante de Dios la dignidad de María, y que fuese Madre sin dejar de ser vírgen. Pasaban sin duda por gentes piadosas y fieles observadores de la ley, y toda su conducta

edificaba al prójimo. Mas su piedad nada tenia que les distinguiese del comun de los demás; nada aparecia en lo exterior de lo que eran interiormente; nada daban que sospechar del secreto de Dios: y vemos por el contexto del Evangelio, que los mas próximos parientes de María y de Jesus no tenian presentimiento alguno del gran misterio del Verbo hecho carne. José y María esperaban que Dios mismo revelase la verdad, y que Jesus se manifestase al mundo.

¡Qué paz, qué silencio, qué union en esta santa familia! ¡Qué interior y contínua correspondencia entre Jesus y María, entre María y José! Jesus era la fuente de las gracias, derramábalas sin cesar con profusion en el corazon de su Madre, y María hacia participar de su abundancia á José. Así pues, sin casi desplegar sus labios, se hablaban de contínuo. Todo partia de Jesus, y todo á Jesus volvia, como al centro de las afecciones de María y de José. ¡Cuánto adelantarian una y otro en la perfeccion, durante tan largo espacio de tiempo, en que Jesus no los dejó un solo instante! ¿Quién podrá decir cuales fueron sus conversaciones? Dios y sus beneficios, sus grandes misericordias sobre su pueblo y sobre todo el género humano, serian sin duda su objeto. Su espíritu estaba siempre en contemplacion, hasta en el trabajo y en los quehaceres domésticos, y su corazon ardiendo siempre en el mas puro amor divino. Jesus les instruia, pero sin afectacion, sin pretension, sin que pudieran repararlo, portándose siempre como hijo respetuoso, y no dejando escapar sino con maravillosa economía algunos rayos de la sabiduría profunda que habia en el. María y José estaban atentos á todas sus palabras, y de ellas se alimentaban en secreto.

No obstante á pesar del homenaje que rendian contínuamente en su alma á su persona divina, conservaban y ejercian exteriormente toda la autoridad que sobre él habia querido darles. *Les estuvo sujeto.* Le mandaban pues, pero ¡con qué miramientos, con qué circunspeccion, con qué dulzura,

con qué humildad! Penetrados de la infinita distancia que de él les separaba, admiraban que un Dios se dignase abajarse tanto hasta el punto de obedecer á sus criaturas. Jesus obedecia á la vista de Dios su Padre, y le glorificaba por su sumision. María y José le mandaban como lugartenientes de Dios en la tierra con respecto á él, y ejerciendo sus derechos supremos sobre un Dios anonadado por amor á él. La obediencia de Jesus es superior á todo, y nada puede compararsele. Mas ¡qué virtud, que muerte á sí propio, qué sublimidad de gracias no se necesitaban para mandar á Jesus de un modo digno de él, y que mereciese su aprobacion divina! ¡Cuán embelesante espectáculo á los ojos del Padre eterno y de los espíritus celestiales! Piérdese el pensamiento al fijarse en esta idea, y el espíritu humano no es capaz de tan alta contemplacion.

¡Cuán grande me parece María cuando manda á su Hijo! No precisamente porque este Hijo es Dios, sino porque mandándole, practica las virtudes mas admirables; porque si le manda, es para obedecer ella misma en esto la voluntad de Dios; porque nunca fué mas humilde, ni mas anonadada á sus propios ojos, que ejerciendo semejante autoridad; porque seguia el movimiento de la gracia, muriendo profundamente á sí misma en el ejercicio de esta autoridad, que no se apropió jamás, y que devolvió toda entera á Dios.

Enmudezcamos, admiremos é imitemos en cuanto esté en nuestro poder. Dios merece que un Dios se anonade para honrarle, hasta prestar obediencia á seres sacados de la nada, y que son delante de él como si no existieran. Y yo, que nada soy, ¡tendré repugnancia en obedecer á los hombres que Dios ha revestido de su autoridad! ¡Ofenderáse por esto mi orgullo, y rehusará doblegarse mi voluntad! ¡Ah! ¡Qué orgullo puede resistir aquí el ejemplo de Jesus, sobre todo cuando se reflexiona que tan solo por causa nuestra quiso dárnosle!

Si Jesus me enseña á obedecer, María me enseña á mandar, leccion mas difícil quizá que la de la obediencia. Es menester, que al mandar, me acuerde siempre que no tengo para ello mas título que el que Dios me da; que no ejerzo mis derechos, sino los derechos de Dios; que ejerzo estos derechos con una entera dependencia de la gracia, no escuchando ni mi propio espíritu, ni mis caprichos: es preciso que los ejerza con dulzura, con caridad, con los mayores miramientos á la delicadeza de mis inferiores: que los ejerza en fin sin perjuicio de la humildad, la cual no debo perder jamás de vista, y cuyo sentimiento nunca es mas necesario que cuando se ejercen actos de autoridad. Mucho mas ventajoso nos es sin comparacion obedecer que mandar; y no mandaremos bien sino en cuanto hubiéremos sabido obedecer; mas para mandar bien, así como para obedecer bien, se necesita de todas las virtudes, en especial de la moderacion.

CAPITULO XXVIII.

Vida de María en Nazareth.

No dejemos todavía esta casa de Nazareth, pues nos ofrece mas de un género de enseñanza. ¿Qué vida pasa María en Nazareth? Una vida comun, una vida oscura y oculta, una vida laboriosa, y al mismo tiempo una vida la mas santa, la mas agradable á Dios que haya llevado criatura alguna sobre la tierra. En este punto nadie sino su Hijo le llevó ventaja.

María lleva una vida comun, y está tan contenta de llevarla, que la prefiere á todo cuanto hubiese sido singular y extraordinario. Pasaron ya las revelaciones y los milagros: ella ha vuelto é entrar en el órden comun, y por ello se feli-

cita. María ya no recibe mensajes del cielo: ya no suscita Dios para ella Elisabeths, Zacarías y Simeones, que le descubren sus altos destinos. Héla aquí convertida ya en una simple mujer, que cuida de su casa en una aldea. Su oracion es tan sencilla como sublime: ella misma ignora lo que allí pasa de tal manera, que ni aun se permite reflexionar sobre ello. Cuanto mas sensible es el recogimiento, tanto mas percibe y gusta la presencia de Dios. Ruega siempre, pero con el corazon; nada se observa de notable en sus ejercicios de devocion. Las otras mujeres que la visitaban nada veian en ella que les llamase la atencion para exclamar: Hé aquí una mujer de una piedad extraordinaria. Si María hubiese sido capaz de complacerse en alguna cosa, se hubiera complacido en esta vida comun, que la confundia con la multitud. En cualquier parte en que vivamos, sea en el siglo, sea en el estado religioso, pongamos nuestras delicias en la vida comun, y no nos distingamos en nada de los demás en lo exterior. Dios ve lo interno; hagamos pues de manera que este interior sea á sus ojos tan puro como puede ser. En cuanto á lo exterior que está á la vista de los hombres, sea edificante, pero nada ofrezca que llame una atencion particular.

María lleva una vida oscura y oculta: encerrada en su pequeña habitacion, no sale sino por precision, ó por algun motivo de caridad. Las mujeres de su clase no se hallan en estado de parecer en público, ni de brillar en las reuniones. ¿Y qué público, de otra parte, el de la aldea de Nazareth? Mas tal como es, María no se presenta á él. Las visitas, si alguna hace, le son inspiradas por la gracia, ó dictadas por la urbanidad. No las prolonga mas allá de lo necesario: la conversacion solo versa sobre asuntos de edificacion. Nada de curiosidad, nada de maledicencia, nada de inutilidad: retírase, y vuelve á entrar placentera en su casa, despues de haber cumplido sus deberes con el prójimo. Nunca se le oye hablar de ella ni de su Hijo; oculta cuidadosamente cuanto

concierne á ella y á su Hijo, y solo deja ver en ella una mujer ordinaria. ¡Oh! cuán difícil es, cuando se han recibido grandes favores del cielo, hacer de modo que nadie lo conozca, y no manifestar nada exteriormente que pueda hacerlo sospechar! ¡Cuán raro es, con un interior tan perfecto como el de María, conducirse de un modo tan sencillo, tan constante, que nada se descubra! ¡Cuán contínua vigilancia sobre sí mismo no se necesita para esto, sobre todo en los principios, en los que, bajo falsos pretextos de celo y de edificacion del prójimo, nos sentimos propensos á hacer confianzas secretas de lo que en nosotros pasa! Este amor propio, esta vanidad espiritual, es cuando menos una indiscrecion, y nunca estamos bastante prevenidos contra tan sutiles defectos.

María, por fin, lleva una vida mas laboriosa. No hemos de figurarnos que María estuviese siempre en oracion, ni que pasase horas enteras en contemplar con los brazos cruzados. Léjos de ella aquella muelle y ociosa piedad á que se dedican tantas mujeres ricas enemigas del trabajo, porque no lo necesitan para vivir. María no tenia tiempo para orar así. Ella habia de cuidar de la manutencion y del aseo de José y de Jesus: debia cuidar de todo el arreglo de la casa, y hacerlo todo por sí sola. Mas en su trabajo, que era casi contínuo, no perdia la presencia de Dios, ni la paz del corazon, y consagraba á la oracion los momentos que tenia libres. Amemos como ella el trabajo, que es el mayor sosten de la vida interior: el trabajo nos hace salir de nosotros mismos, y obstruye el orígen de las reflexiones y de los razonamientos. En tiempo de consolaciones, nos priva que nos abandonemos á ellas: en tiempo de sequedad, alimenta el alma, distrae las tentaciones y las pruebas: es, por fin, útil y aun indispensable en todos los estados de la vida espiritual.

Esta vida de María fué sin embargo la mas santa, la mas agradable á Dios que criatura alguna haya llevado sobre la

tierra. De ello nos convencemos plenamente á la sola reflexion de lo que era María. Mas, mirando la cosa en sí, apenas podemos creerlo; y si María viviese entre nosotros como vivia en Nazareth, nos costaria formar una alta idea de su piedad y de su virtud. Necesitamos lo maravilloso, lo extraordinario, actos sorprendentes, largas oraciones, vigilias, ayunos, austeridades. Donde no vemos nada de esto, no sabemos reconocer santidad. Desengañémonos; estimemos en los otros la vida comun, oscura, laboriosa; escojámosla para nosotros en cuanto podamos llevarla, y sea éste uno de los puntos principales en que tratemos de imitar á María.

CAPÍTULO XXIX.

Aplicacion de María en estudiar á Jesus.

No sin razon el Espíritu Santo, que guiaba la pluma del Evangelista, nos hace observar por segunda vez, que la Madre de Jesus conservaba en su corazon todas las cosas, ya palabras, ya acciones, que le concernian. Por esta razon, además de lo que dejo dicho sobre el particular, juzgo á propósito hacer otro artículo sobre lo mismo.

Desde el nacimiento de Jesus hasta su muerte, María no le perdió un momento de vista: en él se ocupaban de contínuo su pensamiento y su corazon, no solo como en el objeto de su amor, sino tambien como en el objeto de su imitacion. Sabia que no se habia hecho hombre sino para servirnos de modelo; creyéndose feliz de tener siempre á la vista un modelo tan perfecto, de conversar con él con mas frecuencia y con mas libertad que ningun otro, de ser testigo de su conducta, y depositaria de sus sentimientos; y por pertenecerle mas de cerca que nadie, se creia con razon obligada á imitarle y á

parecérsele mas que nadie. Así es que ella le estudiaba sin cesar, observaba con cuidado su comportamiento en todas ocasiones, retenia y meditaba en su corazon todas sus palabras, aplicándose sobre todo á conocer bien sus disposiciones interiores, á fin de conformar con ellas las suyas propias. Ni menor atencion ponia á lo que de él publicaban las personas inspiradas por el Espíritu Santo, tales como Elisabeth, Simeon y los demás. En una palabra, nada descuidaba para instruirse á fondo de la única ciencia, la de Jesucristo, y para instruirse en ella, no por curiosidad, sino á fin de tomarla por norma de sus sentimientos y de su conducta. Este estudio y esta imitacion hicieron de María la mas perfecta de las criaturas.

Estudiemos á Jesucristo toda nuestra vida con la misma aplicacion, por el mismo motivo, con la mira de imitarle. Estudiémosle en sí mismo, estudiémosle en María que tan excelentemente le imitó.

Estudiemos á Jesucristo toda nuestra vida. Por larga que pueda ser, jamás agotaremos tan rico tesoro. Cuanto mas lo profundicemos, mas descubriremos en él de nuevo; y cuantas mas luces alcanzaremos, mas cosas hallaremos aun que descubrir en él. Estudiémosle en cualquier condicion y en cualquier estado en que nos hallemos, grandes, pequeños, ricos, pobres, hombres públicos, hombres privados, en la salud y en la enfermedad, en la prosperidad y en la desgracia; ora vivamos en el mundo, ora retirados de él; desde que queremos ser verdaderos cristianos, no podemos serlo sino por un constante y asíduo estudio de Jesucristo. Cualquier otro estudio, cualquiera otra ocupacion que de esta nos desvie, ó es inútil, ó peligrosa. Los demás estudios de nada nos servirán por sí solos para la eternidad, si por este no van ordenados, dirigidos, santificados.

María nada mas hizo que esto sobre la tierra. Aun despues de la muerte de su Hijo, se acordaba de lo que le habia

oido decir, de lo que le habia visto practicar, y de las diversas circunstancias de su vida. Ignoraba absolutamente todo lo demás; su espíritu no estaba cultivado por ninguna ciencia profana, ni poseia lo que en las personas de su sexo se llama talentos. ¿Qué perdió por esta ignorancia? Nada. ¿Dejaba de ser por esto á juicio de Dios la mas sábia en la ciencia sola digna del hombre y única interesante al hombre?

No estudiemos á Jesucristo como de paso y ligeramente. Toda la atencion de que somos capaces por la gracia, no es demasiada para tan grande materia. En él todo habla, todo es sólidamente instructivo, todo es profundo, y contiene un sentido de una extension infinita. Al contemplar su doctrina, no cabe duda que todos cuantos libros la explican, no la desplegarán jamás sino imperfectamente. Esto es aun mas cierto con respecto á sus ejemplos, que son su doctrina practicada en toda su perfeccion por un Hombre Dios, tanto interior como exteriormente. ¿Podemos seriamente lisonjearnos de que, con tan poco tiempo y reflexion como empleamos en esta ciencia, la poseerémos, no digo perfectamente, sino lo bastante, y tanto como Dios lo desea y nosotros lo necesitamos para santificarnos? Si estamos bien persuadidos de su importancia, de su extension y de su profundidad, no regatearemos ni nuestro tiempo ni nuestra aplicacion. Estudiaremos á Jesucristo en la oracion, no por el esfuerzo del discurso, sino por el gusto del corazon: le estudiaremos en los libros que mejor y con mas uncion hablan de él: le estudiaremos observando en nosotros las inspiraciones y los movimientos de la gracia, escuchándole como Maestro interior que nos habla al oido del corazon.

Estudiémosle, no por curiosidad, no para hacer alarde de nuestros conocimientos, no para aconsejar é instruir á los demás, sino por los mismos motivos que María: ante todo para nosotros mismos; y si Dios quiere servirse de nosotros, para la necesidad y el provecho del prójimo. ¿Cuán culpables se-

ríamos, é indignos de que Dios nos alumbrase, si no tuviésemos en este estudio intenciones puras, y si viéramos en él otra cosa que la gloria de Dios, nuestra perfeccion y la de los demás, en caso de estarnos encargada?

Estudiémosle en vista de la práctica: refiriéndolo todo á la práctica. Imitemos de Jesucristo lo que conocemos, y así mereceremos conocerle mejor. ¿De qué nos servirán nuestras luces, si no sacamos algun provecho? No servirian sino para nuestra condenacion. Dios nos las negará, si no hacemos de ellas un buen uso, pues para esto solo nos las da, y ni aun conservaremos por mucho tiempo un vivo afan de adquirirlas. No se tiene ardor para conocer á Jesucristo, sino en cuanto se procura imitarle.

En fin, estudiémosle ante todo y sobre todo en sí mismo. Tratemos de penetrar en su Corazon, para descubrir allí la fuente de su doctrina, y el principio de sus acciones. Roguémosle con urgencia que nos introduzca en este santuario, y cuando tendremos libre la entrada, retirémonos allí á menudo, ó mas bien no salgamos jamás de él. No descuidemos tampoco de estudiarle en sus santos, en un S. Pablo, por ejemplo, en un S. Juan, en un S. Francisco de Asís, pero sobre todo en María, que tan bien supo trazar en sí misma la imágen de su Hijo. Ella es principalmente el modelo de las personas de su sexo, y Jesucristo les ha dado en ella el ejemplo de las mas eminentes virtudes. A las esposas de Jesucristo especialmente corresponde estudiar é imitar á su Madre. Este es su deber peculiar, para ello tienen todas las proporciones, y para ello les alcanza María de su Hijo una gracia especial.

CAPÍTULO XXX.

Bodas de Caná.

Al principiar la vida pública de Jesucristo, se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, á las que asistió la Madre de Jesus, y en que se halló tambien Jesus con sus discípulos. Convidemos á María en nuestros regocijos, rogándole que asista á ellos espiritualmente. Los banquetes de regocijo no están prohibidos, y hay circunstancias, tales como de una boda, y muchas otras, en que Dios los autoriza. El los bendecirá, derramando en los convidados una dulce é inocente alegría, si les acompañan el temor de Dios, la pureza de conciencia, la moderacion y el decoro. ¡Cuán edificante y santo debió ser este festin de bodas á que asistieron Jesus y María! Sean tales las nuestras, que merezcan ser honradas con su presencia, y vaya todo como si estuviesen presentes. Las comidas, destinadas á estrechar mas las mútuas relaciones de los hombres, son una de las circunstancias de la vida en que deben reinar mas la caridad y la cordialidad. Distínguense allí fácilmente los verdaderos cristianos, y mas aun los cristianos interiores, portándose con una santa libertad, con una franqueza y una afabilidad tan modesta, que son el fruto de su union con Dios, y de la paz íntima de que disfrutan.

Y como viniese á faltar el vino, dijo á Jesus su Madre: No tienen vino [1]. Observad aquí la atencion y la caridad de María. Repara ella que el vino falta á los convidados; y para ahorrar á los dos esposos aquella especie de vergüenza que esta falta debia naturalmente causarles, lo advierte á su Hijo, el cual por su omnipotencia se hallaba en disposicion de suplir

1 Joan. II, 3.

aquel defecto. Le pedia un verdadero milagro, y no podia con mas reserva manifestarle su deseo. Bien sabia Jesus, antes que ella se lo advirtiese, que faltaba el vino, ni tampoco se lo decia ella para advertírselo. El sabia tambien, antes de abrir la boca, cual era su deseo, pues él mismo se lo habia puesto en el corazon, y no le pidió ella un milagro sin una particular inspiracion. Sabia él, en fin, que haria aquel milagro, y que satisfaria el ruego de su Madre. Necesarias son estas observaciones, para juzgar como se debe de la respuesta que le hizo.

Respondióle Jesus: Mujer, ¿que nos vá á mí y á tí? aun no es llegada mi hora. ¡Qué dura parece por parte de un hijo semejante respuesta! ¡Qué humillante para una madre, y mas haciéndola en alta voz, y que la oyeron los convidados! Mas, profundicémosla, para que la especie de escándalo que al principio nos causa, se convierta en enseñanza y edificacion. ¡Un Hombre Dios hablar así á su Madre en una ocasion de publicidad, y mortificarla tan sensiblemente cuando ella recurre á su omnipotencia y á su bondad, en favor de aquellos mismos que les habian convidado! Mas él le habla así, precisamente porque era Hombre Dios, y porque María era su Madre. No debemos creer que le quisiera increpar el haberle pedido un milagro fuera de propósito, pues estaba resuelto á hacerlo; ni que hallase á mal el que ella interpusiese su autoridad, pues no era posible hacer uso de ella con mas circunspeccion. No; no fué culpable María á los ojos de su Hijo ni de indiscrecion ni de imperfeccion alguna, antes bien aprobó y accedió interiormente á la súplica que ella la hacia.

¿Por qué, pues, le habla con tanta aspereza? Por muchas razones dignas de él y de ella, y que ella misma comprendió sin duda perfectamente. En primer lugar, quiso que los concurrentes vislumbrasen, á lo menos confusamente, su naturaleza divina. Llamando *mujer* á su Madre, y preguntándole

lo que era comun entre él y ella, dió con bastante claridad á entender, que si era hombre, era tambien alguna cosa mas que hombre; que bajo este último respeto su Madre no le era nada, y que nada de comun habia entre los dos, pues esta fe en su divinidad era la que se proponia arraigar en el corazon de los que le escuchaban.

En segundo lugar, queria dar á entender á su misma Madre, que como Dios nada le debia, que no tenia sobre él autoridad alguna, ni aun por via de súplica; y que si le concedia un milagro, era una pura gracia que le hacia como Dios, y no una deuda que le pagase como hombre; no teniendo ni aun él, como hombre, el poder de hacer milagros.

Queria en tercer lugar, que ella, sus discípulos, y todos los que presentes se hallaban, comprendiesen que ni aun él era, en cierto sentido, árbitro de sus acciones; que dependia de su Padre; que la hora, en la cual habia de obrar, estaba señalada; que debia sujetarse á este decreto, y que no haria milagros por su voluntad humana, sino por las órdenes de su Padre; motivo por el cual en vano se le pedirian milagros, tanto por curiosidad, como para experimentar su poder, á la manera que lo hicieron los fariseos; y que los mismos que obraria no los concederia sino á la fe sobrenatural inspirada por su Padre.

Quiso, por fin, poner en prueba la virtud de su santa Madre; y antes de concederle un favor, que no era para ella, hacérselo merecer por medio de una humillacion. Cuando le dijo: *Aun no es llegada mi hora*, es como si se le hubiese dicho: No ha llegado mi hora para los demás, pero ha llegado para tí; tú estás á otro nivel que los otros, y como Madre mia, tienes privilegios que no tienen los demás. Este sentido de su respuesta se hace evidente por el milagro que siguió luego.

Así pues, no quedó defraudada la esperanza de María. Por medio de una luz que solo á ella era dada, entendió perfec-

tamente la respuesta de su Hijo; y segura de que no seria desoida, dijo á los servidores: *Haced lo que él os dirá.* No vacileis, y vereis un efecto de su poder.

El primer milagro pues que obró Jesucristo, lo hizo á instancias de su Madre, despues de haber probado su fe y su humildad. Por este medio enseñaba á los demás á no desalentarse cuando les ejercitase por una aparente dureza, antes bien á perseverar en su fe en él, y recibir con agrado las humillaciones con las cuales tuviera á bien probarlos.

Muy ordinario es en Dios el hacer milagros de providencia á ruego de almas interiores, ya para ellas, ya para las demás; mas casi siempre se los hace comprar; es decir, que hace servir estos milagros á su santificacion. La fe humilde y perseverante que se los arranca en cierto modo, le es infinitamente agradable, y no se los puede negar, porque no ve peligro alguno en concedérselos. Nada pidamos á Dios temerariamente; mas cuando tengamos motivo para creer que él mismo nos inspira nuestra demanda, y que en ello va su gloria, seamos firmes en nuestra fe como María; soportemos con humildad estos aparentes desaires; no dudemos de que seamos oidos, y lo seremos realmente.

CAPÍTULO XXXI.

María desconocida en apariencia por su Hijo.

Los tres años y aun mas de la predicacion de Jesucristo fueron un tiempo de pruebas para su Madre. Él la dejó para no ocuparse mas que en la gloria de su Padre, en las funciones de su ministerio, en la instruccion de sus discípulos y del pueblo. Durante este tiempo, olvidó, por decirlo así, á María; ya no mas conversaciones, ya no mas comercio

con ella, como si fuese para él enteramente estraña. Mas si la habia dejado como hombre, estaba siempre con ella como Dios; obraba de contínuo sobre su corazon, y le enseñaba á espiritualizar y á divinizar el afecto que ella le tenia. La privacion de su presencia sensible era para ella una pena; pero léjos de ser una pérdida, era una verdadera ganancia, pues por su medio se iba santificando mas y mas. Convenia que ella se desprendiese de Jesus segun su naturaleza humana, y que se dispusiese poco á poco á sacrificarlo.

Es por lo tanto verosímil que ella siguiese á su Hijo en sus viajes, y que estuviese en compañía de las otras mujeres, de que habla el Evangelio, que le asistian con sus bienes. Ellas cuidaban sin duda tambien de María, la cual, habiendo perdido á José, no tenia otro recurso para vivir, y nada le privaba de acompañar donde quiera á su Hijo, no teniendo ya casa que cuidar. Seguia pues á Jesus; y Jesus en cierto modo la evitaba. Desde las bodas de Caná hasta el momento que precedió á su muerte en la cruz, no leemos en el Evangelio que le hablase una sola vez: vemos al contrario, que en ciertas ocasiones afectaba desconocerla, y esto públicamente.

Un dia, dice S. Mateo, *estaba él platicando al pueblo, y hé aquí que su Madre y sus hermanos*, esto es, sus primos, *estaban fuera, que le querian hablar. Por lo que uno le dijo: Mira que tu Madre y tus hermanos están allí fuera preguntando por tí. Pero él respondiendo al que le hablaba, le dijo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?* Como si le dijese: ¿Qué quereis decirme? No conozco ni madre, ni hermanos segun la carne. *Y mostrando con la mano á sus discípulos, dijo: estos son mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana y mi madre* [1]. No es este el momento de reconocer á los que me están unidos por la sangre, ni de conversar con ellos. En mis funciones públicas, en las cuales yo

[1] Math. XII, 46.

obro en nombre y por la gloria de mi Padre que está en los cielos, no conozco por hermano, ni por hermana, ni por madre, sino el que cumple la voluntad de aquel Padre que me ha levantado sobre la tierra; y con los hombres no tengo otra union que una union espiritual y toda de gracia.

Por medio de este discurso anunciaba al pueblo su naturaleza divina y su generacion eterna. Declarábale que él no habia venido á la tierra sino para hacer saber á los hombres la voluntad de su Padre, y enseñarles el modo de cumplirla. Declaraba que pertenecer á él segun la carne no era un mérito; que no hacia el menor caso de esta alianza, y que era menester pertenecer á él segun el espíritu, conformándose como él á la voluntad del Padre celestial. Mas esto mismo era el mayor elogio que podia hacer de María, por cuyo medio expresaba cuanto la queria, y hasta qué punto le estaba unida espiritualmente, pues sabia que desde la infancia habia siempre llena y perfectamente cumplido la voluntad de Dios. Así que, María nunca fué reconocida de un modo mas sublime y mas excelente por la Madre de Jesus como en esta ocasion, en la cual parece confundirla con sus discípulos y con todos aquellos que creyeran en él.

Verdad es que esta maternidad espiritual le es comun con todos los verdaderos fieles, y que la maternidad corporal es el único privilegio. Mas tambien es una verdad, que aun en sentido espiritual, es ella Madre de Jesus de una manera que le es propia; y esto es lo que constituye su mérito y su gloria; esto es lo que Dios alabó y recompensó en ella, y no la calidad de Madre del Verbo encarnado. Así pues, si María, que juzgaba de todo como su Hijo, se glorificó de alguna cosa en el Señor, no fué de haber sido elegida para ser la Madre del Mesías, sino de haber, con el socorro de la gracia, hecho siempre la voluntad de Dios.

Podemos pues nosotros tener parte como María al título de Madre de Dios en el sentido mas elevado, y debemos aspirar

á él. María lo desea, y léjos de envidiárnoslo, nos ayudará por su intercesion á partir este título con ella; quiere que seamos grandes delante de Dios, en lo que hizo su verdadera grandeza; que seamos unidos á su Hijo con la misma union que á ella la ha hecho tan querida. Mas acordémonos siempre, que cuanto mas Jesus amó á María, mas se complació en ejercitarla, en probarla, en desasirla de sí misma para tenérsela mas unida; y que nunca fué con mas perfeccion su Madre, que cuando ella, conformándose con la voluntad de Dios, aceptó las pruebas incomparablemente dolorosas á que la sometió su ternura única para con su Hijo. Sí; es preciso pertenecer mas de cerca á Jesus, renunciando al mismo Jesus; preciso es consentir en perder su presencia sensible, en vernos privados de la dulzura de su conversacion y de sus inefables consuelos. Entonces es cuando se llega á ser, como María, Madre suya en el sentido espiritual.

CAPÍTULO XXXII.

En qué hizo consistir Jesucristo la felicidad de María.

Este capítulo volverá á entrar un poco en la materia del precedente; mas no hallo reparo alguno en exponer á parte é inculcar en diferentes términos una materia de tal importancia. *Una mujer*, transportada por los discursos de Jesucristo, *levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: ¡Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron! Mas Jesus respondió: Bienaventurados mas bien los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica.*

Ved con qué cuidado aparta Jesus las ideas materiales de la carne y de la sangre, y lo reduce todo á los pensamientos espirituales. Esta mujer felicitaba á María por haber llevado

á Jesus en su seno, y haberle dado su leche. ¿No tenia razon? ¿Quién lo duda? La Iglesia la felicita tambien por lo mismo, sirviéndose de las mismas palabras. Mas ella paró aquí su discurso, y no ensalzó en María lo que era de muy otra manera digno de elogio y de felicitacion. María habia estado atenta toda su vida en escuchar la palabra de Dios, y en guardarla. Esto es lo que, á juicio de Jesus, constituia su verdadera felicidad, sin excluir no obstante la que le venia de la maternidad divina. Grande dicha es sin duda para ella, el haber llevado á Jesus en su seno, y haberlo alimentado con su leche. Pero mayor dicha es todavía el haber tenido el oido del corazon siempre abierto á la palabra de Dios, y haberla cumplido fielmente. La primera dicha es un favor puramente gratuito, que no fué concedido á María para ella sola, sino para todo el género humano; una gracia que, aislada y por sí misma, no la hacia mas santa, porque dependia mas bien de la eleccion de Dios que de su voluntad, aunque para ello hubiese dado su consentimiento. Mas la segunda dicha es efecto de la libre correspondencia de María á las inspiraciones del Espíritu Santo; es el fruto de su fidelidad, que ella se procuró, haciendo un santo uso de su libertad, y esta dicha es la que mas aprecia Dios en ella, la que la hace mas agradable á sus ojos; es la felicidad á la cual debe en el cielo su corona.

Enmendando las ideas de aquella mujer, Jesus nos enseña á enmendar las nuestras. ¡Cuántos cristianos se engañan en el concepto que forman de la felicidad de María! Admiramos y celebramos con mucho placer en ella lo que nos consta estamos dispensados de imitar; sus privilegios, su dignidad de Madre de Dios, hé aquí lo que nos mueve mas á llamarla bienaventurada. Mas no admiramos ni alabamos tanto lo que lo merece mucho mas, y se nos propone para nuestra imitacion: su atencion y su fidelidad á la palabra de Dios, ya interior, ya exterior. La razon de esto es porque las primeras

alabanzas no encierran deber alguno para nosotros, y nada nos cuesta encomiar en María lo que está fuera de nuestro alcance, y que Dios no exige de nosotros; en vez de que las otras alabanzas que diéramos á María, nos impusieran el deber de parecernos á ella, y nos obligarian á pronunciar nuestra condenacion por el poco cuidado que nos tomamos en imitarla.

Y sin embargo, la felicidad por excelencia de María, aquella por la cual Jesus la felicita sobre todo, puede y debe ser tambien la nuestra. Nos está mandado aspirar á ella, y ¡ay de nosotros si no nos tomamos este trabajo! No envidiamos á María sus privilegios, porque sabemos que son únicos. Mas al leer la vida de los Santos, tenemos cierta envidia de sus éxtasis, de sus revelaciones y de los demás dones que del cielo recibieron. Los tenemos por felices á causa de estos dones, y deseamos tener parte en esta felicidad. Mas ¿envidiamos asimismo sus virtudes, su desprendimiento de las cosas terrenas, su humildad, su obediencia, su abnegacion interior, su amor á las cruces, en fin, todo lo que va comprendido en la atencion á la palabra de Dios y fidelidad en observarla? Tal es sin embargo la única fuente de verdadera felicidad para la vida presente y para la venidera. Dignos de compasion seremos, tomaremos siempre la santidad al revés, y haremos consistir la dicha de María y de los Santos en lo que no lo es, mientras no nos persuadamos de esta importante verdad, ú olvidemos seguirla en la práctica.

CAPÍTULO XXXIII.

María escogió el mejor partido.

La Iglesia en la fiesta de la Asuncion, aplica á María el Evangelio de S. Lucas, donde habla de Marta y de María su hermana, que recibieron á Jesus en su casa. Así pues nos conformaremos con la intencion de la Iglesia, aplicando á la santa Vírgen las palabras del Salvador hablando de la hermana de Marta. *María ha escogido la mejor suerte*[1]. María andaba muy apresurada en disponer lo necesario para Jesucristo, y se quejaba con él de que su hermana no la ayudase. María sentada á los pies de Jesus, escuchaba su palabra. Jesus, pronunciando su juicio entre ambas hermanas, increpa á Marta su afan que llegaba hasta la turbacion, y todo esto para prepararle una comida para la cual no eran necesarios tantos aparejos; y alaba á María por haber preferido quedarse á sus piés, y alimentarse tranquilamente de su palabra. Añade que la parte de María no le será quitada, es decir, que no le mandará el que la deje para ir á ayudar á su hermana, porque esta suerte es la mejor; mientras la suerte de María, aunque buena en sí misma, se ha de recortar de ella la excesiva actividad y la inquieta turbacion.

Para aplicar esto mismo á la Madre de Dios, de una manera que le sea propia, veamos cuál es la mejor suerte que escogió. Primeramente escogió no ser nada para ella, y serlo todo para Dios. En segundo lugar, escogió unir de tal modo la contemplacion á la accion, que el trabajo de ésta no alteraba la paz de aquélla. En tercer lugar, prefirió los mas dolorosos sacrificios á los goces mas íntimos, á imitacion de su Hijo. Desenvolvamos estos tres caracteres de la suerte de

1 Luc. x, 42.

María; y puesto que ella es sin contradiccion la mejor, tomémosla tambien para nosotros.

María escogió no ser nada para sí. Nunca pensó en sí; nunca consideró en algo sus intereses, ni aun los espirituales; nunca deseó que Dios la distinguiese en nada de las demás mujeres; y aunque en realidad hubiese sido altamente distinguida de todas ellas ya desde su Concepcion, nunca se prevaleció de ello, ni le hizo concebir el mas mínimo sentimiento de vanidad. No siendo nada para sí, lo era todo para Dios; enteramente sujeta á su gracia, toda sometida á su voluntad, toda consagrada á su gloria. Su corazon no estuvo nunca dividido; sus intenciones fueron siempre las mas puras; todos sus pensamientos, todos sus afectos, todas sus acciones se refirieron únicamente á Dios. Por muchos que fuesen nuestros esfuerzos, nunca llegaríamos en estos dos puntos á la perfeccion de María; pero debemos aspirar á ella, y podemos á ella acercarnos siempre mas. Sea pues nuestro grande objeto no ser nada para nosotros, y serlo todo para Dios. No nos contentemos con quererlo en general, llenándonos de buenos deseos, como hacen tantas almas, que sin estar muertas á sí mismas, no viven para Dios mas que especulativamente, sino vamos á la práctica, renunciémonos donde quiera en que percibamos algun apego de nosotros mismos; dirijámoslo todo á Dios, hasta las cosas mas indiferentes. En este punto tendremos siempre algo que reformar, algun nuevo grado de perfeccion que adquirir. Morir así, es vivir en Dios: este es el negocio de toda la vida y de cada instante de ella.

María escogió unir la contemplacion á la accion, de manera que la una no dañase á la otra. Nunca faltó á ninguno de sus deberes domésticos, ni á ningun deber de caridad ó de atencion hacia el prójimo. Pobre como era, sin tener nadie que la ayudase, puede pensarse que su trabajo seria contínuo mientras vivió con S. José. Lo mismo debió pasar,

á corta diferencia, cuando estuvo con S. Juan, cuidando de lo temporal, mientras él se ocupaba en sus funciones apostólicas. Mas su trabajo no suspendia jamás su oracion, y no turbó, ni aun molestó en nada su paz interior. La contemplacion es naturalmente perezosa, y por poco que se descuide, tiende á la ociosidad, y nos inspira disgusto á las ocupaciones exteriores, aun las mas indispensables. ¡Cuántos devotos en el mundo, cuántas personas consagradas á Dios en la religion tienen acusaciones que hacerse en esta parte! El trabajo, por el contrario, alimenta la actividad, la precipitacion, la inquietud, disipa el espíritu, diseca el corazon, retira poco á poco de la contemplacion é introduce en ella todos sus embarazos y sus distracciones. No es cosa fácil preservarse de ambos extremos, y saber conciliar el amor del trabajo con el gusto de la oracion. Y es no obstante una verdad que debemos orar y debemos trabajar; y siendo entrambas cosas mandadas por Dios, es evidente que de suyo son conciliables.

María prefirió los sacrificios mas dolorosos á los mas íntimos goces. No nos figuremos que las oraciones de María fuesen siempre dulces y consoladoras. Dios la acostumbró muy de antemano á las privaciones mas desoladoras. Lo que tuvo que sufrir con motivo de su Hijo es inexplicable: el resto de su vida no fué sino un lánguido martirio de amor, estando su Hijo en el cielo y ella en la tierra. Mas ella aceptó aquel estado, y vivió en él contenta; y no hubiera querido cambiarlo por las delicias celestiales, á las que tenia derecho de aspirar. Ningun deseo superior á este consintió en su corazon, ni deseó ver abreviado su destierro para ir á gozar de la gloria y de la felicidad de su Hijo. ¿Amamos de este modo las cruces, y sobre todo las cruces interiores que mas abaten? ¿No nos impacientamos si duran por mucho tiempo? ¿No deseamos ver su fin? ¿No suspiramos por los consuelos? ¡Cuán pocas almas hay que se sacrifiquen generosamente, absolutamente, sin reserva! Darse del todo sin vol-

verse á apropiar nada, es la cosa mas rara en la vida espiritual. Se consiente en que la víctima sufra hasta cierto punto, pero no se quiere que muera, y que quede enteramente consumida en la llama del sacrificio. Se quiere arder en el fuego del amor divino, pero con un fuego dulce, que mantenga la vida del amor propio, y no con un fuego que divida, que devore y que destruya. ¿Qué seremos, sin embargo, en punto á santidad, si la suerte de María no es la nuestra?

CAPÍTULO XXXIV.

María al pié de la Cruz.

María fué preparada de léjos á la pasion tan cruel como ignominiosa de su Hijo. Este, que tantas veces la habia predicho á sus discípulos, no la dejó sin duda ignorar á su Madre. Además, el destino de María estaba demasiado é íntimamente ligado con el de Jesucristo, para que no tuviese conocimientos mas extensos de lo que debia sucederle, y luces mas distintas y mas profundas en lo relativo al grande designio de la redencion del género humano, la cual debia ser el fruto de su muerte violenta.

Desde el principio de sus predicaciones, no dejó ella de observar la mala disposicion que con respecto á él tenian los principales del pueblo. Ella estuvo informada de su envidia, de su odio, de sus calumnias, de sus maquinaciones para perderle. Vió de dia en dia acercarse el momento fatal, y ya se deja presumir que impresion haria en su corazon maternal aquella horrorosa perspectiva que tenia siempre ante los ojos. El temor cierto y la prevision de un mal inevitable es una cruz por lo regular mas insoportable que el mal mismo: y puede asegurarse, que desde que estuvo resuelta la muer-

te de Jesus, y que María lo supo, sufrió con anticipacion todos los tormentos que sintió al pié de la cruz.

Dios, que no queria perdonar mas á la Madre que al Hijo, no permitió que ignorase ninguna de las circunstancias principales de su pasion; éstas eran otros tantos golpes que habia decretado descargar sobre ella y de los cuales no podia escapar. De otra parte, en calidad de Madre, ¿podia dejar de darse prisa para saber todo el pormenor de los malos tratamientos hechos á su Hijo? Añadid á esto la manera sobrenatural con que miraba su pasion, como el efecto de su amor para con su Padre y para con los hombres, lo cual debia aumentar todavía su santa curiosidad.

Estuvo pues instruida de la traicion de Judas y de la captura violenta de Jesus, por sus mismos apóstoles que estaban presentes, y que le abandonaron. Supo por Juan, que lo presenció, lo que pasó durante la noche en la casa de Anás y en la de Caifás, y la sentencia de muerte pronunciada contra él como blasfemo, por haberse llamado Hijo de Dios. Vióle con sus propios ojos conducirlo el dia siguiente al pretorio de Pilatos, de allí al palacio de Herodes, y despues otra vez á la casa de Pilatos; supo por sí misma, ó por la multitud que concurria, la manera como habia sido tratado. Estuvo presente cuando Pilatos subió públicamente á sentarse en su tribunal; oyó las acusaciones que se hacian á su Hijo, y ya por el furor de sus enemigos, ya por la debilidad y la tímida política del magistrado romano, conoció que iba á ser condenado á muerte. Estuvo presente cuando el pueblo le prefirió Barrabás, cuando fué presentado, magullado su cuerpo y desgarrado por los azotes, la frente ceñida de una corona de espinas, las espaldas cubiertas de un viejo manto de escarlata, y una caña por cetro en la mano; cuando el pueblo pidió su muerte con gritos furiosos, diciendo: *Quita, quítale de en medio, crucifícale,* que era el mas infame de los suplicios. Ella le siguió con las demás mujeres cuando lle-

vaba su cruz hasta el Calvario, y sucumbiendo bajo su peso débil y desfallecido casi á cada paso. Ella estaba presente cuando al desnudarle de su túnica, se renovaron sus heridas, cuando le extendieron sobre la cruz, cuando le atravesaron con clavos, cuando le levantaron en alto con horribles sacudidas, cuando los principales del pueblo y la multitud le insultaban y le ultrajaban con las mas sangrientas irrisiones. ¡Qué espectáculo para una Madre tal como ella, y para la Madre de un tal Hijo! ¡Cuál debió ser el exceso de su dolor! ¡Cuán profundo! Pero al mismo tiempo ¡cuán sumisa! cuán firme! cuán tranquila! Su gran corazon no sucumbió á su peso: una gracia extraordinaria la sostuvo para que pudiese sufrir mas.

En fin, luego que pudo se acercó á la cruz con Juan y Magdalena; se mantuvo en pié, circunstancia que manifiesta su valor y su fortaleza del todo divina; y en este estado, fijos los ojos sobre su Hijo, sin derramar una lágrima, aguardaba que exhalase el último suspiro. ¿Qué sentimientos ocupaban entonces su corazon? No tuvo uno solo que no fuese altamente heróico y sobrenatural. Mas fuerte y mas generosa que la madre de los Macabeos, hacia á Dios el pleno y entero sacrificio de su Hijo, uniéndose á la justicia del Padre celestial, que inmolaba esta grande víctima á su gloria; inmolaba con él este nuevo Isaac convertido en rescate para los pecados del género humano; ofrecia con toda la grande fortaleza de su corazon su muerte por la salud de cada uno de nosotros, y á esta ofrenda juntaba la de su inmenso dolor. El sacrificio de la Madre no se separó del sacrificio del Hijo: menos le hubiera costado el dar su propia vida, y por esto es justamente aclamada la Reina de los mártires.

¡Qué sublimes lecciones nos dá aquí María! ¡Y cuán especialmente es en esta ocasion el perfecto modelo de las almas interiores, á quienes Dios hace pasar por las últimas

pruebas! Las penas de estas almas son á veces extremas; mas ¿son acaso comparables con las de María? No se lamenten pues, antes bien, para sostenerse, fijen los ojos sobre esta Madre de dolor, é invóquenla para obtener por medio de su intercesion el imitar su firmeza, su constancia y su generosidad. Despues de Jesus crucificado, el mejor libro para ellas es María al pié de la cruz.

CAPÍTULO XXXV.

Juan dado por hijo á María.

Estando *María junto á la cruz, y habiendo mirado Jesus á su Madre y al discípulo que él amaba, dijo á su Madre: Mujer, ahí tienes á tu hijo. Despues dijo al discípulo: ahí tienes á tu madre. Y desde aquel momento la recibió el discípulo por suya* [1].

La última prueba de María debia ser verse renunciada en alguna manera por su Hijo. En el tiempo mismo en que le dá la mas grande muestra de su amor, haciéndose superior á todos sus temores, para no abandonarlo hasta el último suspiro; en el momento en que el mismo Jesus, compadeciendo la afliccion de su Madre, le debia las mas vivas demostraciones de filial ternura, no le da siquiera el dulce nombre de Madre; llámala simplemente *Mujer*, como si no le fuese nada; le declara en cierto modo que ya no es su Hijo, dándole otro que le es tan inferior, como puede serlo un puro hombre con respecto á un Hombre Dios. ¡Y es Jesus, á punto de espirar, quien así trata á su Madre! Blasfemia seria sospechar en él dureza ni aun indiferencia. Aquí hay pues un misterio, y un misterio muy grande.

1 Joan. XIX. 25.

Así como el sacrificio de Jesus no hubiera sido perfecto, si abandonándose á su Padre, no hubiese sido en apariencia abandonado de él; asimismo algo hubiera faltado al sacrificio de María, si consintiendo en perder su Hijo, no hubiese sido, por decirlo así, renunciada por él en la cruz. Menester era, de una y otra parte, que todo llegase al último extremo, y que el abandono de la Madre fuese correspondiente al desamparo del Hijo. La mayor pena de Jesus, sin comparacion, fué este abandono por parte de su Padre. Del mismo modo la mayor pena de María fué este abandono por parte de su Hijo. ¿Y por qué lo expresa así? Para poner el colmo á la virtud de su Madre.

Almas en prueba, á las que Dios, amándoos tiernamente como Jesus amaba á María, reduce á hacerle el sacrificio de vuestros mas caros intereses, faltaria alguna cosa á vuestro holocausto, si Dios no pareciese que os rechaza de su lado. Por la misma razon de que nada os es mas sensible, habeis de pasar por esta prueba, sin la cual no seria completa vuestra muerte espiritual.

Sin embargo, considerando la cosa bajo otro aspecto, Jesus cumplia con el deber de un Hijo reconocido, proveyendo á los intereses temporales de su Madre. Ella iba á quedar sola, sin subsistencia, sin socorro. El le da un recurso en la persona de su discípulo querido, al cual deja á María como por testamento, encargándole que cuide de ella como de su propia Madre. Recurso pobre á la verdad, pero cual convenia á una mujer que habia siempre vivido en la pobreza; y que, despues de la pérdida de su Hijo, hubiera mirado como un suplicio disfrutar de las menores comodidades de la vida. Así que desde aquel entonces Juan la admitió en su casa, la amó, la respetó, la alimentó, y la cuidó como á su Madre, sin separarse de ella. Cuando él marchó de Jerusalen, ella le siguió á Efeso, y en cuanto se lo permitian sus trabajos apostólicos, le hizo compañía hasta que ella murió.

Los santos Padres, y en particular san Agustin, hacen tambien aquí otra observacion, y es, que todos los hijos de la Iglesia estaban aquí figurados por S. Juan, y que en la persona de este apóstol María fué constituida por Jesus Madre de todos los fieles. Así que, ella fué nombrada Madre nuestra en el momento mas doloroso de su vida; ella nos ha dado á luz espiritualmente al pié de la cruz; y si, segun las leyes de la naturaleza, las madres ordinarias aman tanto mas á sus hijos, cuanto mas penosos han sido su preñez y su parto, de ahí podemos inferir, hasta qué punto nos ama María en el órden y segun las leyes de la gracia. Ella ha recobrado á Jesucristo, mas no por esto ha retirado de nosotros su afecto; no ha olvidado que él nos sustituyó en su lugar, y que quiso que nos amase como otros tantos hijos suyos. Mostrándole en espíritu á cada uno de nosotros, Jesus le ha dicho: *Ahí tienes á tu Hijo*. Yo soy quien te los entrego, ellos son el precio de mi sangre, que es la tuya. No dudemos pues del amor de María para con nosotros, así como no dudamos del amor, del respeto y de la obediencia de María para con su Hijo.

Mas tomemos tambien para nosotros las palabras de Jesucristo á S. Juan: *Ahí tienes á tu Madre*. Amemos á María, honrémosla, como la amó y honró S. Juan. Pongamos en ella toda nuestra confianza, como en la mejor y la mas tierna de las Madres, y halle ella en nosotros hijos dignos de toda su ternura por su afecto y por su obediencia. Porque Jesucristo amaba especialmente á S. Juan entre todos sus discípulos, le dió á María por Madre. Merezcamos por nuestra fidelidad á la gracia que Jesus nos ame, y nos dará una parte muy especial en la ternura maternal de María. Las vírgenes tienen aquí un derecho particular. Jesus, dice S. Jerónimo, escogió á S. Juan, que era vírgen, para recomendarle á su Madre vírgen. Gran título es la virginidad para aspirar al afecto de María. Felicitémonos, si hemos abrazado este estado, y reflexionemos que nos impone el deber de imitar á

María con mas perfeccion que los demás cristianos.

CAPITULO XXXVI.

María muerta y sepultada con Jesucristo.

María tuvo el valor de permanecer junto á la cruz hasta que su Hijo hubo despedido el último aliento. Ella le oyó exclamar: *¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me has desamparado* [1]? Palabras que le dieron á conocer hasta qué extremo de rigor era tratado por su Padre; y que sus tormentos exteriores nada eran comparados con sus penas interiores. ¡Qué nuevo y violento golpe para el corazon de María! ¡Jesus aterrado bajo el peso de la divina Justicia, hasta el punto de verse obligado á quejarse de este abandono! ¡Qué nuevo motivo para ejercitar la fe de su Madre! ¡El Hombre Dios, el objeto único de las complacencias del eterno Padre, desamparado, y en alguna manera reprobado por él, porque para reparar su gloria, se ha hecho la víctima del pecado! ¡Abandono de Jesus! misterio incomprensible á María misma, y cuya idea desoladora pudo apenas sufrir, por mas que se hallase fortificada de lo alto.

Ella le oyó pronunciar aquel grande acto de sumision y de confianza, en medio de su terrible desamparo. *Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu* [2]. Yo acepto el inexplicable rigor con que me tratais, yo me someto á él, no pierdo la confianza que os debo, y en vuestras manos, que tan fuertes dolores descargan sobre mí, encomiendo mi espíritu. En aquel momento María se unió por sí misma al acto de su Hijo, y entregó tambien á las manos de Dios su alma próxima

1 Mat. XXVII, 46.
2 Luc. XXIII. 46.

tambien á espirar de dolor. Si Dios nos hiciese la gracia de probar un dia penas interiores de la misma especie que las de Jesus y de María, y de beber en el mismo cáliz, invoquemos al Hijo y á la Madre, para tener la fortaleza y el exceso de amor necesarios para producir semejante acto, aunque estuviésemos á punto de entregar el alma.

Ella le oyó decir, por fin, *todo está concluido* [1]. Acabado está mi sacrificio, cumplidas todas las profecías relativas á mí. Dios está aplacado; el género humano salvado. Vióle en seguida inclinar la cabeza, y arrojando un grande grito, dar voluntariamente su espíritu. ¿Quién podrá pintar aquí el estado interior de María? Preciso es guardar silencio: entonces recibió el golpe de una muerte espiritual, mas terrible sin comparacion que la muerte natural. Abismada en su dolor, inmóvil, y habiendo como perdido el uso de sus sentidos no reparó ni en el sol eclipsado, ni en las tinieblas extraordinarias que cubrieron la tierra, ni en los peñascos que chocaron entre sí, ni en los sepulcros que se abrieron, ni en los muertos que resucitaron, ni en el luto y trastorno general de la naturaleza. Todos estos prodigios fueron para los asistentes. Dios los obró para moverlos y para convertirlos. María, espirante con Jesus, no tenia sensibilidad para todo lo demás.

La lanzada con que un soldado traspasó el corazon de Jesus no fué dolorosa sino para su Madre, como observa San Bernardo. Su corazon fué el que quedó traspasado verdaderamente, y cumplióse la profecía de Simeon.

Ella le vió en seguida desclavado de la cruz, vió arrancar los clavos de sus manos y de sus piés, y de su cabeza la corona de espinas que estaba hundida en ella, vió lavar y enjugar su cuerpo cubierto de llagas, y su rostro desfigurado por la sangre, por las heridas y por la palidez de la muerte. ¡Oh! ¡qué besos de amor y de dolor imprimió sobre

1 Juan. xix, 30.

aquella frente adorable, sobre aquel costado abierto, sobre aquellos piés y aquellas manos taladradas! Ella ayudó, segun parece á embalsamarlo, á envolverlo en una sábana y en un sudario; ella le acompañó hasta el sepulcro en que fué depositado, ella se encerró allí con él en espíritu, y no se retiró sino á vivas instancias de Juan y de los demás que procuraron consolarla.

No perdamos ninguna de estas lúgubres circunstancias: detengamos en ellas nuestro pensamiento y nuestro corazon. Penetrémonos de una tierna amorosa compasion hácia la dolorida María; su vista ablandará nuestra dureza, pensando que sufre así para nosotros y de su pleno consentimiento. Digamos: *Ella me amó, y dió su Hijo para mí*: ella hizo mas que si á sí misma se hubiese dado. Despues de esto, ¿quién no amará á María? ¿Quién no le quedará íntimamente reconocido? Mas pasemos adelante, y si tenemos cruces, unámoslas á las suyas; llevémoslas como las llevó ella; caminemos con ardor y con perseverancia en pos de las huellas del Hijo y de la Madre, y felicitémonos de tener parte en sus penas interiores.

CAPITULO XXXVII.

María resucitada con Jesucristo.

Jesucristo, que habia predicho muchas veces á sus discípulos, que resucitaria el tercer dia despues de su muerte, habria sin duda hecho á María la misma prediccion; y su fe fué mas firme que la de sus discípulos, bien que la de éstos hubiese sido mucho menos ejercitada. Nada en la vida de su Hijo, y mucho menos en su muerte, correspondia á las promesas del ángel Gabriel, antes todo parecia contrariarlas.

Pero estas promesas debian tomarse en el mas elevado sentido espiritual; y no debian tener su cumplimiento sino despues que el Hijo de Dios se hubiese separado de la tierra. Entonces debia ser grande, reconocido por Hijo de Dios, reinar por su religion sobre los verdaderos israelitas, y empezar acá en el mundo aquel reino que ya no tendrá fin. Para esto era menester que resucitase; tal era la disposicion de los decretos eternos. María creyó con una fe incontrastable, que su Hijo resucitaria como lo habia predicho. Mas esta fe, que tendia en el mas alto punto de su espíritu, y sobre la cual no podia apoyarse en la reflexion, no impidió, que durante todo el curso de la pasion del Salvador, y hasta el momento de su resurreccion, no quedase abandonada á la mayor amargura del dolor.

Lo mismo hacc Dios con las almas interiores; desde un principio les predice el estado de gloria que ha de seguir á sus pruebas. Mas en todo el tiempo que duran las pruebas, hace de modo, que no puedan hallar apoyo alguno en sus predicciones, no permitiéndoles que piensen en ellas, aunque no duden de su cumplimiento.

El Evangelio, que refiere tantas apariciones de Jesus resucitado á los apóstoles, no dice que se apareciese á su santa Madre. La razon es bien sencilla. Los apóstoles habian de testificar la resurreccion de Jesucristo; el objeto de su ministerio era publicarla por toda la tierra: era pues necesario que los Evangelistas refiriesen las principales pruebas que les habian convencido de ello. Pero María no estaba destinada para predicar á los pueblos á Jesus resucitado, y por lo mismo no era necesario que los Evangelistas hiciesen mencion de las visitas que de su Hijo habia recibido. Muchas recibió indudablemente, y muy frecuentes, pero su humildad las tuvo ocultas, porque ninguna razon la impulsaba á publicarlas.

Y añado, que ni aun las deseó por mas consoladoras que

para ella fuesen, porque en todo estaba sometida al beneplácito de Dios, y que, por lo tocante á ella, estaba tan dispuesta á las cruces como á los favores del cielo. Fué seguramente colmada de un gozo inexplicable, viéndole en aquel estado de gloria y de inmortalidad; pero no se dió la menor prisa para gustar de aquel gozo, y hubiera quedado igualmente contenta, si no se le hubiese aparecido, y no hubiese sabido su resurreccion sino por conducto de los apóstoles. Como Jesus no la deseaba para sí mismo, tampoco tuvo María sobre este objeto deseo alguno que le perteneciese personalmente. Siempre que se trata de ella, y queremos encontrar la verdad, hemos de ir siempre á lo mas perfecto. Y lo mas perfecto era que tuviese el desprendimiento de que acabo de hablar.

Hasta este punto conduce Dios aquellas almas que quiere hacer llegar á una muerte total. Cuando se hallan en este estado de muerte, queda en ellas extinto todo deseo, y si es del agrado de Dios, consentirán en permanecer en él aunque sea por toda la eternidad. Esto parece imposible á aquellas almas en las que ha quedado alguna chispa de amor propio ó de propia voluntad. ¡Qué! ¡Ser muerto y sepultado, y no desear volver ál a vida! No hay duda que seria un verdadero absurdo suponer deseo alguno en una persona muerta. Si ella desease, todavía tuviera vida.

María resucitó pues con su Hijo, y su resurreccion espiritual fué tanto mas perfecta, en cuanto habia sido mas entera su muerte. Todo lo obró Dios en ella, muerte y resurreccion; y ella le dejó obrar, sin retardar el momento de la una, y sin apresurar con sus deseos el momento de la otra. Hé aquí como debemos obrar nosotros, en cualquier situacion que plazca á Dios colocarnos. Muy pocas almas llegan á tal grado de perfeccion, porque muy pocas imitan hasta tal punto á María. No obstante, para resucitar como María, se ha de morir como ella. No hay resurreccion, propiamente dicha,

á menos que no haya precedido la muerte, y la muerte supone la extincion total de la vida.

CAPITULO XXXVIII.

María sube al cielo en espíritu con su Hijo.

No parece caber duda, aunque nada digan de ello los Actos de los apóstoles, en que María presenció la Ascension gloriosa de su Hijo. Ella pues conversó y comió con él, como los apóstoles y los demás discípulos, por la última vez. Ella vió su cuerpo envuelto en una nube elevarse de tierra, todo resplandeciente de gloria; ella acompañó en espíritu á este Hijo querido, y subió con él al cielo, no pudiendo vivir separada de él en el corazon ni en el pensamiento.

Ella comprendió entonces, mejor que nunca, aquellas palabras que él habia dicho: *Era conveniente que el Cristo padeciese, y que entrase así en su gloria* [1]. Ella las aplicó á sí misma, y fundó sobre sus propios padecimientos, cuyo único objeto habia sido su Hijo, la dulce esperanza de volver á unirse con él en la mansion de la gloria.

¿Qué fué la tierra para María, despues que Jesus hubo de ella desaparecido? ¿Qué vió en ella que pudiese hacérsela amar? Nada absolutamente. El llevó consigo al cielo todas las afecciones de su santa Madre, la cual no hizo mas que gemir en la languidez y en la amorosa impaciencia de volver á verle. Desde entonces empezó á padecer un nuevo género de tormento, que no habia aun experimentado; tormento á la vez delicioso é insoportable, tormento dulce y violento, que acabó de hacerla morir á sí misma, pero con una muerte lenta que la consumió insensiblemente. ¡Ah! Cuántas veces

1 Luc. XXIV, 26.

exclamó: *Ay! ¿Por qué es tan prolongada mi peregrinacion? ¿Qué hago aquí en la tierra?* Mas la voluntad de mi Hijo me tiene aquí detenida, y ¡cuánto me cuesta someterme á ella! María amaba lo bastante aquella divina voluntad para preferirla á su propia dicha, que tenia segura para en adelante; y por este medio entró, pero de un modo excelente, en la disposicion de los bienaventurados, siempre prontos á sacrificar su felicidad á la menor señal de la voluntad de Dios. Tal fué pues el sacrificio que María hizo realmente á cada momento, durante los quince años ó mas que vivió todavía. Asi que, despues de haber hecho el sacrificio de su Hijo muriendo en la cruz, se sacrificó aun triunfando en el cielo, y murió contínuamente al deseo ardiente que tenia de volverle á ver. Para formarse una exacta idea de este nuevo género de padecimiento, seria menester tener con Jesus las relaciones que tenia María, ya como su criatura, ya como su Madre. Su Hijo la atraia con una fuerza inconcebible, y al mismo tiempo la tenia alejada de él. Esto era, en cierto sentido, como una especie de pena de daño, causado por el amor recíproco del Hijo y de la Madre.

No somos nosotros bastante espirituales para concebir semejante pena. Algunos Santos, que la sintieron al fin de su vida, confesaron, que á pesar de sus delicias, superaba todo lo que hasta entonces habian padecido, y que ningun tormento era comparable al del amor puro unido á la privacion del goce de un Dios infinitamente amable.

Confundámonos, no diré de no sentir esta pena, sino de no tener de ella la menor idea. No obstante, nosotros somos criados para Dios, y es la mas loca de las ilusiones el amar otra cosa que él. ¡Ah! si nosotros conociéramos todos los motivos de su amabilidad infinita; si nuestro corazon estuviese perfectamente desasido de todo lo demás, ¡con qué vuelo tan veloz se lanzaria hacia Dios, atendida la necesidad que de amar tiene! ¡Qué transportes no sentiria! ¡Cuán amorosos

deliquios, viendo su felicidad siempre ardientemente deseada y siempre diferida, tocándola por decirlo así á cada momento sin poderla alcanzar! ¿Por qué no hemos llegado á este punto? ¿Por qué no nos disponemos por el desprendimiento de todas las cosas y de nosotros mismos, por el deseo, por la aceptacion de las cruces y de las pruebas purificadoras que á ella nos preparan? ¡Insensatos! Queremos gozar de Dios, y no queremos entrar en las disposiciones necesarias para goce tan inefable. Queremos poseerle, y no lo deseamos, ni rechazamos lo único que puede destruir en nosotros el amor de todo lo criado y de nosotros mismos, y ponernos y fijarnos en el amor divino; es decir, que queremos el fin sin querer los medios, y llegar al término sin pasar por el camino. ¡Qué ceguedad! ¡Qué locura!

CAPÍTULO XXXIX.

María se prepara á recibir el Espíritu Santo.

Habiendo dicho Jesucristo á sus discípulos el dia mismo de su Ascension, que dentro pocos dias recibirian el Espíritu Santo que debia hacerlos unos hombres nuevos, se prepararon á recibir esta gracia por medio de la oracion. *Todos*, dice S. Lucas, *animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oracion, con las mujeres, y con María Madre de Jesus* [1]. Observad aquí tres cosas. Su concierto y su fraternidad. Esta es la grande ventaja de las comunidades religiosas y de las familias cristianas, cuyos miembros se juntan todos, y se reunen para rogar á Dios. Su constancia y su perseverancia. Pasaron en oracion los diez dias que discurrieron entre la Ascension y el Pentecostés, absteniéndose de

1 Act. 1. 14.

todo trabajo que no fuese de absoluta necesidad, viviendo en el retiro, el silencio y el recogimiento, y no haciendo otra cosa que invocar á Dios: bajo este modelo se han establecido los Ejercicios espirituales, institucion admirable, igualmente útil á los pecadores que á los justos. En fin, la ventaja que les cupo de tener en medio de ellos á María, Madre de Jesus, y de unir con las de ésta sus oraciones. Interesemos á María en todas las súplicas que hagamos á Dios para el bien de nuestra alma; empeñémosla á rogar con nosotros y para nosotros; pronta está siempre á hacerlo: este es un medio seguro de ser escuchados.

María se dispuso con los demás, y mas perfectamente que ellos á recibir el Espíritu Santo. Su oracion fué toda de paz y de amor, no apresurada ni multiplicada. En ella rogó al mismo Espíritu Santo su esposo, pues, reconociéndose incapaz de prepararse por sí misma, se dirigió á él.

¿Acabaremos de persuadirnos de una vez, que no nosotros solos, sino el Espíritu Santo es quien debe orar tambien en nosotros, y que debemos entregarle nuestro corazon para que haga nacer en él aquellos gemidos inefables de que habla S. Pablo? Ved á María, la mas santa de las criaturas, la mas unida á Dios, la mas encumbrada en oracion, que no presume hacer por sí sola súplica alguna, sino que se recomienda al Espíritu Santo; y nosotros, tan imperfectos, tan disipados como somos, pretendemos rogar por nuestros propios esfuerzos: ponemos en movimiento por nosotros mismos todas nuestras potencias: multiplicamos las palabras, las pronunciamos con una inquieta actividad; arrancamos suspiros de nuestro pecho, y creemos haberlo hecho todo, cuando de este modo nos sentimos agitados.

María no se meneaba, ni hablaba; apenas se la oia respirar; su oracion pasaba en su pecho de un modo tan sencillo, que ella casi no lo advertia; tan directa, que nada reflexionaba; tan secreta, que casi no la percibia. Excelente era sin

duda su oracion. Y si nosotros orásemos de este modo, nos creyéramos que no oramos: queremos distinguir y observar todos nuestros actos, queremos reflexionar sobre ellos, y dejarnos asegurados de que están bien hechos. En una palabra, consideramos la oracion como obra nuestra, y apenas creemos que el Espíritu Santo haya de tener parte en ella, cuando nuestro único negocio ha de ser obrar segun su inspiracion.

¿Queremos pues recibir el Espíritu Santo como María? Preparémonos como ella, sin inquietarnos, sin precipitarnos; no contemos con nuestros esfuerzos, bien convencidos de que nada podemos por nosotros mismos; y supliquémosle con humildad y confianza, que ponga él mismo en nosotros las disposiciones necesarias. ¿No es verdad que desde que el Espíritu Santo no ruega ya en la mayor parte de los fieles, y que creen no necesitarlo, hallando oraciones ya hechas en los libros, no derrama ya en nosotros aquellos dones, aquellas gracias que forman los verdaderos cristianos? ¿Qué libros tenian los apóstoles, qué libros tenia María para que les ayudasen á orar? Ninguno. No buscaban ellos sus súplicas en otra parte que en su propio corazon; y para encontrarlas allí, recurrian al Espíritu Santo, á quien llama la Escritura *el Espíritu de oracion*.

Ya sé que para orar así es necesario un recogimiento habitual, un corazon despegado de las cosas de la tierra y elevado *hácia lo alto*. Mas, ¿qué viene á ser la vida cristiana si no es una vida recogida? ¿El cristiano fué criado para pegarse á la tierra? ¿Su esperanza, sus pretensiones, sus deseos no deben tender al cielo? Imitemos á María en todo, para tener parte en las gracias inmensas que recibió de su Esposo.

CAPÍTULO XL.

María recibe el Espíritu Santo.

María habia sido saludada *llena de gracia* por el ángel Gabriel. ¿Qué parece podia añadirse á esta plenitud? Nada segun nuestras ideas; mas segun las ideas de Dios, ella entonces se hallaba no mas que al principio de la santidad á que queria él elevarla. Despues de haber partido el ángel, recibió en su seno al Autor mismo de la gracia: nueva plenitud, respecto de la cual la primera era, por decirlo así, un vacío. En su alumbramiento nuevas creces de gracia: cada vez que ella cambiaba de estado era para pasar á otro mas sublime: y así como Jesucristo desde su infancia iba creciendo en sabiduría y en gracia, segun la santa humanidad, lo mismo en cierta manera sucedia con su Madre. El mismo, por las diversas pruebas que le hizo pasar, no tuvo otro objeto sino aumentar su santidad. El grande sacrificio que hizo ella junto á la cruz, nos parece habernos puesto el colmo á esta santidad, y no nos es posible adelantar mas nuestra imaginacion.

Mas ¿quién somos nosotros para poner límites á la perfeccion á que Dios pretendia sublimar á María? Todavía tiene en sus tesoros inapeables gracias que comunicarle, y es necesario, si me es lícito hablar así, que ella apure estos tesoros. El Espíritu Santo su esposo quiere enriquecerla mas y mas, desciende de nuevo sobre ella, y él, que es el amor infinito del Padre y del Hijo, ensancha y vuelve en cierto modo inmenso el corazon de María, á fin de que se llene de él tanto como puede ser de ello capaz una pura criatura.

¿Y qué recibe ella? ¡Qué! ¿Recibirá como los apóstoles el don de lenguas, el don de milagros, el don de profecía, el

don de ciencia, los demás dones de que necesitaron para establecer la religion? Por excelentes que fuesen estos dones, eran inferiores á los que recibió María. Ella debe contribuir mas que todos los apóstoles y todos sus sucesores en el santo ministerio, á establecer, á extender el reino de su Hijo. Mas no será por la via de la predicacion y de los prodigios; será por el ardor de sus deseos y por la vivacidad incomparable de su amor. Sí; este amor para con su Hijo, y este amor para con los hombres convertidos en hijos suyos, será el que servirá mas para el progreso de la religion, que todos los trabajos de los apóstoles y de los ministros de la Iglesia. Ellos no serán mas que instrumentos particulares; María será un instrumento universal, pero un instrumento oculto; un instrumento que no obrará exteriormente y cuya virtud se desplegará toda tan solo por efectos interiores. La humildad de María hubiera sufrido demasiado si hubiese tenido que servir de otro modo al establecimiento de la Iglesia. Sus oraciones conseguirán el éxito feliz al ministerio de los apóstoles, y durante su vida nada se le atribuirá; ella lo hará todo para su Hijo, y nadie pensará en ella. Yo no puedo menos de admirar aquí hasta qué punto mira Dios y respeta la humildad de María, su virtud favorita. ¡Oh humildad! ¡cuán preciosa eres á los ojos de Dios, pues que tan querida eres de la Madre de Dios!

El Espíritu Santo en el dia de Pentecostés envia á los discípulos rayos de su fuego sagrado; mas los reune todos sobre María; reposa especialmente sobre ella; la penetra, la abrasa con su ardor. La toma de nuevo por esposa, y se dá á ella mas plena, mas íntimamente de lo que nunca habia hecho. No limitemos, no, el poder divino; pero bien podemos decir con toda verdad, que el Espíritu Santo no se ha comunicado, ni se comunicará jamás á criatura alguna con tanta efusion como á María. Obróse en aquel dia un cambio prodigioso en los apóstoles, los cuales, de carnales y groseros

como eran, se convirtieron en hombres espirituales y divinos. Pero otro aun mayor se obró en María, no pasando como ellos de la imperfeccion á la santidad, sino pasando de un sublime grado de perfeccion á otro sin comparacion mas sublime. Nada nos costará el creer que en esto no hay exageracion alguna, si reflexionamos que siendo en sí misma infinita la santidad de Dios, nada puede limitar sus comunicaciones exteriores; y que en cuanto á María, no guardó otra medida que la que puede permitir la capacidad esencialmente finita de una pura criatura. Y como esta capacidad puede engrandecerse siempre sin salir de los límites de lo finito, no pongamos dificultad en creer que fué en María de una extension tal, que pasa mas allá de la inteligencia de los hombres y de los ángeles.

¿Qué moral sacaremos de ahí para nosotros? Que pudiendo, como podemos, crecer siempre en amor y en santidad, é ignorando la medida que Dios nos tiene prefijada, debemos poner todos nuestros esfuerzos en aumentar cada dia mas en nosotros la caridad y la santidad. ¿Y á qué se reducen estos esfuerzos? A ser siempre mas y mas fieles á la gracia, á abandonarnos siempre mas á Dios, á dejarle disponer mas libremente de nosotros, á hacerle todos los sacrificios que nos pidiere, á soportar todas las pruebas que nos enviare; en una palabra, á abismarnos cada dia mas en nuestra nada, á fin de que Dios lo sea todo en nosotros. Vuelvo á decirlo: marcada está nuestra medida de santidad, y Dios la llenará ciertamente, si lo dejamos á su arbitrio.

CAPÍTULO XLI.

Vida de María desde este tiempo en adelante.

María no se separó ya mas de Juan, á quien tenia en lugar de hijo. Estuvo con él un cierto tiempo en Jerusalen le siguió despues á Efeso, en donde se cree que ella murió. Así que, en el concilio general celebrado en esta ciudad, fué solemnemente reconocida y declarada Madre de Dios, contra Nestorio que le negaba título tan augusto.

Mas ¿aumentó en gracia durante los quince años que vivió todavía? No hay que dudarlo; y sus progresos fueron tanto mas rápidos, cuanto se aproximaba á su fin. El amor que la consumia, el deseo inmenso que tenia de ver á su Hijo, eran para ella á cada momento ocasion de un nuevo sacrificio; y como el amor iba siempre aumentando, estos sacrificios eran siempre mas meritorios para ella. Por manera, que Jesus fué hasta el fin el objeto de las pruebas de María. Para concebir el exceso de esta última prueba, seria menester que pudiésemos comprender el modo con que una Madre tal como María amaba á un hijo tal como Jesus; hasta qué punto deseaba poseerlo y serle eternamente unida como al centro de sus afecciones. Cuantas ansias y transportes han sentido en sí mismos todos los Santos que mas han amado, no se aproximan á la fuerza, á la vehemencia é intimidad de los deseos de María. ¿Qué hacemos nosotros para ser dignos algun dia de quedar consumidos de amor como ella? Antes de ser víctimas de este delicioso tormento, preciso es pasar por el despojo, la desnudez, la mas completa desolacion.

¿Cuál fué el consuelo de María en lo restante de su peregrinacion? El de alimentarse todos los dias con la carne adorable de su Hijo, incorporársele, y unirse espiritualmente á

él. ¡Qué deseo tan ardiente de recibirle! ¡Qué paz tan inefable despues de haberle recibido! ¡Cuán frias son nuestras comuniones, cuán secas y estériles comparadas con las de María! ¡Ah! pidámosle que nuestras disposiciones se parezcan, por poco que sea, á las suyas por el fervor y la pureza del amor. María no se buscaba á sí misma en la comunion: iba á Jesus por solo Jesus, sin desear para ella ni dulzura ni consolacion. ¿Sucede así con nosotros? ¿Es Jesus por él mismo á quien buscamos? ¿Creemos poseerle todo, poseyéndole por la pura y desnuda fe? ¿Y no quedamos desolados, cuando no percibimos sentimientos afectuosos, gusto ó lágrimas de ternura?

Otro consuelo inexplicable fué para María el ver la Iglesia naciente de Jerusalen; su Hijo reconocido y adorado por muchísimos de aquellos que le habian crucificado; su doctrina abrazada y practicada en toda su perfeccion. Ver en seguida el nombre de Jesus anunciado á los gentiles, su divinidad altamente confesada y publicada, su Reino que empezaba á levantarse sobre las ruinas de la idolatría, y el verdadero Dios glorificado en lugar de las falsas divinidades del paganismo. María no se ocupaba sino en los intereses y en la gloria de Dios; nada mas sobre la tierra era capaz de afectarla, ni de darle alegría, sino el progreso de la religion fundada por su Hijo. ¿Tenemos nosotros algo de su celo? ¿Somos sensibles á los intereses de la fe y de la Iglesia? Reconcentrados en nosotros mismos, y con tal que abundemos en socorros espirituales, de que no sabemos aprovecharnos, ¿no nos es casi indiferente que los otros los tengan ó no? El celo de María abrazaba al universo entero, abrazaba todos los siglos, y se extendia á cada hombre en particular. ¿A qué se extiende el nuestro? Puede que tengamos un poco para nosotros mismos. Mas ¿lo tenemos para el prójimo? ¿Lo tenemos para todos los hombres?

María, despues de haber sacrificado á su Hijo para la sa-

lud del género humano, no cesó de rogar, á fin de que éste recogiese los frutos de su sangre y de su muerte; y como lo he dicho ya, sus súplicas fueron mas eficaces para la propagacion del Evangelio, que la predicacion y los milagros de los apóstoles. Ella se olvida de sí delante de Dios, para no pensar sino en nosotros: ella nos recomendaba á su Hijo, y le pedia que derramase sobre nosotros sus gracias en toda la série de los siglos. Las súplicas que hace ahora en el cielo no son mas que la continuacion de las que en la tierra hacia; y desde el momento que fué Madre de Dios, se constituyó nuestra Madre y nuestra intercesora. ¿Rogamos de este modo por los demás? Puede que lo hagamos tal vez, y aun raramente y con poco fervor, por nuestros amigos y allegados. Mas cuando se trata de la salvacion, todos los cristianos, y aun todos los hombres ¿no deben ser nuestros allegados y amigos? El amor propio nos recuerda sin cesar á nosotros mismos, nunca creemos haber rogado bastante para nosotros, y todo al revés de María, delante de Dios olvidamos á todos los demás, por no pensar sino con nosotros solos. Cada cual, se dice, cuide de sí. El negocio de la salvacion es un negocio personal: yo no he de responder sino de mí. No raciocina así la caridad. Si yo amo al prójimo como á mí mismo, su salvacion no puede serme indiferente; débole al menos el socorro de mis oraciones; y las que yo hago por él, léjos de ser perdidas para mí, me atraen mas gracias, que tantas súplicas dictadas por un corazon encerrado en sí propio, que no mira sino su interés. Enséñenos María á tener un corazon caritativo, generoso é inmenso, celoso para cuanto concierne á la gloria de Dios y á la salvacion de nuestros semejantes.

CAPÍTULO XLII.

Muerte y Asuncion de María.

MARIA murió de amor. Fué su muerte el último deliquio preparado de léjos por muchos otros. Su cuerpo debilitado no pudo por fin sostener los esfuerzos violentos que hacia su alma para separarse de él y unirse á su Hijo. Sucumbió, pues, y esta alma tan pura se halló felizmente desasida de los lazos que la detenian sobre la tierra. La muerte de María, muy diferente en apariencia de la de Jesus, le fué realmente la mas aproximada. La violencia del amor quitó la vida al Hijo y á la Madre, con la diferencia no obstante, de que el Hijo, dueño absoluto de la suya, la sacrificó libremente á su Padre, sin que le fuese arrancada por los tormentos; en vez de que el mismo Jesus fué quien terminó los dias de su Madre, para disfrutar de su amor, y prodigarle el suyo. Y si ella fué mártir junto á la cruz, lo fué tambien en su última hora, pues que fué víctima del amor, el mas dulce y el mas violento de los tiranos.

Es una piadosa creencia de la Iglesia, autorizada por la festividad que de ella celebra, y generalmente recibida de los fieles, los cuales se escandalizarian con razon si la viesen poner en duda, que el cuerpo de María, exento de toda corrupcion, no quedó mucho tiempo en el sepulcro, sino que Jesucristo lo resucitó y lo transportó al cielo, para unir con él el alma de su Madre. Así como Dios el Padre no permitió que la carne de su Hijo experimentase corrupcion, tampoco parece regular que Jesus permitiese lo mismo con respecto á la carne de María, que era la suya. Héosla aquí pues en el cielo en cuerpo y en alma, gozando de toda la gloria, de toda

la felicidad, de todo el poder que un Dios quiere conceder á su Madre.

Mas no olvidemos que Jesus no la recompensó así precisamente porque fué su Madre, sino porque fué perfectamente fiel á la gracia en todos los momentos de su vida, y porque habia aceptado y sufrido con valor todas las pruebas inherentes á la maternidad divina. Dios no corona en nosotros sus favores puramente gratuitos, sino nuestras virtudes y nuestros méritos adquiridos por su gracia. Así como la union hipostática no es el título en virtud del cual la santa humanidad de Jesucristo recibió una recompensa en cierto modo infinita, sino que, como dice S. Pablo, el haberse humillado y hecho obediente hasta la muerte de cruz, fué la causa de que su Padre le exaltase y le diese un nombre que es superior á todo nombre; de la misma manera, no tanto la calidad de Madre de Dios, como la de casta, humilde y fiel sierva del Señor mereció á María tantos honores y tanta gloria. Su amor para con Dios, su olvido y menosprecio de sí misma, su caridad para con los demás, no han tenido igual entre las criaturas, y por esta única razon tampoco tiene igual su felicidad.

Así que, admirando las grandes cosas que hizo Dios para María, admiremos tambien cuanto podamos las grandes cosas que hizo María para Dios. Nuestra medida de gracia es y será siempre menor que la suya; pero tambien Dios exige y espera menos de nosotros. Como es infinitamente justo, no pretende recoger frutos de lo que no ha sembrado; mas quiere sí, que todo lo que sembró produzca su fruto; fruto, que por nuestra buena voluntad, por la inmensidad de nuestros deseos, mucho mas aun que por nuestras obras, puede aumentar al infinito. Este fruto, pues, es el que recogerá él en su granero, y que será la medida de nuestra recompensa.

¡Vírgen santa! yo me pongo bajo vuestra especial proteccion, y me consagro de todo mi corazon á imitar vuestras

virtudes. Me propongo firme é inviolablemente, con la gracia de vuestro Hijo, practicar todo lo que me ha dado á conocer este escrito, y sobre todo vuestras disposiciones interiores, vuestra pureza de intencion, vuestra humildad, vuestra union con Dios, vuestra humildad para con el prójimo. Rogad á Jesucristo que me ponga en estas disposiciones, y que teniéndoos siempre á la vista por modelo, trabaje todos los dias de mi vida para parecerme á vos sobre la tierra, á fin de participar de vuestra felicidad en el cielo. Así sea.

CAPÍTULO XLIII.

Reflexiones generales.

Me ocurre la idea de añadir aquí algunas reflexiones que sean como la recapitulacion de toda la obra.

1.° La union de Jesus y de María es el modelo de todas las uniones de Jesus con las almas interiores. Al principio, queda concebido y formado místicamente en ellas por la operacion del Espíritu Santo. No saben ellas lo que es, pero se hallan del todo cambiadas, no tienen las mismas ideas ni los mismos sentimientos. Dios les comunica su presencia de una manera que no habian experimentado todavía, y se sienten llamadas á cierto silencio interior, cuando están en su presencia, sin poder ya meditar ni hacer actos particulares. Ya no son movimientos de un fervor pasajero, sino una paz íntima la que donde quiera les sigue: deseáran hallarse siempre en oracion, para gustar esta paz deliciosa, y á pesar suyo se prestan á conversar con las criaturas, siendo su elemento el retiro y la soledad.

Viene despues el momento de nacer Jesus en sus almas. Declárase, y da á conocer que ha tomado posesion del cora-

zon, y que quiere reinar en él. Se da al alma, el alma se da á él; todo son caricias, transportes, mútuos testimonios de amor. Jesus niño nos trata entonces como un niño, y nos embriaga con sus dulzuras.

Esto dura un tiempo determinado, que no está exento de algunas pruebas exteriores, semejantes á las de María. Pero á medida que Jesus crece, retira poco á poco las caricias, y acostumbra á pasar sin ellas. Entonces se empieza á amar á Jesus por lo que él es, y á amarle con un amor mas sério y mas sólido. No se le pierde de vista enteramente; pero no se goza de contínuo su compañía, como cuando era pequeño. Va y viene con entera libertad, como hacia en Nazareth, en donde María no conversaba con él sino en ciertos momentos, y de una manera menos afectuosa.

Despues de esto, Jesus se separa enteramente del alma, y la priva de su presencia sensible; corre ella tras él, él la evita, y en ciertas ocasiones parece casi desconocerla. Este estado es el de la fe desnuda, en que el alma mas adherida que nunca á Jesus, es ejercitada de diversos modos; mas ella tiene en el fondo de sí misma un sosten muy fuerte, aunque imperceptible.

Este estado de nuda fe va aumentando siempre, hasta que en fin llega á creerse que vamos á perder á Jesucristo. Fuerza es entonces sacrificarlo realmente, como María lo sacrificó. ¡Sacrificar á Jesus! ¡Consentir en perder á Jesus! ¡Ah! ¡Qué prueba! Pero ello es una necesidad, y no podemos volver á encontrar á Jesus, como María, en una vida nueva, sino despues de haberlo así perdido.

Resucita por fin, y muéstrase al alma en un estado de gloria. Entonces quedamos como asegurados de poseerle con una firme confianza de no perderle jamás. Mas todo el tiempo que nos resta aun sobre la tierra, no hacemos mas que desfallecer y consumirnos de amor, hasta que el alma desprendida del cuerpo, vuela á unirse eternamente con su amado.

2.° María nunca previno la gracia, sino que siempre la aguardó; desechó toda precipitacion, todo deseo, toda actividad. Contenta con lo que Dios le daba á cada momento, pasando indiferentemente de los consuelos á las pruebas, y de las pruebas á los consuelos, nunca deseó ni la prolongacion de las delicias, ni la brevedad del dolor. Siempre y en todo fué fiel á la gracia en el estado en que se hallaba, entrando en las disposiciones en que la ponia, y conservándose en ellas. No tratamos ahora de llegar á tanta perfeccion, sino de aspirar á ella, de humillarnos por la distancia que de ella nos separa, y de tornar hacia ella, á proporcion de lo que conozcamos habernos desviado de su senda.

3.° María ha sido la que mas ha padecido entre las criaturas, porque fué la que mas amó de todas ellas. ¿Es por medio de sentimientos de ternura, por gustos, por protestas, como hemos de probar á Dios que le amamos? No: todo esto es sospechoso é ilusorio cuando para aquí. Dándole lo que mas nos cuesta; sufriendo por él lo que es de su gusto que suframos; sometiendo á viva fuerza y entre los mas terribles combates nuestra voluntad á la suya; dejándole tomar y arrancar de nosotros lo que no podemos darle por nosotros mismos; así es como probaremos que le amamos. Amar á Dios es despojarse y dejarse despojar de todo lo que no es puramente Dios y su beneplácito. No puede conocerse á donde llega este despojo, sino por la experiencia. Dios conduce á él por grados un alma verdaderamente generosa.

4.° En fin, María, aunque la mas paciente de las criaturas, fué la mas feliz. Y ¿por qué? Porque nunca perdió su paz, porque siempre quiso todo lo que actualmente sentia. Lo que nos hace desdichados es la turbacion voluntaria, es la resistencia de nuestra voluntad, y su oposicion á la de Dios. Dadme el alma la mas ejercitada en trabajos y aflicciones; si es pacífica, si es sumisa, es dichosa. Los tormentos crecen, los sacrificios se hacen mas difíciles en sí mismos;

pero la paz y la sumision crecen á proporcion, y es mucha verdad, que las últimas pruebas cuestan menos de sobrellevar que las primeras. María junto á la cruz estaba mas tranquila, mas firme, mas inmoble, que María huyendo á Egipto.

Leed este escrito N..... de tiempo en tiempo, cuando Dios os lo inspirará. Le entendereis mejor á medida que ireis adelantando.

FIN.